

JESÚS MAESO DE LA TORRE

AL-GAZAL,
EL VIAJERO DE LOS
DOS ORIENTES



Annotation

Yahía ben alHakam, AlGazal, fue un adelantado a su tiempo, un personaje a medio camino entre Simónides y Averroes que a la conjunción de militar y poeta añadía rasgos que asociamos al humanista. Poeta, historiador de la conquista, científico, cabalista, embajador y amigo personal de Abderramán II, este hombre polifacético viajó a Bizancio para negociar en secreto con el emperador y los piratas del Mediterráneo, luchó contra los vikingos durante el asedio de Sevilla y fue el primer árabe que llegó a los países escandinavos.

Jesús Maeso de la Torre.

Al-Gazal, el viajero de los dos orientes.

PLANETA deAGOSTINI.

Contraportada.

Yahía ben al-Hakam, Al-Gazal (la Gacela) fue un adelantado a su tiempo, un personaje a medio camino entre Simónides y Averroes que a la conjunción de militar y poeta medieval añadía rasgos que asociamos al humanista del Renacimiento. Poeta, historiador de la conquista, científico, cabalista, embajador y amigo personal de Abderramán II, este hombre polifacético y singular viajó a Bizancio para negociar en secreto con el emperador y los piratas del Mediterráneo, luchó contra los vikingos durante el asedio de Sevilla y fue el primer árabe que llegó a los países escandinavos, antes de ser exiliado del emirato de Córdoba, víctima de la intransigencia religiosa.

En una novela trepidante y de un rigor histórico impecable, Maeso de la Torre recupera la trayectoria del viajero más extraordinario que ha dado nunca nuestro país.

Colección: judíos, Moros y Cristianos.

Director editorial: Virgilio Ortega.

Director editorial de Realizaciones: Fernando Caralt.

Coordinación: Macarena de Eguilior.

Realización: Isabel Jiménez.

Diseño cubierta: Hans Romberg / Jordi Royo.

Realización gráfica: Noemí Reyes.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Ilustración de la cubierta: Les Séances de al-Hariri. Miniatura del siglo XIII. (Biblioteca Nacional, París). Archivo AISA.

© Jesús Maeso, 2000.

© Edhasa, 2002.

© de la presente edición:

Editorial Planeta DeAgostini, S.A., 2003,

Aribau, 185, 08021 Barcelona.

www.planetadeagostini.es.

ISBN: 84-395-8079-7.

Depósito legal: 13-5.248-2003.

Imprime: Cayfosa-Quebecor, S.A.

Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona).

Distribuye: Logista.

Aragóns, 18, — Polígono Industrial Alcobendas,

28108, Alcobendas (Madrid).

Printed in Spain — Impreso en España.

Biografía.

Jesús Maeso de la Torre (Ubeda, 1949) estudió Magisterio en su ciudad natal, y posteriormente se licenció en Filosofía e Historia en Cádiz, donde reside actualmente y donde ha ejercido la docencia, la investigación histórica y, desde hace unos años, es asesor técnico en la junta de Andalucía y colabora con diversas publicaciones culturales. Es autor del poemario *Pisadas de sueños* (1976) y con su primera novela, *Al-Gazal, el viajero de los dos orientes* (2000), sorprendió por su extraordinaria capacidad para mantener al lector en permanente tensión. Otras novelas suyas son: *La Piedra del Destino* (2001) y *El Papa Luna* (2002).

Yahía ben al-Hakam, denominado por sus contemporáneos como al-Gazal, la Gacela, por su varonil belleza, gozó del favor y la amistad de tres emíres de Córdoba. Vivió en el siglo III de la Hégira (s. IX de la era cristiana) y perteneció a la tribu de los Banu Bekkar ben Wail, de Jaén. Alcanzó la fama como embajador de Abderramán II, viajando a las cortes de Oriente y Occidente, y fue esclarecido en todo alAndalus por su valor guerrero, dotes poéticas y sabiduría en la astronomía y la alquímia.

BEN HAYYÁN, del Almokatabis, siglo XI, d.C.

Prólogo.

Bagdad.

La visita del mercader Solimán Qasín.

Aquella mañana del mes de yumada, colmada de rumores perezosos, un mercader recién llegado de Occidente envió a su esclavo personal a una residencia de las afueras de Bagdad, cercana al fondeadero del Tígrís, con un mensaje dirigido al dueño de la mansión, del que no debía aguardar contestación alguna.

Los apresurados rasgos del escribano se expresaban en estos enigmáticos términos:

Al noble al-Gazal, a quien el Misericordioso prolongue sus días. Salam. He arribado a Bagdad hace sólo unas horas, adelantando en unas semanas el arribo de la caravana de Tahart. Hemos de entrevistarnos sin dilación, pues soy portador de trascendentales y recientes sucesos acaecidos en Córdoba, que pueden mudar tu onerosa situación de destierro. Antes de la oración, iré a visitarte. Prepara un néctar perfumado de Rayya, y oirás de mí boca el eco complaciente de sorprendentes nuevas. Que Alá el Oculto sea exaltado.

Tu perseverante amigo, SOLIMAN BEN QASÍN.

21 de yumada al-Qulá

12 de noviembre, 852 d.C.

Al crepúsculo, bajo la frondosidad de una higuera centenaria, un hombre de expresión dubitativa, cruzadas las piernas sobre unas arikas de cuero, releía con inquietud la esquila del comerciante, aguardando impaciente la entrada de alguno de sus siervos anunciándole la visita. Vestía una túnica de lana que caía en mil pliegues sobre las rodillas y se cubría la cabeza con una kufia de lino que apenas si ocultaba sus canos cabellos. Toda su figura emanaba un halo de afable respetabilidad, acentuada por unos ojos almendrados, brillantes por la curiosidad, y seductores en otro tiempo de un sinnúmero de mujeres creyentes y paganas.

Aunque su espíritu había sucumbido a inúmeras desdichas, aún conservaba la arrogancia de un distinguido porte, y en sus proporcionadas facciones, ahora surcadas de arrugas, sobresalían una nariz griega, una boca sensual y una barba nívea sumamente cuidada, cómplice de unos hoyuelos fascinadores.

Una claridad cárdena rodeaba las blancuras del entorno, y la calidez se propagaba sofocante por la atmósfera, creando una sensación empalagosa. En la espera, el viento de la tarde acarreaba las calinosas brisas del desierto, meciendo con levedad las ramas de las palmeras. A veces una ráfaga

espaciada sacudía las cortinas y deshacía los borbotones del surtidor.

Yahía ben al-Hakam, al-Gazal, en su alarmada demora, dejó el aviso sobre un tratado de astrología, y humedeció sus labios con unos sorbos de nébeda, receta de Córdoba antes de partir al exilio bagdalí para combatir sus frecuentes ataques de asma. El astrónomo había figurado entre los personajes más influyentes de la corte andalusí y podía vanagloriarse de haber gozado de la amistad de tres soberanos de al-Andalus y haber sido asiduo a sus tertulias poéticas. Se enorgullecía de pertenecer a la *lajassa*, la aristocracia andalusí, y al noble linaje de los Yunds de Damasco, asentados en la cora de Jaén; y su ingenio, y en especial una innata afabilidad, elegancia y don de gentes, habían hecho que el refinado Abderramán II lo designara como su embajador en las cancillerías de los dos Orientes.

Pero su espíritu independiente, la ilustrada plática y sobre todo la anuencia con el omeya le habían granjeado la hostilidad de cuatro enemigos poderosos, que mudaron en su contra el corazón del Príncipe de los Creyentes. " ¡Corrompido puñado de bastardos! ", se decía a menudo sin ocultar su ira. Entre los más enconados se hallaban el músico Zíryab, favorito del emir y blanco de sátiras por las caprichosas mudanzas de las tradiciones de Córdoba, y el intransigente clérigo alfaquí al-Layti, un adversario que odiaba a al-Gazal por las sospechosas inclinaciones de éste a las teorías coránicas llegadas de Oriente.

También sentía sobre su alma la hiel del rencor de los más encumbrados eunucos de palacio, como el gran chambelán, Naser, quien, condenado desde niño a ser sólo medio hombre, no soportaba el trato amable de las favoritas y de los afeminados hawi hacia el embajador, así como el fascinante poder de al-Gazal para insinuarse en el corazón de las mujeres. Su otro oponente, tan cerval como el anterior, era el también castrado Tarafa, medrador de cargos y ejecutor material de las atrocidades urdidas por la mente cruel de Naser. Su mero recuerdo le hizo removerse crispadamente en el escabel.

Aquellas cuatro hienas palatinas, guiadas por una incontrolable avidez de poder, labraron soterradamente su desgracia, e inclinaron fatalmente la voluntad del califa, aprovechando su postrante enfermedad y el turbio asunto de la conspiración contra su vida, acusándolo de un delito de lesa majestad, que desgarró dramáticamente su vida.

Al-Gazal había confiado en el favor del emir, pues, ¿acaso en el fiel de la balanza no deberían pesar más la fidelidad y la amistad que las insidias de los favoritos? Pero a la postre hubo de conocer el amargo sabor del exilio en Iraq, donde permanecía desde hacía dos años, añorando las dulzuras de Córdoba.

Por eso, la extraña comunicación de Solimán Qasín representaba para él un bálsamo y una brisa reconfortadora que estimulaban la ilusión por el regreso. Con devoción llevó sus dedos hasta el pecho, donde ocultaba la llave de su mansión cordobesa, se reclinó indolentemente sobre el tronco del sicómoro y, orientando su mirada hacia La Meca, susurró, mientras unas lágrimas de resignación resbalaban por su curtida faz:

—¡Alá, el Clemente, no permitas que mis ojos se cierren sin contemplar el cielo de Córdoba, la Bilad al-Andalus, el complaciente paraíso de Occidente!

Sus últimos años en Bagdad, aun siendo placenteros y provechosos, habían marcado profundamente su ánimo y disminuido su fortaleza. Aquel desarraigo brutal, la eterna disputa de su inocencia y la

separación de los suyos lo desalentaban hasta el punto de ansiar una muerte consoladora que extinguiera aquella tortura.

Así permaneció durante un largo rato, mezcla su gesto de turbación y alarma, envuelto en la luz cálida del patio y con la mirada perdida. Pero súbitamente, las suaves pisadas de Atiqa, su esclava y compañera de pesares, que eludía grácilmente los arrayanes con un canastillo en las manos, lo arrebataron del ensimismamiento.

—¿Te has quedado dormido, mi amo? —curioseó en tono lánguido.

—No, sólo me he adormecido aguardando la llegada de Solimán.

Ante sí tenía al consuelo del destierro, la delicada Atiqa, una criatura de formas estatuarias y piel nacarada, envuelta su silueta de junco en una zihara traslúcida y aderezada con el centelleo de las ajorcas y abalorios. Había pagado por ella en el mercado de Basora la nada despreciable cifra de tres mil dinares, colmando todas sus apetencias. Era una esclava qiyán, consumada cantora y danzarina, exquisitamente educada en una academia de Medina con el único fin de agradar a su futuro dueño en las más sofisticadas artes amatorias y entrenada en las disciplinas más refinadas del saber. Tañía primorosamente el laúd y poseía vastos conocimientos de astronomía y literatura, dos de las grandes pasiones de al-Gazal.

Luego de varios meses de convivencia, sus almas habían escalado el cenit del entendimiento, rotas las barreras convencionales entre esclava y señor. juntos pasaban vigílias enteras componiendo versos y computando tablas astrológicas, y las veladas en la casa del apátrida al-Gazal constituían la quintaesencia del esparcimiento nocturno de los artistas y eruditos de Bagdad, que consideraban un privilegio ser invitados a sus zambras, donde la esclava Atiqa componía versos sublimes con su vihuela de marfil.

—Te ha inquietado el anuncio de la visita del mercader siciliano, ¿verdad? —se interesó la joven soltándose un vaporoso jimar celeste con el que se cubría el rostro.

—Su llegada no me ha incomodado, pero su retraso resulta inexcusable. Nuestro visitante es amigo antiguo. Sin embargo, me turban el misterio y la urgencia. Y, fruto de mis obsesiones, comienzo a especular con siniestros espantos. Ha arribado a Bagdad mucho antes de lo previsto y eso le causará cuantiosas pérdidas. Su caravana debería viajar entre Harrán y Samarra, y la noticia ha de ser realmente extraordinaria para tal apremio. Un lazo estrechísimo me une a ese hombre, Atiqa.

—¿Es en verdad insólito! —corroboró la esclava con una mueca de curiosidad.

—Y más aún si pienso en las predicciones que se ciernen sobre Córdoba, anunciadoras desde hace meses de un evento aciago. A principios del mes de mudarán, escrutando las estrellas, me alertó un cometa espiando furtivamente las puertas del cielo que se lanzaba hacia Occidente tras un camino de llamas. El destino suele tomar complicados senderos, y esta confusión me alarma.

—¿Y crees que el anuncio del comerciante tiene algo que ver con el augurio?

—Lo ignoro, pero algún suceso trascendental que me atañe directamente ha acontecido o acontecerá en mi tierra. ¡Estoy seguro de ello!

—¿Grave para ti, mi amo? —se sobresaltó la bella esclava.

—Presiento indicios que me hacen ser moderadamente optimista. La misma noche del cometa,

cuando ya me disponía a reunir las lentes y astrolabios, observé en los cielos la más esquiva y enigmática luminaria que observar se pueda —confesó alegrando su semblante—. ¡Descubrí a Suhail, la estrella roja, la luminosa señora del sur!

—¿Suhail? El Almagesto de Ptolomeo y los tratados de MaU, tu maestro, aseguran que esa estrella únicamente se divide en latitudes muy meridionales.

—Yo la he avistado tres veces y la reconozco, mi hermosa Atiqa. Y en las tres ocasiones los sucesos acaecidos en mi vida han sido favorables. Apareció parpadeante y majestuosa junto a sus compañeras de viaje cenital, las estrellas Wazn y Hadaru, de la constelación de Centauro. Los astrónomos árabes las llamamos las Perjurantes, pues su proximidad se presta a confusiones y juramos y perjuramos por el mismísimo Profeta que la estrella divisada es Suhail y no otra.

—¿Y en qué sentido interpretas la aparición? —se interesó dulcemente ella.

—Preludio de venturas, gacela mía, y no precisamente marchitos recordatorios. En la primera ocasión cumplía el designio sagrado de la peregrinación a La Meca en compañía de mi padre. La noche antes de partir, junto a Zenzem, la bendita fuente de la salud, avistamos la estrella. Nos aseguró un placentero regreso. En la otra oportunidad, surgió esplendorosa en Yabal Málaga, en la montaña donde los estrelleros del emir determinábamos la orientación exacta de las proyectadas naves de la mezquita de Córdoba. A mi vuelta, unos meses después, fui honrado con presidir la embajada a Constantinopla.

—¿Y el último avistamiento, mi señor? —lo aduló la cautiva.

—Acaeció años después, en la verde Yazirat Qabtur, cerca de Sevilla, junto a la tienda del general Rustum, ¡muchacha curiosa! Era la víspera de la encarnizada batalla contra los vikingos, que tantas veces has escuchado de mi boca, jamás la admiré tan fastuosa. Y en todas ellas, su visión me presagió circunstancias providenciales. Y ahora no debe de ser menos propicia. Lo intuyo, Atiqa.

Durante un prolongado rato, entre el bordoneo de las abejas, permanecieron inmóviles con las manos entrelazadas, mientras al-Gazal admiraba las sensuales formas de la esclava, sus facciones cobrizas, y sus arrebatadores contornos. Con una voz que parecía un murmullo, Atiqa le susurró con ternura:

—¿Me permitirás que asista a la entrevista con el mercader?

—¡Quieres que mi reputación ganada en muchos años quede hecha añicos, mujer! Solimán sigue las costumbres coránicas al pie de la letra, y no permitiría que una mujer permaneciera junto a él mientras trata asuntos de dinero —se disculpó con gesto protector—. La hembra ha de mantenerse en su casa celosamente custodiada. Nuestra singular armonía no sería bien comprendida por nuestro visitante. Procurarás que nadie nos importune. Luego te incorporarás a la velada que amenizarán en su honor unos músicos de Ben Naser y conoceremos las nuevas que nos trae el siciliano. ¡Ardo en deseos de estrecharlo con mis manos!

—Te complaceré, Yahía. —Reprimió su confusa rabia, y volvió la cara con gesto de enfado y respetabilidad, comprendiendo fallidas sus artes de seducción.

Al-Gazal, advirtiendo el enojo de la joven qiyán, la consoló en tono paternal:

—Atiqa, recuerda aquellos versos que compuse para ti: "Atiqa, dulce como un dátil de Arabia, mi perla que sólo escapa del nácar para ocultarse en su estuche dorado". Tú eres esa joya, y esta casa, tu

cofre protector.

Un ligero temblor la agitó, y besó los labios de al-Gazal. Al poco, un criado con la cabeza agachada, como temeroso de quebrar el momento de intimidad de su señor, se detuvo a cierta distancia y anunció:

—Mi amo, el noble beniatar Solimán ben Qasín de Palermo solicita ser admitido en la hospitalidad de esta casa.

—Tráele agua para lavarse las manos, perfuma su rostro con sándalo y ofrécele dátiles y leche. Después acompáñalo a mis habitaciones donde rezaremos la oración del al-mugrib, y cenaremos.

Mientras el desterrado y la esclava ascendían al piso superior, les llegó confuso un rumor heterogéneo de voces, de chirridos de carros, el retumbar de cascos de caballerías y las pisadas de millares de camellos que circulaban por las callejuelas en dirección a los zocos y alhóndigas. Un tufo denso a estiércol, esencias, especias, fritanga y acíbar ascendía del laberinto urbano, mezclado con las invocaciones de los almuecines llamando a la oración desde los alminares de las mezquitas de Bagdad.

En el interior de las estancias privadas reinaba el sosiego. Y los haces carmesíes del anochecer atravesaban las celosías, jaboneando las paredes de hexágonos azafranados, mientras un aroma espeso de jazmines se colaba furtivamente en la estancia. La vivienda aparecía decorada según el gusto andalusí, y de las paredes colgaban espejos argentados y primorosos haitis de seda bordada. En la habitación, donde aguardaba al-Gazal, se disponían en círculo cuatro divanes de brocado atestados de cojines multicolores, rodeando una gran mesa de cedro. Del techo, como una araña amenazante, pendía una turayya de bronce con vasos vidriados de aceite oloroso, que un criado encendía pausadamente con un pabilo, mientras otros colocaban platillos humeantes de pescados en almory, sakbach de cordero sazonado de especias y apetitosos hashw, hojaldres rellenos de carne de pichón, mezclados con almendras y recubiertos de miel de Judea, que hacían las delicias de su señor, regalado sibarita de la mesa. En una fuente plateada se servían los bilacha, pastelillos de codorniz con canela fermentados con cidra y disueltos con cilantro y azúcar, delicadamente dispuestos en hojas de parra, que a decir del dueño de la casa eran el manjar preferido del invitado.

Tras el diván principal se alineaban jarras con vinos de Siraf y Rayya, leche de camella, licor de dátiles y vasijas de cristal con yawarís, jarabes de membrillo y jengibre que facilitarían la digestión de los dos comensales. Y junto a una bandeja con alcanfor para refrescar las bebidas, sobresalía una dulcera con empiñonadas de miel, moras, madroños y azufaixas, preparada para aquella noche singular por una cocinera sudanesa de manos prodigiosas.

Al-Gazal paseó por la estancia, aguardando inquieto a su huésped, que irrumpió al poco haciendo oír su vozarrón de marino, y apareciendo exultante y sonriente con su soberbia cara de halcón y su aspecto extravagante.

—Salam, al-Gazal. ¿Cómo se halla el más sabio viajero de todos los orientes?

—Salam alaykum, la paz sea contigo —le saludó el anfitrión—. Me encuentro en eterno estado de ansiedad, mientras no abandone estos desiertos, Solimán.

—Que el Inaccesible te bendiga y refresque tus ojos, Yahía —correspondió el mercader,

entregándole un cofre nacarado y abarcándolo entre sus brazos.

—Que Él se halle en tu corazón, Solimán. Me siento honrado con tu llegada, pero no te aguardaba tan pronto —y besó tres veces sus mejillas, ofreciendo acomodo en el diván al recién llegado, quien lo aceptó tras desprenderse de un manto festoneado de pedrerías.

—He navegado desde Pechína hasta Alejandría. Y desde allí he viajado con una de mis caravanas, acortando el camino usual de Damasco y Samarra, hasta arribar a esta enloquecida ciudad —contestó excitado—. Te encuentro tan firme como un cedro del Líbano, Yahía. ¿De qué te vales para no envejecer? ¿Acaso encontraste al fin la fuente de la juventud en tus alambiques?

—Me mantienen mis indecibles desalientos y nostalgias, un deseo de satisfacción devoradora y la esperanza de retornar a Córdoba.

El mercader enmudeció inexplicablemente. Arqueó sus cejas, y una mirada profundísima taladró al alquimista, implacable como un tormento. Luego, de forma extraña, como si atesorara un funesto secreto en su interior, manifestó severo:

—Te lo aseguro, Yahía: hoy recobrarás la fe perdida —sentenció, consiguiendo que su interlocutor se intrigara más aún y soslayara el tema, sorprendido.

—¿Cómo se encuentran mis hijos y nietos, y cómo marchan los asuntos de mi casa? —se interesó, sin poder ocultar un leve estremecimiento—. Ellos me ayudan a resistir.

—Hace tres meses que departí con ellos y los encontré bendecidos por la mano de Dios. En la arqueta tienes sus cartas, la de la señora Shifa y las cuentas de tus negocios. Faltan los beneficios del último cargamento de azafrán, viejo bribón. Córdoba en cambio no es la misma que dejaste... y gobiernan nuevas jerarquías —informó con Júbilo sospechoso, que volvió a confundir a su interlocutor.

—¿Acaso Abderramán ha sustituido al gran chambelán, al primer ministro o a alguno de sus visires? —inquirió con ingenuidad, intuyendo un anuncio inquietante.

—Por tu cándida pregunta deduzco que desconoces la luctuosa novedad acaecida en al-Andalus, motivo de mi adelanto en arribar a Bagdad y de mi apresurado recado. Dudaba si lo sabías o no, pero poseo la certeza de que el suceso lo han silenciado en esta corte..., o aún no se conoce —aseguró, y carraspeo enigmáticamente.

Las palabras se contraían en su boca y la imaginación de al-Gazal se desbocaba. Luego se arrellanó en el diván resignado, confesándole suplicante:

—Vivo apartado del mundo, entregado al estudio y consolado con la alquimia, pero aquí no dejo de ser un extranjero. Paladeo día a día la salmuera de un destierro estéril, y me llaman al-Gazal, al-Qurtubí, el cordobés, en tono burlón. Aunque, si te soy sincero, presiento algo inesperado cerniéndose sobre mí. ¿De qué se trata, Solimán? Sosiega esta impaciencia mía. Siento vacilar mis pulsos, y sólo me sostiene la fe en Alá.

El recién llegado inspeccionó su alrededor con aire misterioso y, aminorando el tono de voz, se adelantó pausadamente, y le reveló como si leyera una aleya del Corán:

—Nuestro señor... el emir Abderramán II... ha muerto.

Como un aldabonazo cayeron las palabras en el ánimo del anfitrión; todo su cuerpo tembló de

confusión y se dibujó un gesto de estupefacción en su cara. Una pesadumbre infinita lo embargó. Dejó su copa pausadamente en el velador sin dar crédito a lo que escuchaba, mientras una lágrima asomaba en sus ojos. Todo su pasado se desvanecía con la trágica noticia, y con sus palabras, anudadas por la perplejidad, reveló:

—¡Dios misericordioso. Yo veneré a ese hombre! Y jamás pensé que le sobreviviría. Especulé con muchas conjeturas por tu apresurada llegada, pero nunca con ésta. Y aun a pesar de condenarme al destierro, me llamó hermano y amigo, me cubrió de gloria y confió en mí para señalados asuntos de Estado. ¿Cómo olvidarlo? Que el Eterno lo acoja en su morada... —Y tuvo que contener sus lágrimas.

—Que así sea —contestó entre dientes el mercader.

—¿Y quién se sienta en el trono de los omeyas?

—Mohamed, el príncipe matemático, el preferido de su padre... y tu amigo.

—¡Gracias sean dadas al Oculto! —clamó con gozo incontenible.

—De ningún modo imaginaba semejante desenlace. Sabía de sus achaques, pero no los suponía tan graves como para empujarlo a una muerte tan prematura —aseguró abatido, y su mente se llenó de melancólicas sensaciones del pasado.

Contenidos sus sentimientos y recobrando la serenidad, habló el comerciante:

—Ha llegado el momento, Yahía, de manejar sabiamente tus amistades para regresar sin dilación a Córdoba. El nuevo emir, el príncipe Mohamed, siempre te consideró su maestro, y se honró cuando lo convocabas a las tertulias de tu casa de al-Raqaqín. Es hombre bondadoso y no dudará en ejercer la magnanimidad contigo. Tus hermanos de la sociedad de la Piedra Negra, tu hijo y tus yernos ya han dado los primeros pasos ante el katib, el nuevo canciller del alcázar. También tu primo Ben Wail ha elevado una súplica al soberano, rogando tu regreso. Yo, por mi parte, me he permitido retribuir en tu nombre una generosa donación al Bait al-Mal, el tesoro de las fundaciones de la mezquita, para que el cadí, su confidente más cercano, lo sugiera en los oídos del flamante soberano.

—¿Y cuándo acaeció su muerte, Solimán?

—En la interminable madrugada del miércoles al jueves, tres días después del mes de Rabí —explicó moviendo nerviosamente el espantamoscas. Como por unos instantes permanecieron en silencio, petrificados. Al-Gazal observó el rostro anguloso de su amigo, realzado por un pomposo turbante magenta. Sus ojos garzos y nariz prominente denotaban una gran fuerza de temperamento. Solimán había nacido cristiano en Sicilia, aunque el azar lo había obligado a abrazar el Islam cuando su padre, comerciante bizantino, se convirtió a la religión de los invasores. Se dedicó a la venta de esclavos y al traslado de los restos mortales de la aristocracia a las ciudades sagradas del Islam, Medina, Jerusalén y Bagdad. ¡Nunca la muerte había sido un negocio tan provechoso! Pronto los antiguos Kars de Bizancio trocaron su nombre armenio por el de Qasín, más acorde con la onomástica musulmana. Muerto el padre, Solimán, hombre templado y sagaz, recaló con sus hermanos en Córdoba y se convirtió en el principal proveedor del alcázar, y confidente, además, del emir, sus eunucos y favoritas. Poseedor de innumerables caravanas y de una nutrida flota de galeras, había acompañado a al-Gazal en las misiones diplomáticas a El Cairo, Túnez, Palermo, el país de los francos, Bizancio y Escandinavia, Y desde que al-Gazal abandonara Córdoba, cada tres meses recibía puntualmente el mitigante lenitivo de su visita, con las novedades de Occidente y referencias

de los suyos. ¿Podía, acaso, no sentir por él una fraternal amistad?

Al-Gazal invitó a su huésped a saborear los manjares, y entre bocado y bocado iniciaron una animada conversación. El mercader le narró las andanzas de los amigos comunes y los últimos días del emir fallecido. A una indicación del señor de la casa, uno de los fámulos penetró en la estancia con una fuente hirviente de cereales cocidos, aderezados con berdolagas y carne picada, que hizo exclamar al huésped:

—¡Por la gloria de Buraq, hace años que no degusto este manjar de mi juventud!

—Lo celebro, Solimán. Esta asida se ha preparado en recuerdo de las muchas fiestas celebradas juntos en otros tiempos y lugares, y que en mas de una ocasión degustamos al lado de Abderramán, que el Todopoderoso acoja en su santo seno. ¿Lograste verlo antes de su muerte? —se interesó.

—Únicamente una vez, Yahía. Sabes que siempre me mostró gran estima. Seguí su enfermedad y desenlace, como todo el pueblo de Córdoba, con el que mantuvo hasta el final de sus días lo que Samir, el poeta, denominó la Ayyan al-Arús, la irrepetible "luna de miel" entre unos súbditos agradecidos y un soberano justo y piadoso. Y créeme, todos lloraron su muerte. Mi fuente de información, el eunuco Sadum, me aseguró que sus últimos días no fueron especialmente plácidos.

—Hubiera prestado algo de mi vida por velar su agonía —le confesó con pesar.

—Una tarde disfruté de su presencia en los miradores del alcázar, y te aseguro que gozaba de gran lucidez. Se interesó por tu estado y tu familia. Tras su enfermedad, cayó en profundas depresiones y permanecía preso, física y mentalmente, de la "camarilla del mal", esas ratas de palacio causantes de tu trágica denostación y de otras afrentas y tramas indeseables.

—A veces a la grandeza le place medirse con la vileza y prosperan las indignidades, pero mis enemigos van cayendo como higos maduros de la higuera. Mas, cuéntame, Solimán, ¿qué te refirió de mí aquel día?

—No fue un encuentro grato precisamente, sino espantoso. Aquel príncipe saludable e ilustrado, tan admirado en Oriente y Occidente, y cuyas debilidades tú conociste entre muy pocos privilegiados, se asemejaba a un despojo humano, cómico y temeroso.

—Te escucho con interés. —Escanció en las copas esencia de cúrcuma.

—Desde un año antes de tu destierro —comenzó narrando Solimán—, tras la confabulación contra su vida y tu infamante juicio, su salud se quebró definitivamente, hundiéndole en una melancolía desconsoladora. Sólo recibía en el alcázar a su nieta, la hija del príncipe Mohamed, con la que pasaba largas horas componiendo poemas que luego interpretaba ante los eunucos y favoritas al recuperar ocasionalmente el vigor.

—Un hombre tan vitalista. ¡Me resulta fatigoso admitirlo!

—Unas semanas antes de exhalar su último suspiro —prosiguió en su explicación—, me encontraba en el alcázar con el chambelán Sadum cuando el emir requirió a sus cortesanos a un paseo por las terrazas del palacio. "Otra vez Dios Misericordioso ha otorgado la lucidez a nuestro Señor", me comentó alborozado el eunuco. El rumor cundió de boca en boca. Acudimos presurosos hacia la galería de la puerta de los Jardines, y en aquel soberbio mirador aguardamos la llegada del emir. Apareció ricamente ataviado y reclinado sobre un lecho de bambú, y con la esplendidez de la que él Solo era capaz de rodearse. Lo aprecié considerablemente delgado y destacaba en su rostro una

palidez enfermiza; y la firme nariz aguileña sobresalía entre el turbante escarlata, como si del corvo pico de un neblí se tratara. Se atusaba con desasosiego la barba entrecana, teñida precipitadamente de alheña, e inclinaba su cabeza con elegancia pero con dificultad ante nuestros ceremoniosos saludos.

—Siempre le entusiasmaron las apariciones teatrales al modo de los sultanes orientales —matizó al-Gazal con tono melancólico—. Aunque, decididamente, no era hombre de esperar la muerte plácidamente. ¡Cómo debió de sufrir!

—¡Qué macabro encuentro resultó al fin! Me cuesta rememorarlo —prosiguió el navarca—. Con lentitud, se acercó al alféizar a admirar el paisaje, y todos le imitamos. Aún me parece evocar la bonanza del panorama. En aquella tarde otoñal, divisamos los oteros y campos, y el río, que parecía un tapiz de azófar extendido sobre la campiña, camino de Sevilla. Las barquichuelas se deslizaban por sus aguas con las velas traslúcidas, y de la lejanía llegaba el rumor de las norias, de los molinos y de los pastores en los huertos de Tarub. Aquel sereno cuadro alivió su aflicción y alegró su corazón. Nos señaló con entusiasmo los lugares donde había competido con sus oficiales en el sawlachan, el juego del polo, o cazado algún ánade o jabalí. Abajo, junto al Arrecife, los servidores de palacio repartían limosnas a los pobres de los veintiún arrabales, componiendo un cuadro grato de placidez y regocijo. Departió a continuación con afabilidad con algunos de nosotros, ríó con sus hijos, nietos y eunucos y bromeó con el cadí Ben Habib, tu valedor y maestro. Al llegar a mí, le besé la mano y me preguntó por mis hermanos, y después me solicitó noticias sobre ti y tu bienestar.

—¿Y qué deseaba conocer de mí, Solimán?, ¿quizás interesarse por mi oprobioso infortunio, cuando estaba en su mano modificar mi suerte?

—Escucha. "Amigo Qasín", me dijo golpeándome el hombro con sus ojos delirantes por la fiebre, "sé que te ves con frecuencia con al-Gazal, cuyas agudezas y experiencia echo de menos, Conozco sus éxitos poéticos Y Proféticos entre eruditos bagdalíes, y espero que haya recapacitado su error. No nos alegraron sus últimas conductas y su contumaz inclinación a rodearse de ideas heréticas que enojan a Dios, aunque nunca lo he creído capaz de traicionar a su emir. Muchos hombres justos reclaman su repatriación a Córdoba, de modo que para la próxima Asura, la Fiesta del Ayuno, trataremos del asunto de su regreso, Es una cuestión de conciencia, y queremos a esa sabia gacela retozando por entre estos jardines. Transmítele mis bendiciones y dile que se ejercite en las refinadas costumbres de la corte de Bagdad. Antes de que el Clemente nos llame a ambos a su comparecencia, hemos de vernos nuevamente."

—Dios Misericordioso, como me atormentan estas cosas. —lo interrumpió.

—Yo le repliqué: "Os lo puedo asegurar, mi piadoso Señor. Al-Gazal siempre os fue leal. Os lo demostró con toda una vida dedicada al Estado y a la difusión del islam, Y os lo probará el día que lo reclaméis a vuestra presencia, eminente príncipe de creyentes." Y te garantizo que su semblante mostró una conformidad conmovedora. Parecía como si hubiera intuido de golpe su error y anhelara verte antes de morir.

—Lo creo, Solimán. Tu relato me ha ablandado, cuando creía haber secado la fluencia de mis lágrimas hacía ya tiempo —contestó con los ojos acuosos por el recuerdo de su amigo y soberano muerto—. Pero ¿fue todo lo pasado necesario?

—Repentinamente —reanudó el mercader el relato—, el califa, agotado, dejó de contemplar la

panorámica de las sierras y riberas y se fijó en el Yabal al-Arús, el monte de la Novia, donde competía con los adalides en el juego de las seis cañas que tanto le agradaba. Luego se volvió súbitamente y paseó la vista por la ciudad, que, febril, vivía las últimas horas del día. Millares de viandantes y bestias deambulaban por la alcaicería, los zocos y las azonaicas de la medina, mientras otros se lavaban en la fuente de la puerta de Oriente, antes de acceder a la aljama. Un sol ocre amarilleaba el mar de azoteas y las cúpulas blancas de los alminares, cuando Abderramán clavó su mirada doliente en el arrabal de Secunda, que su padre mandó arrasar durante el levantamiento de los artesanos y mercaderes. Parecía como si a su mente afloraran los fantasmagóricos espectros de los crucificados, y evocara sin desearlo los gritos de horror y muerte de aquella turba indefensa, los alaridos de los muchachos castrados, los lamentos de las mujeres violadas y el espanto de la destrucción.

—Constituyó un episodio deplorable que él llevó indebidamente sobre su conciencia —intervino al-Gazal—. Yo fui testigo del suceso y reparé en el abatimiento del entonces príncipe Abderramán tras la matanza. Él intentó mitigar el error cometido por su padre, adoptando a varios jóvenes castrados aquel día y empleándolos como secretarios.

—Pero al fin, acaeció lo más sorprendente. Ante la estupefacción colectiva, el soberano, apesadumbrado, frunció el ceño y cayó en un mutismo total, con su semblante apenado. Apretó sus puños y clavó sus manos con fuerza en la almena, e inclinando las rodillas en tierra, suplicó lastimero entre sollozos: "¡Dios Misericordioso, qué fatigosa es la tarea de gobernar un pueblo. Perdona los errores de tu siervo, que sólo pretendió cumplir con tus mandatos! ¡Córdoba, umm al-Madaín, Córdoba, madre de las ciudades, ten piedad del más humilde de tus hijos!"— Y lloró amargamente con el rostro entre sus manos trémulas, arrasado en lágrimas y en medio de un silencio estremecedor.

—Triste ceremonia para concluir un reinado tan próspero. Lamento que el mal lo turbara hasta tal punto, y siento como mío el sufrimiento de este hombre de vida honrosa.

—Aquel crepúsculo preñado de tibieza, preludio de su fin cercano, jamás lograré olvidarlo. De repente comprendí la despiadada soledad en que quedan los hombres ante la muerte. Y ya no disfrutaría de otro momento de lucidez. Cayó luego con sus pulsos debilitados en una profunda postración, que lo condujo irremisiblemente a la muerte —concluyó el mercader, degustando una copa de néctar de dátiles y áloe.

—Este nabidh es exquisito, Yahía.

—¿Y no puede ser que hubieran intentado de nuevo envenenarlo, Solimán? —preguntó interesado al-Gazal—. Es práctica acostumbrada en el alcázar.

—No puedo asegurártelo, pero el día antes del óbito corrió una noticia por Córdoba. El emir había recobrado la consciencia, ordenando que lo acicalaran, tiñeran su barba y cabellos y le trajeran del ropero real el Rachif, el atuendo de las grandes celebraciones, pues deseaba dar otro paseo por los miradores, subido en el sillón regio de Maylis... pero todo fue un espejismo. Le sobrevinieron unos repentinos vómitos, entre delirios y desvanecimientos que lo postraron de nuevo en el lecho. Todo lo que antes había sido júbilo en el alcázar se trocó en tristeza, y los eunucos y esposas se turnaron junto al lecho, velando la agonía de su soberano.

—Que sin duda alguna aprovecharían para urdir alguna nueva trama contra la voluntad de su emir

moribundo —terció el diplomático.

—Así fue, al-Gazal, y compruebo cómo aún no has olvidado las insidiosas prácticas de la alcazaba. En las últimas horas jugaron fuerte los partidarios del primogénito Mohamed, contra los del hijo de la favorita Tarub, el vengativo príncipe Abdalá. Nadie se atrevía a ingerir ni un sorbo de agua o un bocado de pan procedente de las cocinas palaciegas. Tras la oración de la puesta de sol se agravó el estado del emír, entró en una dolorosa agonía. Pidió desesperado una jofaina y vomitó sangre por la boca a chorros. Las náuseas sanguinolentas se repitieron a lo largo de la vigilia, hasta que por fin, exhausto, desamparado y solo, emitió el último suspiro en brazos del eunuco Sadum, compareciendo ante el Eterno en la vela del miércoles al jueves. Palideció como un lucero, apagado por la mirada de Alá.

—Cortejó a la muerte durante años esquivando tramas y conspiraciones, y Lafiza nafasa-hu "entregó su alma a Dios por la boca" —apuntó el anfitrión repitiendo un dicho tradicional muy utilizado por el populacho de Córdoba.

—Sea ensalzado su nombre eternamente.

—¿Pronunció Mohamed la elegía fúnebre? —se interesó al-Gazal.

—Sí. La declamó con profunda afectación ante el féretro de su padre, el mismo jueves, en un salón del Olmo cubierto de tapices y crespones negros. Allí recibió el último homenaje de la familia omeya, de los cortesanos y de la umma de Córdoba, en una mañana amparada por un cielo ceniciento que parecía sumarse al luctuoso acontecimiento. únicamente los sollozos de los castrados y el monótono fluir de las acequias rompían el grave momento, cuando el gran chambelán inhumó sus restos entre el reloj floral y los granados de safar, en la sagrada Rawda, el panteón de los Califas del alcázar, cerca de las tumbas de sus hermanos Mugira y Umaiya. Mohamed situó sobre sus restos una estela mortuoria de jaspe rosado con el lema que pregonó en su anillo, en las flámulas de guerra y en las estelas de todo el reino:

—"Abderramán se complace con el mandato de Alá" —se adelantó al-Gazal—. ¡Odioso figurín de corte, ese Ziryab! Yo hubiera vestido mi túnica blanca —exclamó irritado—. Abderramán II ha sido el primer califa despedido por una cohorte de tenebrosas tunicas negras, cuando Córdoba siempre ha sido claridad y esplendor, y no oscuridad y tinieblas. ¡Lamentable usanza de mequetrefes!

—Tu desprecio hacia esa deletérea ralea no ha disminuido ni con el tiempo ni con la distancia. ¡Olvida el pasado, Yahía: tu estrella no se ha eclipsado aún!

Concluida la generosa cena, al-Gazal alegró su semblante e invitó a su huésped a contemplar la ciudad. Entreabrió los postigos, y de las umbrías ascendieron los efluvios entremezclados de las azucenas y azahares, que, en la oscuridad, brillaban con la presencia de una luna de lechosa claridad. Millares de menudas luminarias delataban la vida en las terrazas, almenas, cúpulas y palacetes de la grandiosa capital de los abasíes, y en la lejanía, las siluetas de los placenteros oasis bañados por el Tigris.

—Admira, Solimán, la Ciudad de la Paz, con las travesías de sus ríos confluyendo como mansas lenguas en la gran mezquita. He atravesado el Océano para enterrar mi desesperación en esta colosal calabaza surgida de las ruinas de Babilonia, guardesa de los antiguos secretos del firmamento; y para mí, la urbe de la desdicha, pues no hay castigo peor que el del destierro, créeme. Malograr la hacienda, perder a un amigo o a un ser querido no es nada comparable con renunciar por la fuerza a

tus raíces. Sientes la carencia de un suelo para morir, condenado a vagar por la eternidad. Por eso tu mensaje ha colmado de certezas a este hombre desalentado.

El navarca, contrariado por el desánimo de su amigo, estrechó su brazo y dijo:

—Escucha atentamente, Yahía: la esperanza agrupa a quienes te apreciamos. El próximo Ramadán, para la Fiesta de la Ruptura del Ayuno, si el Misericordioso no tuerce sus designios, tú y yo oraremos juntos en la aljama de Córdoba en la noche de las luminarias, y Solimán ben Qasín nunca yerra en sus instintos.

—¡Que Alá así lo determine!

De repente, de una de las estancias contiguas les llegó una susurrante voz que iba creciendo en viveza, acompañada por el tañido del laúd. Ambos prestaron atención a la melodía entonada por Atíqa, que rememoraba con sus versos las penurias del exilio, augurando la dicha de una prometedora repatriación:

—Todo lo olvidaré menos aquella aurora, y cómo se desgarraban los velos en el tumulto de la despedida. Se alejó el navío, como una caravana que el camellero arrea con su tonada. ¡Y cuántas lágrimas sucumbían en las aguas! Pero el horizonte está despejado y nos muestra su faz serena. Vuela al fin, al-Gazal, a tu al-Andalus deseado.

Solimán la buscó con su ansiosa mirada sin hallarla, para luego murmurar:

—Que el canto de esa qiyán garantice el augurio de tu regreso, viejo amigo.

—Algunas señales así parecen anunciarlo, pero si el nuevo emir sucumbe bajo el influjo de algún eunuco como Tarafa, o de mi declarado enemigo al-Layti..., jamás firmará el decreto de mi retorno, por muy concluyentes que sean las pruebas que presentemos. Siempre defendí la proclamación de Mohamed como emir, aunque, si te soy sincero, aún no comprendo cómo pudieron ungirlo cuando lo tenía todo en contra. Eran inquietantes el poder y la influencia de los partidarios de Abdalá, y parte del Estado servía a sus propósitos.

—No desconfíes: se ha rodeado de visires y cadíes justos. La suerte de Mohamed se decidió aquella misma vigilia, entre inverosímiles intrigas. ¡Y más bien parece una fábula de las que narran en los zocos!

—Presiento que tú la conoces.

—Así es, Yahía. Al morir el emir, Sadum, único mayordomo presente, silenció el óbito y, valiéndose de una artimaña audaz, consiguió engañar a todos. Disfrazó de doncella al príncipe Mohamed, hombre de compleción frágil, para que pareciese ser su propia hija, la nieta predilecta de Abderramán que acudía, como otras tantas veladas, a componer poemas con su abuelo. De modo que, sin despertar recelos entre la guardia, lo condujo al salón Kamil, donde Mohamed se despojó de su femenino disfraz y fue proclamado sultán por los castrados más influyentes y la guardia palatina de los Jurs. Con las primeras luces fueron convocados los nobles quraixies, los visires y cadíes, y el guardián del sello le entregó el anillo y el báculo de bambú de los omeyas, besando sus manos como nuevo emir. Cuando quisieron reaccionar sus enemigos, que son los tuyos, Tarub, Tarafa y al-Layti, era demasiado tarde. ¡Tendrías que haberlos visto! Se mordían las manos, y sus caras se mostraban lívidas como el estuco.

Al-Gazal soltó una sonora carcajada, y afirmó con una sonrisa sardónica:

—Años enteros conspirando..., muertes y sangre, oscuros asesinatos, tramas diabólicas..., para al fin ser engañados por un anciano castrado y un muchacho piadoso vestido de damisela. ¡Qué absurdo y caprichoso es el destino!

—Pues se ha ganado con su generosidad y prudencia las adhesiones de toda la umma; y de los poderosos, perdonando a cuantos lo combatieron siendo príncipe.

—¡Sorprendente! —prorrumpió jovial el anfitrión, ofreciéndole un aguamanil con agua de rosas —.Tal testimonio merece ser celebrado como corresponde, Solimán. Subamos al mirador y gocemos de las bandolas de unos admirables músicos. También degustaremos un sirope que conduce los sentidos a mundos incógnitos. La fórmula de su composición, con estambres traídos de la India, me la reveló un obispo cristiano de Bizancio. Él la llamaba filtro de Mitrídates, y es la panacea para el desaliento. Después podrás elegir a tu antojo a las esclavas que desees, o a uno de los concertistas, que pronto adivinarás que son mujannath, exquisitos afeminados profesionales.

—¡Vayamos! También te he traído, conociendo tus gustos, un costoso afrodisiaco únicamente reservado a reyes. En el mercado de Basora puede valer más de doscientos dinares. —Sonrió mientras alargaba un frasco azulado que contenía agóloco indio y algunas gotas del apreciado áloe de Socotora.

—Tus regalos siempre me son gratos, Solimán. Pasemos y deleitémonos con la noche y sus regalos —propuso, dejando al descubierto su dentadura perfecta y los hoyuelos que hacían de su risa un gesto de ofuscador atractivo.

—Y bien, Yahía, ¿me ofrecerás después un rincón en tu almunia donde pueda desenrollar mi estera, rezar y conciliar un sueño hasta el amanecer?

—Eres mi huésped y mí amigo, y esta noche dormirás entre mullidos almohadones y caderas de hermosas huríes. —Lo miró con picardía.

La luna, guía esquiva de la noche, se ocultó tras la silueta de unos cipreses cuando el siciliano y el andalusí penetraron en la habitación, donde unos músicos de pelo brillante y ensortijado, con los ojos profusamente sombreados, rasgaban sus instrumentos creando melancólicas melodías. La tenue luz de un candelero alumbraba la estancia, donde un pebetero dejaba escapar emanaciones de almizcle. Alfombras, láminas de bronce y cofres de cedro la decoraban, proporcionando una atmósfera de exquisita distinción. Cuando los dos hombres se reclinaron sobre los almohadones, tres esclavas, ocultos sus rostros con ligeros jimars, les ofrecieron unas copas de sirope. Luego los descalzaron y destaparon con sensualidad sus rostros, muslos de miel y grávidos senos que mostraban sus pezones maquillados y turgentes, mientras hacían sonar en una lujuriosa danza los aretes y zarcillos, y se soltaban los cabellos, delicadamente recogidos con lazos de perlas. Las danzarinas, perfumada la tez con tintura de azafrán y sus ojos con pinceladas de cianea, se aromaban los brazos y vientre con esencias de mirra que arrojaron a los dos varones. Cuando finalmente las muchachas se acercaron a servir al anfitrión y al mercader, liberadas de sus vestidos, les llegó diáfano un aroma penetrante a nardos que despertó poderosamente sus más viriles instintos.

—He recorrido el mundo entero, y en contadas ocasiones contemplé criaturas tan hermosas, viejo zorro —exclamó Solimán enardecido.

Al poco la familiaridad creció, y, cediendo al influjo de la canción y al néctar del hipnótico, se

entregaron a una sensación de abandono, y sus mentes vagaron en la ausencia. Las esclavas acariciaban sus más recónditos recovecos, conduciéndolos poco a poco a un éxtasis tumultuoso. Vibraban sus cuerpos y los hombres recorrían con avidez los senos turgentes, las torneadas caderas y los sedosos sexos de las cortesanas, y el vértigo de la pasión los sacudió. En la estancia, únicamente se percibían el susurro de los besos voluptuosos, entremezclados con los gemidos de placer. Y entre gestos de goce, las jóvenes se ofrecieron a los arrumacos de aquellos dos amantes, tan experimentados como apasionados, hasta culminar el más exquisito de los éxtasis.

Luego, Atiqa apareció en la estancia ataviada con velos transparentes, agitando su rebosante cuerpo, y sumándose al gozo que vivían los dos hombres y las esclavas. Al tiempo que la noche avanzaba, al-Gazal, enardecido por la excitación, se entregó a las tersuras subyugadoras de la joven y, fundidas sus ingles en un ardiente abrazo, la poseyó arrebatadamente, mientras la qiyann gemía dulcemente, vencida por sus delicadas artes de amar. Gradualmente, una confusión de cuerpos sudorosos se entrelazaron en los divanes. La música había cesado y sólo la respiración entrecortada, el susurro del sueño y los suspiros resonaban en la terraza, que se cubría con el légamo del alba.

Las primeras luces, los cantos de los gallos y la fragancia de los cinamomos y arrayanes ascendieron de los huertos del Tigris, saturando con sus fragancias el frescor de la mañana. Al-Gazal y Solimán, soñolientos aún, abandonaron la estancia mientras los demás dormían y se entregaron a un baño reparador. Luego se postraron en tierra para orar y tomaron un refrigerio bajo las parras de un patio interior. Pronto comenzaría el trajín de las caravanas camino de Armenia, Qaírawán, la India, y el Pérsico, llenando la ciudad de sus vitales y acostumbrados latidos cotidianos. Bajo el verdor de los pámpanos y los racimos de uvas, tomaron leche, dátiles y gajos de melón almibarado. Aún soñando con los placeres de la noche, preguntó el astrónomo a un complacido huésped:

—¿Cuándo partes para Córdoba, Solimán?

—En tres semanas. Cuando arribe la caravana de Harrán —añadió perezoso.

—Para entonces tendré dispuesta la petición de gracia y el relato manuscrito de mis servicios a la causa omeya, desgranando minuciosamente las maquinaciones y vejaciones que llevaron a la tumba a Abderramán. Los harás llegar al cadí Ben Habib, mi maestro. Nadie más apropiado para ser el conciliador de mi litigio. Acallaré las voces de los discordantes, y las máscaras de mis atormentadores caerán como la mies madura. Y esos pliegos me guiarán a Córdoba, donde deseo morir.

—Salgan de la verdad, la luz y tu sosiego, Yahía —y sorbió ruidoso del cuenco.

—A quien no se honra a si mismo, no lo honrarán los demás, amigo mío. He sobrevivido a poderosos rivales, pero aún deambulan libres de sus iniquidades y calumnias dos comadreas que no merecen ver el sol de cada mañana: el brutal eunuco Tarafa y un juez cruel y despiadado, al-Layti. Regresaré con un obsequio envenenado para quienes humillaron a tantos inocentes. Es mi justa compensación, y te aseguro que busco solamente la justicia, no la venganza —manifestó clara su intención.

—El alfaquí al-Layti sufre postrado desde hace meses, comido por las bubas. A ese fanático, Dios ya le ha dispuesto su castigo... En cambio, a Tarafa, muchos creyentes desean verlo hace tiempo despellejado en el Arrecife.

Siguió un sosegado silencio y, con un gesto enigmático, al-Gazal manifestó:

—He de confesarte algo que desconoces. Desde tu última visita, los acontecimientos han tomado un nuevo sesgo, venturosamente completado con tus nuevas. La última carta de la favorita Shifa ha resultado ser la revelación de un trascendental enigma. Muerto su esposo, este testimonio probará cuanto sostengo y rehabilitará mi dignidad.

—¿Qué misterio ocultas que me confundes, Yahía? —preguntó agitado.

—Se trata de concluyentes pruebas de disuasión. Sus pormenores se relatan en los pliegos que entregarás al cadí Habib, y que pretendo que se conviertan en el patrimonio póstumo de un exiliado —confesó meditando cuanto decía—. Te adelantaré que el Corán del califa Utmán, el Libro Sabio que ahora reposa en el míhrab de la aljama de Córdoba, contiene oculta en su interior una prueba incuestionable de la conspiración contra Abderramán. Unas sospechosas marcas de sangre testimonian una siniestra traición, que yo evidenciaré, así como otros dramáticos crímenes.

—¡Dios clemente! Adivino en ti a un hombre irreconocible, y tu corazón rezuma aún la entereza de antaño. Tú, el más indulgente de cuantos hombres conocí.

—Y no aguardaré a que el Misericordioso concluya su castigo divino. Esos pérfidos olerán como yo la acritud del desaliento —sentenció con gesto duro—. La tierra y sus leyes harán justicia, y te resistirás a admitir, cuando te lo relate, que el origen de muchas de las tempestades provocadas en el alcázar fue el al-Thubán, el Collar del Dragón, vendido por ti al emir, y hoy en poder de la dulce favorita Shifa. Esa diabólica joya oculta un terrible secreto, un enigma alquímico únicamente conocido por dos personas, pero que atrajo como la miel a algunos codiciosos. Trasladaste, mi buen Solimán, sin desearlo, la fatalidad desde el serrallo de Bagdad al alcázar de Córdoba.

La impresión del navarca fue tan vigorosa que enmudeció, desvaneciéndose de este modo su sonrisa. Por su mente pasaron borrosas imágenes y mil conjeturas inexplicables. Pero no saldría de la mansión sin conocer la verdad encerrada en aquel manuscrito.

Sin embargo, para Yahía ben al-Hakam, al-Gazal, la Gacela, en su etapa crepuscular comenzaba un tiempo desconocido, el tiempo definitivo donde al fin restauraría el sosiego a su espíritu inquieto. El rostro cobrizo se colmó de serenidad y dominio, evocando en su mente un pasado invisible. Luego musitó una súplica. En el horizonte lucía límpida su estrella, que, antes de declinar, alumbraría su último viaje.

La carta de al-Gazal.

xxxlll

Bismillah, Le galib ibn-Allah: En su Gracia.

Sólo Él es el vencedor. En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

¡A ti, Señor, pido ayuda!

Yo, Yahía ben al-Hakam, descendiente de los cuatrocientos yemeníes de Hurr conquistadores de Hispania, conocido por el sobrenombre de al-Gazal, la Gacela, desde Bagdad, donde sufro el más injusto de los destierros, tomo mis útiles de escribanía, el cálamo de caña de Babilonia, unos pliegos

de papel y mi tinta híbr, abrumado por los pesares e impulsado por un noble enojo, en una causa despreciable en la que no me fue dado defenderme y que ocasionó el descrédito de mi honor. Con el perjurio, arrancaron lo más sagrado para un creyente, la horma, (Para los árabes la horma era el sagrado honor y el nif, el amor propio de la persona.) y atrajeron hacia mí la irritación de mi señor Abderramán, a quien Alá tenga en el Djennet, la mansión de los bienaventurados.

Me urge esclarecer la verdad y recuperar mi reputación, y no me anima otro deseo que expurgar mi memoria y desenmascarar a los impíos que la deshonoraron, convirtiendo estos signos en argumentos inequívocos de mi defensa. Rastreando las difusas huellas de mi recuerdo, evoco desde estos desiertos el radiante al-Andalus y busco en el viento y en los viajeros desconocidos las fragancias, la calidez y las presencias invisibles de mi Córdoba añorada. Me siento como un neblí que ha extraviado el camino de regreso, y con él, a mis queridos hijos, Masrur, alazán de mi estirpe, Duna, Jadiya, y Yamila, las perlas que alegráis mi existir. Nuestras inolvidables veladas de verano en la casa de al-Raqaqín y en el hair de Sahla se han trocado en un abrumador tedio que parece consumirme sin concluir jamás, si no fuera porque he alcanzado insólitos secretos del conocimiento. Ahora rememoro las palabras del primer omeya que arribó a Córdoba, ahora que me hallo en su tierra: «Me encuentro solo, sin más ayuda que mi inteligencia y sin más compañero que mi firme voluntad».

En las yermas marismas del Ahwar iraquí he aguardado la muerte, que ya me acechaba procelosa, cuando afortunadamente un resquicio de esperanza ha cruzado mi sino, que concluirá, espero, con este áspero suplicio. He callado hasta conocer el tránsito de mi imán y amigo Abderramán, a quien Dios tenga en su misericordia. «En cualquier lugar en que estéis os alcanzará la muerte, aunque os encontréis en inexpugnables torres, pues todo proviene de Alá», dice el Kitab. Me envolvió con el manto inestimable de su generosidad, respondiéndole yo con la más pródiga de las fidelidades. Establecimos perdurables lazos de cordialidad que en mí permanecieron enhiestos como bandera de combate. Pero a veces los príncipes olvidan que la única virtud que debe engalanar su corona ha de ser la equidad, y no la tiranía. Sin embargo, ¿cómo olvidar aquellas deliciosas noches en el Qars al-Surur, el palacio de la Diadema, en los espléndidos jardines de Rusafa o en las fragantes terrazas del Dimaxq, donde las fragancias de los jacintos y jazmínes perfumaban con sus efluvios los poemas más sutiles que jamás escucharon oídos humanos! No le guardo rencor alguno, pues me colmó de favores, condenándome al destierro cuando bien pudo segarme la vida y colgar mi cuerpo de una cruz en la al-Musara.

Los celosos doctores de la ley, con calculada animosidad, me condenaron públicamente en el púlpito de la mezquita, acusándome de zandaka, el horrendo delito contra la seguridad del Estado, cuando únicamente pretendía armonizar la razón con las enseñanzas del Corán, y así agradar al Misericordioso en la búsqueda de lo Sublime.

Pero mí ánimo se ha mecido estos años en la calma y la paz, pues asumí mi sectaria condena como un desinteresado acto de dignidad, aprendiendo que la desgracia constituye la medida auténtica de los hombres. No obstante, padecer las limitaciones de los años y el destierro juntamente es demasiado duro para un hombre que no teme a la muerte, sino a la incapacitante decrepitud de los años. Pero prefiero ser frágil mortal que eterno, y aguardo a la muerte como a una aliada inexorable, ya que el tedio de la inmortalidad nos conduciría a los hombres a la locura.

Es llegada la hora de alzar la voz y relatar lo acaecido (pues mi situación de privilegio me hizo ser testigo de excepción de gran parte de los recientes anales de al-Andalus), ahora que el virtuoso

Mohamed detenta los atributos regios del Jatan y el Jaizuram, el sello y el báculo de bambú de los soberanos de Córdoba. Cabalgó a mi lado cuando combatimos a los normandos en Sevilla, y juntos asistimos a los festines y juegos poéticos en la corte de su padre.

De mi estancia en Iraq, nada receléis, hijos míos, pues de nada carezco, Sesteo en estos páramos y recibo la obsequiosa hospitalidad de los sabios bagdalíes. Paso largas horas con los sabios espiritualistas sufíes, y me adentro en desconocidos y portentosos arcanos de la alquimia y la astronomía, las pasiones de mi vida. Me he negado a visitar Damasco por deferencia a mi soberano muerto, pues allí fueron ultrajadas las tumbas y aventadas las cenizas de sus antepasados por el usurpador abasí al-Saffah, el Sanguinario. Acudo con asiduidad a los certámenes literarios de la Bait al-Hikmah, la Casa de la Sabiduría, donde me reciben con respeto, y más aún tras un incidente producido recientemente, a la muerte del más laureado poeta de Bagdad, Abú Nowas, cantor de los deleites de la vida y protegido del califa Harum al-Rachid.

En una de las asambleas líricas, los cortesanos trataron con desdén a los poetas de Córdoba, considerándolos incapaces de alcanzar las cimas del lirismo poético. Yo no los rebatí, sino que solicité licencia para recitar un supuesto poema de su fallecido rimador. Al concluir, los vítores y aplausos fueron ensordecedores. Mas, cuando se hallaban en todo su entusiasmo, levanté la voz y manifesté: «Moderad vuestras aclamaciones, amigos, pues estos versos son de mi composición y fueron escritos para mi señor Abderramán». Lo negaron airados y quisieron expulsarme de la asamblea, hasta que un venerable anciano impuso silencio, confirmando mi aseveración. Todos quedaron avergonzados, y desde aquel día me reclaman para que declame versos de los cantores andalusíes, encaramados desde entonces en la gloria de la inspiración y en las riberas edénicas del Kawtar.

Os envío el cuenco rebosante de mis recuerdos y rememoro mis vínculos con Abderramán, el servidor del Misericordioso, así como los altos servicios rendidos al trono, recorriendo por la causa del islam desiertos, océanos y continentes. Y así, para disipar las dudas que podáis atesorar en vuestros corazones, y con la ayuda del Todopoderoso, inicié hace meses el relato de aquellos eventos. Me atormentan las dudas, pero siento un irreprimible impulso de llegar a la verdad, pues el silencio y la ocultación son las más infames falsedades. No obstante, como las palabras nada evidencian, y el viento las convierte en pavesas, en este manuscrito hallaréis pruebas irrefutables de la veracidad de mis manifestaciones, calladas hasta hoy para no apenar a mi emir, y que, aun siendo ciertas, mis enemigos hubieran destruido amparados por su situación de privilegio.

Cada acción de un hombre cristaliza en su tiempo, y si he opuesto la paciencia a la adversidad es porque he gozado con seguridad de la razón y la evidencia. Mis lágrimas no han borrado la pátina de mis evocaciones, ni los posos de mi pasado, y éstos han florecido diáfanos como el albor, porque, como aseguran los sabios sufíes: «Las palabras escritas por un hombre no son sino el sostén de su espíritu, y al igual que una calumnia puede aniquilar la reputación de un hombre, la inapelable evidencia puede enmendarlo».

Y vosotros os preguntaréis: «¿De qué evidencias, ocultadas inexplicablemente, nos habla nuestro padre, y que bien pudieron acortarle el destierro y restituirlo en la corte?» Pues de unos testimonios proporcionados por Shifa, la madre del nuevo emir, quien, temerosa de que el violento príncipe Abdalá accediera al trono y las destruyera, condenándome al olvido, las ha mostrado a la luz en ocasión propicia. Esta sorprendente revelación ha alentado mi esperanza de regresar. El Misericordioso bendiga a Shifa, la más dulce yariya del alcázar.

El hilo conductor de la historia os guiará a un dédalo de descripciones inusitadas, donde descubriréis la versátil personalidad de quienes bulleron en torno al sarir de Abderramán. Toleraremos manifestarse a los emperadores, eunucos, alfaquíes, favoritas, esclavos y altos personajes de las cortes que recorrí, con sus luces, sombras, pasiones y debilidades. Para ello os brindo el eco de la palabra y la frágil nao de mi memoria; sólo he pretendido restituir la equidad y pulir mi maltrecha dignidad. Finalmente, os encomiendo el ruego acostumbrado: no olvidéis la práctica de enviar limosnas al hospital de los leprosos de al-Marda, y a los pobres de la cora de mis antepasados Qudaä en Jaén, piadosas costumbres de mis padres que debemos mantener. Tenedme siempre presente en vuestras preces de la oración del viernes.

Confiemos en las alentadoras palabras de Solimán ben Qasín y, posiblemente para la próxima primavera, Dios me conceda la gracia de regresar a Córdoba como una prórroga inmerecida a mi existencia. No obstante, si acaeciera lo inevitable y acabara mis días en estas arenas de Mesopotamia, es mi deseo que mis restos descansen en el cementerio de Umm Salama, junto al apacible Guadalquivir, cerca de las tumbas de mis antepasados. Y con vuestro recuerdo en los labios, y la salmuera de mis llantos en las mejillas, recibid el abrazo de un apátrida errante y buscador de su destino, extraviado por el rencor. Mas recobraré la patria malograda, con la ayuda del omnipresente Alá.

Abandonado a mi destino, alabo a Dios, dueño del universo, el Clemente, el Misericordioso, el Oculto, Absoluto Soberano en el día de la Retribución, donde nos otorgará mansión eterna a todos, a los unos en el paraíso, y a los otros en las tinieblas.

En Bagdad, en el mes de yumada.

A. 249 de la Hégira del Profeta. (852 d.C.)

Alá, el Muy Amante, favorezca a sus siervos
y proteja vuestras vidas.

Azora primera.

AL-ANDALUS, 839 D.C.

He pisado una tierra, el paraíso de Occidente,
donde los guijarros son perlas, el suelo almizcle y
los jardines majestades.

CAPÍTULO 1. Masrur, el esclavo.

Aquella mañana se respiraba un aire ciertamente enrarecido en el alcázar. Parecía como si inquietantes alteraciones perturbaran la vida ordenada del palacio de los emires. No obstante, un sol limpio se abría paso entre la blandura de las tinieblas, ofreciendo a los madrugadores la belleza inmaculada de sus fuentes, jardines y esplendorosos palacetes. Los primeros rayos acariciaban con su calidez los muros rojizos que envolvían en inexpugnable abrazo la aún dormida alcazaba.

Casi en la penumbra, varios sirvientes, como cada día, abrían las cinco puertas de marfil, oro y bronce, haciendo crujir en la quietud los chirriantes goznes. Uno de ellos, cuando apartaba las dos jambas de la puerta de Ab-Sudda, entonó mecánicamente una plegaria, siguiendo la rutinaria costumbre: «Alá Todopoderoso abra esta puerta para remediar ofensas, auxiliar a los oprimidos y otorgar veredictos imparciales según su ley». Y la pesada entrada, que representaba un coloso con la boca abierta, botín de guerra expoliado en Narbona, brilló bajo los mosaicos del gran mirador, abriendo la residencia real y su magnificencia a los soñolientos arrieros, carreteros y viandantes que cruzaban el Arrecife y el puente sobre el Guadalquivir. Con premiosidad siguieron su tarea alumbrados por fanales de hierro, cumplimentando igual ritual en las puertas del Río y de Coria, y pasando de largo ante la puerta de la Mezquita, cerrada hasta el viernes, día en que el emir la traspasaba solemnemente para dirigir la oración de lajutba en la aljama.

Arrastrando por los pasillos silenciosos sus sandalias de corcho, desembocaron en el frondoso vergel custodiado por la Bab al-Chalán, la puerta de los jardines. Pasaron ante las jaulas de los animales exóticos, aún mudos, y de los pájaros mecánicos, y con la fuerza de varios mayordomos pudieron correr los cerrojos y abrir la puerta de par en par. El más anciano, cumpliendo con el ritual, inclinó la cabeza ante el oratorio situado frente a la entrada (en la plazuela de al-Hasa, uno de los lugares donde los cadíes administraban justicia en Córdoba), en ese momento desierto.

Abiertos los cuatro portones, y ocupados por la guardia del emir, poco a poco el recinto real comenzó a recobrar el pulso de la vida cotidiana. Los hornos y fogones emprendieron tímidamente su actividad, los humos aparecieron en las chimeneas y los primeros sirvientes surgieron como un anárquico y diligente ejército de sus cubículos en dirección a las caballerizas, a las habitaciones privadas, huertos, almacenes, sótanos del tesoro, escribanías y demás dependencias, para dar lustre hasta al último rincón antes de que el gran chambelán y los mayordomos pasaran revista. Los porteros, cumplida su misión, se dirigieron entre chanzas a las cocinas, buscando un tazón de leche de cabra y una escudilla de gachas de avena que los reconfortaran.

Súbitamente, uno de ellos detuvo su marcha y sujetó a los demás, mientras señalaba sobresaltado un bulto inmóvil tendido sobre los peldaños de la escalera del cuarto de las aguas.

—¡Mirad ahí, en los escalones! —gritó, haciendo sonar el manajo de llaves.

Las sorprendidas miradas se clavaron en el lugar indicado. Se acercaron y, con cautela, husmearon en aquella masa informe el cuerpo sin vida de un eunuco. Las finas vestiduras, el rostro barbilampiño, el cráneo afeitado y la tez flácida así lo delataban. Lo zarandearon con levedad y no advirtieron signos de sangre ni torturas, aunque sí parecía tener el cuello partido. Les conmovió el horrorizado rictus de sus ojos desmesuradamente abiertos y la postura de una de sus manos, como

una garra aterradora a la que hubieran despojado de algo muypreciado antes de expirar.

—Está muerto, no cabe duda —masculló uno—, y llevo el tiempo suficiente en este alcázar para saber que no debemos denunciarlo al arbitraje del zalmedina, sino directamente al kabir fatá Naser o a alguno de los eunucos. Éste es uno de ellos, y su muerte se debe seguramente a sus embrollos. No os mováis de aquí ni digáis nada a los jardineros. Intentaré acceder a las habitaciones de la azuza e informaré del asunto al aposentador.

—Podríamos desaparecer cuanto antes de aquí y no complicarnos en este turbio asunto. ¿No os parece? —propuso con nerviosismo un joven picado de viruelas.

—¡Cuánto has de aprender aún, Amir! Todas las madrugadas recorreremos idéntica ruta y posiblemente alguien de palacio contaba con eso. Si nos alejamos, posiblemente tengamos que responder a alguna delicada pregunta delante del cadí.

Como contrapunto a la patética escena, del oasis contiguo llegaban los gorjeos de los pájaros, mientras una luz diáfana esparcía las tinieblas, iluminando sesgadamente el rostro tumefacto del castrado.

La puerta del salón de los Visires se abrió con brusquedad y muchos palidieron. Su sola presencia bastaba para desatar el temor en el alcázar, alojando el miedo en sus gargantas. El gran chambelán y jalifa, el todopoderoso Naser, había comparecido, como cada mañana, traspasando soberbio puertas y pasillos y dominando a todos con su poderosa mirada. Su devoto secretario, el también castrado Tarafa, oficial del guardarropa real, lo recibió con una servil reverencia, susurrándole al oído la muerte del eunuco Laqit, de la que pareció no sorprenderse.

—¿Y el cadáver? —preguntó Naser sin mover un solo músculo de su cara.

—Lo trasladé sin ser visto al lugar acordado y, una vez descubierto, he tomado las oportunas diligencias con la mayor discreción. El difunto ha sido conducido al cementerio de Umm Salama, donde el alfaquí al-Asi pronunciará la oración fúnebre esta tarde. Quitándolo de en medio no daremos pie a habladurías, y la versión de la caída al resbalar en las escaleras ha convencido a los entrometidos y curiosos, aunque en el harén los ánimos andan soliviantados.

—No habiendo sangre, es fácilmente creíble; y alguien pensará que perseguía a algún mancebo de ojos alegres en la oscuridad de la noche. No obstante, en el serrallo haremos correr una versión que comprometa a las antiguas favoritas. Aún poseemos enemigos en el alcázar, y a nuestro emir no le agradan los desafueros en su casa, ni a mí dejar cabos sueltos, ya lo sabes.

Avanzó con ademanes avasalladores por los corredores bajo un quitasol de seda, golpeando las baldosas con las mawqs de cordobán bermejo bordadas de plata, arropado por una guardia de temibles occitanos, oriundos del Languedoc y Gascuña, que lo seguían intimidadores con sus uniformes negros, largos alfanjes y capas púrpura, enarbolando el estandarte blanco de los omeyas. El pueblo los conocía como los jurs, los mudos, por no expresarse en ninguna de las lenguas de Hispania, y los aborrecía por su inhumana crueldad.

El gran eunuco, el kabir fatá Naser, rondaba los treinta años y destacaba sobre el grupo por una corpulenta humanidad. En un rostro abotargado desprovisto de vello sobresalían unas mejillas macilentas, nariz ganchuda y unos ojos escrutadores y fríos como el metal, que se movían astutos

bajo unas cejas arqueadas. La boca, hundida en un mentón exageradamente plano, en rictus perenne de desprecio, denotaba impiedad. Cubría su cráneo rapado con un turbante grana, y los hombros, con una capa damasquinada de pedrerías de incalculable valor. Pero era su voz atiplada, casi femenina, impartiendo órdenes mientras atravesaba el salón de los Visires, su rasgo personal más característico. En la mano derecha movía nerviosamente una intimidadora fusta con empuñadura de marfil, que blandía junto a una daga toledana ajustada en el fajín. El poder del castrado era omnímodo, y representaba la voz incuestionable del califa, manejando a su antojo tanto los asuntos del recinto palatino como la mayoría de los intereses del Estado. ¿Quién podría atreverse contra su voluntad?

Una legión de servidores, entre funcionarios, esclavos y mercenarios, le debían obediencia ciega, y algunos visires y altos cargos, como el secretario de la kitaba, la cancillería de la correspondencia oficial, y el ilustre tesorero del emir, el Jazín al-Mal, designados por él, le correspondían con la más sumisa de las fidelidades. Nadie ignoraba que los más de dos quintales de oro anuales procedentes de los impuestos de las minas, la cábala, el jarach o la nazila, pasaban por su estricto control, así como la hacienda del emir y la emisión de la moneda, que él mismo fiscalizaba personalmente con una muy frecuente propensión hacia su beneficio personal.

Inmensamente rico, Naser, al igual que Tarafá, pertenecía al grupo de niños castrados tras la revuelta del Arrabal por orden del emir al-Hakam. Hijo de un noble cristiano, el honorable Samuel de Carmona, había sido islamizado e incorporado al servicio personal del joven príncipe Abderramán, que lo acogió como ahijado bajo su regia protección. Su talento, brillante formación y desmedida ambición lo habían encumbrado a la actual situación de preeminencia, y, junto al clérigo alfaquí al-Layti, el músico Ziriyab, el eunuco Tarafá y la favorita Tarub, tiranizaban la voluntad del emir con insidioso egoísmo, influyendo en contra a veces del poderoso Consejo de Visires. El sabio pueblo de Córdoba, al que nada de la corte se le escapaba, jamás perdonó que su imán, hombre refinado y capaz, se dejara manipular por tan codiciosos personajes, y los bautizó con el certero apelativo de la Silsilat al-Sú, la Camarilla del Mal. Insultos en la calle aprovechando los entierros a los que acudía el piadoso califa, convocatorias multitudinarias y versos satíricos extrañamente deslizados bajo sus puertas y manteles los denunciaban de continuo, ante la incomprensible tolerancia del soberano, insensible a las murmuraciones de sus súbditos.

Acumulador de fabulosas riquezas, el eunuco poseía una suntuosa almunia en la orilla opuesta del río, los Molinos de Alheña, un edén coránico entre cipreses, olivos, brumosas norias y huertos ubérrimos, próxima a la concurrida taberna de al-Rukayn, conocido rincón de altozanos verdes, alfaguaras y reservados. El soto constituía la cita obligada de los bebedores, proxenetas, libertinos y gente distinguida de la corte, buscadores del placer y de las seductoras jarachiyats, las putas refinadas de Bujará y Lahore, y los sofisticados bawi, bellos efebos comprados en los más distinguidos lupanares de Bagdad.

Antes de acceder a los pabellones de poniente, sede del serrallo, Naser esbozó una señal enérgica, deteniéndose los guardias a una distancia prudencial de la entrada, herméticamente cerrada y custodiada por cuatro eunucos, que besaron la mano del gran fatá. Abrieron la puerta taraceada con arabescos florales de oro y plata, y Naser y Tarafá se colaron en la inaccesible estancia de las favoritas del soberano, ausente desde hacía unas semanas en la Marca del norte, en una razia en el escabroso país de los vaskunish.

—Entonces, ¿se ejecutó conforme te ordené?

—Salió a la Perfección, Naser. La escalera se hallaba desierta, y apenas sufrió cuando le quebré la garganta —informó casi sin mover los labios—. El collar lo está examinando en secreto el orfebre Aliatar, y ten por seguro que si contiene algún mensaje o inscripción en sus engarces, lo encontrará. ¡Sus manos son únicas!

—¡Más le vale! Luego de desentrañado el secreto que nos ocupa, se devolverá a la yari«ya Shifa. No quiero revuelos en el harén, ahora que el emir está de regreso.

—Obraré con prudencia, pues me pareció percibir esta mañana un silencio acusador entre algunos de nuestros colegas eunucos y en alguna concubina.

Al adentrarse en el harén, una fragancia espesa a algalia, sándalo, ámbar y agáloco, las emanaciones vaporosas de las esencias de baño y los sahumeros de mirra llegaron placenteras a su olfato a través de las celosías. Una atmósfera de translúcida languidez y una sugestiva quietud saturaban el gineceo, que contaba con un jardín interior sembrado de naranjos, arrayanes y rosaledas, jalonado de fuentecillas, cuyo eco oreaba adormecedor en las dependencias de las favoritas y en los cubículos de las peinadoras, esclavas y masajistas castrados. Un exquisito artesonado de estrellas concéntricas, símbolo de los siete cielos coránicos, remataba la bóveda orbital que cubría suntuosamente el encierro íntimo de las mujeres del emir. Las paredes y postigos aparecían decorados con trazados geométricos y cenefas florales, en una lujuriente sucesión de ornatos polícromos. Muebles repujados, zócalos bizantinos, lámparas y pebeteros de oro, frisos ajedrezados de ónice, mesitas de cedro con confituras y frutas, alfices de florecillas, pilastras de alabastro y colgaduras de satén engalanaban profusamente las estancias de las favoritas.

Las cámaras se comunicaban con un amplio salón de jaspe rosado con una pila circular de baños, donde más de una veintena de concubinas sumergían sus cuerpos voluptuosos, recibiendo de los ventanales el fulgor opalino de la mañana. Cuanto podía imaginarse palidecía ante aquel sugestivo cuadro de sensualidad, donde la sublimidad convertía aquellas carnales figuras en visiones alucinantes. Por otra parte, aquel ofuscador microcosmos, regalado e impenetrable, representaba el vórtice no sólo de las más voluptuosas pasiones y sensualidades, sino también de la sangre y la insidia, donde las envidias, y ocasionalmente los crímenes, se sucedían con sorda frialdad con el único objeto de subyugar a Abderramán, el alquimista soñador, lujurioso y sumamente cultivado, afable con sus elegidas y amante de los placeres del tálamo.

Conforme Naser inspeccionaba el harén, advirtió la inquietud en las miradas de los eunucos más antiguos, con sus caras rechonchas y benévolas escudriñándolo despreciativamente, mientras cuchicheaban entre ellos acerca del aciago accidente. Tan suculento suceso había oscurecido los cotidianos cotilleos del serrallo, tan inclinado a regodearse con los infortunios de algún miembro del harén, y más aún si éste pertenecía a una facción rival. Naser se detuvo por un momento e inquirió imperturbable a su compañero, emitiendo una mueca burlona:

—¿Se ha levantado ya de su lecho Tarub?

—Lo abandonó cuando le informaron de la muerte de Laqit.

—Suayl, comunícale que la aguardo en el salón Perfecto —ordenó a un eunuco corpulento de largura ingenua y tez lechosa, responsable del harén—. Guarda la puerta y que nadie nos importune... ¡Vamos, Tarafa, sígueme!

Arrogantes, ingresaron en el pabellón contiguo, el salón Kamil o Perfecto, donde se colaban

resplandecientes haces oblicuos, nimbando de luz los artesonados de marfil y estuco dorado. Sobre las alfombras y almohadones se reflejaban millares de puntos luminosos, creando un ambiente irreal alrededor del diván ocupado por los dos chambelanes. Al cabo, se entreabrió la puerta quedamente y apareció en el umbral, con dominadora altivez, la esplendente silueta de la umm walad, la gran señora Tarub, la predilecta del emir. Elegantemente ataviada y con unos ademanes autoritarios, se acercó moviendo hasta la vibración sus opulentas caderas, los senos exquisitamente formados y su talle cimbreante y felino. Su cuerpo emanaba un aroma intenso a aceite de nenúfar y sus párpados resplandecían sombreados con una pátina de estibio y almizcle que los hacía cautivadores. Los pies descalzos dejaban entrever unos preciosos adornos sombreados con alheña y unos zarcillos que ocultaban sugerentes tobillos. Aquella mujer, como una aparición, emanaba una ambición estremecedora.

Con un gesto refinado, descubrió su rostro cobrizo alzando un velo ceñido al cabello con aljófar. Sus turbadores ojos verdes, como dos esmeraldas incendiadas, taladraron a los eunucos exigiendo una pronta exposición de lo ocurrido. Abrió su boca perfecta, delicadamente maquillada de acanto, y prorrumpió con la voz aterciopelada que tanto embelesaba al califa:

—¿Qué has de notificarme, Naser? —y dejó entrever el nácar de sus dientes.

—Ya conoces cómo el estúpido Laqit ha muerto «ayudado» por Tarafa, que le ha roto el espinazo en la escalera de las aguas. Parte del plan se ha ejecutado conforme habíamos previsto. Disfrutaremos por un tiempo de la joya, nos desembarazaremos pronto de un esclavo imprudente y desacreditaremos a las otras esposas rivales. Todo de una vez.

—¿Parte del plan? ¿Acaso algo ha salido mal? —inquirió arqueando las cejas y levantando las aletas de su nariz rectilínea.

—El Collar del Dragón, tan apetecido por tí, ha de retornar de nuevo a Shifa, su legítima dueña. Y aunque lo transformaras o destruyeras, representaría ahora un peligro, pues todos los indicios te acusarían, y nuestro señor el emir se enfurecería, perdiendo tú su favor. No lo olvides, Shifa también es una umm walad; amamantó a su primogénito Mohamed y permaneció durante años en el lugar que tú ocupas hoy. No debemos precipitarnos, Tarub. Esa mujer aún goza de mucho poder en el corazón de nuestro señor. Ya lo poseerás tú más adelante, cuando tu hijo reine en Córdoba.

—Y entonces, ¿qué hemos conseguido con esta insensata muerte?

—Eliminamos a un doméstico amenazador, e introducimos la suficiente desconfianza entre tus dos rivales más encarnizadas del harén, Shifa y Qalam. ¿Te parece in suficiente? Laqit ejercía como masajista de ambas, conocía secretos y comenzaba a ser peligroso. Lo convencimos para ocultar el estuche del collar de su señora Shifa en un lugar seguro, con la excusa de que Qalam había planeado robarlo anoche para desbaratarlo y hacerlo desaparecer. Lo devolvería a la mañana siguiente, atrayéndose así el afecto de Shifa. Accedió consintiendo a las sugerencias de Suayh e incluso, el pobre idiota, agradeció la información.

—¿Y crees que Qalam admitirá la acusación sin revolverse como una fiera? Muchos en el harén aún la respetan.

—Ya he hecho correr la voz a través de nuestros fieles de que la señora Qalam, celosa por el fabuloso regalo que hizo nuestro señor a Shifa, siempre quiso gozar de la espléndida joya y ordenó robarla para ella a Laquit, que encontró la muerte.

—¡Sembrar la cizaña entre ellas! Me agrada —dijo moviendo las pestañas—. ¿Y vosotros, aún aseguraréis que el Dragón oculta un secreto extraordinario? Estáis locos.

—Lo aseguran categóricamente al-Layti y Ziryab —se enfureció—. Lo precede una sangrienta leyenda por su posesión, que atestigua que encubre en sus engastes, o en las gemas, un secreto alquímico de valor inapreciable conocido por muy pocos alquimistas de Bagdad. Aliatar lo está desentrañando, y muy pronto puede depararnos una complaciente sorpresa.

—Siempre me mostré escéptica a tales fábulas, Naser, ya lo sabes. Mi único deseo es contemplar a mi hijo Abdalá en el trono de los omeyas, y no me detendré hasta conseguirlo.

—Supone un escalón más en nuestro secreto propósito. Dentro de unas horas, el estuche que contenía el alThubán aparecerá entre las pertenencias de un esclavo, hasta hace muy poco paje de ambas, quien, hábilmente manejado, declarará su participación en el robo junto a su protector Laqit. Y si no, ¿cómo explicará que un simple esclavo posea tan rico joyero? La duda y la desavenencia surgirán muy pronto entre las dos mujeres, y tú reinarás sin oposición en el harén para influir definitivamente en la proclamación del sucesor, tu hijo Abdalá.

—¿Y quién será la presa que sufrirá tal fatalidad?

—Masrur, el Alegre —reveló el valido sonriendo con sarcasmo.

—Infeliz muchacho. Lo recuerdo vagamente cuando servía en el pabellón de las concubinas. ¿No es acaso uno de los jóvenes matemáticos trasladados no hace mucho a las dependencias del Tesoro? —preguntó con indiferencia.

—Evidentemente, Tarub, y según informes de Tarafa, nuestro sagaz Masrur no sólo se contentaba con transcribir números en la kitaba, la hacienda del emir tu esposo, sino que había osado dirigirse al secretario delatando irregularidades en las recaudaciones de los amines, los inspectores de provincias. Aun siendo un esclavo valioso, ordené su separación inmediata de aquella servidumbre y desde hace un mes se ocupa de alimentar a los peces del estanque. La ocasión es propicia para alejarlo de aquí para siempre.

—Te comportas como el mismo diablo, Naser.

—Evita las analogías con Satán, Tarub, pues, como nos revela el Corán, comparecería en el juicio Final ciego y encadenado y así permanecería por toda la eternidad... y sus cómplices, no lo olvides, entregados con él al fuego inextinguible —respondió con sorna, poniendo al descubierto sus grotescos dientes.

—Nada comparable con los desdenes de las concubinas veteranas, que me restriegan por la cara que, por mucho que caliente la cama y domine el juicio de Abderramán, mi hijo, el príncipe Abdalá, jamás heredará el trono, donde se sentará el hijo de la arpía de Shifa, ese afeminado de Mohamed. Te recompensaré como mereces. Pero algún día, Naser, ese collar lucirá en mi cuello, te lo aseguro, pues no en vano soy la distinguida por el emir.

—Lo poseerás. Y con respecto a tu hijo, no resultará difícil mudar el designio de la elección del heredero, aún no irrevocable en la mente de su padre. Es cuestión de tiempo y de que las circunstancias se sucedan conforme pretendemos. Y esas eventualidades se pueden manejar de forma conveniente, incluso con métodos... más... determinantes —ironizó.

Aquella frase enigmática y la dura expresión de su mirada bastaron a la favorita para dar por

concluida la entrevista. Con paso resuelto alcanzó la puerta, oscilando el cuerpo con exquisitez y aromando el salón con un torbellino de su perfume inconfundible, mientras sonreía maliciosamente.

—¡Suayh, ve a buscar al esclavo! —gritó a su esbirro—. Acabemos de una vez con esta cuestión! —y a la orden del chambelán siguió un cerrado silencio.

Al rato se escucharon en la galería unos pasos acelerados y la puerta del salón Kamil se entreabrió. Para dejar paso a un gigantesco jurs que empujaba a un desconcertado mozalbete de frágiles miembros, al que arrojó sin compasión ante el diván de los eunucos, que lo contemplaban con ojos torvos y gesto inmisericorde. El joven portaba un ajado zurrón de badana y, atemorizado y jadeante, miraba a uno y otro lado sin comprender la causa por la que comparecía tan alevosamente ante los fatá. Un sudor frío y un progresivo temblor de piernas le sobrevinieron paralizantes.

Masrur conocía bien al favorito del emir y a su sicario, y la inquietud se adueñó de su corazón. Cuando servía de mancebo en el harén, recién llegado de las lejanas tierras de la Marca de Misnia, había soportado los sobos y los lascivos acosos de Tarafa y otros eunucos, sin emitir una sola queja durante las fiestas nocturnas de la Rusafa o del Ars al-Zuhur, el palacio de las Flores. De golpe le sobrevinieron todas las amarguras del pasado, que hasta en sueños le asaltaban con horror. A los siete años había sido vendido por sus padres, acuciados por el hambre, a unos judíos narbonenses que todos los inviernos acudían a las orillas del Elba y a las miserables chozas de los contornos de Magdeburgo en busca de tan miserable mercancía. Aquella dura separación y la imagen del yermo paisaje, de sus hermanos harapientos y comidos por los piojos despidiéndolo con los ojos espantados, le perseguían como una maldición.

Subsistió luego unos años con sus dueños en Verdún, donde fue educado para futuras labores, sufriendo privaciones sin límite. El rizado cabello claro, la dentadura completa, la tez saludable, sin signos evidentes de pasadas enfermedades, y los miembros estilizados hicieron que sus amos lo vendieran a los clientes más generosos de Occidente a la hora de pagar los cuerpos sin mácula, los refinados musulmanes de al-Andalus. La llegada a Córdoba constituyó para él un delicioso bálsamo, pues recibió el afecto espontáneo de las favoritas del emir, que mitigaron la congoja de su ánimo. Aquella urbe magnífica de vientos cálidos y cielos azules, vergeles de frutos deliciosos y exuberante abundancia, suavizaron su dolor hasta el punto de hacerle olvidar su desventura. Algunos de sus compañeros fueron castrados y convertidos en eunucos, y él, por su extrema delgadez y rostro algo grotesco, asignado como saqaliba al servicio personal de las esposas del soberano.

Trocó sus raídas vestiduras y hambrunas por ostentosas vestimentas, calzones y corpiños de seda, gorros verdes y manjares succulentos. Renegó de su fe cristiana, aprendida de su madre en las largas noches junto a la caldera de nabos y coles, y abrazó el islam de sus compasivos propietarios, que creían como él en un cielo salvador, en un infierno eterno, admitiendo en su libro sagrado a jesucristo y a María, y al mismo Dios todopoderoso de sus padres. Le fue cambiado su nombre de pila, Teobald, por el árabe de Masrur, el Alegre, pues su nariz respingona, mejillas encarnadas y la boca en permanente gesto de guiño le daban un aspecto burlón.

Recordó como un soplo fresco el coro de niños conducidos ante el cadí de la Mezquita, un anciano amistoso y venerable que le regaló a cada uno una cuartilla doblada con versículos del Corán. Allí, cobijado bajo el cielo polícromo de las columnas y arcos grana, pronunció la profesión de fe ante varios testigos emasculados, uno de ellos Laqit, su Protector a partir de aquel día feliz.

Aún conservaba entre sus pertenencias, como único asidero firme de su existencia, el papel amarillento donde aparecía su nombre, y se sintió reconfortado:

Masrur, de la casa del emir Abd al-Rahman ben al-Hakam, abandona la religión cristiana y se adhiere a la comunidad de los creyentes. Atestigua que no hay más Dios que Alá, que Mahoma es su siervo y que Jesús, hijo de María, es su enviado. Se ha Purificado y acepta los mandatos del islam y se regocija por entrar en él, dando gracias a Dios que lo inspiró y lo encaminó. Se ha convertido de buen grado sin esperar recompensa alguna.

Posteriormente el emir Abderramán, inclinado al cultivo de las ciencias, la alquimia, la poesía y la música, ordenó que los esclavos del alcázar mas capaces fueran instruidos junto a los Príncipes, para luego servirles como secretarios. Para él significó la salvación. Dejó de embadurnarse de polvos, Perfumes y afeites para servir a los distinguidos comensales del palacio, que, enardecidos por los efluvios del vino, terminaban siempre Por utilizarlos para saciar sus apetencias, consumadas luego con las esclavas, o los más complacientes bawi. únicamente Laqit y Shifa, como padres bienhechores, lo tutelaron con su favor desde el primer día que puso el pie en el harén. El eunuco, para reconfortarlo, conversaba con él, pregonando a los servidores del alcázar que lo amparaba bajo su abrigo y no permitiría ningún abuso.

Masrur simultaneó los deberes como fámulo del serrallo con la asistencia a la Academia de la aljama, donde aprendió el árabe y la al-garabıya, el dialecto común de alAndalus, y pronto memorizó las suras del Corán, iniciándose en los estudios de la Shariah, la ciencia de la religión, y de la Ilm al-adad, la ciencia de los números, en la que fue un aventajado alumno. Bajo el tibio tornasol de la zulla, el toldo del patio de los Naranjos, rodeado de umbrías y estanques de agua rumorosa, aprendió los rudimentos de la obra de Euclides, los trazos exactos de la geometría, los hechos antiguos de los hombres o ajbar, y el saber de Aristú, Dioscórides y Ptolomeo, con la exactitud y profunda erudición de sus maestros islamitas.

Al convertirse en hombre, hubo de abandonar el acogedor e invulnerable harén y los oropeles de la mansión real y trasladarse a los sótanos de la secretaría de hacienda, donde profundizó en el conocimiento de la aritmética y el álgebra, trabajando día y noche bajo la luz de las velas y candiles de sebo en las listas de los impuestos, que llegaban a Córdoba como un río de oro. Pero en su corta existencia aún no había alcanzado el cénit del infortunio. Engañado por su inexperiencia, y creyendo brindar un leal servicio al jefe de los funcionarios, un mozárabe en permanente estado de convulsión, le comunicó ciertas anomalías advertidas en los jarach, los tributos recaudados a los nobles visigodos en Granada y Huelva.

Ante su sorpresa, el secretario lo premió con un tremendo revés en la cara que le hizo perder el equilibrio Y arrastrar en su caída los ábacos, minios, tinteros y cálamos de la escribanía. En presencia de los estupefactos calígrafos, destrozó el pliego de las anotaciones, acusándolo de descuadrar con su ignorancia las operaciones que con tanto sacrificio habían calculado sus compañeros. Lo arrojó a patadas de la cancillería y, de golpe, Masrur comprendió el tremendo error, y más aún cuando acudió a referírsele a su bienhechor, el eunuco Laqit. Éste descompuso su semblante y le pidió con lágrimas en los ojos que jamás refiriera a nadie lo descubierto en aquellos rollos. Nunca lo había tocado, pero aquella tarde pasó su mano gordezuela por el rostro de Masrur

con un gesto paternal de compasión y ternura, que penetró como una suave medicina en su alma.

En aquel instante sintió como si lo expulsaran del edén bíblico, e intuyó que ya nunca alcanzaría un lugar de privilegio en el alcázar, como otros tantos esclavos cultivados, ascendidos con el tiempo a cargos relevantes del Estado, bien como jefe de los barid o correos, al-bayazira mayor, cuidador de los halcones reales, supremo orfebre o secretario privado del califa o de algún visir, para luego recobrar la libertad. Se convertiría en un despreciable esclavo hasta el fin de sus días. La predicción de su maestro, el alfaquí Kufat, el primer día que acudió a la academia, jamás se cumpliría: «Aun cuando el saber no tuviera otro objetivo que hacer que el inculto os respete y que el sabio os aprecie, sería motivo suficiente para ir en pos de él. Pero en vosotros, mis pajarillos del alcázar, el conocimiento servirá para conseguir lo que ha de ser vuestro único anhelo: la libertad. Abrid la jaula de oro con la llave de la sabiduría y seréis apreciados por el mundo».

Emergió trabajosamente de su sueño y las ilusiones le parecieron quebrarse para siempre en un violento zarandeo del destino. Cualquier comparecencia ante Naser, llevado a la fuerza por sus secuaces y expuesto a un interrogatorio, acababa con cualquier esperanza de lograr la manumisión, e incluso con la simple aspiración de seguir con vida. En tensión, esperó bajando su mirada tembloroso.

—Tú eres Masrur, el esclavo expulsado de la kitaba. ¿No es así? ¡Contesta! —gritó el eunuco en tono reprobador, quebrantándolo con sus retículas vidriosas.

—Cierto, gran fatá —declaró atemorizado, casi incapaz de mover la boca—. Invariablemente traté de servir a nuestro señor con lo mejor de mis conocimientos.

—Querrás decir con tus errores. Has pagado con tu ineptitud la educación y el sustento recibido de tu señor natural, colmando de irritación al jefe del tesoro... Pero no te he hecho requerir para eso, por lo que ya has recibido cuanto merecías. Te lo voy a preguntar una sola vez y contesta si en algo valoras tu despreciable pellejo. Ayer al atardecer te vieron conversar con el eunuco Laqit, junto al estanque de Mercurio. ¿De qué hablaste con él? ¿Te contó algún asunto referente a las favoritas del emir?

El muchacho esbozó un gesto de extrañeza por el requerimiento, mientras se sumía en un confuso mar de desconcierto, incapaz de reflexionar.

—Nada me aseguró de cuanto me consultas —balbució—, Tan sólo me comentó el interés de las señoras Qalam y Shifa en buscarme un puesto en la biblioteca personal de nuestro señor. Son muchos sus manuscritos, y necesita bibliotecarios y escribanos.

—¡Y conseguirías con tus extravíos, saqaliba soberbio, causar el más absoluto caos entre sus tratados! ¿Y no te confió ningún objeto, o te disuadió de que hablaras de algún turbio asunto? —preguntó ante el estupor del muchacho.

—No, no me entregó nada, kabir fatá, te lo aseguro. únicamente conversamos de temas triviales —aseguró con ingenuidad, pues nada comprendía de aquel embrollo.

Tarafa resopló a través de su ancha y deforme nariz y pidió al guardia que le acercara la bolsa de cuero de Masrur. Con parsimonia, desató la correa de cierre y vació violentamente sobre la alfombra los objetos que contenía. Unas ckankas, sandalias de esparto usadas para la jutba, el sermón del viernes, un bonete de terciopelo verde, distintivo, de la servidumbre del alcázar, unos pergaminos atados con una cinta, una raíz de sicómoro para prevenir el mal de ojo, y un extraño objeto, más

voluminoso y brillante, que al caer suavemente sobre la estera hizo abrir sus ojos de asombro y logró de los acusadores una exclamación de forzada sorpresa. Tarafa se incorporó de los almohadones y lo entregó a Naser, que lo miró con minuciosidad. Al fin extendió el brazo hacia el esclavo, interpellándole con su aflautada voz:

—¿Sabes que es esto, endiablado mozalbete? —inquirió con cínica sonrisa.

—Se trata de un joyero, sahib —atestiguó incrédulo y asombrado—. Aunque no acierto a comprender cómo se halla en mi saco.

Un denso silencio siguió a la pregunta. No obstante, una cosa era segura: él no lo había colocado allí. Un estremecimiento le corrió por todo el cuerpo y una sudación gélida le empapó las extremidades. Intuía una nueva calamidad cerniéndose sobre él, mientras contemplaba el rico estuche, que le era vagamente conocido. Se esforzó en traerlo a su memoria y recordó bruscamente que pertenecía a la dulce señora Shifa.

«¡Sí! —pensó—. Pero ¿qué tengo yo que ver con todo esto?»

—Acércaselo, Tarafa —ordenó exasperado Naser—. Comprueba si lo habías visto antes... y explícanos el motivo de que se halle en tu alforja.

El joven tomó en sus temblorosos dedos la cajita de marfil, profusamente labrada con tracerías de plata. Levantó su tapa y observó el blando y aterciopelado interior vacío, y en la tapa, grabada con letras de oro, la inscripción de dedicatoria que ya conocía, susurrándola en voz baja para sí: «En el nombre de Alá, su bendición, perpetuo deleite para ti. Tu voz suena como campana de Catay. Eres, Zubaida, el aliento leonado de mis velas abasíes, grato bálsamo de Arabia y crisol alado de los amores de mi espíritu. Que su gracia sea sobre ti. Repujada por las manos del maestro al-Arzila».

—Recuerdo haberlo contemplado alguna vez en el tocador de la yariya Shifa, cuando estuve a su servicio..., aunque no lo puedo precisar. Y puedes creerme, señor: el primer sorprendido soy yo mismo. Alguien lo habrá colocado con desconocidas intenciones en el zurrón de mis pertenencias sin yo advertirlo —le contestó mientras acariciaba nervioso la cadena de cautivo, colgada de su cuello desde hacía diez años.

—¿No te lo entregó tal vez Laqit para ocultarlo, después de que ambos, en una maliciosa complicidad, lo sustrajerais de la alcoba de la señora Shifa?

La crudeza de la acusación lo descompuso, pero respondió ahogando la voz:

—En modo alguno, gran fatá. Puedes preguntárselo a él mismo, y te aclarará cuanto me preguntas. El nunca falta a la verdad.

Los castrados cuchichearon nerviosos en el diván y simularon desazón sobre la noticia que se disponían a revelar al esclavo. Al fin gritó el chambelán con gesto fingido:

—¡Laqit ha sido encontrado muerto esta misma mañana con la alhaja perteneciente a ese estuche en su poder! ¿Comprendes, bribón embustero?

A Masrur se le debilitó el pulso y se le escapó de las manos el joyero, que se precipitó a sus pies con un golpe seco. Lágrimas presurosas inundaron sus mejillas y ocultó su cara a la mirada de aquellos hombres. Laqit encarnaba la única persona en el mundo en quien confiaba lealmente. Todo se desvaneció en su alma como una gota en un hierro ardiente. Su fortaleza se diluyó con sus

sollozos, abandonándose irremisiblemente a la cruel fatalidad y al sórdido capricho de aquellos eunucos.

—Mantenemos firmemente una evidencia, ambos planeasteis y ejecutasteis el robo, y tú, miserable esclavo, guardaste el cofre en tu jergón, donde sin duda nadie lo buscaría. Después, la providencia hizo justicia, y cuando alguien avisado y fiel sorprendió a tu protector mientras intentaba sacar el collar del alcázar por la puerta de los jardines, éste se quitó luego la vida, fustigado por su desleal maniobra.

—¡No es verdad! ¡Sólo son sospechas imposibles de probar, kabir fatá! —gritó.

—¿Dudas acaso de las palabras del jalifa, indeseable? —cortó Tarafa violento.

—Yo no soy un vulgar ladrón, ni Laqit Un traidor. Sirvió siempre al emir con devoción y rectitud. Sentía por él un desinteresado afecto y lamento como nadie su muerte. ¡Aún no puedo creerlo!

—¿Pensabas comprar con la alhaja tu libertad? ¡Contesta! ¡Tú sabes mucho más de lo que admites! —señaló con palabras de fingimiento—. Lo decimos con pesar, pero no habrá más remedio que entregarte a Billah, el verdugo. Él te extraerá la verdad.

—¡Soy inocente de esa acusación! —se defendió—. Desconozco qué indujo a Laqit a sustraer el collar, pero tendría una buena razón para hacerlo, o tal vez fue inducido a tomarlo, pues por su dulzura natural a nada se negaba, Que el Clemente lo perdone.

—¡No mezcles a Dios en este penoso negocio! —le espetó con las venas del cuello a punto de estallar—. Más te vale confesar, y tal vez seamos indulgentes contigo.

—Nada conozco de lo ocurrido con esa joya, y menos aún de las intenciones de Laqit. Tened clemencia conmigo y no me torturéis, pues nada soy y mi miserable persona ningún mal puede ocasionaros —exclamó mientras se arrodillaba—. Haré lo que me pidáis..., pero no me condenéis a la rueda, os lo suplico, notables fatá.

Unos sollozos de indefensión sonaron en el salón del Kamil, Por nada del mundo quería ingresar en la mutbaq (Cárcel real), la temida prisión del alcázar donde el atormentador Billah, un sudanés descomunal, y sus sayones martirizaban con encarnizamiento a cuantos caían en sus mazmorras. Sólo de pensarlo se le erizaba el cabello y sentía un espanto aterrador.

Los eunucos murmuraron entre ellos palabras apenas audibles por Masrur y simulaban consultar versículos del Corán, deliberando la pena que debían aplicar al esclavo, ya decidida de antemano por Naser y Tarafa. El jovenzuelo se incorporó del suelo y miró con ojos lastimeros hacia el diván. El privado del emir tomó la palabra y le conminó:

—Esclavo, el generoso Tarafa ha escrito tu confesión. En ella afirmas únicamente haber sido cómplice de Laqit en la ocultación de la arquilla. Nada encontrarás en ella de participación directa en la sustracción, o en su desgraciada muerte. Te será conmutada la pena capital, merecida por desvalijar un objeto propiedad del emir, por otra más leve, que nuestro bondadoso corazón dictará, como recompensa a tu espontánea manifestación. ¡Acércate y rubrica la declaración, muchacho! —ordenó conminatorio, señalándole un tintero y un cálamo de ánade.

Masrur se aproximó profundamente inquieto, y con la mirada acuosa leyó por encima el pliego, quedando conforme con su contenido, Rasgó su nombre sobre el papel, bajo tres firmas ilegibles de desconocidos testigos, y secó sus lágrimas con el dorso de su mano trémula. Luego dio unos pasos

hacia atrás aguardando la sentencia, que tras lo expresado por Naser daba por magnánima. Tal vez sufriera unos azotes públicos y luego fuera trasladado a otra dependencia del palacio, o vendido a otro dueño, olvidándose su nombre para siempre. Estaba resignado y lo aceptaría sin replicar. Sólo anhelaba concluir con aquella pesadilla y llorar en silencio su suerte y la muerte de su protector. Una espantable soledad lo desalentó.

Al cabo de unos instantes los castrados irguieron sus frías retículas y el joven sintió en su interior un inquietante desasosiego. Su ingenua juventud se conmovió.

—Esclavo Masrur, trasciende incuestionable que te has apartado de los preceptos de Dios —habló solemne Naser—. Por mandato del emir, tengo la enojosa obligación de velar por el estricto cumplimiento del Corán en este recinto. Tu condición de siervo de palacio te impide acudir al zamedina, o a un zulema, y no puedes apelar a la compasión de tu señor natural, nuestro imán Abderramán, a quien yo represento según su recto designio. Por lo tanto, me corresponde ser el juez de tu conducta.

—¡Levanta la cabeza y escucha el veredicto del gran fatá! —gritó Tarafa airado.

—El Libro Sabio manifiesta que a todo ladrón han de cortársele las manos. No obstante, seremos compasivos y generosos. Permanecerás en la prisión del alcázar hasta pasado el Ramadán, donde tu alma meditará en soledad acerca de tan detestable proceder. Pasado el periodo de reclusión servirás durante cinco años en las minas de Qastulana y, para asemejarte a tu favorecedor Laqit, serás castrado antes de partir a tu destino. Es la justa sentencia del clemente Abderramán, a quien el Oculto prolongue sus días.

Como tres mazazos cayeron las penas sobre el confundido muchacho, quien, horrorizado e incrédulo, se llevó las manos crispadas a la cabeza y aulló pleno de rabia y desesperación, prorrumpiendo en ininteligibles improperios:

—Me habéis engañado. ¡Nooo! ¡Misericordia, señor! No he cometido ningún delito para merecer este castigo. ¡Soy inocente..., y apelo al emir! ¡Piedad, piedad! —imploró entre gemidos, extendiendo los brazos hacia los eunucos.

—¡Calla, esclavo! —vociferó Tarafa, y un denso silencio se adueñó del lugar.

—Que el Misericordioso oscurezca vuestra vida por la injusticia cometida conmigo —balbució Masrur en su desesperación, saboreando la sal de sus lloros.

Un terrible golpe con la empuñadura de la espada del jurs acabó con los gritos de súplica, haciéndose la oscuridad en la mente del desdichado joven. Como un fardo quedó en el suelo sin sentido, mientras un reguero de sangre discurría furtivo junto a su cabeza, salpicando de rojo la alfombra damasquinada.

Cuando el fatá Naser pasó a su lado, insensible y arrogante, ordenó a sus secretarios:

—Que bajen de inmediato a la mutbaq a esta basura. Decidle al carcelero que nadie hable con él y que respete su vida. Puede ser un cantero excelente en las minas..., de las que obviamente nunca regresará —añadió riendo con un cínico gesto de desprecio.

—De eso podemos estar seguros, Naser —replicó Tarafa satisfecho.

—Llevad después la sentencia al alfaquí al-Layti, para que la registre en el tribunal de la aljama y

la archive.

—Se hará como dispones, Naser, y muy pronto se perderá en el olvido.

—Ahora dirijámonos a las habitaciones de Shifa y Qalam. Seguramente, ambas tienen alguna protesta que elevarnos. Dejaremos caer nuestra preocupación por la penosa muerte de Laqit, sin expresar la más leve acusación. Es mejor dejar que la perfidia femenina haga el resto. Después visitaremos a Aliatar, el tallador, antes de devolver la joya. Ardo en deseos de saber si ha encontrado esa secreta inscripción. ¡Supondría para nosotros un hallazgo de consecuencias imprevisibles!

—Las últimas horas no han podido ser más productivas para nuestros intereses.

—Ciertamente, Tarafa. En una sola jugada, eso sí, maestra, hemos abatido a un peón molesto, a un peligroso alfil y a una reina poderosa, y disfrutamos de un tablero más cómodo para dilatar nuestra influencia. Avanzaremos como vencedores únicos, con nuestra sultana como arma mortífera, y relegaremos al emir a las torres de sus placeres. Abdalá será proclamado heredero, y Córdoba subyugada a nuestros pies.

—Ese juego del al-shitranch, que tanto practicas con Ziryab, te ha apasionado hasta tal punto que te expresas en todo momento como si desplazaras esas extrañas piezas de marfil ante contrincantes invisibles.

—Este entretenimiento es reflejo de la vida misma, con sus acechanzas, celadas, derrotas y victorias, Tarafa. Más te valdría aprenderlo y gozarías con las sutilezas de sus estrategias y con la catarsis suprema de la aniquilación de un rey —dijo con un gesto triunfante y premonitorio que asustó a su secretario.

Mientras los dos lacayos, portando al inerme esclavo, desaparecían por una puerta semioculta en el corredor, por el lado opuesto del pasaje, atrajo la atención de Naser un obeso eunuco, desencajado y sudoroso, que saltaba más que corría y que le susurró al oído:

—Naser, te traigo malas noticias. El orfebre no ha encontrado en el collar talla alguna, ni fórmula oculta, ni impresión evidente. Ha desmontado en mi presencia las gemas una a una, y desarticulado los engarces meticulosamente. Los ha tratado con líquidos cáusticos y auscultado los engastes con espejuelos de aumento sin resultado alguno. Te aguarda muy contrariado en el taller, donde te explicará todo detalladamente.

En las laxas facciones delfatá se dibujó la decepción y frunció el entrecejo.

—¡Ese mensaje cifrado existe disimulado en algún recoveco! Hemos de insistir antes de devolverlo. ¡Acerquémonos al obrador de ese inepto! —se quejó mientras desaparecían en dirección a los talleres del alcázar, entre exabruptos.

Luego, cuando el corredor quedó desierto, imperceptiblemente, apareció en el umbral de la puerta del gineceo la elegante figura de una mujer vestida de blanco, con la cara oculta por un velo cuajado de perlas. Sus ojos habían presenciado los sorprendentes movimientos, y sus oídos, los lamentos de un muchacho en el contiguo salón del Kamil. Moviéndose alertada la cabeza, y con gesto de desaprobación se volvió con paso quedo. La desaparición del apreciado regalo de su esposo, el Collar del Dragón, y la muerte de Laqit la habían sumido en la desesperación, y temía el regreso del emir. Pensativa, desapareció por el pórtico tapizado de cenefas de cinabrio, albayalde y lapislázuli, que con la

claridad del día irradiaban un resplandor alucinante.

Sumido en la semioscuridad, emitió un prolongado gemido. Las paredes de la celda de la mutbaq rezumaban salitre, y un olor repugnante a humedad y descomposición las impregnaba mientras un diminuto tragaluz abierto en la techumbre filtraba una luz biliosa. El prisionero Masrur dormitaba acurrucado en la sombra verdosa de un rincón, rendido por la fiebre y el frío. Repentinamente, el dolor lo sobresaltó cuando oyó un ruido de pasos y una mano descomunal depositó por entre los barrotes una escudilla y un trozo de pan mugriento. Llevaba allí varios días y la desesperación comenzaba a hacer mella en sus ansias de vivir. Amodorrado, comprobó cómo, por entre la paja podrida y las oquedades del suelo, algunas ratas chillaban disputándole el pútrido alimento. Casi sin fuerzas, extendió uno de sus brazos y tomó la redoma y el mendrugo, llevándolo con desgana a su boca reseca como la estopa.

Cada vez que despertaba de las pesadillas de la calentura, sus ojos exploraban angustiados las cámaras de tortura y a aquellos desdichados compañeros de prisión, en su mayoría salteadores de caminos o monjes cristianos condenados por blasfemos contumaces. Contemplaba con angustia el horror de sus cuerpos dislocados por los mazos y las garruchas, el monótono tormento del fuego o la insistente gota de agua resonando en sus cráneos. Se sobresaltó con las imprecaciones de un anciano condenado por sus opiniones heréticas, al que aplicaban brasas sobre los dedos de los pies y la correa y el torniquete en la cabeza, haciendo que perdiera, entre alaridos atroces, la noción de cuanto lo rodeaba. Otros presos, hechos una pura llaga y comidos por los piojos, permanecían tirados en los calabozos, condenados a morir de hambre entre la podredumbre, al no tener familiares que sobornaran a los carceleros para alimentarlos. Luego recordó la fría amenaza del verdugo Billah, un bisojo picado de viruelas, con su fétido aliento a vino y ajos, repitiéndose en su cerebro como una burla macabra: «¡A éste, cuando se recupere, lo estiraremos en las tablas del potro!».

—No lo permitas, Dios mío —murmuró golpeando las piedras del muro con sus puños—. ¡Quiero vivir para desear día a día la perdición de esos castrados de Satanás!

Cuando trataba de incorporarse, un terrible calambre le sobrevino, y descubrió su brazo cubierto de sangre seca y cómo la cabeza le estallaba en un dolor insoportable. Quiso poner sus pensamientos en orden haciendo un esfuerzo sobrehumano y se le agolparon en la memoria, como caballos desbocados, las palabras pronunciadas por el gran fatá en su sentencia: «...y serás castrado antes de partir...».

«¡Castrado, castrado, castrado! ¡No!»), pensó comido por la desesperación. Si sobrevivía, extremo que dudaba, se convertiría en un eunuco como sus acusadores, intrigante y licencioso, con los atributos masculinos extirpados de por vida. Evocó su cautiverio de Verdún, y resonaron en su cerebro los infantiles gritos de impotencia, mientras algunos morían entre lamentos bañados en sangre o asfixiados. Y si no moría en aquella mazmorra, o con la castración, no sobreviviría más de un año a los trabajos forzados en las minas de Qastulana, cercanas al nacimiento del Guadalquivir. Ellas serían su losa, cuando aún no había probado las delicias de la vida, y sí todos sus sinsabores. ¿Podía ya algo sostenerlo en la vida?

El esclavo, resignado en su despreciable insignificancia, percibió en aquella lóbrega prisión que su alma se partía en dos, admitiendo con resignación que tal vez la muerte resultara al fin ser una liberación para sus sufrimientos. Lastimosamente se había convertido en un desheredado y se

encontraba solo e indefenso. Observó con sus ojos glaucos la trémula luz de la claraboya, y razonó que su esperanza de salvarse era tan imperceptible como aquel débil rayo que caía sobre la cadena que le aprisionaba los pies magullados. Con una incontenible irrupción de llanto, mezcla de pavor y alarma, maldijo aquel penoso día con desaliento, mientras un grito aterrador le llegó de un moribundo que exhalaba su último suspiro, acompañado de una atroz carcajada.

Luego, un silencio sobrecogedor se adueñó de aquel lugar de miseria y muerte.

CAPÍTULO II. El zoco de los Libreros.

Yahia ben al-Hakam, al-Gazal, partió temprano de su almunia del Raqaqín, en el arrabal de los Curtidores, seguido a una prudencial distancia de su mayordomo y dos sirvientes provistos de capachos. Sorteó a una recua de asnos cargados de cántaros y saludó al alarife de un bazar de paños, amigo de siempre. Besó las cuentas de la subha de los rezos y murmuró: «Loado sea el Creador que nos conduce por la senda cierta».

El astrónomo, alquimista y poeta se hallaba en plena sazón de su madurez. Caminaba por las callejuelas erguido, con ademanes determinantes y gesto sereno que inspiraba confianza, sobrepasando con su elevada estatura a sus acompañantes. Su curtido semblante, nariz recta, ojos azabaches y profundos y altos pómulos, le conferían un aire de varonil atractivo. Largos cabellos negros peinados en tirabuzones le caían sobre las orejas y la frente, y la barba, exquisitamente recortada, exhalaba una densa fragancia a arrayán y almizcle. Al saludar a algún viandante, los hoyuelos de sus mejillas, guardianes de una boca esmeradamente cuidada con polvos de algalia, se hundían en gesto seductor.

Era conocido en toda Córdoba, y sus distinguidos usos e indumentarias eran imitados por los elegantes, que lo consideraban el espejo donde contemplarse. Se cubría la cabeza y hombros con un tradicional tailasán de seda azulada, y su esbelta complexión, con una túnica de lino impecable. Conforme avanzaba hacia las murallas, sus Ojos parecían cautivados una vez más por el evocador panorama de agua y verdor de la medina, con sus tupidos jardines, arrogantes almenas y el intrincado dédalo de palacios iluminados por los destellos de un sol que se recreaba cálido entre las nubes.

Ante él se ofrecía la Córdoba cotidiana, el espléndido paraíso de Occidente, que, como una amante despojada del velo de la noche, mostraba a los madrugadores la diafanidad y blandura de las terrazas y huertos, preñados de naranjos, cidros y adelfas. Había conocido en sus viajes ciudades de Arabia, Europa y Africa, pero en ninguna se sentía tan invulnerable. Emergida de las sombras de un pasado ilustre, Córdoba mostraba una mezcla de mágicas virtudes y frecuentes miserias, hospitalaria y despiadada, ávida de placeres, y orante al mismo tiempo del Corán y la Biblia. Se había convertido para sus recientes poseedores en el cristal donde se reflejaban sus añoranzas de Bagdad, Medina o Damasco. Los minaretes y adarves ocres, las palmeras y cipreses y el rojo y verde de los granados de Basra y Qaiwarán, esparciéndose por doquier, la igualaban en magnificencia a sus semejantes emporios de Arabia y Mesopotamia.

Varada en las riberas del gran río y acurrucada al abrigo de su sierra, la Yabal Córdoba, aparecía envuelta en una brumosa lozanía que lo seducía irremisiblemente. No existía en Occidente metrópoli que se le asemejara. Bibliotecas, baños, adarves iluminados, medersas y academias, alhóndigas, fábricas, cecas, zocos inagotables y doscientas mezquitas donde inclinarse ante el Supremo servían de solaz a las más de cuatrocientas mil personas que habitaban sus airosas mansiones. Los aristócratas árabes, la Jassa, cultos y amantes del más refinado arte de vivir, como él mismo, compartían el aire de la mestiza ciudad con la tumultuosa plebe musulmana o umma, con los laboriosos judíos sefarditas, los muladíes, cristianos convertidos al islam, y con los arrogantes cristianos, las repudiadas «gentes del Libro». Y todos servidos por una variopinta legión de esclavos, concubinas y eunucos procedentes de Germania, Libia y Etiopía.

Aquella vanidosa población, como una hembra opulenta, se le ofrecía atrayente cada mañana, engalanada por la joya sofisticada del alcázar y la blanca aljama. Generosa como una madre e impúdica como una cortesana, acogía en su seno hechizante todas sus ansiedades, así como las palpitaciones de libres y sometidos, fieles e infieles, en una bastarda y armoniosa confusión de convivencia.

Al-Gazal traspasó la concurrida puerta de Sevilla, penetrando en el bullicio de la medina, el ruidoso corazón de la ciudad, donde refulgían las blancuras de la judería y los zocos y el rojo de los baluartes de la alcazaba. En torno a ella, en un vasto cinturón amurallado, se apretaban a sus ubres los veintiún arrabales de la capital de los omeyas. Nada más cruzarla, una familiar combinación de inimaginables efluvios y ruidos estimularon repentinamente sus sentidos. De los muros emergían aromas de azucenas y lirios, ligados a los pestilentes olores de los arriates y a las densas exhalaciones de hombres, bestias, fritangas y especias de los zocos. Un bordoneo de voces, que lo mismo se expresaban en árabe, o al-garabǵya, que en romance, saturaban los angostos callejones por los que transitaban.

Diligentes, bordearon el barrio judío y cruzaron la calle principal que recorría de arriba abajo la urbe, separando el alcázar de la mezquita mayor, foro de la sabiduría donde los cadíes impartían justicia y los maestros alfaquíes enseñaban el Corán, filosofía, gramática y astrología, sentados sobre esterillas de esparto, ante la mirada cándida de sus alumnos. Bocanadas perfumadas de azahar se mezclaban con el frescor de la fuente recién construida por Abderramán, donde bebían los estudiantes y se lavaban los creyentes para orar o asistir a algún juicio. Aquella mañana primaveral, increíblemente cálida, presagiaba empero un verano sofocante.

Al desembocar en la plazuela de la mezquita, el estruendoso alboroto se hizo más intenso. Las penumbras del patio de los naranjos se disiparon para dar paso a la barahúnda de la alcaicería, el zoco de las telas, el rastrillo de los objetos usados y los tenderetes de los carniceros, badaneros, sangradores y caldereros. Un hormigueante ir y venir de tratantes, narradores de leyendas, mendigos, rabinos, adivinadores, reposteros, aguadores, alcahuetas y alarifes de todos los oficios abigarraban las angostas callejas sin apenas dejar un claro libre para transitar. Asnos y camellos disputaban el escaso espacio a los transeúntes y palanquines, que sorteaban con pericia los sacos y lebrillos.

Al-Gazal se detuvo unos instantes ante los bazares porticados de los judíos narbonenses y los comerciantes de Bagdad y Alejandría, admirando sus colmados anaqueles. Era la tentadora Qaysariya, el gran bazar de objetos costosos y extravagantes guardado día y noche por imponentes etíopes, donde se ofrecían sillas de montar, perfumes de El Cairo, canela y sésamo de Ceilán, cúrcuma de Persia, albornoces de Pechina, escarlatas de la India, y las alhajas más fastuosas de Occidente, talladas por artesanos del Magreb, Damasco, Bizancio y la misma Córdoba. Por doquier se escuchaba el incesante griterío de los comerciantes invitando a los clientes, el recitar de las suras coránicas en las escuelas de los soportales y el martilleo de los aprendices que confeccionaban en los talleres cordobanes, sandalias o cajas de marfil.

Con placer, al-Gazal atravesó zaguanes cubiertos de toldos multicolores, donde se apiñaban las espuestas de pimienta de Calicut y Malavar, orégano para los guisos de berza, el alazar (también llamado al-Fur. Era una planta tintórea abundante de fácil adquisición y muy bajo precio. También se la conocía con el nombre de «el azafrán de los pobres», pues servía para teñir de amarillo sus potajes.) azafrán barato para la olla de los menos pudientes, áloe de la India, clavo, jengibre, cilantro y las frutas más diversas, sazonadas en las huertas del río. Chiquillos descalzos de cabezas rapadas

le ofrecían por unas monedas gallas de pescado frito, rajas de sandía, miel, cordero picante, refrescos y humeantes buñuelos tamizados de azúcar y canela. El olor penetrante de la carne guisada, del cuero repujado y de las hortalizas corrompidas se confundían con las esencias de los sahumadores, que por una pieza de cobre refrescaban a los transeúntes acalorados.

—¡Perfume de Arabia, sahib! —ofreció uno mostrando la vasija de bronce.

Al-Gazal tiró un dirham a un mozalbete harapiento con eczemas de mugre en la cabeza, quien de un salto le ofreció un paño de lino empapado de fresca fragancia que el alquimista se llevó al cuello y a la frente, para después devolvérselo con un guiño. A una señal suya, el mayordomo adquirió uvas, pasas e higos de Rayya, almendras de Mayurqa, alcachofas y berenjenas que el siervo pagó a los tenderos en regateadoras disputas. Después se deslizó en una minúscula botica repleta de alacenas con frascos mugrientos, donde se hallaba sentado un hombrecillo que se deshizo en saludos hacía al-Gazal.

—¿Qué desea el amigo del emir y señor de la distinción? —rogó adulador.

—Attar, no me adules y prepárame unas onzas de algalia y goma arábica.

—Sahib —le interrumpió con voz melíflua—, me ha llegado de Bagdad una nueva pasta para el cuidado de los dientes a base de raíz de nogal, sandáracas y clavo, que sólo te costará dos dinares. ¿Te lo incluyo?

—Hazlo, y mi mayordomo te lo pagará —le contestó mientras ojeaba las rebosantes alacenas del perfumista, que desprendían un intenso olor a hinojo, ámbar, añil y alcanfor, difíciles de diferenciar. Le solicitó aceite de sésamo para las digestiones, jarabe de sándalo, reconstituyente para fortalecer el ánimo y una piedra xaranch, pasmoso cauterizante de heridas, que también usaba en sus sesiones de alquimia.

Salieron de la botica de Attar y, tras serpentear por el laberinto de las Siete Revueltas, se dirigieron al abarrotado Portillo de la Feria, tropezando con una patrulla de la ChUrta que perseguía a un ladronzuelo que zigzagueaba entre las tablas de los panaderos que salían de las tahonas. Ahogada una sonrisa de complicidad, se detuvo bajo el arco a recobrar el aliento, cuando oyó a sus espaldas un vozarrón amistoso:

—¡Salud y bendiciones al noble al-Gazal!

El cortesano volvió la cabeza con lentitud y vio ante sí, rodeado por una tropa de alguaciles con balanzas y pesas de todos los tamaños, a Ibrahím ben Husayn, un rechoncho anciano de barba cana que cubría su robustez con un albornoz de vivos colores. Ostentaba uno de los cargos más notorios de la ciudad y gozaba, en su calidad de pariente del emir, de su total confianza. Aquel orondo personaje no era sino el temido zabazoque o juez del mercado, garante de los precios, pesos y calidad de los productos y mantenedor del orden y limpieza de la ciudad más ruidosa de Occidente. Su fama de hombre justo era proverbial en Córdoba y juzgaba, sentado en una piedra de aceña, con mano dura y al instante, los delitos acaecidos en los zocos. A más de un ladrón o timador había ordenado mutilar sus miembros o cercenar la cabeza sin que le temblase el pulso. Al igual que al-Gazal era un hombre estudioso de los enigmas del firmamento, y compartía la misma hostilidad y aborrecimiento hacia la camarilla de palacio.

—Que el Misericordioso se acomode en tu corazón —le correspondió afable.

—¿Adónde te encaminas, Yahía?

—Al taller del maestro librero. He de retirar unas copias de mi archuza sobre la conquista de Hispania que prometí regalar al cadí de Écija, Abú Zakaríá. Será mi regalo del Shabán (Octavo mes del calendario musulmán, llamado «El mes de la división»). En él se celebra la fiesta de la Noche de los Hados, con la que se conmemora la conquista de La Meca por Mahoma.) para el maestro indiscutible de la dialéctica de la razón y del libre albedrío.

—Por un momento pensé que te dirigías al mercado de esclavos. ¿No lo sabes? Hoy se nos brinda una subasta muy apetecible, aunque de bolsa succulenta. Un mercader de Siria presentó ayer en el alcázar un cargamento de hermosas mujeres y eunucos, y el resto, siempre excelente, será subastado hoy antes del mediodía. Entre la mercancía se encuentran rubias esclavas rumiyat y algunas cantoras de Arabia. Un pregonero lo está anunciando por la medína. ¿No te atrae la noticia, viejo amigo?

—Ciertamente..., y agradezco tu información, Ibrahím. Llevo meses buscando una buena cocinera egipcia y una qiyán que deleite a mis invitados.

—Me verás allí, y tal vez pujemos por la misma cautiva —confesó irónico.

—En ese caso perderé la pugna, pues mi alforja nada puede contra la tuya —dijo, e inclinó levemente su cabeza a modo de saludo—. ¡Queda con Dios; salam!

—Alaykum salam. ¡Que Él te asista, al-Gazal! —Y desapareció con el uniformado cortejo de subalternos por los pasajes del baratillo.

Al-Gazal y los sirvientes accedieron, tras unos vociferantes arrieros, al arrabal de la Axarquía, donde en amplios almacenes se amontonaban los más exóticos productos llegados del mundo entero. A uno y otro lado de las calles, cargadas de mortificantes moscas y polvo, se alineaban las almazaras, sederías, esparterías, las almonas, las ruidosas fábricas de jabón, y las fondas y lupanares, las sugestivas jammara, donde se jugaba a los dados y se ofrecían por unas monedas, vinos de Rayya y Siraf, y alegres mujeres persas y etíopes. Lo abandonaron pronto y se internaron en la desierta callejuela de los Libreros, para entrar al-Gazal y su mayordomo en la casa del maestro Muad. Hicieron sonar la campanilla y al Poco un hombre de escuálida figura y ojos saltones los recibió con gestos lisonjeros, ofreciéndoles una limonada que al-Gazal probó.

Generoso y sabio al-Gazal, pasa al taller Y examina Por tí mismo el extraordinario trabajo de mis muchachas —masculló el maestro librero adulator.

Ingresó en un Patio cubierto de galerías acristaladas, adornado de geranios y yedras, donde más de una treintena de jóvenes con los rostros cubiertos, sentadas en alfombrillas y con una tabla sobre sus rodillas, transcribían con cálamos de Mesopotamia y tintas negras, azules y minios carmesíes los más diversos manuscritos con una rapidez y perfección insólitas. Coranes, rollos de poemas, almagestos, libros medicinales de Dioscórides y obras en griego, arameo y latín se ordenaban sobre cojines, dispuestos para ser copiados o ilustrados por las iluminadoras, mientras algunas esclavas raspaban en una Pila decenas de pergaminos usados, que luego alisaban con bolas de cuarzo y colocaban a secar en el enlosado. junto a un surtidor y bajo un limonero de frutos amarillos, una sierva acompañada de un rabel entonaba una melodía cadenciosa que pautaba el trabajo de las amanuenses. Algunas observaban entre risas contenidas al recién llegado, ruborizándose con miradas de complacencia. Al-Gazal, cliente asiduo del obrador de libros, no dejaba de contemplar con admiración y vanidad masculina aquel laborioso cuadro de femenina actividad.

—Eres un hombre afortunado al trabajar con las dos naturalezas más delicadas y apetecidas por todo hombre refinado, Muad —le confesó al acercarse a un cuchitril donde ordenaba los manuscritos recién acabados que olían a goma, hollín y agalla, los componentes de las tintas madad y hibr, empleadas en todas las escribanías de Córdoba.

—Gracias, sahib, y que el Misericordioso nos siga extendiendo su favor. Observa tu trabajo con detenimiento. Está listo para adornar tu biblioteca o ser estudiado por los jóvenes en las medersas de todo el islam.

Al-Gazal tomó los pálidos rollos de papiro, admirando detenidamente las transcripciones, y anudando después los ejemplares con sus cintas púrpura.

—Trabajo inmejorable, maestro. Sirve espléndidamente a mis intenciones. Mi mayordomo los tomará y pagará con largueza tu labor. —Apretó su brazo amistosamente.

Al-Gazal, tras pasar un tiempo curioseando las obras y faenas, se dirigió diligente y con su habitual placer al mercado de libros, por si algún bibliófilo con penurias económicas subastaba sus códices y tratados o, simplemente, habían arribado novedades de Bagdad, Alejandría o Palermo. Sin embargo, llegado a la plazoleta, advirtió que reinaba una calma casi total y no se notaban excesivos compradores en torno a los serones de los vendedores y en las mesas de los cambistas, que voceaban las excelencias de sus viejos ejemplares y de los instrumentos musicales también ofrecidos en aquel zoco de los Libreros. El astrónomo ojeó por encima volúmenes conocidos de Platón, Aristóteles y Abú Novas, y apartó a un librero impertinente que le impedía apreciar unos raros ejemplares de un impresor tunecino, al que siempre acudía por la singularidad de sus libros.

—Sahib, ¿quieres curiosear un manuscrito llegado de la India sobre el arte de la astronomía? Su nombre es el Sindhind, y ha sido traducido por el sabio al-Fazari, el innovador del astrolabio. únicamente tu sabiduría puede tasar su auténtico valor.

—Un códice análogo a éste me lo vendiste no ha mucho. ¿Acaso quieres engañarme? —lo rechazó sin mirarlo, notando una obstinada insistencia en el vendedor.

—Acércate, te lo ruego. Intentaba llamar tu atención y mostrarte un ejemplar muy peculiar —le informó inquietante en un tono apenas audible.

Al-Gazal, apasionado coleccionista de tratados antiguos, sintió una tentación poderosa pero prudente con el ofrecimiento, Y siguió ojeando rollos y papiros. Sin embargo, el librero, terco y reservado, extrajo de un fardel de cuero un libro alargado con pastas de piel oscura y cantos de metal, envuelto a su vez en un paño, mostrándoselo como si recelara de algo. Advirtiendo que ningún cliente se acercaba al mostrador, declaró tentador:

—Hace una semana el hijo del fallecido eremita que vivía en la mezquita de Badr, Alá lo tenga en el paraíso, me vendió junto a un Corán y otros pergaminos este raro ejemplar perteneciente a su padre. Como todo el mundo conoce, tenía problemas de entendimiento con los alfaquíes, que trataron de inculparlo ante el Tribunal de la Hisba por sus heréticas e impías desviaciones; por eso no lo tengo a la vista, no sea que alguien me denuncie ante el cadí. Pensé, no obstante, que por su originalidad podría interesarte, ya que en otras ocasiones me has solicitado libros esotéricos y teológicos, y éste, por sus trazas, parece cumplir tus apetencias, Revísalo con prudencia, te lo ruego, y que el Oculto compadezca mi imprudencia.

Al-Gazal acarició en sus manos el ejemplar con la satisfacción acostumbrada, y le manifestó

intrigado, interesándose vivamente por él:

—¿Y quién te asegura que no voy a ser yo quien te denuncie a al-Layti?

—¿Tú delatarme, sahib? —censuró con insolente sonrisa—. Toda Córdoba conoce cuánto lo aborreces y cuánto te teme. El favor de nuestro soberano te acoge y los creyentes te respetan por tu talento independiente frente a esos cuervos alfaquíes.

—Sólo al Omnisciente hemos de temer. ¡Veámoslo! Nada perdemos con ello, y ciertamente sabes que no puedo ocultar mi entusiasmo por los libros raros.

Al-Gazal retiró con minuciosidad y lentitud casi relíquias el paño que lo embozaba y fijó sus ojos en la insólita tapa, muy ajada y con grandes manchas de humedad. En su centro, grabada en un medallón restañado, sobresalía una descuadrada estrella de Salomón, la Magén cabalística de seis puntas, y en su interior, unas enigmáticas letras veladas e inextricables, que intentó descifrar, sintiendo la curiosidad que sugieren los ocultos secretos del conocimiento. Observó con ojos de sorpresa al librero, que se sonreía comprobando el agrado del comprador. Con sus largos dedos, palpó los nielados signos del título y ojeó su interior.

Ante él surgieron inexplicables signos en una sucesión inacabable de dibujos de astros, y en las páginas finales, el esbozo de una representación cartográfica de contornos apenas definidos, seguramente localizadora de lugares desconocidos de Oriente y Occidente. Su caligrafía asomaba unas veces decidida, otras, insegura y las más, apresurada. Gran parte de sus párrafos se mostraban escritos en criptogramas, sin respuesta aparentemente, y sin la más elemental de las lógicas. Pensó no obstante que cuanto contemplaba podría revelarse encontrando una clave numérica, y trocando después guarismos por palabras.

De inmediato sucumbió ante el hechizo de aquel extraño libro, adivinando en sus notaciones y por su antiguo dueño las cábalas místicas de los ascetas que poblaban las serranías de al-Andalus, indescifrables en aquel momento para al-Gazal, pero largamente ansiadas. Analizó los grabados minuciosamente y lo olfateó, quedando deslumbrado ante tan sugestiva exploración. Algo infinitamente poderoso lo estremeció interiormente.

—¡Fascinante! ¡Se asemeja a un bahir (Texto cabalístico), un texto de la Cábala! —murmuró—. Aunque también puede tratarse de un burdo engaño. Sin embargo, correré el riesgo. Hacía años que no tropezaba con algo tan tentador.

Reparó con satisfacción en el librero, aspiró fuertemente el rancio olor y cerró las cubiertas con gesto cuidadoso. Luego, atenazado por la excitación, volvió a mirar el título del volumen.

«El Trono de Díos.»

—Nunca comercié con un tratado semejante, sahib. Pagué mucho por él y es caro —terció el librero, sabedor del impacto conseguido en el poeta.

—¿Cuánto pides? —solicitó, ocultándolo con la grasienta tela y sintiendo una turbación sin límites.

—Veinte dinares —respondió, aun a sabiendas de que el precio tasado era excesivo.

—Por primera vez no regatearé. Tómalos y olvídate de que me lo has vendido. —Vaciló, lo asíó

con avidez, como hurtándolo del tablero, y lo guardó con urgencia.

Saludó precipitadamente al tratante llevándose la mano a la frente y, seguido por los sirvientes, se adentró como alma acosada por el diablo en el zoco de los especieros. Ansioso, eludía los tenderetes sin conseguir apartar de su mente la imagen del libro recién adquirido y las enigmáticas notaciones ojeadas de forma tan precipitada, deseando examinarlas y descifrar sus enigmas, de tan falsa simplicidad, en la soledad de su estudio y a la luz de sus tratados antiguos. Dejaron los escandalosos mercados de la Alcaicería y la Axarquía, y cruzaron el oasis de las almunias del barrio mozárabe y las quintas de recreo de la antigua Vía Augusta, la transitada al-Siqqa al-uzma. Mujeres acompañadas de siervas y niños entraban y salían de los hamman, los baños públicos, oliendo a ropa limpia, aceites perfumados y piedras jabonosas. Algunos hoscos monjes de los monasterios cristianos, sucios y desaliñados, transitaban camino de la puerta al-Chabbar, murmurando jaculatorias y evitando el trato con los musulmanes.

El intenso tufo de las mirca, las longanizas hervidas en los figones, y el vaho de las tortas de queso azucaradas, las muchabanat, recién salidas de las tahonas, anunciaban la proximidad del zoco de los esclavos, un pandemónium atestado de compradores, mirones, rateros y algún hasib avisado que echaba la buenaventura o negociaba con lagartos, serpientes y camaleones. Mientras, en un rincón del mercado, juglares y mulbi de Egipto atraían la atención de los clientes y desocupados con trucos y acrobacias, entre enjambres de mortificantes moscas y tábanos.

Al-Gazal saludó a algunos ociosos conocidos que aguardaban al mercader de esclavos. Y no bien había terminado de pasear su mirada por los aledaños de la plazuela, cuando se escuchó un estrepitoso fragor de cascos de caballerías. Con la suntuosidad de un príncipe, apareció el músico Zíryab, con la tez negra como la pez y ademanes despectivos, rodeado por su cohorte de aduladores ataviados estrambóticamente con túnicas de satén blanco Y Pomposos turbantes, que en Córdoba sólo habían llevado hasta entonces los jueces y las mujeres de alta alcurnia. Comparecieron en las inmediaciones del estrado en actitud altanera y recibieron el desprecio del público. Al-Gazal bajó la cabeza e intentó pasar desapercibido entre la turbamulta:

—¡Zíryab, pájaro negro! Ahora que no está el emir, ¿a quién engañas?

—¡A Tarub y a los lameculos de los capados! —zahirió otro desde atrás.

Y un coro de risotadas y aplausos contestaron a los anónimos hostigadores, hasta quedarahogados por la llegada de cuatro carretas tapadas con lonas de raso que se detuvieron tras el tinglado ante la expectación de los concurrentes. Tras una corta espera, saltó al entarimado un hombre de fornido aspecto y espesa barba, lujosamente vestido según la grotesca moda bagdalí. Se le conocía en Córdoba como Humaydí, el Sirio, abastecedor del harén del emir y de los prostíbulos de lujo de al-Andalus. Con un vozarrón atronador, seguido del sonido de un cuerno, abrió su boca desdentada apañada con piezas de oro y se dirigió zalamero al auditorio:

—¡Salam, esclarecidos creyentes! Nadie como los sapientes moradores de Córdoba sabrá valorar mi cargamento de las más bellas y dotadas esclavas del país de los rumis, educadas en las más prestigiosas academias de La Meca, Medína y Qaiwarán. Y aunque, como es sabido, el espíritu de las mujeres está vacío, sus cualidades para el amor y la danza son inimaginables en las hembras que os mostraré. ¡Os presentaré también eunucos de Verdún y Lucena, y fornidos esclavos, abíd negros del Sudán y Mauritania, incansables para el trabajo y fieles hasta el desfallecimiento!

—¡Deja ya de fanfarronear y muéstranos tu mercancía! —vociferó en tono de chanza un mirón, coreado por el gentío con jocosos gestos.

—Sea como solicitáis, reputados clientes —y esgrimió una falsa risita.

Exhibió primero a un grupo de eunucos de corta edad, con el pelo rapado y cubiertos con ziharas transparentes que el sirio levantaba para que fuese contemplada la perfecta castración, mientras ellos miraban con semblante indiferente a los compradores. Pronto pujaron por unos y otros, y tras dilatadas porfías eran adjudicados a distintos clientes que enseguida los palpaban y auscultaban con la ayuda de algún físico, ultimando el contrato de compra en la trastienda.

—Este sano muchacho de nombre Luna Llena y este otro tan espigado, apodado por su color Ambar del Yemen, los ofrezco juntos, por la despreciable cantidad de mil dinares. ¡Jamás os arrepentiréis de poseerlos para cuidar de vuestros harenes y asuntos domésticos! —brindó el mercader a la concurrencia.

—¡Sí, claro, y que se asocien con nuestra mujer y nos echen de casa! —exclamó uno con aire de sorna, secundado por las chanzas de los que lo rodeaban.

—¡Y si no, que se lo pregunten a nuestro piadoso emir! —replicó otro, haciendo que se generalizasen las carcajadas, y cundiese la hilaridad.

Bolsas repletas de dinares comenzaron a circular en el improvisado tenderete, y los vendedores de refrescos y frituras no daban abasto. El músico Zíryab adquirió dos de aquellos jóvenes castrados y un jovenzuelo íntegro de belleza extraordinaria, perfumista y masajeador, para emplearlo en el salón de belleza abierto en el barrio de la Zachachila, donde acudían las esposas y favoritas de la alta sociedad seducidas por las novedosas modas traídas de Oriente por el bagdalí. Pasearon luego por el estrado deslumbrantes esclavas de melenas rubias y pelirrojas, con los senos al descubierto, provocando que el rumor de voces creciera en las inmediaciones de la plataforma.

Con el sol en todo lo alto y corriendo el sudor por los rostros de los figones y clientela, la subasta alcanzó su cenit. De improviso cesó el alboroto y ante el asombro general, accedieron al escenario tres mujeres de gallardas formas y hermosura portentosa, como salidas del aliento divino, adornadas con gran profusión de alhajas de oro y arillos de turquesas. Expuestas a las escrutadoras miradas del auditorio, su presencia fue jaleada con impúdicos gestos y un siseo de aprobación.

—¡Sirio bribón, has ocultado lo mejor para el final! —gritó un viejo babeante.

Tenían ante sí la sugestiva visión de tres auténticas huríes descendidas del Dejenet. Hembras esbeltas como sílfides, que para resaltar la conmoción general vestían ziharas de Zedán translúcidas, sin más atavío que ocultara sus cuerpos exuberantes. Dos de ellas poseían ojos rasgados de deidad del Nílo y piel olivácea de brillante suavidad. Procedían, según el sirio, de Nubia, como lo atestiguaba su pelo, escaso y anillado, cubierto de perlas y cintas de oro. Junto a las beldades nubias, poseedora de una belleza sublime, piel blanquísima, abundante melena dorada y plena de frialdad se exhibía la última esclava. A una señal del mercader se alzaron los vestidos y desnudaron sus torsos con un movimiento natural, sin manifestar el menor pudor en el gesto, haciendo sonar el tintineo de los aretes. De facciones embelesadoras y profusamente acicaladas, suponían un manjar prohibido para la mayoría de los contempladores. Se trataba de las codiciadas qiyán, rara vez ofrecidas en Córdoba.

—¡Anticipo del paraíso y rocío de los jardines del edén! —las presentó eufórico el mercader, y un

rumor de sorpresa corrió por el zoco animando a los clientes.

Raptadas desde muy niñas en países lejanos y elegidas por su perfección, se las recluía en los centros de adiestramiento de La Meca y Medina, regentados por antiguas favoritas de sultanes y eunucos libertos, donde las instruían en los refinamientos del amor, la escritura, la danza, la música, la astrología y la medicina. Olvidado su origen, y después de ser tratadas con especial halago, se subastaban en los zocos más prominentes del islam y en los harenes de los sultanes y la aristocracia musulmana, siendo su cotización altísima y no apta para cualquier bolsillo.

—¡Amantes de lo excelso! ¿Contemplasteis alguna vez semejantes primores en Córdoba? Hace tan sólo unos meses se cultivaban en la casa de la sultana Ulayya, entre los oasis recorridos por el Profeta. ignorantes y paganas, nacidas en bárbaros países, hoy son diestras en las más nobles artes del saber humano y los deleites del lecho, así como en las tradiciones del Profeta. Wallada y Kultum, estas dos hermosuras morenas de cabellos azabache, son versadas en todos los instrumentos musicales y conocen los arcanos de las hierbas medicinales y conjuros que expulsan genios y demonios. Y, finalmente, la rubia y delicada Sanae, hija de un príncipe burgundio incumplidor de sus pactos y enviada como rehén a Bagdad. Conoce las cadencias de los versos Y las tablas asirias que predicen el devenir de los astros. Son costosas; lo sé, Pero el que posea una qiyán como éstas, dignas de un sultán, se adelantará a las delicias de la otra vida, ¡os lo aseguro!

Un rumor de asombro recorrió la plazuela, hasta hacerse de nuevo el silencio.

—¿Cuánto pides por cada una? —se interesó un capitán enfervorizado.

—¡Iniciaremos la almoneda con dos mil dinares! —y se frotó las manos.

Un clamor de decepción por lo elevado de la puja inicial, que excluía a muchos interesados, se elevó por los rincones de la plazuela, abarrotada de varones que no perdían detalle de la subasta. Enseguida se inició la pugna entre varios licitadores ante las lamentaciones de decepción de los postores con menos recursos, contrariados con la exorbitante cuantía de salida. Ofertas, discusiones, subidas al estrado y comentarios en voz baja se sucedieron durante largo tiempo, hasta que al fin el zabazoque Ben Husayn, tal como había prometido a al-Gazal, pugnó casi en solitario por las nubias.

—Dos mil trescientas es mi última oferta por Wallada —ofreció concluyente.

—¿Alguien ofrece algún ciento más por esta maravilla africana? ¡Adjudicado al distinguido sahíb del mercado, a quien el Eterno no oculte nunca su rostro! Puedes subir a por ella y conducirla a tu mansión. Veamos, amigos, ¿alguien se atreve a pujar por los otros portentos?

Pronto recibió contestación, y tras varios tíras y aflojas que entusiasmaron a la concurrencia, adjudicó la otra africana a un hacendado de la cora de Granada por dos mil cuatrocientos dinares, quien recibió los parabienes de la concurrencia por su acertada elección, pues el encanto de esa joven había prendido en el gusto de los curiosos.

—¡Ilustres varones, no permitáis mi regreso a Oriente con esta deslumbrante hembra que tenéis ante vuestros ojos! Sanae, la hurí de los cabellos de oro y cutis de aljófar. ¿Quién ofrece los primeros dos mil dinares?

—¡Yo ofrezco dos mil cien! —apostó al-Gazal, concitando todas las miradas.

—El noble sahib propone un interesante tanteo inicial.

—Dos mil doscientos —contestó Ziryab, mirando con provocación a al-Gazal.

—¡Cien más! —terció al-Gazal, al que le caía el sudor por la frente.

—¡Dos mil trescientos cincuenta!

—Sean cuatrocientos, ¡por todos los arimanes!

—¡Excelente oferta, ilustre sahib! —exclamó el comerciante enardecido.

—Redondeo a dos mil quinientos —replicó el músico a la oferta de su rival.

El público asistente quedó en silencio y los murmullos se apagaron. Únicamente se escuchaba el aleteo de los moscardones y el zureo de los palomos en los tejados. Ora observaban todos a Ziryab, ora posaban las miradas en al-Gazal, apostando sobre quién iba a conseguir a la postre a la esclava de rizos dorados. Cuando ya parecía que la qíyán iría a parar al gineceo del músico, al-Gazal, después de algunos titubeos advertidos por el bagdalí, subió cien dinares más, y un cuchicheo de aprobación se extendió por la plaza. Pero tras unos segundos de indecisión, el cantor exclamó en tono triunfal, sabedor de que a aquella propuesta no llegaría al-Gazal.

—¡Dos mil novecientos! ¡Y es mi oferta final..., que será definitiva!

Al ofrecimiento siguió un alargado mutismo por parte del alquimista, el tope mejorado por el favorito del emir en la puja le parecía inalcanzable, y un leve temblor lo exasperó. Deseaba y necesitaba a aquella muchacha de tupida cabellera de oro, y sus habilidades le habían seducido profundamente. Una sorda lucha entre sus deseos y su prudencia se libraba en su interior. Pensativo, bajó la cabeza en gesto de forzada aceptación al dar por perdida la subasta. El comerciante, ante tan concluyente ademán y gesto de abandono, declaró en tono adulator, mientras miraba al músico:

—Si el esclarecido sahib no ofrece nada más..., adjudicamos a Sanae al...

La decepción cundió entre el gentío, que inició desencantado la retirada del entarimado. Pero de pronto, como una tuba de guerra, se oyó una voz que los detuvo, dejando mudos al compositor y al tratante, y arrancando un palmoteo de la chusma.

—¡Tres mil! —exclamó el alquimista contra la asignación en favor de Ziryab.

El cantor de palacio creía tener la seguridad de alzarse con la subasta por los gestos de indecisión del embajador. Su enojo embotó su rostro cetrino, e intentó elevar la cantidad; no podía admitir que su rival poseyera a aquella perfección de mujer. Sin embargo, se contuvo. Ante todos los asistentes, había afirmado que sería su última propuesta. Ya no podía volverse atrás y desbaratar por una esclava su reputación de cortesano y favorito del emir. Encolerizado, miró primero al poeta despectivamente y luego a la esclava con indiferencia, y masculló entre dientes:

—Sea para al-Gazal. Las bellezas del norte siempre me parecieron inexpresivas.

Y como una exhalación desapareció entre el maloliente polvo de las azonaicas que conducían extramuros de la medina, mientras el auditorio se mostraba entusiasmado por la excitante compraventa vivida, y porque el engreído Ziryab no había logrado lo que deseaba con tan evidente vehemencia. Al-Gazal recibió los parabienes de su amigo el zabazoque y de otros compradores y, notablemente complacido, el mercader Humaydi, con el rostro congestionado y palabras lisonjeras, declaró abriendo los brazos:

—¡Que Alá bendiga vuestros pasos, creyentes de la alhaja del islam. La subasta pública ha concluido con el inmerecido favor del Misericordioso! ¡Salam!

Cuando al-Gazal retornó a su almunia abrigaba la firme convicción de que regresaba con dos joyas de valor incalculable: la esclava qIyán y el libro del asceta. Respiró el sosiego y el frescor de la mansión al franquear el zaguán y adentrarse en el patio colmado de parras, hiedras y rosas alejandrinas. El mayordomo condujo a la nueva qiyán a los baños de la huerta, sembrada con higueras, cerezos y macizos de alhelíes, Dos pozos blancos y una alberca recubiertos de enredaderas y nenúfares antecedían al pabellón de cristal donde estaban emplazadas las tinas de las abluciones, los braseros y los aparadores con los paños, aceites, tintes aromáticos, esencias de flores y lociones.

junto a los baños se erguía un palomar de estuco, enredado de arrayanes trepadores, donde alborotaban con su arrullo las palomas y tórtolas. Una mujer exquisitamente vestida que cuidaba la pajarera levantó la vista y, contrariada, desapareció al instante, detalle en el que reparó la esclava recién llegada.

—¿Cómo se comporta nuestro amo? —preguntó al ayo la silenciosa qiyán,

—El amo, y lo has podido comprobar por el alto precio pagado por ti, es un instruido hacendado y amigo personal del emir.

—Ese baboso de Humaydi me aseguró que es alquimísta y astrónomo.

—En Córdoba se le considera un erudito, y aconseja al emir nuestro comendador —aseguró con orgullo—. La fortuna te ha conducido a un lugar generoso, niña. He tratado antes con otros propietarios, unos decentes y otros infames, y puedo asegurarte que éste, aun siendo riguroso, está por encima de todos en largueza. Tras el baño, el señor te aguarda para presentarte a los miembros de la casa. Reza por él y por su fortuna, ya que también es la nuestra.

—La felicidad y la desventura siempre van unidas. Hoy he escrito mi destino junto al de este amo, y su estrella se convertirá en la mía.

El señor de la casa probó unos pasteles de almendras y canela y aseó sus manos en agua perfumada del aguamanil que le ofrecía su esposa Kahena, miembro como él mismo de la tribu de los Qudaá asentados en Elvíra e hija de un cadí de Granada. Era la madre de sus tres hijas, Duna, Jadíya y Yamila, a las que escuchaba retozar por los corredores tras el eunuco Balansí, el mayordomo, un cariñoso viejo de manos privilegiadas para elaborar perfumes, jarabes y bálsamos, que adoraba a las niñas. Sin demasiado esfuerzo, al-Gazal atisbó en su compañera una irritación contenida, aguardando de un momento a otro una explosión de celos que no tardó en revelarse.

—Observo, esPoso mío, que has acarreado una nueva y atractiva adquisición a tu casa que Pronto relegará a tu eSPOsa, —Se movió crispada en falso tono de sumisión.

Al-Gazal le sonrió con una expresión de lealtad y afecto, secando una lágrima desplomada de sus ojos profundamente negros.

—En modo alguno, Kahena. Cuando firmé la estipulación de boda y empeñé mí palabra ante los ancianos de la tribu, en presencia de tu padre, no sólo me comprometí a cumplir hasta la muerte, sino que la he sazonado con un apego que en mí será perdurable, pues eres la madre de los eslabones que

me unirán a la eternidad, mis hijas. ¿Acaso has tenido alguna queja de mi ternura hacia ti? He poseído circunstancialmente alguna concubina, sí; pero jamás te he privado de un lugar de privilegio en esta casa.

—Pero es una esclava especial y muy hermosa, Yahía, y temo por mi situación.

—Al contrario, te auxiliará en las tareas de la casa y asistirá a mis fiestas para deleitar a los invitados con sus cantos. Es un signo de distinción que precisaba por mi Posición en la corte. También la emplearé para revisar mis versos y horóscopos, pues es experta amanuense y conoce la obra de Ptolomeo. A las niñas les enseñará música y a memorizar el Libro Sabio. ¡No receles de ella! Enseguida, Sanae, su nombre islamizado, se integrará en el ambiente familiar y te alegrarás de tenerla junto a tí. Olvida tus temores, prométemelo... ¿Está mi baño preparado, Kahena?

—sí, mi señor. Acudiré a ayudarte. —Y lo siguió resignada.

Conforme al-Gazal se disponía a darse un baño reparador en la artesa de mármol, que no era sino un sarcófago pulido de una antigua mansión romana, notó el calor de la red de tubos de arcilla alimentada de kanún, carbón de Qastulana. No bien comenzó a notar una agradable sensación de abandono cuando Balansí llamó la atención de su amo con intemperancia, golpeando la puerta.

—¿Qué ocurre, Balansí, que vienes sofocado? —preguntó con expresión dubitativa.

—Mi señor, un sirviente de los correos del emir acaba de traer discretamente un mensaje para tí. Toma.

—Bien, puedes retirarte..., y tú también, Kahena. Más tarde llamaré al hakak para que masajee mis músculos agarrotados de tanto caminar.

En la soledad de la artesa, disfrutó relajado de la calma, aunque esbozó un gesto de inquietud tras escrutar el cuero carmesí de la correspondencia del alcázar, que olía a cera y lacre recién empleados. Retiró la trencilla que lo envolvía, deshizo la atadura y encontró en el interior un papiro rugoso doblado sobre sí mismo. Lo desplegó sobre su mano y un ligero efluvio a perfume de ámbar le llegó hasta la nariz. No lo dudó. Percibía el inconfundible aroma de Shífa, la esposa olvidada del emir, la única mujer en su existencia que había entrado en su corazón, implacable como una daga, aunque sin esperanza alguna de ser correspondido. Olió el papel con suavidad prolongada, y un liviano estremecimiento sacudió sus miembros. Los redondeados signos de la inconquistable dama le hicieron palidecer. Dudó unos momentos conjeturando sobre su contenido y finalmente lo leyó para sí:

Que el Eterno esté contigo, Yahía.

Utilizando los reservados correos palatinos del buen al-Faray, quiero hacerte una súplica, asentada en nuestra antigua amistad.

Naser, en ausencia de nuestro señor, ha vuelto a intrigar en contra de mí y de Qalam. Los detalles carecen para tí de valor y no quiero que te inmiscuyas en ellos, pues el perverso y farsante eunuco no dudaría un momento en buscar tu ruina. únicamente te ruego que en la fiesta del cercano Shabán, que se celebrará en los pabellones del Qars al-Tach, el palacio de la Diadema, y a la que serás invitado por el emir, te entrevistes conmigo previamente. Antes de iniciarse la recepción te aguardaré en el

mirador de Aixa, donde te esclareceré el asunto y te concretaré la colaboración que pretendo de ti y de tu mente elocuente. Procura llegar antes que los otros cortesanos. Tu intervención, con la que a nada te comprometerás, puede salvar la vida de un inocente y entorpecer los perversos planes de Naser, Tarafa y Tarub, a quienes el Todopoderoso humille. No te puedo explicar más.

Queda en la paz de Alá y ruega a Él por nuestro soberano, tu amigo y mi esposo.

SHIFA,

Princesa Madre de la casa de Abderramán ben al-Hakam.

Al-Gazal quedó pensativo por la desusada súplica y por sus términos incomprensibles. Pero sin conseguir evitarlo se consideraba seducido por aquella confianza. Faltaban algo más de tres semanas para el Ramadán, por lo que la fiesta del Shabán, que lo precedía, se celebraría en el plazo de una semana y media. Le placía ayudarla, y más aún si con ello irritaba a los regalados eunucos. Además, la compañía de Firnas, Samir, Ben Habib, sus amigos del Diván Poético del emir, equilibrarían la nefasta comparecencia de los favoritos. Aquella mañana al-Gazal había salido de su casa sin ninguna preocupación especial. Ahora, cuando la tarde lo cubría con su tibieza, tres inquietudes lo desasosegaban hasta el punto de sentir una desazón en el estómago.

¿Rompería la armonía familiar la qiyán arrebatada al odioso Ziryab? ¿Desvelaría el extraño manuscrito sus búsquedas del saber? ¿Acaso no traslucía gravedad el asunto de la enigmática comunicación de Shifa?, se preguntaba.

Era consciente de que su destino estaba ligado al del emir, su constante amigo, pero desde hacía un tiempo aquellos perversos castrados y la loba de Tarub, desafiaban a todos con su ambición. Y las secuelas para Córdoba podían llegar a ser devastadoras.

Cerró los Ojos Y sintió el soplo de la brisa vespertina y los calmosos rumores del jardín. La luz de la tarde refulgía como un espejo, saturando de destellos asustadizos el agua de la tina, en cuya lánguida suavidad al-Gazal se adormeció al fin.

CAPÍTULO III. El Collar del Dragón.

Al-Gazal paseaba inquieto por el mirador de Aixa, en el palacio de la Diadema, entregado a sus reflexiones entre el suave rumor de los surtidores. La antigua favorita de Abderramán, la yariya Shifa, no se hallaba en el lugar convenido, y él se intranquilizaba.

En otro tiempo había despertado la ilusión de la joven concubina, encendiendo un fuego que iba más allá del afecto, aunque por estar comprometida a la persona del soberano, sólo alcanzó un sentimiento espontáneo de admiración recíproca. El alquimista y Qasín eran las únicas personas que conocían sus orígenes oscuros, pues aunque la hacían hija de un príncipe ostrogodo de Aquilea e intercambiada en un pacto con el sultán de Tunicia, lo cierto es que procedía de la más baja y truculenta estofa. Shifa ponderaba su discreción, adoraba las consideraciones del poeta, sus versos irresistibles y los atinados horóscopos en las veladas del alcázar. La encantadora vanidad de sus ademanes la confundían, alimentando en su corazón un sentimiento de afecto. Al-Gazal representaba para ella el viento poderoso contra las acechanzas de la «camarilla del mal».

El alquimista, desorientado por la espera, se apoyó en el alféizar de la balaustrada y aspiró las fragancias del jazmín y la dama de noche en su lozanía nocturna, avistando la ciudad apaciblemente reclinada en los declives de la ribera fluvial. Hacía tiempo que los almuecines de las mezquitas de Córdoba, con su última convocatoria a la oración, habían atraído las sombras sobre la Babel andalusí. Las calles, cobijadas bajo el rojizo manto de sus techumbres y azoteas y el dorado vidrioso de las mezquitas y palacios, comenzaban a iluminarse con los fanales de aceite, y pronto las siete puertas que la guardaban se cerrarían hasta el amanecer. De la lejanía, como un llanto lastimero, le zumbó cercano el tañido de las campanas de Santa Eulalia y San Zoilo, las iglesias cristianas más próximas a la muralla. Paulatinamente, la luz de una luna cargada de penumbras imprecisas iluminó una estrella fugaz que se dispersó cerca del lucernario de la mezquita aljama, el antiguo templo de Venus y después cristiano de San Vicente, en cuya ara los núbiles paganos ofrendaban ramos de laurel a su diosa y los dimmies, panes bendecidos a su Cristo. De pronto, al-Gazal se alertó al escuchar el imperceptible tintineo de brazaletes y el rumor de unos pasos que lo sacaron de su abstracción.

—Que Alá el Clemente te favorezca, Yahía —saludó una voz melancólica.

—Mis ojos se alegran al contemplarte, sayyida al-cubrá —correspondió sonriente él.

—Disculpa mi tardanza; nuestro señor regresó con sus hijos del monte de la Novia muy tarde —suplicó con delicadeza la bella Shifa.

Shifa carecía de la exuberancia de formas de la actual favorita Tarub, pero poseía tal distinción y hechizo que indefectiblemente atraía la atención de los hombres y, en ocasiones, la insidia de las otras favoritas del harén. Era el vivo paradigma de la fragilidad y parecía como si con el mero contacto pudiera desvanecerse. Ceñía su cuerpo con un levísimo vestido blanco realzado por un manteo de fina piel del mismo color, y sus pies con altas sandalias doradas. Su rostro, semioculto por un transparente miqná, dejaba entrever unos ojos almibarados y unos labios carnosos que poseían el don irremediable del embrujo.

Al-Gazal bajó los ojos y los fijó en una joya esplendorosa que eclipsaba a cuantas la adornaban

profusamente. Sobre su cuello palpitaba centelleante el al-Thubán, el Collar del Dragón, la fatal gargantilla de diamantes rojos que había pertenecido a la favorita del califa Harum al-Raschid y que el emir de Córdoba compró a Qasín por la desorbitada suma de diez mil dinares de oro. El tiempo y los acontecimientos habían convertido aquel enigmático jeroglífico en talismán fatal para cuantos habían querido poseerlo por la fuerza. Los Poetas de la corte lo habían cantado hasta el frenesí, desatando las más viles pasiones en el serrallo del califa andalusí, hasta el punto de ser conocido por el funesto sobrenombre de Aguijón del Escorpión. En aquella noche de plenilunio refulgía espléndido sobre la garganta de la favorita de Abderramán, como un alacrán presto a atenzar a su presa. Aquella joya, la dádiva de un amante, se había convertido por su secreto en un terrible vengador dormido en el busto de Shifa.

—Resplandeces como una novia. Se diría, Shifa, que los diamantes rojos del Dragón se hubieran adueñado del color de tus mejillas —la halagó—. Envidio al dueño de tanta belleza y al collar que aspira las delicias de tu pecho.

Fijó sus ojos en las gemas y, como ofendida por su maleficio, replicó:

—¿He de amarlo o detestarlo? Nadie ignora que sobre él pesa una maldición, causa por la que te he querido ver reservadamente esta noche. Siento al contemplarlo la mirada de la hermosura y, a la vez, de la devastación. Se ha cobrado una muerte recientemente y puede en breve vengarse con otra de un muchacho inocente.

—Me inquietas, Shifa. ¿Ha acaecido alguna nueva desgracia por su causa?

—Cada día que transcurre me convenzo más de su diabólica influencia, Yahía. Lo que siempre consideré como un obsequio excepcional, fruto de la esplendidez de mí amado, se ha transmutado en un fetiche maléfico que aniquila a quien lo desea.

—Ciertamente una aureola extraña lo acompañó allá donde fue admirado..., aunque, curiosamente, nunca produjo nada aciago a su poseedor, sino a quienes intentaron sustraerlo por la fuerza a su legítimo dueño.

—¿Y qué conoces tú de ese sortilegio?

Calló unos instantes, pues únicamente creía en lo evidente, y le reveló:

—Solimán Qasín, el Siciliano, me relató que antes de ser vendida a tu esposo se sucedieron misteriosos acontecimientos en Bagdad relacionados con la gema, que helarían el corazón de cualquier narrador por el horror sembrado a su paso. Maligno o favorable, el al-Thubán se rodeó del prodigio y la seducción, y también de la muerte. Aunque los acontecimientos nefastos tan sólo han de ser achacables a la codicia de los hombres, y no al supuesto influjo de la gema. Yo intuyo que, simplemente, un alquimista burlón guardó el secreto de una mutación de metales en él, y la ignorancia ha obrado el resto.

—Pero ¿como explicarías tú las oscuras muertes originadas por su causa? Recuerdo a la esclava idumea, confidente de Tarub y Naser, que apareció con el cráneo aplastado en las cuabras por alertarme del robo inminente del collar.

—Dilecta Shifa, me resisto a aceptar que alhaja tan fascinante atraiga tanta maldad por sí misma. No envidian su perfección, sino sus hipócritas secretos, y su irresistible imán concita la ambición de los que la codician insensatamente. En Oriente, al menos media docena de asesinatos se

relacionan con el Dragón —confesó el poeta.

—¡Dios misericordioso! —murmuró para sí Shifa, llevándose las manos a los labios.

—Según palabras de Qasín, cuando los sublevados asaltaron el palacio de Bagdad y acabaron con la vida del califa al-Mamún, hijo de Harum al-Raschid, un bandolero de nombre Aziz, el Rabioso, lo buscó en vano junto a sus secuaces por las estancias del harén, hasta que al fin, tras torturar al gran chambelán ensartándolo en un estandarte abasí, atinó con el joyero, Huyó con él al oasis fortificado de al-Qut, junto a algunos eunucos renegados, quienes propagaron la ficción de que la joya escondía una fórmula alquímica de extraordinario valor. Nada se sabe a ciencia cierta de lo que aconteció allí, pero la banda de asaltadores pereció casi en su totalidad, víctima de disputas intestinas. Fue entonces cuando nació la leyenda, pregonada por los beduinos del desierto y los fabuladores de los zocos, de que sobre ella se cernía una horrenda maldición. Ellos fueron los que la denominaron con el demoledor epíteto del Aguijón del Escorpión.

—¡Es sorprendente, Yahía..., y me causa pavor! —terció la mujer, fascinada.

—Pero no concluyó aquí la tragedia. Uno de los supervivientes vendió el Dragón por una ínfima suma a un tratante egipcio, quien se dirigió con ella a Damasco. Allí contactó con traficantes de productos robados, y en especial de libros raros, telas, mobiliario y alhajas pertenecientes a los palacios abasíes expoliados durante la rebelión de Bagdad. El mercader debió de volverse codicioso con la joya, pues, tras revenderla a un cargador de barcos por dos mil dinares de oro, intentó robarla aquella misma noche a su nuevo amo cuando unos orfebres la desmontaban intentando en vano desentrañar su hermético secreto. Su cabeza apareció clavada en una pica en el rastro de Damasco, como advertencia de que un trato comercial no lo rompe jamás un creyente.

—Pero ¿cómo puede un objeto tan espléndido atraer tantas calamidades?

—La codicia, Shifa, la avaricia insensata. Mi socio Qasín me contó que el oficial del puerto de Jaffa, de donde partió el bajel hacía poniente, confesó a los estibadores: «Por las sandalias de Omar que no descansaré hasta que entre esa maldita alhaja y yo medie todo un océano». ¡Qué contrariedades no padecería aquel desesperado capitán!

—No cabe duda, Yahía. Me entristece reconocerlo, pero he de admitirlo. Sobre el Dragón, regalo del pródigo corazón de Abderramán, pesa una siniestra advertencia. Aprendí de memoria los versos dedicados por Samir a la joya, y ahora me saben a hiel. —Y su voz delicada susurró el poema, como si con sus versos pretendiera ahuyentar el mal presagio—: «¿Acaso se pueden comparar los rubíes y las perlas del Dragón con su dueña, aquella que aventaja en esplendor al sol y a la luna, y ante el cual son despreciables las alhajas del mar y la tierra?»

—Aún perduran en mi mente las estrofas del buen Samir —sonrió el poeta—. Le supusieron el nada despreciable premio de quinientos dinares de oro, donados por nuestro señor. ¡Y cómo censuró su largueza al-Layti, ese clérigo hipócrita del diablo!

—¡Alá lo confunda y ciegue sus ojos!

—Nada temas de esta joya, Shifa. Tan sólo sé precavida, y que mi relato no te resulte estéril. Si lo deseas, y con el beneplácito del emir, podríamos examinarla en mi gabinete. Tal vez a la luz de mis tratados, con la ciencia de Hermes, los cristales de Catay y el fuego de los atanores podamos esclarecer su enigma, tan apasionante para quienes indagamos la omnisciencia. Y lo deseo vivamente, lo confieso. Pero no nos extendamos en el encuentro. Aquí las paredes pueden ver y oír, y

poseemos motivos para recelar. ¿Para qué querías verme?

En su rostro afloró la angustia por el hostigamiento de los castrados, y su hermosura palideció por unos instantes. Luego manifestó:

—Cierto. Por nada del mundo han de vernos juntos aquí. Necesito tu ayuda.

—¿Una merced, aquella que siempre me honró con sus favores? Disfrutas eternamente de mi fidelidad.

—Eres un deleite, Yahía —expresó sonriente, tras acariciar su mano—. Te explico: con tu defensa y la de tus amigos poetas y astrónomos alcanzaremos el propósito de una particular petición que expondré esta misma noche a nuestro señor.

—Ardo en deseos de conocerla y, si te soy sincero, me he agitado impaciente desde que recibí tu mensaje. Te escucho con atención.

La mujer deslizó sus ojos por la solitaria estancia sin advertir presencias indeseables, por lo que comenzó a hablar quedamente:

—Todo se inició con el robo de esta alhaja hace unas semanas. Pues bien... —Y la favorita, en tono implorante, le relató la extraña muerte de Laqit, el robo del Dragón, cuyo hurto se achacó al desventurado eunuco, la visita secreta de Tarub y el juicio sumarísimo del pobre esclavo, delator de acusadoras pruebas de la Tesorería Real. Luego le narró cómo el insidioso Naser la visitó después para entregarle la joya, al fin recuperada por sus eficientes eunucos, imputando artificiosamente a Laqit y su amiga Qalam las desgracias, y logrando que el harén se dividiera, víctima de él, la sospecha y el recelo.

—Este embrollo no es sino una perversa añagaza de Tarub, Naser y el cerril Tarafa para dominar el alcázar y someter el arbitrio del emir a sus ambiciones. Y a través del esclavo ansío averiguar sus irregularidades e intenciones.

—Y el emir ¿conoce lo ocurrido? —preguntó interesado el alquimista.

—Lo dudo; pero si se halla al tanto, la versión no será otra que la propagada del supuesto accidente. Cuanto Naser le susurra al oído lo cree a pies juntillas.

A al-Gazal le sobrevino un sentimiento de enojo, pero se interesó:

—¿Y qué trama has ideado para desvelar la verdad?

—Para revelarla, ninguna; pero sí para salvar la vida de Masrur, así se llama ese desamparado zagal que se pudre en los calabozos del alcázar —contestó con firmeza la bella Shífa.

—¿Y qué interés te empuja a preservar el pellejo de ese desconocido esclavo?

—Me sirvió como paje saqaliba durante años, y le tomé aprecio por su genio despierto y complaciente. Nos alegraba con sus chanzas y una peculiar forma de hablar nuestra lengua. Su infancia se asemejaba demasiado a la mía. Fue uno de los elegidos por el emir para formarse en la mezquita, y goza de una vasta formación en álgebra.

—¿Acaso te parece un motivo convincente para apartarlo de las celdas de la mutbaq?

—En el harén se conocen ciertos abusos detectados por el muchacho cuando sirvió en las oficinas del Tesoro. Ese y no otro fue el motivo de Naser para retirarlo del servicio e inculparlo en la

sustracción del Dragón. Si lo liberamos y lo mantenemos bajo nuestra tutela, disfrutaremos de una arma mortal contra Naser.

—Merece la pena intentarlo, aunque únicamente sea por contemplar la cara de descomposición de los castrados. Pero ¿cómo te las compondrás? Si no lo consigues, habrás firmado su sentencia de muerte, pues los alertarás —sentenció severo al-Gazal.

—Lo entiendo, Yahía. Pero confía en mí. Rogaremos a mi esposo la liberación apelando a su magnanimidad —afirmó segura de sí misma.

—¿Pedírle sin más, y sin ninguna prueba concluyente, que libere a un ladrón de palacio? Lo considero descabellado, Shífa, y no deseo en modo alguno disuadirte de tu noble propósito. Abderramán es generoso, pero no injusto. Contamos además con la indudable oposición del gran eunuco, que no lo permitirá por miedo a ser desenmascarado. Hemos de brindarle una razón convincente, o no dictará nunca la orden de excarcelación; lo conozco suficientemente.

—¡Se la mostraremos, Yahía! ¡Confía en mi y apóyame con tu lengua convincente! El emír no nos lo negará, y más aún si le proponemos una convincente razón.

—¿Y puedo enterarme de esa evidencia tan determinante?

—La adivinarás a los postres del festín. Sólo te ruego una cosa: fundaméntalo con tu elocuencia y, si accede a otorgarle el perdón, ofrécete a tomar al muchacho bajo tu protección. De permanecer en el alcázar, su vida no valdría una moneda de cobre. Es cuanto te pido, Yahía. ¿Puedo confiar en tí?

Un vago rechazo pasó por su mente, pero no consintió que la dama insistiera:

—Defenderé tu causa como si fuera mía, aunque le conceda escasas perspectivas de éxito. Otorguémosle una oportunidad a ese anónimo esclavo, a quien ya envidio.

—Y fiémonos de nuestra capacidad de persuasión. El caso lo merece, Yahía —dijo embelesadora—. Y ahora, salgamos por puertas diferentes y nadie recelará.

—Abandonémonos en las manos de Dios, que mañana determinará nuestro lugar en el paraíso —contestó el poeta, subyugado por el coraje y perspicacia de la favorita.

—¿Nos amenizarás esta noche con algún verso salido de tu inspiración?

—Si te presiento cerca, no la precisaré, pues tus ojos me los dictarán, Shífa.

Aquella noche, embriagadora y clara, la corte omeya celebraba con una velada poética la víspera festiva de la Laylat al-Bara, la Noche de la Batalla de Bard, recordando la conquista de La Meca por el Profeta, hacía entonces dos siglos y doce años. Sin embargo, el pueblo de Córdoba, novelesco y supersticioso, la llamaba la Vigilia del Destino, pues, según una tradición andalusí, en aquella mágica noche Alá abría las puertas del cielo y escudriñaba con ojos justicieros las acciones de las criaturas, determinando así su suerte venidera. Desde el crepúsculo, las familias se reunían en torno a una mesa pródiga en confites para al día siguiente asistir junto al emir, ataviadas con sus mejores galas, a la solemne procesión y a la parada militar en la explanada de la al-Musara, adornada ésta de guirnaldas, estandartes y gallardetes de seda.

Naser, como gran chambelán de palacio, había dispuesto en el palacete de la Diadema una recepción privada para los cortesanos más afines del emir. Una veintena de invitados escogidos por

el mismo Abderramán lo acompañarían en las terrazas del salón de la Alegría, abiertas al hermosísimo jardín del al-Maxuq, el Enamorado, sembrado de exóticos arbustos traídos de Siria y Mesopotamia, como los granados safar, las palmeras de Nínive, los fragantes melocotoneros de Amara y los jacintos rosados de Zarnar, la flor preferida del Profeta. Conforme aparecían los convidados, Naser los recibía con servil cortesía, mostrándoles su diván y ofreciéndoles agua de rosas y algalia en aguamaniles argentados. Algunos se engalanaban según la ancestral costumbre andalusí con ziharas de sedas multicolores y el cabello suelto impregnado de esencias, como al-Gazal y los poetas del diván; otros, conforme a la moda impuesta por Zíryab, con el pelo crespo, miembros depilados, túnicas blancas y ostentosos turbantes.

El músico compareció en el palacio ajardinado, engalanado con un aparatoso jazz de raso y un excéntrico imama de color encarnado, engastado con una enorme perla, que cubría la cabeza y parte de su rostro oscuro y terso. El gran fatá se adelantó unos pasos, saludándolo efusivamente mientras le besaba las mejillas:

—Salud a la voz predilecta del emir, el honorable Ziryab de Bagdad.

—Jalifa Naser, sin tu benefactora sombra, nuestro señor vagaría por la tierra desamparado. ¿Qué lugar me has designado? —preguntó con afectación.

—Frente a nuestro imán y junto al alfaquí al-Layti.

—Lo celebro. Así podremos comentar algunos asuntos —dijo cauteloso, pues temía al poderoso eunuco, aunque inteligentemente declinaba participar en sus intrigas.

Ziryab, hijo de un esclavo negro, había crecido pobremente en los suburbios de Bagdad. Al-Mawsili, el afamado músico de Harum al-Rachid, le adiestró en las sutilezas de la armonía. Su deleitosa voz, acompañada de un extraño laúd de cinco cuerdas de su invención que rasgaba con una garra de águila, pronto alcanzó una pureza inigualable, causando tal asombro en el califa, que éste lo obsequió abundantemente y lo nombró su cantor. Mas de inmediato atrajo la envidia de los músicos del sultán, por lo que huyó de Bagdad amparado en las sombras de la noche y en la soledad de los desiertos. Arrastró su desolación por las plazas y zocos de Arabia, Egipto y Libia, llevando una existencia penosa y errática. Allá donde cantaba, las gentes lo aclamaban por su exquisitez, propagando su esclava que los chinn, los espíritus angélicos, le dictaban de noche sus canciones. En Qayrawán oyó hablar del esplendor de la corte de Córdoba, y se ofreció a través de un mercader de Pechina al nuevo emir de esa ciudad, el erudito Abderramán II, que lo llamó a la corte. Aquel día su existencia se transformó. Al fin habían acabado las penurias, y su arte era reconocido por una mente exquisita y refinada. Establecido al fin en Córdoba y con el beneplácito de un emir apasionado por lo oriental, mudó la etiqueta de la corte, los usos culinarios, la moda y la vida social de al-Andalus. Pronto su influencia creció inusítadamente, alcanzando una fortuna fabulosa con la apertura de casas de belleza y academias de música en Córdoba, Sevilla y Granada. No obstante, muchos eran los que no toleraban su soberbia y tiranía, las aparatosas apariciones en público, seguido de un cortejo de más de cien jinetes, algo impropio de un cortesano, y el ultraje a las antiguas usanzas andaluzas, que vilipendiaba despreciativamente. El pueblo ironizaba al verlo pasar seguido del séquito de petimetres encopetados, encarándose a su paso: «¡Ziryab, pájaro negro! Avechucho de mal agüero, ¿qué suena mejor, tu mandolina o las monedas que has vaciado de la faltriquera del emir?».

Finalmente, tras las columnas del mirador surgió un animado grupo de invitados, cuya presencia bastó al chambelán para irritarse y fruncir el entrecejo. Eran los componentes del Diván Poético del

emir, sus compañeros dezambras y tertulias ilustradas, que habían sido ya alertados por al-Gazal para apoyar la aún desconocida petición de Shifa, a la que todos ensalzaban como esencia de sus inspiraciones. Saludaron con fría cortesía al kabir fatá, y al severo al-Layti, quien como un espectro esgrimió una mueca a modo de cumplido.

—Ese alcahuete y el inquisidor nos han taladrado con su torva mirada, al-Gazal.

—Un eunuco farsante y un alfaquí santurrón y embustero que acarrearán la ruina de Córdoba si no los detenemos, Samir —le replicó, mientras les devolvía una ojeada de indiferencia—. Saturan el alcázar de sentimientos caínitas, y a la postre enfrentarán a los dos príncipes entre sí... o contra su padre, el emir.

Acomodados en los divanes de la terraza, aguardaron la aparición del soberano, degustando una copa de vino de Rayya sazonado con almizcle y zanyabil, mientras hacían todo tipo de conjeturas sobre tan repentina e inexplicable vuelta de la campaña guerrera. Por palacio corría la inaudita historia de una fluyente polución nocturna del emir en su tienda de campaña mientras soñaba con Tarub, y de la vehemente apetencia de gozar de sus delicias, resultando tan poderosa, que regresó sin pensarlo un instante a Córdoba. En el viaje compuso una ríma que ya circulaba de boca en boca por el alcázar. Salim, un emasculado del harén, conocido enredador y contrario a los sicarios de Naser, se aproximó a los poetas y se ofreció a narrarles la sabrosa anécdota real.

—Amigos, ¿tenéis noticia de los versos compuestos por el amo a la pantera y la apasionada noche de frenesí vivida en el gineceo tras su vuelta?

—Los desconocemos, Salim, pero seguro que tú nos los narrarás, ¿verdad?

Agradeció la oportunidad que le concedía un Firas irónico y sin aguardar más ruegos recitó con su voz pueril el poema del sultán: «Al aparecer el sol evoco a Tarub, y mis ojos creen ver una hermosa cervatilla. Yo alumbro el fuego de la guerra y lo extingo con las blanduras del amor. Bienvenido sea el prolífico derrame que ha venido en la oscuridad de la noche a visitarme y recordarme las galas de la hermosura de mi amada».

—Maravilla de sutileza y fogosidad —sentenció Samir, que preguntó al castrado—: ¿Y fue realmente tan arrebatadora la llegada?

—Cuanto os figuréis nunca se asemejará a la verdad —contestó extasiado—. Anteanoche, al llegar con sus regimientos, se bañó, perfumó y acicaló, y de inmediato quiso ver a Tarub, el pretexto de su ardoroso regreso; pero ella, indiferente, se opuso a acogerlo en su lecho. Abderramán, deshecho de amor, no cejó hasta obtener sus favores, por lo que me ordenó fuera a su gabinete y trajera del arcón talegos llenos de oro, que luego coloqué uno tras otro en los peldaños de la cámara de Tarub hasta alcanzar la altura de un hombre.

—¡Ni los califas de Bagdad se comportaron tan generosamente! —opinó Firas.

—Al percibir el trajín, la concubina abrió la puerta sorprendida. ¡Y más de diez mil monedas de oro se desparramaron ante ella! Luego, tras la dorada cascada, apareció la figura arrogante del soberano, y la emoción fue tan intensa que las barreras del desamor cayeron como las filas derrotadas de nuestros enemigos.

—Nadie tan febril y tierno como el emir —prorrumpió al-Gazal sonriente.

—¡Y extremadamente cara su noche de amor! —contestó Firas, y todos rieron—. Te estamos

agradecidos por las novedades, Salim.

Aprovechando la espera, al-Gazal concitó la atención de su extrovertido amigo y contertulio de disquisiciones filosóficas, Ben Fírnas, el inventor de Ronda, conocido con el seudónimo de Hakín al-Andalus, el León de al-Andalus, que al-Gazal pregonaba como el hombre de mayor clarividencia de Córdoba.

—Fírnas —le musitó amparado en el rumor reinante—, hace unas semanas encontré por casualidad, en el zoco de los Libreros, un raro ejemplar que perteneció a un santón de una secta perseguida por los alfaquíes. Lo he revisado y estudiado detenidamente resolviendo la infinidad de criptogramas que atesora, pues está redactado en una clave secreta, y puedo asegurarte que ese manuscrito encierra un secreto de excepcional importancia para la interpretación de la Cábala.

—¿Se trata entonces de un bahir? —inquirió interesado.

—Aún más complejo e insólito —le refirió—. Me ha resultado agotadora su interpretación, y lo estimo comprometido por los enigmas que entraña. Si te soy sincero, apenas si duermo, desconcertado con lo que revela. Dentro de tres días nuestra firka se reunirá en mi casa. Allí os informaré de sus singulares y portentosos secretos.

—Te he observado antes y te he apreciado distante, como sumido en un ensimismamiento, y ahora lo comprendo. Esperaré impaciente, Yahía —le dijo, para luego mascullar maliciosamente, señalando con los ojos a los chambelanes y al alfaquí—: Si aquellos ambiciosos lobos conjeturaran el motivo de nuestra charla, mañana mismo nos denunciarían al cadí por blasfemia y herejía.

—Los intolerantes poseen el recurso de la delación y la intriga, es cierto. Pero pierde cuidado; a la postre se transformarán en verdugos de sí mismos —le respondió.

Los murmullos cesaron cuando por la arcada del salón penetró un heraldo con la caña de bambú de plata precediendo al monarca, sus cinco esposas, sus hijos, Mohamed y Abdalá, el primer visir, el zalmedina y el secretario de las cartas reales, el mozárabe Antuniyán, de pelo bermejo y facciones encendidas. Sadum, maestro de ceremonias, lo anunció solemnemente, haciéndose el silencio en las terrazas, e inclinando los comensales las cabezas en señal de deferencia.

—¡El imán Abderramán ben al-Hakam, calígrafo de Dios, salud y guía del islam, a quien el Eterno proteja! —anunció el maestresala.

Con un andar sereno y majestuosa seguridad, les sonrió mirándolos con sus ojos profundos y negros, cargados a la vez de benevolencia y gravedad.

—Salam. El Omnisciente os proteja. Bienvenidos a mi casa, mis devotos hermanos —contestó con su voz grave y reposada, mientras caminaba entre ellos.

Al-Gazal levantó los ojos y miró a su amigo Abderramán, a quien llamaba en su fuero interno la Dura Fragilidad. Rondaba los cincuenta años y había vivido junto a él desde su juventud. Nada había cambiado en aquel príncipe de aspecto patriarcal, nariz aquilina, párpados cobrizos y tupidas pestañas. Su barba venerable desprendía un dulce aroma a alheña, jena y ketén, y algunas hebras blancas anunciaban su madurez. Vestía a la moda oriental, con una zihara amarfilada y cubría su cabeza altiva con un turbante bordado con bandas de oro.

Al-Gazal lo honraba no sólo porque frecuentara los vericuetos de la sabiduría y, como él mismo, gustara del refinamiento, las ciencias ocultas, las bellas mujeres y fuera además un apasionado de la

poesía y la alquimia, sino porque al fin había concluido con el espantoso vacío existente en al-Andalus entre el pueblo y sus gobernantes. Abderramán se sentía querido por su nación, y el reino del Mediodía, abandonado lánguidamente en las bondades de la paz, recorría como un meteoro el firmamento del islam. Vivía como un bienaventurado, rodeado de cantores, rimadores, «estrelleros» y mujeres de ensueño, entregado a la apasionada e incesante búsqueda de los ocultos caminos del saber.

Sensual, pacífico y erudito, escalaba con el mismo fervor los tálamos del harén que los más recónditos senderos de los tratados persas y griegos, que pagaba a precio de oro. Tan sólo su desconcertante propensión a los alfaquíes y a los siniestros eunucos de palacio confundían a al-Gazal y a sus amigos del Diván Poético.

El emir tomó asiento y, a continuación, ocultó a las miradas por un velo translúcido y atentas a sus confidencias, se acomodaron las cinco princesas madre. La esquiva Tarub ocupaba el lugar más próximo al soberano, cerca de Shifa y de tres hembras de hermosura cegadora, Fadl, Alám y Qalam, conocidas como las Medinesas, por haber sido educadas para la música en la ciudad sagrada de Arabia. Y aunque ahora languidecían en el olvido, ellas también habían dado descendencia al emir. Habitaban un pabellón acristalado en los jardines, donde adiestraban a una orquesta de esclavas virtuosas para audición exclusiva del emir. La melancólica Qalam, una rumiyat, hija de un noble navarro, cautiva desde niña y avezada maestra en el arte del laúd, había ocupado por su gallardía prodigiosa el corazón del sultán, siendo junto a Shifa la dueña indiscutible del serrallo hasta la llegada de Tarub.

Sadum golpeó con la pértiga en el enlosado de mármol y los invitados se acomodaron en los divanes damasquinados. Abderramán paseó su mirada por los huéspedes, deteniéndose en al-Gazal. Alzó con sutilidad su brazo, gesto al que respondió el cortesano llevando discretamente sus manos al pecho y bajando sus ojos. No obstante, una desazonadora intranquilidad lo atenazaba aquella noche. Tal vez el asunto de Shifa y su extraño protegido habían guiado su espíritu a un confuso estado de ánimo. Rebuscó tras la cortina a la favorita, y entre las opacidades halló unos ojos imperturbables y una cautivante mueca de complicidad.

Aquel imprevisto panorama de misterio presagiaba una velada excitante.

CAPÍTULO IV. La sentencia de Abderramán.

Las umbrías del jardín oreaban ráfagas perfumadas, el aire rezumaba embriagadoras esencias y la luna rutilaba en el negro infinito. El momento se rendía subyugante en aquella noche de Córdoba, de brisa cálida. Un festín sazonado de gustosos platos aderezados con orégano, alcaravea y raziyanai, aguardaba a los amigos del emir, quien, ajeno, adulaba afable a Tarub.

—En esta velada nos acompañan las gacelas cantoras de nuestro señor.

—Sí, Firnas, y bien aferradas por las garras de una pantera sin alma —le respondió al-Gazal al oído, y callaron al observar que al-Layti se levantaba torpemente de su diván para dedicar los honores de bienvenida al emir.

En medio de un estremecedor silencio, el alfaquí, un enjuto anciano de piel apergaminada y ojillos cercados de bolsas negruzcas, embutido en la qalansuwa negra de los clérigos maliquíes elevó su voz avinagrada, declamando:

—Emir nuestro, Abderramán: contigo ondea victoriosa la enseña de los omeyas y sobre tu cabeza se yerguen los estandartes de la fe verdadera. ¡Oh tú, defensor de la religión e imán celoso de la pureza del islam! Con tu nombre reina el sol en los dos Orientes. Sé bienvenido a Córdoba, y Alá sea siempre contigo y con tu estirpe.

—Quedo obligado a tus palabras, sabio cadí, y me congratulo de hallarme de nuevo entre mis predilectos y escuchar sus consejos, mientras nos deleitamos con la música de mis esposas y de Ziryab, de cuyas melodías no podemos sustraernos de ningún modo en noche tan regalada. Gocemos por tanto de los deleítes de la velada.

A una señal de Sadum, el maestresala, los palafreneros se adelantaron conforme exigía la etiqueta y depositaron sobre las mesitas cuencos y platillos de loza y cristal con los más variados manjares. Mientras tanto, la orquestina de las Medinesas tañía tonadillas con alborgues de cedro y oro de una sutileza sublime. Una docena de pebeteros quemaban ámbar e incienso, y más de una docena de lámparas de aceites perfumados iluminaban la terraza, proporcionándole una luz azafranada y sensual. El emir, que en público se ocultaba tras un escrupuloso ceremonial, como un basileus oriental, en la privanza de la intimidad se manifestaba tal como era, bondadoso, tolerante y extremadamente ingenioso. A todos les dirigía la palabra con afabilidad, interesándose por sus familias y felicidad personal. Al departir con Samir, su amigo de la infancia, éste le interpeló con su conocida ironía:

—Mi señor, toda Córdoba conoce tu precipitada vuelta a la ciudad, por el impulso más precioso que a un ser humano puede empujar: el amor por una mujer. Para tan ardoroso lance de frenesí y ensoñación tan fluyentemente apasionada, he compuesto una casida. Deseo que sea de tu gusto Y solicito tu licencia para recitarla.

Abderramán se sonrojó levemente, pero gustaba de que sus incidentes amorosos sirvieran de inspiración a los poetas. Miró con simpatía a su compañero de aventuras Infantiles, proponiendo, como era costumbre en las tertulias regias, un improvisado alarde poético en el que él mismo

también participaría.

—Lo oiremos con complacencia, Samir, y nos convertiremos en testigos de los requiebros poéticos a las dueñas de mi corazón. Te escuchamos, Samir.

El poeta apartó los tirabuzones que le caían sobre el rostro moreno, y el poema sonó cadencioso, acompañado por el borboteo de los surtidores:

Olvidé el deleite al dejar a mi enamorada por la ronda y la cabalgada. Y cuando el astro sol apareció por levante, regresé como el viento huracanado y degusté el rubí escarlata de sus labios, hasta que al fin sonrieron los fulgores de la alborada.

Un clamoreo de palmadas premió el delicado poema de Samir.

—Cada vez rozas más las puertas del edén con tu inspiración, Samír —le alabó al-Gazal—. Has immortalizado a la yaryya Tarub y gozarás del favor del emir.

Abderramán departió quedamente a través de la tenue gasa con su favorita y, dirigiéndose al eunuco Naser, administrador del registro de poetas, le ordenó:

—Naser, que a Samir se le recompense con largueza —a lo que elfatá asintió—. Yo a mi vez, amigos, voy a responder con unos modestos versos.

Una de las esclavas pulsó el laúd extrayendo de él registros sin par. El califa se atusó el bigote, en un gesto muy personal, y acomodado en el díván damasquinado entonó con ritmo la réplica poética:

¡Azucena del edén, no sufras! Me aparté de tu lecho para guiar una hueste invencible contra mis enemigos, que marcharon contra mí cargados de sables plateados de relámpagos. Pero vine a tí cuando la luna surgía entre las sombras. Y con tu presencia, fuimos ladrones eternos del deleite y el amor.

Cumplidos aplausos largamente mantenidos consiguieron que el soberano se azorara y rogara a los invitados que cesaran en las alabanzas. Inmediatamente, Ziryab, estimulado por los poetas, aclaró su garganta con vino y miel y solicitó al califa licencia para interpretar una composición dedicada a las cautivas del serrallo. Se hizo un silencio reverencial y, aferrando el plectro de águila, rasgó con maestría la alamm, la cuerda más elevada de la vihuela. Entonces, la voz prodigiosa de Ziryab se elevó entre las cúpulas del pabellón con una sublimidad grandiosa. Todos quedaron embelesados con sus modulaciones, que rasgaban como fulgores el aire de la noche. Cuando interpretó la última estrofa acompañado por el coro de las Medinasas y su instrumento emitió el arpegio final, un río de elogios se desbordó entre los convidados, felicitando al bagdalí.

—¡Insuperable! —reconoció al-Gazal sin poder reprimir la alabanza.

—¡Ziryab —apuntó el sultán, apercebido de la alabanza del diplomático—. Has enardecido con tu canto a al-Gazal, siempre difícil de satisfacer y parco en elogios.

—Estimo la lisonja, mí señor, y más proveniente de la mente más cultivada de Córdoba —replicó

mientras le mantenía la mirada, recordando su última disputa en el zoco de los esclavos y sus eternas y acaloradas discusiones.

—Me entristecen las diferencias entre mis cortesanos más queridos —dijo el emir.

—Jamás el saber o el arte han de separarme de un hombre. Son asuntos irrenunciables los que nos apartan de la cabal armonía, pero las cosas poseen dos caras, mi señor. —Todos aprobaron su contestación—. Y para demostrároslo, se me acierta a improvisar un verso que premie la tonada de Ziryab, y la de tus cantoras.

—Te escuchamos, Yahía —contestó el califa, curioso, Invitándolo a declamarla.

Cantaba la tórtola bagdalí entre los vergeles, y se curvaban arrebatadas las ramas de los arrayanes. Las estrellas esplendorosas se miraban en los estanques asombradas, volando hacia ellas, como ondulantes danzarinas, las espadas de tus cantos y tañidos rutilantes.

La sala entera alabó las rimas del alquimista, y en especial un Ziryab sorprendido. Del apartado rincón donde se ocultaban las concubinas, salió un obsequioso aplauso, al que al-Gazal respondió haciendo una reverencia.

—Me abocáis a la felicidad y nada os podré negar —declaró el emir, que celebraba los versos de su embajador—. ¡Animaos los demás y regaladme los oídos, os lo ruego! ¡Espléndido, Gacela!

Al poema de al-Gazal siguieron otros del repertorio de los recitadores, al tiempo que se servían libaciones de licores y almíbares helados. Algunas de las muchachas y jovencuelos se reclinaban en los divanes de los invitados, mientras bebían del agradable néctar, apurándolo entre estrofas y arrumacos.

—Padre, ¿nos vas a privar en esta noche de las melodías de tus esposas? —preguntó el príncipe Abdalá con su sonrisa embaucadora y cruel.

—Les rogaremos que nos endulcen el espíritu con sus zambras, hijo. La vida, a veces insoportable, ha de ser mitigada con estas golosinas.

A una señal del eunuco Sadum, irrumpieron en el salón seis bailarinas vistiendo gasas diáfanas y enarbolando alfanjes. El eunuco se acercó a la cortina respetuoso:

—Señora Shífa, puedes iniciar la melodía. Las danzarinas ya están dispuestas.

Y del interior de la colgadura se elevaron los acordes de la orquestina de las esclavas cantoras. Las danzarinas ubedies preludiaron sus contoneos, primero sinuosos y tranquilos, y después más apresurados y acrobáticos. Pronto, con la rítmica armonía las bayaderas doblaron hasta la extenuación sus torsos, y compusieron con sus cuerpos y sables los más variados perfiles de plástica belleza. Al compás del canto de Shifa y de las cimitarras que restallaban al unísono, las danzadoras saltaban prodigiosamente, arrobando a unos espectadores pendientes de sus sensuales formas. Cuando el baile concluyó y el eco de la última nota salió del gineceo, Abderramán, entusiasmado, se dirigió hacia el lugar ocupado por Shifa, sentada con el laúd en el regazo.

—Tu voz, dulce Shifa, ha brillado como las rosas después de la lluvia y más dulce que el frescor de los besos del enamorado. Pídeme lo que desees, y yo te lo otorgaré.

La vaporosa cortina aunó la curiosidad general, aguardando de la umm walad la petición de una joya, un vestido de Catay o una tela de Zedán. Pero cuál no sería su sorpresa cuando la voz de la favorita traspasó como un suspiro el velo:

—Mi señor, fuiste siempre tan dadivoso con tu esposa que mis cofres rebosan en abundancia de pedrerías y tules. Nada preciso, pues todo lo poseo.

—¿Acaso apetece un raro libro de los que tanto te complace hojear en mi biblioteca? —se interesó el emir sonriendo y algo perplejo.

—Mi dueño y señor, aun deseándolo vivamente, no pretendo eso —replicó, Y el silencio se tornó en una creciente expectación de los comensales, que miraban absortos al amo y a la concubina. Tras un sorpresivo mutismo, volvió a preguntarle:

—¿Hacia dónde conduces tus caprichos entonces, mi tierna Shifa? —inquirió el emir, que dejó su copa sobre la mesita y se atusó el bigote desconcertado.

Se produjo un turbador silencio, denso como la noche. Luego manifestó serena:

—En virtud de una antigua y olvidada prerrogativa de los califas reservada a la fiesta del Shabán, te suplico que concedas la libertad a un esclavo de tu casa, de nombre Masrur, confinado en los calabozos del alcázar por una culpa no demostrada, pues el objeto de su acusación, el alThubán, luce esplendente en mi cuello.

Aquella solicitud sonó en el salón como un clarín de batalla. Y pronto a la petición de Shifa siguieron cuchicheos de asombro. Se miraron unos a otros y el gran fatá Naser, que permanecía arrellanado en su díván, se incorporó ralentizadamente, con los ojos desorbitados y sin creer lo que estaba oyendo. Nervioso y crispado, atenazó sus puños bruscamente y todos advirtieron que aquella solicitud no había agradado al válido, que cambió su palidez por un encendido enojo. ¡Cómo una mujer, un ser inferior, osaba formular semejante reclamación! Recuperado del impacto, el emir manifestó:

—¿Que liberte a un saqaliba inculpado? ¿Por qué he de satisfacerte, Shífa? Desconozco los antecedentes del delito que se le imputa.

—No te suplico una caprichosa excentricidad, mi señor. Ese esclavo estudió álgebra y astronomía con tus hijos los príncipes, y fue mi fiel servidor, por lo que resulta difícil creer que intentara sustraer esta joya. ¿Con qué objeto?, pregunto. Más bien parece la víctima de un error y de una acusación bastarda. Te lo ruego, haz gala de tu magnanimidad. Yo respondo de su inocencia, y su vida, esposo mío, nada vale para ti.

—Mi memoria se confunde, pero ahora creo recordar algo relatado por Naser a mi regreso de la Marca del norte. Preguntémosle y disipemos dudas. Luego decidiré.

Al-Gazal creyó llegado el momento de intervenir, por lo que hizo un gesto velado a sus compañeros poetas. «¡Así que aquel era el misterioso argumento ocultado por Shífa. Qué mujer más valerosa! ¡La arrinconada prerrogativa del indulto del Shabán! A nadie se le había ocurrido en su reinado acogerse a semejante recurso», pensó. Antes de conceder una oportunidad al kabirfatá de persuadir al emir de la inoportunidad del Perdón, se incorporó del diván como una exhalación y clamó:

—Mi señor Abderramán, No me mueve la piedad ni el afecto por el esclavo, pues no lo conozco;

pero sí he de recordarte que en tiempos de tu padre, el poderoso alHakam, era costumbre reconocida usar de su caridad e indultar a algún preso, a petición fundada de algún creyente de la umma, y siempre apoyada por un cadí. Restablecer tan magnánima costumbre será alabado por tus súbditos, que aplaudirán tu generosidad... Y más aÚn si en el caso no ha intervenido ningún juez para probarlo, y no se evidencia culpabilidad. Es además esclavo erudito, y por lo tanto útil, de costumbres intachables a decír de Shífa, y criado en tu casa junto a tus hijos. Yo también me sumo a la demanda de gracia, y me ofrezco para custodiarlo, pues su presencia en el alcázar puede resultar incómoda en lo sucesivo; y recuerda, mi imán, el versículo del Libro Sabio: «Los débiles y los niños, incapaces de imaginar maldades y de dirigirse en el camino de la vida, obtendrán el perdón de Dios, que es indulgente».

El alfaquí al-Layti, exasperado y fulminándolo con los ojos, lo interrumpió en un tono reprobador y pleno de ira. Después se obstinó con la tan manida ley:

—¡Y también nos enseña el Corán que al ladrón se le cercenará la mano como escarmiento a la obra de su miembro pecador! ¿Qué sabéis los poetas y astrónomos de leyes? Ya lo proclama el Libro Santo: «Se alzan los poetas como aquellos a los que los hombres sin rumbo síguen». Recelo de vosotros. Además, ningún cadí ha refrendado la petición de indulto de ese ladrón.

Aquellas palabras ahogaron la réplica del emir, pero la polémica prosiguió con un sesgo providencial y concluyente:

—Loado emir y amigos —terció conciliador el prestigioso zulema Ben Habib, acariciando su larga barba nevada—: Muchos, por no decir casi todos los presentes, os tenéis por estudiosos del Kitab y yo mismo también fui, como mí colega al-Layti, discípulo del maestro Malik Anas, estricto donde los hubiera en la interpretación del Corán. Sin embargo, nos enseñó que un imán, juez supremo, nunca lograría ser justo si no combinaba el rigor de la ley con la misericordia. El caso que nos presenta la esposa de nuestro emir, nada grave por cierto, y sí al parecer arbitrario, merece tu indulgencia, Abderramán, porque existen versículos del Corán que nos prohíben a los jueces, y tú eres el cadí de los cadíes, castigar a un creyente a quien ya se le ha ocasionado una injusticia anterior, como parece. Indúltalo, señor, y cumplirás con la estricta ley.

—¡Pero todas las sospechas recaían en él! Y firmó su propia declaración —explicó Naser iracundo—. Fue juzgado por sus superiores, y hallado cómplice de...

Al-Gazal volvió a la carga con la esperanza de precipitar la decisión del emir, elevando la tensión del instante aún más sí cabía:

—¿Cómplice, autor, inocente? La azora quinta del Corán nos advierte, apreciado Naser: «¿Es el juicio precipitado de la ignorancia el deseado por los hombres? Los que no juzguen según los libros descendidos desde lo alto, son infieles a los ojos del Altísimo. ¿Qué mejor juez que la ley de Dios?». No existe una sola prueba que incrimine al esclavo. ¿Y de qué sirve una confesión firmada en un potro de tormento de la mybaq? Dejemos a los cadíes el aterrador cometido de impartir la equidad, y a nuestro emir el de ser clemente. —Contestó con tan irrefutables palabras que el gran eunuco enmudeció preso de una irascibilidad incontenible.

—Por convencidos que parezcan Tarafa, Naser y al-Layti, les surge la hiel por los labios, aunque pocas palabras escapan ahora de su boca —le susurró Ben Habib.

Emergiendo de la ensañada controversia, tomó la palabra el emir, famoso en la corte por conocer

de memoria todas las suras del Corán y más de dos mil sucesos de la vida del Profeta. De forma sentenciosa, se decidió a aplacar la enconada dialéctica y, dirigiéndose en particular a su valido Naser, a quien deseaba complacer, manifestó:

—Ben Habib y al-Gazal, conociendo mi repulsa hacia la injusticia y el capricho, han improvisado una espléndida defensa del suceso, mostrándonos la diferencia entre lo justo y lo despótico. Mi alma se resiste a caer en una posible injusticia por un hecho a todas luces insignificante. Mis amigos, no obstante, me hubieran convencido con sólo recordarme las sagradas tradiciones del Profeta, referidas a vosotros mis poetas. Quiero que mis líricos tengan la misma estimación que los antiguos cantores de Arabia, i cuyos poemas, los modhahbat, ordenó inscribir con letras de oro en la Kaaba. Mahoma debió el poder de la palabra a su lengua Poética, aprendida en la tienda de su madre, y él mismo los consultaba buscando las interpretaciones oscuras del Corán. ¡Y esta noche vosotros mis recitadores, me habéis mostrado la luz para no ser injusto!

El furioso alfaquí no estaba dispuesto a darse por vencido y exclamó hiriente:

—Estúpida disputa. Dijo un día el Profeta a su amigo Caab: «Juro por el que tiene mi alma en sus manos que temo más los versos de los poetas que las flechas de mis enemigos».

—Excelso cantor, por cierto, que permaneció toda su vida junto al Profeta, sirviéndole de báculo en su vejez, mi buen colega —salió al paso el maestro Ben Habíb.

—Pero, mi señor, exoneráis de culpa a un vulgar esclavo que... —se desgañitó Naser, más irritado aún, con mirada de rencor y desafío, procurando detener lo irremediable.

—Permíteme excederme en mi generosidad, Naser. Creo recordar, como tú mismo me manifestaste a mi regreso, cierto asunto desagradable referido al Collar del Dragón, pero afortunadamente resuelto. ¡Pues concluyámoslo felizmente! —alegó el emir con gestos bondadosos y con un tono de voz persuasivo.

—Sea como apeteceis, mi soberano y señor —se resignó el eunuco contrariado.

—Ésta es mi sentencia y mi regalo a Shifa, mi esposa. Deseo que sea escrita y cumplida al término de la fiesta del Shabán, y que así lo anoten los escribanos: «En el nombre del Compasivo. Cumpliendo la costumbre de nuestros antepasados, sin las que los pueblos están condenados a vagar en la incertidumbre, deseo renovar la práctica del indulto en día fasto del Shabán, usando hoy mi benevolencia con el esclavo Masrur. Ordeno la excarcelación y la entrega para su custodia a su generoso defensor, Yahía ben al-Hakam, con todos los derechos y deberes que los amparan como dueño y servidor, según la ley de Dios. Que sea observado conforme a mi palabra. Abderramán está satisfecho con el decreto de Alá».

—El temor de Dios y la actitud siempre tan escrupulosa del emir con los castigos han salvado a ese desconocido muchacho, y nosotros hemos salido airosos —afirmó al-Gazal a su maestro, que asintió con la cabeza—. No obstante, a aquéllos se les han truncado sus perversos propósitos y no nos perdonarán la mudanza del soberano.

—Olvídate de ellos y disfrutemos de la placidez de la noche, Yahía.

—Hagámoslo así, mi buen maestro Habíb.

Al-Gazal recibió complacido de Shifa una afable mirada de reconocimiento, que no pasó inadvertida para Tarub, encelada con el singular regalo del emir, que ínterfería en sus planes. No

obstante, el poeta, en su fuero interno, especuló inquieto con que aquella noche podía ser el preludio de venideros infortunios.

Saboreó un sorbo de vino dulce y, deleitado por la acuática sinfonía de las fuentes y acequias, se reclinó en el diván a platicar con una bailarína de formas estatuarias, piel de almíbar y ojos de gacela, que lo acariciaba con pasional agrado. Luego, avanzado el sarao, se escabulló con la beldad entre las umbrías y los tupidos bancales de arrayanes.

Aquel viernes previo al Ramadán, una brisa fresca descendía de la sierra, y al-Gazal sentía un molesto carraspeo en la garganta empeorándole su afección de asma. Deseaba ardientemente permanecer en su estudio descifrando el Trono de Dios, pero se resistía a contrariar a su esposa en el cumplimiento de la centenaria costumbre de visitar el cementerio. Así que, tras la oración y aprovechando la bonanza de una tarde deslumbrante, toda la familia enfiló el polvoriento camino de Umm Salama, donde estaban enterrados algunos de los de su estirpe. Al poco se mezclaron con una arriada de gentes bulliciosas que se disponían a pasar la tarde en los camposantos de la ciudad. Unos cruzaban el puente Romano para honrar a sus muertos en el cementerio de Rabad y otros los senderos del norte, para cumplir con el sacrosanto uso en las necrópolis de Muta y Amír, vergeles rodeados de estanques y huertos.

La de este piadoso día era la tarde más ansiada por los enamorados y los amantes. Las damas cordobesas, encerradas durante la semana en las umbrías del harén y de las cocinas, se acicalaban primorosamente, exornados sus cuerpos con sus mejores galas, aguardando un piropo, una furtiva mirada y el requiebro apasionado de un galanteador o la carta de un conquistador impaciente. Fragancias de kohl perfumado se olían en todas las matronas, ocultos sus rostros por sutiles miqnaá que dejaban entrever sus pícaras miradas. Con la llegada del calor, algunas familias habían instalado en las cercanías del mortuorio pabellones de seda de jazz donde probar un refrigerio, y donde alguna dama solitaria pudiera ofrecer sus encantos a los pretendientes que la acosaban.

Luego de depositar flores en las tumbas, al-Gazal y su parentela aprovecharon el tornasol de unos cuajados naranjos para extender unos manteles de badana, donde colocaron cestillos con dulces de almendras, uvas pasas, cuencos con anqal, frutos secos variados, horchatas y bilacha de ave. Los consumieron animadamente sentados sobre la hierba, mientras jugueteaban despreocupadamente con las niñas y les narraban historias antiguas con amena delectación. Cuando el sol se inclinaba hacia el ocaso, se apresuraron a tomar la trocha de regreso.

El mayordomo de la casa, el viejo Balansí, los aguardaba impaciente en el umbral de la puerta, y esa extraña actitud alertó a al-Gazal. Sucedió algo desacostumbrado; lo presentía, por lo que aceleró el paso. Al llegar a la cancela, el siervo le comunicó con gestos de preocupación:

—Mi amo, esta misma tarde, sin considerar el día sagrado, dos emisarios del fatá Naser han traído un esclavo, regalo del emir para ti.

—Ah, sí. Una curiosa historia que ya te aclararé. ¿Y dónde está?

—Más bien deberías preguntar cómo está —respondió terminante y excitado.

—¿Qué quieres insinuar? —consultó con sorpresa.

—Ese muchacho se encuentra muy mal, mi amo. Lo han torturado atrocemente.

—¡Miserables castrados! —se alarmó—. ¿Cómo han podido atreverse, ignorando deliberadamente la determinación del emir? Su perversidad no conoce tasa alguna.

—¿Quieres visitarlo, amo? Se encuentra en el pabellón de las cocinas con Sanae, la qiyán. Lo está asistiendo y con sus cuidados se ha reanimado, pero no deja de emitir lamentos extraños y dolorosos.

—Kahena, acompáñame, y tú, Balansí, conduce a las niñas al gineceo.

Al-Gazal poseía esclavos, pero jamás había descargado su ira sobre ellos, ni los había humillado con palabras tiránicas o tratos despiadados; llegados a una edad avanzada, manumitía a los que lo solicitaban, aunque la mayoría seguían unidos a la familia por su propia voluntad, adoptando el nombre tribal de su amo. Odiaba la violencia y el castigo innecesario. Atravesaron las galerías que ocupaban jardineros y mozos domésticos, hasta deslizarse en el interior de un cubículo iluminado con lámparas de sebo. Al penetrar en él advirtieron a un muchacho escuálido e inerme, que respiraba dificultosamente sobre un lecho de madera. Una gita de piel de oveja cubría su vientre.

Los débiles rayos que se colaban tenues por el ventanuco iluminaban en un macilento haz de luz al moribundo zagal y a su cuidadora, esbozando una imagen desoladora. Sobre un maqa de cuero, se amontonaban desparramadas sus ropas y un burdo saco que olían a orines, sangre seca y humedad rancia. En una orza de barro vidriado, Sanae mojaba un paño con el que enjugaba la frente al desdichado Masrur. Las facciones del joven aparecían cadavéricas y demacradas, y su cabello rizado se semejava a la estopa mojada, sobre la almohada empapada de sudor. Un hosco silencio se enseñoreó de la alcoba.

—Mi amo, al muchacho lo han atormentado de forma despiadada antes de conducirlo hasta aquí. Me pregunto qué atroz crimen ha podido cometer para merecer tal castigo. ¡Que el Vengador ahogue con su poder a sus inhumanos verdugos!

—Presenta heridas? —se preocupó el señor con el fastidio en el rostro.

—No, tan sólo moratones en la frente —respondió lacónicamente Sanae—. Le han aplicado el torniquete de cuerdas en la cabeza. Lo he visto ejecutar dos veces en mi vida, en Arabia. Rodean la cabeza del reo con sogas reseca atadas a un palo que luego anudan sobre la nuca y aprietan hasta que el infeliz cae sin sentido. Unos mueren, otros arrojan los sesos por la nariz y los oídos, y los más quedan con alguna tara, o pierden la cabeza, lisiados para siempre.

—¡Calla, mujer! —la cortó el mayordomo.

—Déjala expresarse, Balansí. Hemos de conocer el mal que lo aqueja.

—En Tahart, a un sudanés lo agarrotaron en mi presencia con tal fuerza que perdió la vista, el habla y el sentido. Aún debe de mendigar pidiendo limosna en la puerta de alguna mezquita. Este muchacho delata vigor y parece que lo ha resistido, pero me desconcierta el color oliváceo de sus mejillas.

—Sanae, tú posees conocimientos de pócimas y curativos y puedes auxiliar al pobre muchacho —insinuó Kahena con los ojos llorosos.

—Sí, mi señora; fui entrenada en la ciencia de Dioscórides. Lo he examinado atentamente, y aparte de la propia tortura, exhibe los síntomas de haber ingerido un brebaje envenenado. Al permanecer sin sentido se lo han introducido a la fuerza y no ha engullido gran cantidad. La rigidez de su cuerpo, la lengua negruzca y la espuma de su boca así lo delatan. Si me proporcionáis sus componentes, elaboraré una triaca, la que llaman los físicos de al-faruq, un poderoso antídoto contra los tóxicos.

—¿Qué precisas para componer el contraveneno? —apaciguó a todos complacido, pues cada día sorprendía nuevas habilidades en la concubina.

—óleo de bálsamo de Judea, tierra bolar, agáloco índio, amomo y cualquier vomitivo Potente. Sus propiedades curativas son extraordinarias, ya lo comprobaréis.

—Balansí, nuestro vecino Ben Yamil, el boticario, te proveerá. Que te acompañe un criado armado. No son horas para andar solo por esas callejuelas. Apresurémonos.

—Que traiga también de casa del droguero extracto de lawzinay. Si reacciona a la primera administración, hemos de suministrárselo para nutrir su cerebro tras el bárbaro castigo —aseguró con gran aplomo mirando atentamente al enfermo y sus pulsos, ante la sorpresa de todos los presentes, que se admiraban con la erudición de la joven qiyán.

Con las primeras horas de la noche y después de infructuosos intentos, el paciente pudo al fin tragar la pócima, y como si todos sus humores internos se convulsionaran, dio una arcada y expulsó violentamente por la boca un denso líquido bilioso y nauseabundo, llenando un bacín de barro. Al poco, masculló unas palabras ininteligibles, mezclando vocablos árabes con otros de su lengua materna:

—¡Mater, mater... piedad, Laqit, socórreme... mater! —murmuraba entre estertores, jadeos y sollozos.

—Al menos mudo no va a quedar —se extrañó la qiyán—. Dios se apiade de él. Ahora le administraré la droga, y dormirá intensamente durante horas. El sueño prolongado y profundo se me acierta como el único remedio para recobrar el entendimiento y las fuerzas. Si sobrevive, habrá escapado de la muerte, aunque también puede no volver a despertar jamás. Abandonémoslo en manos del Compasivo. Mis conocimientos no alcanzan a más, mi amo. Si quieres puedes llamar a un médico.

—Tengo fundados motivos para no hacerlo. Si el asunto llegara a oídos del emir, indagaría las causas de la tortura y se complicaría innecesariamente la ya de por sí turbulenta situación. Existen personas queridas de palacio que pagarían la ira del valido y de su camarilla. Aceptemos esta fatalidad y recemos para que el muchacho recobre la salud. Que se olviden de él es lo mejor que puede sucederle. Dios te premie por tus solícitos cuidados, Sanae. No hay duda: mi Señor me ha obsequiado con un oneroso regalo y respondo de él como si de un hijo se tratara.

Pasados dos días, el enfermo abandonó el sopor, abrió los ojos y en su debilidad se incorporó de su camastro solicitando desafortunadamente agua. Ajeno a su estado, sacudió con violencia sus anémicos miembros y miró a su alrededor confuso, creyendo encontrarse aún en los calabozos de la mutbaq. Se tranquilizó al observar cómo dos desconocidos, un anciano risueño y una mujer bella como una aparición, lo observaban satisfechos. Sin saber si vivía o había muerto, sollozó de felicidad.

—¿Cómo te llamas, zagal? —le preguntó con voz tenue Balansí.

El joven limpió sus lágrimas con el dorso de su mano, los miró con ojos ausentes y compuso un gesto de ignorancia. Sentía un gran vacío en su dolorida cabeza y parecía como si todos sus recuerdos se hubieran desvanecido, de tal forma que el pasado no existiera en su mente. Sanae le limpió el sudor y le ofreció agua en un jarrillo de cobre; luego le tomó las manos y lo tranquilizó.

—Te encuentras en la casa de al-Gazal, donde nadie te hará daño, pues estás bajo su sagrada protección. Aquí te recuperarás. Prueba estas gachas; necesitas alimento. Has salvado la vida y, no me cabe la menor duda, el Oculto te favorece.

—¿Al-Gazal? —murmuró el muchacho como rebuscando en su mente algún recuerdo conocido—. ¿AlGazal?

Masrur sorbió ruidosamente del cuenco que le tendía la esclava y el agotamiento lo dominó al poco, quedando profundamente dormido. En sus agitados sueños se sucedieron confusos acontecimientos que lo mismo lo hacían jadear que alegrarse o gritar violentamente.

Sanae se deslizó en el estudio del señor. Al-Gazal se hallaba sentado sobre una esterilla persa examinando un libro deteriorado y sucio, que el diplomático cerró para atenderla. Cada día que transcurría estaba más halagado con su delicada y culta presencia. Sus capacidades medicinales y astrológicas resultaban notables, y versificaba con una habilidad que había asombrado al mismo al-Gazal por la fina diversidad de las figuras poéticas de que se valía.

—Este maravilloso ejemplar contiene teorías por las que muchos matarían. Al fin he elucidado la clave oculta de su interpretación, conocida por muy pocos alquimistas, y cuando presente el resultado a mis cofrades de la Piedra Negra, no creerán lo que oyen. Pero aún aparecen textos que no acierto a interpretar. Después, en la soledad de la noche, tú y yo sondearemos su ciencia y la aplicaremos en las coordenadas del firmamento, y la sorprenderemos emboscada entre los cuerpos celestes.

—Serte útil supone para mí el mayor de los placeres, mi amo.

—Tañe el laúd mientras verifico sus signos indescifrables. Tal vez con tu música mi inspiración se estimule, Sanae —le rogó el poeta con afabilidad.

—Antes he de complacerte, mi señor. Al fin el esclavo ha recobrado la conciencia. Pensé que la novedad te alegraría.

—¡Lado sea el Altísimo! No puedes ni imaginar los inconvenientes que me hubiera acarreado su muerte. Y dime: ¿cómo se encuentra?

—Aún se mueve en la debilidad y la alucinación, y le sobrevienen desgarradores dolores. Su cerebro ha quedado afectado hasta el punto de relegar al olvido episodios de su vida pasada. Es como si comenzara a vivir nuevamente, y su existencia anterior sólo es un desvaído recuerdo.

—Pero ¿sanará? Parece un muchacho fuerte.

—Quizá. Su alma, mi amo, ha padecido insoportables desgracias.

—Alguien de palacio lamentará la noticia de esa pérdida, pues confiaba en el testimonio del saqaliba y todos sus planes se han evaporado. Pero tal vez sea mejor lo que el destino ha dispuesto. Y aunque esos diabólicos bastardos han desafiado al emír, enfrentarse a Naser y Tarafa en estos momentos sería arriesgado. Después lo visitaremos, Sanae. Hemos de recuperarlo para el presente.

Airado, se dirigió al ventanal, donde observó las almenas del alcázar. Allí se hallaban amigos muy estimados, y algunas hienas a las que, por su maldad, aborrecía en lo más profundo de su corazón. Con una cólera inarticulada marcada en el rostro, murmuró para sí mientras cerraba los puños:

—Naser y Tarafa, desleales con vuestro señor e inhumanos con los débiles. El Misericordioso ha

escrito con letras de sangre vuestra suerte en las estrellas, y yo hallaré el fin de vuestros infames días trazado en el cielo. ¡Os habéis cubierto de indignidad con acciones nefandas, y vuestros ojos no verán el Día de la Resurrección! ¡Puñado de degenerados insensibles al dolor!

Admiró distraído el estanque y reparó en el fluir del agua en los arcaduces de la noria y en las hojas caídas de los mirtos, mientras decenas de mirlos trinaban en la pajarera como si fueran aladas qiyán inclinadas sobre sus laúdes. Luego pensó que el emir descargaba con indolente frecuencia el peso del gobierno en personas ambiciosas. Hasta ahora su administración había sido justa y honesta, pero probadas señales le manifestaban que tal vez un tiempo había concluído, y otro incierto y envilecido se fraguaba en la corte de Abderramán II. Amaba al emir y deseaba la armonía y, sobre todo, la reputación de Córdoba.

Por eso su corazón únicamente anhelaba consumir una venganza cabal, y desbaratar las máscaras de aquel puñado de desnaturalizados, cuyas oprobiosas bellaquerías clamaban al Misericordioso.

CAPÍTULO V. La jirka de la Piedra Negra.

Cuando los vigilantes de Gurta encendían los faroles del arrabal de Raqaqín, cuatro hombres, amparados en las cárdenas penumbras del ocaso, comparecían por separado en la almunia de al-Gazal, que aguardaba impaciente la llegada de los cofrades de la jirka o fraternidad de la Piedra Negra. La hermandad la componían cinco buscadores del saber que, incómodos con el ambiente de intolerancia del clero malaquí, indagaban en secreto la definición esotérica del Corán y la Cábala, y los arcanos de la alquimia y las ciencias astrológicas. Y si el Corán encarnaba una pauta de vida para los creyentes, los fanáticos alfaquíes, sordos a las innovaciones teológicas de Oriente, lo habían convertido en el instrumento decisivo para instaurar un imperio teocrático en al-Andalus que ellos deploraban y denunciaban. ¿Y acaso existía otra forma de hallar un oasis en el atribulado desierto de severidad de aquellos clérigos?

Condenadas sus ideas con el anatema implacable de al-Layti, sus cultivadas inteligencias, para no suscitar sospechas y evitar encuentros dialécticos que apenarían al emír, su liberal amigo, habían encontrado en la clandestinidad de una sociedad secreta el camino idóneo para las búsquedas de la verdad. Los miembros de la Piedra Negra, inquietos rastreadores del perfeccionamiento, se consideraban seguidores de la llamada «Ciencia espiritual», la al-kimiya que iniciaran en Oriente los sabios musulmanes chiítas hacía nueve décadas. Aquel restrictivo círculo de eruditos Perseguía el saber, ya fuera islámico, cristiano o judío, escudriñando en los más raros tratados, rastreados sin desmayo en Oriente, la lejana India o en el fecundo Bizancio. Conocían a la perfección el Sopher Zohar, el Libro del Esplendor, tratado fundamental de la cábala mosaica, y en la soledad de sus bibliotecas, los cinco miembros de la sociedad dedicaban largas horas al estudio de la disciplina hermética, entre palimpsestos, alambiques y elixires, siguiendo las enseñanzas del príncipe Yazíd el omeya, o del condenado por los alfaquíes, Geber del Éufrates, descubridores de nuevas materias químicas y maestros del islam racionalista.

No empleaban signo alguno externo que los distinguiera, salvo a la hora de la oración. Al-Gazal y sus hermanos no se orientaban como los demás creyentes en la dirección a La Meca, marcada en la alquibla de las mezquitas, sino hacía el levante astronómico, simbolizador esotérico de la luz. Se reunían por riguroso turno en cada una de las casas de los cinco componentes el último día de los meses impares (salvo el del Ramadán), desde que, hacía siete años, a una convocatoria del que ejercía las veces de superior, el erudito doctor en leyes Ben Habíb, se juntaran en una venta del arrabal de Secunda: «Únicamente la razón es capaz de destruir la tiranía, y aunque quien añade saber se carga de tristeza, unámonos contra la intolerancia, fundando una jirka islámica», los animó entonces.

Pero ¿podrían prosperar sus ideas en el lodazal de tanta escrupulosidad?

No obstante, para no suscitar sospechas de los alfaquíes o de los vecinos excesivamente curiosos, tras la reunión, en la que repasaban sus descubrimientos teológicos o alquímicos, propalaban el rumor de cenas y zambras nocturnas al uso de Córdoba, donde corría el vino con esplendidez y sonaban dulces tonadas de las cantoras de la Axarquía.

La salita donde ingresaron los cofrades, precedidos por el mayordomo Balansí, era amplia y acogedora, con dos arcos de herradura que daban al aromático huerto de la casa. Sus paredes se

exornaban con tapices persas, lámparas de arcilla y candiles de aceite almizclado, que desprendían una anacarada luminosidad. Cinco divanes en semicírculo se hallaban bajo la arcada, cubiertos por cojines damasquinados; y al frente, junto a la única pared desnuda de la estancia, destacaba un destartado atril de bronce con un libro cerrado y extremadamente deteriorado, próximo a un candelabro de oro con un velón amarillento encendido, distintivo alquímico de la sabiduría.

Al poco, con las luces del día agonizando en poniente, apareció al-Gazal. En él se evidenciaba la condensación perfecta entre el cortesano y el sabio. Vestía con elegancia una impecable túnica blanca con ribetes azulados, y lucía sus cabellos peinados en medio de la cabeza a la antigua usanza, largos y untados con óleos y esencias. De su cuello pendía la medalla de Salomón, que portaba como anfitrión del encuentro, propiedad del maestro Habib, quien aseguraba que había pertenecido a la Mesa de las Ofrendas del templo de Jerusalén. Acogió a sus amigos besándoles las mejillas y ofreciéndoles limonada perfumada con áloe.

—Salam alaykum —los saludó—. Y que el Misericordioso traiga con este encuentro la salud a mi casa. Sed bienvenidos.

—Alaykum salam, Yahía, y que Él te premie con los beneficios eternos por tu hospitalidad — declaró Habib, el guía de la confraternidad, en nombre de todos.

—Aposentaos, amigos, os lo ruego —invitó, mientras los tertulianos se preguntaban qué podía encerrar aquel singular libro.

—Jalib —habló el maestro a un hombre considerablemente macilento—, bienvenido a Córdoba. Deseábamos apasionadamente tu regreso y escuchar de tu boca las novedosas doctrinas de los maestros de Oriente.

—Vuestra compañía siempre es para mí como un bálsamo, amigos.

Jalib al-Gafla, el Amigo de la Indiferencia, infamante y despectivo apodo impuesto por los alfaquíes, era el más joven. Hombre nervioso en sus ademanes y de facciones pálidas, había viajado recientemente a Egipto, Bagdad y Basora, conviviendo con los maestros mutaziles, considerados impíos herejes por el clero de Córdoba. Durante su ausencia de la ciudad, una turba de desconocidos dirigidos por esbirros de al-Layti y Tarafa habían penetrado una noche en su vivienda del arrabal de los alfareros y quemado su biblioteca. A su vuelta, lloró desconsoladamente y elevó una protesta ante el emir, quien lamentó públicamente en la oración del viernes tan execrable acción. Expulsado hacía tiempo de la aljama, donde enseñaba teología, defendía la libre decisión en los actos humanos, aberrante doctrina para los duros oídos de los alfaquíes.

—Nuestro corazón se alegra al verte —le dijo el anfitrión.

junto a él, arrellanado en el diván, sonreía el vitalista Samír, el amigo de juegos y lances juveniles del emir, poeta y astrólogo del Diván Poético de Abderramán, que lo amaba como a un hermano. Sus mordaces sátiras herían como dagas a los favoritos del emir, y su ingenio era tan sutil y penetrante como escuálido su cuerpo. Reacio al casamiento, sentía una ardorosa inclinación hacia los efebos y afeminados bawi, a los que dedicaba pasionales poemas. Gozaba de reconocida fama como adivinador de acontecimientos futuros, y muchas gentes acudían para solicitar consejo al conocido como Príncipe de los Estrelleros. Detentaba además el raro privilegio de poder cabalgar junto a su emir en las campañas militares y en las jornadas de cetrería. De carácter afable, gozaba de la sincera devoción de los presentes.

Ben Firas, el León de al-Andalus, ocupaba uno de los asientos centrales. Amigo inseparable de al-Gazal, disponía de un raro instinto para desentrañar los enigmas del saber. Músico, inventor, poeta, filósofo, astrólogo y alquimista, había nacido en las abruptas serranías de Ronda, que, según él, le habían proporcionado su audaz arrojo en las batallas y la varonil reciedumbre que le hacían ser el preferido de las damas de palacio y de no pocas de la ciudad. Su voz enérgica sonaba como ninguna otra en las sesiones poéticas del emír.

—¿Me equivoco si preveo esta noche una reunión especial? —curioseó mirando al enigmático ejemplar en el facistol.

—No andas errado. Este manuscrito nos sorprenderá con los secretos que encierran sus paginas, y me mostraré vehemente en su explicación. Y es probable que suscite entre vosotros una controversia inacabable; pero me arriesgo a esa posibilidad.

Y con las manos sobre su regazo, vistiendo una zihara de lino remendada, observaba los gestos de sus discípulos el austero cadí Ben Habib, el doctrinador de aquella fraternidad de eruditos. Poseía dos títulos que sólo detentaban tres hombres en al-Andalus: gran ulema o doctor en leyes, y alfaquí musawa, jurisconsulto del Consejo del emir, cometidos ambos de envidiado crédito entre los dogmáticos musulmanes. Hombre de pequeña estatura, rostro estilizado y cabellos y barba blanquísimos, era un ejemplo en Córdoba por sus prácticas filantrópicas. Había donado sus huertos y olivares a la mezquita mayor y cuantiosas limosnas a los pobres. Enseñaba teología en la aljama, donde acudían alumnos desde todo al-Andalus a oír sus enseñanzas. Había estudiado astronomía y teología en las más eminentes academias de Oriente, convirtiéndose en el martillo implacable de los ortodoxos alfaquíes, a quienes recriminaba en público sus hipócritas conductas, razón por la que era temido por al-Layti, quien le profesaba un enfermizo respeto teñido de aborrecimiento.

Siguiendo la costumbre de otras sociedades islámicas de alquimia, los miembros de la hermandad lo habían elegido como regulador de las sesiones, nominándolo con el título de imán o qutub, la imagen esotérica de la suprema iluminación.

Al-Gazal se situó parsimoniosamente junto al atril. Aquella noche se sentía pletórico y fresco. Acarició el medallón que representaba la estrella de seis puntas de Salomón, la misma que presidía la portada del libro. El reluciente emblema exhibía impresas en su dorso dos palabras, MAK-BENACH, «la Vida sólo en la Muerte», vocablos herméticos pronunciados por Hirán de Tiro y sus nueve maestros para ocultar los secretos de la construcción.

Según el ritual, al-Gazal asió el talismán y pronunció las palabras que antecedían protocolariamente a las sesiones de la hermandad. Su voz sonó como la voz del almuédano exhortando a la oración de los creyentes:

—En el día 29 del mes de Shabán del año 224 de la Hégira del Profeta y 840 del nacimiento de Isa ben Mirian, en la ciudad de Córdoba se reúne la jirka de la Piedra Negra, bajo la guía de nuestro qutub, en la casa de Yahía ben al-Hakam, hoy templo hermético de la fraternidad. Nada impío nos mueve y sí el conocimiento de los secretos del Universo y la interpretación exacta de la Verdad, testimoniada en el Corán, la Cábala y en los libros revelados, Dios mismo, el Logos, el Creador, el Punto, aquel que nos llevará a encontrar la Luz.

»Creemos que todo lo escrito en el Corán está contenido en la primera sura y lo que en ella se halla está compendiado en el primer versículo o bismillah, y a su vez todo está encerrado en su letra b y lo

comprendido en ella, reunido está en el punto que la sostiene, como signo del Orden frente al Caos.

»¡Que el Oculto nos ilumine en la discusión, hermanos!

—¡Que Él nos asista y favorezca nuestro entendimiento! —contestaron todos a una.

—Amigos, nos habíamos fijado de antemano disertar hoy sobre las novedades teológicas traídas desde Egipto por Jalib. No obstante, nos detendremos en la consideración de este libro, al parecer extraordinario. Necesitábamos entusiasmanos con algo realmente peculiar, y al-Gazal nos lo ha proporcionado, felizmente.

—Cuando menos, excitará vuestras mentes, y tras estudiarlo con tenacidad y minuciosidad y acertar con su clave secreta, no sé ciertamente si he accedido al sueño fantasioso de un visionario o nos hallamos en la pista de un enigma excepcional. Seguí su llama incierta, que guió mis pasos hacia una luz indescriptible. Os lo aseguro.

—Acaso si conociéramos a su poseedor podríamos precisar la veracidad o falsedad del mensaje y su propósito. Porque ¿no se tratará de una falsificación?

—En modo alguno, Firnas. Mi confianza en él es firme, A mi proveedor se lo había vendido uno de los hijos de ese huraño anacoreta de la mezquita de Badr, su autor. Sufrió severas persecuciones de los alfaquíes de al-Layti, y sus agentes lo vigilaron estrechamente, pero no puedo precisarte su nombre.

—¡Kilab... Ben Kilab! —afirmó el maestro Habíb, y todas las miradas se volvieron hacia el circunspecto cadí, que continuó explicando—: Y, sabiendo a quién perteneció, aventuro sugestivas sorpresas. Lideró un grupo de místicos yariyíes dispersos en los recovecos de las serranías de al-Andalus.

—¿Un musulmán yariyí, adepto del ocultismo hebraico y los textos cabalísticos? Puede ser apasionante —aventuró Samir.

—Y os diré más —siguió el maestro—: el abuelo del místico al que perteneció este libro fue ni más ni menos que Samayl ben Hatím, aquel soñador descendiente de Alí, el yerno del Profeta, levantado en armas en tierras de Jaén contra el primer omeya, Abderramán el Inmigrado. Turbas de descontentos fueron masacradas, pero os puedo asegurar que en tierras de la cora de Jaén y Granada aún persisten las levantiscas cenizas de la rebelión de los grupos espiritualistas.

—¿Cómo pueden unos desarrapados santones intentar el derrocamiento de los omeyas? —inquirió Jalíb—. El gobierno de Córdoba es una roca inamovible.

—Defienden la movilidad del trono, argumento mortal para el Estado omeya. Para ellos, cualquier creyente piadoso y sabio puede ser elegido emir. No aceptan a la familia reinante, y mucho menos el derecho del primogénito a reinar —informó Habib.

—Y mientras el armazón del Estado andalusí lo formen la tribu y la sangre, disgregadoras e insolidarias, jamás conseguiremos que el islam se perpetúe en estas tierras como una nación perdurable —opinó al-Gazal—. Nos falta cohesión y concepción de Estado, y esos místicos yariyíes lo han advertido hace tiempo.

—Qué sabio se mostró nuestro soberano Abderramán al aliarse con esos aborrecibles perros de presa, los alfaquíes, a los que por otra parte detesta. De un golpe maestro, ha eliminado a los

disidentes, ha contentado al poderoso clero y ha salvado su trono de anónimas apetencias que hubieran teñido de sangre estos territorios —exclamó Firnas.

—Nunca dudamos de que el emir fuera un hombre sagaz. Quizá por eso lo tengamos por amigo. Pero regresemos a nuestro misterioso jeroglífico, a la ventana de misterios que encarna este insólito ejemplar.

El diplomático abrió las cubiertas del libro, que por un momento pareció brillar con luz propia, y ante los ojos de los concurrentes se descubrieron las páginas abarquilladas de El Trono de Dios. No pasaban de diez o quince hojas de papiro amarillento, cosidas unas a otras con un bramante negruzco y pringoso, en las que aparecían signos y gráficos débilmente perceptibles, rotulados en diversas intensidades y tonalidades. Imaginativos trazos con infinidad de miniaturas se sucedían en los pliegos ante la perplejidad de los invitados, que rodeaban el atril en semicírculo. Pronto sucumbieron ante la magia de las indescifrables alegorías, amalgamadas en una sucesión misteriosa de símbolos y en una confusa transmutación de notaciones, como agazapadas tras una clave incógnita que los acechara.

—Amigos de la Piedra Negra —tomó la palabra enigmático—, este libro no es sino un criptograma plagado de caracteres cifrados de quien se propuso ocultar un secreto insólito. Ha utilizado signos de planetas y metales, que yo he trocado después en números aritméticos y luego en letras del alfabeto arábigo, conforme al método del príncipe Yazíd, el alquimista, conocido por muy pocos mortales, ya que únicamente lo utilizan los Hermanos de la Pureza de Basrah.

—A simple vista, tales signos planetarios nada nos revelan, pues están cifrados y fuera de toda razón lógica —murmuró Jalíb dubitativo.

—Así lo pensé yo al examinarlo por vez primera —confirmó el anfitrión—; pero todos nos hemos encontrado alguna vez con tablas y jeroglíficos semejantes, descifrados a partir de un número secreto.

—Pues a mí me resultan, a la par que cautivadores, de una complejidad demoledora —confesó Samir.

—Yo ya había manejado antes letras o signos con propósitos simbólicos, Samir. Probé sin resultados satisfactorios cinco claves diferentes, e indagué en algunos textos de estos místicos y verifiqué con sorpresa las continuas alusiones a las cinco columnas del Trono de Dios y a los cuatro animales cabalísticos del profeta Ezequiel. Se trataba de una posibilidad más, y en ella me basé para descifrar el enigma.

—Se dejan ver dos dígitos, y no uno —insistió Habíb interesado.

—¡Exacto! Pero, al fin y a la postre, la clave resultó ser la combinación de ambos números. Uno marcaba la fila donde iniciar la deducción, y el otro, la casilla exacta de partida. Así pues, tras no pocos intentos y a punto ya de abandonar el empeño, me situé en la quinta hilera, y dentro de ella en la cuarta letra, y el mensaje en forma de inconexas expresiones se abrió lógico y esperanzador como una flor al alba.

—Entre los ascetas, transcribir sus experiencias místicas relacionando números cabalísticos y letras resulta muy usual. Aunque a veces su dificultad nos amilane hasta abandonarlos por imposibles —asumió Firnas, el inventor.

—Los buscadores de secretos no debemos rendirnos ante el hechizo de los enigmas. Así que

permittedme os muestre las conclusiones, sometiéndolas al inapelable juicio de vuestros razonamientos.

La estancia se convirtió de repente en un estanque en ebullición de murmullos de extrañeza. Al-Gazal colocó el ejemplar bajo la luz azafranada de la lámpara, y las sombras de los asistentes se proyectaron alargadas sobre el blanco estuco de la pared. Parecía que algo insólito fuera a ocurrir de un momento a otro. Su voz reposada se elevó diáfana, mientras aguardaban la solución con el ansia propia de la incertidumbre y el sobrecogimiento.

—¡Amigos, oíd lo que revela El Trono de Dios! —y releyó las transcripciones exactas, plasmadas en un papel alabeado:

ALLAH ce el principio P la bismillah co elfinal

En el nombre de Dios, el Clemente y Misericordioso.

El que no ha engendrado ni ha sido engendrado. El único, el Omnipresente, el Inaccesible, el Todopoderoso, el Noble, el Sabio, el Vengador, el Dominador, el Oculto, el Manifestado, el Muy Amante, el Eterno, el Primero y el último.

Creemos en el Tawhid, la unidad de Dios, y seguimos las enseñanzas de los maestros Dul-Mim y Dawud, nuestros ardales, los que nos reconcilian con Dios. Negamos el dogma de la inmovilidad del islam, siempre abierto al espíritu analizador de los creyentes, pues Alá el Misericordioso dijo al Profeta: «Yo era un tesoro oculto y desconocido y amé ser conocido. Creé las criaturas y me dí a conocer a ellas y ellas me conocieron a través de mis innumerables formas, atributos y manifestaciones».

Nos hallamos dispersos y acosados por los inquisidores alfaquíes, y creemos que El Trono de Dios es el NOMBRE que gobierna el Universo todo, y a través del estudio de la ciencia universal y la mortificación, conoceremos el venerable Nombre Número Cien del Creador, aquel que nos abrirá las puertas de la Cábala y la iluminación divina. Y en la Mesa Sagrada de Salomón se hallan los cinco nombres de Dios que preceden al definitivo y postrero.

A las palabras de al-Gazal siguió una tregua dilatada de silencio, y todos sin excepción quedaron paralizados por la incertidumbre del instante, mientras el maestro Habib movía su mano temblorosa. El inicio del mensaje los había seducido, pero no había satisfecho íntegramente su curiosidad. Ansíaban acercarse a la aclaración del misterioso y sobado manuscrito, y demandaron con ojos inquisitivos a al-Gazal que prosiguiera con la interpretación.

—¿Y qué más nos muestra nuestro sugestivo libro? —se interesó el maestro.

Al-Gazal descubrió un mapa esbozado con aguado atramentum carmesí. En la parte superior se distinguía un círculo con Asia, presunto lugar del paraíso terrenal, y Africa y Europa en la inferior; entre ellas, una vaga representación del mar Mediterráneo, con lugares de Oriente y Occidente, y extrañas letras identificativas de otros tantos emplazamientos. Desconocidos parajes y singulares ilustraciones se difuminaban en la superficie representada, en la que diminutos medallones coloreados señalaban ciudades repartidas por ambas orillas del Mediterráneo, y varias líneas, que parecían partir de Jerusalén y Toledo, abriéndose en abanico cruzaban la ilustración de un extremo al

otro.

Ante sus ojos se abría un asombroso jeroglífico, en forma de inexplicable criptograma, que no acertaban a interpretar y ante el que se miraron sorprendidos.

Los integrantes de la jirka cambiaron miradas entre interrogantes, y al unísono sostuvieron sus ojos en al-Gazal, que afirmó solemne:

—¡Amigos, este asombroso portulano nos puede conducir al paradero del Trono de Dios y la Mesa de Salomón, objetos sagrados del templo de Salomón perdidos en el tiempo, y que personifican la solución de muchos de los enigmas del universo!

—¿Y qué simboliza el Trono de Dios?, ¿Un ser..., un objeto, un camino?

—Lo ignoro, Samir, aunque poseo una vaga sospecha de su naturaleza.

—Símbolo, sitial o quimera, merece la pena que lo exploremos —concluyó el maestro Habib señalando con su índice el documento—. Él nos los revelará.

—Yo he seguido entrelazando misterios y realidades, me he adentrado en su naturaleza y al fin creo estar empezando a conocerla. Abajo se descubre un párrafo redactado en diminutos símbolos entremezclados. Pues bien, amigos, este pasaje, interpretado correctamente, es la clave de lo que buscamos.

—¡Esto es un galimatías sin sentido alguno! —exclamó dubitativo Firnas.

—Evidentemente, este código parece el paradigma de la confusión —irónizó Samir—. ¿Y cómo encajar todos estos indescifrables fragmentos?

Se produjo en aquel momento una incómoda pausa y una creciente impaciencia, que aprovechó el anfitrión para rehacer los pliegues de su túnica y con su mirada franca tranquilizarlos:

—Posee exclusivamente una explicación que yo he descifrado con la ayuda del Omnisciente —afirmó imperturbable el anfitrión.

—No decepciones nuestra curiosidad, y evita que especulemos —rogó Fírnas.

—Liberaos de vuestro escepticismo y oiréis revelaciones inconcebibles y hasta temerarias, que encajarán como la espada del guerrero en su vaina! ¡Escuchad!

En los ojos de al-Gazal brillaba un pícaro fulgor. Había interpretado un misterio portentoso, vedado durante siglos a muchos sabios y alquimistas, que los conduciría a dominar los últimos nombres de Dios, claves para la interpretación de la Cábala. Y si existía alguna relación entre aquel extraño manuscrito plagado de signaturas inexplicables y el enigmático Trono de Dios, iban a conocerlo de inmediato.

La tensión del instante pareció paralizarlos en un rictus de mudo estupor. Sitiados por la sorpresa, el silencio creció sobre un cúmulo de desconcierto. ¿Podrían convertirse en envidiados baalsem, concedores de los nombres del Altísimo, y maestros de los Nombres Divinos, sueño dorado de todo cabalista? No podían creerlo.

La tertulia se animaba, y cuatro pares de ojos dubitativos miraban sin pestañear a su cautivante anfitrión, con la viva apariencia de la inquietud.

CAPÍTULO VI. El Trono de Dios.

La exposición de al-Gazal había producido un revuelo de discusiones.

A los contertulianos de la hermandad de la Piedra Negra, el peculiar método de permutación cabalística y la índole secreta de las palabras de al-Gazal les había provocado gran excitación e interés, y la perplejidad, por una absoluta incomprensión, cruzaba sus semblantes. El diplomático exploró sus rostros expectantes y extrajo de su ceñidor un papel que extendió sobre las páginas de El Trono de Dios, seguro de haber ganado su curiosidad. Acarició el símbolo que pendía de su cuello, y con voz mesurada, acalló el rumor de comentarios tras unos instantes desesperantes:

—Lo que voy a transmitirlos posee el tufo inconfundible de la arcana sabiduría. Tras transitar por complejos vericuetos, he transcrito las frases explicativas del plano, que os leo textualmente.

—Te escuchamos como un solo oído, Yahía, antes de enzarzarnos en una absurda dísquisición —dijo el maestro enarcando curioso sus blancas cejas y animándolo, mientras una quietud ceremoniosa se hizo en la sala.

—Esto afirma la quebradiza e indecisa anotación del planisferio. Escuchad:

Los Perfectos E, L, D, S grabaron en el Trono de Dios y la Mesa de Salomón los últimos Nombres de Dios, y ambos durmieron durante siglos en el Hekal hasta que los rumis [romanos] rasgaron el velo sagrado y cruzaron el mar con los dos tesoros del Conocimiento. Berenice los protegió de los adoradores de ídolos, hasta que las feroces hordas deshicieron la Venerable Dualidad. El Trono de Dios se olvidó en el polvo del tiempo, aunque los ardales aseguran que se halla oculto en las aguas de Bizancio.

La Mesa de Salomón arribó a Madinat Talaytula [Toledo], pero por la codicia de los omeyas abandonó la Morada de los Reyes, aunque el Clemente quiso que el Señor de las Cien Fortalezas la rescatara y la confiara a los místicos, que la custodian en las oquedades del Paso de las Caravanas.

Él es la luz y éste es su signo. Búscalos y hallarás los nombres definitivos de Alá, la clave secreta de la interpretación de la Cábala.

Lo escribí en el santuario de Bard. Lo juro y que el Clemente me ciegue si falto a la verdad.

Por un momento, los miembros de la fraternidad, esbozando un gesto de duda, conjeturaron las más peregrinas interpretaciones, hasta que Ben Fírnas intervino:

—Ahora nos hallamos aún más confusos que antes, y posiblemente salga el sol y aún estemos elevando hipótesis peregrinas sobre su deducción. A mi me sigue pareciendo igual de farragoso. ¡Por los mil ifris de Malek, Yahía, intérpretenos de una vez con testimonios fiables este oscuro embrollo!

—Y ten presente que la imaginación es un viento poderoso difícil de someter a la razón, al-Gazal, no lo olvides —consideró Habib—. Sé riguroso en tu comentario.

—Lo intentaré, Habib, y las conclusiones sobre tan incomprensibles frases caerán como hojas

secas de sicómoro, abriéndose la evidencia ante vuestros ojos.

Al-Gazal miró entre las arcadas un acopio de estrellas parpadeantes, que lo animaron a proseguir. Carraspeó tras un titubeo y, siguiendo la hílazón del texto, dijo:

—Y yo os pregunto, como estudiosos que sois del Talmud y la Cábala, ¿quiénes son los perfectos? —y pasó su mirada por sus compañeros. Aguardó una respuesta en vano unos instantes, y al fin explicó:

—Los perfectos, según los mutaziles, fueron el filósofo griego Empédocles, sus discípulos, los reyes judíos David y Salomón, y el sabio sirio Luqmán, el arquitecto.

—Entonces las letras iniciadoras del texto los representan —observó Habib.

—¡Exacto, maestro! Son signos de escritura egipcia antigua. La e de Empédocles, La d de David. La l de Luqmán y la s, de Salomón —explicó con brevedad—. juntos proyectaron el templo de Jerusalén, lugar bendito para los creyentes, centro magnético del mundo y escenario del juicio Final. Un pórtico con dos gigantescas columnas de bronce precedía al Hekal o lugar santo, donde se encontraba el Trono de Dios, el que posee el Nombre Cien de Dios y el que antecedió al Santo de los Santos o Debir, una sala cúbica, asiento del Arca de la Alianza.

—¿Y es el Trono el objeto de nuestras conjeturas? —interrogó Samir.

—pronto lo conoceremos, Samír. Ten paciencia —le pidió afable— junto al Trono de Dios se hallaban otras tres piezas míticas: el Altar de los Perfumes, el Candelabro de los Siete Brazos y la Mesa de Salomón, en cuyo tablero de oro se exponían los panes de la oración. En ella centraremos nuestra atención.

Al-Gazal se detuvo sereno, y en un gesto enigmático les propuso:

—Perseguiremos minuciosamente el rastro del que tenemos al alcance de la mano, la Mesa del Rey Sabio, y el otro tesoro, posiblemente a cientos de leguas de aquí, lo postergaremos de momento.

Aquella afirmación los intrigó aún más, animando a un Jalib sugestionado:

—Me ha apasionado sobremanera tu análisis de esos paganos de Roma. ¿Qué tienen que ver los rumis en un texto cabalístico?

—Ciertamente, parece desusado y fuera de lugar, pero muestra el origen de la fragmentación del tesoro del Templo, y sin duda actúa como respuesta a muchas dudas —replicó el anfitrión—. Os lo esclareceré desde el principio. Al-Quds, Jerusalén, posee a la vez un pasado insigne y otro violento. La tres veces santa, en su dilatada vida, ha sido destruida en dieciséis ocasiones y sitiada treinta veces por los idólatras, siempre ávidos de sus tesoros. El último asedio fue el de las legiones de Tito, hijo del entonces emperador Vespasiano, que despojó sacrílegamente el Templo de sus objetos más sagrados, entre los que se encontraban el Trono de Dios y la Mesa de Salomón.

—¡Y demos gracias al Altísimo de que no los destruyeran! —exclamó Jalib.

—Conocemos por la tradición que los rumis penetraron en el santuario, lo saquearon, rasgaron el doble velo del Santo de los Santos y tras el blasfemo pillaje trasladaron los tesoros a su capital, Roma, donde Tito recibió los honores del triunfo, depositando en el Capitolio, con gran solemnidad, el botín expoliado en Judea.

—En el texto, al-Gazal, mencionabas a una enigmática mujer, Berenice. ¿Acaso una hembra forma parte de esta historia? —consultó Samir, subyugado por la narración.

—Sí, y trascendental. El alma y la inteligencia de aquella mujer habitaban en su piadoso corazón. La vida de las mujeres, Samír, no es sino la historia de sus afectos, y ella amaba a su pueblo y al Dios de Israel. Durante su estancia en al-Quds, el general Tito se había alojado en el palacio del rey Herodes Agrípa, donde conoció a la princesa Berenice, su hija, mujer de insuperable belleza pretendida por los monarcas de Oriente. Conquistada Jerusalén y cautivado por su hermosura, la condujo con grandes consideraciones a Roma, donde le construyó un suntuoso palacio junto al de los césares, la Domus Aurea. Allí probaron los deleites del amor, siendo tal su entrega mutua, que la plebe, celosa del ascendiente de la hebrea, la acusó de ambicionar la corona del Imperio de Oriente. Toda suerte de infundadas infamias corrieron por Roma. Le atribuyeron prácticas infames y el ejercicio de la brujería bajo el influjo de los objetos mágicos traídos de Jerusalén, que Berenice trasladó a sus habitaciones a fin de alejarlos de las impías miradas de los gentiles.

—Seguramente, esa generosa mujer los salvó con su actitud de una pérdida irreparable —apuntó Jalib.

—Indudablemente. Pero aquí no cesaron sus desdichas. El populacho de Roma la inculpó de las tres grandes calamidades que asolaron el Imperio por aquel tiempo: la erupción de la montaña del Vesubio, la terrible y asoladora pestilencia y el gran incendio de Roma. Sin embargo los corazones de los amantes soportaron estoicamente las falsas insidias hasta su muerte, sin que disminuyeran un ápice su pasión y su afecto.

—Una dulce historia de amor que salvó la sagrada dualidad del Templo, sin duda. Pero ¿qué fue de la Mesa de Salomón y del Trono de Dios? —sondeó Fírnas.

—Desaparecida Berenice, pasaron al Tesoro Capitolino, donde se olvidaron para siempre. Tres siglos después, las tribus del norte cayeron como plaga de langosta sobre el Imperio romano, quedando arrinconados bajo el polvo del tiempo los objetos de nuestro interés. No obstante, transmitieron una vaga pero esperanzadora pista a aquellos que siempre persiguieron los secretos de la sabiduría, amigos.

—Ardua tarea encontrarlos, luego de semejante caos —determinó Habíb.

—En cambio, nada debe detenernos una vez desvelados los secretos de este manuscrito, maestro —dijo enfático al-Gazal—. Pero proseguiré con mi relato. En la biblioteca de la medersa de la aljama recuperé un códice de un historiador romano contemporáneo. En él nos describe cómo Alarico, rey de los godos, al arrasar Roma se apropió del tesoro real de los césares rumiS, donde figuraba, entre otras riquezas, el olvidado botín del templo de Salomón, que, en un rasgo de generosidad y... de desconocimiento, repartió entre los jefes y reyezuelos leales de las tribus bárbaras aliadas. ¡Y los dos sagrados componentes, mis queridos colegas, se separaron irremisiblemente, siguiendo caminos distintos y desconocidos!

—Ahora se entiende lo de «deshicieron la Venerable Dualidad» —exclamó Fírnas.

—¡Adecuada conclusión, Abbas! —garantizó al-Gazal—. Al Trono de Dios se le perdió el rastro, pero nuestro asceta amanuense nos indica su posible, aunque confusa, ubicación: «las aguas» de Bizancio, la capital de los rumiS de Oriente. Quizá se halle en un templo junto al mar, o en alguno de sus innumerables archipiélagos.

En el maestro Habib, la curiosidad y la indecisión se acrecentaron a la par, y se preguntaba cómo en el texto revelado aparecían los ardales, los místicos de los ribat de las sierras, y sobre todo Toledo, capital de los godos y centro mágico de la Cábala muy frecuentado por él en otro tiempo. Lo interrogó, expresando su interés:

—Aún nos queda el sugestivo rastro de la Mesa de Salomón, que el santón relaciona con Toledo. ¿No es así, al-Gazal? En cambio, no aprecio la lógica de la aparición de los míticos mutaziles en todo este asunto.

—De inmediato lo interpretarás, maestro. Veamos. En la lógica sucesión de la narración regresamos efectivamente al rastro de nuestra ya familiar Mesa, que al parecer contiene las definitivas denominaciones de Dios, salvo la última, la concluyente número cien. Y he de manifestaros, sin riesgo alguno de equívoco, que su destino es tan claro y tan próximo como la luna del buen agüero que ilumina esta noche Córdoba.

Presentó su declaración con tanta seguridad y evidencia, que el misterio de aquel libro pareció desvanecerse en mil pedazos en sus labios. La narración, como una clara emanación de clarividencia, obraba el prodigio de la credibilidad en sus compañeros, aún reacios a las pruebas presentadas. Luego sentenció con aplomo:

—La Mesa de Salomón, amigos míos, se halla en al-Andalus, bajo el mismo cielo que nos cubre con su cenital abrazo.

Una oleada de perplejidad cundió entre los sorprendidos miembros de la jirka.

—¿Aquí, entre nosotros? —objetó escéptico Habib— ¿En Córdoba? Habríamos de conocerlo, y en mi dilatada vida de estudio jamás oí semejante testimonio.

—Maestro Habib y amigos de la Piedra Negra, atendedme, os lo ruego —solicitó utilizando toda la persuasión de que era capaz—. He analizado el texto minuciosamente y puedo probar cuanto asevero. Todas las piezas del rompecabezas encajan admirablemente. Dejamos la Mesa de Salomón en manos de los godos, ¿no es así? Y yo os pregunto: ¿dónde recaló ese pueblo bárbaro tras la descomposición del Imperio?

—En Hispania, ciertamente —confirmó Habíb.

—Pues entonces deslicémonos por la revelación de nuestro confidente —prosiguió—. Él nos lo testimonia claramente; parte del tesoro arribó a la capital de los godos, Madinat Talaytula, y justo allí lo encontraron los conquistadores de Hispania para la fe del islam Tariq y Muza, intacto y esplendente en la Morada de los Reyes, una fortaleza antiquísima de Toledo llamada Farás. De inmediato se disputaron la posesión de su fabulosa riqueza, a la que despojaron de una de sus patas, enajenados por la avaricia.

—Junto a un hombre civilizador, siempre habrá otro destructor —sentenció Jalib.

—¡Pues gracias a la avidez por el botín, no repararon en sus signos cabalísticos! únicamente tuvieron ojos para el oro, el aljófar y las piedras preciosas, y para las veinticuatro diademas depositadas en ella, junto a un magnífico tapete de cordones de oro que rasgaron con sus espadas para repartírselo —explicó—. Como cabía esperar, muy pronto la celebridad y magnificencia de la mesa llegó a oídos del califa de Damasco, al-Walid, quien, codicioso, ordenó a Muza al-Nusayr su urgente traslado a Oriente. Tal era el renombre cobrado por aquel opulento despojo, del que se decía

que poseía cualidades sobrenaturales.

—Codicciaban las riquezas y menospreciaban su sabiduría —prorrumpió Fírnas.

El alquimista intuía que desplegaba de forma trepidante unas deducciones casi temerarias, aunque ciertas. Corroboró esperanzado las expresiones de intriga de sus compañeros y, adoptando un aire de severidad, reanudó el relato:

—Días después, un cortejo de mercenarios del qaid Muza, misteriosa y fuertemente armados, partió al amanecer de la fortaleza toledana escoltando la Mesa de Salomón. Un bajel con el estandarte blanco del califa de Damasco los aguardaba en el puerto de Pechina, con una tripulación adicta y presto para zarpar con la máxima de las reservas. No obstante, mis dilectos compañeros, la Mesa jamás arribó a su destino, pues desapareció enigmáticamente sin dejar rastro alguno en los desfiladeros montañosos que anteceden al valle del Guadalquivir. Y lo que habéis escuchado, asumidlo como rigurosamente cierto, pues lo he confrontado con códices coetáneos a la conquista de estos territorios.

La saleta se sumió en un hondo mutismo, acentuado por el reposo de la noche. Las dudas palpitaban en las bocas de los presentes, pero preferían no perder una sola palabra procedente de los labios del anfitrión; hacían gravitar sobre él sus miradas y lo alentaban a proseguir.

—¡Sorprendente! —prorrumpió Samir incrédulo, con la mirada clavada en al-Gazal.

—¿Y afirmas que el códice nos desvelará el lugar donde se halla la Mesa? —preguntó Habib con sus ojillos inquietos por la vacilación.

—Lo acredita mi ilimitada fe —declaró con gravedad—. Los enigmas se nos manifiestan muchas veces de modo caprichoso, amigos, y éste surge tan claro como la primera sura del Corán. Recordad que el texto nos señalaba: «El Clemente quiso que el Señor de las Cien Fortalezas la rescatara y la confiara a los místicos, que la custodian en las oquedades del Paso de las Caravanas». ¿Alguien de vosotros se atreve a aventurar alguna explicación al acertijo planteado?

Los presentes se miraron desconcertados pretendiendo urdir alguna solución coherente, y, al no conseguirlo, al-Gazal los contentó con palabras de ánimo:

—Carecéis del tiempo y la tranquilidad de las que yo he disfrutado, y topáis con una caprichosa combinación de nombres y lugares desconocidos. Yo los perseguí con tenacidad, y esto fue lo que se me reveló. Oíd —dijo abriendo los brazos—: trasladémonos a los difíciles años de la conquista de Isbaniya, la vieja Hispania, cuando estas tierras se abrieron a la religión verdadera y fructificaron las grandes alianzas con los nobles godos sometidos. A uno de los más poderosos, de nombre Artobás, hijo del rey Witiza, el aliado de los árabes, se le permitió, por su cooperación, mantener las posesiones de la cora de Jaén, donde gobernó castillos y villas, siendo su dominio casi absoluto en las fuentes del Guadalquivir.

—¡El Señor de las Cien Fortalezas! —le interrumpió el inventor.

—Correcto, Fírnas —corroboró al-Gazal—. Y lo más inquietante fue que la Mesa sagrada desapareció para siempre en su jurisdicción, desconociéndose si de acuerdo o no con Muza. Pero una cosa hemos de aceptar como cierta, amigos: el botín salido de Toledo nunca embarcó para Oriente.

—Las cadenas de la codicia son más sólidas que las de la lealtad —sentenció el maestro, y todos

asintieron.

El texto se desgranaba poco a poco con precisa lógica, ante el gesto de aprobación de los teólogos de la jirka, atentos a la explicación del enigma, que se aproximaba a la solución definitiva:

—El desenlace del extraño mapa nos abre al fin su respuesta, amigos. El gobdux Artobás no retuvo para sí la apreciable joya, porque, como hijo de reyes la conocía y sabía de su cabalística sacralidad. Debía de ser supersticioso, y consideró que objeto tan respetado no podía abandonar el suelo de sus ancestros. Así que, a falta de un monasterio cristiano, la confió a los ascéticos ardales islamitas, que viven santamente entregados a la oración en las cuevas de aquellas serranías. Y justamente en una de ellas se oculta un sueño secular. Ésta es mi conclusión, dilectos cofrades. La Mesa se halla en una de las coras vecinas, muy cerca de aquí.

Un rayo de incredulidad brilló en sus sorprendidos cerebros.

—Se me antoja creíble... y hasta con bastantes visos de verosimilitud, al-Gazal; pero nuestro enigmático escribano la sitúa en un lugar tan insólito como peregrino. Cuevas y grutas se cuentan por centenares en aquellas estribaciones. ¿Y qué intenta explicar con lo de «las oquedades del Paso de Caravanas»? —demandó Samir, observándolo intrigado.

—Mis queridos condiscípulos de la Piedra Negra, esta parte del jeroglífico ha sido la más fácil de resolver para mí... y la más grata. ¡Es evidente! —determinó sonriente—, ¡Yo nací en ese lugar!

Una prudente sorpresa cundió entre ellos. Admiraban la capacidad de imaginación de al-Gazal y deducían que aquellas conclusiones no eran banales, sino el producto de una erudita y profunda reflexión. El imán Habíb, reacio a conclusiones definitivas y apresuradas, le replicó:

—Nos sorprendes aún más de lo que ya estamos. Formulas una especulación muy arriesgada, y opongo serios reparos a aceptarla, siento manifestártelo.

—Me reafirmo en esa seguridad, y no se trata de una obsesión —aseguró en interpretación apasionada—. ¡El Paso de las Caravanas es Yayyán, Jaén! Ésa es la querida denominación del lugar donde vine a la vida. Y fueron precisamente los antepasados de mi tribu los que designaron a aquel lugar con tan hermosa designación.

—¡Coincidencia inesperada, Yahia! —exclamó Firnas—. Efectivamente, en el dialecto yemení, Yayyán significa «senda o quebrada de las caravanas».

—Casual y sorprendente. Parece como si el destino me impidiera separarme del territorio de mis mayores, Y ahora afloran a mi mente los campos de azafrán, los olivos y sus hojas, como espejuelos de plata, impresos aún en la frágil memoria de mi niñez. Y, os lo aseguro, añoro la Uqdat al-Zaytún, la Heredad de las Aceitunas de mis padres, con su luz diáfana y los aromas a orujo, alazor y sementeras. Allí fui ladrón de la felicidad y vuelo frecuentemente hasta ella con las alas de la nostalgia.

—Sentimos como nuestra tu dicha, Yahía, y celebramos que este texto incluya como término la tierra de los Banu Bekkar. Pero ¿realmente existen en la medina de Jaén cuevas habitadas por esos hombres de Dios?

—Así es, mis amigos, y su maestro, al-Jabalí, hombre sapientísimo y devoto, a través de la rigurosidad de la meditación y de una severísima disciplina, ha encontrado la perfección y ciertos misterios cabalísticos, según aseguran sus seguidores.

—¿Y puedes garantizar que en su ribat de oración y penitencia se oculta la Mesa de Salomón? —indagó Jalib, deseando escuchar una afirmación.

—No puedo asegurarlo fehacientemente. Aunque este singular texto así lo avala... y yo quiero creerlo. Un gran secreto se nos ha abierto casualmente a la certidumbre y a la luz, como las lágrimas abren el corazón del hombre atormentado, y no podemos rechazarlo. No os empecinéis en la incredulidad, os lo ruego, y sigamos esta esperanzadora certeza.

—¿Y has meditado, Yahía, cómo podemos acceder hasta él? —preguntó Firnas.

—Eso ha de decidirlo nuestro qutub. Nada emprenderemos sin su determinación y consejo —respondió alGazal, y todos se dirigieron a Ben Habib.

El maestro, dubitativo, retocó su túnica, juntó las sarmentosas manos en el regazo y, con un semblante paternal, respondió en un evidente mar de dudas:

—Me ha calado tan sugestiva e inesperada revelación, pero no puedo por menos de dudar y rechazar lo que mi raciocinio me dicta. El libro, evidentemente, ha sido redactado por un hombre santo; pero me atrevo a rebatir su veracidad. En cuanto al místico al-Jabalí, cierto es que goza de fama de bienaventurado en todo al-Andalus, pero considero de una imaginación desbordante la trayectoria seguida por la supuesta Mesa de Salomón. No sé, atisbo síntomas de disparate en toda esta exposición, aunque respeto el riguroso trabajo de nuestro anfitrión, y la curiosidad despertada con tan fascinante cuestión.

—¡Cuánto anhelaba mí alma un sueño tan subyugante, maestro! —enfaticó Firnas entusiasmado—. Nada malograremos si intentamos contactar con el santón. Acumulamos años de decepciones y discusiones estériles, indagando la clave numerológica de la interpretación de la Cábala, y no debemos desdeñar ninguna posibilidad por muy desconcertante que nos parezca.

—El intelecto aborrece el vacío de la ignorancia, Habíb. Intentémoslo —propuso Yahía.

El zulema, desconfiado, parecía un monumento a la vacilación; pero luego avizoró la testa y abrió sus manos grotescas en señal de claudicación paternal.

—Sea entonces —respondió con seriedad Habib—. No deseo representar un freno para las ansias de vuestra ilusión. Y aunque presiento que se trata de la invención de un soñador, emprenderemos el viaje a Jaén en busca del venerable tesoro. Pero con una sola condición, hijos míos: los miembros de la fraternidad designados procurarán adentrarse con humildad en la sabiduría del maestro al-Jabalí. Y únicamente si él mencionara la Mesa de Salomón, se expondrá claramente el auténtico motivo de la visita. Le mostraremos el libro de Kilab y el Sello de Hirán de Tiro, y lo donaremos al cenobio si fuera preciso, y tal vez su hospitalidad se os abra sin reservas. En una carta dirigida al superior del ribat, se expresarán nuestras limpias intenciones.

—Los propósitos de nuestra expedición no pueden ser más honrados, maestro.

—Lo sé, al-Gazal —le aseguró, para luego comentar preocupado—: Por otra parte, esta expedición no debe ser conocida por nadie, pues, de existir realmente los tesoros, la codicia de los perversos convertiría aquel santo ribat de expiación en cueva de mercaderes, aventureros sin escrúpulos y desaprensivos ladrones; y Dios nunca nos perdonaría semejante desatino e impiedad.

La calma se hizo de nuevo en el salón y tan sólo se escuchaba el crepitar de las candelas, mientras entre las ventanas miriadas de estrellas plateaban la cúpula de la noche. El maestro contempló

detenidamente uno a uno a sus discípulos con su candorosa mirada, para al fin dictaminar:

—Bien. Samír y yo, muy vinculados al alcázar, permaneceremos aquí, por lo que delegamos nuestra elección en vosotros tres. Propongo a nuestro anfitrión al-Gazal, a tí, Abbas Firas, y a nuestro más joven miembro de la fraternidad, Jalib, para emprender la misión acordada. Y quiera Dios que lo consigáis y troque mi incredulidad por un bien ambicionado de corazón. ¡Que el Misericordioso os acompañe, y que la razón y la medida os conduzcan en vuestro cometido!

Al-Gazal, satisfecho, chasqueó unas palmadas, apareciendo al punto unos sirvientes con jarras de siropes de paloduz y nébeda, de las que colgaban zarcillos de vides y emergían granos de nieve. Un suave olor a canela y hierbabuena se expandió por la sala mientras los cofrades conversaban y saboreaban los licores. Luego de tanta ansiedad contenida, aquel refrigerio los reconfortó.

—Y a propósito, Yahía, ¿qué fue del esclavo arrebatado de las barbas de Naser?

—Lo condujeron a mi casa agonizante y brutalmente torturado, maestro, y tal vez hubiera sido mejor que hubiera muerto —contestó.

—¿Qué horrible mal le ha sobrevenido? —curioseó Firas.

—Lo atormentaron sin compasión con el torniquete. Naser y Tarafa realizaron un exquisito trabajo enviándome un despojo humano. El muchacho ha perdido la memoria y sufre horribles pesadillas y desgarradores dolores de cabeza. Ha concitado la compasión de mi casa, y en especial de Sanae y mi esposa. Habíais de verlo con sus ojos tan crédulos perdidos en el infinito, aguardando el prodigio de recobrar el juicio.

—¿Y la señora Shífa, que tanto anhelaba la libertad del zagal?

—Conoce la verdad y reza al Altísimo para que recobre la memoria, aunque se mostró feliz por su cura —respondió con palabras de resignación—. Según me confirmó, el fatá Tarafa, ese brutal amasijo de sebo, le aplicó la soga en los calabozos del alcázar. ¡Eso sí, con malvada maestría para impedirle hablar! La qiyán, con sus solícitos cuidados, le ha devuelto la vida, aunque no el discernimiento.

—¡Dios confunda a esa cáfila de castrados! —se quejó Habib entristecido.

Los sirvientes abandonaron diligentemente la estancia a una señal de su amo, quien asió nuevamente el enigmático libro del atril. Todos sin excepción advirtieron un cierto gesto de preocupación en su rostro, que relacionaron con el misterioso texto. Al-Gazal desvió entonces su mirada hacia la oscura lejanía del huerto, y un rictus de preocupación contrajo sus facciones. Con secretismo pasó al crujiente pergamino final. Había pensado incluso en no hacerlos partícipes de lo reseñado en aquel pliego, donde una sarta de improperios contra el emír reinante, impropia del sentido espiritual del escrito, se vertían preocupantes. Al fin se decidió.

—Imán Habib y compañeros de la confraternidad. Propongo concluir la reunión con el último mensaje revelado en estas páginas, si bien no os ha de agradar.

—¿Aún encierra mas enigmas el libro de Kilab?

—Sí, y no precisamente de mi agrado. La última página, de un carácter muy dudoso, la dedica nuestro viejo conocido a lo que él llama el «Destino de los omeyas de al-Andalus» —respondió misterioso—. La considero la parte más comprometida y, por raro que parezca, no está caligrafiada

en clave. Y, lo más turbador, concluye con una frase hartamente comprometedor.

—Probablemente el escribano se ha olvidado del sortilegio de los signos.

—Aflora un galimatías que enumera una interminable relación de supuestas maldades de los omeyas, de forma incongruente y virulenta, advirtiéndose clara la ácida tinta del odio y la descalificación arbitraria. Y lo más lacerante surge en el epílogo, una frase desafortunada y aterradora. Prestad atención a la afirmación: «Si mil espadas se levantaran en alto para derribar a Abderramán, la mía sería la primera. Alá emponzoñe el alma del bastardo usurpador del alcázar».

Tras la Primera Perplejidad, la frase desencadenó de inmediato una encendida discusión. Ben Habib frunció el ceño y erizó sus cejas hirsutas, mudando el semblante. Parecía como si el resquemor de la inquietud y los demonios se hubieran deslizado entre los símbolos de aquel libro, que tanto interés y beneplácito había despertado en los miembros de la jirka.

—La frase no concuerda con el espíritu místico y teológico de la obra, y no me parece auténtica. ¡Excesivamente previsible! —manifestó Habib, apretando su barbilla con mueca de desaliento—. No... no me gusta. Da la sensación de haber sido añadida posteriormente, y me produce la impresión de que tras esa declaración acechara un riesgo amenazador.

—Por sí sola es motivo suficiente para que se nos acuse del delito de lesa majestad, y perder el cuello y haciendas —sentenció Samir con ademán receloso.

—¿Quieres decir, Samir, que habríamos de entregar el libro a los alfaquíes?

—¿Y desatar todo tipo de conjeturas, incluida la revelación de sus secretos y denunciar a sus autores? —argumentó al-Gazal indignado—. No, amigos; correré ese riesgo. Me siento un instrumento de la casualidad. Este ejemplar es un tesoro del que no estoy dispuesto a desprenderme, al menos hasta que lo haya sometido al juicio del al-Jabalí en el ribat de Jaén. Después, lo prometo por lo más sagrado, lo destruiré si ése es vuestro deseo.

—Prudente decisión. No obstante, obremos con cautela y no menospreciemos a al-Layti y a los eunucos del alcázar. Son peores que las víboras de los pedregales.

Luego de la sabia determinación de al-Gazal, un aire de alivio corrió por sus corazones. Aquellos hombres de ciencia amaban el riesgo, pero también su vida.

—Tus comentarios nos han llenado de placer y de admiración, y a mí de infinitas dudas —contestó Habib posando una mano en su hombro—. Pero esta jirka necesitaba de un estímulo que alentara nuestra conformista búsqueda de la Verdad. ¡Que el Oculto os acompañe, y démosle gracias por la señal que nos envía!

—Gracias, maestro, y sea como dices —se complació al-Gazal.

—Por hoy han sido suficientes las revelaciones —afirmó Habib, solicitando ayuda para incorporarse del diván—. Demos, sí os parece, por concluída la tertulia.

Se incorporaron de los divanes y, silenciosos, salieron de la estancia. El libro permaneció solitario en el atril, iluminado por la luz fantasmal del velón como un extraño ídolo velador de un enigmático y terrible secreto. Cuando accedieron a una galería disimulada por pámpanos de vides, la noche en su fasto nocturno desplegab sus sombras engalanadas de constelaciones. Mientras, ráfagas aromadas atravesaban el jardín, haciendo parpadear las candelas de aceite y los mansos canalillos de los

arriates. Un cadencioso murmullo de acequias les llegaba diáfano, junto al balanceo de los membrillos, cidros y albahacas.

En un gesto casi instintivo, al-Gazal alzó la vista hacia el cobertizo de los sirvientes y entre la penumbra de un débil candil adivinó la silueta de Masrur, asomado en el alféizar, ajeno a todo cuanto le rodeaba. Aquella visión hizo brotar en su mente incómodos interrogantes. ¿Encerraba aquel libro algún ardid oculto para desacreditarlo o perderlo? ¿Qué escondía aquel texto cabalístico tan singular? ¿Existirían realmente, como aseguraba el código, la Mesa de Salomón y el Trono de Dios?

En el horizonte, por encima de las siluetas de los cipreses, asomaban brillantes luceros, espías luminosos de una velada presumiblemente refinada y generosa.

CAPÍTULO VII. Una embajada inesperada.

Al-Gazal se mostraba irritado e impaciente al emprender un viaje.

Los preparativos interminables, la supervisión del viático, las inclemencias del tiempo nefastas para su asma y los peligros de los caminos lo colmaban de ansiedad. Detestaba las fondas frecuentadas por errabundos sarnosos, soldados de fortuna, mercaderes ventajistas y saltimbanquis, y el nauseabundo hedor a ajo, estiércol y suciedad que las impregnaba. Pero no había otro remedio. Anhelaba emprenderlo como ninguna otra cosa en el mundo, y los integrantes de la Piedra Negra aguardaban impacientes la entrevista con el maestro jabalí. En tres jornadas cubrirían la distancia entre Córdoba y Jaén, y regresarían en menos de dos semanas, por lo que al fin y al cabo, se contentaba.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado vino a trocar sus planes. La mañana asomó entre llamaradas de luz vivísima. Aquel lunes del recién iniciado mes de shawwal, el de la caza, mientras los ociosos cordobeses se intercambiaban según la costumbre empiñonadas y mazapanes, la noticia corrió por toda la ciudad. Un heraldo llegado de Gibraltar anunciaba en el alcázar la arribada a puerto de una embajada de Bizancio, portadora de cartas del emperador. Un alto dignatario solicitaba audiencia ante el emir de al-Andalus, y de inmediato pregoneros con timbales y tubas, seguidos de un tropel de chiquillos, divulgaban la noticia por las plazuelas, azonaicas, puertas y zocos.

—Salam, sahib —lo saludó Balansí, el mayordomo, al despertarlo y felicitarlo ofreciéndole una azucarada torta de alcorza y canela—. En el zoco de los plateros se comenta un gran revuelo en el alcázar.

—¿Y qué ocurre con tanto alboroto, al fin nuestro emir prescinde de la camarilla de favoritos? —preguntó abandonando su perezosa postura.

—No, mi amo; legados de la poderosa Qustantinyya al-Uzma arribaron desde el otro confín del mundo, y suplican comparecer ante el emir, que el Clemente proteja.

Una impetuosa excitación lo hizo zafarse de su indolencia.

—¡Por las barbas de Djalut! —exclamó preocupado—. Habremos de suspender el viaje previsto a Jaén, ¡Qué inoportunidad! Aunque, si aseguras que llegan de Constantinopla, la providencia podría brindarme una coyuntura única para indagar sobre... ¡Tráeme la túnica de gala, Balansí; el emir me reclamará a la cancillería muy pronto!

—No entiendo una sola palabra de lo que me dices, amo —confesó diligente con gestos amanerados—. Hoy todo el mundo parece estar fuera de sí.

Y la convocatoria no se hizo esperar, Aquel mediodía la ágil maquinaria de palacio se puso en marcha, y al-Gazal, en su calidad de embajador del emir, fue requerido al alcázar para disponer la recepción junto a los visires y grandes fatá. Repudiaba volver a encontrarse con Naser y Tarafa, a los que detestaba en lo más profundo de su corazón; pero en su mente prevalecieron los sentimientos de servicio y fidelidad hacia el emir. La recepción se dispuso con diligencia, y el diplomático despachó con el propio Abderramán, al que encontró cordial y atento, y con el primer ministro Isa ben Subayd, hombre en extremo bondadoso y hábil político, cuya manía era retorcerse nerviosamente los bigotes

durante los consejos. Su cometido consistiría en pronunciar el discurso de alabanza de su reinado, una breve disertación laudatoria que declamaría en árabe y griego, idioma que conocía a la perfección.

«Sin desearlo, me veo obligado abandonar la búsqueda tan ansiada, pero tendré la oportunidad de una aproximación a personas cercanas al emperador de Bizancio, y que bien pueden servirme en la investigación del Trono de Dios. Parece como si se entreabriera una puerta, que presumía cerrada e inalcanzable», caviló, mientras cruzaba la puerta de los Visíres, acompañado por el katibjass, el secretario particular del emir. Cabizbajo, tomó la callejuela del barrio de los Alfareros, donde residían el maestro Habib y Firnas, a quienes pensaba comunicar el inesperado cambio de planes.

En los días que precedieron a su llegada, en los mentideros de la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la pronta presencia de la embajada de la legendaria Bizancio. Reatas de mendigos y pedigüños saturaban las puertas, y los mozalbetes correteaban exultantes por los días de fiesta declarados por el emir y por el brillante desfile que se preparaba.

—¡Hoy nos olvidaremos del muallín y de su vara! —coreaban los rapazuelos.

Bajo el implacable sol andalusí, fanfarrias de trompetas y bandadas de tordos asustados anunciaron la comparecencia de los emisarios, un miércoles radiante y caluroso. El gran fatá Sadum los condujo según señalaba la cuidadosa etiqueta andalusí al palacete de invitados ilustres, la al-Nawrah, la Noria, a una legua del Bab al-Alcántara, un gustoso halago para los sentidos y el lugar más confortable donde reposar tras un largo viaje. Túneles de rosas rojas, amarillas y azules, únicas en el mundo, se abrían en sus jardines y arboledas. Una nutrida escolta impedía el paso a cualquier persona, hasta que fueran convocados para la gran audiencia. Aquella misma tarde, mensajeros del alcázar, atronando el aire con los timbales, recorrían la ciudad anunciando las pautas que debía seguir el pueblo:

Creyentes y moradores de Córdoba. Nos rinden visita, atraídos Por la magnificencia de al-Andalus, eminentes embajadores de Constantina la Grande, confiados a la magnanimidad del comendador de los musulmanes, nuestro emir Abderramán ben al-Hakam. Es su deseo que sean tratados con respeto y honor. Habéis de saber que antes de su comparecencia en el alcázar nadie, ni grande ni siervo, ni creyente ni infiel, puede comunicarse con ellos; se castigará tal violación con la muerte en la cruz. ¡Son las palabras de nuestro emir, en el nombre de Alá, el Clemente y Misericordioso!

Samír y los astrónomos del emir consultaron los astros y señalaron el sábado como día propicio para la recepción. La madrugada se presentó tan saturada de sol, que hasta las sombras verdosas del río se disiparon colmando de claridad las riberas y el Arrecife, atestados de una muchedumbre alborotadora y variopinta. La cal de las fachadas refulgía como el metal, y los pájaros habían cesado en sus trinos. Solamente las chicharras elevaban sus estridencias entre el pandemónium del ruidoso gentío.

Al fin, cuando el sol lamió inclemente los rojizos tejados de Córdoba, se abrió la Bab al-Attarín, la puerta del zoco de las Especias, y un regimiento de doscientos jinetes equipados con sus mejores galas partió en dirección al puente para recibir a los legados. Al frente marchaba el primogénito Mohamed, con su rostro pequeño sobresaliendo entre el yelmo sirio y un qaid portando la enseña blanca de los omeyas. Los brillantes alfanjes, las oriflamas, las picas, las temibles rumh, las hachas de dos filos, los bayda puntiagudos cubriendo las testas de los guerreros y las zugariyas de flechas

rojas sonaban con un fragor acompasado al entrecocar con las yawísán, las afamadas cotas de malla forjadas en las fraguas de Toledo.

—¡Larga vida al emir! —vociferaba la muchedumbre.

El alboroto de la chusma se hizo estruendoso; y los sones de las chirimías, los cascotes de las caballerías retumbaban llenando el aire de un estrépito ensordecedor. Mientras, la chiquillería vitoreaba por sus nombres a los soldados más valerosos, imponentes con los alfanjes y gallardetes en ristre. Cerraba la comitiva una tropa de adalides portando las banderas de las grandes solemnidades y las rayat, en cuyas sedas multicolores traspasadas por el sol se adivinaban pavorosos grifos, suras del Corán, dragones de Catay, leones de Arabia y toros de Hispania, flameando al viento en una panoplia de esplendentes tonalidades.

—¡Sólo hay un Dios! —gritó el hijo del emir, blandiendo su sable.

—¡El victorioso Alá! —contestó la tropa ensordecedoramente.

En aquel preciso instante apareció por el arrabal de Secunda el séquito imperial, cruzando los huertos del río, y al poco, ante los ojos de los emisarios se abrió la imposta del resplandeciente emporio omeya de Occidente, como un espejismo de claridad y fulgor en la orilla opuesta del Guadalquivir.

—A Bagdad y Bizancio se le enfrenta una espléndida competidora —aseguró el jefe de la legación admirando la frondosidad de los vergeles y las doradas cúpulas, terrazas y minaretes—. Córdoba se nos muestra como una polís perturbadora.

Ante el mudo asombro de admiración y entre la batahola de la multitud, los bizantinos atravesaron solemnemente el Puente romano de los diecisiete arcos, precedidos por una banda de laúdes, atabales, Pífanos y clarines y una escolta de yurs con las capas negras agitándose sobre las grupas de los corceles. Los tres legados los seguían en una carroza ricamente enjaezada y protegida con un parasol recamado de oro y perlas. El más anciano portaba en sus manos un cofre de plata con las cartas para el emir andalusí. Al cruzar el último arco, recibieron los vítores de la chillona concurrencia, que observaba admirada el peculiar boato de sus túnicas y dalmáticas ornamentadas con cruces y efigies de Cristos majestuosos. Cerraban el desfile dos lacayos palatinos, acarreando uno los regalos del emperador y el último, la insígnia imperial, una vistosa águila con las alas desplegadas y el Crismón de oro, que despedía sobre la multitud ofuscadores destellos dorados. Aquel lujo asombroso maravilló al Público, que aclamaba al emir y a los legados extranjeros.

—¡Salud al emir y al rey de los griegos! —vitoreaban.

En la puerta Ab-Sudda, bajo el mirador del alcázar, los comisionados descabalaron y contemplaron encandilados la gran parada militar de más de mil uniformados adalides en geométrica formación, y acogieron el obsequioso recibimiento de los vecinos de Córdoba y del príncipe primogénito.

—Al-salam alayka, sea la paz sobre tí. Sed bienvenidos a la casa de mi padre —los saludó Mohamed, quien les ofreció los simbólicos platillos con pan, agua y sal, que ellos tocaron con sus manos en señal de aceptación.

—Tan excepcional hospitalidad me ha conmovido, noble Príncipe.

Con un andar parsimonioso dejaron la algarabía de la calle y cruzaron la puerta de Oro, penetrando

en el dédalo de corredores, salones y galerías porticadas del alcázar, donde apreciaron el boato fastuoso del palacio. Pasaron después al onírico jardín, que los fascinó, admirando las jaulas de bronce donde revoloteaban pájaros de plumajes vivaces y otras con aves mecánicas, fabricadas de finísima plata, que se movían graciosamente por impulsos automáticos. Transitaron después entre los surtidores y las edénicas fuentes de mármol y oro rojo, exornadas de antílopes, ciervos, dragones y cocodrilos de bronce. Decenas de jardineros con ziharas de lino y bonetes verdes cuidaban las rosaledas y arriates, mientras otros limpiaban las acequias o alimentaban a los peces de los estanques con panes blancos.

—Prodigioso vergel —comentó el jefe de la delegación—, Si pudiéramos imaginar el edén perdido, bien pudiera ser semejante a éste.

Luego se detuvieron ante un insólito ingenio de mármol verde de Siria, protegido por una pérgola de cuarzo transparente. El embajador, interesado por su singularidad, preguntó al eunuco Sadum la naturaleza de aquel primoroso artificio.

—Admiráis una portentosa máquina, sahíb. ¡Un reloj floral, ilustrísima! Está accionado por un complejo sistema hidráulico que indica con escrupulosa precisión las horas del día y los cursos celestes.

—Admirabile visu! —aseveró el emisario, advirtiendo cómo las horas las marcaban doce parterres elípticos sembrados de delicadas flores, sobre los que giraba una larga pértiga de oro marcando el instante del día con puntual fidelidad.

Se adentraron después en un corredor porticado con techos de mocárabes dorados y pavimentos alfombrados de mosaicos, cercano al salón de audiencias. Desde él, los comisionados observaron un raro estanque, inusualmente alargado, que para su sorpresa no contenía agua, ni estatuas, ni caños, tan abundantes en las otras fontanas, sino un líquido denso y viscoso, espeso como la melaza, de color plateado, que confundía por su rareza a los plenipotenciarios, que no acertaron a comprender su provecho, y aún más al notar una sonrisa pícara al chambelán.

Llegados al umbral del suntuoso salón del Olmo, los desconcertó el silencio reinante, creyéndolo desierto. Al poco, el maestro de ceremonias, Sadum, con sus miembros grotescos y rostro bonachón y portador de una vara ceremonial de ébano y plata, se les acercó con gesto acogedor, rogándoles que accedieran al salón.

Después declamó con voz solemne:

—¡Comparece ante nuestro señor Abderramán el embajador del basileus de Constantinopla, el esclarecido Qartiyus de Bizancio!

El embajador y los dos domésticos imperiales escrutaron el espacioso recinto, donde reinaba el más absoluto de los mutismos aun a pesar de haber en ella más de un Centenar de cortesanos en pie, circunspectos y ataviados con espléndidas indumentarias. Ante su mirada se desplegaba la munificencia del espectacular salón del Olmo, una cámara circular Pavimentada de pórfido rojo, con las paredes decoradas de exóticos azulejos y tapices de Persia. Torneadas lámparas de bronce colgaban de un techo cubierto con miríadas de mocárabes de oro, que creaban la sensación de estar en una gruta fantástica.

Pebeteros afiligranados exhalaban un aroma embriagador a sándalo y algalia que arrobaba sus sentidos. Frente a ellos, una grandiosa vidriera dejaba traspasar una luminosidad opalína, dando al

lugar un ambiente irreal y fantasmagórico. Una enseña recamada en oro y ribeteada de perlas que presidía el emplazamiento del trono descubría en una leyenda la divisa del emir reinante: ABDERRAMAN ESTA COMPLACIDO CON EL MANDATO DE DIOS.

—¡Por san Miguel, cuanta magnificencia! —exclamó el embajador—. ¿Qué poderoso señor mora en tan majestuoso palacio?

Los embajadores griegos, acostumbrados no obstante al fasto de Bizancio, se deslumbraron ante la esplendidez desplegada ante ellos, denotadora del poder del sultán Abderramán, a quien por más que lo intentaban no conseguían descubrir entre los presentes. Miraron respetuosamente a todos lados y únicamente observaron, una sobre otra, tres filas compactas y ordenadas de cortesanos, inmóviles como estatuas, que los observaban inmutables. Al frente se hallaban los hermanos e hijos del emir; luego, el primer ministro, los visires y cadíes, el zalmedina, los grandes eunucos, y a ambos lados, los generales, lajassa cordobesa, los teólogos y estrelleros, y toda una pléyade estática y muda de altos funcionarios, embutidos en relucientes ziharas de sedas y linos immaculados.

—Posiblemente hemos de aguardar aún la llegada del sultán —siseó Qartiyus.

—Es evidente que aquí no se halla —susurró su ayudante—. Excusará su tardanza.

De repente, el gran chambelán percutió el enlosado con la pértiga, y los cortesanos, fila a fila y gradualmente, se acomodaron sobre las alfombras y cojines festoneados de oro, de tal modo que al arrellanarse los jerarcas, eunucos y familiares, apareció en la cima de la jerarquía, envuelta por el brillante fulgor del ventanal, la inalterable figura del emir Abderramán en toda su grandeza, como una efigie tallada en cedro del Líbano, sentado en un trono de oro purísimo, el sagrado sarir, con eljaízurán o bastón de bambú en su mano, símbolo de poder de los omeyas andalusíes, presidiendo la audiencia sobre un pedestal laminado de plata y adornado profusamente con las flores predilectas del Profeta, jacintos negros y violetas. En el esplendor de su gloria, nada parecía afectarle. Un niveo turbante con largas bandas caía sobre su túnica de seda, y un manteo de escarlata azafranada cubría sus amplios hombros. El apacible gesto de su rostro los fascinó al instante. Sin duda, aquel hombre atraía el afecto de quien lo contemplaba.

Y estando en estos pensamientos, y mientras aguardaba la señal del maestresala para acercarse al emir, Qartiyus sintió de improviso cómo una luz vibrátil y cegadora comenzaba a zigzaguear en todas direcciones, semejante a una ola gigantesca de fulgor, que penetraba sobrecogedora a través de las cristaleras. El salón se movía y alejaba de sus ojos increíblemente. El bizantino ojeó incrédulo a sus compañeros, percibiendo un desagradable vértigo, como si el suelo se hundiera bajo sus pies en una espiral de luz y movimiento. Instintivamente, los tres extranjeros se asieron de las manos, buscando la seguridad mutua de sus brazos, pues no cabía en sus desconcertadas mentes aquel inconcebible prodigio, que parecía que iba a abatirlos irremisiblemente en el pavimento del salón. Paralizados por la tenaz angustia del instante, aumentaron su pavor, entre la alarma y el pánico, descuidando su apariencia reposada y solemne.

—¡Jesucristo! —murmuró el legado—. Se diría que estuviéramos embriagados.

Pero el temblor, lejos de cesar, se acrecentó, y sintió la pavorosa sensación de que aquella luz, como una mano gigantesca, hacía girar velozmente el salón, transportándolos dentro de una sima de vivísimo resplandor. Qartiyus pensó que habían sido drogados sin saberlo y que perderían la consciencia en aquel torbellino de aceleración. Un nudo les atenazó las gargantas, paralizados por la

increíble impresión del fenómeno.

—¿Qué naturaleza origina este portento? —murmuró Qartiyus vacilante.

Tras unos breves instantes, cesó la rareza luminosa, recomponiendo con rapidez su ánimo y compostura. La perplejidad alboreó en su alarmado cerebro, y sus ojos buscaron la inexcusable explicación de Sadum, quien, cordial, lo animó:

—Excelencia, no receléis, pues nada anormal acontece, ni nada pernicioso os sobrevendrá. Tan sólo queríamos mostraros el efecto del estanque de mercurio. Al ser removido a voluntad, los rayos provocan el asombroso efecto experimentado, y creemos que es digno de ser apreciado en ocasión tan señalada como ésta; y, os lo aseguro, se ha accionado en vuestro honor. Disculpados si os hemos incomodado.

—Os lo agradecemos —dijo balbuciente Qartiyus, conocedor de las fantasías de los sultanes islamitas, al fin aliviado de tan extraña sensación—. Pero vive Dios que nos habéis sorprendido. Y la experiencia ha sido inolvidable... y hasta turbadora, creedme.

Recobrado el aplomo, los plenipotenciarios del emperador se acomodaron tranquilizados. Qartiyus entornó los ojos, y cuando los abrió poco después, advirtió a un cortesano exquisitamente vestido, elegante, con el pelo suelto sobre sus hombros, dirigiéndose majestuoso a un estrado. Luego pregonó el maestro de protocolo:

—¡El astrónomo y poeta del diván real Yahía ben alHakam, conocido por todos como al-Gazal, celebrará con su elocuente dicción, en nuestro idioma y posteriormente en la lengua de nuestros visitantes, la glorificación del reinado de nuestro imán!

Al-Gazal se alzó sobre el entarimado de terciopelo carmesí, y las pupilas de los asistentes se clavaron en él. Luego extendió un pergamino y proclamó con su voz sugerente, paseando la mirada sobre los presentes para ganarse su beneplácito:

—Al grande en dignidad y poder, el emír Abd al-Rahmán, el amado por Dios. Contigo hemos quebrado las lanzas de nuestros enemigos y abatido su arrogancia, tiñendo tu armadura con la sangre de sus héroes. Mi alabanza es para ti como un jardín visitado por el soplo del amanecer, y tu nombre, áloe quemado en el pebetero de mí ingenio, con el mejor almizcle y la algalia más perfumada. Eres el león nacido de la más pura sangre de Ismail, sostén de las tribus de al-Andalus, a las que diste una tierra de leche y miel, suave como un lecho de amantes, uniéndolas con tu espada como quien une con alfileres los bordados de satén. Pacificador de las Marcas del norte, conquistador de Navarra, Asturias, Zaragoza, Mallorca, Galicia y Coimbra, balcón de las arboledas sagradas del Corán, paladín del humor amable, ramal de la soga de la integridad, calígrafo de Alá, contigo los batallones victoriosos surgen para rodearte de esplendor, y todos los pueblos de Hispania se apartan temerosos al salir el sol de tu persona.

»Hoy, ante ti, llegan plenipotenciarios de la centenaria Bizancio, aquella que el día en que sea destruida, provocará la caída, según la profecía, del mundo entero y los hombres con él. La puerta de Oro de Asia, donde reina el sol, el todopoderoso Helios Basíleus que tiende su mano fraternal a través de las aguas, uniendo la pax augusta y la armonía islámica de Córdoba. No conceda el Misericordioso la tranquilidad al corazón de quien desista de amarte y recordarte. Dios prolongue tu vida como las olas que surcan el Océano infinito, mi soberano y señor magnánimo.

Una prolongada aclamación resonó en el salón del Olmo al concluir la perorata, divulgándose hasta

el lugar más lejano del alcázar, y lo mismo sucedió tras declamar su discurso en griego. Satisfecho por el caluroso aplauso, el alquimista se acercó al emir para besar sus manos.

—Yahía, quedo reconocido por tu bella alocución, y si no acopiaras ya demasiados honores, merecerías ser nombrado lector del Corán o predicador de la mezquita aljama. Me has estremecido con tus halagos.

—Mí señor, los poetas tan sólo cantamos aquello que amamos —se justificó, y volvió su rostro para saludar a los huéspedes bizantinos y ofrecerles el pergamino con la alabanza escrita. Los embajadores se mostraban satisfechos con la loa salida de labios de aquel hombre singular y considerablemente desenvuelto.

—Soberbia oratoria —ratificó Qartiyus conmovido—. Y esperamos sinceramente el cumplimiento de cuanto habéis pronosticado.

—Señor embajador —contestó al-Gazal en griego, un profeta nos muestra el camino del devenir, pero el poeta siempre enseñará lo que hemos de honrar.

Acto seguido, el embajador, un anciano de pronunciada calvicie, barba fina, facciones oliváceas y grandes surcos bajo los ojos, aunque de porte señorial y andar desenvuelto, se adelantó hacia el sitial a entregar las credenciales al emir. Con una ceremoniosa reverencia, besó el jatán que le ofreció el emir, el anillo de los monarcas andalusíes, y después sus manos, y le entregó a continuación la misiva imperial.

—Salam, noble Qartiyus. Bienvenido a Córdoba. En mí encontrará tu soberano la mejor de las disposiciones, y tú, la más cordial de las acogidas.

—Egregio Abderramán, alta dignidad del trono de alAndalus, recibid con las cartas las saluciones de mi soberano Teófilos, emperador de romanos y monarca de Constantinopla —dijo, ofreciéndole un cofre plateado, en un árabe gutural.

El emir admiró con fascinación el estuche, lo abrió y rasgó sin dificultad el sello, un hermoso disco de oro que contempló interesado. En sus caras aparecían grabadas las efigies del profeta Isa, Jesús, y de los emperadores Teófilos y Teodora, admirablemente moldeadas. Abrió lentamente el protocolo, que, escrito en caracteres plateados sobre un papiro azulado, exponía las pretensiones del emperador y relacionaba los regalos enviados por conducto de su embajador.

—Posteriormente nos adentraremos detenidamente en sus términos y contestaremos adecuadamente a la cortesía de tu monarca. Aunque tal vez nuestro ilustre comisionado Qartiyus pueda adelantarnos, en pocas palabras, los motivos de su visita.

—Me hallo en disposición de especificaros lo esencial de la carta, señor. Encierra tres ruegos urgentes para la paz del Imperio.

—Habla con entera libertad, si así lo deseas —replicó animándolo a dialogar.

Qartiyus tomó la palabra con flema y, acomodándose en el borde de su sitial, manifestó ante la atenta curiosidad de los cortesanos:

—Mi César Teófilos, hostigado en muchas de sus fronteras, se halla en guerra abierta contra los califas de Oriente, los abominables abasíes, asesinos de vuestros antepasados. Y puedo aseguraros que resulta tan insostenible la relación entre Bagdad y Bizancio que, unidos por un aborrecimiento

común, mi soberano os traslada el ruego de que consideréis la eventualidad de sellar un tratado contra nuestro adversario.

—Distinguido Qartiyus, nada de cuanto me detallas me es ajeno. Los déspotas abasíes se han separado de la ley de Dios y tiranizan con sus excesos al pueblo creyente de Siría, que antes rendía sumisión a mis abuelos. Sin embargo, firmar un pacto de guerra contra Bagdad es empresa para meditar en profundidad, y puedo asegurarte que nada me alegraría más que llevar mis ejércitos y marchar en campaña contra el infame al-Mutasín, a quien Alá confunda. Este asunto, no obstante, lo trataremos en privado con los visíres, por presumirlo espinoso y de embarazosa solución —declaró para luego requerir del legado—: ¿Y qué otras cuestiones nos traslada el emperador de los rumis?

—La segunda cuestión es una demanda antes transmitida en Aquísgrán al rey de los francos, Ludovico, acogida con gran interés por su regia parte...

—A vuestro señor le preocupa la invasión de sus posesiones en Italia por los musulmanes de Africa. ¿No es así? —interpeló a un estupefacto Qartiyus, que no esperaba que se conocieran sus gestiones diplomáticas en Francia.

—Ciertamente —replicó sorprendido por la aseveración.

—Temores absurdos. Poco o nada ha de recelar tu soberano ante semejante eventualidad. Conozco palmo a palmo cuanto acontece en el norte de África, embajador. Los emíres son débiles, y los fatimíes de El Caíre, ofrecen evidentes señales de rebeldía contra el califa de Bagdad. Su autoridad es tan agravante que jamás admitirán una orden suya para asaltar Italia. ¡Sería tan descabellado como estéril! Trasmíteselo así a tu emperador. Y cuanto te manifiesto ante mi corte resulta tan cierto como que el Clemente nos cubre con su favor.

—Nos regocijáis altamente, magnífico sultán —refrendó sonriente.

—Lo celebro, Qartíyus, mas ¿qué otro motivo perturba al eximio Teófilos?

—En la carta credencial mi señor expone con todo lujo de detalles la tercera súplica. La cuestión os resultará incómoda, pero os lo expondré sin ambages. Vos conocéis cómo en tiempos de vuestro padre, al-Hakam, súbditos andalusíes amotinados en Córdoba abandonaron al-Andalus, estableciéndose por la fuerza en las inexpugnables fortalezas de Creta, territorio del Imperio.

El emir frunció el entrecejo ante la molesta rememoración para él soterrada en la nebulosa del tiempo. Y planteada por un soberano extranjero, lo incomodaba.

—Nadie olvida aquella onerosa jornada de traición —objetó adusto—. Esos rebeldes son gente descomedida y víl, y damos gracias a Dios de que abandonaran estas tierras.

Aquella dura réplica permaneció flotando en el aire, y Naser contrajo su gruesa boca, expresando con los ojillos un resentimiento que no pasó desapercibido a al-Gazal, a dos pasos del eunuco. A pesar de los años transcurridos, la rememoranza de aquella sangrienta revuelta le asaltaba como un mal sueño. La amargura del recuerdo de su infamante castración no la arrinconaba en el olvido.

—Pues su cabecilla, magnánimo emir, el cruel Abú Hafs, el más inhumano bandido que navega por las aguas griegas, después de desertar de este reino y someterse a la obediencia del califa de Bagdad, ha sembrado aquellas costas de terror y espanto, haciéndose fuerte en la inconquistable atalaya cretense de Chandax. Mi señor os ruega que hagáis llegar a estos temibles proscritos el largo brazo de vuestra justicia. ¡Su presencia en aquel mar de paz resulta intolerable, y no se doblegan ante

ley alguna!

El emir vaciló y se revolvió inquieto en el sitial, pero no inmutó sus facciones.

—¿Y puede conciliar la justicia de nuestros cadíes la discrepancia de esos renegados insumisos a nuestras leyes y decretos, a centenares de leguas de al-Andalus? Lo dudo, créeme. Sin embargo, examinaremos la cuestión con detenimiento, cuando te oigamos en la privanza del Consejo. Tal vez surja una avenencia equitativa para todos.

La negociación sería ardua y difícil, y Qartiyus lo entendía. Las divagaciones de Abderramán, habituales en los hombres de Estado, le eran tan conocidas como el pan y la sal de las bienvenidas. Decidió no insistir por el momento en tan escabrosa controversia, y en cambio atraerse el beneplácito del emir, presentándole los regalos ocultados con tanto desvelo a los corsarios del Mediterráneo.

—Como desee vuestra dignidad, magnánimo señor —corroboró el embajador—. Quedo emplazado a vuestro Consejo privado, donde escucharé vuestras proposiciones, señor de pueblos. Una vez conocidos por vos los motivos de mi embajada a al-Andalus, os brindaré unos presentes enviados por mi soberano. Deseo que deleiten vuestro inquieto espíritu, anhelante de conocer la arcana sabiduría y gozar de su belleza.

Con estudiados movimientos, tomó un pergamino enrollado en un cilindro de oro que el legado entregó al emir, ante la expectación de todos los cortesanos.

—Emir Abderramán, se conoce en Constantinopla el interés personal que dispensáis a las obras de filosofía y astronomía, y los valiosos códices que atesoráis en vuestra biblioteca. Este tratado versificado del sabio Empédocles la ensanchará.

—¿Empédocles de Agrigento, el que para morir en la pureza perfecta se arrojó al volcán Etna? —interrogó el emir, entusiasmado.

—Pues no sabría decirlo exactamente, señor —balbuceó Qartiyus desconcertado.

Al-Gazal acercó su rostro al del emir y le susurró al oído, ante la curiosidad de todos los palaciegos y de los sorprendidos embajadores:

—Mi señor, posiblemente se trate de los Cuatrocientos versos del UniVerso, obra capital del pensamiento, la alquimia y la profecía. En el mundo civilizado existen solamente tres ejemplares, que yo conozca. Es un valioso presente, Abderramán.

—Y tú posees uno, ¿no es así? —le musitó sonriente el sultán volviendo la cara.

—Lo mío es tuyo, mi emir, y tú lo sabes —confirmó con suavidad.

—Me halaga poseerlo entonces, Yahía —le confesó con una amplia sonrisa y demostrando su contento.

—También os envía, gozoso con vuestra amistad, una daga fabricada en el país del Sind, en el delta del Indo. Perteneció, como está consignado en el pomo, a vuestro antepasado el califa de Damasco, Umar el Piadoso. Aceptadla, os lo ruego.

Abderramán, que había permanecido inmóvil durante toda la entrevista, se incorporó del trono y la tomó emocionado. Buscó con la mirada la aprobación de sus súbditos, sintiendo en su interior una

honda impresión que traspasaba sus sentimientos.

—Mi admirado embajador, la emoción arrolla mi corazón con las fuertes agitaciones del afecto. Tu emperador me ha conducido a la complacencia. De modo que manifiéstaselo así.

—Se lo trasladaré a mi basileus. Cada petición desea acompañarla de un regalo de vuestra conformidad —manifestó, en tanto abría un cofre de ágatas y extraía una joya de destellos lechosos y cegadores. Con lentitud, lo elevó sobre la cabeza, balanceándolo con sus manos para que fuese contemplado por los cortesanos y arrancara una exclamación de admiración. Se trataba de una perla anacarada engarzada en oro del tamaño de un huevo de paloma, deslumbrante y asombrosa.

—¡Oh! —Se escuchó un rumor ahogado en el salón del Olmo.

—Poderoso emir de Córdoba, tenéis ante vuestros ojos la Lágrima de la Luna, la perla más grande jamás admirada en el Imperio. Fue vendida hace más de un siglo en Constantinopla por unos mercaderes de Catay, y su valor se considera incalculable. Es deseo de mi emperador que luzca en vuestro sin par alcázar.

—No has dejado de sorprenderme a lo largo de la recepción, Qartiyus; os lo aseguro: en nuestros pródigos tesoros no poseemos tal aljófar. Soberbia en verdad. Es mi deseo, Naser —se expresó dirigiéndose a su gran fatá—, que presida esta sala de audiencias en lo sucesivo, y se fabrique al efecto un relicario para que sea exhibida tras el trono.

A una señal del emir se acallaron todos los murmullos y éste, descansando sus manos sobre el regazo, prorrumpió posando sus ojos acogedores en los griegos:

—Amigos embajadores. Valoro las muestras de afecto de vuestro emperador y aventuro una amistad duradera entre Córdoba y Bizancio, Y la evidencia perfecta de nuestro entendimiento se demostrará en décadas venideras y con proyectos reales. Así pues, y deseando tratar muy pronto las proposiciones, y darles cumplida contestación, os convocamos a una conversación privada en el Qars alSurur, el palacio de la Alegría, tras la última oración del viernes próximo.

—Allí nos hallaremos, sublime emir, atentos a vuestra serena palabra.

—¡Ah, comisionado Qartiyus! He decidido que para mejor rubricar nuestros futuros acuerdos, y coincidiendo con el próximo plenilunio, enviaré un legado extraordinario con cartas de respuesta al emperador Teófilos. Quiera el Altísimo que los beneficios excedan a las esperanzas puestas en esta confraternidad de Estados. Y Dios conoce que cuanto digo es cuanto pienso. Quedad en la paz del Misericordioso.

El diplomático bizantino, con gravedad, trazó la señal de la cruz sobre su pecho, que albergaba razonables esperanzas de alcanzar alguna de las pretensiones presentadas a aquel soberano tan magnánimo y cultivado. Abderramán cerró pensativo sus párpados morenos y atusó su barba perfumada, incorporándose del trono pomposamente. Cuando se irguió, el auditorio se inclinó, aguardando que abandonara el salón del Olmo por la puerta dorada, que daba entrada a sus habitaciones privadas. Mientras, del fondo del recinto se escapaba una música de flautas y laúdes delicada y sobrenatural, como sí mil voces etéreas cantaran al unísono.

—Excelentes señores y creyentes de Dios —voceó el chambelán—, la audiencia ha concluido. ¡La paz y la dicha del Clemente Alá sean con vosotros!

—Amigo Sadum —balbució el bizantino—, he comprobado en ocasiones cómo el odio y el

desprecio sustituían en los corazones de los soberanos al afecto y a la estima, pero con vuestro emir esos mudables sentimientos no parecen posibles, y os lo confiesa quien bien conoce las veleidades humanas y las mudanzas de la política. No puedo ocultarlo: en mis dilatados años de legado, jamás se me ofreció franqueza tan hospitalaria. Mi soberano se sentirá deleitado cuando le narre esta generosa acogida.

—Embajador Qartiyus, mi señor es el hombre más comprensivo de cuantos hallaréis en la tierra, y hace de la paz una obligación constante —le contestó Sadum—. Disfrutad mientras partís a vuestra tierra. Treinta días son pocos, pero suficientes para conocer las excelencias y dulzuras de Córdoba.

Aquel mediodía, compitiendo al pulu, sus pulmones se abrasarían, sin duda.

Dos días antes de la entrevista con los embajadores bizantinos, al-Gazal vistió sus bombachas sirias, el corselete y broqueles de protección y las recias botas de montar. Aromó precipitadamente el rostro y los largos cabellos con aceites y perfume de sándalo, purificó sus dientes con pasta de cilantro y las axilas con sahumerios de nenúfar y almendras. También pidió a Balansí que le preparara el caballo tordo, Amím, el Fiel, con la silla de montar a la jineta y los estribos y borrenes largos, y le protegiera las patas delanteras con correas de piel untadas de sebo. Mientras aguardaba al flemático mayordomo, leyó complacido la invitación cursada por su amigo el emir, una esquila carmesí escrita de su puño y letra, ágil e inclinada:

Al-Qurtuba, 17 del mes del shawwal

A Yahía ben al-Hakam, la Gacela más gallarda y sagaz de al-Andalus:

La luna ha surgido en Géminis sobre los tejados del grato jardín que es Córdoba. Mis hijos me han retado a un encuentro de pelota en el verde dosel del Campo de la Novia. Cuento con tus habilidades para medir nuestras fuerzas en una partida de sawlachan inolvidable. Luego, en la noche, nos guareceremos entre doncellas de caderas opulentas y talles exiguos, regalándonos con sus aromas de áloe y algali. Así nos sorprenderá la aurora, sumidos en la felicidad, mientras hablamos de Qartiyus y de los acuerdos con la opulenta Bizancio. Te aguardo al mediodía en el alcázar.

Abd al-Rahmán ben al-Hakam.

Dejó atrás los amarraderos del Arrecife y una turba de andrajosos mendigos y rapaces pendencieros. Luego, describiendo un rodeo por los arrabales de al-Chaníb para evitar las concurridas arterias de la medína, se unió con su vigoroso ruano a la comitiva de jinetes del alcázar, que había provocado un revuelo en los arrabales, levantando una hedionda nube de polvo. El emir, sus hijos y algunos cortesanos se disponían a ejercitarse en el lance hípico del sawlachan o pulu, un juego tibetano muy extendido por la India y Persia que, jugado a lomos de briosos corceles, perseguía introducir a golpes de maza un pelotón de madera, bambú, badana de oveja, nonata y tripas de vacuno entre el exiguo espacio de dos lanzas colocadas en extremos opuestos de la pradera. Abderramán, entusiasta jugador del entretenimiento asiático, se entregaba a él con verdadera pasión. Al-Gazal, igualmente apasionado y avezado competidor, había tomado la brida, demostrando su destreza ecuestre, pese a su asma, que lo mermaba considerablemente. No obstante, aquel día sentía deseos de galopar y esgrimir sus escurridizos escorzos con aquel caballo endiablado que tanto enardecía a su emir, compañero de cuadrilla. Durante la cabalgada, el sultán se adelantó al galope y

reclamó a su lado a al-Gazal y al príncipe Mohamed para conversar con ellos sobre la embajada a Bizancio.

—¿Has considerado, señor, la contestación a los legados bizantinos? Sus tres demandas son enojosas de asumir —inició la conversación el diplomático.

—Lo he meditado largamente, y quiero ordenar contigo los detalles lejos de oídos indiscretos, Yahía —objetó el emir, jovial, exhibiendo su dentadura perfecta.

—Una intervención en Siria resultaría descabellada e irrisoria a los ojos de cualquier estratega. La ignorancia de lo que acontece en el mundo los maniató.

—Le proporcionaremos no obstante una cortés negativa. Un suicidio militar de proporciones desastrosas no cabe en nuestra cabeza. ¿Cómo enviar un ejército debidamente pertrechado a Oriente? Además, los creyentes del islam entero levantarían sus quejas contra una alianza desnaturalizada entre un rey cristiano y un emir musulmán, por muy enemigo de los despreciables abasíes que fuera, y suscitaría un cúmulo de inculpaciones y protestas. De todas formas, me es engorroso concebir cómo el emperador, con cinco flotas en el Mediterráneo y disfrutando de esa arma letal que es el fuego griego, ha cedido el poder sobre las aguas del Imperio.

—Permanecen divididos, y los socaba su infantil insensatez. Miran su propio ombligo, sumidos en absurdas disputas religiosas y teosofismas supersticiosos. Unos son partidarios de las imágenes de Dios, sus santos y profetas y otros, los iconoclastas, de destruirlas. Y, absortos en ese estúpido y banal acontecimiento, acelerarán inevitablemente su derrota ante los turcos.

—El Profeta nos enseña: «Oh creyentes, las estatuas son una abominación inventada por Satán; absteneros de ellas y seréis felices». Los musulmanes, Yahía, jamás caeremos en esa patética necesidad.

—Ciertamente, señor —afirmó—. Y sobre la seguridad del Mediterráneo, ¿creeis probable una invasión de Italia por las tribus de Africa?

—Hemos demostrado con la victoriosa campaña de Mayurqa, tanto a los piratas berberiscos como a los genoveses y a los fatimíes, que no permitimos ninguna veleidad anexionadora en el Mediterráneo occidental. Por muchos años esas aguas se moverán tranquilas bajo la tutela de alAndalus. Pero lograremos alguna ventaja de Bizancio al convertirnos en garantes de esa maltrecha seguridad.

—Por lo que deduzco, no firmarás ningún tratado con Teófilos.

—Lo estimo innecesario, Yahía —y descubrió su fascinadora sonrisa—. Pero le ofreceré un sugestivo presente como prueba de mi amistad. Sufren la asfixia en todas sus fronteras, y necesito imperiosamente un aliado en Oriente como Bizancio, un bastión que contenga a los abasíes por un lado y a los fatimíes por otro.

—¿Un obsequio? —se extrañó.

—En efecto, Yahía. La paz del mundo es una balanza que se mantiene equilibrada si colocas los contrapesos con armonía y sagacidad.

—Nunca dejarás de sorprenderme con tus maniobras.

—Voy a ofrecerle a ese hijo de perra de Abú un señuelo irrechazable a cambio de dos concesiones

—se obstinó exultante—. Un poderoso aliciente que lo disuadirá.

Al príncipe Mohamed le fascinaban la innata y ágil inteligencia de su padre y su prudencia para resolver las situaciones más embarazosas, mientras que del cortesano admiraba su perspicacia y la confianza ciega que en él depositaba el emir. La plática se animaba.

—Bien, Yahía. Sabes que al fin controlamos la ruta del oro de Sudán, no sin grandes dificultades, gracias a lo cual al fin un emir de al-Andalus emite moneda propia y estrecha lazos de paz con las cabezas coronadas del mundo.

—Lo sé, mi señor, y con ello dignificas el trono de Córdoba —lo halagó.

—Deliberadamente, los fatimíes han puesto sus ávidos ojos en estas caravanas y algunas se han perdido frente a las costas de Túnez, cuando se adentraban en el itinerario de Ceuta, o Sabta, donde embarcamos el oro. Pues bien, he tomado una temeraria decisión, y he decidido abordar la inexpugnable fortaleza de ese bastardo de Abú, y ofrecerle a ese hijo de mala madre un negocio que no podrá rechazar.

—Cesiones, negocios... Me confundes, Abderramán. No llevo a...

—Lo aclararé —bajó el tono de voz—: gran parte de ese oro deseo desembarcarlo en un puerto cercano a Barce, algo apartado del camino de El Caíro, en tierras de nuestros amigos los tuluníes. Allí, el forajido Abú, que goza del favor de los filibusteros y emires africanos, lo recogerá de mano de mis agentes y lo acarreará en sus propios barcos a dos isletas frente a la costa de Túnez, Djezzeiret y Djalita, donde lo aguardarán nuestros navíos. Nadie osará atacar al más desalmado pirata de estas aguas. Por el transporte yo lo gratificaré con un suculento porcentaje, nunca superior al que perdemos anualmente, ofreciéndole como compensación comerciar con determinados productos de al-Andalus que él ansía desde hace tiempo. A cambio, no abordará los barcos con la insignia imperial de Bizancio y dejará de prestar obediencia al califa de Bagdad. Yo obtendré una victoria moral sobre los abasíes, compraré para siempre la amistad del emperador, al que tendré como agradecido aliado en Oriente..., y el corsario comerá de mi mano.

Al-Gazal se convirtió en la viva expresión de la alarma ante tan genial trama. Detuvo su cabalgadura incrédulo con lo que oía y sus ojos perplejos se fijaron en los del emir. Picó espuelas y, colocándose de nuevo junto a un jovial Abderramán, le preguntó incrédulo:

—¿Hablas en serio, mi emír? Es arriesgado. ¿Y si Abú no acepta, o se queda con el oro de las caravanas? Nada extraño, conociendo la calaña de ese renegado.

—Aceptaré, Yahía, no lo dudes; porque con este negocio conseguirá tantos beneficios, y sin riesgo alguno, como nunca habría soñado. Y si osara expoliarme, sabe bien que armaría una flota de tal envergadura que lo perseguiría sí fuera preciso hasta las mismas fuentes del paraíso. Y mi venganza sería devastadora.

—Se corre un riesgo, ciertamente, aunque con la concesión de considerables recompensas —reflexionó en voz alta—. No obstante, existe una dificultad preliminar que puede dar al traste con la original tentativa. ¿Quién será el temerario que se aventure en los peligrosos estuarios de Creta para entrevistarse con ese proscrito de Satanás? Posiblemente, al descubrir la enseña de los omeyas ejemplarizaría al mundo vaciando las tripas al enviado y cortando la cabeza a la tripulación. De eso no me cabe duda, señor. ¡No envidio a esa persona!

Abderramán volvió la cabeza parsimoniosamente y, con una dulce y amistosa contundencia, le manifestó al astrónomo con amistoso afecto:

—Esa persona eres tú. ¿Quién si no? Y no me decepciones con una negativa.

A al-Gazal se le paralizó el pulso, rumiando descreído su propio escepticismo.

—¿Yo, señor? —titubeó incrédulo, pareciéndole que se le helaba la sangre y los ruidos sonaban lejanos—. ¿Yo, el protagonista de tan disparatada andanza?

—Sí, tú. Restituye la gloria de al-Andalus en aquel apéndice del mar —desplegó convincente su voz—. Eres la única persona capaz de guiar al éxito esta empresa. ¿Acaso puedo confiar en alguien más? Mi fe en ti sigue inmutable.

—Conoces de antemano que nunca te negaré nada. Pero posiblemente veas a tu amigo partir, mas no retornar jamás —le confesó persuasivo—. Lo deduje desde que avisté en el firmamento la estrella Suhaíl, pero no tan inmediato e impensable.

—Regresarás indemne y salvo. Todos confiamos en tus dotes de persuasión.

—Abderramán, créeme: lo asumo de buen grado y con la satisfacción de servirte a tí y a la causa. La ocasión se presenta única para conocer Bizancio. Anhelaba visitarla, y Dios y tu elección lo han hecho posible. Tu favor me colma, señor.

—Pues lo celebro, Yahía. No iban a surgir tan sólo inconvenientes. Ésta es mi decisión. Acompañarás a los comisionados bizantinos y entregarás personalmente mis credenciales de contestación a Teófilos dentro de un mes, con el plenilunio, época propicia para navegar según mis astrólogos. Y no lo olvides: Abú es un bribón indeseable y facineroso, pero en modo alguno un necio. ¡Ah!, y de momento mantendremos absoluta discreción.

Al-Gazal ensombreció el gesto, esbozando un rictus de preocupación que el emír advirtió de inmediato. Circunstancias adversas trocaban sus planes inmediatos.

—De repente te muestras inquieto. ¿Te atormenta alguna razón ineluctable?

—Ciertamente —se justificó el diplomático—, pretendía en días próximos trasladarme a Jaén, señor, para visitar a mis hermanos y consultar a un muslim determinados aspectos teológicos de gran transcendencia que me inquietan.

—Tienes tiempo sobrado para ocuparte de tus negocios, puesto que hasta el plenilunio no partiréis para Bizancio —le confirmó amistoso el emír—. Ve a Jaén, y a tu regreso discutiremos la estrategia definitiva.

—Gracias por tu favor, señor. Comienzo a ilusionarme con la legación. Tan sólo pido a Dios clemencia en sus cielos, y un buen camino que andar.

Dios predestinaba sus acciones, y no se opondría al esquivo destino.

—A propósito, Yahía; al-Layti brama de ira por una dura sátira que al parecer tú le escribiste —reconoció disgustado—. La depositaron bajo su esterilla de la mezquita y se le tacha en ella de avariento, desleal y usurero. Tal vez el viaje a Bizancio calme las aguas de la corte y regreses más indulgente con mis cortesanos. Todos sin excepción tenéis cabida en mi amplio corazón; y tú, que pasas por creyente compasivo, lo sabes.

Al-Gazal enmudeció, envolviéndose en un aire de despecho; pero no replicó.

—Pero dejemos por ahora las preocupaciones y vayamos al encuentro de nuestros rivales. Hemos de doblegarlos con una derrota que tarden en olvidar.

—Sé clemente con nosotros, Padre; somos aún demasiado jóvenes —intervino el príncipe con una mueca de ironía.

—Yahía, mi hijo acaba de tildarnos de viejos. ¿Lo has oído? —dijo paternal.

—¿Y acaso no es verdad? Pronto nos convertiremos en refugio de achaques, aunque nuestras arrugas, Abderramán, se enseñorean más del alma que del rostro —indicó sardónico.

Y riéndose en franca carcajada, picaron espuelas. AlGazal se ató los cabellos con una cinta verde regalada por el emir, perdiéndose después al galope por el camino de la sierra. Sin saber por qué, la melancolía se apoderó de sus pensamientos, y una inextinguible preocupación se propagó por su corazón.

Sobre las cumbres, nubes de tormenta se alzaban amenazantes.

CAPÍTULO VIII. Yayyán, el Paso de las Caravanas.

La alborada apuntó con un estallido de ardorosa luminosidad.

Un grupo de viajeros, al despuntar el alba del festivo Mahracham, salvó el arco de la Bab Abd al-Chabbar, atestado de pordioseros y mozos de cuerda, y diligentes atravesaron las alfarerías y el cementerio de al-Burch, adentrándose en la ruidosa Vía Augusta, o al-Uzma. Atrás dejaban los restos de las hogueras alzadas en los barrios donde los vecinos habían incinerado los restos de las mieses y enseres viejos en una noche de jarana y borracheras. Un sol sedoso alejaba las penumbras de la noche y desvelaba la campiña, saturada de palmeras y olivares, mientras la sierra, antes espectral, adquiría un leve tono azulado, descubriendo las arboledas de la Arruzafa, que poco a poco dejaban a su espalda.

Ben Firnas, Jalíb y al-Gazal, seguidos de tres criados y varias mulas, se dirigían silenciosos hacia los pedregosos senderos de Jaén. Vadearon a un tropel de leprosos del lazareto de al-Murda hasta alejarse de la muralla. El eco distante de los ZOCOS, los reclamos de los almuédanos, los griteríos de los arrieros y los guardias en las almenas y el monótono baldeo de las norias que enviaban agua a los talleres de tinte y de seda, les llegaban estrepitosos. Un olor a pan recién salido de las tahonas traspasaba los tejados y se confundía con los humos de los arrabales. Jalib aspiró hondamente, bosquejando una mueca de regusto que hizo cundir la hilaridad entre el grupo.

—Cabalgemos ligeros, amigos, antes que Jalib se vuelva a buscar unos bollos de almíbar —bromeó al-Gazal, mientras pasaba su mano por la faltriquera donde guardaba a buen recaudo el libro de El Trono de Dios y el sello de Salomón—. Nos detendremos en la jammara de Muta, el Armenio, una taberna a dos leguas de Baena. Probaréis un sani de cordero aromado de especias como jamás os llevasteis a la boca.

—¡Que el Clemente nos preserve de todo peligro! —farfúlló Firnas.

—Samir consultó a los astros y señaló hoy como día fasto Para viajar. Confiemos en él y en Dios. —Y, volviendo grupas, desaparecieron por el recodo del camino.

Un centenar de pasos atrás, y confundido entre los carros, un jinete solitario embozado en una capa y con un tailasán pardo cubriendo su voluminosa cabeza abandonaba también la ciudad. Súbitamente, paró su montura y observó con atención la dirección que tomaban en veloz galope los miembros de la Piedra Negra. Espoleó su caballería y, taimadamente, para pasar inadvertido, los siguió, oculto entre unos viajeros.

Al cabo de dos jornadas y media, con los cabellos y vestiduras cenicientos de polvo, los semblantes exangües y algunas llagas causadas por los ronzales de las cabalgaduras, arribaron a Jaén, cuyo inexpugnable castillo recién edificado se recortaba entre las sierras y el zarco firmamento. Se hospedaron en una posada del camino, cuyo mesonero, un bereber cojitranco con un párpado

caído, los atendió obsequioso, tentado por la eventualidad de una bolsa estimulante. Tras degustar un refrigerio de aceitunas, dátiles y queso de cabra y saciar su sed, se entregaron a las delicias de un baño perfumado en el hamman público. Luego, al mediodía, deambularon por la cercana medína con la mayor discreción, envueltos en cenicientas ziharas de peregrinos, antes de ascender hasta la rábida del asceta al-Jabalí.

Bordearon las fortificaciones de la alcazaba, encaramada en un farallón ciclópeo que disputaba el espacio a las águilas, y donde las nubes parecían residir en las troneras de sus torreones. Contemplaron desde la ladera el horizonte matizado de verdes y añiles, perdiendo la vista hasta el infinito. Y a sus pies, desplegada como un manto de estuco, se recogía la ciudad, salpicada de patios alfombrados de trepadoras, pozos encalados y alfaguaras. Se adentraban en la estrechez del dédalo de callejuelas y portillos, dejando a sus espaldas la mezquita aljama, recién edificada con las limosnas del piadoso Abderramán y en ese momento silenciosa, rodeada por un apacible patio de naranjos y pórticos albeados. Era la hora del descanso y sólo los chiquillos, descalzos con costras de mugre en sus cabezas, jugueteaban con las cañas en las desiertas plazuelas, rompiendo el reposo de sus mayores, confinados en la frescura de sus casas y huertos.

Un sol cegador y deslumbrante se reflejaba en las paredes de las azonaicas y una paz indolente se respiraba en la villa de los yund de Qinnasrin, Jaén, el «Paso de las Caravanas». Al-Gazal precedía meditabundo a sus dos compañeros, mientras se dirigían al arroyo de al-Kantarilla, la trocha de los tejares que los conduciría inexcusablemente al ansiado ribat. Pero ¿hallarían en aquellas santas paredes lo que tan ansiosamente buscaban?

No hubieron de preguntar a ningún caminante el lugar de retiro del santón, pues se toparon con un jubileo de piojosos peregrinos, ciegos, tiñosos y tullidos que ascendían uno tras otro cogidos de la mano, rezando suras del Corán, mientras pasaban las cuentas de las subha, las cadenetas de oraciones, y hacían restallar sonoramente las escudillas de latón.

—¡Loa a Dios dueño del universo todo, el Clemente, el Misericordioso, Soberano en el día de la retribución! —canturreaban los caminantes.

—Bendito sea su santo nombre —salmodió Jalib, al tiempo que les dejaba una moneda.

No bien habían caminado un centenar de pasos cuando, tras una empinada vereda, observaron un collado rocoso y sobre él, la blanca silueta de un cenobio con una cúpula resplandeciente de mosaicos azules. Las paredes encaladas y mazacotas del lugar de oración carecían de ventanales y únicamente algunos lucernarios se abrían en el alminar. En las inmediaciones reinaba la más absoluta de las quietudes, quebrantada sólo por el disonante crepitar de las chicharras. En la puerta advirtieron a dos cenobítas lavando sus túnicas de lana, mientras otros vertían agua hirviendo y cal para eliminar los parásitos incrustados en sus costuras. Al observar ante ellos a los desconocidos visitantes, abandonaron inexplicablemente sus quehaceres y se escabulleron en el monasterio cerrando el portón, sin contestar al saludo de los recién llegados, que se miraron sorprendidos.

—Parecen asustados —dijo al-Gazal, contrariado por el turbio proceder.

—No, amigos —afirmó Jalib—. Posiblemente sean neófitos y han de permanecer callados y alejados del contacto mundano mientras trabajan o meditan.

Enseguida, los goznes de la puerta se abrieron de nuevo y en el umbral apareció un eremita de aspecto extravagante y mejillas hundidas y picadas de viruela, cubierto con una túnica de estameña

sucia y raída. Una larga barba negra y desaliñada, desgreñados cabellos y unas manos huesudas le daban un aspecto amedrentador. Los observó con sus ojos glaucos, y lanzó una voz que parecía salida de ultratumba.

—¿Qué buscáis aquí, hermanos? —los interpeló hoscamente.

—Deseamos ver al maestro al-Jabalí —respondió al-Gazal en tono conciliador.

—El ímán se halla entregado a la meditación y no puede ni tocar a los enfermos ni platicar con nadie por algún tiempo. Concluido su período de penitencia, se retirará del contacto de los hombres hasta el Ramadán —les informó en un tono monocorde—. De modo que volved por donde vinisteis y buscad el camino de la perfección con otro maestro, o por vosotros mismos. El santo Corán os mostrará la senda a seguir, hermanos.

—¡Venimos desde Córdoba, hermano, y somos coranistas dedicados al estudio del Talmud y la Cábala! Sí hemos de aguardar algunos días, lo haremos. Nos trae un asunto de tal consideración que no nos apartaremos de aquí sin verlo —sentenció con firmeza al-Gazal, contrariado con el solo pensamiento de irse de vacío.

—Lo siento —insistió arrogante, sin mudar su hosca expresión—. No es posible. Acaso para la época de las lluvias imparta sus enseñanzas aquí, o en la mezquita de Jaén. únicamente así podréis consultar lo que preciseis. Y ahora, si me excusáis, he de reanudar la venerable tarea de recitar el Libro. Y no titubeéis en la fe.

Al-Gazal repudiaba suscitar disputas inútiles, pero no podía resignarse a rehacer el camino andado sin tan siquiera haber departido con el ermitaño. Ni él mismo ni los cofrades de la Piedra Negra se lo perdonarían jamás. Así que se adelantó unos pasos y, soslayando la insistente negativa, le solicitó encarecidamente:

—Comprensivo discípulo del más sabio musulmán de alAndalus. Pudiera ser que si le presentaras esta carta de nuestro maestro, el ulema doctor en leyes, Ben Habib, junto a este manuscrito, tu preceptor quizás accediera a recibirnos —sostuvo firme.

Extrajo de su faltriquera el ajado ejemplar y al ofrecérselo al monje éste se sobresaltó maliciosamente, desconcertándolos por tan inesperada impresión.

—¡El Trono de Dios y el magen de seis puntas, el signo secreto de Salomón! —exclamó con un tono gangoso, llevándose las manos a la boca como queriendo mitigar su sorpresa—. ¡Entrad, os lo ruego!

La puerta se cerró tras ellos y penetraron a través de un fresco corredor a un soleado patio rodeado de cidros y cipreses, envuelto en un silencio sepulcral. En el centro se abría un pozo encalado con jarros de cobre rojo sobre el brocal, donde bebían los monjes, quienes no debían de ser numerosos, pues en su derredor no se adivinaban más de una docena de celdas. El religioso les ofreció un cántaro de limonada y menta, del que los visitantes bebieron complacidos hasta hartarse. Seguidamente los invitó a lavarse los pies, mientras desaparecía precipitadamente y sin pronunciar palabra. Tras una hora de espera en la que limpiaron sus sandalias, se despojaron del polvo de sus ropas y mitigaron su sed, apareció de nuevo el monje, quien gesticuló susurrante:

—Seguidme, hermanos; el maestro al-Jabalí os recibirá en el oratorio.

Ingresaron en una austera pieza de no más de veinte pasos, con el suelo de tierra cubierto de

esterillas de albardín. En el levante solar se alzaba una hornacina sobria e inmaculada, la sagrada Qibba, y en ella, un Corán abierto por la sura dieciocho, la de la Caverna. Al penetrar desde la luz a la oscuridad, no advirtieron la figura de un hombre postrado de bruces sobre el duro sadjud de oración. Con gran esfuerzo se irguió, recibéndolos con el inquietante regalo de la primera sura, mientras los escudriñaba con sus ojillos penetrantes y de una aguda intensidad:

—«Gloria a Dios que ha enviado a su servidor el Libro en el que no ha escrito desviaciones y sí verdades.»

—«Un libro destinado a amenazar a los hombres con un castigo terrible y a anunciar a los buenos creyentes una hermosa y eterna recompensa» —contestó al-Gazal de memoria, recitando el versículo siguiente.

—Habéis interrumpido mis rezos y meditaciones y turbado el sosiego de este lugar —les increpó hoscamente—. Pero me inquietan los signos que portáis. ¿Se trata de una impía añagaza? Decídmela verdad. ¿Os disfrazáis acaso de fingidos creyentes? ¿Quiénes sois y qué queréis de este viejo buscador de Dios? Y no malgastéis inútilmente vuestro aliento en vanas palabras.

La sala estaba desierta y su voz resonó cavernosa, confundiéndose con la densa atmósfera de tonalidades ambarinas que penetraban por las lucernarias. El personaje emanaba una espiritualidad perturbadora. Su edad les pareció imprecisa, pero avanzada. Enjuto y magro de carnes, de piel translúcida como el azogue, espalda curvada y extremada delgadez, evidenciaba los rigores soportados por la oración, el ayuno y las penitencias con las que castigaba su cuerpo. Se cubría desaliñadamente con una áspera qalansuwa de estameña, propia de los cadíes, dejando al descubierto una cabeza nívea, el rostro surcado por mil arrugas y una barba larguísima de hebras amarfiladas. Se revestía de una apariencia impenetrable, que encandiló desde el primer momento a los cofrades de la Piedra Negra.

Con ademán brusco, y en su reducto de impenetrabilidad, les invitó a acomodarse a su alrededor mientras se despojaba de sus abarcas de esparto. En la opacidad del santuario, la luz amarillenta de los ventanillos iluminaba el círculo formado por el eremita y los viajeros, relegando el resto a una semipenumbra sobrecogedora.

—Salam, maestro. Nada has de desconfiar de nosotros, pues nos atrae tu reputación y el anhelo de saber —atestiguó con consideración al-Gazal—. Nos tenemos por discípulos del ulema Ben Habíb, preceptor de teología de la aljama de Córdoba, que te envía un saludo escrito por nuestro conducto.

—Hombre piadoso, tocado por la mano del Altísimo —apuntó grave.

—Con él escrutamos los astros, penetramos en los secretos de la alquimia y las obras del Misericordioso, y no nos contentamos con propalar neciamente las suras del Corán. Nos conduce el afán de profundizar en lo oculto, cerrando nuestras búsquedas con la prudente llave de la discreción —argumentó intentando granjearse su esquiva confianza—. Mi nombre, maestro, es Yahía ben al-Hakam, de los Banu Bekkar, nacido en esta misma medina y perteneciente al diván de poetas y astrónomos del emir.

—¡Prometedora casualidad que el Oculto desvela! —confirmó, abandonando la inicial crispación y dejando entrever una boca desdentada—. Has de saber, hijo mío, que este apartado ribat de oración fue construido hace ahora un siglo con las dádivas de tu abuelo Wail ben alHakam, de los yund sirios, notable guerrero que en su senectud buscó la sabiduría de Dios entre estas paredes. Había oído

hablar de ti al alcaide de la alcazaba y de tu celebridad en la corte omeya. Esta comunidad de monjes de Alá está en deuda con tu familia y celebro que desees desentrañar con sencillez de corazón los secretos del Eterno. En cuanto al cadí Habib, es una afortunada dignidad que desee dirigirse a alguien tan torpe como yo. Y tus acompañantes, ¿quiénes son?

—Sean ellos mismos quienes se presenten.

—Yo soy Jalib al-Gafla —empezó—; deseaba conocerte para examinar contigo las últimas orientaciones teológicas de Basora.

—¿Acaso has viajado recientemente a Oriente? —cuestionó interesado.

—Sí, maestro —confirmó bajando sus ojos respetuosamente.

—Nuestro amigo Jalib representa la humildad personificada y nada publicará de sus merecimientos —interrumpió al-Gazal—. Es tenido por un eminente maestro de las doctrinas mutaziles, causa de su expulsión de la cátedra de teología. Hace poco unos salteadores alentados por los alfaquíes convirtieron en cenizas su biblioteca de Córdoba.

—Entonces nos une el mismo hostigamiento del cielo hipócrita de los ortodoxos —reveló afable—. ¿Y a qué maestros escuchaste en tu reciente viaje, hijo?

—Al más excelso y a la vez más humilde de los santos musulmanes. ¡El piadoso Dul-Núm el Egipcio! —alegró el semblante, captando su curiosidad.

El ermitaño trocó su gesto hasta ahora adusto, y su faz apergaminada pareció iluminarse con la respuesta del joven pensador. Lo miró con simpatía, elevando los ojos y abriendo como un reptil sus párpados arrugados.

—He de ser yo quien bese tus sandalias y tú el que ocupes mi lugar y muestres el camino a mis monjes. Nosotros nos definimos como seguidores del imán Dul-Núm y de su discípulo al-Nahrayusí, y entregaríamos con gusto nuestra vida por oír de su boca sus enseñanzas.

—Yo he tenido la fortuna de rozar sus mejillas y oír su voz. Y puedo asegurártelo, maestro, él ya conoce a Dios —sentenció Jalib.

—Mis discípulos renunciarían al sustento por oírte. ¿Y quién es nuestro anónimo tercer huésped?

—Abbas ben Fírnas, maestro. De la tribu de los Wardas de Runda.

—¿El traductor del tratado del Kitab al-Arud, quizá? —se interesó extrañado.

—Justamente. Para mí constituyó una agotadora labor.

—¡Y admirable! —proclamó—. Poseemos en esta comunidad un ejemplar de la transcripción del manuscrito de la academia de Basora, referente fundamental de los estudios de filosofía en este ribat. Nadie había sido capaz de descifrar su mensaje hasta tu sabia mediación. ¡Casual la providencia del Omnisciente al conducíros hasta aquí!

—Así es, maestro; mas sin gran mérito —argumentó el León de al-Andalus.

—Me entristece pensar que no hayáis sido recibidos como merece vuestro prestigio, aunque tal vez hubisteis de advertirme de vuestra llegada. ¿Y qué oculto motivo os ha traído hasta aquí? —consultó penetrándolos con sus ojillos chispeantes—. Portáis unos signos anunciadores de un asunto excepcional.

Al-Gazal recordó las admonitorias advertencias de Habib de no precipitar los acontecimientos y ser pacientes con el ermitaño. Sin embargo, la evidencia del ejemplar de El Trono de Dios iba a allanar el camino de sus pretensiones.

—Nada podemos ocultarte, respetado ímán —le aclaró al-Gazal, entregándole la carta del maestro—. En ella os explica Ben Habib los motivos de nuestra presencia aquí. Anhelamos acceder a cierto conocimiento poseído por tu comunidad, y a cuya certeza hemos tenido acceso por un azaroso y venturoso accidente, propio del que investiga sin descanso la ciencia del Altísimo.

El ermitaño apenas si movió un solo músculo de su cara, pero evidenció que su anterior júbilo se trocaba en desconfiada perplejidad. Luego inquirió receloso:

—¿Qué podemos atesorar nosotros merecedor de vuestra curiosidad?

Al-Gazal extrajo de su faltriquera el libro del asceta de la mezquita de Bard, despojándolo de su cubierta y entregandoselo cortés al anacoreta.

—Esto lo esclarecerá sin palabras estériles, maestro —lo desafió.

AlJabalí lo tomó con las huesudas manos, acercándolo después a sus ojos miopes y al haz de la luz de los candiles. Palpó el emblema restañado de la estrella de Salomón y los signos plateados de su título, que leyó con lentitud:

—¡El Trono de Dios! —susurró—. ¡El manuscrito perdido y tantas veces deseado del enloquecido, y también amado, Kilab!

—¿Lo conocías? —insinuó al-Gazal interesado

—Juntos peregrinamos a La Meca, donde seguimos las enseñanzas de los místicos y los primeros mutaziles del islam, a quienes seguimos por los desiertos de Palestina, conviviendo con ascetas cristianos y esenios, para luego regresar transmutados en otros hombres. Aquí, donde os halláis, vivimos nuestros primeros años de retiro, apartados de todo trato social. Nunca conocí a un creyente al que le subyugara tanto lo hermético, aunque, desgraciadamente, no soportando la dureza de nuestra regla, nos abandonó para instalarse en la mezquita de Bard, en Córdoba. Parte de este libro lo escribió entre estos muros. Pero, la verdad sea dicha, dudo que lo hayáis interpretado adecuadamente, pues se trata de un documento cifrado con criptogramas tan complicados que ni yo mismo sabría transcribir.

—Nosotros lo hemos logrado, y creemos que acertadamente —replicó al-Gazal, tendiéndole el papiro enrollado con la interpretación del camino seguido por el tesoro del templo de Jerusalén.

Una prolongada pausa siguió a sus palabras, llenando el instante de inquietud.

—¿Y cómo llegó hasta vosotros este manuscrito? —se escandalizó de pronto.

—Me lo vendió por azar un mercader en el zoco de los Libreros —respondió tranquilo al-Gazal—. Uno de sus hijos, al parecer temeroso de los alfaquíes, se desprendió de él y de otros ejemplares nada más morir su padre.

—Ya lo predijo el Profeta: «Todos los mercaderes se presentarán el día del juicio con la mano derecha atada al cuello por su avaricia». ¡El Clemente lo perdone! Pero ¿que ocurrirá el día en que los secretos impenetrables puedan ser comprados en el mercado...? ¡Dios mío, qué calamidad! —se

resignó apesadumbrado.

—Pero en esta ocasión ha caído en manos de alquimistas temerosos de Dios.

—Y sus frutos pueden ser devastadores, Pero ¿qué perseguís con tanto ahínco?

—Maestro alJabalí —empezó al-Gazal—: Hace años, cinco estudiosos de Dios formamos una jirka secreta, la Piedra Negra, guiada por Ben Habib. Todos hemos viajado a Oriente y bebido en las fuentes de los más piadosos alquimistas y teólogos, y hemos ahondado en los secretos del arte de la chrysopeia, la transmutación de metales.

—Eso me otorga confianza en vosotros, aunque también aflicción. En mi último viaje a Oriente, conocí a otras confraternidades parecidas a la vuestra, también dedicadas en el secreto de sus asambleas a la búsqueda de la Cábala, como los sijs de la India o los drusos del Líbano y algunas otras en Menfis y Tebas.

—A veces la ciencia ha de ocultarse en los refugios del esoterismo para sobrevivir a inquisidores y tiranos —le testimonió al-Gazal arduamente.

—Lo sabemos de sobra, amigo jiennense —asintió el monje, impasible.

—En tales estudios nos encontrábamos cuando el Oculto puso en nuestras manos este insólito libro que nos ha abierto un camino sugestivo. Y deseamos fervientemente que alcance su concluyente demostración en este santo lugar.

—¿Explicación de qué, mi dilecto buscador de imposibles? —rogó con sorna.

—Nos presentamos ante tí indagando la evidencia de los tesoros sagrados. Anhelamos discernir que es realmente el Trono de Dios, si invención, si objeto sagrado o simplemente un peldaño en el camino hacia Dios; y comprender también si tú y tus ardales sois los custodios de la Mesa de Salomón, tal como asegura este manuscrito.

Por unos instantes el viejo muslim pasó de la perplejidad al desconcierto, de la hilaridad a la excitación, y del escepticismo a la más profunda de las preocupaciones. Observó sus semblantes, aguardó inmóvil, y habló finalmente con entrecortadas palabras:

—Pero ¿de qué ficción me habláis? Indagáis únicamente un rumor alimentado por torpes visionarios —reprochó fingiendo sorpresa.

Al-Gazal no quiso resignarse, y enérgico extrajo de su faltriquera el amuleto, exponiéndolo a la visión de aljabalí. Era su última y definitiva arma de persuasión.

—Nos referimos a la mesa de las ofrendas del Templo —admitió resueltamente—. Sabemos que se oculta aquí mismo, o en sus cercanías. Nos acompaña la estrella de Salomón, distintivo de nuestra sociedad hermética, que según la tradición forma parte de ella, pues permaneció durante siglos allí ensartada. No nos anima ningún afán de fortuna material, sino exclusivamente el deseo de intimar con sus ocultos secretos, si los poseyera.

El asceta enmudeció, siguiendo un silencio denso y embarazoso.

—¡Vuestra imaginación me parece realmente inabarcable! —se lamentó perplejo—. Perseguís una fantasía, hijos.

Al-Gazal se armó de valor y, con la seguridad de haber elegido el camino del convencimiento,

consideró propicio el momento para proponerle una irrefutable oferta:

—Maestro, verás que te proponemos un ofrecimiento —dijo concluyente—. Donaremos este talismán al ribat a cambio de admirar la Mesa de Salomón. Así, y tras siglos de separación, volverá el Sello a los ardales. Nosotros juraremos ante el Corán nuestra discreción de por vida, y jamás saldrá una palabra de nuestros labios. Y si faltamos a nuestro juramento, Dios nos preserve de la dicha eterna y de las delicias del paraíso.

El tiempo pareció detenerse y el muslim se agitó inquieto. Después reveló grave:

—Estoy retirado del mundo, pero no me tengo por un ingenuo. No me garantizáis si otros hombres corruptibles pueden emplear ese supuesto tesoro en su provecho.

—¡Nos tenemos por creyentes de Dios y cabalistas! —exclamó Jalib—. Si cometiéramos tal villanía sería anotada por el Omnipresente en el sedjin, el registro santo de las acciones de la vida. Y por él te testimoniamos nuestra palabra cabal y sincera, piadoso maestro.

—¡Nos debemos al arte sagrado de la alquimia, y nos hemos juramentado a no difundir lo arcano! ¿Cómo podríamos apostatar contra un igual? —intervino Fírnas desde la esterilla con toda la fuerza de su sentimiento herido—. ¡Que la ira de Dios nos fulmine!

En al-Jabalí, aquellos alegatos suscitaron un torrente de dudas. Volvió a sumirse en un profundo sopor, permaneciendo así durante largo rato, como si tratara de escuchar una voz que lo sacara de su incertidumbre interior. De repente irguió su espalda, recuperando la consciencia y el habla. Su mirada era un remanso de paz, y su actitud, la de un hombre convencido. Aguardaron con ansiedad su contestación, que llegó tras unos instantes de vacilación.

—¿Alguien más posee conocimiento de ese secreto capital? —rebuscó curioso.

—Exclusivamente los miembros de la fraternidad —confió Jalib concluyente.

—Está bien —se resignó paciente—. Tras la oración vespertina, nos encontraremos en este lugar sagrado, donde espero no incurráis en la blasfemia y la falsedad. En esa precisa oportunidad os anunciaré mi decisión. Mientras tanto descansad en la quietud de nuestro humilde ribat y reponed vuestras fuerzas con una frugal cena de uvas pasas y miel. Vuestra constancia me ha conmovido, y reflexionaré sobre vuestras pretensiones.

—Maestro, nuestro imán Ben Habíb os envía unas onzas de incienso de Alepo y un saquito de ámbar gris de Etiopía, así como un curioso libro del conocido mutazil Utmán Amír, El Libro de la Elocuencia, publicado en Córdoba y retirado inmediatamente por el clero alfaquí, que lo quemó en un aquelarre de intolerancia en la al-Musara, donde cien ejemplares primorosamente caligrafiados e iluminados fueron pasto de las llamas. Tal vez en este apartado monasterio pueda ser leído por mentes sabias, y sin intenciones violentas.

—Muchas gracias, al-Gazal, por tu magnanimidad. Quedad en paz.

—Que al-Rahmán, el Misericordioso, te cubra —lo saludó.

Desde hacía más de una hora, al-Gazal, Fírnas y Jalib paseaban por la azotea del cenobio contemplando la alcazaba y la apagada medina. El sol, en su ocaso, se asomaba entre las barbacanas y atalayas, tiñendo de rojo el cuenco donde se asentaba la apacible Jaén. Paulatinamente se apagaba

el cárdeno crepúsculo, saturándose de veladas penumbras. Decenas de candelas se encendieron en las casas, como estrellas caídas de golpe del firmamento. Del oratorio ascendían el aroma a aceite quemado y los monótonos canturreos de los monjes, recitando largas retahílas del Corán:

«El aturdimiento de la muerte cierta los sobrecoge. Ya suena la trompeta. He aquí el día prometido», sonó en el silencio la salmodia de los eremitas, aprestándose los visitantes a buscar un lugar más alumbrado y conocido.

—Descendamos al patio —sugirió Firnas—. Nuestro receloso ermitaño prometió convocarnos tras la oración de la tarde. No le hagamos esperar ahora que sus escrúpulos parecen diluirse.

—Yo permaneceré algún tiempo más aquí respirando los aromas de mi niñez. Id vosotros —los animó al-Gazal—. Os alcanzaré más tarde, cuando cesen los rezos.

Al-Gazal, sumido en la añoranza del recuerdo, se echó sobre el alféizar de la terraza y adivinó los lugares más recordados de sus años infantiles. Al fondo, sobre las manchas pardas de los olivares, descubrió la Heredad de las Aceitunas y el ejido de puerta Martush, donde aprendió a montar a caballo para competir en el sawlachan, y a lancear a los toros en las peligrosas maidán, las luchas que tanto entusiasmaban a su padre al-Hakam. Oyó el lejano canturreo del riachuelo de los cañaverales, donde armaba arcos de bejucos y donde sintió la primera llamada del firmamento. Y más lejos oteó la trocha que conducía a Granada, donde jugaba a ser un adalid del califa. Aún debía de permanecer entre las empinadas callejuelas la medersa junto a la aljama, más parecida a una zahurda que a una academia, donde su madre Zahara lo llevaba a regañadientes para que el maestro Yusuf le enseñara los rudimentos de la poesía y el Corán. Un vigoroso efluvio a mieses recién cortadas, a orujo de los molinos de aceite y a savia de las alamedas le llenó los pulmones, colmándolo de evocaciones sugestivas.

«¡Qué dulzura de recuerdos, y qué dolor produce la memoria de un tiempo que ya no retornará con su cándida ilusión!», se dijo.

El cese de los salmos lo sacó de su ensimismamiento, por lo que abandonó aquel lugar de privilegio, mientras perdía la mirada en la infinitud de los rincones de su infancia. Descendió por una escalerilla que lo condujo en su peripatético deambular, primero a una cuadra diminuta, en donde reparó en varios asníllos que rumiaban paja, usados seguramente para pedir limosna, y después a un oscuro corredor solitario y sórdido. Detuvo sus pasos y contempló algo inusual en aquella rábida desprovista de puertas, que le hizo detenerse por la curiosidad.

—Por la camella sagrada. ¡Una habitación con una cancela y sin cerrojos! —murmuró para sí, sintiendo una tentación irresistible de conocer lo que se ocultaba tras ella—. Debe de ser la única de este monasterio.

Tras unos instantes de duda, se decidió a entrar, medrosamente y no sin cierto reparo, impulsado por una malsana curiosidad. Corrió con temor un ferruginoso cerrojo, que chirrió en la quietud de la noche. Empujó el portón de roble minado por la herrumbre, haciendo crujir las bisagras con sequedad. Olía a estiércol y a hollín rancio. Luego se escurrió con cautela en una salita circular sin ventanas e iluminada por la mortecina luz de un fanal de sebo. Al frente, en una pared cubierta de sucia humedad, podía contemplarse como única decoración, un signo desdibujado de débiles tonos ocre. Se acercó y lo escrutó con detenimiento e interés. Después de examinarlo detenidamente, el corazón le dio un vuelco, y susurró con voz de asombro:

—La estrella de Salomón. Cada vez se muestran más señales de su presencia.

Recreó su mirada por el grabado, paseándola después por las otras paredes desnudas, hasta que en la indagación reparó en una enorme sombra, antes inadvertida, que se extendía por casi la totalidad del pavimento de la habitación.

—¡Que me lleven mil ifris diabólicos! —balbució absorto—. ¡Qué es eso!

Bajo la linterna que relampagueaba siniestra, vio un pozo a ras de suelo, tapado por una gruesa cubierta de metal oxidado y herméticamente cerrado por al menos diez cerrojos de hierro, mohosos y colosales.

«Se necesitarían llaves descomunales y la fuerza de una docena de brazos para levantarla», pensó. Se detuvo desconcertado; por su cabeza pasó una interrogación a la que su desconcertada mente pronto buscó aclaración: «¿La Mesa de Salomón? —se preguntó—. No quiero aventurar nada, Pero esta ermita guarda secretos que harían palidecer al más exigente taumaturgo».

Y mientras cruzaban por los ojos de su mente todo tipo de conjeturas, de repente, una voz salida de la oscuridad, profunda y amedrentadora, lo sacó de su arrobamiento, y sus piernas apenas si pudieron sostenerle. Instintivamente, al verse sorprendido, dio un salto hacia atrás sobresaltado y asustado por aquel vozarrón incriminatorio.

—Divulga el sagrado Corán —voceó el enigmático interlocutor—: «No entréis en casa extraña sin solicitar permiso y no penetréis en ella si no os lo han permitido. Retiraos enseguida, pues Dios conoce vuestras acciones».

El alquimista, paralizado, no se arredró y con gesto sereno le replicó confundiendo con su cita al monje, que de inmediato cesó en su tono reprobatorio:

—También manifiesta el Profeta, hermano: «No habrá ningún mal si entráis en habitáculo deshabitado, pues el Misericordioso conoce lo que presentáis a la luz del día e igualmente lo que ocultáis en vuestro interior».

—El venerable maestro te reclama. Tu demora resulta injustificable. Sígueme. —Y lo remiró aviesamente, con desconfianza y malicia.

Unos desgastados cirios iluminaban el santuario, donde al-Jabalí, junto a dos de sus discípulos, los recibió nuevamente. A los dos monjes, de tan avanzada edad como él, les brillaban con la luz espectral unas caras macilentas, tersas como el cuero, y sus cabellos desaliñados y escasos sobre cráneos arrugados y quemados por el sol. Vestían con negligencia las llamativas qalansuwa de lana, y al igual que su maestro sus dedos terminaban en largas uñas, encorvadas y ennegrecidas, que les conferían, con el reflejo bilioso y zigzagueante de las velas, un aspecto demoníaco. La recargada atmósfera de cera, almízcle e incienso les reseca el aliento y les enrojecía los ojos.

Los tres ermitaños los recibieron con afabilidad; y la desconfianza con la que habían sido acogidos se había trocado en una atenta y hospitalaria fraternidad. Se acomodaron en las esterillas y aguardaron durante unos instantes hasta que el viejo asceta los cumplimentó con su voz sugerente y paternal:

—Hablad sin suspicacia de todo lo que sobrecarga vuestro corazón. Admiramos la fuerza de aquellos que ansían aprender con el corazón limpio.

—Anhelamos conocer qué es en verdad el Trono de Dios, si Alá así lo quiere para nuestro bien, y saber sí atesoráis en este ribat la perdida Mesa del rey de Israel —rogó el diplomático—. Y no es una vana extravagancia, hermanos.

—¿Acaso no se os reveló en vuestro cultivo de la Cábala?

—Un alquimista no es sino un rastreador que observa desde un vidrio divergente la verdad, respetable imán. Y el propósito de acudir hasta ti es que liberes nuestros corazones de esta duda abrumadora —le respondió al-Gazal sincero—. Hemos caminado errantes de ceguera en ceguera, sin alcanzar la verdad suprema.

—Sostenidos por la fe que os anima, he decidido, junto a mis compañeros de retiro, los hermanos ardales Qatán y Baly, aquí presentes conmigo, revelar a vuestro restrictivo círculo de teólogos lo que sobrevive en este santo lugar —manifestó enigmático, y una honda satisfacción los conmovió, haciendo que agradeciesen a los eremitas su confianza y fe—. Quiera Alá que esta caridad no se convierta en preludio de desgracias.

—Descuidad, maestro. Os escuchamos —le animó Jalíb enardecido.

—El Trono de Dios es la palabra que gobierna el Universo.

—¡Una palabra! —exclamó decepcionado al-Gazal.

—Así es, mi decepcionado amigo. A unos se les revela de una forma y a otros de otra muy distinta. Pero no desesperéis; muchos iniciados como Rama, Hermes u Orfeo, que desde la antigüedad lo buscaron, hallaron su significación precisa y alcanzaron los secretos del infinito.

—Entonces desconocemos si el Trono de Dios es corpóreo o espiritual.

—¡Dilema, indudablemente! —confirmó Baly—. Aunque existe una representación material expuesta en el Templo de Jerusalén cuyo paradero se desconoce. Si bien es verdad que algunos sabios aseguran haberla contemplado en Bizancio.

—Cuando se accede al estado de suprema ascésis, se manifiesta claro y rotundo, y lo llaman con los más fantasiosos títulos, unos, «el ave fabulosa» y otros, el «ángel o kerubh del espejo», o «el disco del sol».

—¿Es un ángel entonces? —se sorprendió al-Gazal!

—Yo —dijo Qatán— he rozado el trance de iluminación y Dios se me manifestó de forma material como el Templo de las Cinco Columnas. Y sobre él se me apareció el ángel de las doce alas que sustentaba en un disco luminoso su Nombre indescifrable, el número Cien.

—¡El imprescindible para interpretar la Cábala! —indicó Firnas entusiasmado.

—Cetera conclusión —sentenció el otro monje con una voz ronca y sobrenatural.

—En Ajmín, Egipto, la antigua Latópolis griega, sede de un antiguo templo de Amón y también lugar de nacimiento del maestro Dul-Nfim, los sacerdotes conocían los Cien Nombres de Dios, y los iniciados poseían el título de baalsem, «aquel que intima con Él y traba conocimiento con la Cábala» —explicó Jalib.

—Y conociéndolos, ¿se pueden descifrar los círculos cabalísticos? —inquirió Firnas.

—Indudablemente, hijo mío. Pero necesitáis la conjunción de ambos tesoros para hallar la clave

numerológica. Si no halláis el nombre inscrito en el Trono, de nada os servirá adentraros en la revelación de la santa mesa, y viceversa.

—Ascetas y científicos del islam gastaron su vida en el empeño, y jamás lo hallaron en parte alguna. El disco de oro no se adora en templo cristiano conocido de Oriente, ni Occidente, y menos aún cuelga de los muros de ninguna mezquita. Os lo aseguramos; tras abandonar Roma, nunca más se supo de él —explicó Qatán.

—Yo, en un trance místico, también contemplé ese ángel —aseguró al-Jabalí, y todos dirigieron sus miradas al anciano, que los miró con ojos beatíficos.

—Escuchamos tu palabra como la alondra el canto de su pareja —dijo al-Gazal.

—Nunca elucidaré si lo que contemplé fue el querubín o una mera ilusión de mis sentidos. Penetré en un sendero iluminado, en cuyo término resplandecía el Sayrat al-Kawn, el árbol del ser y la vida, y, cubriéndolo todo, el Señor del Arbol, Dios mismo. Lo admiré, como le ocurrió al Profeta, a la distancia de dos arcos. Envolvía con su armonía el universo, inmóvil y poderoso en su dignidad, y convocado por una voz semejante a una trompeta descubrí un ser luminoso, del que no podía ver el rostro ni los pies ni las manos, pues los ocultaba con sus doce alas. De su pecho pendía un gran disco solar que cegaba los ojos y aterraba el espíritu.

—¿Y te fue dada la dignidad de descifrar la leyenda? —preguntó Jalib.

—No —respondió—. Tal vez mi imperfección me impedía descifrarla, pero aquel ser de luz indescriptible que jamás olvidará mi alma me mostraba el auténtico Trono de Dios, cuya representación material, la del ángel dorado, buscamos con tanto denuedo, aunque en vano.

—¡Prodigiosa experiencia del alma, maestro! —exclamó al-Gazal.

Al-Jabalí dudó un instante en replicar a su gratitud, y tras unos instantes de aturdimiento y desasosiego exclamó, sorprendiendo a todos:

—Amigos, poseéis algo que nos pertenece, y presiento que os disponéis a donarlo al ribat, según me ofrecisteis en nuestro anterior encuentro. Ensartadlo en el lugar de donde nunca debió ser arrancado; servirá a los designios del Clemente.

Al-Gazal posó su mirada en el esquelético ímán, semejante a una efigie inmóvil presta a ser momificada. El diplomático, sin perder el aplomo, le contestó impávido:

—Si a vuestra vez os dignáis desvelar el secreto por el que hemos cabalgado muchas leguas, es vuestro. A eso nos comprometimos, maestro.

—Tu sagacidad y desconfianza me desarman, Yahía, nieto de Wail, el guerrero. Ese santo amuleto ultima la búsqueda de las piezas perdidas que concluyen la obra.

—¿Y aseguráis si la permanencia recae en este lugar de oración de la Mesa del Templo?

Al-Jabalí, dubitativo, frunció el ceño y buscó el asentimiento cómplice de sus discípulos, que asintieron con la cabeza. Accederían a su petición. Únicamente les cabía confiar en aquellos recién llegados, que habían demostrado ser hombres de ciencia y ascetas de la teología. Arqueó las cejas y afirmó severamente:

—¡Hermanos, Dios os combata hasta la muerte y os niegue el Dar al-Salam profetizado si divulgáis

alguna vez su paradero, y Gabriel, el espíritu de la santidad, os niegue la paz eterna del alma si faltarais a vuestro juramento!

—«Los que tomamos por amigo a Dios seremos los más fuertes», dice el Profeta —contestó al-Gazal—. Jamás saldrá palabra alguna de nuestras bocas.

—Vuestra actitud nos reconforta. Y si así ocurriera, Dios os mantendrá toda la infinitud en al-Araf, condenados al martirio de eternizaros en el infierno, suspirando por las excelencias del edén —confirmó con gesto aniquilador. Los huéspedes cruzaron miradas de júbilo, e inclinaron la cabeza agradecidos—. Permaneceréis dos días de riguroso ayuno, vistiendo la túnica de lana grosera y las sandalias de esparto de los eremitas de este ribat, y tras la oración de la tarde del viernes os conduciremos a aquel que os abrirá la puerta de la gruta de los Prodigios. Y si Dios os considera impuros o embaucadores, hará que perezcáis antes de contemplarla.

—Te lo agradecemos en nuestros corazones —afirmó al-Gazal—. Nunca os sentiréis injustamente engañados por nuestra causa. Lo juramos sobre el Libro Santo.

—Quiero elevaros una súplica: cuando nos abandonéis, desembarzaos de las páginas de ese libro y de las copias donde se revela la existencia de la Mesa de Salomón. Los ávidos de corazón pueden interpretar el enigma numerológico y eso constituirá el fin de la reliquia. La comunidad de humildes ardales y Alá mismo os lo agradecerán. Nadie más debe penetrar en este secreto, que en manos de los sacrílegos renegados puede transformarse en una arma de profanación y vileza.

—Extráelas tú mismo, maestro. El resto del manuscrito regresará con nosotros, y cuando sea interpretado en su totalidad, será quemado por nosotros mismos.

—Un día se libró la Mesa de la codicia del sultán de Damasco, y no podemos consentir un nuevo atropello de ambiciosos con semejante codicia.

Al-Gazal, intrigado desde hacía semanas, se decidió a formularle una pregunta al maestro, confiado en la evidenciada prodigalidad de al-Jabalí:

—Una duda me asaltó, virtuoso muslim, cuando descifraba estas páginas —explicó misterioso—: Me pregunté una y otra vez, en la soledad de mi biblioteca, cómo pudo desaparecer un tesoro de tamaño valor, escoltado por curtidos mercenarios, y más aún cuando el califa de Damasco lo pretendía con tanta vehemencia.

El cenobita dudó en relatarle la tradición confiada por sus predecesores en el ribat, pero su ánimo ya se había abierto sin ambages a aquellos tres hombres. Extendió las manos y abrió los labios para narrarles con gesto enigmático la desaparición de la Mesa de Salomón, aunque ocultándoles los detalles más comprometidos:

—Usáis con maestría los sutiles resortes de la persuasión, y nada os puedo negar —dijo nostálgico—. Eso aconteció hace más de cien años, y los ardales lo han ido refiriendo de boca en boca, sin pronunciar un solo nombre. Os lo narraré, amigos. Escuchad:

»En una noche en que las fuentes del cielo prodigaban su lluvia benefactora, arribó al torreón de Alver, procedente de Toledo, un contingente de guerreros de Muza, transportando en un carro herméticamente cerrado un botín con los sellos inviolables del califa omeya. A ningún mortal le fue permitido acercarse al carruaje y nadie acertó a saber qué singular tesoro transportaban aquellos hombres que no se separaban ni un instante de su lado. Antes del amanecer, con desproporcionadas

precauciones, partieron hacia la fortaleza de Bylí, donde los esperaba un contingente mayor de soldados que conducirían el tesoro de los reyes visigodos al puerto de Pechina, donde ya la nao estaba presta para embarcar hacia Oriente. Unas tormentas aterradoras hicieron que el carromato avanzara dificultosamente durante dos días por los desfiladeros y cumbres, hasta que se extraviaron, perdidos y sin rumbo. Algunos pastores aseguraron haberlo visto por las angosturas de la Cimbarra, junto a las cuevas que guardan tumbas de tiempos inmemoriales, y acampados luego en las riberas del arroyo Guarrizas. Mas una cosa fue cierta: al cubrir las sombras de la segunda noche los pasos, el alcaíde de la alcazaba de Byli se mordía el anverso de su mano porque la expedición no llegaba a su destino. Pasó otro día; la caravana no apareció tampoco y cundió la inquietud por la suerte que pudiera haber corrido el destacamento y su preciado tesoro.

—Suculento episodio para desatar el rumor y el mito —observó Firnas.

—Como así acaeció, hijo. Pronto, un ejército de sirios acantonados en las alcazabas cercanas se diseminó por estas tierras, escudriñando los saltos de agua, quebradas y ríos, tratando de encontrar el preciado carruaje perdido. Todo en vano. Desaparecieron para siempre tragados por la tierra, y jamás se supo de la valiosa fortuna ni de sus porteadores. Se esfumaron sin dejar el menor rastro, hermanos. El gobernador sometió a tormento a algunos lugareños y vigías, pero nadie había visto ni oído nada sobre las valiosas riquezas evaporadas en las serranías de Jaén. Muchos hasta juraron por el santo Corán que nadie había llegado al baluarte de Alver, ni tan siquiera había transitado partida alguna por aquellos bastiones serranos. Aquella inaudita pérdida trajo toda una cascada de asesinatos, destituciones y vanas búsquedas de rastreadores de tesoros. Muza fue llamado a Siria para justificar el terrible e inconcebible extravío ante el mismísimo califa, cayendo a la postre en desgracia junto a toda su familia, pues su hijo murió degollado poco después en Sevilla.

—¡Fascinante! —exclamó Firnas, que amaba las historias extraordinarias.

—Y los santos ardales —continuó misterioso—, por decisión del Altísimo, se hicieron cargo de la santa pieza, no por sus riquezas, que en nada estimamos, sino por la profundidad de la sabiduría que atesoraba. Mis predecesores jamás revelaron el nombre del piadoso benefactor que la entregó para su protección, y que no tocó una sola gema. Aseguraba haberla visto obrar prodigios en Toledo, y desconfiaba de aquel signo divino. Y vosotros, afortunados mortales, tendréis la ventura de admirar la gran revelación del Templo de Salomón.

Permanecieron mudos, como si el aliento los hubiera abandonado. Finalmente, el ímán abrió sus manos, dando por concluida la charla.

—Al-salam alayka, imán salihan, la paz sobre ti, guía virtuoso —manifestó al-Gazal, ayudándole a levantarse de la esterilla, y mientras le besaba la frente y las mejillas, correspondiendo el maestro y sus discípulos, con el mismo signo de cordialidad.

—Aceptadlo con sencillez de corazón y con la prudencia del sabio, único modo de agradecérmelo —concluyó—. ¡Quedad en la paz del Misericordioso!

Los tres huéspedes atravesaron el jardincillo en dirección a sus celdas. A al-Gazal lo acuciaba la necesidad apremiante de ordenar sus reflexiones y tumbarse en el duro camastro donde iniciar el ayuno impuesto por al-Jabalí. Se despidió de sus compañeros y admiró el cielo sin estrellas. Luego recitó un versículo del Corán, con el que esperaba sosegar su agitado ánimo: «Dios me basta, no hay más Dios que Él. En Él he puesto mi confianza. Él es el poseedor del Gran Trono».

Mientras, fuera de la rábida, recostado sobre un tronco de olivo y atosigado por el asfixiante calor, los ronquidos de los errabundos pedigüeños y el chirriar de los grillos, el desconocido jinete que los siguiera se confundía con los peregrinos que, comidos por las bubas y los piojos, aguardaban el amanecer para rogar las prédicas y favores del santo imán. Su grasienta humanidad, propia de un eunuco habituado a las excelencias de un techo más placentero, sudaba copiosamente.

Aquella empresa que le habían encomendado le hacía sentirse presa del más enojoso de los enfurecimientos. Transcurridas las primeras horas de la vigilia, y cansado de aguardar la salida de los tres viajeros, se decidió a abandonar por algunas horas aquel lugar despoblado e incómodo y fisquear entre los sórdidos tugurios de la medina. Hastiado del nauseabundo olor a ajo y cebollas de sus compañeros de espera y del tormento de los picores de las chinches, se incorporó soltando una flatulencia y mascullando improperios, con la cara alterada por la exasperación, abandonó el olivar.

—¡Los trabajos embarazosos son para Tarafa! —murmuró entre dientes.

Sin ser advertido, tomó el sendero que conducía a Jaén y se le alegró el rostro al percibir los ruidos seductores de la nocturnidad, en una venta no muy alejada de la muralla. Cubrió su rapada cabeza y apresuró el paso, deseoso de llevarse cuanto antes un buen vino de Siraf a los labios, o besuquear a un tierno hawi, pero con tan mala fortuna que al tomar el primer recodo tropezó con unos guijarros salientes del camino, cayó de bruces en el polvo y dio con su corpachón en el empedrado sendero.

—¡Por la quijada de Caín y sus cien cuernos! —bufó rabioso.

Se enderezó trabajosamente, farfullando reniegos, y al levantarse contempló sobre su cabeza la sobrecogedora bóveda celeste y una luna pálida y creciente que le pareció un amenazador alfanje, aterrándolo incomprensiblemente.

—¡Maldita sea la sangre de al-Gazal! —se oyó en la noche la voz aflautada del eunuco, que acalló con sus blasfemias a los grillos y a una lechuza solitaria.

Un estremecimiento supersticioso lo embargó, en tanto que la lechuza, inmóvil, lo contemplaba fijamente con sus retículas metálicas.

CAPÍTULO IX. La gruta de los prodigios.

Al caer la noche, resonó sobre el vasto silencio del ribat una salmodia discordante que se extendió como un clamor por los rincones. Los visitantes, cumplido el segundo día de ayuno, saltaron de los camastros sobrecogidos.

«¡Ese Dios es el poseedor del gran Trono. Veremos, dijo Salomón, si has dicho la verdad o si has mentido!», retumbó el versículo coránico de la hormiga. Firnas, Jalib y al-Gazal lo percibieron como una maza en sus cerebros, y se estremecieron de temor. Abandonaron las celdas con los ánimos revueltos tras dos días de ininterrumpida meditación. Comparecieron con las facciones lívidas como el marfil y una extraña sensación de urgencia por lo desconocido royéndoles las entrañas. Tantas horas de abstinencia, con la sola compañía de un jarro de agua, mezclada con ajeno y regocijador seco, los había vuelto desconfiados.

Al desembocar en el patio descubrieron un amenazador cielo púrpura y un sereno crepúsculo, sólo turbado por las retahilas de plegarias. La soledad se enseñoreaba con su infinitud en aquel perdido lugar de retiro, y sólo unas palomas zarcas, huéspedes de sus techumbres, rompían con sus zureos el reposo del ribat. Paulatinamente aparecieron los doce eremitas recitando suras encadenados del Corán, como si quisieran aplacar con el ininterrumpido incienso de sus versos la ira del Altísimo. Cada uno de los místicos portaba en la mano una antorcha encendida, y de sus cuellos colgaban enigmáticamente unas extrañas llaves de exageradas proporciones.

—Há llegado el momento, hermanos. ¡Seguidnos! —exclamó al-Jabalí levantando la vara prioral y animándolos a unirse a la fantasmal procesión.

Los musulimes y los tres huéspedes alcanzaron la puerta que al-Gazal descubriera tan osadamente, y un haz de luminosidad y sombras se proyectó sobre la tapa de metal, que rodearon ceremoniosamente. Aljabalí rozó con su bordón los doce candados, y después todos declamaron a coro, como exorcizando demonios:

—Él posee las llaves de lo inaccesible. Él las conoce. No cae una hoja seca sin que Él tenga conocimiento. No existe un solo grano en las tinieblas de la tierra ni una brizna verde o seca que no se halle inscrita en el Libro Elocuente de las Sentencias Eternas, donde se imprime lo pasado y lo futuro.

En tanto el eco de la recitación reverberaba en la cavernosa estancia, los monjes, uno a uno, extrajeron la llave y abrieron con parsimonia los pasadores. Inmediatamente, y a la señal del prior, levantaron trabajosamente la pesada cubierta y la depositaron en la pared, dejando a la vista una negra y aterradora abertura. A Jalib, al-Gazal y Firnas les corrió por el cuerpo un turbio escalofrío.

—Se diría que nos abocamos irremediablemente a los infiernos —aventuró Firnas.

—Nos aproximamos al gran enigma, y mi corazón galopa como un corcel desbocado —le confió el diplomático en un susurro.

Los procesionantes se apartaron, y el prior se dirigió paternal a un monje de gesto atrabiliario:

—Hermano Muta, precédenos con la luz. Sella la trampilla y condúcenos por el camino verdadero.

Descenderemos los siete ardales y el resto cuidaréis de que ningún imprevisto turbe la quietud o vulnere el secreto de los secretos. Yo cerraré la marcha con los acogidos.

—¡Que el Omnisciente os acompañe, maestro! —exclamó un eremita joven.

Siguiendo al ermitaño que cumplía con la secreta misión de cerrar presumibles trampas y encender las luminarias, se introdujeron en la sórdida boca, descendiendo por una escalerilla de empinados peldaños tallados en la sima. La presión se hacía cada vez más insufrible. Todos se asían a los salientes del rezumante túnel, hundiéndose poco a poco en la galería subterránea como una oruga gigantesca que penetrara en las entrañas de la tierra. Mientras se deslizaban por las angosturas de aquel pozo de sombras, un aire viciado e irrespirable, junto a la sobrecogedora tenebrosidad, cortó el resuello de Jalib, quien, respirando sofocadamente, confesó aterrado:

—Yahía, que Dios compadezca mi debilidad, pero siento perder el aliento.

—Sujétate a mi brazo —le animó el jiennense—. Y piensa que jamás nos hallaremos ante una ocasión tan apasionante en nuestras vidas como la que nos disponemos a afrontar. ¡Fortaleza, amigo!

Algunos candiles de barro situados en los recodos de la caverna lucían en la oscuridad, otorgando al recorrido una iluminación escasa y lúgubre que agrandaba las sombras. Caminaban despacio, tanteando las paredes, como si sus hombros soportaran el colosal peso del ribat y de las formidables escarpaduras de Jaén. Avanzaron durante más de un cuarto de hora por el túnel, que a los forasteros les pareció interminable, perdida ya la conciencia del tiempo y del espacio. De repente la voz de al-Jabalí y un fulgor lejano les hizo detenerse:

—Aguardad un instante —ordenó severo, y se adelantó a ellos.

Escucharon un estridente chírrido de una puerta que se abría; al poco regresó el superior de los ardales. Los observó fijamente y con una voz ronca les indicó:

—Rebasaréis la trivialidad del mundo e ingresaréis en la inquietud infinita del más prodigioso de los portentos. Se abrirá ante vuestros ojos mortales el mayor asombro que vieron los siglos. Penetrad con la sencillez del filósofo verdadero y con la humildad del sumiso asceta, y se os mostrará al conocimiento lo que gozó de la presencia de Dios.

Los tres se adelantaron respetuosamente, temerosos de profanar el sueño secular del sagrado objeto. Atravesaron una gruesa puerta tachonada de clavos dorados, y al traspasarla se dieron de bruces con dos inquietantes estatuas de bronce del tamaño de un hombre. Representaban a unos arcaicos guerreros momificados en actitud fiera, con los ojos vidriados y fríos como la muerte, de datación antiquísima según dedujeron por la herrumbre que las recubría y la tosquedad de su fábrica. En el rostro de Jalib se cruzó un rayo de miedo aterrador. Advertido por el muslim, éste explicó:

—Estas momias salvaguardaban en otro tiempo un santuario pagano, y se les conoce con el apelativo de los Eternos Despiertos. Asegura la tradición que permanecen perpetuamente vigilantes, ívestidos como vengadores de los desveladores del secreto. Y sus almas errantes y atormentadas no descansarán hasta exterminarlos.

Asintieron, mientras un pesado silencio se adueñaba del lugar. Luego al-Jabalí los invitó a ingresar en el recinto. Al-Gazal sintió una excitación desconocida y, aspirando el halo enrarecido de la cueva, vaciló unos instantes antes de irrumpir en aquel rincón singular. Cuando al fin entraron en la cámara, el velo de la oscuridad dejó paso a una trémula luminosidad y quedaron maravillados ante fasto tan

majestuoso. El incienso y el humo de las lamparillas irradiaban una atmósfera opalina e inmaterial. Dentro de su espacio visual, algo portentoso los sobrecogió hasta el punto de no dar crédito a sus ojos.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó boquiabierto alGazal.

—Lo que presencian mis ojos supera lo imaginable —aseveró Jalib, libre de su angustia, enajenado por la suntuosidad, las preces y los sahumerios—. Turbador prodigio.

Ante su atónita mirada se descubría la onírica visión de una sala orbital, modelada en la piedra viva, con dos aberturas y con una cúpula abombada y reluciente como techo protector. De una alfaguara manaba un chorro de agua transparente, brotando en medio de la estancia. Las paredes, de cuarzo y sílice, multiplicaban con un fulgor dorado la luz de las antorchas y el resplandor de dos alcandoras que difundían una luz azulada como nunca habían visto otra igual. De los muros colgaban, en un torbellino de lujuriosa riqueza, joyas de la más fabulosa orfebrería, pertenecientes al tesoro del último soberano godo, Rodrigo, y su esposa Egilona, expoliados de la Mansión de los Reyes de Toledo. Ajourcas de oro, brazaletes de ajófar, diademas esplendentes, collares de ágatas, espejuelos de lapislázuli, marfil y ónix, cruces griegas ensambladas de gemas y rubíes, pectorales engastados de topacios, vasos jaspeados de plata y algunos antiquísimos exvotos de Astarté, dedicados a la diosa y encontrados en aquel mismo santuario.

Y en el centro geométrico de la cámara, sobre un pedestal de alabastro, se hallaba el objeto de los anhelos de al-Gazal y los miembros de la Piedra Negra. Cincelada al modo griego en oro puro, marfil y cedro, y recubierta de ricas pedrerías, se asemejaba a un tabernáculo presto a recibir las ofrendas. Iluminada por los rayos oblicuos de las lámparas, brillaba como un amanecer y resplandecía como los luceros en una noche de estío, Dos ángeles de perfil, laminados en bronce dorado y con las alas extendidas, la asistían como celestiales protectores.

—¡La Mesa de Salomón! —dijo al-Gazal extasiado, mientras la lividez se dibujaba en su rostro—. Al fin ante nosotros. ¡Gracias sean dadas al Altísimo!

En aquel preciso instante los eremitas, prosternados en círculo alrededor de la mesa, iniciaron el rezo del Corán con aleyas alusivas al rey sabio de Israel, el concedor de las ciencias y del lenguaje de los seres creados. Sus voces sonaron etéreas y graves.

—Hemos entregado la ciencia a Salomón, otorgándole el favor evidente de Dios. Salomón ocupa un lugar cerca de nosotros y goza de la mansión más hermosa del Edén. Le sometimos el viento y a los genios que trabajaron en su presencia, e hicimos brotar una fuente de vida futura para él —oró el imán.

—Loa al Guía y Eterno, que lo ha elevado por encima de muchos de sus creyentes —replicaron sus discípulos.

Al-Jabalí se volvió súbitamente hacia al-Gazal, que se alarmó con el aspaviento.

—Yahía ben al-Hakam, descifraste el manuscrito de las cinco claves. Estaba escrito y el destino quiso que poseyeras el sagrado talismán de Hirán, el constructor del Templo. Durante siglos fue parte de esta sagrada mesa y los ardales, en nombre de Dios el Mísericordioso, te suplicamos que restituyas a su lugar lo que nunca debió alejarse de él.

Al-Gazal extrajo pausadamente de la faltriquera la estrella dorada de seis puntas, el emblema

esotérico de la jirka de la Piedra Negra. Vaciló durante unos instantes antes de renunciar definitivamente a su posesión. Luego manifestó agradecido:

—Es la voluntad de Dios. Vuelva el Sello de Salomón a su lugar germinal.

El santón, entre la bruma del incienso, ascendió las tres escalinatas. Después, ceremoniosamente, ajustó en la tapa la estrella de Salomón, que relució en su emplazamiento primigenio. Devuelta la pieza a su lugar, uno de los monjes ardales, de avanzada edad y movimientos cansinos, preguntó a al-Gazal:

—¿Conoces en verdad, nieto de Waíl el guerrero, qué significado tiene para nosotros el Sello de Salomón y por qué deseábamos rehabilitarlo a su espacio original?

—No, maestro —confesó extrañado con la pregunta.

—El Corán dice por boca del Profeta: «Cuando la sentencia pronunciada contra ellos vaya a ejecutarse, haremos salir de la tierra a la Eldjessaca, la bestia, que les gritará por su impiedad a los que no creyeron».

—Comprendemos la cita sobre el Juicio Final, eminente muslim.

—Pero quizá desconozcáis la tradición transmitida por los místicos ardales. Ella nos anuncia que en el día final, cuando el terrible monstruo parta de una de las mezquitas del islam, cuyo nombre sólo el Inaccesible conoce, uno de los profetas aguantará en una mano el bastón de Moisés y en la otra el Sello de Salomón. Los que fueren rozados por él se convertirán en los elegidos. Mas los portadores de su marca, los réprobos despreciados por el Creador, comparecerán con las facciones ennegrecidas y serán condenados para toda la eternidad sin contemplar su rostro. Es por ello nuestro irrenunciable anhelo poseer el talismán perdido. Sólo así la profecía se cumplirá inexorablemente.

»Por eso vuestra llegada, que aguardábamos hace décadas, nos colmó de contento. Tras el anverso del talismán se encuentra una leyenda de la tradición hermética que revela: LA VIDA SÓLO EN LA MUERTE, enunciado cabalístico que nadie ha interpretado correctamente hasta hoy. No obstante, en manos de algún perverso quiromante acarrearía gran aflicción a los creyentes de buen corazón. Así lo pronosticaron los sabios.

—¿Afirmas que aguardabais nuestra llegada? —preguntó incrédulo Yahía.

—¿De qué te extrañas? Tú mismo te dedicas a la astronomía y a la profecía —contestó fulminándolo con la mirada—. ¡Sí! Hace años se nos predijo que antes de concluir el reinado del omeya reinante, el sello regresaría a la mesa de las ofrendas. Y he aquí que el auspicio se ha cumplido venturosamente en el día de hoy.

—Y bien, hermanos, ¿qué esperáis encontrar en el altar de Israel?

El diplomático, que se había mostrado titubeante, reveló inquieto:

—Buscamos hace años los Cien Nombres de Dios, con el empeño de transformarnos en baal shem, aquellos elegidos que dilucidan la Cábala. Conocemos hasta el noventa y cuatro. Pero los cinco que anteceden al último y definitivo, del noventa y cinco al noventa y nueve, los ignoramos, aunque creemos firmemente que se hallan cincelados en esta santa mesa. Hemos llegado hasta vosotros imbuidos de humildad con el propósito de descubrirlos.

Al-Jabalí se conmovió con las ardorosas palabras de al-Gazal, y les indicó:

—Ascended hasta mí y contemplad lo que la mano del Misericordioso escribió en esta mesa, sellando el pacto con sus criaturas.

Un temor reverencial se propagó como el fuego por sus gargantas, y una brusca sacudida los atenazó. Lo divino los asaltó, y por un momento desdeñaron toda conciencia de tiempo y realidad. Las palabras del imán les resonaban como si hubieran sido declaradas por una trompeta lejana procedente de otro mundo. Con los semblantes demudados, caminaron hasta llegar al tesoro Perdido del templo de Jerusalén. Al-Gazal se adelantó el primero, seguido de sus colegas; la curiosidad se agitó en sus entrañas y el ánimo parecía enardecerseles hasta el enloquecimiento. El momento era sublime y se sentían traspasados por la más absoluta de las alucinaciones.

—Nada temáis. Leed, y colmaos del rocío celestial —los alentó el imán.

La cubierta de la ansiada mesa se mostraba como un libro abierto, densamente garabateada con inexplicables inscripciones y signos, como si de un papiro de metal se tratara. Poseía el don de la elegancia sencilla y, como aseguraban los ardales, bien parecía gozar de su propia alma. En los cuatro extremos se apreciaban, hábilmente nielados en oro purísimo, los cuatro sostenes cabalísticos del Trono de Dios, avistados por el profeta Ezequiel: el león, el águila, el toro y el hombre. En el centro, justo donde el imán al-Jabalí había incrustado la estrella de Salomón, se distinguía un insólito grabado helicoidal, signo del Sol, y unas esferas de distinto diámetro, tal vez ignotos astros de desconocida representación, que sorprendieron a los tres observadores.

—¿Qué enigmático curso celeste oculta este grabado? —inquirió al-Gazal.

—Lo desconocemos, aunque parece simbolizar el Sol y ciertas estrellas del firmamento. Ignoramos no obstante la tesis astronómica encarnada en el grabado. Constituyó el gran regalo del sabio Empédocles a Salomón, por el cual, el rey sapiente interpretaba las evoluciones de los mundos con precisión extraordinaria.

—O tal vez represente a la Tierra y los cinco astros hermanos que escoltan al Sol en su recorrido por el cosmos —aventuró Firnas.

—¡Esa falsa teoría es cuestionable y herética! —aseveró uno de los ardales.

—Olvidas lo dictaminado por Ptolomeo en su *Quadrípartitum*. El Sol es un cuerpo celeste ubicado a la merced de la Tierra y de sus evoluciones, y por lo tanto corresponde a nuestro mundo, y no al astro solar, erigirse en el centro del Universo —sentenció acalorado otro de los ardales, con un gesto espantable de su ojo cerrado por un absceso.

—¡Basta! Releguemos ese análisis para ocasión más propicia —desaprobó el imán.

El tiempo se estiraba eterno, y las ansias de discernir su secreto se precipitaban incontenibles en sus mentes. Inclınados sobre la mesa, la escrutaron con detenimiento, maravillados y temerosos, intentando intuir la lengua de un inescrutable texto cincelado bajo la elipse.

—Parecen ser signos arameos arcaicos, empleados en vida del padre Abraham. No precisaremos largo tiempo para descifrarlos —dijo al-Gazal enardecido.

—Lo misterioso atemoriza tanto o más que lo maravilloso, Yahía. Lo interpretaremos prontamente —replicó Firnas, ansioso por iniciar la tarea.

Con indescriptible ansiedad penetraron en el fondo de la leyenda, habituados como estaban a

desentrañar viejas tablillas caldeas, hebreas y sumerias. Siguió un tiempo inabarcable, en el que únicamente se escuchaba el susurro de la fuentecilla y el restallar de alguna antorcha agonizante; así permanecieron inmersos en la reflexión hasta transcribir la inscripción en su totalidad. Sentían un deleite infinito y sus facciones emocionadas lo evidenciaban. Pasados unos instantes, se volvieron con la cara demudada por el enternecimiento. Al-Gazal manifestó en voz alzada y balbuceante:

—Dios nos ha hablado con la misma voz que se manifestó a Abraham Y Moisés, divulgándonos sus últimos nombres. Ya solamente nos cabe descubrir el Trono de Dios y alcanzar el inaccesible y venerado Número Cien del Creador.

Al-Jabalí alzó su vara y, con voz indulgente y reposada, les recordó:

—¡La memoria suele flaquear, y los secretos siempre terminan por divulgarse! Antes jurad en los entresijos de vuestra alma que no confiaréis a ningún mortal su contenido. ¡Y vive Dios que únicamente abandonan este santuario quienes sus custodios consienten! —alegó con firmeza—. El guía de la gruta, el hermano Muta, conoce vericuetos y artificios mortales con los que pereceríais ahogados o muertos por mil celadas y engaños.

Un largo titubeo y una desconcertante turbación impaciente a los huéspedes:

—Perdonad mi recelo. Lo admito, soy viejo y desconfiado, pero no deseo ser aquel que permitió la divulgación de los secretos de la Mesa y hacer que mi memoria permanezca unida a la infamia del deshonor. Compadeced mi suspicacia, más que absolverla. Bien, os escuchamos. Manifestad lo que habéis transcrito de estas escrituras indescifrables para los no iniciados, y os expresaremos si erráis o atrapáis lo cierto.

—Esto contiene el prodigio de la maravilla eterna. Así habla la Mesa —afirmó al-Gazal, mientras su boca palpitaba y sus ojos se iluminaban bajo la frente sudorosa:

YO SOY ELOHIM, EL MISTERIOSO DESCONOCIDO.

YO GOLPEÉ EL VACÍO E HICE SURGIR EL PUNTO INDESCIFRABLE DONDE ENCERRÉ LA CREACIÓN.

EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA ARMONÍA ENTRE YO Y EL HOMBRE, ADAM-KADMON, EL COMPENDIO DEL UNIVERSO.

YO SOY YAHVÉH, EL IMPRONUNCIABLE, Y ÉSTOS MIS NOMBRES QUE PRECEDEN AL DEFINITIVO Y ETERNO:

YO SOY HOCHMAN, LA SABIDURÍA.

YO SOY HESED, EL AMOR.

YO SOY SEBAOT, EL DIOS DE LOS EJÉRCITOS.

YO SOY AN-SOF, EL SIN FIN.

YO SOY AIN, EL NO SER.

Cuando al-Gazal concluyó su apasionada interpretación y acomodó la mirada en los ermitaños, lo

primero que contempló fue el rostro de al-Jabalí, decididamente sorprendido, escrutándolo con sus grises pupilas seducidas por el contento.

—¡Amigos, me basta! Ahora asumo la certeza de vuestros desinteresados propósitos. Os venero como sabios comprometidos con el rigor y la piedad. Vuestra traducción, tan presurosa como fidedigna, revela a mi corazón vuestra erudición, propia solamente de legítimos filósofos y alquimistas.

Semejantes palabras suscitaron inmediatos murmullos de aprobación de los ascetas.

—Alegra nuestro ánimo tu opinión, digno muslim, y jamás guardemos mutuas desconfianzas —le confesó alGazal—. Antes de descifrar este sagrado texto, quemamos nuestras pestañas con el humo de muchas velas y sebo, ante insondables manuscritos y códices de impenetrable profundidad.

El prior les abrió el corazón, y juntando las manos encallecidas exclamó pomposo:

—¡Ya no titubea mi fe, y proclamo mi necesidad y recelo! Y por la gracia del Misericordioso os encontráis entre un restringido número de afortunados. Y no os lo ocultaré. Desde ahora permaneceréis unidos a este claustro por un arcano inviolable, únicamente contemplado por los ojos de algunos preferidos de Dios, como Hirán de Tiro, Empédocles, Salomón, David y Ezequiel, y algunos paganos como Nabucodonosor, Tito el rumi y Alejandro Dhul Karnein. (Alejandro Magno, Dhul Karnein o Dos Cuernos. Llamado así por los árabes al poseer la doble corona de Oriente y Occidente.) El Prudente no responde con mezquindades a aquellos que lo llaman con obediencia y legitimidad.

—Gracias por permitir que nuestra misión consumara su propósito, maestro.

—Hermanos, antes de abandonar el tabernáculo bebed de la fuente, la veladora de la soledad sagrada. Se dice que hace arrinconar los pesares y recuerdos perversos.

—Nunca olvidaremos esta mansión de la paz —intervino Abbas Firmas—. Vuestra generosidad nos ha colmado sobradamente.

—Que el Grande os consuele con la visión del paraíso.

Un lazo estrechísimo uniría a aquellos hombres de ciencia para siempre.

Ya en el patio, bajo el abrazo de una noche límpida y serena, respiraron profundamente antes de retirarse a sus celdas y descansar tras tanta zozobra. De los montes descendían fragancias de espliego y tomillo que sosegaron sus corazones. Uno de los eremitas se les acercó, animándolos a reposar en los habitáculos:

—Hermanos, hoy habéis sido largamente recompensados y por lo tanto afortunados. Dormid en la armonía de Dios. Pronto despuntará el alba.

Al-Gazal se echó en la yacija con la cabeza entre las manos, esforzándose en recapitular todo lo vivido en aquella rábida, pero un raro aturdimiento le impedía reflexionar y concentrarse. Al poco, un vahído espasmódico le corrió por el cuerpo, retorciéndole en el lecho. En tan sólo unos instantes, privado de razón y de noción del tiempo, su mente se deslizó en un torbellino de celeridad incontrolada, conduciéndolo a un estado vertiginoso de luces, caídas impetuosas y eufórica embriaguez. Enseguida, un vacío se adueñó de su confuso intelecto, empujándolo a una laxa y

profunda ensoñación.

El sol se dirigía abrasador hacía el cenit, y los guijarros parecían arrojar fuego.

Al-Gazal se despertó sobresaltado con un lacerante dolor de cabeza y un fuerte escozor en los ojos, mientras sus compañeros de viaje dormían plácidamente hombro con hombro bajo la sombra placentera de un olivo. El ribat se divisaba cercano, a menos de un centenar de pasos, y un musulmán los observaba desde la puerta. La quietud era absoluta y sólo el zumbido de los insectos crepitaba en sus abotargados oídos. De repente en su cabeza surgieron todos los sucesos vividos junto a los ascetas; pero la sed lo atormentaba. Bebió con avidez de un pellejo gordezuelo hasta casi apurarlo. El agua estaba caldeada y olía a cuero rancio.

Súbitamente, aquel olor le trajo un pensamiento de sobresalto, y le dio un vuelco el corazón. Contuvo la respiración e introdujo tembloroso su mano en la faltriquera. Palpó durante unos instantes su interior y suspiró, profundamente aliviado.

—El Libro de Kilab. Sigue ahí. Gracias sean dadas al Clemente. Por un momento pensé haberlo extraviado —murmuró con una mueca de irritación—. Pero ¿qué hacemos aquí tendidos... y fuera del monasterio? ¡Por las cejas de Malek!

—¿Qué ocurre, Yahía? —le increpó al cabo Fírnas al despertarse sobresaltado—. ¡Que el diablo me lleve si sé dónde nos hallamos!

—Obsérvalo tú mismo y extrae conclusiones. No entiendo nada.

Jalíb se incorporó tras su atormentado sueño, tomando consciencia de la ridícula situación. Sus escarcelas, como delicioso maná, estaban repletas de tortas tamizadas de canela. Y, por sí fuera poco, sus cantimploras, rellenas de agua.

—Todo se halla convenientemente en su lugar: la bolsa, el viático, los enseres...; pero ¿qué hacemos en este descampado? —se lamentó el inventor, enojado.

—Nada os puedo aclarar, y la situación se me antoja muy extraña —contestó al-Gazal sin apartar la mirada de la puerta del monasterio—. Han cumplido lo que prometieron y han arrancado sin reservas las páginas donde se señalaba el peregrinaje de la Mesa de Salomón y su emplazamiento. ¡Taimado y precavido, este al-Jabalí! Sin embargo, deliciosa sorpresa, se han molestado en añadir en este papiro la transcripción completa de la tapa, palabra por palabra. La guardaré en el cinturón, y han de sacarme las tripas antes de arrebatármelo.

—Ahora mismo no sabría decirnos si me hallo en Córdoba, Bagdad o en las mismísimas puertas del infierno. Me siento azuzado por centenares de demonios golpeando mi cerebro —se quejó Jalib, refrescándose con agua el cuello.

—Recojamos los zurrones y preguntemos a aquel monje. Él nos sacará de dudas.

Se sacudieron las sandalias y avanzaron hacía el portón de entrada, guardado por el mismo monje que les diera la bienvenida tres días antes. Al-Gazal se adelantó y con modales fraternos abrió sus labios para consultarle, cuando el eremita los detuvo conminándolos, severo y disuasorio:

—¡Descarado comportamiento! ¿Qué buscáis con tanta terquedad? Ya os lo dije: el maestro al-Jabalí se ha retirado a sus meditaciones, y no desea recibir a nadie ni imponer sus manos a los

enfermos. Os ruego que no insistáis y aguardéis otra ocasión mas propicia. No malgastéis vuestras fuerzas con tan inoportuna insistencia. ¡Id en la paz del Oculto!

Y sin conceder la menor oportunidad de réplica, dejó con la palabra en la boca a los miembros de la Piedra Negra, perplejos, confundidos, inmersas sus mentes en un mar de incertidumbres. Atónitos, volvieron las espaldas atropelladamente en dirección al áspero atajo dejaén, prodigiosamente blanco bajo la sombra bermeja del alcázar.

En su sorpresa, la estancia en el ribat se les antojaba una pesadilla de ficción.

Cuatro días permanecieron los tres viajeros en generosa complacencia en la hacienda de los Banu Bekkar, la Uqdat al-Zaytún o Heredad de las Aceitunas, recomponiendo los revueltos ánimos y maltrechos cuerpos. Aquel viaje les había dejado una huella indeleble, pero nada revelaron de la secreta misión. El día anterior a su marcha, el hermano menor de al-Gazal, Umar, un hombre jovial y dicharachero, ofreció una multitudinaria fiesta en los jardines de la almunia. El sarao duró todo un día y a él acudieron los amigos y familiares de Jaén, deseosos unos de abrazarlo y escuchar de sus labios los relatos de fabulosos períplos, y otros de conocer en persona al amigo de los dos últimos emires y asiduo de reyes y sultanes. Los conocidos chismeaban y las mujeres de la casa y las invitadas al festín espiaban a través de las celosías, suspirando por el fascinador poeta de la corte, atraídas hasta el arrebató por su porte y sus hoyuelos embelesadores, los tirabuzones azabaches sobre los hombros y aquellos ojos de gacela, tan turbadores. La fiesta prosiguió hasta que el crepúsculo dio paso al tinte negrísimo de la noche.

Al alba siguiente, al-Gazal y sus amigos emprendían el regreso a Córdoba.

Aún no habían anunciado el alba los gallos cuando enfilaron el camino de Martos, dejando atrás la medína de Jaén y el inaccesible alcázar, cuya silueta se recortaba en un cielo de acero. Cubrieron las primeras leguas estimulados por la frescura de la escarcha y el denso aroma de los espliegos y la hierba mojada, cruzando cenicientos altozanos saturados de olivos y pastizales, bajo un límpido firmamento azul. Al atardecer se adentraron en una bulliciosa trocha por donde regresaban grupos de labradores a las aldeas. Caminaban unos con los pies descalzos sobre las piedras abrasadoras con las hoces y horquillas al hombro y otros en carretas atestadas de aperos de labranza, tiradas por jumentos y conducidas por mujeres de rostros ocultos con negros jimar y mozalbetes de caras tostadas por el sol y grandes ojos castaños y crédulos, ajenos al veloz trote de los jinetes.

La ruidosa venta, emplazada en una encrucijada de caminos, se encontraba atestada de braceros acostumbrados a rematar el laboreo bajo sus parras, con la compañía de un buen nabidb rojo, ese excelente vino de dátiles, o un zumo fermentado de Baeza. De camino, si el ventero había adquirido alguna alegre jarachíyyat, la gozarían por unos pocos dinares tras las andrajosas cortinas del tugurio. Un fuerte hedor a estiércol, vino avinagrado, sirle de ovejas y masa de tortas llegó a sus sentidos junto a unas seductoras bocanadas de humo de los asadores de carne. Descabalgaron polvorientos y agotados bajo el pasquín de entrada, escrito en una tabla descolorida y cubierta de ristras de pimientos secos, que rezaba: JAN BENIAGUAL.

—Buen lugar, la Fonda del Bizco. Aquí repondremos fuerzas, amigos —dijo al-Gazal al desembarazarse del qaylasán y dejar al descubierto el rostro con una mascarilla blanca de arena y

sudor.

—Si no nos detenemos en este palacio bagdalí, hubiera muerto sobre los borrenes de la montura, os lo aseguro —suspiró Jalib, jadeante por la cabalgada.

Al-Gazal impartió órdenes para dejar a buen recaudo los mortales de viaje y las caballerías en un cobertizo de la hospedería. A tal efecto comisionó a dos criados para aprovisionarlas de agua y forraje, y aparejarlas a la salida del sol, por lo que dormirían en los establos, turnándose en la vigilancia.

—Cuidad como a vuestras propias vidas los bultos y las bestias. Guardaos de las jaurías de perros rabiosos que suelen asaltar las posadas de noche en busca de desechos y ganado sin amo. Y tened vuestras armas al alcance —los previno.

La noche compareció acompañada de vahos insoportables de aire canicular, y de tantas luminarias que el cielo se asemejaba a un estanque repleto de inquietas luciérnagas. Poco a poco la sórdida posada quedó desierta, y la quietud se adueñó del lugar. Sólo el ladrido lejano de un perro perdido quebrantaba el relajo de la vigilia. Mientras, en las cuadras uno de los criados atrajo hacia sí las alforjas, situándolas bajo su cabeza, y se recostó en el suelo sobre unos sacos de habas secas preparándose para su turno de vigilancia. Dispuso una afilada daga sobre su pecho presta para ser utilizada, resoplando y refunfuñando agriamente y de mala gana:

—Otra noche compartiendo el sueño con las ratas y las acémilas. ¡Y mientras, los otros disfrutan de un camastro bajo techo, que, aun minada de chinches y piojos, no deja de ser una cama decente!

—¿Quieres callarte de una vez, Abdul? Duérmete, yo velaré. No me perdonaría si le ocurriera algo a los caballos o los zurroneos. Y, no te quepa duda, sí algo aciago aconteciera, lo pagaríamos con nuestro cuello.

El interpelado miró a su colega despectivamente y cerró los ojos soltando un sonoro regüeldo. Pasadas unas horas, el tordo de Fírnas bufó inquieto, dando cortos relinchos y sacando del sopor al adormilado cuidador, que se incorporó a regañadientes, murmurando juramentos, para luego acariciarle el lomo.

—Tienes ganas de beber, jamelgo del demonio, ¿eh? —dijo y, dejando en el suelo la faca, tomó un destartalado cubo de cobre y se dirigió al pozo situado en el corral cercano a las letrinas. Con fastidio, se alejó de la cuadra, anduvo una treintena de pasos y desapareció como tragado por las tinieblas.

De pronto, en el letargo nocturno, una sombra escapó de un robledal cercano, deslizándose torpemente por entre unas higueras aledañas a la caballeriza. El enigmático desconocido, un hombre de formas corpulentas, se protegió en las sombras de la pared y penetró raudo en el cobertizo, seguro de lo que buscaba. Sigilosamente sorteó algunas cabalgaduras que rumiaban paja y lamían bolas de sal, y lentamente se colocó tras el criado, que dormitaba ajeno a cualquier peligro. El enigmático encapuchado, imperturbable y sin producir ningún ruido delator, se remangó la túnica dejando al descubierto unos brazos descomunales y unos músculos tensos como la cuerda de un arco. Miró a uno y otro lado. Luego aspiró profundamente y, con estudiada cautela, situó las poderosas manos, como una garra de acero, en el cuello del adormecido servidor.

Seguidamente, con un movimiento ágil y brusco, le levantó el cuello y se lo partió sin pestañear siquiera, con calculada y escrupulosa precisión. Un seco crujido y un ahogado lamento fueron los únicos ruidos que perturbaron la placidez de la noche. Luego, tomó la flácida y descoyuntada cabeza del desgraciado y, en un rasgo de crueldad, la golpeó con inusitada violencia contra el borde del pesebre, rompiéndole la nariz y los pómulos. Un chorro de sangre caliente y huidiza salpicó la pared. Después la enterró en el estiércol, y le clavó el arma de su compañero en la espalda con macabro gesto de triunfo. jadeante y transpirando profusamente, secó las manos ensangrentadas con la paja del suelo, tomó las bolsas y rompió de un tajo sus lazos de cierre. Escudriñó entre las pertenencias concienzudamente, y a los pocos minutos palpó y rastreó en la segunda alforja hasta encontrar lo que pretendía.

—¡Lo sabía! —se jactó carcajeándose entre dientes. Secó de su calvicie el sudor y huyó con la complicidad de la oscuridad y el profundo sueño de los moradores de la Fonda del Bizco. Pensó en el inminente regreso del aguador, y se ocultó entre las parras de la entrada. A continuación se dirigió hacia donde había ocultado su montura. La misión había concluido con éxito, tras dos interminables y odiosas semanas de desvelo.

A lo lejos aullaba un lobo solitario que asustó al asesino y a su cabalgadura. Y con aquella impenetrable oscuridad como único testigo de su repugnante acción, rió con la fría risotada de una hiena:

—¡Al-Gazal, esta prueba te condenará! —masculló con triunfal resentimiento.

Y picando espuelas, Tarafa, elfatá, con el rostro abotargado por el esfuerzo, desapareció como una exhalación en dirección a Córdoba, por donde ya comenzaban a circular algunas carretas de agricultores y mercaderes, y palanquines de buhoneros.

El despertar no pudo ser más ajetreado y revuelto, El ventero corría de un lado para otro trastabillándose con sus piernas arqueadas y con los ojos desorbitados por la preocupación. Al-Gazal, desolado por la muerte del criado y la desaparición del libro mutilado, le entregó una bolsa de monedas de plata para acallararlo y satisfacer los gastos del entierro del criado. El diplomático divulgó prudente su identidad, comprometiéndose ante el bisojo mesonero a poner el caso en manos de la Churta de Córdoba y del cadí de la aljama. En la venta, señalaban como autor del homicidio al mozo cuidador de los caballos, pues las pruebas así lo evidenciaban claramente. Había huido con una montura robada, su arma seguía clavada en la espalda del desdichado compañero y los equipajes yacían desparramados por el suelo, faltando además algunas pertenencias de importancia a tenor del desmesurado enfado del selecto cortesano del emir. Además una ramera insomne aseguraba haberlos oído discutir, y, pasada la medianoche, el mitigado galope de una o dos caballerías, no muy lejos de la posada.

—¡No hallo explicación alguna al robo del libro! —se lamentó al-Gazal mientras rehacían el camino—. ¿Calibráis la grave fatalidad? Me siento tan vulnerable como un pez en la orilla del río.

—Han hurtado el ejemplar y otras cosas de valor. Pero ¿qué peligro representa ese iletrado para tí? Olvida tus preocupaciones, Yahía.

—Parece como si en sus caracteres llevara impreso un maleficio —reconoció Jalib.

—La huída del mozo de cuadras la entiendo, Fírnas. En mi fuero interno todo aparece claramente

explicable. El caballero descubrió el cadáver y se asustó sobremanera, pues todos los indicios parecían inculparlo. Así pues, cogió una de las mulas y algunas fruslerías, y en su desesperación huyó a las montañas, donde con toda seguridad se unirá a alguna partida de salteadores. A ese pobre diablo ya no lo veremos nunca más, y nada podremos aclarar de este execrable crimen. Son otros los asesinos.

—De todas formas, no mencionemos el robo del texto, aunque las sospechas parezcan responder a un rastro preciso —intervino de nuevo Jalib.

—El mismo que seguimos nosotros, amigo —aseveró pleno de ira y seguro de cuanto sospechaba—. Es obra de los eunucos. E, indudablemente, buscan desprestigiarnos. Han debido de seguirnos para obtener una prueba inculpatoria contra algún miembro de nuestra jirka. Posiblemente, el librero se ha ido de la lengua, aunque dudo que la clave numerológica puedan interpretarla correctamente. Pero no olvidemos que su autor es un conocido miembro de la secta de los mutaziles, enemigos acérrimos de los omeyas. Y ante un cadí suficientemente aleccionado, se convertiría en una evidencia mortal.

—No nos engañemos: el degradante crimen lleva el sello brutal de Naser o Tarafa. Pero ¿quién iba a imaginar siquiera que alguien conociera nuestra empresa?

—La duda y la incertidumbre me acompañarán hasta recuperar ese incompleto libro de maravillas, Jalib —se lamentó al-Gazal.

—Nos hizo desmesuradamente afortunados, y ahora gravosamente desdichados.

Al-Gazal intentó no pensar en futuras contrariedades, pero sabía que a la maldad le sigue inexcusablemente otra maldad. El primer aldabonazo sería la sospecha, después el rumor, la acusación luego, y finalmente la infamia, con tal de alcanzar sus codiciosos planes. Su mente, no obstante, le aconsejó olvidar el funesto contratiempo y centrarse en el inminente y prometedor viaje a Bizancio. Algo interior le dictaba, sosegándolo, que la malicia, al final, bebe de su propio veneno.

En las lomas, cubiertas de viñas y olivos y bajo un cielo cargado de olores a cosechas segadas, una bandada de cuervos batía las alas, graznando cerca del mustio herbazal. A al-Gazal no le agradó el adverso e inextricable presagio.

CAPÍTULO X. Confidencias en el alcázar.

Era una noche cálida, quizá la más calurosa del verano, y no se escuchaban murmullos en el harén. Una fragancia a jazmines ascendía hasta el pabellón de cristal donde velaba Shifa, la que había amamantado al príncipe Mohamed y gozado en otro tiempo de la predilección del emir. La alcoba, embellecida con delicados muebles de marfil y cortinajes de Jorasán, ocupaba el lado oeste del alcázar, no lejos del jardín de los reyes. Como un ascua solitaria, lo alumbraban lámparas de plata que despedían un sutil aroma a sándalo. Sobre un lecho revuelto, yacía la favorita olvidada.

En la semipenumbra, su sensual cuerpo, apenas cubierto por una gasa translúcida, se enroscaba entre unas sábanas granates de Zedán. Deslizaba lánguidamente las piernas y apretaba sobre los almohadones sus pechos llenos y los ondulados muslos, dejando libres a la mezquina brisa de la noche unos hombros delicados, el suave hoyuelo acunado entre la espalda y las caderas y el terso y aterciopelado sexo. Mientras, su mente se había sumido en alarmantes reflexiones y difícilmente conciliaría el sueño en aquella vela inacabable. Cansada de intentarlo, extendió hacia atrás la cabellera y suspiró intensamente, contemplando su semblante en el turbio azogue de un espejo de nácar. Después paladeó unas uvas sazonadas con arropia, antes de asomarse al mirador y gozar de los embriagadores efluvios del vergel. Se encontraba sola y desamparada. No participaba hacía tiempo de las confidencias del harén, huyendo del acoso de Naser y de Tarafa y de su intrigante atmósfera.

Sin embargo, aún detentaba la dignidad de sayyida alcubrá, la gran señora, y nadie podía arrebatarse el título más respetado de palacio. Desde su llegada a los catorce años al alcázar, se convirtió en la preferida del apasionado Abderramán. Aún sus carnes se mantenían turgentes y soñaba como siempre cuando el fogoso sultán se abandonaba a sus ternuras al regresar de las charcas de la sierra, las fangosas gadir-thalaba, donde cazaba durante días enteros, o de la insegura frontera del norte, buscando febril su calor.

«En pocas horas despuntará la alborada y me sumiré en la soledad de estas tibias sábanas —se decía—. Pronto me visitará el delicado Narchis para alegrarme la vela y relatarme todos los chismes del harén. ¡Qué castrado más temerario!»

Al cabo, la puerta crujió levemente y apareció un hombre joven, imberbe, de deliciosa sonrisa y ademanes afectados. Sus ojos sombreados de azul contemplaron con mueca de femenina picardía a la dama. Ésta volvió la cabeza con una sonrisa amistosa, admirando la elegante banda rosada de su turbante, ocultadora de unos mechones rubios exquisitamente ensortijados. Se trataba de su confidente, el eunuco Narchis, el Junco, que había alcanzado por méritos propios el nada despreciable cargo de sarifal-hayyatín, jefe de los sastres de palacio, y muy pronto accedería a la condición de liberto, aun a pesar de su irritante juventud. Habitaba con su cohorte de hilanderas, cortadores y alfayates el Pabellón de la Elegancia, dedicado a la laboriosa ocupación de contentar en el vestir al emir y su familia, quienes lo idolatraban. Nadie como él para ejecutar en las sedas de Catay, los terciopelos de Bizancio y los linos de Samarcanda las modas imperantes en Córdoba y Bagdad. Su gusto exquisito para proveer el ropero real, y unas manos prodigiosas para componer los mas exquisitos modelos, lo habían encumbrado como el diseñador más apreciado de al-Andalus.

El reconocimiento de Abderraman y sus favoritas lo protegía de las insidias de Tarafa y la caterva

de repugnantes e invisibles escudriñadores del harén, a los que parecía como si la castración hubiera estimulado un perverso sentido para la intriga, el enredo y la dífamación. Narchís se movía en el palacio distante de aquellas confabulaciones, pero no por ello era ajeno a cuanto se urdía en la residencia real.

Como cada noche, se arrellanó en un diván atestado de mullidos cojines, junto al lecho donde reposaba la favorita. Aspiró el perfume del jardín mientras paladeaba una tajada de sandía almibarada y admiró con gesto grácil las seductoras formas de Shifa, acentuadas por el tenue tul con el que se cubría.

—Hoy luces un aspecto deplorable, mi señora —confesó con afinada voz—. Aunque ese color añil del velo favorece indudablemente tu pálida tez.

—No conseguirás contentarme con tus halagos. Me siento muy afectada, mi fiel Narchis. Hoy un masajista de la yariya Qalam me ha susurrado en el baño un mensaje aterrador. Ésa es la causa de mi lamentable aflicción. Sentí desvanecerme al oírle.

—Otra vez la temida conspiración para proclamar heredero a ese virulento y altanero príncipe Abdalá. ¿Verdad? —preguntó con suspicacia.

—¡La sempiterna insidia que me desvela! Y, muerto el emir, su hijo predilecto Mohamed y yo misma tendremos los días contados.

—Tan incitante rumor no ha pasado desapercibido en mis talleres, donde una mueca o una velada indiscreción lo manifiestan todo.

—Mi alma precisa escuchar de tus labios la certeza de esa perfidia.

—He oído fugaces bulos, aunque no del todo desesperanzadores —la consoló.

—¿Qué sabes, Narchis, querido? —rogó con voz apenas audible.

El eunuco esbozó un gesto de complicidad, y entornó el ventanal para asegurar la absoluta reserva de sus palabras.

—Mi dócil yariya, los secretos de los sultanes abrasan las lenguas y duran poco en el silencio. Pero duele a mí corazón descubrirte olvidada y desdichada, cuando fuiste tan considerada hasta hace bien poco.

—Nadie como tú, mi bálsamo nocturno, para consolar mis entrañas.

El castrado se sirvió en una copa un jarabe de jengibre y palo de áloe, combinándolos con una pizca de canela y aromático alcanfor para mantener su frescura. Mojó sus labios con exquisito ademán y manifestó:

—Pocos saben cuanto vas a oír —y aminoró su voz aterciopelada a un tono susurrante—. Ni Tarafa, ni Tarub, la pérfida gata de este gineceo, saben de esta empresa. Es un asunto exclusivo del viejo al-Layti, que se pudre por dentro, y del ambicioso Naser, ¡que el Oculto los confunda!

—¿El alfaquí al-Layti? ¡No puedo creerlo! —se extrañó confusa.

—E incuban más sorpresas; y por la gloria del Altísimo que, si tu nombre no estuviera involucrado, jamás te lo hubiera referido para no desasosegar tu alma. ¡Lo juro por el Libro Sabio!

La favorita se revolvió en el lecho con el rostro demudado.

—Yo implicada. Pero ¡qué necesidad me dices, Narchis! Perturbas mí alma.

—Modera tu arrebató y escúchame, señora. Así conocerás mi testimonio —contestó intentando serenarla—. No se trata de tí, sino de algo poseído por tí.

—No te comprendo —replicó dubitativa y confusa.

—¡Hablo del al-Thubán! Esa joya diabólica poseída por mil diablos.

La mujer esbozó un gesto de alarma y su piel de alabastro se tornó encarnada por el enfurecimiento. La atractiva mezcla de delicadeza y dulzura se convirtió en unos instantes en un torbellino de ira incontrolada.

—¡El Collar del Dragón! —se lamentó, mientras posaba su mirada en el tocador, un mueble taraceado de marfil donde se hallaba la fabulosa joya de gemas granates—. Debí imaginármelo. Sin embargo, no llego a comprender...

—Y cuando te lo refiera apenas si podrás admitirlo como cierto.

El castrado apretó sus finas manos con las uñas tintadas de alheña y le confesó enigmáticamente:

—Alquimia, señora Shifa. Esa misteriosa ciencia de quiromantes que dicen que transmuta metales innobles en oro.

—¿Alquimia? —se extrañó ella abriendo exageradamente los ojos.

—Te lo aclararé, aunque si mis palabras son escuchadas por alguien, mi vida no valdrá ni una onza de alazar. —Y suspiró para luego proseguir—: Según mi confidente, la joya encierra en sus engarces una misteriosa fórmula lograda por el príncipe Yazid de Bagdad, el elixir púrpura, y por cuya posesión ya han perecido muchos hombres. Al-Layti y Naser conocen, por cierto código oriental, cómo el príncipe alquimista, al que pretenden emular, guardó en tu alhaja la fórmula secreta y magistral. Conocen el mito y creen en la promesa de que su posesión los convertirá en inmensamente poderosos, ya que ese oculto elixir puede aumentar mil veces el peso en oro purísimo de cualquier aleación.

—Algo así como sí un despreciable dirham se trocara en diez monedas de oro.

—Exacto. Y esta ambición, de indudable atractivo, resulta altamente peligrosa.

—Desatará ambiciones de consecuencias asoladoras. ¡Pero jamás llegarán a poseer esta joya! Antes de dejar que caiga en sus zarpas, la destruiré: te lo juro por lo más sagrado.

—Pues la erudita fórmula, como el aliento de la adversidad, se enmascara en algún oculto recoveco de tu collar —aseguró indiferente el eunuco.

—¡Créeme, Narchis: la gargantilla no contiene ningún mensaje ni inscripción confidencial! La he manipulado con mis manos cientos de veces y en los engastes resultaría ilusorio tallar ni ocultar la más ínfima leyenda, pues carece de la holgura necesaria... Y lo vas a comprobar por tí mismo —aseguró con resolución.

Shifa apartó una copa perfumada de alabastro, extrajo un clavín argentado que introdujo en un cofre de cedro recamado y ennegrecido por el tiempo, lo abrió con delicadeza y en el anverso de la tapa aparecieron las letras doradas de la dedicatoria que tanto gustaba de releer. Despojó calmosamente de su aterciopelado interior la preciada alhaja, que al tomar contacto con la luz azafranada de la

estancia refulgió esplendorosa, emitiendo cegadores destellos carmesíes a su alrededor. Con ceremoniosa expresión la cedió al castrado, cuyas facciones se iluminaron como si cien soles lo alumbraran.

—¡El al-Thubán! Nunca tuve tan cerca un joyel de semejante hechizo.

Después de admirarlo de diversas formas y acercarlo a la lámpara, lo contempló al trasluz escrupulosamente. Ojeó sus cadenitas y, uno a uno, los diamantes rojos, y los óvalos encadenados resplandecieron en sus dedos, pero sin éxito alguno.

—En verdad no se detecta nada oculto ni disimulado, mi querida Shifa.

—Ya te lo he asegurado, Narchis: han propalado una fábula sin coherencia alguna.

—¿Y las vidas cobradas a la sombra de su maléfico encanto? ¿Podríamos olvidar al benévolo Laqit, a la esclava sudanesa, a Masrur, o a aquel bello taffador que desapareció no ha mucho, tras su pérdida?

—¿No murió de unas calenturas? —se sorprendió Shífa.

—¿Desde cuándo unas fiebres convierten la piel de un hombre de veinte años, exquisito como un vergel, en un reflejo pardusco preñado de pústulas? —preguntó exasperado Narchis—. ¡Yo lo contemplé amortajado, y el mortífero tósigo de cardamomo le salía por la nariz y los labios! ¿Acaso no aprecias la mano de Naser y Tarafa? Guárdate de este maléfico Agujón del Escorpión y vigila a los codiciosos. La avidez bulle insaciable en sus corazones.

Aquella rotunda advertencia trocó sus dulces facciones por un aire adusto. Luego le confesó decididamente intranquila:

—E sta contrariedad, aun siendo inquietante, me impacienta menos si la comparo con la traición que fraguan alrededor de mi esposo y de mi hijo Mohamed. No me permite vivir en paz.

—No es una conspiración nueva, mi preocupada hurí, sino un siniestro y vergonzante capítulo más de la eterna intriga para instalar a ese despiadado de Abdalá en el trono. Ayer sorprendí a Naser y a la pérfida pantera de Tarub proponiendo al emir que rubricara un documento convocando a los notables de las tribus a la ceremonia de la baia, la sagrada proclamación del heredero. ¡Qué denigrante artimaña!

Aquellas palabras resonaron en los oídos de Shífa como el fragor del mar, y un aldabonazo de angustia retumbó en su cerebro. Conocía muy bien la trascendencia de aquel acto, el más señalado en el reinado de un emir. La umma lo acataría y de inmediato se asociaría al trono del sultán, con análogos poderes a los de su padre.

—¡Que el Clemente nos salvaguarde, pues de ejecutarse significaría el fin!

—Aún no, Shífa; sosiega tu alma —la reconfortó—. Cuenta con escasas adhesiones en lajassa. Únicamente los visíres y eunucos afines a Naser la secundan.

—La verdad camina desnuda, y la maldad se escuda frecuentemente en la vileza. Me encuentro más indefensa que nunca, y el miedo me domina.

—El mal se rasgará como una seda con la fuerza de nuestra lealtad.

—Dios lo quiera —rogó—, ¿Y qué argumentó el emir ante tamaña intromisión?

—Nuestro señor se entristeció y les señaló adusto que el reino vive las dulzuras de la paz y no conviene alterarlo con acontecimientos súbitos. Admítelo, Shifa, llegado el momento oportuno, testará en favor de Mohamed; no lo dudes ni por un instante, mi resplandeciente y desconsolada yariya.

—Mañana tendremos ocasión de platicar con al-Gazal y los poetas del Diván en la recepción a los embajadores de Bízancio en el Qars al-Badí, el palacio de las Novedades. Trataré de transmitirles mi preocupación, y quizás aún consigamos detener una conspiración de efectos tanintolerables como oprobiosos para nuestro príncipe. ¿Qué haría yo sin ti, mi buen Narchis? —preguntó lánguidamente la dama mientras le acariciaba la mano maternalmente.

—Pues sobrevivir con dignidad en esta maraña de pasiones —respondió con dulzura.

Paulatinamente el horizonte clareó y el jardín mostró una estampa frondosa y fresca. La noche se extingüía triste y se revelaba luminosa la oriflama de la madrugada. Shifa se adormeció y el sueño le trajo una pavorosa pesadilla. Una repulsiva sensación parecía quemarle las entrañas. Un escorpión rojo la oprimía mientras le siseaba en sueños. Luego, la visión devoraba unas negras tarántulas, hasta ocupar la forma de un apasionado amante de tez bronceada que desbarató su espantoso sueño. Su cuerpo semidesnudo se humedeció de sudor y un estremecimiento, gustoso y fluyente, se propagó mansamente por el cuerpo, como si pasionales caricias recorrieran su piel. Suspiró profundamente, Y se sumió en un placentero sopor.

Sanae, la qiyán, se había granjeado el afecto de los moradores de la casa desde el instante en que atendió al esclavo Masrur con aquella ternura que a todos enterneció. Cuando no se hallaba con las mujeres en el serrallo, o en el estudio de su amo tañendo el laúd o calculando tablas celestes, se ocupaba del jardín de la casa, cuidando las plantas aromáticas Y un sicómoro de incienso traído de Alejandría y sembrado con su propia mano junto al palomar. A menudo podía vérsela consultando en un viejo libro los preceptos botánicos de Díoscórides, tocada con un sombrero de paja que protegía su fina piel. Podaba los tallos, separando las hojas que amarilleaban y combinando arbustos blancos, violetas y amarillos con la única satisfacción de recrearse en lo perfecto. La música, el amor por las flores y la astronomía componían sus entretenimientos contra la nostalgia de Yidda y Adén, en Arabia.

Cada tarde paseaba por la huerta con Masrur, recurriendo a su erudición para recobrar la memoria y la energía del muchacho. Desde que le suministrara aquella parduzca pócima que le hizo expulsar la bilis y jugos venenosos del cuerpo, parecía un ser distinto. Había dejado de sonreír con aquella fatuidad irritante, y su semblante tomó un gesto reservado, pero con esperanzada vitalidad. Comenzó a formular preguntas y a agradecer los desvelos de la esclava, y aunque aún caía en mutismos prolongados, contestaba al amo y al mayordomo con precisión notable y vocabulario esmerado, si bien nunca mencionaba recuerdos pasados.

Pero con Sanae sus conversaciones eran más profundas, no exentas de los matices sutiles de un sentimiento más elevado. En ella había encontrado su alma desconcertada los afectos perdidos, y el temor inicial se convirtió en un intenso afecto. La seguía como un perro faldero, con los cabellos ensortijados salpicados de briznas de hierba, recogiendo hojarascas y tallos secos que luego acarreaba al vertedero tras las rosaledas, donde cortaba la más lozana para ofrendársela tímidamente a la qiyán. A veces Sanae le hablaba durante horas enteras, sin escuchar respuestas coherentes a sus

preguntas, y le secaba el sudor con su fino pañuelo de seda, gesto al que respondía él con una mueca de agradecimiento y una sonrisa candorosa.

—Este arbolito es un laurel de Egipto, Masrur —le explicaba—. En Arabia se cultivan para ahuyentar a víboras y culebras. Ayer sorprendí una junto a las parras y me causó espanto. Ahora me ayudarás a separar los estambres de estas azucenas. Con ellos y con un aceite de narciso elaboraremos un sirope para ti; permaneces muy tenso y agitado.

—Muchos recuerdos que no reconozco como míos entristecen mi alma.

—Abre tu corazón y sanarás. Todos te ayudaremos.

—¿Por qué te preocupas por mí? —se interesó—. ¿Te mueve tal vez la compasión?

A la desconcertada Sanae se le escurrieron de las manos las cizallas, y su pulso se alteró inesperadamente. Era la primera vez que emitía un pensamiento completo, testificador de lo que acontecía en su atormentado corazón. Se recompuso y le replicó cariñosa, aunque desorientada:

—Siendo la conmiseración un noble sentimiento del alma, puedo asegurarte que no es el único motivo que me mueve a ayudarte —se excusó despreocupadamente.

—Los de esta casa me miran con ojos de lástima.

—No lo consideres pena, Masrur, sino afecto. Fuiste ofrecido a nuestro amo por el emir, la persona más poderosa de al-Andalus, convirtiéndote para él en persona sagrada. Si algo trágico te ocurriera, debería responder ante el tribunal de los cadíes.

—Hombres libres, y hombres esclavos —sentenció con tristeza—. Unos se calzan las espuelas y los otros servimos para ser ensillados y fustigados.

—Únicamente la esclavitud voluntaria es vergonzante. La nuestra es obligada e inevitable, Masrur.

—Nunca renunciaré a mi disposición hacia la libertad.

—Tú eres un saqaliba considerado, y por tanto, favorecido. Perteneces a la casa del sultán y, por lo que he oído al mayordomo, posees habilidades para el álgebra y ejerciste como cualificado escribiente de la cancillería antes de ser trasladado a esta casa a requerimiento de nuestro amo.

—¿Has pronunciado el nombre de Abderramán? Suena en mi interior. ¡Aguarda! En mi memoria surge otro grato y generoso... Shífa, tal vez... ¡Sí, eso es, Shifa! Pero lo que perdura en mi recuerdo son parajes de nieve inmaculada y un lugar atroz, oscuro y lóbrego que hace que me estalle la cabeza.

—¡Has conseguido recordar algo! Es maravilloso, Masrur —exclamó la joven exultante—. Antes sólo mascullabas nombres desconocidos y lugares indescifrables. Hoy al fin has logrado acomodar en tu memoria dos personas que existen verdaderamente y en un espacio real. Nuestro señor al-Gazal se alegrará sobremedida.

—Nuestro amo me visita en mi cubil en algunas ocasiones. Permanece durante un tiempo observándome, muy fijamente. Cree que duermo o estoy ausente. Una vez lloró, aunque él creía que yo no lo advertía. Es un hombre compasivo.

—Un oasis en medio de la barbarie de hombres brutales y de un mundo violento. Posee la virtud de la exquisitez, aunque, por creer en la bondad del género humano, sufre mucho y padecerá más. Muchos lo aman y otros buscan su perdición, pues ha volado muy alto y cerca del sultán. Cuando lo

trates, tú también lo amarás.

—Quiero retomar la madeja enmarañada de mi existencia y desentrañarla, pues vuelven a fluir poderosas mis ganas de vivir, aunque privado de libertad.

—Sólo los tenaces salen fortalecidos de las ásperas pruebas. Descendiste a las bocas del infierno, cruzaste el más yermo de los desiertos, pero has conseguido regresar.

—Mis dudas fueron para mí insoportables. Y los que antes me hicieron este daño y borraron mi memoria, ¿no lo intentarán de nuevo?

—Entiérralos en lo más recóndito de tu ser.

—Lo procuraré, Sanae —y le confesó con una devoción que sorprendió a la qiyán—: No sabes cuánto envidia al amo que puede tenerte siempre que lo desee. Y si pretendo restaurar mi vida, es para contemplarte cada día.

Una insondable alteración le rasgó el alma, y perdió el control de su compostura, que se resquebrajó como el cristal. Observó al muchacho con sentida y dolorosa dulzura, y le declaró con los ojos acuosos, próximo su corazón al desgarrar:

—Masrur, a nosotros no nos es permitido amarnos. No nos pertenecemos. Yo fui educada para complacer a mi dueño, y no puedo abrigar sentimientos de estima hacia otros hombres. Dejaría de ser una qiyán para convertirme en una ramera de burdel. Olvídalo. No martirices mi alma ni aflijas tu quebradizo espíritu, te lo ruego.

Y, súbitamente, Sanae corrió alocadamente hacia la casa con los ojos arrasados en lágrimas y el rostro contraído por la pesadumbre.

¿Acaso podía su corazón dominar el amor atesorado por aquel muchacho y que ahora sabía correspondido? Aquella que debía deleitar con las más exquisitas prácticas amorosas al amo se había tropezado con un sentimiento puro más poderoso que las fuerzas del océano. Comprendió que se avecinaban tiempos de desazón, y estalló en un sollozo incontenible. Cuando traspasó la puerta, desde la mezquita aljama percibió la ronca y altisonante voz del almuédano convocando a la adhan a los musulmanes, sonando a la vez en el aire de Córdoba el eco de los más de doscientos alminares, en un coro de multitudinarias voces de fervor.

Se secó los enrojecidos ojos y se desplomó en el diván volcando con el aturdimiento una bandeja repleta de frutas, que se derramaron huidizas por el pavimento.

Desde el regreso de Jaén, al-Gazal desplegaba una actividad frenética e incesante. Sus asuntos familiares, los de la jirka de alquimistas y la inminente salida para Bizancio, no le daban un momento de respiro. La víspera habían convocado al resto de los integrantes de la Piedra Negra, a los que rindieron cuenta de la insólita experiencia vivida en el cenobio jiennense. Conocieron de SUS labios, estupefactos e incrédulos, el mensaje esotérico de la Mesa de Salomón y la clave que los conduciría al gran conocimiento, juramentándose luego para enterrar en lo más profundo de sus almas el hallazgo. Se comprometieron a proseguir con la averiguación del Nombre Número Cien de Dios, lamentando el extravío del fragmentado libro de Kilab, cuya desaparición era hartamente sospechosa y motivo de imprevisibles desgracias.

En los días siguientes, el diplomático se reunió con el emir en un recogido jardincillo de naranjos preñados de frutos, semejantes a diminutos rostros amarillos que asomaran entre las ramas. Una fuente rumorosa donde estallaba un chorro cristalino y el arrullo de algunas palomas azules convertían la plática en un regalo para los sentidos.

Arrellanados frente a frente, conversaron en la indolencia de la tarde sobre el viaje y las entrevistas previstas ante el rebelde Abú y el emperador Teófilos. Una mesa baja de plata contenía varias fuentes repletas de albaricoques y granadas cuarteadas, y unas copas de vidrio azulado con jarabe de albahaca y anís salpicado de canela. Charlaron plácidamente sobre hallazgos mutuos en astrología y alquimia, disciplinas en las que Abderramán volcaba auténtica pasión. Ahondaron en disquisiciones de teología, y trataron el creciente empuje de las doctrinas sufíes, sonriendo abiertamente el emir con las ocurrencias del poeta, que alegraban su afable rostro aceitunado. Después aquilataron escrupulosamente los detalles de la legación a Constantinopla.

—Bizancio no puede disimular su intranquilidad —explicaba Abderramán sentencioso—. La pérdida de Creta ha aniquilado el tráfico marítimo, arriesgando la hegemonía en el Mediterráneo. Y, para remate de infortunios, los impíos abasíes han arrasado la ciudad natal del emperador, la inexpugnable Amorium. Excesiva fatalidad para un rey. De modo que le quedan escasos apoyos en este tablero de equilibrios políticos. Qartiyus nos presenta la situación del Imperio como floreciente cuando es verdaderamente ruinoso.

—Príncipes y embajadores son los únicos mortales a los que se les debe permitir fingir y mentir por el bien del Estado, nos dice Platón en su República. Concedámosle la prerrogativa de ser mezquino con nosotros y fiel con su señor.

—No obstante, contaremos en lo sucesivo con Teófilos como un aliado sincero.

El cortesano asintió y le expresó una duda que le asaltaba desde hacía semanas:

—¿Acometeré el viaje a Constantinopla solo, mi señor?

—No. Te acompañarán Solimán Qasín, el navarca, quien nos prestará su barco insignia para la legación; y como agregado tuyo he designado al erudito Yahía al-Munayquila, el Relojito, como le llaman cariñosamente en el alcázar. Lo considero un cortesano inmejorable donde los haya. Trasladará al emperador Teófilos y a su esposa como presentes un reloj y otros ingenios mecánicos curiosísimos creados por él mismo.

—Me complace su compañía, señor —confesó sin jactancia, aunque algo extrañado por la insólita elección—. Juntos te serviremos con lealtad.

—A propósito, Yahía. Existe otro asunto de reserva suma. De todos es conocida la superioridad de las escuadras bizantinas en el mar, causa principal de la inexpugnabilidad de Constantinopla. Y todo se debe al secreto militar mejor guardado de oriente. Aquel estratega que lo conozca dominará los mares.

—¿A qué te refieres, mi señor? Me has alarmado.

—¡Al fuego griego, Yahía! Nadie conoce la composición de tan terrorífica arma. únicamente lo usan los barcos defensores de la capital y sus inmediaciones. En las cubiertas transportan catapultas con un mortífero líquido que asola por sí solo escuadras enteras. Si la ocasión se presentara propicia, y sin por ello colocaros en situación de riesgo o peligro, procurad Qasín y tú intimar con la

misteriosa naturaleza de esos artefactos. Al menos intentadlo por vuestro amigo el emir.

—Tus solicitudes se convierten en mandatos, Abderramán —le prometió.

—El éxito de la misión está en tus manos. Serás agasajado, y comprometido a hablar más de la cuenta. Disfraza la verdad sin faltar a la cortesía de nuestro pueblo, y piensa que a veces el camino más largo de la negociación resulta el más seguro.

—Mi lema en las delegaciones, y tú lo sabes, se basa en la calma, la desconfianza y la discreción. Veré con las orejas y oíré con los ojos, y el aire, y no la luz, se convertirá en mi elemento predilecto, y mi cordialidad, señor, será como espada india que desnudará sus almas. A mi vuelta conocerás todo sobre el Imperio bizantino.

—Por eso mi razón y mi corazón confían en ti y te estiman. Ten siempre un remo en el agua y el otro rozando la orilla, y desconfía de todo y de todos. Qartíyus me ha parecido un buen hombre, pero, lógicamente, asiste a su emperador. Aguardo tu regreso con preocupación. Tus hijas y haciendas quedan bajo mi protección directa.

—No podía esperar de ti sino consideración y amparo —reconoció agradecido.

—Dentro de ocho días embarcaréis en Pechína, si la respuesta astral así lo determina. Esta noche, en el palacio de las Novedades, conversaremos con Qartiyus y determinaremos los detalles de la legación.

Abderramán invitó al diplomático a beber del refrescante sirope y, a una señal casi imperceptible, uno de los chambelanes avivó las ascuas de un incensador, y de inmediato una cautivante emanación a esencias de almizcle y ámbar gris se adueñó de la estancia, cubriendo de volutas el techo abovedado de la sala. Después el emir tomó unos granos encarnados de granada en su mano y le ofreció acogedor:

—Yahía, antes de que partas, ¿puedo saciar alguna apetencia escondida, como muestra de mi sincero agradecimiento?

Al-Gazal, que no esperaba semejante proposición, rechazó el inesperado favor.

—Declino humildemente tu halagador ofrecimiento, mi príncipe. Con tu sola amistad, Abderramán, me siento sobradamente retribuido.

—¡Vamos, Yahía, algo ambicionarás! —insistió sonriente.

El poeta quedó pensativo y por un momento una fugaz idea que hacía tiempo le rondaba en la cabeza se le vino a la mente, fresca y pujante. El momento no podía ser más propicio para expresarla. Había determinado solicitárselo a su regreso de Oriente, pero consideró que no encontraría otra oportunidad semejante. Se llenó de valor y preguntó:

—¿Recuerdas, mi emir, a aquel esclavo cedido a mi casa a instancias de la señora Shifa para rehabilitarlo y tutelararlo en la pasada noche del Shabán?

—Cómo no he de rememorarlo —se interesó el emir esbozando una sonrisa—. Disfruté con la hábil disputa dialéctica (por no decir astuta celada tendida por mi amada Shífa y tú) con al-Layti y el leal Naser. Me satisfizo rehabilitar tan piadosa costumbre instaurada por mi padre. ¿Y cuál es tu pretensión con el esclavo?

Al-Gazal tragó saliva, para luego suplicarle resueltamente animado por el buen humor del emir. Con melosas palabras solicitó:

—Salió de las mazmorras de este alcázar seriamente enfermo, hasta el punto de hacernos temer por su vida. Le hemos tomado apego casi filial, y con el tiempo, si se muestra como buen observador de la ley, había determinado manumitirlo... con tu anuencia.

—Si he de serte sincero, siempre me pareció desmedido vuestro interés por un esclavo tan insignificante. Pero sea tal como quieras. Da la orden a al-Zayyali, y redactará de inmediato el acta de venta. Así podrás acreditar hoy mismo tu propiedad. Lógicamente, nada has de pagarme, pero para asegurar legalmente la transacción, entrega una síla para los pobres en la mezquita y el asunto quedará legal y cabalmente resuelto.

—Beso tu mano por tu generosidad, mi imán. Además el muchacho lo merece, pues es reservado e instruido, y descubre día a día prudencia y vastos conocimientos. Estudió con tu hijo Mohamed en la medersa de la aljama, donde dio muestras de un gran talento.

—Siendo así me place aún más la concesión, Gacela —replicó el emir alzando sus cuidadas manos y dejando entrever su franca sonrisa y unos dientes exquisitos.

Cuando la plática parecía concluir, el emir cambió de gesto y observó a al-Gazal con una mirada de enigmática curiosidad que alertó al poeta.

—No te he mencionado antes algo que no puedo apartar de mi mente. ¿Seguís tú y mis estrelleros predilectos con las búsquedas alquímicas y la interpretación de la Cábala? Creo que últimamente andáis atareados con relevantes disquisiciones.

—Ciertamente, y a veces en el mar del conocimiento aparecen islas de fantasía que nos desconciertan, señor, volviendo crédulos a los que siempre nos manifestamos escépticos. Pero cuanto hemos indagado lo hemos hecho con pureza de corazón y con la codicia amordazada. La ilusión ha sido siempre mi compañera inseparable, y me ha afligido tanto o más que la realidad misma. No obstante, aún no hemos alcanzado la plenitud de lo que buscábamos.

Abderramán lo escudriñó de forma penetrante, y alGazal no pudo mantenerle la mirada, al circular por su interior confusas emociones.

—Cuanto más platicamos, más me sorprendes —dijo finalmente el emir, con amigable consideración—. Tal vez por eso eres mi más escurridizo diplomático. A tu vuelta hablaremos con más detenimiento de tan enigmático tema.

El emir insinuó un ademán de dar por finalizada la entrevista, por lo que hizo sonar una seca palmada. Al momento se entreabrió la puerta y entró el chambelán, que le alargó un pergamino enrollado.

—Toma la invitación para la fiesta de esta noche. Puedes leerla si te apetece aquí mismo —lo animó, concedor de la sensibilidad poética del cortesano.

Al-Gazal titubeo, y con parsimonia deshizo el lazo verde y blanco. Luego leyó:

Al-Gazal, seamos reyes sobre el trono de las espesuras y destapen ante nosotros las doncellas sus caras deliciosas, y entre el azabache de sus trenzas, surjan como efímeras lunas. Te aguardo la noche

del viernes en el palacio de la Diadema, y que los hilos del amor nos aten al deleite, mientras agasajamos a los Rumís de Bizancio.

ABD AL-RAHMAN BEN AL-HAKAM.

—Es una invitación sublime, y como siempre la inspiración poética te asiste.

—Que Dios te acompañe, Gacela. ¡Salam!

—Queda tú y los de tu casa con Él, mi poderoso protector. Salam.

Abderramán apreciaba a al-Gazal, y observó cómo tomaba solitario el corredor de los jardines, con su paso recio y distinguido. Le atraía su forma de vida dedicada a la creación, al deleite de los placeres y al estudio, y su propensión perenne a intimar con los enigmas del saber. Se comportaba como hombre de paz, resuelto y tasador ecuánime; los acontecimientos parecían girar a su alrededor y no al revés. En su interior se felicitó por tenerlo como amigo sincero y leal cortesano.

Traspasó las galerías y cruzó presuroso el salón del Olmo, donde accedió a la puerta del Río. De su entrevista había conseguido una valiosa dádiva, la libertad de Masrur, y una segura convicción: el emir seguía atesorándolo en su bondadoso corazón. «Pero ¿por cuánto tiempo?», pensó. Sólo hasta que al-Layti, Tarafa o Naser acertaran a urdir una prueba contra él de desviación doctrinal y lo acusaran en nombre de la ley coránica del delito de impiedad o blasfemia. Entonces, ni el mismísimo emir podría socorrerlo. Durante largo rato deambuló por el concurrido al-Rasif y los aledaños de la judería, caminando sin rumbo enfrascado en sus pensamientos. Córdoba nunca había alcanzado una tolerancia tal para el ejercicio de las artes, la poesía, la astronomía y la alquimia. ¡Pero cuán áspero y severo era el camino para los investigadores de lo oculto!

—Cómo detesto a los manipuladores de Dios, que lo utilizan como excusa de sus propios miedos —murmuró indignado.

Sumergido en sus especulaciones, sus pasos lo condujeron al patio de los Naranjos de la mezquita, el soleado sahn, atestado de creyentes que se aseaban manos y pies en la fuente de Abderramán, y de escolares sentados en las esteras de la medersa, junto al muro, repasando manuscritos de retórica y astronomía. Ingresó en el recinto de postración y se arrodilló junto a uno de los arcos de teselas rojas y albinas, mientras zigzagueantes golondrinas se escurrían por las fisuras de la techumbre, rasgando los haces de luz que penetraban en la aljama. Inclino su espalda y, orientándose hacia la quíbla de levante, reflexionó sobre el inminente viaje a Bizancio y la extraordinaria oportunidad abierta para indagar sobre el ansiado disco solar del Trono. Paulatinamente su semblante adoptó el atormentado desamparo del buscador de la verdad, y susurró un versículo del Corán, abogando por una navegación venturosa y un regreso seguro:

—Dice el Libro Sabio: «Dios concederá una hermosa recompensa a los que han emigrado por su causa, a los abatidos combatiendo o periclitados lejos de su patria. Y sabrá repartir recompensas mejor que nadie y los introducirá en el paraíso, pues es sapiente y humano».

La claridad dorada, los hilos ascendentes de incienso, el aroma de las candelas y el ámbar quemado, junto al arrullo de las plegarias y la semipenumbra del rincón, lo sumieron en un denso y hacía tiempo ansiado sosiego.

Azora segunda.

BIZANCIO Y EL PAIS DE LOS NORMANDOS.

(840-844 D.C.)

Al regreso de la Ciudad de las Siete Colinas, lloró al-Andalus el azote devastador de los madjus, los indómitos vikingos, mas las aguas unieron a los dos pueblos más allá de los límites del mundo, en las islas heladas del rey Harald y la reina Nud.

CAPÍTULO XI. El pirata de Creta.

La víspera de la partida, al-Gazal, habituado a escrutar las estrellas, se abismó nostálgico ante la luminiscencia del plenilunio, mientras de la adormilada medina ascendía un gorgoteo de susurros cadenciosos.

Sus ojos profundizaban en la infinita bóveda celeste de Pechina, donde los enviados bizantinos y andalusíes aguardaban por orden expresa del sultán la habitual revelación de los astros, y éstos no se mostraban ciertamente propicios.

—Las estrellas, amigo mío, rigen los destinos de los humanos, y Dios, la de los astros —razonaba al-Gazal con Qartiyus—. Un musulmán no navega por el mar proceloso sin someterse al juicio inexorable del cielo.

—La suerte de las estrellas no es sino un guiño de lo desconocido. Y créeme, al-Gazal, los signos celestes pueden inclinar el azar, pero no nos obligan nunca.

—Sin embargo, los musulmanes admitimos la influencia del cosmos en los mortales, y tan sólo emprenderemos la travesía acatando el veredicto del celeste bayt.

—¿El bayt, dices? —masculló con incredulidad.

—Sí. Nosotros llamamos al cielo, al-bayt, «la casa». ¿Y existe algo más sagrado e íntimo a la vez? Consideramos la legación a vuestra tierra como un asunto vital para al-Andalus, y nada puede abandonarse a la fatalidad. El talento polifacético de Samír se encarga del horóscopo. Y ahora, si me lo permitís, voy a unirme con él para apresurar el dictamen. ¡Salam! —se despidió dejando boquiabierto a Qartiyus, no familiarizado con tan desconocida práctica.

Aquella rutilante noche de verano, Samir, instalado en una tienda cerca de las escarpaduras de la alcazaba, y a la luz de un hachón de cera, se enfrascaba en sus notas, tablas, atacires y sextantes, escudriñando el momento preciso para emprender la navegación. Los había acompañado desde Córdoba a regañadientes, y auscultaba con el astrolabio los espacios estelares, inmerso en los cálculos astronómicos y ajeno a cuanto le rodeaba.

—¿Cuándo concluirás tus pronósticos, Samir? ¡No podemos demorar más la partida! —lo acuciaba al-Gazal, a sabiendas de que nada alteraría su flemático ánimo.

—No nos encontramos en la Kaaba, Yahía, centro del mundo, de la rosa de los vientos y de los cuatro puntos cardinales; sino en Pechina, donde los laboriosos cálculos se me resisten —replicó airado—. No obstante, existen indicios para el optimismo. Creo haber hallado la oportunidad propicia para el embarque.

—Tus palabras alegran mis oídos —lo halagó sonriente.

—Observa, las estrellas de Asad, Leo; aparecen en su primera mansión, Tarf, «la mirada». ¡Las descubres allí arriba, centelleantes! Ya hemos salido de «los ojos del león», y muy pronto, cuando la última de las estrellas culmine en Yablia, habrá llegado el momento venturoso para partir. El amanecer, dentro de dos días, será propicio para la navegación y podréis llevar anclas ayudados por el soplo de Dios.

—¿Nos haremos a la mar bajo el apogeo de la estrella Qalb al-Asad?

—Ciertamente, el Corazón del León —confirmó Samir—. Ella guiará vuestra derrota y nada habréis de temer a los hados, genios, piratas o tempestades. Por nada del mundo me agradaría perder a un amigo. No obstante, no tentéis al Misericordioso, pues la conjunción de alguna de las Pléyades no es beneficiosa en ningún tiempo.

—Entramos entonces en el mes de suayl, el de la llameante Canopo, mi estrella. Nada he de temer rigiendo ella los cielos —replicó mientras apretaba sus hombros.

El sexto día del mes de la nach, los vientos de poniente empujaron las dos galeras hacia el Océano. Los legados bizantinos se adelantaron en una majestuosa drómona de la flota imperial, una birreme de casco alargado como un huso gigantesco, galleando con sus velas cuadrangulares de vivos colores, largas hileras de remeros y dos catapultas que disuadirían al más osado de los piratas. Cromada de rojo y con dos colosales ojos blancos en los costados, se asemejaba a una gigantesca hidra. Tras él tomó la bocana del puerto la galera andalusí, la rápida Husán al-Sáhur. AlGazal conocía sobradamente El sable de la Luna, la nave preferida de su socio Solímán Qasín, y se sentía seguro en ella. Convertida en la nao capitana de su flota, sería su morada flotante por unas semanas, y como todos sus barcos, enarbolaba izada la insignia de los omeyas y en el centro, un círculo púrpura con la leyenda: DIOS ES UNO. La guiaba un experto piloto de Almuñécar, un marino mozárabe acartonado y de semblante cetrino, y era impulsada por la fuerza de un centenar de expertos remeros a sueldo, dos por cada remo. Los legados del emir y la escolta se acomodaban en dos holgados castilletes, en proa y popa, unidos por una cubierta bajo la que se adivinaban los bogadores, las camaretas, el fogón, los pañoles del velamen y la bodega, atiborrada de pellejos de agua y vino y cestos con los alimentos más precisos, apilados unos contra otros. Al fondo, ocultos por lonas, se amontonaban las armas de defensa para caso de abordaje: garfios, alfanjes, piedras, lanzas, cables y tridentes. Una treintena de hombres, entre alieres, marinos, cómitres, calafates y pilotos, componían la experta tripulación del capitán siciliano, que dirigía la maniobra desde el puente.

—¡Proa avanzando a la mar, adelante y asistida por el Misericordioso Alá!

Y los remeros se inclinaron en sus bancos, batiendo los zaguales; y suavemente, como un pez escapado de las manos, se deslizó el Husán al-Sáhur, entre las añiles aguas de Pechina, superando los rompientes del pantalán y siguiendo rauda a la nao bizantina, ya en alta mar. La proa, con la boga de los remíches, rasgaba la mar con el espolón, representado por una sílfide de pechos ampulosos y pezones cárdenos, que salpicaba a las gaviotas posadas en el cascarón. Poco a poco, los marinos dirigidos por la voz ruda y los juramentos de Qasín, largaron la vela triangular, estremeciendo la quilla, y la abrieron sobre el palo de mesana. Tras un corto bordoneo lució esplendorosa sobre el cielo purísimo de Pechina, donde un cinturón de nubes se elevaban sobre el puerto y los riscos pelados de la alcazaba. Capeando al fin el viento, la galera enfiló el derrotero del confín del mar interior, mientras al-Gazal y sus acompañantes cerraban sus ojos para, en dirección al levante, elevar una plegaria, que quedó ahogada por los gritos de Qasín.

—Rumbo este. ¡A Mayurqa, con la ayuda de Dios, y luego a la Propóntida!

Con el hala de dos días de tranquila navegación arribaron a Mallorca, donde Solimán repostó agua y fueron agasajados cumplidamente por el gobernador, mientras los marinos disfrutaron de las delicias de las tabernas y lupanares del puerto. En la segunda etapa bogaron cerca de la costa, antes

de presentarse en la cala de Asinara, en Cálaris, la isla de los piratas, aliados de Qasín en tráficos y comercios tan ilícitos como fructíferos. Borearon después Sicilia con la mar rizada, bajo la atenta vigía de naos genovesas, y viraron en dirección al golfo de Corinto, navegando con viento favorable durante cuatro días por el mar Jónico frente a Cefalonia, despreocupados de los piratas berberiscos y de las drómonas bizantinas, por enarbolar en las cofas las enseñas del Profeta, del omeya de Occidente y el águila imperial de Bizancio.

Avanzaban seguros, con soplos de bonanza, aguantando algunas marejadillas dispersas, por lo que rumbeaban a base de remos, devorando leguas con boral de costado, el frío viento del Adriático, que agravó el asma de al-Gazal y le obligó a pernoctar en la bodega entre cestas y sacas, exhalando el salitre de la bodega y con las ratas saltando sobre sus borcués. Sortearon en las noches cerradas centenares de jabeques de pesca, semejantes a larvas marinas con sus fanales encendidos y rutilantes.

En los días siguientes, en dos derrotas de amanecer a amanecer, las dos galeras costearon el canal de Zante, atentos a los peligrosos arrecifes de Messené, frente al Peloponeso espartano, antes de recalar en el puerto de Pylos y embocar las azules aguas de la isla de Citera, punto clave de las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, y última y obligada recalada antes de saltar al mar de Creta para la incierta entrevista con el sanguinario insurgente Abú Hafs.

A su abrigo sufrieron un inoportuno contratiempo, muy sentido por al-Gazal. El físico de Solimán hubo de atender a al-Munayquila, el Relojito, de un cólico intestinal de efectos deplorables, debido probablemente a algún alimento en mal estado. Se alarmaron seriamente por su vida debido a su palidez y al pausado ritmo de su corazón. Pero los plazos de la legación debían cumplirse escrupulosamente y al-Gazal se decidió a partir sólo con Qasín a la entrevista con el insumiso pirata. Tras varias vomitonas y espasmos, tendido entre los baúles de la bodega, entreabrió los ojos vidriosos, en un estado de salud lamentable. Llamó a su compañero de legación y lo abrazó llorando.

—¡Voy a morir, y no cumpliré mi deseo de gozar de la visión de Bizancio!

—Ya arrojaste los malos humores, amigo, y has recuperado el resuello gracias al Clemente — intentó sosegarle al-Gazal, alegre por su mejora y con la mano puesta en su hombro—. Según el físico griego, te repondrás en un par de días. Yo me veo en la obligación ineludible de zarpar hacia Creta. Entretanto, tú recuperarás el vigor en la nave de los bizantinos, donde te trasladaremos esta misma tarde. Y escucha atentamente: si en seis días no he regresado, tomarás a tu cargo la legación y emprenderás por tu cuenta el viaje hacia Constantinopla, en compañía de Qartiyus, portando las cartas al emperador en mi nombre. Ésas fueron las instrucciones de nuestro emir, y a ellas nos debemos por entero. Confío en tu pronta recuperación, hermano. Deséame suerte, pues la precisaré.

El inventor de relojes lo contempló con la mirada glauca, la boca desdibujada y blanca por los restos del vómito, y tomándole de la mano, le expresó en un lamento:

—¿Acaso corre peligro tu vida? Me apenas terriblemente. No quiero expirar sin tu presencia amiga, en el mar y lejos de Córdoba, entre ratas y salmuera.

—A Abú Hafs se le considera un agitador sin alma, y si el trato no le agrada, bien puede colgarme del palo mayor o arrojarme al mar. Existen posibilidades de no regresar, pero confío en Dios. No obstante, ningún incidente debe alterar el propósito de la embajada.

—Rezaré al Oculto por ti —dijo estrechando entre sus manos demacradas y frías las de al-Gazal.

Al día siguiente, en una hora más tenebrosa que clara, la Husán al-Sáhur levó anclas con las lonas

plegadas, abandonando la isla como una saeta para adentrarse en las símas de Creta. Al aproar mar abierto, un ligero terral levantó olas de costado, y la nave corrió el peligro de encallar en los arrecifes. Qasín, aguardando la salida del sol, hubo de guiarse por las estrellas y los fuegos de las almenaras costeras, diminutos como luceros. Poco a poco y tras avanzar varias millas por aguas profundas, divisaron al fin las costas de Creta, ocultas aún por grises jirones de bruma. Frente a ellos se presentó la luminosa bahía de Jania, intensamente verde, con el dédalo de pequeños fondeaderos blancos y millares de barquillas varadas en los refugios. Pero no fue la única aparición que se mostró ante sus ojos. De pronto, una imprevisible e intimidante visión los paralizó, dejándolos sin habla. La tensión se palpaba en el ambiente, y aunque aquellos hombres parecían templados como el acero, la inquietud los agitó hasta convertir su proverbial fortaleza en aterrado espanto.

—Por las negras alas de Naker (Angel de la muerte cuyo cometido era recoger las almas de los muertos.) —balbució Solimán incrédulo en la proa.

—¡Que el diablo me lleve! —clamó el piloto, soltando el timón.

Todas las miradas se concitaron en la lejanía, por encima de la proa. Dejaron los quehaceres de deriva, y sus manos se detuvieron atenazadas por el pavor. Por levante, a menos de una milla, se aproximaba amenazadora e inquietante una flotilla de más de veinte naves piratas, entre galeras, leños latinos, jabeques, bajeles panzudos y drómonas. Se dirigían en compacta formación hacia la galera andalusí, como un furioso monstruo marino presto a engullirlos o arrasarlos con las afiladas quillas, garfios y espolones. El capitán Qasín ordenó detener la jala de los remos, disponiendo a sus hombres en zafarrancho sobre la cubierta y las amuradas, pues especular con una maniobra de viraje con viento desfavorable se le antojaba temerario, y resistirse con las armas, infructuoso. Esperarían a los acontecimientos, encomendando su suerte a Dios. No había otro recurso y no debía correrse un peligro innecesario en tan embarazosa situación.

—Anoche te preguntabas cómo atinarías con la guarída de ese desalmado —rompió el silencio Qasín, contemplando el hervidero de naves cada vez más próximas—. ¡Pues ahí lo tienes, y acompañado de todas las furias del infierno! Posiblemente, nos esperaban escondidos en los recodos de Suda. ¡Maldito renegado!

—No se atreverán a abordarnos. Es más, nos aguardaban con impaciencia.

—Si intentan abordarnos o hundirnos, impondremos la ligereza y maniobrabilidad de nuestra nave y huiremos con rumbo norte a las Cícladas. Sus barcos son aparatosos, y concebidos para practicar la piratería, y mis remeros son gente experimentada que ha conocido momentos difíciles en todos los mares. Si enfilamos una vía de agua libre y con empuje propicio, no nos detendrán.

—Ya los tenemos a un tiro de arco. Espero que divisen el pabellón omeya. Al menos su sangre andalusí le demandará clemencia. Mantengamos la cabeza fría.

La oleada flotante rectificó el rumbo y, navegando en cabo, practicó una hábil faena de acercamiento, pero sin abordarlos ni hostigarlos. Los bateleros del Husán al-Sáhur levantaron los remos para evitar el quebranto, abandonando al paio la galera cercada en medio de un gigantesco remolino de aguas. Los bajeles de Abú evolucionaron en círculo, enfilando las proas hacia la nao de Qasín, de forma conminatoria, salvo una barcaza con vela latina que se adelantó a las demás.

—No desean abordarnos, sino parlamentar. De todas formas, si la plática no nos convence, entre aquellas panzudas naves de estribor viraremos bruscamente y le presentaremos la proa. Si nos

perseguen se dispersarán, y alcanzaremos aguas del Imperio antes del mediodía. Un tábano puede huir fácilmente del zarpazo del león.

—Recuérdalo: traigo instrucciones de entrevistarme sea como sea con Abú.

—Pero no a costa de tu vida, o de tu libertad. Estos cornudos tienen por costumbre esclavizar a los rehenes y reclamar rescates fabulosos. No te fíes.

El jabeque adelantado a los demás se plantó cerca del espolón, a un tiro de piedra del castillete de proa, donde acechaban impacientes Qasín y al-Gazal. Un individuo barbudo de tez morena, calado con un casco de bronce y ataviado al modo sirio, con bombachas ajustadas, se encaramó sobre uno de los armazones asido a la jarcia y, colocando sus manos junto a la boca a modo de bocina, gritó para hacerse oír por encima del rezongo de las aguas y el bordoneo de las velas:

—¡Ah del barco! ¿Quiénes sois? ¡Declarad vuestra identidad e intenciones!

—¡Mi nombre es Solimán Qasín, de Sicilia, y mi acompañante es el ilustre Yahía ben al-Hakam, embajador del emir de Córdoba ante el soberano de Bizancio!

—¿Sabéis que navegáis por aguas prohibidas?

—¡Trasladamos una carta personal del sultán para Abú Hafís. A él se la entregaremos, y a nadie más! —replicó el diplomático gritando con gran esfuerzo.

Un tenso y expectante silencio siguió a la réplica, mientras el emisario departía con otros corsarios ocultos bajo el velamen de la lancha. De repente apareció de nuevo el vocero, que se situó en la banda de la barcaza, como si recelara de recibir una saeta lanzada desde la galera. Con vigor, se desgañó otra vez:

—¡No os hundimos porque sois andalusíes, y la añoranza nos detiene! Os llevaremos ante la presencia de Abú, pero no doy una onza por vuestras vidas.

—¡Nos entregamos a su compasiva indulgencia! —respondió al-Gazal sardónico.

—Un chivo está más cuerdo que tú, Yahía —le recriminó el navarca.

—El bravucón de Abú comerá de nuestra mano mañana mismo. Recuérdalo.

—¡Os escoltaremos hasta Jandak! —vociferó de nuevo el bucanero—. ¡Y no maquinéis ninguna maniobra extraña, pues os sepultaremos sin compasión en las profundidades de la mar!

—Maldito cacareador —murmuró Qasín en voz queda—. Podría escaparme, si así lo decidiera, ante tus mismas narices, cretino de Satanás. ¡Que Alá lo confunda!

—Hagamos cuanto nos indican y encomendémonos a Dios, Solimán. ¡Os seguimos, amigo! —balbuceó—. ¡Cabrón del diablo!

Vertiginosamente Husán al-Sdhur fue rodeado por los bajeles corsarios y envuelto como la cáscara cubre la pulpa de una fruta, y conminado a continuación a seguirlos. Y lo que antes había sido un silencio amedrentador se trocó en una ruidosa algarabía de voces de piratas profiriendo amenazas que amedrentaron a los andalusíes. Muchos de ellos dirigieron a Qasín miradas suplicantes, y éste los alentó con ánimo:

—¡Confiad en mí y en los vientos favorables. Las adversidades se disiparán como la niebla, amigos míos! ¿Alguna vez os falló Qasín, el Siciliano?

—No nos queda otro asidero que la plegaria —se resignó el cómitre.

En compacta formación cruzaron la entrante de Almiros, salpicada de alminaras y atalayas de defensa. Se adentraron en mar abierto, donde las gruesas olas acallaban los graznidos de las gaviotas y salpicaban los rostros de los navegantes del Husán al-Sáhur, arropado como la reina de un enjambre por los bajeles de Abú. En garbosa navegación, cubrieron las cuatro leguas hasta el canal de Stabros, puerta de la fortaleza de Jandak y cuartel general de Abú, el más temido pirata del Mediterráneo oriental. Las naos corsarias se dispersaron al embocar la dársena con el único empleo de los focos y el timón, seguidas de la galera andalusí.

La bahía donde se guardaba el fondeadero resultaba ideal para el refugio, y a través de los mástiles de las naos sobresalían los cobertizos amurallados del embarcadero y los burdeles de la escollera, y sobrepasando a todos, el inquietante baluarte de Jandak, inmensa mole pétreo erizada de torreones inexpugnables, desde donde Abú Hafs gobernaba con mano de hierro la isla cretense. Edificada sobre las calcáreas laderas de una colina, dominaba el mar y las campiñas de olivos y vides, divisándose desde sus bastiones los montes blancos de Ida, los palacios ocres de Knossos y los estrechos de Rodas y Karpazos. Un liviano vientecillo, llamado por los lugareños etesio, batía en los torreones los gallardetes gualdas del pirata.

Rematada la labor de amarre, los alarmados marineros del Husán o Sable arrojaron las escalas y la pasarela, y por ella descendieron Qasín y al-Gazal, con sus alforjas al hombro. El capitán había confiado el mando de la galera al primer piloto, con el ruego de que si la nave era abordada por los secuaces de Abú, se deshiciera de inmediato de lo más sagrado para un navegante: los mapas de navegar y la rosa náutica, a los que apreciaba tanto como a las pupilas de sus ojos. Mientras descendían, seguidos de una caterva de alborotadores pilluelos, al-Gazal divisó un halcón que planeaba y describía amplios círculos sobre el fondeadero y la fortaleza.

—Estimable augurio, Solimán —dijo señalándolo—. Alá nos asiste.

—A cualquier cosa le llamas tú un buen presagio —respondió inquieto—. Mejor agudizas tu ingenio, o no volveremos a navegar en el Husán. ¡Qué temeridad más demencial!

—Presiento favorables azares. Caminemos serenos y altivos; eso los desarbolará.

Abú Hafs al-Ballutí, antiguo súbdito del emir de Córdoba y convertido del cristianismo al islam, era un líder nato y rígido cumplidor del nuevo credo, temido y a la vez venerado por sus seguidores. Adalid de la lucha contra la corrupción del padre de Abderramán, y de los excesos de los mudos, los mercenarios de Córdoba, se levantó contra las vejaciones del emir en la sangrienta rebelión del Arrabal. Los conjurados, traicionados por los alfaquíes, vieron cómo sus hogares eran incendiados y ellos masacrados sin piedad. Condenados a ser crucificados en la al-musara, se les había conmutado la pena de muerte por la expatriación de al-Andalus doce años atrás.

Marcharon en penoso exilio cruzando el norte de Africa, rechazados y víctimas de todo tipo de penurias, hasta arribar a una Alejandría olvidada y mustia, donde hallaron cobijo. En poco tiempo convirtieron a sus ciudadanos en entusiasmados adeptos de las costumbres andalusíes, hasta el punto de ofrecerles el gobierno de la ciudad. Abú gozaba del fervor popular, y se le comparó con un nuevo profeta regenerador del islam, el «séptimo profeta», que levantaba entusiasmos y fidelidades en las bocas del Nilo. Aquella inusitada devoción alertó al califa de Bagdad, quien, temeroso del progresivo poder acumulado por el advenedizo, envió a su visir para negociar con Abú una marcha

honrosa de Egipto. El astuto andalusí exigió para abandonar la legendaria urbe una cuantiosa suma de oro, cuarenta naves porteras y ayuda militar para ocupar la indefensa isla de Creta, olvidada de la atención bizantina, más atenta a sus baladíes controversias teológicas. El califa al-Mamún, ilustrado alquimista, accedió a regañadientes, y quince mil musulmanes bajo el estandarte rojo y dorado de Abú emprendieron el éxodo para asentarse sin oposición en las fértiles llanuras y los florecientes puertos de Creta.

Tan inesperada conquista produjo el fin de la hegemonía de Bizancio en el Mediterráneo oriental y su control económico en el Egeo. Pronto los invictos andalusíes proclamaron rey a Abú y, con los barcos regalados por el califa bagdalí y los arrebatados a los bizantinos, asolaron las islas griegas ávidos de botín, riquezas y esclavos. Al cabo de tres años de intenso e indiscriminado bandidaje, Abú Hafís impuso con osadía su autoridad en la isla, fundando un Estado marítimo, próspero y temido, aunque con el estigma de estar liderado por un pirata inhumano y cruel. Éste era el desconocido proscrito con el que debían vérselas Solimán Qasín y al-Gazal.

Rodeados de una nutrida escolta, cruzaron el puerto ante la atenta mirada de los lugareños, ya habituados a aquella humillante imagen. Un fuerte olor a salitre, bosta, vísceras descompuestas de pescado y la característica fetidez de los peces escabechados con vinagre y almorí los atosigó haciéndoles volver la cara. Junto a aquel hedor insoportable les llegaron las familiares fragancias de las sacas y lebrillos de especias de Hormuz, Zafar y Mosul, expuestas, como una panoplia de vivos colores, ante las

mugrientas tiendecillas de los perfumistas, mercachifles y drogueros. Ascendieron sofocados por un polvoriento camino que apestaba a boñigas y sirle secos, hasta darse de bruces con las puertas de la fortaleza, un farallón de ciclópeos sillares carente de aberturas. Su sola contemplación infundía espanto, acrecentado al advertir cuatro cuerpos desgarrados y sangrantes, balanceándose en los muros, con los miembros semidevorados por los cuervos y rodeados de enjambres de moscas y tábanos. Comprobaron con pavor que los habían cegado salvajemente y cercenado pies y manos antes de colgarlos.

Un sordo chirrido del portón al abrirse los sacó del ensimismamiento, y al cerrarse tras ellos, un fragor metálico y ronco amedrentó más si cabía sus exangües animos. Penetraron en el patio de armas, donde unos soldados se ejercitaban en la doma y el simulacro del estafermo, y a punta de lanza fueron conducidos hasta una infecta habitación, semejante a una mazmorra, con un ventanuco exiguo e inaccesible. Una lamparilla de sebo, dos esterillas enrolladas en un rincón, un cantarillo de agua y un pan negruzco constituían todos sus exornos y enseres. Y sin pronunciar palabra, el mudo carcelero los miró despectivamente y corrió con violencia el cerrojo, abandonando a los dos secuestrados en la más infamante de las confusiones.

—Ni un milagro nos salvará, Yahía —se lamentó con desánimo el navegante—. A estas horas deben de estar tasando nuestro rescate y el modo de cobrarlo. Constituimos dos piezas de inestimable valor. ¡Meternos en la boca del lobo a conciencia...! ¡Dios no puede conducirse con misericordia con dos majaderos como nosotros!

—Solimán, no desconfíes; saldremos de aquí agasajados y con honor.

—Qué iluso eres... aunque confiaré en el delirante optimismo tuyo, o me volveré loco. No sé cómo he accedido a acompañarte a esta madriguera de ladrones, si no fuera por la promesa de un buen negocio. ¡Nunca abandonaremos esta prisión con vida! La muerte nos aguarda entre estos paredones.

Pronto llegaron las tinieblas de la noche, pero Abú no los reclamó ni los visitó en su reclusión. Aquel desalentador indicio alarmó a al-Gazal e intranquilizó a Qasín, que, sentado sobre la estera, mudo y nervioso, pellizcaba un pan que no podía tragar. Desanimados, se tumbaron en las alfombrillas tras orar en un rincón, e intentaron sin éxito conciliar el sueño. Un estruendo de gruñidos los alarmó:

—¿Qué puede ser ese grito tan espeluznante, Yahía? —preguntó alertado.

De pronto, y en la quietud de la calurosa noche, retumbó un aterrador alarido seguido de aullidos y ladrídos espantosos que los paralizaron, atenazando sus gargantas. Después, un proceloso silencio lo dominó todo, e inevitablemente el espanto se adueñó de ellos. Por vez primera al-Gazal tomó consciencia de una evidente realidad. Escapar de aquella guarida representaría una empresa complicada. Abrió los ojos e intentó pensar, pero su cansado cerebro no atinó a urdir un plan convincente. Inspiró profundamente, y el corazón le palpitó con fuerza, como un potro desbocado. Luego se encomendó a Dios.

Al amanecer de la mañana siguiente, un sol anaranjado alboreó por levante iluminando tenuemente el cuchitril, mientras un soplo de brisa marina penetraba como una bendición por el ventanuco. Los rehenes se incorporaron en sus esteras de esparto, molídos sus huesos. Parecía que el anterior temor de naturaleza tan sombría se había desvanecido. Bebieron agua de la vasija y se lavaron como pudieron, aprestándose a aguardar los imprevisibles y nada halagüeños acontecimientos.

—La esperanza de la vida nos retorna con el sol de la aurora —dijo al-Gazal.

—Pues a mí me produce escasa ilusión. Y más si intuyo que perderemos el pellejo.

Pero no bien habían rehecho las desaliñadas ropas, cuando el brutal sicario abrió de par en par la puerta y se escurrió dentro como una sombra, desarmado, pulcramente vestido y más comunicativo. Los invitó a seguirle a los baños del alcázar, donde se asearon con largueza, les masajearon los atenazados músculos y tomaron a la par un reconfortante refrigerio compuesto de leche de cabra, zumoso melón y tortas azucaradas de jengibre y almendras. A continuación uno de los servidores perfumó sus atavíos según la usanza de la hospitalidad y les colgó del cuello unas bolsitas de cuero de ónice con una piedra blanca de almizcle, algalia y sándalo seco que exhaló al instante una fragancia exquisita.

—Nuestro desconocido anfitrión parece determinado a escucharnos.

—O simplemente se comporta como un cínico facineroso que gusta de adobar y expurgar a sus víctimas antes de deshacerse de ellas —masculló en voz baja Qasín.

El vigilante, con una sonrisa forzada y falsa, los condujo a través de una maraña de corredores terrosos, hasta desembocar en un patio interior con una fuente de piedra herrumbrosa de la que manaban dos chorros de agua. No obstante, sus miradas se desviaron al fondo del cercado, donde distinguieron unas jaulas de hierro empotradas en una gruta natural de la roca, ocupadas por una jauría de perros de presa y mastines que al oler a los desconocidos ladraron con fiereza, mostrando sus descomunales fauces y afilados colmillos.

La inesperada visión los paralizó, y con más motivo cuando, pegados a los barrotes, advirtieron huellas recientes del tétrico festín: jirones de ropa sucia, huesos astillados y tendones desgarrados,

un cráneo mordisqueado, y tripas azuladas en un amasijo sanguinolento y nauseabundo. Un alano con el hocico aún manchado de sangre entresacó las garras y la rasposa y babeante lengua, y lamió el enrejado con frenética ansia, haciendo retroceder a los invitados. Los visitantes cruzaron las miradas con un gesto de complicidad y comprendieron en un instante el origen de los estremecedores lamentos oídos a medianoche. Un pobre diablo, con las entrañas aún palpitantes y llenas de deyecciones, había sido condenado a morir desgarrado por los zarpazos de aquellas bestias y devorado después.

—Un salteador de caminos. ¡Maldito sea! —exclamó el acompañante con una entrecortada risita, y escupió con saña hacia la mazmorra.

—¿Qué son los reinos sin justicia, sino un escenario de pillaje? —replicó en tono irónico al-Gazal, pellizcando el brazo de su compañero—. ¡Que Alá nos Proteja!

Abandonaron después el repulsivo lugar de muerte e ingresaron en una solitaria dependencia, adornada hasta la saturación con todo tipo de ostentosos tesoros y muebles magníficos.

—El piadoso Abú Hafs os recibirá enseguida —informó altivo el guía.

Al-Gazal respiró profundamente intentando calmar su ansiedad. Aunque el fortín había sido construido para desempeñar funciones principalmente castrenses, aquella suntuosa dependencia nada tenía que envidiar a los salones del alcázar de Córdoba o a los palacios de Bagdad, Damasco o El Caíro. Una fuentecilla de bronce espejeaba con los rayos del sol el fastuoso salón, exornado de azulejos de Qaxán y ostentosos cortinajes de Samarra. Las puertas de cedro dorado brillaban refulgentes, y los esmerilados ventanales la iluminaban con un raro fulgor áureo. Del artesonado pendían una decena de lámparas de oro purísimo, con espejuelos y farolillos de bronce. El suelo no era visible, pues un sinnúmero de alfombras de Samarcanda lo empavesaban por entero. Divanes de brocado, estantes de marfil, mesitas atiborradas de jarras meladas, escribanías de metal bruñido y sahumeros que emanaban efluvios de agáloco lo engalanaban en extremo, repartiéndose sobre anaqueles de plata las bandejas colmadas de ciruelas, albaricoques y granadas abiertas. Loshuéspedes quedaron al punto admirados ante tanta extravagancia.

—Más que la guarída de un salteador, bien parece la alcoba de un califa.

—Todo expoliado, y sólo Dios sabe a costa de cuántos saqueos —dijo el capitán.

Aguardaron en silencio hasta escuchar un creciente rumor de cadenas, ladrídos apagados y una voz acerada que los conminaba a enmudecer. Siguieron con las miradas fijas en la dirección de los ruidos, Y al poco surgió ante ellos una trailla de delicados canes blancos moteados de lunares negros, sujetos por una leontina plateada. Tras ellos y sujetando la cuadrilla caminaba un hombre maduro, fibroso, de nariz aguileña, diminutos ojos garzos y boca sensual y pulposa rasgada por una cicatriz rosada que le confería un aspecto burlón. Al-Gazal lo estudió minuciosamente.

Un turbante negro con amatistas y una pluma rosada le ceñía el cráneo rasurado, y la barba, fina como un estilete, enmarcaba un rostro ovalado. Una túnica rayada, varios amuletos colgantes y unas botas de cordobán repujado completaban su aparatoso indumento. Realmente, parecía un príncipe persa y no un vulgar pirata.

Al-Gazal se detuvo en el estudio de sus rasgos y no adivinó ningún sentimiento de crueldad ni de compasión, y tampoco indicios de talento, perversidad o bondad, aunque parecía desafiarlos con sus turbulentas pupilas. En cambio, sí advirtió un imperceptible signo en su tez que le sorprendió. Sus

cejas se afilaban hábilmente depiladas, y en sus párpados se notaba una sombra de azulado antimonio. Sus facciones, extrañamente sonrosadas, se retocaban con crema de altramuz, cilantro y resina de Arabia. Los árabes de al-Andalus sometían sus cuerpos a los más delicados cuidados, perfumando sus ropas, cabellos y axilas, incluso cubriendo sus barbas de alheña aromada o limpiando sus dientes con raíz de nogal y sandáraca, mas nunca se sombreaban los ojos con añil o estibio, y mucho menos se espolvoreaban la cara con ungüentos carmesíes de rosas. Aquel impropio acicalado lo desconcertó. De lo que no le cabía duda al diplomático es de que poseía todos los rasgos de los godos renegados convertidos al islam en al-Andalus.

Al-Gazal lo contempló con curiosidad, y aguardó sus palabras con cautela. Siguió un hostil silencio que amenazaba con hacerse eterno.

Abú palpó con fruición los amuletos y entornó sus ojos miopes, mientras sus capitanes, que en modo alguno parecían salteadores de caminos, se situaron tras él, observando a los andalusíes con expresión de fascinación e interés. No ofrecía duda: algunos de ellos habían nacido en Córdoba y aquellos visitantes reverdecían las evocadoras nostalgias de su tierra. Abú esbozó un gesto intimidatorio a los cachorros, que gimiendo con aspereza se echaron a sus pies. A continuación se dirigió a sus huéspedes no en árabe, ni tan siquiera en algarabí, sino en el romance hispano que podía oírse a diario en las tabernas y mercados de Córdoba, extremo que sorprendió a al-Gazal.

—Salam, amigos —dijo a modo de saludo—. Hablaremos en mi lengua materna.

—Salam alaykum —respondió al-Gazal—. En ella nos entenderemos.

—Tomad asiento, os lo ruego. Supone para mí un deleíte singular y largamente deseado confraternizar con creyentes de nuestra añorada Córdoba. ¡Cuánto no daríamos por pasear por el palmeral del Arrecife, perdernos en las almunias de Burn Birríl o mezclarnos con sus gentes, olores y fragancias! Pero el Eterno traza el destino y nada podemos contra su brío, y mis partidarios me necesitan como el alminar a su almuecín.

—Compartimos la misma añoranza —corroboró Qasín sin confiar por ello en sus intenciones.

—De modo que sois Solimán Qasín, el mercader siciliano, amigo de los genoveses, sicilianos y bizantinos...

—Las mercancías y las riquezas no poseen ni religión ni patria, noble Abú.

—Evidentemente, Qasín. Y tú, Yahía ben al-Hakam, embajador del omeya ante el emperador Teófilos. Buen botín, dos piezas de consideración cobradas en la mar para ser canjeadas por succulentas sumas de oro —enfaticó conminatorio—. Mis capitanes me solicitan con insistencia redactar sin dilación los mensajes de rescate. Habéis penetrado en mi jurisdicción como ladrones en la noche, por lo que necesitaré una buena razón para no venderos como esclavos o arrojaros a mis perros como pitanza; de lo contrario, mi reputación se derribará por los suelos. Soy hombre de acendrados principios.

Al-Gazal, lejos de paralizarse por el pánico o la decepción, y tras reparar atentamente en las extrañas inclinaciones y apetencias más recónditas del pirata, adoptó la resolución de no exasperarlo y manipular con prudencia los resortes de sus ocultas megalomanías. Él sabía que el alma humana no vive sino de su incesante esfuerzo por que perviva su huella en el mundo y que por si misma puede llegar a ser, en circunstancias difíciles, toda una tribu poderosa, capaz de las más épicas heroicidades. Y, no le cabía la menor duda, aquel jactancioso Abú se sentía un guía, un líder

providencial e incuestionable. Se mostraba arrogante, fetichista y no había otro modo que adularlo sin tasa y ganarse su voluntad como único camino para escapar con vida de aquella sombría cárcel. Percibía que desenterraría resentimientos y recuerdos, pero se hallaba preparado para hacerles frente.

—Ilustre Abú Hafs —empezó a hablar con extrema consideración—, hemos recalado en tus dominios por iniciativa propia, cuando bien pudimos seguir nuestro camino hacia Constantinopla; pero mi señor Abderramán no quería dejar pasar la ocasión de transmitirme una salutación de amistad y de admiración.

—Late por sus venas la sangre de su padre el cruel al-Hakam, causante del repudio de cuantos nos hallamos aquí. Su sola mención evoca escenas de muerte y desolación —atestiguó enojado, y sorbió ruidosamente de la jarra—. Las desgracias que he padecido se las debo a ese impío omeya.

—Pero, ¿no has advertido, Abú, la mano providencial del Altísimo? —replicó al-Gazal redoblando esfuerzos—. El Clemente, en su sabiduría infinita, se sirvió de aquel oscuro acontecimiento del Arrabal para recompensarte con este reino de prosperidad y opulencia, donde has llegado a convertirte en ímán de creyentes y azote de infieles. Hoy eres hombre considerado por reyes, cuando en Córdoba no hubieras pasado de ser un simple mercader, súbdito innominado del emir. Lo dice el Corán: «Las órdenes de Dios están fijadas de antemano para todos los hombres». Quizá Dios tenía dispuesto para tí un provechoso sino.

—No lo había considerado desde ese punto de vista, y me llena de agrado —confesó Abú, seducido por la elogiosa conversación—. Y bien, ¿qué pretende el califa de Córdoba de nosotros? ¿Acaso el reconocimiento de vasallaje, o el pago de algún tributo?

—En modo alguno. —Al-Gazal penetró como una daga en su corazón—: Desea ofrecerte una alianza y un suculento negocio, Abú. Y, créeme, difícilmente podrás sustraerte a sus alicientes, pues con ellos acrecentarás tus méritos, tus bienes y tu poder.

El insurgente compuso un rictus dubitativo y parlamentó con sus hombres, volviéndose luego impertinente. Tras intercambiar algunas frases, se acarició la barba con su mano cubierta de anillos y atendió a las aclaraciones del embajador. Ahora iba comprendiendo por qué se habían dejado capturar con tanta facilidad. Desde aquel instante acrecentaría sus cuidados con aquel astuto legado.

—Te escucho con curiosidad. Tal vez únicamente os corte la lengua y no os arroje a mis hambrientos cachorros, si me halaga lo suficiente vuestro ofrecimiento.

Al-Gazal tragó saliva y, con toda la persuasión de que era capaz, se propuso ganarse la confianza del proscrito con su erudita verborrea, y desgranar el plan trazado por Abderramán adornándolo con sugerentes y halagadoras promesas.

—Mi señor, el piadoso Abderramán, por vez primera ha instituido en Córdoba una ceca y acuña moneda propia, muestra inequívoca de su autoridad y prestigio. Tú sabrás del control sobre el oro de Sudán y de las caravanas saharianas. Pues bien, después de unas desagradables pérdidas ha especulado con la opción de desembarcarlo en Barce, puerto norteafricano controlado por los tulaníes, y hacerlo llegar a al-Andalus por mar, con tus naves. Y es precisamente en este punto donde surge tu experta colaboración, cuyos términos estoy facultado a negociar.

Al agitador le costó trabajo asimilar lo que acababa de oír. Miró hacia uno y otro lado, sin conceder crédito a sus oídos y se agitó incrédulo en el diván murmurando algunas ininteligibles

palabras con los lugartenientes, presos también de la confusión. ¿El sultán omeya solicita el concurso de un enemigo declarado de su padre? No, antes creería a un zorro hambriento que a aquel enloquecido legado. Tan modesta petición era insólita.

—¿Arribar mis barcos hasta las costas de Hispania? —preguntó irónico, entornando sus ojos—. Jamás llegaría a puerto, y tú y tu emir lo sabéis bien.

—No exactamente. Y no se oculta celada alguna en este trato —manifestó con jovialidad—. Tú recogerías con tus naves el cargamento en Barce, en una dársena ya determinada que se te comunicaría a su debido tiempo. Luego lo conducirías escoltado por tus galeras a la costa de Túnez, frente a Punta Bizerta, concretamente a una isleta llamada Djalita, donde te aguardaría Solimán Qasín con una de sus galeras, dispuesto a recogerlos quintales de oro. Se ha escogido esa isla de encuentro por su reducida extensión y para que no receles de emboscada alguna. En esto consiste el sencillo plan, y mi señor el emir cree haber encontrado en ti a la persona adecuada para cubrir sin riesgo alguno los inseguros estuarios de la Sirte y de Gabes, refugio de bandidos aglabíes, donde eres respetado y temido. ¿Te parece razonable el proyecto, Abú?

El aventurero enmudeció taciturno y se sumió en el más sombrío de los silencios. Y así siguió unos momentos ensimismado en aquellos argumentos. En modo alguno podía imaginar que el emir de Córdoba pudiera concebir un negocio tan substancial y solicitarle tan directamente su cooperación. Pero con diligencia pasó por su cabeza el provecho que podía sacar del ajuste, e indagó interesado:

—El proyecto se me antoja embarazoso —adujo falsamente desinteresado—. Pero ¿qué ganaríamos mis hombres y yo mismo con este arriesgado compromiso?

—Un suculento porcentaje —replicó al-Gazal—. Una onza de oro por cada doce, proporcionadas por Qasín, a la entrega del cargamento. Y algo más: la posibilidad de comerciar con determinados productos de Andalus. Solimán te serviría de intermediario y puedo asegurarte que obtendrás excelentes dividendos con el trasiego.

—¿Por la sagrada Buraq! El ofrecimiento no puede ser más tentador —se alegró entrecerrando sus ojos y sobando los talismanes que pendían de su cuello—. Aunque he de meditarlo y discutirlo con mis oficiales. Nos dedicamos al pillaje y al despojo de barcos perdidos, y no acostumbramos a atarnos con compromisos. ¿Y tu señor no teme que pueda arrebatárselo todo? En este extremo del mar interior paso por ser un desalmado sin escrúpulos, y sería empresa arriesgada intentar encontrarme en este laberinto de islas.

—No lo harás, y sé que deseas redimirte a los ojos del mundo —replicó categórico el legado—. Recuerda la sura quinta del Corán sobre el castigo a los estafadores, y haz una breve reflexión sobre el poderío de mi señor. Te esfuerzas por lograr un reino opulento y cumplir tu misión providencial de conductor de un pueblo cansado de emigrar. Podrías hurtar el primer envío, pero antes de llegar el segundo, la escuadra andalusí, y la de nuestros aliados sicilianos y bizantinos, arrasarían más tarde o más temprano tus dominios sin conmiseración alguna. Y tú, mi apreciado Abú, no lo deseas, ¿verdad? Podrías escabullirte con el botín, pero mi corazón me dice que estás fuertemente comprometido con más de cincuenta mil creyentes, que al conocerlo te sacarían las entrañas antes de abandonar la isla. Y estos capitanes, también huirían, o se quedarían impasibles ante tu sospechosa desaparición? No cambies una ganancia efímera e imposible por un suculento beneficio de muchos años y copiosa prosperidad para ti y tus seguidores. Medítalo. Quizá sea el negocio más lucrativo de tu vida.

El pirata y sus lugartenientes enmudecieron ante la propuesta de aquel insolente. Y al-Gazal, por su gesto, desconocía si les resultaba intolerable o válida.

—Posees una inteligencia despierta y astuta y una lengua peligrosa. Sin embargo, aún me falta una pieza para completar el juego —aseveró muy despacio—. OS dirigís a Bizancio, a entrevistarnos con el emperador. Mis espías me comunican los preparativos organizados en la capital para vuestra visita. Y yo me pregunto, ¿qué ofreceréis al

pusilánime Teófilos?

Al-Gazal y Qasín se miraron atónitos ante la taimada perspicacia del cabecilla. El legado creyó llegado el momento preciso de jugar sus últimas cartas. Con tono imperturbable explicó:

—Yo asistí a la recepción de los emisarios de Bizancio, estuve presente en las conversaciones privadas, escuché sus peticiones y ayudé a mi emir a transcribir los protocolos de presentación ante el emperador de los rumis. Por lo tanto, estoy en disposición de asegurarte, y lo juro por la sangre qurtubí que ambos llevamos en nuestras venas y sobre el Libro Sabio, que en ningún momento demandó un pacto armado contra ti. Solamente pidió, apelando al antiguo lazo de vasallaje, que hiciera valer su ascendiente ante ti para detener los ataques a los barcos imperiales que navegan por el Jónico y el Egeo.

—Eso incluye un precio, y el emperador lo sabe —replicó colérico—. ¡Permitirme comerciar en todos los puertos de Asia Menor! En sus manos está, amigo, y no en las mías, y francamente no conozco otra forma de alimentar a mi gente.

Al-Gazal meditó sus palabras y comprobó con satisfacción el cambio de actitud del pirata. Seguro de sí mismo y esbozando una sonrisa franca le reveló:

—Gozo de la aquiescencia expresa de mi emir para proponerte otro trato no menos favorable. Si firmas un documento comprometiéndote a no asaltar a las naos con insignia imperial y te apartas de la ignominiosa tutela de los abasíes, mi señor te recompensará con una concesión comercial, únicamente detentada por un puñado de armadores y mercaderes privilegiados. Con ella alcanzarás más riquezas que en cinco años consecutivos de abordajes.

Abú, sentado displicentemente en su diván, concentró toda su atención en la nueva propuesta del comisionado. Aquel día la fortuna parecía haber trocado el rumbo de su sino. Concitó su mirada miope en su interlocutor, animándolo a proseguir.

—Te escucho, ilustre al-Gazal —lo animó con sospechosa amabilidad.

—¿Cuáles son los productos de Occidente más apetecidos en Oriente?, te pregunto. Tú debes conocerlos bien, Abú, pues frecuentas como nadie las bodegas de las embarcaciones dedicadas al comercio entre los tres continentes.

El interpelado balbució entre dientes y sobó nerviosamente los amuletos de su cuello.

—¡Sin lugar a dudas, los metales! —exclamó, atraído por la cuestión.

—Indiscutiblemente, Abú. Pues mi señor Abderramán, en su generosa magnanimidad, te concede el privilegio de comerciar con el preciado mercurio andalusí, y con los productos de las ferrerías del norte de Hispania, como ferrallas y aparejos de hierro, en las costas de Esmirna y Nicea, y en el Negroponto y sus islas. La transacción se efectuaría dos veces al año cuando te reúnas con Qasín en

Djalita. Con esos dos valiosos fletes, tu dominio se acrecentará y perpetuará en Creta —contestó el emisario, exultante, ante el asombro del bandido—, ¿Esperabas acaso algo mejor, Abú?

El guía de rebeldes no salía de su asombro, pero no dejó traslucir en su semblante la conmoción suscitada en su interior; antes bien, recompuso su rostro del estupor, aun a sabiendas de que la generosidad del negocio le reportaría pingües beneficios e inigualable prepotencia en el Mediterráneo oriental.

—Loable operación, aunque la meditaré detenidamente. Me juego mi crédito.

A al-Gazal le agradó tal respuesta, No se hallaban precisamente en presencia de un gobernante, sino de un pirata truculento e imprevisible. Escrutó el rostro de Abú y adivinó, no obstante, una satisfacción imposible de disimular. Pero él conocía el corazón de los hombres y recelaba. A veces, éste se corrompe con el sonido del oro, y otras se revela furioso obedeciendo a razones inexplicables. La curiosa predilección de AbÚ por los perros y los fetiches se le presentaba como su última arma para convencerlo, y quién sabe si el instrumento decisivo para conservar la vida. Aguardaría acontecimientos, mientras urdía una nueva estrategia. «Jodido pirata, leviatán del infierno», dijo para sus adentros.

—No la rehúses, Abü —se permitió recomendarle—. El cuerno de la fortuna se te abre pródigo.

Abú soltó una carcajada vanidosa, y exclamó de forma inesperada:

—No me fío de los ofrecimientos de los reyes. Sus intenciones hieren a las incautas audiencias, Y las más de las veces son sólo falsedades.

—La proposición es digna de un tratado entre príncipes.

—Tal vez sea un asunto desmesurado para mí. Un rescate substancioso me resultaría más atractivo. No confiéis demasiado en mi respuesta. La promesa de vuestras proposiciones no ha corrompido ni estimulado mi negro corazón —ironizó, y sus capitanes rieron la chanza—. Sigo pensando en una succulenta compensación de rescate, en mis pobres perros hambrientos, y también en esa galera varada en mi puerto, cuyo valor debe de ascender a más de dos mil libras de oro.

«Miente como un bellaco, y únicamente intenta intimidarnos. Maldita alimaña de Satanás —pensó al-Gazal—. Pero he de sopesar esta repentina respuesta.»

—Bien, Abú, te ruego tases en su justa medida nuestra condición, de emisarios de un emir poderoso e inmunes a cualquier desafuero indigno.

—Tal vez sea que mi propia arrogancia no ha sido convenientemente recompensada —dijo entre risas, provocando el desaliento de los dos embajadores.

En al-Gazal cundió el desánimo, pero contraatacó con un insólito argumento.

—Como parecen no complacerte los ofrecimientos de nuestro emir, mañana yo te ofrendaré como contribución personal dos obsequios —expuso su recurso postrero, rogando a Dios que atrapara el anzuelo—. Después, decide sobre nuestra suerte.

—Se trata de alguna joya escondida, o de una jugosa bolsa? —interrogó.

—Algo de más valor para ti —aseguró mientras el sudor resbalaba por sus manos.

—Poco existe en el mundo más atractivo que el sonido del oro.

—He comprobado en tí una sabia propensión hacia lo esotérico —explicó; y si antes todos lo habían seguido en silencio, ahora logró concitar sobre sí la más morbosa de las curiosidades—. Luces talismanes y fetiches herméticos, como el amuleto azul contra el veneno de las doncellas, la higa contra el mal de ojo y la mirada de las serpientes, la cruz egipcia de Amenofis y la estrella esmeralda de Hermes, entre otros.

Abú no escapaba de una confusión cuando se adentraba en otra.

—¿Acaso ejerces como nigromante? —preguntó desazonado.

—Al-Gazal pasa por ser uno de los astrónomos más renombrados de Córdoba —salió en su defensa Qasín—. Pertenece al Diván del emir, donde sólo se sientan los más sabios de alAndalus, y su ciencia se ha propagado por los dos Oríentes. ¡En modo alguno es un vulgar mago!

—No trataba de injuriar al ilustre embajador. ¿Y cuál es ese espléndido regalo que deseas brindarme?, ¿algún filtro o afrodisíaco, quizás? —inquirió.

El diplomático sonrió interiormente, eufórico, y se dijo sin dejar traslucir sus sentimientos: «Lo sabía. Se comporta como un tosco embaucador, además de un necio vanidoso. El corazón de los mortales se pierde por el engreimiento, el gran enemigo del talento. Lo atraeré como un corderillo al redil, y ganaré su voluntad».

—Eres un caudillo de hombres y como tal has de poseer, igual que todos los sultanes que se precien, una predicción astral sobre tu estela en Creta. Compondré tu horóscopo sobre las tres ciudades donde has recalado, Córdoba, Alejandría y Jandak, y las fechas trascendentales de tu vida, Y mañana escucharás de mis labios un vaticinio riguroso y atinado. El otro regalo supondrá una sorpresa —le anunció, seguro de haber acertado en la diana—. Únicamente necesito una habitación con un amplio ventanal, una punta de flecha de tu carcaj, un papíro, un cálamo afilado y un cuerno con tinta.

Los legados andalusíes no supieron si debían achacarlo al miedo o a la admiración, pero la actitud del pirata cambió rotundamente, volviéndose más locuaz y amigable. Ordenó a un sirviente de aspecto repulsivo servirles vino de Samos mientras les formulaba múltiples preguntas sobre Córdoba, los avatares ocurridos tras su exilio, anécdotas vividas en el arrabal de los Alfareros y personas todavía recordadas por el pirata. Una y otra vez les confirmó sentirse como un enviado de Dios, y el crédito cada día más firme del que gozaba entre sus súbditos. Finalmente se incorporó de su asiento envanecido:

—Aposentad a Yahía ben al-Hakan y a Solimán Qasín en la cámara del ala oeste y procuradles cuanto necesiten. —Luego, dirigiéndose a los emisarios cortésmente, anunció—: Mañana, tras la oración del al-Fadchr, os daré cumplida contestación sobre la oferta y aguardaré con delectación mi augurio personal y tu particular presente. Podéis transitar por cualquier lugar de la alcazaba que os apetezca; aunque, eso sí, sin salir de ella. Quedad en la paz del Altísimo, y gozad de cuanto poseo.

Y esgrimiendo una velada seña a uno de los acompañantes, un estilizado joven de cabello azabache y belleza casi femenina, se encaminó a sus habitaciones seguido del atractivo muchacho, que le sonrió abiertamente, tomándolo de su brazo mientras le besuqueaba el lóbulo de una oreja.

El embajador andalusí respiró profundamente, mientras Qasín le susurró:

—Hace tan sólo media hora no daba un dinar de cobre por mi pescuezo, pero lo has trincado por

los testículos. Lo tienes a tu merced, Yahía. ¡No puedo creerlo!

—Y mañana lo estará más, Solimán —aseguró sin vanagloriarse de ello—. Hemos socavado su firmeza. Olvídate, no nos convertiremos en carnaza de perros. Este bujarrón es perspicaz y se debate en la duda, pero lo pierden la vanidad y una descontrolada fe en lo supersticioso; pero aún debemos recelar. Sin embargo, recuerda estas palabras, pues aún tengo guardada la sarta final de su confusión. Con la última marea, tú y yo nos hallaremos sanos y triunfantes de la misión en el Husán. Recuérdalo.

Solimán se felicitó por tan firme optimismo. En su dilatada vida de navegante nunca se había hallado en situación tan embarazosa y apurada. Abandonaron la sala, en tanto que un halcón se abatía en el aire entre graznidos sobre una ingenua paloma. Ambos se sonrieron, y el jienense volvió a insistir en el afortunado vaticinio.

—Excelente auspicio. El neblí vuela desde las almenas y derriba a su presa.

—Aún no hemos abandonado estos muros, Yahía. No lo olvides.

No lejos de allí, los sabuesos ladraban con fiereza, satisfechos con la llegada de la pitanza acarreada por los perreros. Los legados desaparecieron tras un criado de boca descomunal cubierto de pústulas y costras de mugre. A lo lejos oyeron nuevos aullidos, y un estremecimiento les recorrió la espalda, mientras la agitación se extendía por sus cansados semblantes.

Al alba del día siguiente, un retazo de azul verdoso, como un pañuelo dibujado entre los cuatro torreones, se adivinaba desde la lujosa estancia de huéspedes. Tras la oración matinal, un doméstico con el torso cubierto de tatuajes los precedía servil camino del salón principal. Nuevamente pasaron por la cueva de los perros, que, tumbados y ahítos, lamían unas sanguinolentas tibias dispersas por el suelo. Al-Gazal se detuvo y se excusó ante el carcelero con considerada cortesía:

—Aguarda un instante, amigo. Necesito beber agua. Tengo la boca reseca.

—No la hallaréis tan fresca en toda la isla, sahíb —lo animó el sirviente.

El embajador se acercó parsimoniosamente, se inclinó sobre la taza y bebió con delectación de un chorrito menudo mientras le caían hilos cristalinos por la sotabarba. Lentamente, y sin que lo advirtieran ni Qasín ni el lacayo, sacó con disimulo de su bocamanga una bolsita de cuero. Con furtiva reserva y en un movimiento rápido, volcó su contenido, un polvo fino de blancura inmaculada, en uno de los canalillos, ligeramente empinado, que conducía el agua hasta la pila de los perros. Se secó los labios y la barba y, como sacudiéndose las gotas, ocultó entre los pliegues del fajín la bolsa vacía. Sonrió apartándose de las intermediaciones de la jauría y confesó al solícito sirviente, al que palmeó en la espalda amistosamente:

—Tenías razón, amigo: jamás paladeé agua tan deliciosa. Necesitaba tomar un trago después del apetitoso refrigerio.

—Ya os lo dije, señor; proviene de un manantial subterráneo y limpio.

En esta ocasión, Abú Hafs los aguardaba en presencia de una docena de sicarios, extremadamente jovial, artificiosamente ataviado y con los mismos afeites chabacanos del día anterior. Paladeaba un racimo de uvas tintas cuando penetraron los comisionados andalusíes en el edénico mirador, desde donde se divisaba la ensenada de Candia y la isla Día. Hizo una señal ininteligible y los invitó a

acomodarse en uno de los divanes, intentando agradar a sus huéspedes. Luego los saludó con efusividad:

—Sea la paz sobre vosotros, hermanos —dijo a modo de cortesía.

—Salam —replicó al-Gazal, atenazado por revueltas emociones.

Después, el amotinado, con una fingida retórica, les manifestó entornando su poco fiable mirada y arqueando sus labios repulsivos:

—Mis leales y yo hemos meditado minuciosamente el trato, y aunque abrigamos algún recelo, no morderé la mano de quien me ofrece amistad y caudales. Así que podéis trasladar a vuestro señor Abderramán, a quien el Clemente refresque los ojos, el mensaje que os participa mi secretario. ¡Léelo, Rázi! —ordenó.

Abú Hafís al-Balluti, guía de los creyentes de Creta, acepta complacido la oferta propuesta por Abderramán ben al-Hakam, imán de Córdoba, y se compromete a cumplir todos los términos expresados en la carta, firmándola con la sagrada señal Alá el Invisible. Acatará el contrato como queda escrito en estos pliegos. Recibirá una onza de oro por cada diez, y comerciará libremente conforme a lo establecido con Yahía, al-Gazal, y Solimán Qasín de Sicilia.

—¡Ésta es su determinación! —concluyó diciendo el escribano.

Al-Gazal acogió con profunda satisfacción la determinación del pirata, aunque éste hubiera alterado la recompensa propuesta el día anterior. Conocía a individuos de su ralea y sabía cuán mudables podían llegar a ser sus determinaciones. Un cambio baladí en un hecho intrascendente, el capricho de un momento o el deseo de uno de los consejeros, y el tratado podía ser papel mojado... y sus vidas, consiguientemente, pasto de los perros. Gustaba de acariciar el triunfo y regodearse en él, pero había que obrar con diligencia. Señaló al capitán y manifestó:

—Qasín desea aclararte los pormenores de la permuta del oro.

—Ensalzado Abú Hafís, los fletes de oro suelen arribar dos veces al año —explicó el mercader exhibiendo un anillo ante el trotamundos—. La señal para iniciar la operación te resultará sencilla. Recibirás del navarca Idris de Alejandría un sello igual a éste, con una palmera de cinco ramas y la primera letra del Corán inscritas en él, emblema de mi familia. Recuerda bien su efigie. Será la señal de que el cargamento está preparado. Él te comunicará el lugar y el día del embarque. Después la operación se realizará conforme te describió al-Gazal. Te felicito por tu sabia decisión. Has intercambiado mercaderías de escaso valor por un tesoro inestimable.

Seguidamente, el astrónomo asió el papíro y rasgó sin dilación alguna su firma junto a la señal del pirata, cumpliendo así con el protocolo. Después, ceremoniosamente, se dispuso a ofrecerle las dos dádivas prometidas el día anterior, con la plena seguridad de que una vez oídas no abrigaría ganas de dilatar más la estancia de los dos andalusíes en la fortaleza.

Concluída la formalidad de las protocolarias rúbricas, inusual entre el embajador de un Estado reconocido y un agitador y filibustero cuya palabra podía llegar a ser más vulnerable que una barquichuela en el mar embravecido, Abú no pudo reprimir la vanidad y solicitó a al-Gazal con frases lisonjeras que le testimoniara su horóscopo, fuese cual fuese el vaticinio. Éste, que no deseaba

otra cosa, entresacó de los pliegues de la zihara un pergamino, lo desenrolló con calma y aspiró el húmedo vientecillo. El silencio se impuso en la sala y el corsario abandonó la mezquindad de su mirada por una falsa mueca de curiosidad.

—Antes de emitir a los cuatro vientos la predicción de tu destino, he de advertirte, en reconocimiento a tu hospitalidad, de otro augurio doloroso para tí —aseguró misterioso, consiguiendo así que los presentes le dedicaran toda su atención.

—¿Algo ajeno a mi persona? —preguntó alterado el cabecilla pirata—. ¿De qué se trata?

—Esta misma mañana, la trailla de perros que cuidas con tanto esmero ladrará y grunirá sin causa aparente. Se mostrarán intranquilos como nunca los has visto, y repudiarán el alimento y el agua como maldecidos por la ira del Oculto —replicó rodeándose de un misterio ficticio y con entonación persuasiva—. Lo he avistado en los signos cenitales, y no puedo dejar de comunicártelo, conocida tu generosidad.

La concurrencia, incluido el mercader Qasín, quedó sin habla, y todos dirigieron sus rudas miradas sobre el astrónomo. Abú tragó saliva y confirmó en su fuero interno que aquel arrogante emisario de Córdoba era además un enviado de Satanás y un chaitán demoniaco a quien en modo alguno había que enojar, y él no había sido excesivamente hospitalario desde su llegada. ¿Cómo podía penetrar en lo que iba a acontecerle a los sabuesos? Balbuciente, le dijo con muestras de pavor y deferencia:

—Agradezco tu desvelo por mis amados lebreles, pero, como podemos apreciar, nada anormal les ocurre. Léenos tu predicción sobre mí y que Alá te dicte palabras sabías.

—Escucha, Abú, lo que declaran de ti los astros, los ojos de Dios vigilantes en el bayt proclaman la herencia de un exiliado, errante por los áridos desiertos:

»En el nombre de Dios, el justo, el Benévolo. No hay otro Dios que Él. Prometo por el Corán sabio que cuanto voy a predecir lo hallé escrito en el firmamento. Ésta es tu elkariat: Fugitivo de la muerte, cruzaste el desierto y las estériles tierras. Naciste con el poderoso influjo de Dabarán, la estrella roja. Fundaste mezquitas para la oración y en tu grato dosel de jardines y alcázares luce la bandera del Profeta. Has congregado a las diversas tribus dispersas, y Alá te premiará por tu acción. Tu sol luce esplendoroso en la isla de los delfines y no se apagará hasta tu muerte, tras una dilatada vida de muchas lunas. Tras un siglo de dominio del islam, tu sucesor será engañado por los rumis y se humillará, huyendo afrentado por los «alteradores de las Escrituras». Esto me dio a entender al-Rahmán, el Dios Clementísimo y Omnisciente.

A la profecía siguió un aprobatorio murmullo y la mirada de entusiasmo de Abú.

—Has conseguido que palidezca mi alma, se estremezca mi corazón y se paralice mi sangre. Te quedo agradecido de por vida, noble al-Gazal —replicó el corsario con evidentes muestras de beneplácito y contento.

Al fin un astrónomo de la corte de Córdoba, y no los chamanes del puerto, tan acostumbrados a visitar Jantak, había escrutado en los astros cómo su sol poderoso regiría la isla de Creta hasta su muerte. ¿Y qué le importaba si después sus herederos no eran dignos de la sucesión? Aguardó las palabras del astrónomo, quien sacó de su faltriquera una cajita de marfil y de ella un extraño cristal algo opaco, del tamaño de un palmo, plano y brillante, que relució con la hiriente claridad del sol.

—Esto que contemplas, Abú, es el insólito fruto de la aleación de la piedra kkar sinj de Catay,

también llamada «hoja china», y del cristal del río Bellus, extraído en el mismísimo monte Carmelo. Fundido por mi amigo Ben Firnas, posee innegables propiedades casi milagrosas para la vista, y yo mismo lo uso. Acepta el último de mis regalos, y lo agradecerás como el rocío los rayos tibios de la mañana.

—¿Y qué humores o pestilencias cura, al-Gazal? —preguntó tomándolo y enseñándoselo a sus lugartenientes con idolatría, sin conocer aún su utilidad.

—He advertido que padeces de una enfermedad en los ojos, pues los entornas exageradamente cuando fijas la vista, y apenas si puedes descifrar las letras de los mensajes, que han de delectarte otros. Ponlo ante tus ojos y descifra los signos escritos de mi horóscopo. Inténtalo, te lo ruego.

—No puede ser más cierto, Ultimamente pierdo agudeza en la vista, y va a más —confesó.

Experimentó cuanto le solicitaba el alquimista, y, colocando la lámina bajo sus cejas, leyó con celeridad el papíro del augurio. De repente y sin pensarlo, se levantó como una exhalación de su diván y en dos zancadas se plantó ante el asombrado embajador, a quien abrazó con enfervorizado afecto.

—¡Desde hoy disfrutarás de mi gratitud eterna! Tus presentes han regalado mi alma —exclamó, tomando unos objetos de un anaquel próximo—. Esta copa de oro con signos griegos es para ti, como contribución a tu alta sabiduría, así como esta capa damasquinada bordada en la misma Arabia. Igualmente al mercader Solimán está destinado este preciado instrumento de navegar, que calcula las millas exactas de las estrellas. Aceptadlos en señal de mi amistad.

—Gracias por tu generosidad, Abú —añadió comprobando que la mencionada copa era en realidad un cáliz de los usados por los cristianos en sus rituales religiosos. El aparejo de travesía donado a Solimán era un precioso astrolabio de bronce dorado, primorosamente cincelado. La convicción de una salida airosa despuntó progresivamente en la mente de los andalusíes.

Sin embargo, no bien se hallaban en la contemplación de los mutuos regalos, cuando un asustado sirviente de tez negra pidió licencia para entrar. Se inclinó temeroso ante su señor y musitó unas entrecortadas frases a su oído que parecieron no agradarle, pues se le adivinó un rictus de espanto y asombro. Cuando le informó de la alarmante novedad, Abú propinó un puntapié al lacayo, que cayó rodando por el alfombrado. Después taladró con su mirada a los huéspedes con un mohín en el que se conjugaban la adoración y la desconfianza. Con el rostro lívido se irguió paulatinamente, como un autómatas, y con los ojos desencajados balbució:

—¿Qué les sucede a mis sabuesos? ¡Me aseguran que ladran como locos! Tú lo pronosticaste, y si no fuera porque conozco todos vuestros pasos en esta fortaleza, pensaría que habéis embrujado a mis preciosos alanos. Miran el reguero donde beben con pavor; algunos son presa de náuseas, y los más ladran desaforadamente. ¿Eres un mago, y no un alquimista como proclamas? ¿Qué puedo hacer para calmarlos?

«El bravucón se ha derrumbado al fin» —pensó el legado, ahogando la risa.

—Conoces que el Corán rechaza a los perros, pues ahuyentan a los ángeles de Dios con sus ladridos. No obstante, jamás les ocasionaría daño. Créeme, los alquimistas poseemos poderes lícitos, pero sólo experimentamos con la verdad bendecida por Alá. Nunca profanaré el Libro Santo del conocimiento con sortilegios.

Luego, al-Gazal se incorporó de su diván y le suplicó con seguridad:

—A cambio de decírtelo, tú has de prometernos algo que nos sea grato. En modo alguno rechazamos tu hospitalidad, pero debemos regresar a nuestra galera antes de la marea de la tarde. Ya acumulamos cinco días de retraso y dilatamos en demasía nuestra presentación ante el emperador, que aguarda impaciente nuestra llegada.

Abú se agitó nervioso y, dándoles la espalda, conversó con uno de sus capitanes en voz baja. Este parecía disentir de su jefe, pues alzaba sus brazos mirándolos con ira y negando con la cabeza. Al-Gazal y Qasín intercambiaban miradas de desconfianza. Finalmente, Abú consideró que retener a aquel hombre entre sus paredes podría constituir un peligro arriesgado e imprevisible. Guardaría más poderes ocultos y podía acarrearle serios disgustos. Amaba a sus perros como a su misma alma y temía a lo oculto más que al infierno. Decidió confirmar sus palabras sobre el contrato, dejarlos partir y quedar como amigo de ambos. No hallaba solución más sensata, por lo que se volvió, afectado, cubriéndolos de parabienes y buenos deseos:

—Sea como rogáis, aunque pensábamos gozar de vuestra presencia durante unas semanas. A la hora tercia se hace la pleamar, momento apropiado para partir. Quedamos comprometidos con el trato firmado, y nosotros unidos con una leal amistad y admiración. Respetaremos a las drómonas bizantinas y cesaremos por un tiempo las razias sobre los poblados de la costa. Y sobre el acatamiento al califa de Bagdad, nada nos liga. únicamente obedecemos a los vientos marinos y a nuestra voluntad. Y, como dice el Corán: «Os perdonamos enseguida a fin de que nos estéis agradecidos».

—Aceptamos tu palabra por ley. Recogeremos nuestras bolsas y partiremos de inmediato. Mi señor te tendrá desde hoy como aliado —replicó al-Gazal—. Y sobre la extraña conducta de tus perros nada debes recelar. Limpiad el canal del agua corriente, baldead el interior del recinto y, cuando el sol alcance su cenit, volverán a beber agua y a comer sin riesgo alguno.

—Rememoraré nuestro encuentro todos los días de mi vida —asintió el pirata, conciliador.

—Y nosotros evocaremos la alianza sellada, que no resultará estéril para dos pueblos hermanos. Tu agudeza se propalará honrosamente por todo el islam, Abú Hafs.

El Sable de la Luna levó anclas y se hizo a la mar ante el regocijo de la marinería. Qasín, sin ser visto, se asió a la proa y vació en el mar un copioso vómito de bilis. Todos sus malos humores y atormentados miedos se escapaban al mar. Pronto rebasaron el mar de Creta, y con el viento etesio de popa y en avance ágil, se escoró en singladura abierta hasta la isla Cítera, donde los aguardaban los legados bizantinos y el bondadoso al-Munayquila, repuesto felizmente de la indisposición. Cuando la costa cretense se desdibujaba en la línea del horizonte, Qasín, seguro de posibles contratiempos, se dirigió al castillete de proa, donde al-Gazal se hallaba absorto, abiertos sus pulmones a la brisa e hipnotizado con la estela de espuma. El viento alborotaba sus largos cabellos y abombaba su túnica de lino.

—Confíesme de qué extraña argucia te serviste para soliviantar a los perros de ese truhán o me va a dar un arrebató con tanta curiosidad contenida.

—Nada más fácil, Solimán. Con estos zafios y ambiciosos insumisos hay que valerse de tretas sutiles —ironizó—. En mi bolsa guardo algunos potingues comprados a mi droguero, o logrados en

mis alambíques. Algún elixir maestro para intoxicaciones, arsénico blanco de bambú y, sobre todo, sal fina para sazonar los alimentos. Vacíé precisamente una bolsa colmada en el canalillo que se comunicaba con la jaula cuando simulé beber agua en la fuente. Esas pobres bestias detestan las aguas salobres, y su reacción fue incluso moderada. Después sólo había que esperar la reacción del supersticioso Abú. ¡Seguro que temió por su vida, o que le envenenara el aire!

—Conoces como un mago todas las mañas de la persuasión y los recursos más espectaculares. ¡Toda una exhibición para una aventura arriesgada! —dijo carcajeándose.

—Una sola libra vuelve salitrosa el agua de un estanque. Su cara se descompuso, con la palidez de la muerte. Pero cuánta tortura para asegurar la firma del pacto...

—Lo perdió su alma crédula y supersticiosa —terció Qasín sonriente—. Aunque, por qué negarlo, en algún momento temí por nuestras vidas.

—¿Y crees que yo no? Si nos hubiera retenido como pensaba, con toda seguridad hubiera cambiado de parecer, pues sus comandantes se inclinaban por el cobro de un rescate. A este tipo de aventureros sólo les place el negocio fácil. No obstante, ahora le queda nuestra oferta, y de seguro que la cumplirá, pues le garantiza inequívocos provechos. La experiencia ha resultado inolvidable. Admítelo.

—¿Inolvidable, amigo mío? Ha sido pavorosa, pero ¿realmente gobernará la isla hasta su muerte?

—Así lo indican las estrellas. Pero él considera que la posesión crea el poder, y no es así. Si fuera más amado que temido, entonces sí constituiría un peligro. Seguirá siendo un ruín tirano, y someterá a su pueblo a vejaciones y caprichosas excentricidades. Luego su nombre se extinguirá para siempre.

Frente a la proa, no tardó en aparecer la isla de Cítera, velada por una nube gris inflamada por el esplendor del ocaso. Y el mar de Creta, antes de sumirse en las sombras, adoptó un matiz arrebolado, cortado por el surco blanco del Husán al-Sáhur. Al-Gazal seguía inmóvil en la tajamar, contemplando con delectación la puesta de sol en aquel espejismo acuoso, ausente e inmerso en su prodigiosa inmensidad azul. Su ánimo y sus pensamientos brotaban serenos y complacientes. Recordaba al pirata de Creta y se delectaba con la astucia de su triunfo, aunque sin vanagloriarse. Pero ¿y en la corte Bizantina, se cumplirían los objetivos de igual modo? Allí la diplomacia constituía todo un arte.

Abandonó estos pensamientos y se dejó mecer por el balanceo de la impetuosa galera.

CAPÍTULO XII. Hacia la luz de Oriente.

El Husán al-sáhur bordeó la isla de la Hídra y entraron en el canal de Keos en medio de una niebla nívea, que luego se repitió insistente al bordear Andros y el laberinto de las Cícladas. Todos los blancos de la naturaleza, como un lienzo gigantesco, cubrían los cielos, los poblados y el vasto mar Egeo. Los gritos de los pilotos y las trompas de las galeras sonaban sin cesar por entre las ensenadas hasta arribar a golpe de remo y tambor a los acantilados de Lesbos, donde recalaron en uno de sus abrigos naturales. Al segundo día de navegación, el clarear trajo de nuevo la acostumbrada luminosidad, las aguas inmensamente azules y un piélagos dorado por el sol, colmado de fortalezas resplandecientes como conos de almíbar. Pronto los remíches y marineros baldearon bancos y cubiertas con barriles de agua salitrosa, y consumieron sus raciones de bizcocho y carne añeja, deseosos de avistar Bizancio.

Pernoctaron en la mitológica Delos, la Isla Deslumbrante, cuna de Apolo y la casta Artemisa. Qartiyus acompañó al amanecer al Relojito y a al-Gazal al templo del dios y santuario de las antiguas profecías, donde el diplomático andalusí indagó sobre la existencia de un sagrado «disco solar» entre los lugareños, que no tenían noticia de que entre aquellos templos semiderruidos se hubiera adorado a Helios. Un mar devastado de ruinas se extendía por toda la isla, y el islamita pensó que acertar con el tesoro que buscaba constituiría un empeño enojoso.

Aquel mismo atardecer levaron anclas y enfilaron el rumbo hacia el estrecho de los Dardanelos, el cuello de ánfora hacia el manso vientre de la Propóntida y antesala de la capital del Imperio. Una brisa caliente ensanchaba las velas de las naos, mientras las quillas rompían las espumosas olas. En el puerto aduanero de Abidos, con el mar en calma, los emisarios andalusíes se trasladaron a la drómona bizantina, donde fueron recibidos por un enviado imperial obsequioso y acogedor. En la travesía final escucharon embelesados a Qartiyus relatando las odiseas homéricas, encendido su ánimo con la llegada a la patria tras meses de ausencia y arriesgada navegación.

Conforme se adentraban en las aguas de Bizancio, se cruzaron con un centenar de drómonas de la flota imperial, la temible escuadra Theme, el Terror de la Propóntida, como la conocían los navegantes. La formaban barcos con una línea de remos, equipados con sifones flexibles, las bocas incendiarias de la más mortífera arma conocida en Oriente: el fuego griego. Por sí solos se bastaban para disuadir a cualquier rey osado o ambicioso filibustero de atacar el apetitoso puerto bizantino.

—¿Qué son esas catapultas, Qartiyus? Parecen bocas de dragón —preguntó el embajador interesado, intentando sonsacarlo.

—Son lanzallamas, y constituyen nuestra más preciada arma. Estos barcos de guerra sólo los contemplarás en esta costa, pues jamás se alejan de las cercanías de la ciudad por temor a ser apresados. Imagínate si hicieran confesar con el tormento a algún capitán el secreto tan tenazmente guardado durante siglos: sería nuestra ruina. ¡Y qué no darían los abasíes o los piratas por conocerlo!

—Su composición representa un alto secreto, según tengo entendido. ¿No es así, Qartiyus? —preguntó indiferente.

—Indudablemente. Yo prefiero ignorarlo. Algunos atrevidos se arriesgaron, y perdieron ojos y manos y fueron condenados a la esclavitud de por vida —contestó aterrado, para desviar

bruscamente la conversación—. Pero, amigos, no perdáis detalle; pronto aparecerá ante nosotros la nueva Roma y quedaréis rendidos ante el portento de Bizancio, la ciudad tocada por la mano de Dios. Uno de los arcos del puerto así lo proclama: «Fundada por la inspiración de la Divinidad.»

Las dos galeras se aproximaron suavemente a la península donde se asentaba Constantinopla, la fabulosa urbe acunada entre el Bósforo y la Propóntida, levitando como un arco de oro entre Asia y Europa. Un sol anaranjado lamía sus piedras creando una atmósfera irreal que de inmediato fascinó a al-Gazal por su mágica seducción. Semejante a una cortesana encarnada en el Cuerno de Oro, mudaba su color a cada reflejo del sol. Coronando sus siete colinas despuntaba la imposta de las cúpulas de Hagia Sofía como conchas de tortugas gigantes, rodeadas de los suntuosos palacios y las mansiones de recreo de los senadores y cónsules, que se reflejaban en el vidrio azul de un mar surcado por naos de todos los calados y nacionalidades, dando vida con sus estelas al magnífico espectáculo. Millares de humos, una exuberancia que se olía, un trajín ensordecedor de voces incomprensibles y el bordoneo de las naves que rebasaban el faro Gálata y el puerto Eleutero, anunciaban su frivolidad asiática y su inagotable abundancia. Y entre los torreones, emergía un enjambre de columnas, pórticos y pilastras que divulgaban por igual al dios cristiano y a los dioses y emperadores de la Antigüedad.

—A esta ciudad que fundara Bízas el Megaro, otorgándole la capitalidad del Imperio constantino, la llamamos la Reina, He Basileuousa Polis, mi casa, y tierra de mis antepasados. En ella se reúnen todas las riquezas de la antigua Hélade.

—Le hace justicia su nombre. Conozco Damasco, Bagdad, La Meca, Palermo, Jerusalén, El Cairo, y nunca admiré tan magico esplendor y bullicio. No cabe duda: ha de ser un ímán para la prosperidad. ¡Córdoba cabría tres veces en sus murallas!

El navío imperial navegó cerca del embarcadero imperial donde se hallaba fondeada, bamboleante sobre las aguas mansas del amarradero, una galera de casco púrpura, con el velamen recogido y protegida por un centenar de guardias armados y dos naos de guerra a sus costados. Los andalusíes la admiraron embelesados.

—Contempláis el Rubí, el navío del basileus —les informó Qartíyus—. Lo emplea para navegar por estas aguas y por el estrecho de Nicomedia... y, claro, está aquí por si es necesario escapar en caso de apuro. Algunos emperadores han salvado sus vidas gracias a ese bajel escarlata. Posee buena boga y sus remeros, licios en su mayoría, son inigualables.

—Bien parece la carroza del dios Poseidón. Luce espléndida... y su valor ha de ser incalculable. ¡Qué no daría el buen Qasín por poseerla!

Pasado el mediodía acometieron la bocana del puerto Eleutero, ayudados por el trabajo de los remiches y la labor de la gente de mar en los palos y el velamen. La drómona bizantina, seguida del marinero Sable de la Luna, recaló en un apartado fondeadero, lejos del abigarramiento de los otros muelles atestados de estibadores y mercancías llegadas de todo el orbe, en un bosque de mástiles y velas que oscurecían la mole de la ciudad. Al-Gazal identificó, por sus aparejos, naos egipcias, venecianas, fatímíes y andalusíes, y voces confusas de cómitres sirios, gaditanos, norteafricanos y atenienses, ordenando labores de atraque o leva de anclas. Qartíyus se acercó a los visitantes y les anticipó la conducta que debían seguir una vez que llegara la comitiva real de bienvenida:

—Mis apreciados legados, nada más poner vuestro pie en nuestro suelo y ser recibidos en la puerta

Acuaría por la comisión imperial os convertiréis en huéspedes sagrados del emperador. Nadie podrá tocaros un solo hilo de las túnicas, y gozaréis de su paternal amparo. El basíleus Teófilos descansa en el palacio de Blaquernas y caza en los bosques del Fílopatón, y no llegará hasta el jueves, día fijado para la recepción oficial en el gran palacio. Gozad de nuestras delicias.

Y, ciertamente, un cortejo de más de cien personas ricamente ataviadas y con gran boato de tubas, palios y caballerías aguardaba el atraque de la nave.

—¿Y esas dignidades? Parecen aguardar a un sultán.

Qartíyus escrutó las insignias y ornamentos de los funcionarios apostados en el dique de autoridades y les explicó al observar un gesto de asombro en sus facciones:

—Os darán las más eximias estancias de la corte, y no lo hacen en el foro de Teodosio, como es usual, por el calor del estío. Bajo el palio adivino al logoteta Ignacio, el primer ministro del Imperio. También se halla el influyente megaduque, jefe de la flota y procónsul de Cirenaica, y, ¡como no!, nos observa mí superior inmediato, el que nosotros llamamos el sincelos, segundo patriarca de Bizancio y obispo de la santa catedral. Su nombre es Basilio y dirige las relaciones con los reinos foráneos. Habla todas las lenguas conocidas, practica la nigromancia y es un fanático iconoclasta. Pasa por ser un hombre sabio, aunque algo extraño. Debéis sentirnos halagados; pocas veces vi a tan señalada representación recibir a una embajada.

Los emisarios andalusíes descendieron solemnemente por la escala. Al-Gazal se recogió la elegante túnica de lino amarfilado, sobre la que le caían las bandas del tailasán verde. Súbitamente, un tronar armonioso de tubas, crótalos y tímboles y el volteo de las campanas de Santa Irene saludaron a los recién llegados, y centenares de palomas y gaviotas levantaron el vuelo despavoridas en dirección al Hipódromo. Al aproximarse al palio dorado de la recepción real, se adelantó el logoteta, un hombre maduro, de facciones angulosas, como talladas en arcilla ocre, lujosamente engalanado con la toga senatorial. Portaba en la mano un bastón ebúrneo con el pomo de oro, y se erguía imponente y majestuoso al andar.

—Salve, Yahía ben al-Hakam, noble emisario del emír de Córdoba, en la Hispania de nuestros antepasados —dijo en griego con cortesía exquisita, inclinándose levemente—. Mi nombre es Ignacio de Atalia, cónsul imperial. Os doy la bienvenida y os saludo en nombre de su serenísima, Teófilos, emperador de romanos. Ho helios basileue. (Coletilla dedicada al emperador y usada en todas las recepciones y ceremonias. Significaba «El emperador es el sol»). Que vuestra estancia en la Nueva Roma os sea grata y provechosa.

—En ello confiamos, ilustre visir —respondió alGazal en un griego impecable, inclinándose para besar sus mejillas según la costumbre andalusí—, Os trasladamos la amistad de mi señor Abderramán y de la umma de creyentes de al-Andalus, mientras admiramos la esplendidez de un imperio tocado por el hálito del Misericordioso.

—Las aceptamos, y así se trasladarán a la augusta familia. Seguidnos; os presentaré a mis acompañantes, insigne al-Gazal. Porque os designan así en vuestro reino, ¿no estoy en lo cierto? —preguntó afable.

—Así podéis llamarme si lo preferís, sahib Ignacio.

A los embajadores andalusíes, acostumbrados no obstante al rígido protocolo de la corte califal, aquel ceremonial de cortesías minuciosas les pareció no sólo riguroso, sino exagerado y

escenificado hasta el detalle más insignificante, como si todos los personajes imitaran a la mismísima corte celestial, pues todo se asemejaba a un colosal teatro alrededor de su sacralizado emperador. Finalizadas las saluciones, los dos legados fueron invitados por el logoteta a descansar en la residencia regia para invitados, el palacio de Lausus, y conducidos a una litera recamada de oro y cubierta con un baldaquino de seda magenta.

El palanquín donde se arrellanaron junto a Qartiyus era conducido por más de treinta esclavos nubios, rodeado por un séquito de jinetes palatinos, los temidos catepanos, ataviados con corazas doradas y uniformes de gala.

Detrás marchaban unos músicos atenienses tañendo liras y atabales, y un eunuco de palacio profiriendo avisos de atención, y anunciando a los viandantes la procedencia de la embajada mientras repartía monedas de cobre a diestro y siniestro.

—¡Salud al emperador y a la emperatriz! —alborotaban la multitud al disputarse la calderilla.

Unas puertas ciclópeas de bronce se abrieron en la muralla y la comitiva tomó las espaldas del grandioso Hipódromo, con los caballos de bronce y obeliscos sobresaliendo por las cornisas, y ahora silencioso y vacío de los griteríos de los dos bandos irreconciliables de la ciudad, los azules y los verdes. Penetraron después en la amplia avenida de la Mesé, atestada de carros, andrajosos pedigüños y gentes de todas las partes del mundo, donde los eunucos redoblaron las voces de proclama y las limosnas. En aquel pandemónium de bullício se entremezclaban, como en una marmita gigantesca, armenios de piel atezada, cargadores etíopes, frigios con gorros cónicos, tracios de cabellos hirsutos, coptos de Egipto de hábitos negros, judíos tocados con solideos amarillos, búlgaros, fenicios, insolentes estudiantes, soldados y arrogantes mercaderes del Volga, Corinto, Bagdad, Venecia y Sevilla.

Y como en todas las ciudades del mundo, una maloliente atmósfera de cueros remojados, estiércol de caballerías y camellos, aguas sucias discurriendo por canales, especias, resinas y las soluciones de los tintoreros y orfebres, oreaban hasta la litera confundidos con los efluvios humanos. No obstante, la vía era espaciosa, enlosada, y los soportales aparecían profusamente adornados de estatuillas de bronce con las efigies de dioses mítológicos, aurigas conocidos, actores y santos, Lo pagano y lo cristiano convivían entremezclados sin pudicia alguna en aquella populosa babel de fasto y frivolidad. El oro, las esculturas griegas, la seda de Persia, las cruces de marfil, las reliquias de santos, las gemas de Egipto y las exquisitas púrpuras se ofrecían por igual en los tenderetes de la calzada comercial en puestos especiales, admirados por centenares de transeúntes.

—Jamás vi paños de púrpura de semejante textura —se admiró al-Munayquíla.

—Pues nadie puede comprar un hilo de ese género en Bizancio —le respondió Qartiyus—. La púrpura es un kekolymenos, un tabú, y junto a la seda y las perlas de Cipango, un bien prohibido y vedado al vulgo. únicamente pueden ser adquiridos por la familia imperial. Nunca veréis a un romano de esta ciudad vestido de escarlata. Si así fuera, no verían más la luz del sol, amigos, pues les sacarían los ojos al instante.

Con el ameno zumbido de la orquestina, traspasaron un arco majestuoso de jaspe para desembocar después en una plaza elíptica, el concurrido Foro de Constantino, al que los portadores rodearon para sortear la Gran Columna Púrpura, un gigantesco cilindro de pórfido rojo con bajorrelieves de divinidades áticas, en cuyo extremo se erguía una monumental estatua de bronce que representaba a

un dios pagano con los atributos del sol. A su paso, centenares de paseantes se detenían a admirar el cortejo de la embajada andalusí, mientras los soldados apartaban con las astas y a puntapiés a los mendigos, a algunos chiquillos impertinentes y a las rameras que prestaban sus servicios en las molientes callejas de las cercanas termas de Teodosio.

—Esa efigie representa al emperador Constantino, aunque tomando el cuerpo de Apolo —señaló Qartiyus—. Los rayos salientes de su real cabeza son los clavos con los que fue fijado a la cruz Jesucristo, traídos de Jerusalén por Santa Elena.

Bajo un sol sofocante, desembocaron en el palacio de huéspedes distinguidos, la residencia Lausus, conocida por el vulgo como «la academia del alabastro blanco», por poseer una escalinata con tallas helénicas de una blancura inmaculada y un fragmento de la roca golpeada por Moisés, que Qartiyus tocó con religiosa unción.

La música cesó y se escuchó el zureo de las palomas sobre el friso del palacete tallado con adantes y centauros. Aquella suntuosa mansión colmaba las apetencias del más regalado de los reyes por su lujo. Qartiyus los dejó en su descanso, pero antes de abandonarlos se dirigió comedido a al-Gazal, y con aire de complicidad le explicó:

—Hoy descansad y recuperad vuestros cuerpos del largo viaje. Mañana a la puesta del sol os recogeré para acompañaros a una fiesta privada que el logoteta Ignacio ofrece en vuestro honor, antes de la recepción oficial del basileus Teófilos. Ya sabes, aquí se hace política, como en todos los sitios, y desea conocer antes que el emperador tus ofertas. Será una experiencia inolvidable, y vuestras zambras cordobesas os parecerán una tarde de campo comparadas con las veladas de Bizancio. ¡Ah! —terminó diciendo—. La celebraremos al uso de las antiguas saturnales romanas y habremos de ocultar nuestros rostros con máscaras mitológicas. Espero que vuestro credo no os lo impida. Reposad, amigos, y gozad de la más estimulante ciudad del mundo. Salve.

—Salam, Qartiyus, nos entregamos complacientes a tus propuestas —agradeció.

Aquella noche todo era languidez y blandura.

La urbe crepitaba en la lejanía, e infinidad de ruidos indolentes se colaban hasta las arboledas del bucólico palacio de Edirne. El aire arribaba caliente a la mansión cercana a la legendaria fuente de Hagianne y al retiro imperial de Blaquernas. Los legados de al-Andalus, precedidos por Qartiyus, se presentaron en la litera vestidos con trajes de gala rematados de gemas y borceguíes de cordobán. Al-Gazal exhibía su cabeza descubierta con los cabellos peinados en tirabuzones, mientras Qasín y al-Munayquila se tocaban con turbantes al modo bagdalí. Antes de acceder al salón, el embajador bizantino los condujo a un reservado donde eligieron el antifaz. Al-Gazal, por similitud con las últimas consecuciones de su espíritu, tomó una máscara salpicada de diminutas piedras preciosas, con dos alítas de nácar en sus lados, descriptiva de la faz de Hermes, el dios esotérico y mensajero del Olimpo. El enjusiasmo Qasín prefirió un Tritón marino veteadado de polvo de esmeraldas, Qartiyus se acomodó una carátula de guerrero aqueo, y el inventor de relojes, una composición floral de olivo representadora de Marte.

—En la fiesta, amigos —les explicó Qartiyus con matiz reservado—, se mantendrá el más absoluto anonimato y no podremos desprendernos de la máscara por ninguna causa. Una vez concluida, nadie recordará lo pasado, y por obligada cortesía tampoco habremos identificado a nuestros compañeros

de festín. No lo olvidéis, pues os puede acarrear serios inconvenientes en vuestra estancia en Bizancio. ¡Divirtámonos con prodigalidad y gocemos de los regalos de la noche!

El festín se celebraba en una exedra porticada, rodeada de jardines y emparrados, y techada con una cúpula de mosaicos representando motivos mitológicos de soberbia composición. Un triunfo de Baco rodeado de una cohorte de sátiros y náyades semidesnudos los contemplaba socarronamente desde su altura, mientras un grupo de estatuas de alabastro con los héroes troyanos circundaban el peristilo. Al comparecer los huéspedes, unos jovencitos disfrazados de faunos y ninfas les ofrecieron aguamaniles y caracolas de nácar con agua de azahar donde lavarse las manos. Una orquestina de caramillos, pífanos y líras de músicos alejandrinos, oculta tras una cortina de seda, componía una música subyugante.

Los diputados andalusíes, ocultos tras sus máscaras, observaron con intriga a sus irreconocibles compañeros de convite, aposentados cómodamente en los divanes, sonriéndoles y saludándolos en griego. Al-Gazal contó nueve hombres, uno de ellos castrado, y cinco mujeres de extraordinaria apostura, y reparó en un asiento vacío frente al suyo. Adivinó no lejos de él a Ignacio de Atalía, con el rostro oculto bajo un disfraz de Zeus, un obeso eunuco que lo miraba con fisgona indiscreción tras un embozo de Apolo, y a otros palaciegos igualmente enmascarados con disimulos de héroes de la antigua Hélade. Sus ropajes de púrpura hicieron suponer a los musulmanes la alta posición de aquellos invitados, adornados todos con artística elegancia. Pero nada fue comparable con la impresión recibida cuando el sonido de un batintín anunció la comparecencia de una mujer de cegadora hermosura.

—¡Leda, la amada por Júpiter y señora de la distinción! —anunció Ignacio de Atalía, decididamente irónico, atrayendo la atención de al-Gazal.

De inmediato, todas las miradas se posaron en aquella aparición perturbadora, y sin excepción alguna los comensales bizantinos se incorporaron levemente cumplimentándola. Se adornaba con una estola y una clámide cuajadas de aljófár, dejando al descubierto, mediante una sofisticada abertura, unas piernas espléndidas del color de la miel. Su antifaz representaba la fisonomía de un cisne, ave sagrada de Leda, dejando entrever una cabellera rubia, una graciosa naricilla y unos labios anacarados, embellecidos con un minúsculo y fascinador lunar en la comisura. Al-Gazal, confuso, no dejó un momento de admirar a aquella criatura fascinante, recibiendo de ella una halagadora reverencia.

—Ni el mismísimo Zeus tuvo el infinito honor de cenar acompañado de tan turbador Olimpo —habló el primer ministro—. No deseo sino que Hermes, el Trítón y Marte, nuestros amigos andalusíes, saboreen sin tasa el placer de una velada única.

—Los creyentes de al-Andalus creemos que las palabras felicidad y deleite nunca han de pronunciarse con comedimiento —replicó el astrónomo.

El anfitrión dio unas palmadas y unos sirvientes penetraron en la sala transportando una mesa, y en ella un enorme cuerno de la abundancia del más exquisito hojaldre. Uno de ellos rasgó la cornucopia, dejando el humeante interior al descubierto. Pescados aderezados con hierbas aromáticas, huevas de esturión en pámpanos helados, volatería humeante sazonada con cilantro, carnes condimentadas con néctares de flores, frutas confitadas, rosados frutos del mar, naranjas rojas con canela de Mascate y sorbetes de menta con clavo de Siraf componían la abundante cena que encerraba en su interior el mitológico recipiente. Los comensales los degustaron mientras conversaban con sus compañeros de

triclinio y paladeaban vinos griegos en copas de oro.

—Ha llegado hasta nuestros oídos —explicó uno de los comensales tras un atuendo de león— cómo nuestros invitados Hermes y Tritón, con gran riesgo de su vida, visitaron el antro de Abú Hafs en Creta, la isla donde creció el dios Zeus amamantado por la cabra Amaltea, trasladando no sabemos si un provechoso regalo o una nueva amenaza. ¿Podríamos conocer un adelanto de la entrevista?

—Mi curioso amigo León —se escabulló el andalusí con palabras corteses—, únicamente a mi señor y al emperador puedo dar cuenta de esas negociaciones. Al primero, por amor y fidelidad, y al segundo, por la virtud del deber. Dejemos a ambos con el peso de los secretos de Estado, a Amaltea representada en el firmamento y a nosotros con las delicias del espléndido banquete.

Aquella contestación cayó como un epitafio, aunque pareció complacer a la dama embozada de cisne, quien rió abiertamente seguida de todos los comensales. Después la bella Leda fijó la mirada en al-Gazal, dedicándole una sonrisa desafiante.

No obstante, el legado, con exagerada fantasía, les relató la estancia en Creta y su duelo dialéctico con el filibustero, cosechando al concluir su historia el beneplácito y la simpatía de aquellos altos funcionarios del Imperio, que abandonaron sus reservas y los aceptaron con camaradería. Después de unas deliciosas horas, los asistentes se entregaron a la degustación de los postres, mientras apuraban vinos de Samos y siropes de Corinto, escanciados por los efebos y ninfas. Al cabo, un hombre de barba rizada, en quien el andalusí creyó reconocer bajo su antifaz de silano a uno de los integrantes de la recepción, se le acercó y, comedidamente, le preguntó:

—Me tenéis intrigado, embajador, ¿habéis elegido la carátula de Hermes al azar, o intencionadamente?

Al-Gazal, cautivado como estaba con las miradas de la dama de blanco, volvió la suya hacia su interlocutor y reveló con sinceridad:

—Mi desconocido amigo, antes que embajador de mi emir, me considero alquimista, filósofo, poeta... y lo que nosotros llamamos munaggin, astrónomo. Desde hace años busco junto a mis maestros la iluminación de Dios y sus nombres ignorados de la Cábala. Es por ello que no podía dejar pasar la oportunidad de lucir el disfraz de Hermes Trísmegísto, el creador y divulgador de la alquimia como ciencia.

—Muchos estiman la alquimia, según la llamáis los árabes, como nigromancia.

—La alquimia, sahib, es una filosofía y una religión —explicó intrigado—. Ella representa el agua divina que el mundo ignora. El todo en todas las cosas.

Su interlocutor alegró sus facciones y, con ademán reservado, le manifestó:

—He de confesaros, en recíproca sinceridad, mi inclinación hacia las ciencias ocultas, y como mi antecesor Sinesio, patriarca de nuestra Iglesia, también soy estudioso de las enseñanzas de la Hermandad de Heliópolis, y trabajo en mi modestia en transmutaciones insignificantes. Ha sido para mi un hallazgo encontrar en vos un colega conocedor de la disciplina espiritual, y eso reconforta mi solitaria dedicación.

—¿Sois obispo, señor? —preguntó descorazonado—. Lamento decir que mis experiencias con cristianos han sido demoledoras y poco estimulantes, pues en todo ven la mano de Satanás y muy

pocos se atreven a emprender la senda libre del conocimiento.

—No levantéis la voz, Hermes —y se llevó el dedo índice a los labios—. Tendremos ocasión de conversar en palacio y os haré partícipe de algunos secretos... y vos de los vuestros, pues buscáis como todos nosotros la fórmula magistral, ¿no es así?

Al-Gazal no pudo por menos de mostrar una enorme satisfacción, no exenta de sorpresa, y en una ágil pirueta de su mente creyó llegado el momento de efectuar la primera incursión en la búsqueda del Trono de Dios, y ni siquiera el desconocimiento de la persona que tenía ante sí lo disuadió de hacerlo. Allí todos parecían cortesanos y depositarios de los tesoros de Roma, y alguien debía de conocer el ángel alado, guardián del venerable nombre cien del Altísimo, y se mostraba evidente que aquel invitado le había formulado una pregunta estimulante.

—Un ansiado aliciente se une a mi apasionante estancia en Bizancio. Os lo aseguro. La Cábala únicamente puede ser revelada si se descubren los últimos nombres del Altísimo..., y Constantinopla puede guardar lo que yo busco.

En aquellos precisos instantes al-Gazal y su interlocutor se sobresaltaron requeridos de nuevo por un sonoro platillo. Unos púberes vestidos de cupidos y amazonas con carcajes de plata y flechas de fieltro y cubiertos por velos transparentes entraron en la sala escoltando a una pareja de criaturas mitológicas representando a la diosa Leda y a Zeus, el cisne. Todos enmudecieron y aguardaron las sugerencias del anfitrión, aturdido por los efluvios del vino de Samos.

—En consideración a nuestra invitada —informó Ignacio—, estos actores interpretarán la leyenda de Leda, la amada por Zeus en forma de cisne y madre de Helena de Troya. ¡Es en tu honor, apuesto cisne de Esparta!

Los invitados levantaron sus copas y golpearon las mesas en señal de entusiasmo, y la aludida se llevó las manos a la boca, devolviendo besos alados a sus compañeros de banquete. Parsimoniosamente y al compás de un tamboríl y una cítara, los dos personajes iniciaron una primorosa danza de requiebros amorosos. Practicaron teatrales y provocadores acercamientos, mientras los cupidos y amazonas componían sincrónicas figuras a su alrededor. Luego, desaparecieron en los jardines, ocasión aprovechada por el anfitrión para ofrecer a sus invitados un nuevo y sugestivo juego:

—¡Amigos! Conocemos todos la gran facilidad para versificar de nuestro invitado Hermes y su pertenencia a la cohorte de poetas de su emir. Yo os propongo un erudito pasatiempo, contando con su benevolencia. Se trata de lo siguiente: Él compondrá un poema acerca de alguna criatura u objeto inanimado de cuantos nos rodean, y los demás trataremos de adivinarlo. Quien lo resuelva finalmente le formulará un deseo razonable, al que nuestro invitado accederá sin réplica. Pero, en caso contrario, cualquiera de nosotros se someterá al suyo, ¿Lo aprobáis?

—¡Sí, por favor! Excelente idea —se entusiasmó el eunuco, y todos aceptaron.

Al-Gazal, sorprendido por la petición, quiso excusarse, pero miró a la dama de blanco, e intuyendo que la idea había partido de ella, decidió seguir el entretenimiento.

—Me ponéis en un aprieto, pues no es lo mismo versificar en árabe que en griego. No obstante, accedo a la chanza, y cuento de antemano con vuestra nobleza en caso de ser resuelto el enigmático verso. Bebamos mientras aflora la inspiración, amigos.

Todos sin excepción contemplaron al andalusí, que suspiraba por los encantos de aquella enigmática dama cuyo lunar se balanceaba al compás de su pícara sonrisa. Pasados unos instantes, el embajador volvió de su ensimismamiento y levantó la mano diestra, antes de requerir atención:

—Oíd el verso y tratad de adivinarlo, amigos:

Sobre la blancura extiende su anillo de ébano. Es la perla de negro almizcle que tiene el negro como hermosura, como un astro entre sus mejillas. ¿Acaso es un desaire salpicado en su semblante que hechiza a todo hombre abandonado de amor?

A un murmullo de admiración le siguió un denso silencio, Nadie comprendía aquel misterioso acertijo poético. Todos comentaban entre ellos los versos, mas nadie de los presentes acertaba a interpretarlo. Incluso la invitada de blanco sobaba las perlas del vestido intentando dilucidar el enigma sin conseguirlo. Habían subestimado al embajador, que además de ser un refinado rimador era un hombre sagaz. Muy pronto, y si nadie lo descifraba, alguien de entre ellos se sometería inevitablemente al capricho de los deseos del musulmán. Leda fue la primera en intervenir. Separó sensualmente sus carnosos labios y, adelantándose, intervino con voz musical:

—¿Será la noche, quizá? —preguntó.

—Lo lamento, señora: andáis errada —respondió cortés el andalusí.

—¿Un caballo negro, Hermes? —aventuró el eunuco.

—Pocos corceles cabalgan por entre las mejillas de los mortales.

—¡Un eclipse del astro solar! —se atrevió el metropolitano.

—Los hombres temen a los fenómenos de la naturaleza mas que hechizarse con ellos.

Siguió después un prolongado mutismo. En los semblantes de los invitados asomaba una curiosidad creciente, aguardando la respuesta exacta y liberadora de uno cualquiera de ellos. Al-Gazal experimentaba una satisfacción irresistible. Contempló los rostros de los comensales, y comprobó que nadie atinaría con la solución.

—Nos damos por vencidos, Hermes —dijo al fin Ignacio—, Escuchemos de tu voz la respuesta, y señala de entre nosotros a quien estimes para cumplir tu antojo.

Su apostura había seducido a sus contertulios, y un efluvio de afinidad se palpaba entre todos los invitados. Sin jactancia se explicó:

—Mis apreciados anfitriones. ¿Qué es aquello tan bello como una perla negra, un anillo de ébano, o un amante etíope entre las mejillas de un ser delicioso que hechiza a los hombres? Decidme, amigos. Pues, sencillamente, ¡un lunar! El lunar en el bello rostro de nuestra enigmática dama de blanco —continuó modesto, señalando a una sorprendida Leda que se sonrojó cubriendo de rubor sus delicadas facciones.

—¡El lunar! ¡Quién iba a pensarlo! —prorrumpió el eunuco palmoteando histérico.

Una aprobación entusiasta siguió a la aclaración del embajador, que desvió como todos la vista hacia Leda. Sentir cantado aquel aderezo de su anatomía la había turbado y vencido su seguridad.

Después el andalusí expresó su deseo:

—Como habíamos convenido, voy a manifestaros mi capricho. Sé que en estos jardines fluye la sagrada fuente de Hagianne, en otro tiempo centro de los cultos de Eleusis y lugar frecuentado por Diana. No desearía marcharme de Bizancio sin haber bebido de sus aguas benéficas. Acaricio la idea de visitarla, aunque con la complaciente compañía de... la dama de blanco, la diosa Leda.

Si todo el Cuerno de Oro hubiera prendido en llamas, o el mismísimo Gran Palacio sucumbiera hasta sus cimientos, no hubieran provocado tanto desconcierto en los invitados como aquella súplica. Quedaron mudos, mirándose unos a otros entre las aberturas de los antifaces. Por aquella reacción tan singular, el diplomático cordobés pensó que aquella fémica debía de ser la dueña de la casa, quizás una princesa extranjera, una cortesana renombrada o la esposa de alguno de los presentes, pues todos se sintieron incómodos. Ignacio, Zeus, visiblemente confundido, se removió inquieto en su triclinio, y la dama en cuestión permaneció paralizada, esbozando una media sonrisa entre el asombro y el agrado.

—Apreciado Hermes —le conminó el cortesano—. ¿No os sería más adecuada la compañía de mi persona? Yo podría instruiros sobre las bondades del manantial.

Al-Gazal dispuso un gesto adusto, y preguntó en tono irónico:

—¿Acaso he de revelar descorazonado a mi regreso a al-Andalus el quebrantamiento de las promesas de los bizantinos? No obstante, amigo Zeus, estoy dispuesto a olvidar mi privilegio, y proseguir el festín igualmente complacido. Olvidémoslo y prosigamos con la generosa Cena.

Y ya se disponía a departir con el obispo, desatendiendo la cuestión, cuando la dama, Leda, se irguió de su diván y declaró orgullosa con la mirada fría y hierática:

—Divulgaréis tan sólo excelencias de esta ciudad, Hermes. Yo os mostraré el surtidor, un lugar tocado por La mano de Dios. Te ruego, Ignacio, que unos esclavos se nos adelanten con unas teas. Será para mí un regalo acompañarlo a la sagrada Hagianne.

Qartiyus, el eunuco y el obispo asintieron a regañadientes, y la acompañaron hasta las escalinatas donde al-Gazal la tomó de la mano antes de perderse los dos tras los criados por un sendero adornado de caríátides y atlantes. Al-Gazal y la dama se observaron furtivamente durante largo rato, sin pronunciar palabra, mientras aspiraban los perfumes del vergel. Al-Gazal consideró que su acompañante no debía de pasar de los veinticinco años, era esbelta, extremadamente atractiva, y su cutis de una blancura que rayaba en la palidez marmórea. Sus formas se exhibían exquisitas, contorneándose al andar un busto espléndido, grávido y turgente, y una sugerente cintura. Sus ojos chispeaban bajo el antifaz, prestándole junto al dorado cabello un halo deslumbrador que embargaba al andalusí.

—Mi desconocida amiga, no nos descubramos mutuo recelo. Y si mañana puedes reprocharte el haberme acompañado, puedes regresar junto a los otros invitados, y yo me daré también por pagado.

—¿Acaso te disgusta mi compañía? —expresó ganándose su confianza.

—En esta noche de aromas desconocidos, no ansío sólo sentir la suave piel de una mujer, y si ella es tan exquisita como tú, suplicaré su amor y le rogaré, si es libre, que se abandone en mis brazos aunque sea un solo instante. Ésta es una velada ideal para las confidencias entre amantes sinceros — y besó su mano ardientemente.

—Caminas con demasiada urgencia, atrevido extranjero. Además, desconoces quien soy realmente —argumentó melosa, entre la fascinación y el rechazo.

—No me importa. He amado a mujeres de todas las castas y religiones, y ya se cubrieran de oro y sedas o de burda estameña, ya recitaran el Corán o desconociesen hasta la sucesión del día y la noche, sus lágrimas incendiadas por el amor y sus corazones embriagados por el goce eran idénticos, créeme. Amo desafiando vuestro fuego interior y, en reciprocidad, vuestra ternura se me ha manifestado siempre como una flor anhelante de rocío.

Y la rodeó con ternura, al tiempo que la dama, seducida por palabras tan apasionadas, suspiraba por aquel agareno de maneras embelesadoras y rostro de dios griego. Respiró profundamente y acunó la cabeza en su hombro, tras decirle con tiernas palabras:

—Bebamos del agua sagrada y aguardemos el alba junto a ella —suplicó.

—Y que la oscuridad se dilate y nos sorprenda la aurora intercambiando secretos. Tú serás el cisne de la fuente, y yo el afortunado cazador.

Llegados a un calvero iluminado por las trémulas luminarias, los criados se alejaron y al-Gazal se vio junto a Leda en un templete circular rodeado de columnas, dorado como un ascua de fuego y sumido en un silencio casi religioso. Se erigía en una tupida arboleda de palmeras, cerezos, membrillos y cipreses y parecía poseer vida propia alentado por el hálito de un dios invisible. Ingresaron en el interior, donde se encontraba, sin ningún ornato, una fuentecilla de piedra desgastada de la que manaba un surtidor.

—Este lugar me produce una extraña sensación que difícilmente sabría explicar.

—Los lugares que en otro tiempo rindieron culto a la Madre Tierra tienen una misteriosa atmósfera sobrenatural —contestó el diplomático mientras comprobaba que la boca de la fuente representaba en piedra las fauces de un dragón quimérico.

Sumergidos en las sombras, bebieron con deleite el agua cristalina hasta saciar su sed, mientras el islamita pasaba la vista por los muros del templo, advirtiendo la presencia, como espectros alargados, de una decena de falos de piedra muy deteriorados y bustos casi irreconocibles de Baco, Afrodita, Apolo y otras divinidades, unidas a antiguos y orgiásticos ritos de la fecundación y a las bacanales de primavera. En su fuero interno no atinaba a comprender cómo aquellos rumis, siendo cristianos y monoteístas, convivían en aquella ambigüedad cultural y religiosa, idólatra y supersticiosa, rodeados de imágenes e iconos en una amalgama incomprensible.

—Has de sumergir las manos en la pila y después rociar tu cara. De este modo, el favor de la diosa te cubrirá y podrás formular tu deseo —le sugirió la desconocida mujer con una sonrisa.

—¿Cualquier deseo? —le solicitó obsequioso.

—Exclusivamente los referentes al amor, Hermes.

Al-Gazal tomó el agua verdosa de la pileta y humedeció levemente sus mejillas, volviéndose sonriente hacia su acompañante para decirle:

—Mi deseo ya ha escapado hacía las estrellas como una saeta.

—¿Y puede una rendida amiga conocerlo? —preguntó zalamera.

—Que este hombre, alquimista errante, sienta perpetua nostalgia de estas aguas. Ésa ha sido mi petición a los cielos —dijo fijándose en ella con apasionamiento.

—No comprendo la intención verdadera del deseo, Hermes. ¿Es otro de tus enigmas, tal vez?

—Anhelo que, al evocar la fuente Hagianne, me acuerde de tí, y que estas aguas rumorosas constituyan una cadena que me ate a esta noche de luceros brillantes, en cuyo extremo siempre aparecerán tus labios deseados.

Bajo el antifaz de la mujer rodó una lágrima, imposible de esconder. Al-Gazal se acercó a ella y comprendió que aquella misteriosa mujer, por una indescifrable casualidad, aún no había conocido el amor auténtico y los galanteos de un hombre enamorado. Se desprendieron de sus antifaces y al fin el embajador pudo contemplar desnudos unos ojos de tonalidad esmeralda difíciles de olvidar. El andalusí no supo si era por efecto del denso vino griego, si por los sedantes aromas respirados de los incensarios, o el recuerdo de la danza erótica, pero sin pensarlo la abrazó uniendo sus labios a los de ella. Ambos se miraron con deseo, fundidos por el fuego de una desbocada pasión, y pronto sus ropas entreabiertas y los dos cuerpos encendidos buscaron en la oscuridad de un oculto rincón el frenesí del abrazo.

Besó suavemente sus labios, y sus débiles gemidos se fundieron con el rumor de la fuente, mientras sus manos exploraban con fogosidad recónditos recovecos de su cuerpo. El gozo mutuo fue en incremento, mientras al-Gazal besaba sus senos y abordaba salvajemente el cuerpo cautivador de la mujer. Estrecharon sus ingles, y la pasión prosperó en un vértigo delicioso y pasional. Gradualmente se ensimismaron en un pozo de ardiente satisfacción, hasta que Leda ahogó entre jadeos un prolongado grito de placer vencida por su ardiente amante. Sus apetencias se desmoronaron, traspasadas por la irrealdad, en un arrebato de placer primero indeciso, después irresistible y finalmente apasionado. Más tarde separaron sin prisa sus cuerpos agotados, y una paz inconmensurable los sumió en un sopor de suprema calma, convulsas aún sus respiraciones.

—Desfallezco por ti, extranjero —dijo ella, recomponiendo sus vestidos—, aunque ni el mismo Cristo me perdonará.

—Eres casada y fiel, ¿verdad?, y por lo tanto haces de la fidelidad una virtud —le preguntó tomándola por la barbilla—. Aniquilas tus anhelos y te crees más poderosa, cuando en realidad te abandonas esclava de la desconfianza y de una moral asfíxica.

—Sí, estoy comprometida, y tengo hijos, pero debo confesar que en este instante me siento libre, y a la vez temerosa —respondió Leda acariciándole la mejilla—. Si he de serte sincera, nunca me entregué a la infidelidad, y aún no llego a comprender la insólita mutación obrada en mí esta noche..., de la que, ciertamente, no me lamento. ¡Dios me absuelva, pues mi fe flaquea!

—Únicamente la naturaleza y el afecto nos empujaron a amarnos, y nadie te va a juzgar. No tienes motivos para lamentarte, y cuando regreses a la soledad de tu casa, evoca la grandeza de dos corazones puros y la entrega de nuestros cuerpos. ¿Acaso atentamos por ello contra Dios? Piensa que Hermes y Leda galoparon juntos en la fuente del amor, y que seguirán venerando a sus esposos cuando nos despojemos de nuestras caretas.

Sintió tal sinceridad en sus palabras que el sosiego la invadió, alegrando su gesto e iluminando la faz de confianza y seguridad.

—Tu mente es franca y revolucionaria, y agradezco tu consejo. Pero me siento confundida. Mas

hemos de retornar, o mis amigos comenzarán a recelar de nuestra tardanza —rogó cariñosa.

—¿Y he de alejarme de esta villa sin conocer tu nombre? No me condenes a ese suplicio, y alegra mi corazón revelándome tu identidad.

—No faltará ocasión, Hermes. Los amigos del emperador nos facilitarán sin duda alguna otra ocasión de vernos, y entonces lo sabrás todo sobre mí.

—Antes de tratarte ansiaba presentar mis credenciales al emperador, y ahora me parece un asunto banal. Ambiciono olvidar los deberes de mi legación, y probar las delicias de Bizancio contigo —le aseguró amigablemente.

Al cabo comparecieron en el salón, que se hallaba casi desierto. El festín de disipada abundancia se encaminaba a su fin, y tan sólo el eunuco, en grotesca postura, embriagado y con una sonrisa picaresca, besuqueaba a un muchacho sin apenas poder sostenerse sobre sus piernas. Al-Munayquila y el obispo Basilio dormían profundamente en su diván, y Qasín e Ignacio se habían ausentado, posiblemente a algún aposento de la residencia. Al día siguiente, ninguno de los presentes recordaría aquella orgía.

Mientras, la misteriosa dama, sin él advertirlo, se desprendió imperceptiblemente del brazo del andalusí y se escabulló para desaparecer de forma furtiva por una de las puertas. Después se hizo el silencio, escuchándose tan sólo el centelleo de las lámparas que consumían su último aceite y los granos de incienso. Una ligera luz comenzó a filtrarse por el este y, poco a poco, la dormida ciudad y las aguas oscuras del Bósforo y el Cuerno de Oro se fueron colmando de una luz almibarada que invitaba al reposo y al sueño. Al-Gazal se sintió dichoso y, absorbido por una culpable satisfacción, Regresó sobre sus pasos hacia las espesuras del jardín, componiendo para sí un verso espontáneo: «Sobre la litera de la aurora te fuiste, amada mía, y solo quedo, dulce cisne, atrapado en tu velo de oro. Pero... ¿en quién refugiaré ahora mi soledad, bella de la luna?»...

Luego reflexionó sobre la promesa del obispo Basilio, pero, indefectiblemente y sin quererlo, sus pensamientos se dirigieron inexorables al recuerdo de aquella enigmática cortesana, cuyos encantos había poseído hasta rayar en lo extraordinario. ¿Quién sería verdaderamente la huidiza mujer, amiga de tan altas instancias del Imperio? ¿Tomaría como real su pretendida virtud? Su interior anhelaba contemplarla de nuevo y gozar perdurablemente de sus halagos. Se abandonó pensativo a sus cavilaciones y aspiró la brisa matutina.

Su estancia en Bizancio se presentaba cada vez más fascinante y sugestiva.

CAPÍTULO XIII. Augoustai.

Al-Gazal se encontraba, sin duda, excitado.

Los días anteriores a la recepción los pasó visitando iglesias, interrogando sin excesivo tino a clérigos y funcionarios, e intentando hallar una pista que lo llevara al Trono de Dios. Pero todos negaban la existencia en alguno de los templos metropolitanos de la imagen de algún ángel con un sol o un disco dorado entre sus alas. Acompañado de Qartiyus, visitó al obispo Basilio, e insistió en conocer al hypatos filosofon, el cónsul de los filósofos bizantinos, un religioso de piel translúcida y delgadez mística, quien en la entrevista negó la existencia de reliquia similar. «En ningún santuario del Imperio se venera semejante imagen. Puedo asegurároslo», le había dicho. Tras la despedida le hizo no obstante una revelación de inapreciable valor para el islamita:

—Kurós embajador —le dijo circunspecto en la escalinata del Senado—, voy a participaros una confidencia, pocos musulmanes conocen que en esta capital del Imperio se halla la tumba de Eyüb, amigo personal y consejero de Mahoma, muerto en el ataque de los árabes a Bizancio. Os aseguro que si esta circunstancia fuera conocida por vuestros hermanos, este lugar sería hoy un lugar de peregrinación multitudinaria.

—El Profeta lloró amargamente su muerte. ¿Y dónde se encuentra su sepultura, sahib? No he de abandonar Bizancio sin rezar ante ella.

—No tiene pérdida, domine legatē. A las afueras de la ciudad, en la colina más occidental del Cuerno de Oro, en un camposanto conocido como el Columbario de los Persas. Una lápida en lengua yemení lo pregona. La encontrarás sin dificultad.

Cumplida la hora nona, al-Gazal y Qasín abandonaron la residencia Lausus por un portillo trasero y de riguroso incógnito para visitar la tumba y el puerto de Hierón, donde atracaban las drómonas de guerra. Vestían toscamente a la usanza bizantina, con calzas, túnica y clámide azafranada y capucha parda. Confundidos con el gentío, cruzaron la concurrida avenida de la Mesé y, después de preguntar a un comerciante árabe, se dirigieron al mercado que se extendía a lo largo del Cuerno de Oro. El alquimista se detuvo en las tiendas de libros, y en una de ellas adquirió un viejo rollo que compendia un tratado militar, un táktika bizantino, con el objetivo de regalárselo al emir. Luego, sin mas dilación, se encaminaron al cementerio de extranjeros.

El lugar emanaba una sensación de abandono y, al mismo tiempo, una atmósfera poética. Parecía una necrópolis de fallecidos sin nombre. Macizos de cipos, cipreses esbeltísimos y almendros cubrían de sombras el escaso centenar de sepulcros, la mayoría de fallecidos tracios, armenios, persas y rusos. Las mohosas lápidas, dobladas o hundidas, señalaban en dialecto cirílico y latín nombres irreconocibles, y las hierbas y arbustos silvestres las cubrían casi por entero. Pero el túmulo de Eyüb no hubieron de buscarlo. A pocos pasos de la entrada advirtieron a un musulmán con una subha en las manos, pasando las cuentas y rezando ininterrumpidamente aleyas coránicas. Timidamente, se aproximaron al desconocido orante.

—Salam, hermano; que el Clemente te asista —saludó comedidamente al-Gazal para no

importunarlos—. ¿Nos permites rezar contigo ante los restos del amigo del Profeta?

El interpelado se volvió ralentizadamente. Sus mansos ojos eran sustentados por arrugadas bolsas violáceas, y su piel parecía un viejo pergamino enmarcado por una barba desmarañada. Los miró de arriba abajo, fijando la vista en el pergamino amarillento que portaba al-Gazal bajo el brazo, sin mover sus esqueléticos miembros.

—¡Alá es Unico! ¿Sois fatimíes, o tulaníes? —interrogó desconfiado.

—Creyentes de Córdoba y súbditos del emir Abderramán.

—Y por lo tanto maliquíes, inmovilistas de la fe.

—En modo alguno, hermano. Hace tiempo que buscamos en los maestros sufíes la senda del nuevo islam. Y tú, ¿de dónde has llegado a esta babel pagana?

—De Qaxán, cerca de los desiertos de Sal. Fui durante muchos años mercader de libros. Vivo en el arrabal de la muralla Teodosia, y busco la paz en la tumba de aquel que vivió bajo el mismo techo del Profeta. Pero hemos hablado demasiado. Ahora orad conmigo y bebed de este almíbar de leche de camella. Sentaos junto a mí.

Al-Gazal leyó para sus adentros la lápida del mártir: DIOS ES LA VERDAD MISMA, LO PUEDE TODO Y RESUCITARA A EYÜB CON LOS MUERTOS.

Más tarde, el qaxaní abandonó la postración y los rezos, y enarcando las erizadas cejas los sermoneó con ininteligibles fragmentos coránicos, formulándoles preguntas desatinadas que exasperaron a ambos.

—Hemos de dejarte, hermano, pues no queremos que nos sorprenda la noche en estos parajes solitarios, y aún hemos de cruzar el suburbio de San Mamás.

El peregrino se desconcertó con la excusa de Qasín y preguntó:

—San Mamás. ¿Acaso sois soldados que andáis tras el secreto del fuego griego?

La extrañeza de los andalusíes afloró de inmediato a Sus facciones, mirándose mutuamente con perplejidad y desconfianza. Vigilante, se interesó al-Gazal:

—¿Cómo has llegado a esa conclusión tan comprometida, hermano?

—No sospechéis de mí, pues no soy confidente ni espía del emperador. Pero vivo hace muchos años dentro de estas murallas, y es evidente. Sois extranjeros venidos desde lejos, no precisamente ganapanes ni portuarios, ni aparentáis presencia vulgar, y sí una distinguida catadura. Vais armados con dagas ocultas y portáis con vosotros una señal inequívoca, un tratado de estrategia guerrera. Todos los interesados en el secreto suelen adquirir un manual antiguo con la esperanza de hallar alguna pista. Pero es en vano, amigos míos, y debéis tener cuidado, pues muchos lo han pagado con la ceguera o con la muerte. Os ayudaré con lo que sé —se sinceró en tono afectuoso—. En el barrio de San Mamás, al otro lado de la colina, se alza una taberna de nombre El Yelmo de Alejandro, frecuentada por mercenarios tracios, turcos y estibadores sin escrúpulos. Cerca de allí se hallan algunos cobertizos de la flota, la terrible Theme, sin excesiva vigilancia, pues el miedo guarda la viña. Tal vez si los tentáis con una buena bolsa os den alguna información aceptable. Suelo pedir limosna a aquellos soldados, y os aseguro que se van de la lengua fácilmente ante un buen vaso de vino. Yahora os ruego que me dejéis en mi meditación. Que el Misericordioso os aliente. ¡Salam!

Al-Gazal guardó en el cinturón el pergamino, y confusas emociones cruzaron por su ánimo. Allí todo el mundo parecía intimar con el secreto.

—No hemos de desechar la valiosa información de ese demente. Si sonsacamos algo, por insignificante que sea, el emir nos lo recompensará —lo animó Qasín.

—Y si nos descubren, se irá al traste el tratado de amistad, y nosotros perderemos nuestras cabezas. Soy el representante del sultán de Córdoba. Nos comportamos como unos insensatos, y corremos un riesgo grave —replicó al-Gazal.

—No te preocupes; yo formularé las preguntas y haré las pesquisas oportunas. Aquí nadie nos conoce, y podemos pasar por sicilianos, tulaníes, bereberes, o incluso sirios. Vamos, al-Gazal, la tarde se nos echa encima —dijo persuasivo.

Descendieron por la colina, y pronto se toparon con un anárquico suburbio de ruinosas casas de madera, sólo concurrido por putas y mancebos de todas las calañas y lugares del mundo, además de pescadores, truhanes, soldados de fortuna y mercaderes. De vez en cuando se advertían algunos soldados imperiales, pero el lugar no podía ser más inseguro y maloliente. Parecía como si toda la hez de Oriente se hubiera concentrado en aquel lugar inmundo. Una tras otra se sucedían las tabernas, fondas miserables y sórdidos lupanares, identificados por grandes hojas de parra colgando de los dinteles, imágenes desdibujadas de Baco, Astarté y Afrodita, o formidables falos de madera clavados en las puertas. En la vía Ateniese hallaron el tugurio que les indicara el errabundo musulmán, identificado por un casco guerrero mohoso y abollado pendiente de una pica. Soldados ociosos, viejos degenerados, cortesanos libertinos y jóvenes de vida disipada llenaban los bancos de madera, mientras sobaban a las cortesanas entre vaso y vaso. Enseguida dos rameritas invitadoras embadurnadas de polvos y cubiertas tan sólo por ajorcas y collares se les aproximaron para invitarles a acoplarse en uno de los cuartuchos de la trastienda.

—Ni se te ocurra tocar a ninguna de ellas, Yahía. Puedes contagiarte de la disentería, de la lepra o del morbus meretricis. Te lo asegura un navegante acostumbrado a frecuentar estos antros. Tiempo tendremos de visitar a alguna cortesana de las tupinarias, auténticas huríes del paraíso, amigo —le previno el navarca, empujándolo—, Aguárdame fuera; hay demasiados palaciegos que podrían reconocerte. He descubierto a unos navegantes de Palermo, y me dirán cuanto necesitamos por unos sólidos de oro.

—Te espero en la plazuela donde se erige esa estatua del sileno cornudo, junto al pozo de las aguas. Y no arriesgues ni tu pellejo ni nuestra reputación.

Cerca de una interminable hora, en la que al-Gazal tuvo que rechazar a más de una veintena de pordioseros, putas y mancebos, tardó en aparecer Qasín, abrazado a un turco corpulento y veloso totalmente embriagado.

—Al-Gazal —susurró para no ser oído—, este cabrón me garantiza que en el cobertizo que se halla tras los depósitos, hay más de cien phito; atiborradas del misterioso líquido. Asegura que lo guardan tres frigios, tan borrachos como él, y que existe un ventanuco oculto por donde arrojan los sacos de trigo. ¿Lo intentamos?

—El crédito que puede ofrecer este borracho es idéntico al de una cabra. ¿Y vamos a confiar en él? Yo te aguardaré fuera, y te advertiré de cualquier contingencia.

—¡Perfecto, extraeré una muestra! Y si oteas algún peligro, podemos escabullirnos en uno de estos

tugurios, donde ni el mismo Cerbero nos encontrará.

Al-Gazal asintió y, sigilosamente, se encaminaron a un destartalado y al parecer desierto almacén. Al llegar comprobaron cómo su único guardián yacía durmiendo junto a la puerta, abrazado al pilum y con una bota de vino vacía a sus pies, mientras el resto se calentaba en una hoguera a más de cien pasos de la entrada. Abandonaron al turco en las cercanías y rodearon el cobertizo buscando la entrada que, según el cargador, estaba cubierta con unos costales embutidos a presión. Cuando cedió uno de ellos el navegante se escurrió con cautela por el boquete, dando un golpe sordo al caer. Contempló en la semioscuridad un recinto repleto de sacas, cajas apiladas y altas tinajas de tamaño gigantesco que despedían un tufo penetrante a nafta, goma arábica, aceite rancio y otros productos no identificados por Qasín. El suelo, por otra parte, estaba cubierto enteramente de fina arena.

Poco a poco las tinieblas de la noche se hicieron más densas, y un fuerte olor a salitre llegó desde el puerto. Fuera comenzaban a encenderse los faroles de sebo en las esquinas de aquellos ruines andurriales. De repente, mientras dilucidaba el modo de encaramarse en las tinajas, escuchó, proveniente del fondo del sórdido depósito, el nítido ruido de una cadena arrastrándose por el suelo, y un gruñido sordo y prolongado acercándose por sus espaldas. La sangre se le heló en las venas y un nudo le atenazó la garganta. Las piernas apenas si podían sostenerlo en pie.

—¡Perros, aquí hay mastines! —susurró para sí aterrado—. ¡Dios, estoy perdido!

Miró hacia atrás y en las sombras advirtió la amenazadora silueta de dos enormes perros con las bocazas abiertas y los ojos brillantes fijos en él. Sin pensarlo, saltó sobre las sacas y se tiró de nuevo por el agujero por donde había descendido. De inmediato, el ensordecedor ladrido de los perros y gritos, carreras, teas que se encendían, puertas golpeando y avisos de alerta de la guardia rompieron el silencio de la noche. Qasín se lanzó fuera, al vacío, y al-Gazal lo llamó siseando. Se escurrieron entre unas casuchas e intentaron acceder a una de las tabernas donde contarían con la complicidad de los parroquianos, pero comprobaron con angustia que todas las salidas las cortaban guardias armados y alumbrados con linternas, y un pánico irracional los paralizó.

—Si no me cortan la cabeza aquí, me la rebanará igualmente el emir, si es que escapamos de ésta.

—únicamente un milagro nos salvará, Yahía. O escapamos de aquí, o nos apresarán sin remisión —dijo Qasín, mientras un sudor frío se deslizaba por sus sienas.

—¡Corramos hacia el depósito de aguas! Bajo Bizancio existe toda una ciudad subterránea que conduce el agua potable. Durante el tiempo que he estado esperándote he visto entrar por un portillo oculto a un mendigo y a alguna ramera, y desaparecer luego dentro del aljibe sin obstáculo alguno. ¡Es nuestra única forma de huida! —exclamó señalando un túmulo y burlando momentáneamente a los perseguidores.

—Vamos, o será demasiado tarde.

Se escabulleron hacia el lugar señalado, y pronto se toparon con un portillo de hierro sin candados ni cerrojos. Miraron al interior y advirtieron un resplandor opaco que se oscurecía y refulgía a intervalos, indicativo de que en el agujero había vida y movimiento. Se miraron con preocupación ante lo desconocido, y levantaron la tapa.

—No sé lo que encontraremos en este subterráneo, pero nada peor que lo que nos aguarda aquí arriba. ¡Adentro! Tenemos el camino expedito, Solimán —lo animó.

Mientras descendían en el tenebroso Pasaje, escucharon las pisadas de sus rastreadores, los aullidos de los canes y una frase distante que atenazó sus corazones, paralizándolos sus miembros:

—Es un loco y va solo. Por las pisadas en la arenisca sabemos que no se ha acercado a las tinas, y abajo le sajarán el gáznate antes de una hora. ¡No sabe dónde se ha metido! —Y una carcajada feroz selló el silencio de la noche.

—Crean que persiguen a uno solo. Andémonos con cuidado, y alcancemos la primera salida. Por lo escuchado y visto, estos aljibes deben de utilizarlos como morada los asesinos, indigentes y putas. ¡Empuñemos las dagas!

Se descolgaron por una escala asiéndose a los barrotes de hierro, guiados tan sólo por un centelleo lejano y móvil, hasta al fin aparecer en un pasadizo semioscuro y rezumante, desprovisto de aire, y con un hedor a viciado intolerable. Al-Gazal, ante la perplejidad del navegante, metió la mano en el cieno y se restregó las manos, la cara y la vestimenta, animando a su socio a imitarlo:

—únicamente si nos hacemos pasar por uno de ellos tendremos alguna posibilidad de escapar vivos. úntate de esta porquería y déjame hablar a mí.

—Eres único para maquinar estratagemas. Pero aún me tiemblan las piernas y apenas si puedo tragar saliva. Que el Clemente nos ampare.

Al poco, respirando con dificultad el aire salitroso y ardiente del túnel, e inclinados para salvar los arcos impregnados de moho y suciedad, llegaron a una sala subterránea iluminada por hachones donde se alzaba una cisterna colosal llena de agua, rodeada de un Pórtico de mármol atestado de facinerosos y pedigüenos andrajosos echados sobre la pared. Algunos los observaron atentamente, y al verificar sus toscas y sucias vestimentas los ignoraron. Al-Gazal y Qasín, maravillados con aquel lugar insólito, siguieron la vereda resueltamente en dirección a uno de los corredores de salida. De repente, una mujer desdentada que exhibía sus encías sin pudor y cubierta de costras de roña los detuvo entre risotadas y gestos obscenos. Al alquimista se le erizaron los cabellos, incapaz de balbucir una sola palabra.

—Buscáis a Eudora, ¿no es así? Está fornicando con dos a la vez, ahí detrás. Si queréis esperar, os costará un sólido de cobre. Oléis como buitres, mozos del diablo.

—Toma dos, madre. Uno por mí y otro por mi amigo. La aguardaremos ahí sentados. Oye, buena mujer, ¿aquella abertura es la que conduce al Foro Arcadí? —preguntó intentando serenarse, al tiempo que le tiraba al regazo una moneda.

—Queréis salir luego por él, ¿no es así? Os persigue la guardia, ¿verdad? Está al fondo de la galería. ¡Maldito sea el castrado del emperador! Tomad un poco de este vinillo —los invitó, mientras reía como una arpía y ventoseaba estruendosamente.

—Sea, madre, y que el Maligno se lo lleve a los infiernos —y se echaron al pecho un caldo caliente y avinagrado que casi los hizo vomitar.

—Brindo por eso, y por el apaño con la Eudora. No conoceréis otra igual.

Los andalusíes se apartaron prudentemente a una esquina, donde un perro sarnoso los olisqueó con insistencia, y otros mendigos de aspecto patibulario se sentaron frente a ellos sin decir palabra. Escapar de aquel mugriento lugar se podía convertir en una empresa arriesgada. No obstante, a un descuido de la alcahueta y a un velado guiño de al-Gazal, se fueron deslizando paulatinamente hacia

la boca de salida, de la que emanaba una molesta pestilencia. Se desembarazaron de algunos menesterosos ebríos y esquivaron a la supuesta Eudora, un putón de carnes pródigas que frenéticamente realizaba el sexo oral con un carcamal, mientras otro la montaba por atrás entre gemidos de satisfacción. Rápidamente se escabulleron por una sima tenebrosa que amplificaba sus pisadas como un tambor gigantesco. Vagaron durante más de media hora por corredores nauseabundos que servían de dormitorio a borrachos y matones, unos encima de otros entregados a la más absoluta de las lujurias, hasta que salieron, agotados y sudorosos, a un canal de gran amplitud donde se veían algunas barcas varadas y atadas a las columnas. En el tenebroso recorrido oyeron pasos cercanos, que o bien se detenían o bien parecían perseguirlos, y gritos ahogados cuyo eco se perdía pronto en el silencio.

Se toparon con al menos tres cadáveres de desventurados recién degollados y con un moribundo, y tuvieron que retroceder ante un tumultuoso nido de ratas que obstruía la salida. Las candelas de resina se les agotaban y la inquietud los embargaba. Luego se deslizaron por un laberinto de pasadizos y se abocaron sin pretenderlo a una sala tan suntuaria como la anterior, aunque más iluminada, donde decenas de vagabundos bebían vino, se solazaban en los rincones y escuchaban al que parecía el cabecilla de la banda de ladrones, un sujeto con una cicatriz espeluznante de oreja a oreja y un cuerpo peludo y descomunal, pidiéndole cuentas de los robos a sus correligionarios. Al-Gazal, instintivamente, oliendo el peligro, apagó la tea en el agua, pero el chisporroteo alertó a los delincuentes, que callaron de inmediato alertados.

—Alto, ¿quién anda ahí? —bramó el jefe, y de inmediato se movilizó una caterva de matones con teas, mazas y facas—. ¡Hiparco, tráenos su cabeza!

—Por aquí, al-Gazal. Aprovechemos la oscuridad. A unos diez pasos de aquí he avistado una de las alcantarillas de desagüe. Corramos, ¡y no miremos atrás!

De pronto el subsuelo se llenó de teas encendidas yendo de un lado para otro, y de gritos ensordecedores de los brutales hampones, con la suerte para los andalusíes de que no atinaron a la primera batida con el pasaje por donde habían escapado. Tal como pronosticara el marino, y alentados por su inestimable ventaja, un círculo de luz tenue y azulada, cortado por los negros barrotes, apareció sobre sus cabezas en el lóbrego corredor de la izquierda. Con el corazón sobresaltado ascendieron a trompicones, con las manos llenas de magulladuras y la incertidumbre de si podrían abrir la trampilla con la misma facilidad que la de la entrada. No obstante, se liberaron de su pesadumbre cuando, no sin gran esfuerzo, atinaron a alzar la portezuela, que chirrió como una alimaña en la noche. Abajo aún se escuchaban improperios y gritos de sus rastreadores, y un hondo suspiro se les escapó a ambos. Los últimos sucesos vividos parecían estar bajo el signo inequívoco de la angustia y el riesgo.

—Ese puñado de hideputas nos hubieran rajado en canal sin pestañear, Qasín.

—¡Voy a vomitar! —añadió, vaciando sus entrañas con una biliosa arcada.

Al-Gazal, con los pulmones ardiendo por su asma, miró a su alrededor y comprobó que se hallaban junto al acueducto de Valente, no muy lejos del palacio Lausus. Una brisa húmeda oreaba los alrededores y sintió un temblor que le dobló los huesos. Habían recorrido media ciudad por sus sótanos y salvado la vida milagrosamente. Varios viandantes y matronas se separaron ante su apestosa presencia, y en pocos minutos, sudorosos y con un dolor insoportable en sus extremidades, alcanzaron la puerta lateral de la residencia imperial de huéspedes. Al-Gazal empujó una de las

hojas, dejando paso a Qasín, pálido y agotado. A lo lejos, en una esquina, adivinó la silueta gris de un eunuco que los espiaba, que le pareció extrañamente familiar; su obesa humanidad y el cráneo rapado lo delataban.

—¡Ni a cientos de leguas puedo ignorarlos! Esta misma noche el emperador sabrá de nuestra aventura. ¡Qué fatalidad! —protestó al-Gazal con amarga ironía.

—¿Aún tienes fuerzas para hablar, amigo mío? —replicó Qasín.

—Solimán, olvidemos este desventurado incidente, sólo achacable a tu imprudente osadía. Y ni una palabra a al-Munayquíla. No lo comprendería.

—¿Y si lo hubiéramos conseguido? Piensa en esa posibilidad, y serás feliz.

—Ahora sé por qué eres amigo mío. ¡Eres un cínico recalcitrante! —Y ambos rieron, multiplicándose el eco de la carcajada por los corredores del silencioso palacete.

Aquella mañana de tornasoles rosados, día de la recepción imperial, el sol jugaba con los velos sutiles de las nubes, hasta que, poderoso, fundió el rojo de sus rayos con el dorado de las insulae e iglesias de Constantinopla, inundando de luz el verdemar Cuerno de Oro y la azulísima Propóntida.

Al-Gazal, al-Munayquíla y Solimán Qasín, plenipotenciarios de la Córdoba omeya, habían descendido de la litera y, acompañados por Qartiyus y la guardia palatina, atravesaban el pórtico de los Perfumes y el Milión, una columna con las distancias en millas romanas entre el corazón del Imperio y sus posesiones en el mundo. Un jubileo de curiosos se apartaba admirado ante el lujo de la legación andalusí, que avanzaba amparada bajo un parasol púrpura portado por cuatro eunucos. Al-Gazal se protegía la cabeza con un tailasán de seda amarfilada, y sus compañeros, con turbantes de bandas verdes y plumas carmesíes, y todos portaban en sus cintos de cordobán dagas damasquinadas. En el pasaje porticado por el que transitaban se asentaban los mostradores de perfumes y esencias, donde los mercaderes exhibían su olorosa mercadería. Los más exóticos sahumerios y costosos cosméticos, elaborados en Alejandría, Tiro, Gaza y Rodas, se ofrecían seductores en la antecámara del palacio imperial.

—No podía imaginar una antesala tan aromática y de perfumes tan agradables.

—Al emperador, vicario de Dios en la tierra, han de llegarle los bálsamos mas gratos de la ciudad —contestó Qartiyus, imponente con una clámide escarlata.

Al comparecer ante la gran muralla, y como avisada por una voz invisible, la gran puerta de Bronce, la centenaria Calcé, se abrió de par en par y apareció ante ellos, con todo su esplendor, el Gran Palacio, la ciudad imperial dentro de la gran cáscara de la urbe. El monumental escenario, sede del poder más grandioso de la humanidad, se les presentó esplendoroso y jalonado por una pléyade de palacetes y jardines de ensueño. Lo habitaban centenares de eunucos, funcionarios y aristócratas, grey que guardaba con religiosa devoción la sacralizada persona del basileus y su familia, en medio de un ceremonial escrupuloso y solemne. Bajo la arcada los aguardaban dos consejeros imperiales, uniformados con la purpúrea toga trabeata de los cónsules romanos, que les dieron la bienvenida y los precedieron al interior de la ciudadela rodeados de una cohorte de eunucos y heraldos con largas tubas de plata. Qartiyus los presentó como el «maestro de oficios», mayordomo de la casa imperial, y el «conde de las dádivas sagradas», un palaciego rubicundo de origen búlgaro, tesorero del Estado.

—Salve, embajadores de Córdoba —los recibió el magister, un cortesano desgarbado y escuálido—. El basileus Teófilos os recibirá en la sala Dorada del Crisotriclino, cuando el sol culmine la hora tercia. Entretanto nos avisa el eunuco papias, os mostraremos sus inmediaciones.

—Os acompañamos complacidos, ilustre visir —respondió al-Gazal.

El Gran Palacio parecía concitar toda la luz y magnificencia de Oriente. Constituía un laberinto de ricas arquitecturas, prohibidas para el pueblo, en el corazón de la misma Bizancio. Fabulosas residencias, cuarteles de mercenarios, cecas de moneda, oficinas, graneros, establos, campos de pelota, cárceles para conspiradores, jardines paradisíacos, cisternas, salones y palacetes de belleza inimaginable componían el magnífico conjunto palatino, fabricado en mármoles, jaspes, alabastros y los más preciosos metales. Admiraron el palacete Calcé, así llamado por estar cubierto con una techumbre de láminas de bronce, y se pasearon por los pórticos del palacio de mármol amarillo de Dafne, sede del gobierno del Imperio, donde los agasajó Ignacio de Atalía. Desde sus galerías, el chambelán les mostró las mansiones regias, habitadas por los augustos, el palacio rojo del Pórfido, residencia del primogénito Miguel, el palacio de Sigma, residencia habitual de los césares, y finalmente, el de Bucoleón, lujosa morada usada por la emperatriz y edificada sobre una pendiente de terrazas colgantes, fuentes y balcones edénicos que llegaban hasta el embarcadero real.

Todas las dependencias se unían entre sí por peristilos techados de vidrieras que se decoraban con estatuas egipcias, griegas, etruscas y romanas. Decenas de eunucos vestidos con túnicas de lino, millares de esclavos de todos los orígenes y una muchedumbre uniformada con togas corinto contribuían con su esmero al bienestar de la familia del César y a la organización del Imperio. A continuación, el magister los guió con ademanes enigmáticos hasta un jardincillo de geométricas alineaciones cercado con muros de alabastro rosado, cuya puerta protegían cinco cerrojos.

Aquella extremada seguridad impresionó a los embajadores, que accedieron al oasis precavidos e ignorantes de lo que admirarían dentro. No habían dado los primeros pasos, cuando se detuvieron maravillados con lo que contemplaban. En el centro se erigía impresionante un árbol macizo de oro, repleto de frutos y hojas del mismo metal, con avejillas inermes de plata y amatistas, tan relucientes y esplendorosos que dejaron mudos a los legados, impresionados por tan colosal joya.

—¡El Arbol de la Vida! —mostró el chambelán señalándolo con orgullo—. Copia exacta del arbusto del Edén donde fueron tentados Adán y Eva, y forjado en oro egipcio por orfebres de Tiro.

—Admirable maravilla que ciega la vista —exclamó al-Munayquila.

Los andalusíes lo rodearon y comprobaron fascinados los mecanismos de los autómatas y la belleza y exactitud de aquella réplica floral de tan extrema fastuosidad. Luego deambularon por entre las fuentes y, justo cuando la sombra del reloj de sol se proyectaba sobre la muesca de la hora tercia, la comitiva se dirigió a la zona norte, donde se concentraban los salones oficiales. Al poco de llegar, y mientras aguardaban en la escalinata, se escuchó un característico tintineo de llaves agitadas con fuerza.

—Ilustrísimos kurói, es el inconfundible aviso de Teoctictos, el eunuco papias, que nos advierte de la llegada de los augustos —dijo el magister—. En palacio es muy conocida esa señal de aviso, precursora de la presencia inminente de los emperadores.

Ascendieron por la escalinata guardada por los pretorianos catepanos, y pasaron bajo la efigie de un Cristo crucificado esculpida en el friso del edificio. junto a la puerta de cedro se hallaba el

eunuco mayordomo, dispuesto a conducirlos al Salón del Trono. Con gran sorpresa de los legados, al saludarlos con una profunda reverencia comprobaron que no era otro que el castrado disfrazado de Apolo en la fiesta del primer ministro. Al-Gazal lo observó con preocupación, pues también creía reconocer en el castrado, al agente que los vio regresar del arrabal de San Mamás. No obstante, Qartiyus lo había tranquilizado al informarle de su devoción hacia la emperatriz y las discrepancias con los eunucos más afines al emperador. El castrado les anunció:

—El basileus Teófilos os recibirá en breves instantes, kuról. ¿Habéis descansado de la fiesta... y de vuestra ronda nocturna? Pasad, os lo ruego.

—Nos consideramos desmesuradamente honrados —dijo al-Gazal confundido.

Lo siguieron al Lausíaco, el vestíbulo del gran Salón del Trono, decorado hasta la extravagancia con obras de arte donadas por reyes y tributarios de medio mundo. Al-Gazal se hallaba inquieto, y sentimientos encontrados pasaban por su corazón incontroladamente. ¿Qué sabía en verdad aquel eunuco? ¿Podía fiarse de él? De las precisas palabras de su boca, de su silencio y discreción, y de no cometer desliz alguno, dependía el éxito de la legación. Repasaron sus ropas, e instantes después accedieron solemnes al concurrido Crisotriclino, el suntuoso Salón del Trono, que dejó boquiabiertos a los embajadores por su extraordinaria opulencia. Las paredes y el techo se cubrían de mosaicos policromos, representando a Dios Padre, Cristo Jesús, Santa María y otros santos varones de la Iglesia cristiana, hieráticos, con grandes y vacuos ojos y vestimentas regias, elaborados con diminutos cristales, piedras preciosas, oro, lapislázuli, ágata y cuarzo; como si la mismísima corte celestial hubiera prestado su marco al trono del emperador de Bizancio.

—Que el Clemente nuble mi vista si he contemplado algo semejante en los días de mi vida. ¡Dios de mis padres, qué ostentación! —exclamó Qasín atónito.

—Ni Bagdad, ni Aquisgrán, ni Damasco, ni Córdoba poseen tal fastuosidad —comentó ensimismado al-Gazal, observador admirado de tanta profusión de riqueza.

El suelo donde pisaban era de rica taracea, marcado con los movimientos del ceremonial del besamanos imperial que tenía lugar todos los jueves. No se advertía diván o sillón alguno, pues ante los augustos nadie tomaba asiento. Y en el extremo este del salón, sobre unas gradas alfombradas, vieron los todavía vacíos tronos imperiales, de oro macizo, aposentados sobre una plataforma dorada y escoltados por leones y águilas de bronce coronados con láureas cinceladas en plata. Un dosel monumental de púrpura, sostenido por cuatro columnas de bronce, les servía de magnífico escenario. Y estando en la admiración de tanta esplendidez, se oyó el golpeo en el suelo del varal del magister clamando con su vozarrón estentóreo:

—¡Romanos, se abre la taxis ritual de bienvenida de la embajada de Córdoba!

Y al son de tubas y clarines, comenzó a ingresar en solemne procesión, entre salmodias y sahumeros, el jubileo de las más altas jerarquías del Imperio, rancios personajes que parecían salidos de los mismos mosaicos. Abría el cortejo un confaloniero con capa pluvial empuñando una gran cruz de oro, la insignia de Constantino, escoltado por lugartenientes con los emblemas imperiales, lábaros, vexilla de las legendarias legiones de Roma y la espada desenvainada de los césares romanos. Los patricios ocuparon sus lugares junto a las escalinatas, rodeando en círculo el solio imperial.

—Aquel prelado de mística figura es Metodio, el gran patriarca de Bizancio —les fue explicando

Qartiyus en voz baja—, y tras él caminan Ignacio, nuestro anfitrión, y el eparco o prefecto de la ciudad. junto a ellos está el sagaz Basilio, vuestro amigo y segundo patriarca de Santa Sofía, y también el magister militum, responsable de la defensa del Imperio, junto al megaduque de las flotas. El anciano del cabello blanco que apoya su brazo en Basilio es el custodio de las leyes, conocido como el monophilax. Estos seis patricios son las más altas dignidades bizantinas, las columnas del Estado. Todos han acudido sin excepción a vuestro reclamo y debéis sentirlos sumamente halagados.

Seguidamente apareció en el gran salón, como un siniestro enjambre de zánganos, una larga comitiva de eunucos, domésticos y mayordomos de la casa real.

—Estos figurones vestidos de blanco y aderezados como ramerías son los eunucos cubicularii —bromeó Qartiyus con ironía—. Administran los asuntos de la cámara regia... y otros oscuros negocios que no es el momento de detallar.

—En Córdoba son una peste yerma difícil de sacudirse, y además expertos en la sordidez de la conjura. Son la carcoma del Estado, y tanto como los de allí, éstos me parecen igualmente despreciables.

Con el andar afectado, cráneos rasurados y rostros bobalicones, antecedían a la familia imperial en compacta alineación. Desfilaba primero el eunuco sakellión, jefe del tesoro particular del emperador, con un llavín colgado de su orondo pecho; el ya conocido Teoctíctos, con un manojito de llaves de las alcobas imperiales colgado de su cinturón y, finalmente, un castrado pequeño de estatura que hizo sonreír soterradamente al embajador andalusí.

—Esa delicada miniatura es el parakoímonenos, que quiere decir «el que duerme junto al emperador» —aclaró el bizantino con sorna— Vela su sueño a los pies del real lecho, y es confidente, criado, mayordomo, limpiaculos y paño de lágrimas de nuestro César. Nadie posee más influencia que él, pues maneja hilos muy sutiles. Muchos hombres han ascendido o caído en desgracia sólo por su capricho.

Finalizado el espectacular desfile, los tres comisionados cordobeses atisbaron con circunspección la puerta aguardando la ansiada llegada de la realeza; mas la familia imperial no aparecía. Así transcurrieron unos embarazosos instantes, hasta que, de repente, dos de los eunucos cubicularios corrieron el velo de seda, el lorhos imperial, cubriendo en un abrir y cerrar de ojos el espacio ocupado por el trono, ante un silencio densísimo. Seguidamente, a una señal del magister, las trompetas interpretaron una sonora fanfarria y la gran cortina se fue descorriendo majestuosamente hasta dejar a la vista de todos el baldaquino imperial. Pero cuál no sería la sorpresa de los legados de Córdoba al mirar al frente y comprobar desconcertados que allí no se hallaban los dos tronos. ¡Aquel espacio estaba incomprensiblemente vacío, y únicamente se descubría la colgadura granate sin más ornamentos! Un mutismo sobrecogedor y la silenciosa postración en tierra de todos los cortesanos los conmovió.

Levantaron los ojos hacia arriba alertados por una extraña estridencia, y descubrieron atónitos, a una altura de treinta pies y cerca de la techumbre, la plataforma con los dos sítiales. Luego, pausada y solemnemente, fueron descendiendo al son de las trompetas, bajo los efluvios vaporosos de los incensarios y el fragor de unos engendros mecánicos que se movían solos, mientras lanzaban al aire roncós rugidos. Aturdidos por el mágico efecto del descenso, fueron al fin distinguiendo las dos figuras imponentes y majestuosas del emperador Teófilos Y la emperatriz Teodora, sentados sobre los tronos y envueltos en una humareda de inciensos que creaban una atmósfera sobrenatural. Al

llegar a la escalinata se detuvo el movimiento y cesaron las estridencias de los autómatas, y ante ellos aparecieron los emperadores de Bizancio, cúspide y sol del Imperio romano de Oriente.

—Ho helios basileuei —exclamó el magiSter—. El sol es nuestro emperador.

—¡El sol reina en la Nueva Roma! —contestaron al unísono, aún postrados en tierra, salvo los andalusíes, que inclinaron las cabezas con respeto.

—Su suprema grandeza, Teófilos, emperador de romanos, señor del mundo, y su soberana dignidad, Teodora, emperatriz de Constantinopla —proclamó el heraldo.

Los legados andalusíes levantaron las testas paulatínamente y repararon en los soberanos, todavía ofuscados por la espléndida profusión de alhajas de sus vestimentas púrpura. Sin embargo, al-Gazal palideció y tuvo que reprimir una exclamación de asombro y pavor. Comenzaron a estremecerse las piernas, la boca se le reseco y una transpiración gélida le corrió por la espalda erizándole los vellos del cuello. Todo parecía darle vueltas, y su proverbial seguridad restallaba en su interior hecha añicos. Las manos le transpiraban y sus ojos, desorbitados, como imantados por un anómalo esplendor, permanecían fijos en la emperatriz Teodora, que, impertérrita como una esfinge egipcia tras una gruesa pátina de respetabilidad y grandeza, lo observaba indiferente con sus exquisitos ojos verdemar de expresión inocente, sin mover un solo músculo y con su lunar perfecto junto a la comisura de los labios.

«¡No, no puede ser. Por todos los genios del infierno! ¡Amarga ironía de la fatalidad! —pensó con espanto, mirando temeroso a sus colegas—. Dios clemente, que únicamente sea una infeliz coincidencia, o esta embajada será una ruina y una tragedia irreparable, si no pierdo mi garganta antes de pronunciar una sola palabra. Esto es una pesadilla.»

Paralizado por la tirantez del momento, y enfebrecido por la sorpresa, quedó como inmovilizado. Los patricios que percibieron su turbación la atribuyeron al oropel imperial o al fastuoso ceremonial, y se jactaron del provinciano sobresalto. Reparó desorientado en Qartiyus, quien le recordó con agrado al oído sus palabras antes del banquete:

—Llegado el amanecer, nadie recordará lo acontecido en el banquete. Es una vana ilusión, al-Gazal. Creed a vuestro corazón, y no erraréis. Conocisteis a un cisne sin analogía alguna con la augoustai. Comportaos como si hubierais arribado esta misma mañana. El emperador os mira y no debéis mostrar azoramiento. Sois el representante de un reino poderoso.

Al-Gazal volvió a posar sus ojos de expresión sobrecogida en la pareja imperial, más sereno pero alerta, y una impresión de decepción insoportable fue sustituyendo al asombro, pues comprendía que ya nunca más podría poseer a aquella mujer. Teófilos, según su apreciación, frisaba los cuarenta años, pero aparentaba veinte más. Desde la caída en poder de los abasíes de la cuna de su estirpe, Amorión, no había recuperado el ánimo. Su tez pálida y mustia y el aire de lejana desdicha lo abocaban a una muerte sin remisión. Extremadamente delgado, con los brazos casi grotescos, la barba rala, los ojos claros y el cabello rojizo, se hallaba embutido en una túnica bordada en oro con el manto púrpura de gala, el ancestral epikoutzoulon de sus antepasados, sosteniendo en las manos un báculo de marfil y oro rematado en una cruz de amatistas, y cubierto por una soberbia corona a modo de casquete, el stephanos, atestada de perlas y piedras preciosas. Sus ojos cansados denotaban no obstante bondad y entereza. A su lado la hermosa augoustai Teodora, gustosamente revestida con el toraquión, una estola y clámide purpúreas cruzadas y recamadas de oro, y una esplendente diadema

engalanada de gemas, zafiros y esmeraldas, recordaba a una diosa del Olimpo. Las pedrerías caían sobre su rostro ovalado haciendo resplandecer su encanto ante toda la corte y los embelesados andalusíes, a quienes escrutó dulcemente con sus verdes pupilas.

—Al fin sé quién eres realmente, dulce gacela de Hagianne —susurró para sí al-Gazal extasiado, y aún no repuesto del inesperado sobresalto.

—¡Comparece ante sus serenísimas majestades una representación del reino omeya de Córdoba encabezada por el muy egregio Yahía ben al-Hakam, del noble linaje de los Banu Bek-kar de Jaén, en la Bética! —Luego, dirigiéndose a los musulmanes, les pidió afable—: Postraos, excelencias, ante los césares.

No obstante, los embajadores, lejos de obedecerle, se mantuvieron impasibles, intercambiando miradas de complicidad, y asintiendo después en la voluntad de no acatar el mandamiento del maestro de ceremonias. La perplejidad de los cortesanos, eunucos y familia real, que se miraban extrañados e incómodos, fue creciendo poco a poco, atendiendo mudos a la altanera postura de los infieles.

Aquello podría acarrear la fulminante expulsión de los legados y la ruptura de relaciones con el país de Occidente. Un rumor íncontenido de repudio se alzó entre los asistentes, pero al-Gazal, ante el engorroso silencio, tomó la palabra respetuosamente y explicó en griego clásico la causa de la negativa a humillarse en tierra.

—Nobilísimos emperadores —empezó con dignidad, provocando un auténtico revuelo—, nos sentimos sitiados por un arduo dilema. No hemos venido desde el lejano al-Andalus para contrariar las usanzas de la corte imperial, y mucho menos a vuestras altezas, pero nuestra religión nos prohíbe postrarnos ante cualquier mortal: incurriríamos en grave imperfección y nos convertiríamos en reos de nuestra fe. Dice nuestro libro sagrado: «Yo soy Dios y no hay más dios que yo, el que tiene asiento en su Trono, y solamente te postrarás ante mí». Por lo que en modo alguno hemos de pecar en presencia de tan poderosos reyes.

Las palabras, contundentes como un epitafio y dirigidas a una audiencia de creyentes en Dios, parecieron convencerlos, pero todos aguardaban la respuesta inapelable del emperador; conocían su afabilidad, pero igualmente los furibundos ataques de ira ante la inobservancia del ritual palatino. Un silencio sepulcral invadió la sala, y todos observaron mudos, ora al emperador, ora al apuesto embajador andalusí, soberbio con su larga cabellera sobre los hombros y el rostro impasible. El emperador lo examinó con ojos inquisitivos y, tras unos instantes de incómodo mutismo, dijo con una voz cascada pero afable:

—Mi apreciado embajador, nada os reprochamos y lamentamos sinceramente la ignorancia de vuestras creencias. Somos nosotros quienes nos excusamos por tal imposición, sólo achacable al protocolo. Quedáis dispensados de este formulismo.

Un soplo de alivio se difundió por el salón y al-Gazal respiró profundamente, descargado por la actitud comprensiva del soberano. Luego contestó:

—El orden, la armonía y la tolerancia son el goce de las mentes elevadas, majestad. Agradecemos vuestra considerada indulgencia, rey de reyes.

Tras la osada e inteligente temeridad del islamita, preguntó el soberano vivamente interesado:

—Mas, ¿quiénes son vuestros acompañantes y cuál vuestro cometido, domíne?

—Nuestro señor, el emír de los creyentes, Abderramán ben al-Hakam, de quien os trasladamos sus deseos de concordia, os envía contestación a vuestras peticiones a través de mi humilde persona, así como de mis acompañantes, Yahía al-Munayquíla y Solímán Qasín, navarca de Palermo —le respondió.

—¿Y qué nos manifiesta vuestro señor? —preguntó—. Expresaos con entera libertad, Yahía ben al-Hakam. Os escuchamos con placer.

—Mi imán y señor se siente sumamente agasajado con vuestros obsequios y con la atención dispensada en el concierto de los reinos civilizados, y os transmite en estos pliegos sus consideraciones —respondió ante la atenta mirada de los ministros, mientras le entregaba las cartas selladas de la cancillería del alcázar—. Es cierto, señor, que los abasíes de Bagdad y los aglabíes norteafricanos son tan enemigos vuestros como de nuestro sultán, pero, ¿podría mí emir enarbolar los estandartes del Profeta junto a los de un imperio cristiano contra hermanos del islam? Muchos creyentes no lo aceptarían y lo repudiarían de inmediato. Tenéis su amistad y apoyo y el firme convencimiento del ocaso de los abasíes, quienes serán muy pronto barridos de la faz de la tierra, como predicen los astros y profecías. Y de las apetencias de los tunecínos de Qaíwarán sobre Italia reprueba de corazón tales intentos que no prosperarán, pues su poder es tan frágil que concluirá cuando muera su ambicioso y actual monarca Ikal. Muy pronto habrá alianzas y compromisos entre el nuevo emir y mi señor Abderramán, y la paz se hará en el Mediterráneo, desde Cádiz hasta Tarento. Todo esto os lo manifiesta mi señor con razones esclarecedoras en ese documento reservado.

—Nos complacen considerablemente estos anuncios y valoramos la amistosa disposición de Abderramán —empezó el emperador con cordialidad—. No obstante, el legado Qartiyus y el patriarca Basilio nos han informado de vuestra inesperada escala en Creta, esa joya arrebatada a nuestra Corona por los rebeldes andalusíes, y han llegado a mis oídos ciertos episodios desencadenados en esa cueva de piratas, osados por vuestra parte, aunque nada de lo tratado con ese rebelde se ha conocido. ¿Existe alguna mudanza en el estado de las cosas que debemos conocer?

Al-Gazal detuvo su lengua, intentando acrecentar la expectación de la corte y sacar todo el partido posible de su logro con Abú Hafs, por lo que mirando con fijeza a Teófilos dijo ufano:

—Las hay y trascendentales, serenísimo emperador.

Un murmullo de estupor se expandió por la sala y hasta el mismo emperador se revolvió inquieto y expectante en el trono. Creta era una espina clavada en el mismo corazón del Imperio y escocía la sola mención de su nombre. Todos esperaban las explicaciones del agareno, y lo observaban con indiscreta expectación. Al-Gazal permanecía impassible mirando a la emperatriz, deliciosa, a veces sonriente y las más inexpresiva e inmóvil en el solio imperial.

—Y bien, legatè, ¿cuál es esa novedad? —preguntó finalmente el monarca, intrigado.

—Traslado a vuestra serenísima un compromiso de Abú Hafs de no asaltar vuestras costas y abstenerse de abordar cuantos barcos enarboleen la insignia imperial en un plazo ¡limitado de tiempo, mientras dure un tratado firmado con mi señor Abderramán, nada oneroso para el Imperio, que he de aseguraros que le ha satisfecho sobradamente —respondió al-Gazal seguro de impresionar a la audiencia.

Tal como había previsto el andalusí, el sobrecogimiento fue unánime.

—¡Es delicado admitirlo, embajador, por San Miguel! —exclamó el monarca, suspicaz—. Ese truhán nunca ha aceptado un acuerdo con el Imperio, y alguno le era ventajoso. ¡Zorro de Satanás! Disculparéis mi descortés franqueza, pero dudo de su cumplimiento mientras no tenga en mis manos una prueba inequívoca.

—Pues no desconfiéis, Augusto —replicó en tono convincente y sin jactancia—. Y aunque su palabra pueda poseer escaso valor, las ganancias ofertadas por mi emir lo atraerán como al oso la miel; cumplirá escrupulosamente lo rubricado de su puño y letra, y mi piadoso emir se convertiría en el garante del pacto.

Tanto el emperador como los cortesanos se revolvieron dubitativos entre rumores de escepticismo. Era aventurado suponer un gramo de credulidad en aquel pirata, y menos aún imaginar un documento refrendado de su puño y letra.

—¿Decís poseer un protocolo firmado por ese usurpador, Yahía ben al-Hakam? —preguntó confuso— ¡Nos cuesta creerlo, por Dios vivo!

Al-Gazal ya se esperaba esta reacción. Pero, dueño de la situación, paladeó su éxito y, observado con simpatía por la emperatriz y otros palatinos, introdujo con indolencia la mano en el ceñidor y extrajo de él un pergamino enrollado, que ofreció reverencialmente al magister, quien a su vez lo depositó en la mano enguantada del emperador. Al estar escrito en árabe, demandó con un gesto autoritario el auxilio de Qartíyus, quien lo tradujo y lo leyó en voz baja, confirmando con grandilocuencia todos los términos expuestos por al-Gazal, incluso el no muy explícito arreglo comercial aceptado por Abú. El emperador trocó su hosco gesto por un entusiasmado contento, fijos siempre los ojos en el andalusí.

—Carezco de palabras para expresar mi infinita gratitud y reconocimiento a vos y a vuestro emir, y quiero creer en la formal consumación por parte de Abú Hafs, extremo en el que ya no dudo, conociéndoos. El asunto de Creta es una carcoma en los fundamentos del Imperio y hoy habéis conseguido con vuestro esfuerzo añadir una generosa complacencia a este emperador y a su familia y a su pueblo. No olvidaré el feliz desenlace de vuestra gestión, y por ello podéis teneros desde hoy por amigo, ya que no podemos aprovecharos como ministro. Y, creedme, envidiamos a vuestro afortunado sultán por el disfrute exclusivo de vuestra agudeza e ingenio.

—No exageréis vuestra consideración, no sea que os desilusione, Augusto.

Al-Gazal no cabía en sí de satisfacción. Su oficio era el de seducir, prometer, conseguir y alcanzar arreglos fructíferos para su señor, y una placentera sensación le corrió por el cuerpo. Inclino suavemente la cerviz, abriendo su fascinadora sonrisa, y dijo:

—Quedo obligado por vuestras palabras, Augusto basileus. Y ahora, permitid, soberanos emperadores, que el legado al-Munayquila, afamado físico y astrónomo de la corte de Córdoba, os ofrezca los presentes enviados por nuestro emir, ejecutados por sus manos tocadas por el hálito del Creador.

El inventor de relojes y los criados andalusíes se aproximaron al estrado, acarreado cuatro abultados objetos ocultos por un paño. Al-Munayquila, algo azorado, descubrió la primera valija, y sobre una alcándara de cedro exhibió ante los emperadores unas botas rojas, las apreciadas mawqs cordobesas, y una silla de montar de extraordinaria fábrica, en cuero repujado y bocelada con incrustaciones de oro y plata, que maravilló al emperador, hábil jinete y admirado jugador del pulu

tibetano. Al-Gazal observó su reacción y sorprendió un contento casi infantil en su cerúleo rostro.

Luego, al-Munayquila, ante la expectación general de la sala, y en especial de los curiosos eunucos, levantó el embozo del segundo envoltorio y descubrió un cofre plateado tallado con una perfección prodigiosa, provocando al punto una exclamación de asombro. El islamita lo abrió con un llavín de oro y al levantar la tapa se oyó el tintineo de unos cimbalillos, como tocados por manos invisibles. Después sacó del interior de la arqueta musical un díbach, un pañuelo bordado de seda cordobesa, que envolvía un qanum de marfil, un arpa andalusí de admirable manufactura y sonoridad. El inventor la rasgó suavemente, extrayendo una afinada armonía antes de entregársela a al-Gazal, a quien, según el protocolo, correspondían los honores de la donación.

—Augusta emperatriz —se expresó al-Gazal tomándolo y acercándolo a Teodora—, en vuestras hermosas manos sus cuerdas descubrirán trinos deliciosos y cantarán como aves con pico de sándalo. Aceptadlo en nombre de nuestro emir.

A la augoustai se le encendió el rostro y, fingiendo sorpresa, lo aceptó sin hablar, como marcaba la etiqueta, pero correspondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza encantadoras. Seguidamente el inventor de relojes solicitó una mesita, acomodando sobre ella el tercer y más voluminoso regalo. Retiró el paño parsimoniosamente y descubrió al fin, ante la ya asombrada corte imperial, una clepsídra ejecutada en su propio taller del alcaquín de Córdoba. Se trataba de un reloj de agua representando a un pavo real con las alas y la cola desplegadas. Casi de tamaño natural y de oro con amatistas de colores en sus ojos y plumón, lo coronaba una campanilla de plata y un arco iris de bronce donde se señalaban, en latín, las doce horas, las fases de la luna y los días de la semana. Atrás, dos depósitos plateados rebosantes de agua y ocultos por el plumaje aseguraban, mediante un intrincado sistema de canalillos, el funcionamiento de las ruedecillas, que transmitían su fuerza motriz a dos agujas indicadoras de las horas y de los itinerarios astronómicos. Pero el culmen del asombro llegó cuando al-Munayquila accionó un resorte, y desde el alerón del gran pavo real apareció un pajarillo dorado Y miniaturizado, un autómatas que con acompasados saltos ascendió al arco de muescas horarias, se detuvo en el carillón, Y con el Pico hizo sonar once campanadas musicales, para regresar luego con el mismo impulso mecanizado al oculto escondrijo.

El emperador Palmeó maravillado el brazo del sillón, y pronto un clamoroso aplauso de fascinación inundó con su eco el salón, conmoviendo a al-Munayquila, que efectuaba reverencias a diestro y siniestro rendido ante la aclamación. Hacía muchos años que tal eventualidad no ocurría en aquel protocolario salón de recepciones del Gran palacio. Y, no cabía duda, la legación andalusí había hechizado a Teófilos, a la augoustai y a muchos cortesanos, y perduraría su recuerdo por mucho tiempo.

—Fascinador, nuntie —lo felicitó el emperador—. Hoy mismo lucirá en mis habitaciones, pues habéis de conocer que el pavo real es el signo de la inmortalidad para los cristianos.

Y no se habían aplacado aún los rumores de estupefacción, cuando al-Gazal provocó de nuevo el silencio de la asamblea. Con aplomo se dirigió hacia el lugar ocupado por el patriarca metodio y el obispo Basilio, y de la última arqueta extrajo la copa regalada por Abú, explicándoles deferente:

—Esta ofrenda no viene desde Córdoba, sino de Creta. Es un obsequio del camino y me lo donó Abú Hafís, el corsario. Es un cáliz sagrado, a tenor de los signos grabados en la peana, y fruto de sus sacrílegas rapiñas. Es mi pretensión ofrendarlo a la santa casa de Dios de Hagia Sofía, y lo hago en la persona del obispo Basilio, apoyo desinteresado y valioso consejero desde nuestra llegada a

Bizancio. Tomadlo, señoría, pues es obligado que ocupe el lugar sacro que le corresponde.

Los dos prelados se sintieron altamente adulados, pues no esperaban semejante deferencia de un musulmán. Basilio lo tomó con unción en sus manos, y besó ambas mejillas de al-Gazal. El sincelos Basilio se acercó al diplomático y le manifestó en árabe, para no ser entendido por los cortesanos y eunucos:

—Eres un hombre de Dios y algún día hallarás la iluminación, pues unes a tu sabiduría la indulgencia y la generosidad. Te corresponderé tal como mereces. Recibirás oportunamente mi mensaje en el palacio de Lausus, que te recompensará gratamente.

Al-Gazal le devolvió una mirada de camaradería. Inmediatamente se hizo el silencio y el maestresala tomó su báculo de ceremonias para dar por finalizada la audiencia. Miró a su monarca e inclinó la cabeza esperando la venia y que el augusto pronunciara las últimas palabras.

—Ilustres embajadores —empezó el emperador—, en el día de hoy hemos presidido una grata audiencia y conocido a un notable monarca y mejores consejeros. Relegaremos al olvido antiguas animosidades, y examinaremos las cartas de vuestro emir. Extenderemos en reciprocidad el correspondiente krisoboulos logos, el protocolo con nuestra contestación definitiva, sellando de por vida un acuerdo de amistad entre los dos reinos para hacerlos fructíferos y estables. Nada nos place más que tener por aliado a tan poderoso sultán y a un pueblo pacificador. Os volveremos a convocar, excelencias, pero, hasta entonces, os lo ruego, recreaos en las generosidades de Bizancio. Quedad en la paz de jesucristo, del Santo Padre y del Espíritu Santo.

—¡Amén! —contestaron los palatinos.

El heraldo golpeó el suelo tres veces y los cortesanos se inclinaron hasta tocar el suelo, despidiendo a la familia imperial en el más reverencial de los silencios. Desaparecidos al fin por la puerta norte, seguidos por la legión de castrados, los senadores, altos dignatarios, obispos, damas, patricios y capitanes imperiales comenzaron a desalojar en riguroso orden la sala Dorada. Los enviados andalusíes aguardaban junto a Qartiyus y al maestro de solemnidades, mientras recibían parabienes y saludos de los cortesanos. Cuando la sala quedó desierta y se disponían a abandonarla, se oyó un ruido de pasos llegado de la puerta de las cámaras imperiales y apareció la inquieta figura del eunuco parakoimonenos rogándoles que se detuvieran.

—Cristo nos preserve de esa rata sin órgano viril —murmuró Qartiyus entre dientes.

—Sin verga, pero con tanta mala bilis como una hiena del desierto.

Al llegar, respirando con dificultad, se detuvo sonriente ante al-Gazal y, con una vocecita que incitaba a la risa, les comunicó considerablemente gozoso:

—Mis señores, los augustos, han dado las órdenes oportunas para que durante vuestra estancia entre nosotros tengáis paso franco al Gran palacio cuando lo deseéis, gracia desconocida hasta ahora. Por otra parte, os invitan el próximo sábado a las carreras del Hipódromo, y a la fiesta posterior que se celebrará en el palacete del Pórfido.

Y, regalándoles una reverencia maliciosa, desapareció con la misma prontitud con la que había aparecido, seguido por la mirada de indiferencia de los cinco hombres.

—¡Enano bastardo! —lo despidió Qartiyus a media voz.

Mientras abandonaba la residencia imperial, al-Gazal no dejaba de recordar el fulgor de la mirada de la emperatriz y aquella desbordante e indescifrable sonrisa de despedida. La sabía inalcanzable, pero no conseguía apartar esa imagen de su mente. Recordó la fina hermosura de su cuerpo y su semblante impertérrito, como una animada reliquia, segura de que nada ni nadie podían afectarle. Se deleitaba en el recuerdo de la grandeza y el ingenioso boato de la recepción, y pensó que debía reprimir el fuego de aquella peligrosa y efímera amistad.

Un viento suave, anunciador del fin del verano, le llegó del canal de la Propóntida cuando se arrellanaban en la litera, bajo el peristilo de la puerta Calcé. Al-Munayquíla seguía con su mirada perdida de contento y Solimán no dejaba de alabar las riquezas encerradas en el Gran palacio, y de reiterar su anhelo de poseer algún día el secreto del fuego griego. A al-Gazal la ciudadela imperial le parecía un paradigma de la arrogancia humana y el ocaso de una disipada estirpe ahogada en sus propios egoísmos, dentro de un imperio amenazado en todas sus fronteras. Le había deleitado la inminente firma de la alianza entre los dos reyes, y sabía que a su emír y amigo Abderramán le complacería de forma extraordinaria.

A lo lejos contempló a los dos patriarcas de Bizancio bajo un palio, seguidos por una pléyade de clérigos, dirigirse en dirección al Augusteo, contiguo a la iglesia catedral. Las palabras del obispo Basilio y su complicidad en su búsqueda eran néctar puro para su espíritu. Luego, por azar, comprobó cómo un eunuco los acechaba escondido entre el gentío, a una prudencial distancia, ocultando su obesa silueta con disimulo. No obstante, no lo consideró motivo de preocupación.

Antes de partir escuchó la dulce tonada de un ciego que rasgaba un armónium de fuelle accionado por sus esqueléticos pies. Le lanzó una moneda de plata, y al poco oyó una voz senil y agradecida:

—¡Suerte, kurós de Córdoba!

Luego admiró en silencio la grandeza de Bizancio, y evadió su mente arrullado por el traqueteo del palanquín y los acordes cada vez más lejanos del trovador. ¿Habría de revelar a sus colegas la identidad de la emperatriz? Si ellos no lo habían advertido, lo silenciaría eternamente. En su mente, envolviéndolo todo y en la cima de la delicia, reinaba su presencia inanimada, el yugo de la hermosa augoustai.

CAPÍTULO XIV. El querubín de las doce alas.

Al-Gazal descendió del palanquín en los pórticos del foro Augusteo y sintió el destemplado soplo del mar en el rostro.

Un clérigo tocado con un birrete tubular y a quien una verruga agrandaba las cejas lo recibió bostezando, y con gesto apático lo condujo hasta las dependencias de la catedral de Hagia Sofía, desapareciendo luego sin pronunciar palabra. El musulmán permaneció en una sacristía que olía a cera e incienso, atestada de ropas sacras, cirios, misales y candelabros, mientras aguardaba al patriarca Basilio. No tardó en oírse el rumor de unos pasos diligentes y el roce de una capa deslizándose por el suelo, y apareció la oronda figura del obispo, envuelta en un manteo con fibulas de plata y un birrete púrpura cubriéndole la coronilla. Con su rizada barba grisácea, el rostro anguloso y ojos impenetrables, se asemejaba a los santos de la gran sala del Trono. De aquel hombre religioso y erudito emanaba una aureola espiritual y perturbadora.

—Este servidor de Dios se alegra de veros, al-Gazal —lo saludó, acariciando una cruz pectoral de amatistas—. ¿Habéis sufrido algún contratiempo? Os adivino preocupado.

—Vuestra compañía me es grata, pero me inquieta esa presencia invisible de los eunucos de palacio emboscados en cualquier columna o soportal. En cada sombra me parece atisbar una amenaza. Esa blandura tras mi nuca me sacude el alma.

—Despreocupaos. No obedecen órdenes del emperador. Lo hacen por esa incontrolable inclinación, casi femenina, de averiguar las andanzas de un personaje extranjero y merecedor del beneplácito de sus amos. Hoy los vamos a irritar hasta la desesperación cuando adviertan el esquinazo que les he preparado; una estratagema inimaginable incluso para sus sibilinas mentes. Esta jornada será un día en blanco para sus enredos. Pasaremos a la catedral, y desde ahí desapareceremos con rumbo desconocido. Nos verán entrar en ella, pero no abandonarla.

Por una de las puertas laterales penetraron en el colosal templo dedicado a la divina sabiduría del Altísimo, Hagia Sofía, y, de golpe, se le mostró la monumental iglesia, desierta de fieles y capellanes. Un mundo de imágenes grandiosas reveló a al-Gazal aquella prodigiosa joya. Cúpulas de un atrevimiento inconcebible se elevaban en grandiosa armonía y arrogancia, pareciendo, en un sorprendente efecto de gracilidad, encaramarse suspendidas en el espacio. Pero ¿debido a qué prodigio arquitectónico? Al fondo, el prelado le señaló el sagrado Berna, el ábside reservado a los obispos archimandritas, a los sacerdotes y al emperador, separado del resto del templo por doce columnas de pórfido verde expoliadas de los templos paganos de Artemisa en Baabek, Tesalia y Éfeso. En el centro se levantaba un altar de talla insuperable, coronado con una pirámide y una esfera de oro rojo, sostenidas por una flor de lis y una cruz de plata y pedrerías. Atrás, dos tronos recubiertos de esmaltes servían de cátedras al patriarca y a los augustos en las celebraciones solemnes.

Los filtros de los ventanales dejaban traspasar círculos y hexágonos de diamantina luz que hacían más perceptible la inmensidad del lugar. Exquisitos mosaicos sobre fondos de oro decoraban las paredes con teselas de vidrio, evocando con una perfección primorosa la vida de Jesucristo, Juan el

Bautista, santa María, Constantino y Justiniano. Las columnas Y arcadas, talladas con hojas de acanto en sus capiteles, se asemejaban a un palmeral pétreo iluminado por lámparas pendientes de la gigantesca cúpula, que rutilantes estrellas de oro convertían en un dorado firmamento. La magnificencia de la iglesia encandiló de tal forma al andalusí que exclamó fascinado por tan desmedida esplendidez:

—No podía ni imaginar que en esta pagana Bizancio existiera este oasis espiritual donde sentir la presencia de Dios. ¡Qué grandiosidad, sahib Basilio; desafía a las mismas leyes del Creador!

—Cuando el emperador Justiniano la contempló recién terminada, exclamó fascinado: «Salomón, te he vencido». Y yo, cada día, cuando celebro la santa misa en sus altares, siento sobre mí la omnipotencia de Dios —confesó, para luego rogarle—: Es obligado partir, amigo, o perderemos la primera marea.

En una de las galerías los aguardaban el clérigo que recibiera a al-Gazal, y que le fue presentado como el kartóphylax o bibliotecario del patriarca, y otro sacerdote alto y fornido, ambos con una antorcha en la mano y con algo que impresionó vivamente al andalusí. Esgrimían afilados cuchillos, impropios de aquellos hombres dedicados al culto al Altísimo y a la salvación de las almas.

—Hemos de transitar por un espacio inseguro, y no son mala compañía estas armas, aunque sólo sean como disuasión contra los mendigos que no respetan los santos hábitos —explicó el obispo—. Si bien vos y el siciliano ya conocéis estos vericuetos, ¿no es así? —y al-Gazal, cogido por sorpresa, se sintió tan avergonzado que no acertó a contestar—. No os avergoncéis, amigo —le tranquilizó Basilio—. Es muy lícito intentar averiguar un secreto tan acreditado, que evidentemente no se hallaba en aquel cobertizo que tan temerariamente escaló el navegante. Aquellas tinas únicamente contienen el líquido de otros componentes que han de disolverse en él, y cuya composición la conocen únicamente los almirantes de la Theme, que los guardan a buen recaudo en los sótanos del monasterio Pammacaris. ¡No iríais a creer que enigma tan deseado se hallara al alcance de cualquier felón!

—Yo, la verdad, no sé que deciros, sino lamentar profundamente el hecho, y...

—En modo alguno os aflijáis. Comprendemos que guardar ese secreto comporta sus riesgos. Este Imperio es una talasocracia, vive del mar y debe proteger sus aguas con una arma poderosa. De todas formas, corristeis un peligro innecesario al descender a las alcantarillas, y aunque dos guardias os siguieron en todo momento velando por vuestra integridad, hubieron de emplearse a fondo con algunos ladrones.

—¿Y el emperador conoce este delicado contratiempo? —inquirió preocupado.

—No, tan sólo el prefecto Ignacio, Teoctictos y yo mismo —respondió con gentileza.

—Me dejáis atribulado, sahib Basilio —confesó al-Gazal abochornado, bajando la cabeza—. Nuestra acción fue impropia de nuestra dignidad.

—Olvidémoslo. Tomemos el portalón del foro y utilizaremos para salir los canales de la cisterna de Yerebatán. Pasaremos un tiempo sin ver la luz del sol.

Al-Gazal, receloso y presa de una sofocante excitación por el recuerdo de la terrorífica noche, tomó su faca y los siguió a través de un laberinto de pasadizos tortuosos.

«Aquí, por lo visto, todo lo resuelven enterrándose en estos malolientes subterráneos», pensó el

viajero. Aquel mundo subterráneo de tinieblas e irrespirable olor a salitre le pareció tan inseguro como en la primera ocasión. No tardaron en encontrarse ante una mohosa puerta de hierro, que uno de los religiosos abrió con estridencia para luego descender por una escalera rezumante hasta llegar a una sala de arcos, semejante a la que ocupaban la vieja alcahueta y la ramera Eudora. El amplio aljibe construido en las entrañas de la gran urbe fue iluminado por la luz de las antorchas; desembocaron en otras saletas oscuras como la boca de un lobo, donde advirtieron algunos bultos que desaparecieron sigilosamente, alertados por las pisadas y los hachones encendidos. Apretaron el paso y se encaminaron hacia otro corredor aún más angosto. A alGazal el corazón le latía con incontrolable fuerza.

—Bajar aquí siempre es arriesgado, pues los bandidos y ramera lo toman por su santuario. Incluso ahora hemos de darnos prisa para eludir cualquier contratiempo. Al final del túnel se abre el postigo de salida —explicó el prelado.

De improviso, cuando uno de los domésticos de la catedral abría la cancela de salida, el capellán que cerraba la marcha reparó en la intranquilizadora silueta de un ladrón de alcantarillas a pocos pasos del grupo.

—¡Alto en nombre del patriarca! —le conminó el eclesiástico, y el truhán desapareció por los pasadizos, avisado por la identidad de sus víctimas. Bien conocía su destino sí era apresado por aquellos clérigos: la ceguera o la amputación de sus extremidades.

—Salgamos cuanto antes, eminencia: los gritos de ese truhán atraerán a más compinches —recomendó en tono servil el bibliotecario—. Os aconsejé traer a la guardia y no correr riesgos, señoría. En cuanto huelen a un soldado, se esfuman como espectros.

—Nadie debe conocer la visita al monasterio, fray Eudocio —contestó paternal el obispo—. Ejercitemos la compasión con esos pobres diablos.

Al cabo, emergieron a la luz de un cobertizo desierto atiborrado de barricas, jaulas y sacas vacías, y de ahí, embozados en las capas, a una infesta callejuela del arrabal de Sphorakia que apestaba a pescado, aguas fecales y despojos y colmado de inmundicias, cercana a un varadero del Cuerno de Oro. Sin ser advertidos por los viandantes y ramera, tomaron un esquife de seis remos, con un rumbo desconocido para el taciturno al-Gazal, quien se aposentó junto al obispo bajo un toldo multicolor. Poco a poco la gran metrópoli quedó atrás y la frágil chalupa se dirigió al sur disimulada entre millares de gabarras y esquifes de pesca.

—¿Dónde me lleváis, sahíb Basilio? —preguntó intrigado al-Gazal—. Siempre pensé en vuestra biblioteca como una dependencia más del Gran palacio o de la Hagia Sofia.

—¿Poseer libros esotéricos, astrolabios, elixíres y alambiques en ese nido de chismosos? Mal lugar para dedicarse a la ciencia de Hermes. Los orfebres... o alquímistas, como preferís llamaros los musulmanes, somos hombres solitarios, alejados del mundo, confiados y amigos de la verdad. Y esas conductas no son moneda de curso en el Gran palacio.

—Ciertamente, sahib obispo. La incomprensión nos acompaña.

—Un alquimista es a su vez preceptor y discípulo, y precisa de la soledad y de la discreción. Nuestro destino es el monasterio de Santa Glicería, a medio camino entre Bizancio y Nicomedia, donde poseo mis tesoros, que como una amante complaciente me aguardan en el retiro de mi laboratorio; os maravillaréis con un inestimable hallazgo. Antes de ser investido obispo y magister

de embajadores por el padre del emperador, el inolvidable basileus Miguel el Tartamudo, yo era el hegumeno o prior del cenobio, y profundizaba junto a otros monjes adeptos en las enseñanzas del primer alquimista, Zósimo de Panópolis, en la obra del obispo Sinesio y, lógicamente, en la Tabla Esmeralda.

—La sabiduría es un foco sugestivo de curiosidad, evidentemente.

—Yo soy originario de la isla de Samotracia, cercana a Chipre, o Enos, como nos gusta denominarla a los nacidos en su seno. Es ésa una isla elegida y depositaria de los antiguos ritos de Hermes, Vulcano y Ceres, maestros de sus primitivos habitantes, los cabiros o hijos del Fuego, creadores y difusores de las técnicas de la transmutación. Y allí fue, amigo al-Gazal, donde aprendí de un viejo dómine las destilaciones medicinales y la conversión de la plata en oro. ¡Y bien sabe Dios que me interesa la grandeza de su Creación y no las riquezas materiales! —le explicó pleno de entusiasmo—. Y en Córdoba y Toledo, ¿qué enseñanzas seguís, embajador?, ¿las del príncipe Yazid, o quizá las nuevas corrientes de los místicos sufíes?

—Os advierto muy versado, obispo —le contestó con mordacidad el diplomático.

—¿Olvidáis que dirijo la administración de los asuntos del Imperio allende el mar, donde mis funcionarios e informadores a todo lo largo y ancho del mundo me mantienen al tanto de los entresijos de los Estados? —replicó sonriente.

—No pretendía dudar de vuestra ciencia. Mi maestro y un corto número de astrónomos, la jirka de la Piedra Negra, buscamos la sabiduría allá donde sea preciso. Ultimamente, y como os adelanté en la cena del palacio Edírne, encontramos por casualidad un extraño libro redactado por un asceta que nos situó en la pista de la sagrada dualidad, es decir, la Mesa de Salomón y el Trono de Dios. Un misterioso criptograma nos condujo hasta la primera, y la providencia del Altísimo me ha permitido viajar hasta Bizancio, donde, según el visionario, se encuentra la segunda. ¿No es así, mi admirado sahib Basilio?

—Poseéis una imaginación y una obstinación asombrosas —exclamó con un deje de cinismo—. Los tesoros del Templo me han sido vedados. Yo únicamente trabajo en hermosa lógica con mi atanor, mezclando mercurio y azufre y persiguiendo el elixir rojo, la fórmula magistral, y, como todo alquimista, la quimérica eternidad.

—¡Vana pretensión, Basilio!, aunque esas palabras me recuerdan una onerosa escena —dijo en tono grave, recordando la revelación hecha por Shifa—. Recientemente, en la corte de mi emir, un alfaquí y unos eunucos locos de ambición, y creyendo poder encontrar con la práctica de la alquimia tesoros fabulosos, están salpicando el alcázar de sangre y muerte, indagando sobre el legendario elixir púrpura, cuya clave esperan hallar en el interior de una espléndida joya tallada en Bagdad. ¿Acaso una fórmula alquímica se puede encontrar en una esmeralda, o en los filos dorados de un engarce? A veces pienso que las vilezas fraguadas en el intelecto son una amarga evidencia, y mas aún si van acompañadas de la codicia.

—De ser real, una alhaja no es el lugar más idóneo, pero quizás esa gema sea el instrumento para descifrar la fórmula oculta, actuando tal vez como lente de aumento. Posiblemente la explicación se halle enmascarada en el cofre, en un pliegue del paño de envoltura, o en el mismo comprobante de adquisición. Una vez hallé modelado diestramente en un cilindro de cobre con signos propios del correo imperial lo que la escritura del manuscrito no me reveló en más de tres años. Conocéis cómo

los dedicados a la alquimia nos servimos de signos y figuras de animales, planetas o metales, para nombrar ciertas fórmulas o transmutaciones.

—Quiera el Misericordioso ocultar conocimiento tan trascendental a esos especulativos eunucos de Córdoba —dijo con apasionamiento al-Gazal, observando que habían dejado la costa y bogaban por el mar abierto en dirección a una isleta recortada en el horizonte; no pudo por menos de traer a su memoria las palabras escritas en el libro de Kilab: «Aunque los ardales aseguran que el Trono de Dios se halla oculto en las aguas de Bizancio».

Sin más incidentes que el ya olvidado sobresalto provocado por el andrajoso en las cisternas y un trivial cabrilleo del mar, antes del mediodía arribaron a una islíta donde, en una escarpadura más cercana del cielo que de la tierra, se encaramaba el monasterio. El sol centelleaba con fulgor calentando los peñascos y espejeando los sícómoros, un mustio herbazal, los olivos y las vides. Tras ascender por un camino angosto sembrado de espinos, y con la sola presencia de algunos rebaños de cabras, accedieron al cenobio, un conglomerado de abigarradas torres, celdas y fortificaciones ocreas que parecían arrojar lumbre, ocupadas por una treintena de frailes capadocios de larguísimas barbas y rostros adustos, vestidos de negro riguroso y tocados con pomposos bonetes, que elevaban sus rezos monocordes al aire inmóvil y ardoroso. Administraban en su retiro las dádivas legadas por nobles bizantinos y, entre la oración y el estudio, cuidaban de enfermos leprosos, enredando las horas canónicas en una reiterada invariabilidad de cantos y plegarias.

El obispo Basilio fue recibido obsequiosamente por la comunidad, que quedó pasmada con la desconocida compañía del que fuera su superior, que les fue presentada como un huésped egregio del basileus Teófilos y notable astrónomo llegado de Hispania en legación diplomática. Enseguida les ofrecieron leche de cabra y hojaldres de cidra, para luego dirigirse junto a al-Gazal y el padre Eudocio al archivo privado. Tomaron un corredor profusamente decorado con cruces, llamativos medallones grabados con santones y textos bíblicos en griego y latín, para finalmente acceder a una habitación clausurada con tres puertas, dos de cedro y una de bronce restañado que el monje abrió diligentemente; luego encendió velones muy usados y lámparas de arcilla, y tapó con apresuramiento las cortinas de los ventanales.

La peculiar estancia aparecía repleta hasta la saturación de anaqueles y mesas, destacando un fogón de alquimia apagado. Decenas de legajos, códices, rollos y libros pegados por el polvo y la cera, se amontonaban junto a cráteras de líquidos, atanores, pucheros de barro, soluciones, cuencos, piedras minerales y botes mugrientos con elixires. Una barahúnda imposible de precisar atestaba aquella biblioteca-laboratorio, un hipocausto calentado por cañerías subterráneas, donde se respiraba un olor ácido a alumbre, agua azótica y vitriolo, tan familiares a al-Gazal. El frente, no obstante, se hallaba libre de estanterías, y dos prodigiosos dibujos de reciente ejecución atrajeron de inmediato la atención del diplomático, que los observó interesado mientras intentaba descifrar su enigmático significado. Una rosa coronaba un triángulo invertido, en cuyo centro destacaban un dragón alado y una balanza, y en sus lados, tres serpientes con signos diminutos y cifrado de metales alquímicos. Un círculo de cruces rojas rodeaba el insólito grabado, como sacramentando las mágicas ilustraciones.

—¿Os atrae la Rosa de Oro? —preguntó complacido el obispo ante la curiosidad del islamita—. Representa el impenetrable distintivo de la Hermandad de Heliópolis y los tres principios de la alquimia: la sal, el azufre y el mercurio.

—Es lo que el príncipe Yzib llamaba el crisol o vaso filosofal —comentó.

—Evidentemente, al-Gazal. Esa imagen, recogida en antiquísimos libros rescatados de la biblioteca de Alejandría, es la respuesta para la obtención del oro. Pero ¿quien conoce las cantidades exactas de las aleaciones y sus materiales precisos? Estoy realmente descorazonado, pues llevo laborando en ella dos años sin éxito. En la pasada Pascua del Señor Jesucristo, conseguí alcanzar la primera apariencia. Logré, ante mi alborozo y con la ayuda de Dios, un líquido espeso de tonalidad dorada, pero no se mostró la vela negra de Teseo, esa raya oscura premonitoria de la culminación final. Vosotros, los árabes, que habéis despojado al arte hermético de las decadentes prácticas de Oriente, seguro que ya habéis descifrado este enigma. ¡Sería un privilegio contemplar los frutos de semejante conquista!

—Puedo asegurároslo con rotundidad. Ningún alquimista de Córdoba, Zaragoza, Sevilla o Toledo ha obtenido aún cantidades apreciables del áureo metal, sahib Basilio; pero contad, señoría, que si alcanzamos la razón oculta, el comerciante Qasín, el osado escalador, os hará llegar en uno de sus navíos las conclusiones.

Con el arrullo del canto de los monjes, la amarillenta luz de la estancia y las fugitivas penumbras, aquel gabinete se convirtió en una cátedra de discusiones y pláticas eruditas, donde al-Gazal y el obispo alquimista escrutaron libros antiquísimos, intercambiándose en ilustrada discusión y durante más de tres horas saberes acerca de electuarios, destilaciones, transmutaciones, catalizadores y venenos tan antiguos como el zaaf, descubriendo finalmente el patriarca la composición de la llamada materia lunar, imprescindible para mezclar sustancias, y sólo conocida por los alquimistas árabes. Rebuscando en el fondo de su intelecto, al-Gazal le informó reservadamente, sin mencionar el lugar del emplazamiento, de la Mesa de Salomón y de su indescifrable naturaleza. Le transmitió con su corazón sus avances en la búsqueda del nombre cien de Dios con la esperanza de hallarlo en algún lugar de Bizancio, ante la admiración del obispo, que anotó en un papiro alejandrino las palabras reveladas en la Mesa de las ofrendas contemplada en Jaén.

Llegada la hora sexta, el obispo esbozó una señal a su ayudante, el reservado kartóphylax, quien tomó fuego de uno de los cirios y encendió una tea resinosa. Seguidamente desplazó, ante la mirada estupefacta del musulmán, la estera que cubría el suelo, dejando a la vista una trampilla con un resorte oculto de hierro del que tiró con fuerza. Con un sonoro chirrido la abrió y apareció ante ellos una abertura tenebrosa que dejó perplejo al poeta, quien creyó oír ecos lúgubres y siniestros que surgían de ella.

—Al-Gazal de Córdoba, buscador apasionado de la sabiduría —dijo solemne el obispo—: Muy pocos mortales han tenido la ventura de regalar su espíritu con la contemplación del Ángel de Dios, aquel que sintió sobre su materia ínerme el hálito del Altísimo cuando descendía al Sancta Sanctorum de Jerusalén. Espero que sacies tu anhelo y veas el nombre tan deseado por ti, pues dentro de unos instantes tocarás con tu mano el Trono de Dios y crearás hallarte en la antesala del paraíso. Descendamos.

Al-Gazal quedó sin habla mientras un leve temblor agitaba su cuerpo. Sobre su frente aparecieron unas imperceptibles gotas de sudor frío, y una mirada de gratitud hacia el obispo cristiano afloró en sus ojos. «Descubriré al fin el título que da acceso a la luminiscencia de Alá. No puedo creerlo. Al fin penetraré en la sagrada dualidad», se dijo.

A pesar de la luz de la antorcha, el descenso se convirtió en una nueva aventura para los sentidos. Un olor a incienso Y sándalo ascendía de la oscuridad. Se deslizaron por una escalera más parecida a

un pozo hasta llegar a una puerta de bronce, que al ser empujada se abrió sin resistencia dejando a la vista una capilla subterránea de una austeridad sobrecogedora. De pronto un aire caliente, rancio y viciado le azotó el rostro. Y era tal la quietud, que al andalusí le pareció como si hubieran violado un letargo de siglos. Decenas de lamparillas colgantes iluminaban la iglesia, y los más bellos mosaicos de emperadores, patriarcas, santos y vírgenes se unían a la armonía del enigmático oratorio. Una cúpula rutilante encerraba un Pantocrátor de mirada severa y penetrante, y de repente una agitación infinita estremeció al musulmán.

—En este lugar se palpa la eternidad —murmuró el anonadado extranjero.

—¡El Trono de Dios! —exclamó emocionado el patriarca, señalando en dirección al altar y santiguándose después—. El querubín cincelado en oro de Tarsis por los orfebres de Hirán de Tiro, y guardián del Santo de los Santos.

Al-Gazal lo observó con las facciones lívidas, sin mover un sólo músculo.

En el centro, por encima de un altar donde ardían dos pebeteros con óleos sagrados, y alzado sobre plateados iconos de Cristo y Santa María y un primoroso Evangelio de cantoneras de plata, se apostaba sobre una pilastra la efigie mayestática de un ser alado de oro, sin rostro, pies, ni manos, y oculto por doce alas engastadas de amatistas, semejante a la visión referida por el mUslím del ribat de Jaén. A sus pies una inscripción en arameo proclamaba: YAHVÉ ES NUESTRO Dios, YAHVÉ ES EL UNICO.

El andalusí experimentó tal felicidad que apretó sus manos con placer, sin atreverse a dar un solo paso, permaneciendo en la misma posición durante unos instantes.

Sin embargo, tras la inicial sorpresa, al-Gazal cambió su gesto de complacencia. Temblándole los párpados, notó de inmediato una anomalía trascendental que rompió el encanto del primer momento. Aquel disco solar del que hablaban todos los visionarios, sostenido por las alas del querubín y con el nombre tallado del Creador, ¿no se hallaba encastrado en la imagen! Animado por el patriarca, se acercó hacia la talla y rebuscó inquisitivamente, intentando descubrir alguna señal, nombre oculto o mensaje cifrado, pero todo en vano. Entonces, un gesto de rabia ante el evidente fracaso alboreó en sus facciones.

El musulmán aceptó la amarga aflicción, que lo condujo a la más absoluta de las decepciones. Se detuvo con minuciosidad, como hechizado, en el torso y en los doce élitros dorados, reconociendo decepcionado que las puntas del par tercero aparecían astilladas, lo que parecía indicar que en otro tiempo había sustentado el tan buscado disco solar con el definitivo nombre de Dios, y le había sido arrebatado con violencia. Abatido, se volvió al obispo y sentenció con la mirada baja:

—Existen indiscutibles presencias íncorpóreas —se tranquilizó, fingiendo una jovialidad que no sentía—. No me cabe duda de la autenticidad de esta imagen, pero no posee su más preciado atributo: el disco de oro donde resplandece escrita la verdadera designación de Dios, que Él insiste en ocultarme. La fatalidad me lleva de nuevo a otros caminos, y mi fe escapa como una pompa de jabón.

El obispo y el archivero se miraron contenidos y no disimularon su desencanto. Conocían aquella enigmática imagen desde su ingreso en el monasterio y sabían de su existencia en el cenobio desde hacía cuatro siglos, cuando el emperador Justiniano la rescató de las manos idólatras de los hérulos cerca de Rávenay la escondió a los ojos de los mortales en aquel recóndito monasterio rodeado por

el océano. Todos los documentos y tradiciones aseguraban su pertenencia al Templo de Salomón, y tan sólo vagas suposiciones lo tildaban de incompleto, confirmadas ásperamente en aquel día por el filósofo andalusí.

—El gran misterio de Oriente no es mas que una ilusión, un espejismo —se lamentó el prelado igualmente desencantado. Pero no debemos propalarlo entre los monjes.

—No, sahib Basilio —contestó amigable el ismaelita—. Poseéis una valiosa parte de Dios, pero los secretos del universo poseen mil razones oscuras para no ser conocidos. Por eso la travesía de la humanidad hasta alcanzar el conocimiento estará colmada de obstáculos. Sin embargo, una pizca de decisión para conocer, vale más que la misma ciencia en sí. Este fracaso me anima a seguir con la búsqueda en la que he empeñado mí alma.

—Cuando le fue arrebatada al bárbaro Odoacro, rey de los hérulos, alguien debió de sustraer el disco de oro. Buscarlo es empresa utópica y delocos.

—Si no lo fundieron al arrancarlo, extremo más que probable, posiblemente hoy sirva de bandeja a algún jefe de las tierras heladas, habiéndose así extraviado para siempre, y quedando la humanidad despojada del secreto de los secretos. ¡Qué desventura, obispo Basilio!

—No pienses más en ello, amigo al-Gazal —lo consoló el prelado—. Una confusión, un error imperdonable de los siglos.

Ascendieron silenciosos al gabinete, donde las velas y palmatorias se habían consumido y los oscuros volúmenes, receptáculos y atanores parecían pequeños espectros en la oscuridad. Desengañados, abandonaron el monasterio con el sol declinando, mientras el horizonte comenzaba a enrojecerse y la azul Propóntida palidecía con el ocaso. Una brisa salada rizaba un mar cada vez más huérfano del sol, acompañando el regreso de los alquimistas. Al-Gazal, malhumorado y desfallecido de ánimo, cuanto más especulaba con el irremisiblemente perdido Trono de Dios, mas se irritaba por aquel inesperado revés. ¿Dónde podría hallarse aquel anillo tan deseado? ¿En Rávena, quizás? ¿En algún desconocido villorrio de las estepas del Danubio, o convertido en monedas, pulseras o cacharros que ahora lucirían matronas de cabellos hirsutos?

La búsqueda se había interrumpido. Habían albergado falsas esperanzas, y no se lo perdonaba. Pero en su interior pedía al Misericordioso recobrar la curiosidad, mientras apartaba de su mente el desánimo. Al fondo, cada vez más cercana, Bizancio parecía una ascua salida del crisol de un alquimista.

De repente, el esquife dio un tumbo y los remeros detuvieron la boga, haciendo que el obispo y el embajador perdieran el equilibrio. El timonel profirió un grito atronador y señaló en dirección al puerto, con el rostro consternado:

—¡Eminencia, piratas, y navíos imperiales de la Theme en su persecución!

A menos de milla y media, avistaron varias drómonas haciendo resonar las trompas de guerra y persiguiendo la estela de dos embarcaciones que cambiaron bruscamente su dirección hacia la costa de Abydos, donde, según parecía, intentaban perderse en alguna de sus infinitas calas. La barcaza del patriarca detuvo el avance, evitando situarse en la dirección de las drómonas imperiales, que en su rauda derrota bien podían destrozarla con los espolones.

—Piratas turcos, nuestros aliados contra los abasíes —aclaró el metropolitano atento a la maniobra

— Simulan ser pescadores, cuando en realidad trafican con pieles, púrpura y oro robados en el puerto de Bizancio o en Pera. Si no se detienen, van a ser arrasados por el fuego griego, y el viento no les es precisamente favorable. No doy por sus vidas ni un denario. Han calculado mal la fuga.

Las naves acosadas giraron violentamente, intentando dispersarse y despistar a las galeras; pero la maniobra fue advertida a tiempo por los oficiales imperiales. Las seis máquinas de guerra las cercaron en un abrir y cerrar de ojos, atajando la arribada a la playa, y con una celeridad que impresionó a al-Gazal se oyeron los silbidos de los temidos sifones, aquel espejismo de destrucción que tanto interesaba al andalusí. Aquellas bocas de bronce, situadas en el puente de proa de las galeazas, lanzaron con una precisión milimétrica certeros chorros de un líquido viscoso e inflamable, como una gigantesca bomba incandescente, que impactó con violencia en las velas turcas, que en un instante se incendiaron ayudadas por el viento, y convirtieron de inmediato los navíos en teas de dimensiones formidables. A través de la humareda y el fuego se oían los espeluznantes gritos de horror de sus tripulantes, los chapoteos y el crepitar de las llamaradas. Después de un tiempo de silencio cesaron los alaridos, y la brisa despejó el humo, dejando a la vista un espantoso espectáculo de horror y destrucción. Las dos naves, calcinadas y envueltas en una nube cenicienta, se hundían en las profundidades de la Propóntida sin remisión. Mientras, las drómonas se alejaban en dirección al Cuerno de Oro, finalizada la cacería de los piratas. En su experiencia como guerrero, al-Gazal nunca había asistido al espectáculo destructor de un ingenio tan eficaz, rápido y mortífero.

—El fuego griego huele a nafta y azufre, pero no creo que sean éstos sus únicos componentes —le aseguró reservadamente al grave patriarca.

—Sé que también contiene aceite de piedra de Mesopotamia y un ácido potente que desconozco —replicó el prelado en voz muy baja—. El resto lo hacen esas temibles lanzaderas y los sifones. Dios se apiade de las almas de esos desventurados infieles.

Sin quererlo, al-Gazal, aún conmovido con la maniobra naval, había obtenido una idea muy aproximada de la composición de aquella terrorífica arma. Pero su boca silenciaría el secreto de aquel artefacto de mortandad. Luego se sumergió en sus pensamientos.

La última semana de estancia en Constantinopla, los embajadores trocaron el aire enrarecido del palacio Lausus y la irritante servilidad de pajes, criados y doncellas por las salidas a la ciudad y sus alrededores. Frecuentaron las thermopalia de la avenida Mese, insuperables mesones donde se saboreaban bebidas calientes y platos exclusivos de aquella parte del mundo, y donde adinerados ciudadanos y extranjeros de todo el orbe se gastaban sus buenos denarios y sólidos en bacanales y orgías, rodeados de rubias tracias, y mientras sedosas egipcias danzaban desnudas al son de arpas, pífanos y flautas. No tardaron en asistir a sabias discusiones acerca de carreras, caballos y aurigas.

Sin embargo, les conmovía la agria rivalidad y la furibunda escisión en bandos que habían advertido en toda la ciudad. Los azules y verdes trasladaban sus enconadas diferencias a todos los aspectos de la vida cotidiana, manteniendo una conciencia de perenne discordia allá donde iban. Aquella inmensa metrópoli era un universo dividido en dos colores irreconciliables: los verdes y los azules. Al-Gazal asistió en varias ocasiones, junto al emperador, al Khatisma, el palco imperial, y el último domingo un heraldo les trasladó a la Academia del Alabastro la lacónica invitación del agosto para presenciar las pruebas finales del verano. El andalusí, conocido amante de los caballos, aceptó de inmediato.

Horas antes de comenzar el espectáculo, un colorido deslumbrante resplandecía en las inmediaciones del Hípódromo, un colosal estadio a espaldas del gran palacio. Los islamitas se unieron a la comitiva palatina, en la que no aparecía una sola mujer, ni tan siquiera la emperatriz. A través de un pasadizo subterráneo ascendieron por una escalera de caracol de rica tejería al portentoso Khatisma, un lujoso compartimiento revestido de púrpura, con ricos sitiales y pertrechado de anaqueles atiborrados de vituallas, vinos y golosinas. Al-Gazal se adelantó al proscenio y se le ofreció el panorama de un estadio de piedra y mármol en forma de herradura, donde una abigarrada muchedumbre de más de cien mil personas gritaba desaforadamente animando a sus aurígas predilectos.

Aquel hervidero humano, colorista y bullicioso, que apostaba, comía e insultaba a los rivales le subyugaba. Teófilos era conocido defensor de los azules, como casi todos los patricios, que se asociaban a ideas conservadoras y posiciones religiosas más ortodoxas. En cambio, los verdes, acomodados frente al palco, representaban a la facción plebeya y tenían entre sus miembros a algunos enconados herejes. Se decía que la emperatriz Teodora y su hijo Miguel sentían verdadera simpatía por estos colores. Cuando compareció con la mano alzada el emperador Teófilos, el estentóreo rezongo de las gradas se silenció, hasta que el mensajero real anunció clamorosamente:

—¡Salve, Teófilos, Sol de Bizancio!

—¡Salve, agosto, salve! —atronaron los espectadores.

—Jesucristo proteja al basileus y a los aurígas. ¡Amén! —proclamó.

Apaciguado el populacho, comenzó a oírse no obstante una oleada de cuchicheos procedente de las gradas. Repentinamente, algunos espectadores solicitaron silencio, y cuando el estadio quedó de forma sorprendente en el más absoluto de los mutismos, varios oradores de ambos bandos se levantaron de los asientos y metódicamente y con escrupuloso orden declamaron uno tras otro invectivas peroratas en las que ora denunciaban los atropellos de determinados ministros, ora la insuficiencia de regalos o de trigo, bien las heréticas ideas de cierto obispo, la subida del pan o los abusos en los impuestos. A las réplicas de uno y otro disertador les sucedían estruendosos silbidos o aclamadores aplausos, según conviniera a la facción verde o azul. El juego declamatorio dejó boquiabiertos a los legados de Córdoba, que comprendieron por qué acudían los ciudadanos en masa al recinto, y por qué aquel esparcimiento significaba tanto para ellos. Aquel hipódromo, con la excusa de las carreras, se convertía en un foro público de libre expresión donde se mostraban abiertamente las simpatías y antipatías del pueblo, que otorgaba su aquiescencia o su rechazo más enérgico a la gestión imperial. Al-Gazal no podía creer lo que oía.

—Me confunden vuestras prácticas, sahib Ignacio —confesó el legado—. Esta singular y atrevida costumbre asamblearia resultaría inconcebible en mi reino.

—A veces se exceden en las proclamas y colocan al agosto en aprietos. Alguno hasta ha perdido la vida en estas mismas piedras después de sangrientas refriegas. Pero, gracias a Cristo, hoy la cuestión no pasará de una tímida pita al palco. No podemos sustraernos de nuestro origen latino, Yahía, y en Roma, de cuya tradición nos sentimos depositarios, pasaba por práctica habitual.

Y tal como había predicho Ignacio, un sonoro abucheo cerró las intervenciones retóricas, hasta que sonaron las trompas, tubas y atabales, anunciando el inicio de las primeras carreras, hasta un total de seis, siendo la de cuadrígas la postrera y la más esperada. Durante la primera hora, los sirvientes

ofrecieron a los invitados platillos con quesos de Bitinia, huevas de esturión del Volga y cuencos con exquisito garum:

—¿Habíais degustado alguna vez este sabroso manjar, Yahía? —preguntó el augusto, quien, ante la negativa del andalusí, le explicó amistosamente—: Pues proviene de vuestra tierra, la antigua Bética. Los ingredientes de su composición originaria se extraviaron con el tiempo, y ésta se elabora en las almadrabas de Éfeso y Megara con compuestos mediterráneos, como hierbas aromáticas, sal, aceite de oliva, pescado de roca macerado y largas horas de paciente removida. ¿Os gusta?

—El resultado no puede resultar más sabroso, señor —reconoció al probarlo. Al cabo de dos horas, el espectáculo y el griterío subieron de tono. Cesaron los concurrentes de atiborrarse de salchichas, confituras y cerveza, y flamearon con fuerza las oriflamas, banderas y pañuelos requiriendo la atención del palco imperial. Iba a dar comienzo la gran carrera, y los dos partidos antagonistas vitoreaban a sus aurigas. Las apuestas, que habían alcanzado cotas elevadísimas, cesaron y todo el mundo se sentó. El mismo emperador dejó de conversar y dirigió su mirada vacua hacia la boca de salida, donde se alineaban seis cuadrigas, dos de los verdes, dos de los azules, una blanca y otra roja, estas últimas, meras comparsas del espectáculo. La masa rugía enfervorizada, vitoreando con entusiasmo a los conductores que blandían el casco y el látigo.

—¡Procles vencedor, Procles campeón! voceaban enfervorizados los verdes.

—¡Oxilos, Oxilos, Oxilos! —animaban otros a un hercúleo auriga con librea azul.

El emperador se incorporó del solio majestuosamente y arrojó a la arena un pañuelo blanco, según la costumbre impuesta hacía siete siglos por Nerón, a quien por error se le escapó la servilleta en el circo de Roma. Desde entonces, se adoptó como norma en el ceremonial de los juegos. La lujosa prenda descendió mansamente, ante el silencio general, hasta rozar el azafranado albero, momento en el que los conductores lanzaron vertiginosamente sus carros a la pista y estalló el clamor de la multitud. Durante siete cruentas vueltas se sucedieron las más contrarias alternativas en la pugna. Los corceles, acorazados de bronce dorado, obedecían ciegamente a sus conductores, doblando en los cipos de la espina central con una maestría inconcebible, mientras el gentío, en pie, los jaleaba sin cesar en un mar de gritos desaforados.

En la cuarta vuelta, el carro blanco fue aprisionado contra la pilastra central, descabalgado el auriga y masacrado por los cascos y ruedas de sus adversarios, arrancando al punto entusiastas y salvajes vítores de la vociferante turbamulta; aunque interesado sobre todo en la victoria de su héroe, mas aun disfrutaba el público si los rivales eran destripados o simplemente eliminados de la carrera por los jueces. Finalmente, presos los espectadores de una contenida emoción, llegó la última vuelta y, por un escaso margen, tras un bravo esfuerzo, los caballos negros del paladín de los azules, Oxilos, rebasaron como un vendaval la meta. El eco de las aclamaciones se extendió formidable por el hipódromo, y las enseñas azules tremolaron en el aire inmóvil, alcanzando el paroxismo cuando el vencedor, cubierto de sudor y sangre, ascendió hasta el palco imperial, donde recibió de manos de un Teófilos enardecido la palma de oro y una succulenta bolsa de tres mil sólidos.

—Extraordinario y temerario conductor de cuadrigas —admitió el embajador.

—Parece el hijo de un dios, al-Gazal —le replicó el emperador, entusiasmado.

—¡Oxilos, niké! ¡Victoriosa! —lo ovacionaban sus seguidores señalándolo como victorioso, mientras lo portaban a hombros—. ¡Niké, niké!

Los andalusíes abandonaron el recinto hípico, impactados, una vez más, con la espectacular exhibición ecuestre, aunque al-Gazal lamentaba no haber podido conversar con la emperatriz, que presenciaba las carreras junto a otras damas de la corte desde una de las torres de la iglesia de San Esteban, desde donde se tenía una panorámica completa del Hipódromo, y hacia allí dirigió sus pensamientos.

El recién iniciado otoño no fue especialmente riguroso en Bizancio.

Las mañanas despuntaban agradables, y con el aire salobre llegaban hasta el palacio de Lausus los tañidos graves de las campanas de la catedral. Tras varias semanas en la capital del Imperio, el tiempo de estancia de la embajada andalusí tocaba a su fin. Al-Gazal, al-Munayquíla y Qasín frecuentaban el Gran Palacio, donde eran agasajados por los emperadores, quienes en un alarde de hospitalaria confianza los invitaban asiduamente a sus cenas privadas del palacio del Pórfido. La emperatriz Teodora enseñaba con pacientes maneras los movimientos del juego real del latrunculi, una especie de ajedrez que subyugó al Relojito, y se complacía con las historias palaciegas de Córdoba y las agudezas y galanterías de un al-Gazal dicharachero e ingenioso como nunca. El emperador seguía sumido en su melancolía, y a veces sorprendía a todos con torvos silencios. La muerte le rondaba.

La última noche de estancia, en una suntuosa exedra de la privanza palatina, la emperatriz se atrevió a consultar al diplomático andalusí una cuestión que lo desconcertó. Mientras balanceaba en sus finas manos un kleitoris, un estilete médico usado por los físicos judíos para hacer la circuncisión y restituir el clítoris de las doncellas, le preguntó:

—¿Por qué, dilecto embajador, los semitas practicáis la circuncisión? ¿Cómo podéis alterar con esa dolorosa práctica algo creado por Dios de esa forma?

Al-Gazal esbozó una sonrisa abriendo sus hoyuelos fascinadores, y alisando su túnica se explicó con otra pregunta ocurrente:

—¿No es verdad que las vides, cuando se podan el primer año, se vuelven más vigorosas, más recias y estiradas? Pues lo mismo ocurre con esa parte de nuestro cuerpo creado por el Señor Dios para perpetuar su creación.

Tras unos instantes de perplejidad, una sonora risa del emperador, que hasta entonces no había movido los labios, dio paso a una eclosión generalizada de los cortesanos, que rieron sin tasa. Un bufón saltó carcajeándose y los cortesanos felicitaron al andalusí por su ocurrencia, y como recompensa el basíleus le regaló la copa de oro que usaba en las libaciones, tal como el embajador había relatado que acostumbraba a hacer con sus cortesanos Abderramán. Después solicitó al-Gazal licencia al emperador para declamar un poema dedicado a la emperatriz y a la inminente despedida, y Teodora dibujó en su rostro una mueca de simpatía:

—Y en el momento en que, cargado de nostalgia —inició su recitado al-Gazal—, me alejé buscando las blanduras de Córdoba, vi a la Bella del Cisne revestida de púrpura, y sobre sus mejillas señaladas, un escorpión que se abalanzaba hiriendo mi corazón apenado. Y el sol palidecía ante el claror del alba, Teodora, vestida con túnica de flores y collares de rocío.

El sábado postrero de permanencia en la corte bizantina, al-Gazal recibió en la Academia del Alabastro la inesperada visita de la emperatriz, acompañada del príncipe Miguel, del Maestro del Tintero, secretario del basileus, del eunuco papias y del embajador Qartiyus. La servidumbre corría trastornada de un lugar para otro sin atinar con el protocolo adecuado. En un mirador del palacete, el secretario le entregó los protocolos firmados por Teófilos, y la emperatriz, esplendente de belleza, con la cabellera de oro recogida por una diadema y el rostro con el gracioso lunar de azabache, luego de saludarlo entresacó de sus bocamangas tres bolsitas de cabritilla y de ellas otras tantas alhajas de su joyero personal, engastadas con gemas y topacios, diciéndole:

—A estas vesículas de amuletos, las llamamos bullae. Es un presente para tus hijas, pues teniendo un padre tan singular merecen joyas igualmente únicas. Tu generosa amistad y grata presencia ha llenado de contento nuestra casa, al-Gazal.

—Gracias —respondió turbado el andalusí—. Las acepto con sencillez, que es la mejor forma de daros las gracias. Nunca olvidaré el favor recibido, y siempre os guardaré en mi infiel corazón, vos lo sabéis.

xxxlll 403 Pero un muro invisible los separaba irremisiblemente. Llegado el crepúsculo, el príncipe y los cortesanos se despidieron de los embajadores andalusíes

en las literas a la emperatriz, quien en un aparte quiso despedirse personalmente de un al-Gazal visiblemente afectado. En la soledad de la balaustrada él le besó la trémula mano, devorando por última vez y con dulzura sus ojos verdísimos. Ella correspondió con una mirada apasionada, mientras una lágrima se deslizaba por sus pómulos sombreados de azul. Le devolvió la mirada con apasionamiento y con dolor.

—Se lo que es el amor y el deleite, después de haberte conocido. ¿Podré entonces separarte alguna vez de mis sueños? Queda con Dios, gacela de al-Andalus. Un lazo estrechísimo me ligará siempre a tí —le confió la emperatriz.

—Te evocaré eternamente, iluminada por las estrellas de Hagíanne.

Y rozando su manto con suavidad, cruzó aceleradamente la estancia, dejando el torbellino de su fragancia y la desenvoltura de su distinción en el ambiente. Como un tallo cimbreado por el viento, y arrastrando su levísima clámide púrpura, pareció iluminar las sombras de la sala antes de perderse para siempre. El diplomático sintió un leve temblor. En su corazón se había quebrado una quimera que ya comenzaba a soplar con ascuas ardientes.

Se asomó al balcón y contempló las cercanas ensenadas del puerto. Allí los aguardaba, presto para la próxima marea, el Sable de la Luna. Pronto, si Dios y los piratas lo permitían, se hallaría de nuevo en Córdoba, en la placidez de su almunia del al-Raqaqín. Pero ¿hallaría la misma concordia en el alcázar? De todas formas, deseaba abrazar a su amigo y señor Abderramán, y paladear el bálsamo de una dulce noche de plática y placer en la Arruzafa.

Una racha salada sacudió su rostro, mientras el sol crepuscular penetraba por el ventanal iluminándolo con sesgadas pinceladas cárdenas.

Un tiempo venturoso e indeleble había concluido para al-Gazal.

CAPÍTULO XV. Los adoradores del fuego.

Córdoba era siempre un oasis indulgente para al-Gazal. Y únicamente en su reposo recobraba los bríos tras sus viajes paseando con Ben Habib, Qasín, Firnas o Samir, o mezclándose con los viandantes en el zoco de los Perfumes, o en el Arrecife, junto a la ribera del río entre los bancales, las norias y huertos. Se sosegaba sesteando a la sombra de las palmeras y sicómoros, en el frescor de su almunia, o cerca del palomar, adormecido con el zureo de las tórtolas, o con el monótono bordoneo de las abejas, acompañado de la dulce Sanae.

Ya iba para un año del regreso de Bizancio y las cosas no habían cambiado en demasía. La Camarilla del Mal persistía en doblegar la voluntad del emir, quien, no obstante, no menoscababa ni un ápice su amistad, pregonando la arribada puntual del oro rustaní de Tahart y del Sudán, gracias al acuerdo suscrito con Abú a riesgo de su cuello, y lo elogiaba en sus zambras poéticas con las gratas referencias de la cancillería bízantina, que mostraba insistente su favor y su recuerdo.

Al-Gazal consumía gran parte del día en la soledad de su gabinete, entregado a los ensayos de alquimia, a la interpretación de textos y a la búsqueda de una pista que lo condujera al cabalístico disco de oro. Pero asumía que el único rastro había sido malogrado para siempre en el monasterio de Santa Gliceria, y aceptaba su pérdida como una realidad incuestionable.

Solamente la ruidosa presencia de sus hijas, la admirable recuperación de Masrur, que ocupaba el lugar del hijo que nunca había tenido, y la dulce y erudita compañía de Sanae contentaban sus apetencias.

Aquel jueves del lluvioso mes de yumada se presentó con lóbregos nubarrones. Al-Gazal, decidido, anunció su visita a Abbas ben Fírnas, quien aún se reponía de un accidente debido a uno de sus más atrevidos inventos. Con una audacia que rayaba en la temeridad, había ideado un ingenio volador con plumas de aves y alas de vidrio, y ante una gran muchedumbre de curiosos se había echado al vacío con intención de elevarse sobre los altozanos de la montaña de la Desposada. Y aunque había planeado largo rato sobre los aires de Córdoba, el descenso no pudo ser más calamitoso, pues aterrizó arrastrando bruscamente su alada espalda por los pedregales de la Arruzafa. AlGazal lo estimaba en el fondo de su corazón, pues era lúcido y bondadoso, y sus vidas y aficiones eran semejantes. Se arrellanaron en el diván, bajo la cúpula de cristal representadora del firmamento, en la que había dispuesto, mediante un complejo mecanismo, una perfecta imitación de los cursos celestes. Conversaron de la siguiente reunión de la Piedra Negra y de los secretos experimentos de un substitutivo del fuego griego. Un color amarfilado se proyectaba en la estancia a través del cielo de vidrio mientras se entregaban a sus confidencias.

—Por los zocos y callejuelas los chiquillos corean una cancioncilla de tu fatídico aterrizaje. Y cuando los oigo, no puedo menos que reírme por la agudeza que demuestran —le confesó en tono jovial.

—¿Y qué cantan esos mocosos, si se puede saber? —preguntó ingenuamente.

—«Firnas el mago quiso volar como el vencejo, y no podía porque llevaba plumas de un buitres viejo» —le relató entre risas, y ambos se carcajearon estentóreamente.

—Más me duelen las incriminaciones de al-Layti y sus alfaquíes y si te soy sincero, aguardo aterrado que cualquier día los secuaces de Tarafá incendien o destruyan este planetario, y con él muchos años de estudios y prácticas.

—Nunca se atreverán contra un miembro del Diván del emir.

—Créeme, Yahía, cada día apuestan más fuerte esos indeseables y cobra cuerpo la secreta conspiración contra la vida de Abderramán en favor del hijo de Tarub. Y si eso sucediera, ¿qué sería de nosotros? La desdicha espía tras nuestra puerta, créeme.

—Yo vivo vigilante desde el retorno de Jaén —reveló con gravedad—. Pero ¿cómo van tus ensayos sobre el fuego griego? El emir arde en deseos de conocer su eficacia y anda encaprichado con el proyecto.

—En la fiesta de su cumpleaños presentaré al príncipe la lanzadera que he ideado y los proyectiles de pez, betún, azufre y nafta semejantes en composición a los que contemplaste en Bizancio. Su utilidad para asolar objetivos amplios y desplegados resulta insuperable. Le entusiasmará.

—Se convertirá en el mejor de los obsequios, digno de su aniversario.

Conforme platicaban, constató una vez más su palabra elocuente, excelente discernimiento y no menor generosidad. Luego, solicitó su atención amistosamente.

—Abbas, hoy he venido a la ospitalidad de tu casa para hacerte una súplica fraterna. he decidido, tras meditarlo con calma, elevar a la categoría de mawali al esclavo Masrur, el que liberamos de las garras de Tarafá. Su mejoría es alentadora y sus méritos, distinguidos. La administración de mis bienes depende prácticamente de él. Cumplido este mes viajará conmigo a Jaén para conocer a mis familiares y hacerse cargo de mis rentas.

—Celebro esa decisión, propia de un espíritu magnánimo como el tuyo.

—Quizá también egoísta, Fírnas. Siento como si perteneciera a mi sangre. Con esta determinación, ya nada maquinarán contra el muchacho. He elaborado su horóscopo, y el día fasto para celebrar la ceremonia de manumisión es la víspera del Aid al-Kabir, en el próximo mes del chabán. Toda mi familia está complacida, y desean que seáis tú y Qasín los testigos de la celebración ante el cadí.

—Se trata de una inmerecida consideración hacia mí, Yahía. Lo acepto complacido, y mi contribución a su nuevo estado será una túnica de seda ubaidí para la ceremonia, y por el mismo Profeta que ya ansío asistir a esa fiesta.

—Alá recompense tu altruismo, León de al-Andalus y amigo fraterno.

El día de la emancipación compareció con una tibieza embelesadora, y el alma de Masrur, el esclavo, arrasada por tantas desgracias, destilaba gratitud y regocijo. Bajo el emparrado del sahn de la casa instalaron una Jayma de seda blanca engalanada de ramos de anémonas entreveradas de violetas perfumadas con la lozana fragancia de las rosas. Se habían instalado tapices, divanes y mesitas de ébano alrededor de la fuente de los caños para la gran celebración. Masrur ben Yahía, el nuevo miembro de la familia, había acudido desde la mezquita de Abú Utman a lomos de un alazán enjaezado con ricos atalajes, luciendo la túnica regalada por Fírnas, su feliz padrino, y un medallón obsequiado por Shífa, su benefactora. El deslumbrante ceremonial del itaq, por el que se había

convertido en un varón libre, había sido seguido con alborozo por toda la parentela de al-Gazal, los amigos y muchos desocupados cordobeses que siguieron el colorista cortejo hasta la almunia. Los criados pasaron entre los convidados artesas de cristal perfumado con agálico, agraz, limón y ámbar de Zafar, al tiempo que obsequiaban a los invitados bolsitas de piel de cabritilla con polvos de almizcle y hojas de sándalo.

Sirvieron a los invitados durante toda la tarde harisas de sémola, asidas de verduras con cominos, huevos fermentados con zumos y cidra, thurdas con albóndigas de cordero sazonadas con especias y frutas confitadas con miel, alcorza y membrillo, entre la suavidad armónica de una orquesta de vihuelas, zanfonías y flautas. No faltaron los más sabrosos vinos de Rayya mezclados con tisanas de jengibre y canela, y un espectáculo de bailarinas ubetenses danzando con espadas desnudas al son de sus albogues.

Al-Gazal, subyugado por el momento, se mostraba complacido mientras cálidos recuerdos pasaban por su mente. A medianoche, sonriente y donairoso, rogó la atención de sus invitados. Todos callaron y dirigieron la vista hacia el extremo del patio, a donde señalaba su mano. De pronto estalló una exclamación de admiración. Un mozo traía de las bridas un alazán fogoso y tinto, encendido como un tizón, con el pelaje cubriéndole la frente y ocultando un lunar blanco entre sus ojos. Ricamente enjaezado con correajes tachonados de plata y con la silla repujada de oro y cordobanes, se convirtió en la sensación de la fiesta. El anfitrión se incorporó, dirigiéndose a un Masrur emocionado:

—Un hombre libre ha de tener su propia montura, Masrur. Este alazán es de la progenie de los primeros corceles traídos por mis abuelos de las llanuras de Siria. Cuando lo montes, siente el hálito de la inmortalidad de la tribu de los Banu Bekkar a la que ahora perteneces, y que su ejemplo sea un espejo constante en tí. Acéptalo, hijo mío, y sé un hombre temeroso de Dios.

Un río de aplausos, mientras se abrazaban llorosos, colmó el aire de la almunia. El muchacho se incorporó embargado por la emoción y con su voz trémula confesó:

—Quería amaros sin recibir nada a cambio, y vosotros me recompensáis con la esplendidez de la vida, luego de la libertad y ahora del afecto. En lo sucesivo mi existencia posee un verdadero propósito. Sabed, padre, familia y amigos, que jamás negaré mi nueva sangre, y que mi agradecimiento a tí, a aquel que mira a los ojos al emír, será imperecedero. Y en memoria de tu estirpe jiennense y de tu tierra, quiero imponerle a esta yegua el nombre de Aceituna.

Los comensales se congratularon con sus palabras y las mujeres lloraron estremecidas. Samír, el poeta, se irguió de su diván ante la sorpresa de todos, y exclamó:

—Escucha mi canto improvisado en honor del regalo de tu padre, mi mejor amigo, y guárdalo en tu corazón en recuerdo de este día inolvidable. —Todos enmudecieron ante la opulenta palabra del cantor del emír, que versificó:

Zaytún, vuela entre las alas del viento, atezado tu pelo con el color de la granadina, y con un lucero de plata entre las estrellas de sus ojos. Móntalos, Masrur, y huye con el brillo del alba, y descubre los secretos de la vida sobre el arrayán de sus lomos poderosos.

Una ola de parabienes cerró su agudeza de ingenio, y Masrur lo agradeció sonriendo y tomando las

manos de Samir, que abrazó al muchacho con afecto paternal.

El íntimo festín, el más suntuoso celebrado en muchos años en al-Raqaqín, duró hasta muy entrada la suave noche. La qiyán Sanae dedicó al joven algunos versos, ante el encanto de los comensales, con el laúd sobre sus rodillas. Masrur, melancólico, no apartaba sus ojos de ella, observándola embelesado, mientras pensaba que sería el mortal más afortunado del mundo si pudiera tenerla junto a él una noche. Pero después de su aciago pasado, arrinconados al fin sus recuerdos funestos y ante una vida naciente, ¿podía abrigar más felicidad y gratitud? Sin embargo, ¿quién sí no él, malparado por el destino, merecía el calor de la esperanza?

Las primeras luces del día sorprendieron la almunia iluminada aún por las candelas de aceite perfumado de áloe y mirra, y con Sanae entonando sus cantos y contemplando con ojos amorosos al muchacho. Los invitados fueron abandonando la almunia, mientras la escarcha de la noche centelleaba suavemente sobre el jardín.

El sol había descrito su curso celeste tres veces, y las estaciones se habían sucedido con monótona e inexorable precisión.

Aquel mediodía del ardiente hiyyah el sultán había acudido a la mezquita aljama a pronunciar la oración del viernes. Sobre las sienes bronceadas le caían las bandas del turbante púrpura vetado de perlas mientras caminaba arrogante por entre las hileras de fieles apiñados para contemplar a su ímán. Cuando, finalizado el sermón, regresaban al alcázar, Abderramán tocó el hombro de alGazal y le rogó reservadamente que lo acompañara a sus aposentos privados. Nadie notó la normal cortesía del emir, pero el diplomático en cambio esbozó un gesto contrariado. Lo siguió resignado y penetró tras él por los arcos de la dorada Bab al-Chamí, imaginando el motivo de tan enigmática invitación.

Al-Gazal cruzó la salita del Arrayán, y le sorprendió el rictus de apesadumbrada melancolía que observó en él cuando aspiraba el aroma de una copa de vino de Siraf, como un ritual, mientras con un pañuelo de seda se humedecía la frente y empapaba las gotas de sudor de su nariz de halcón.

—únicamente ansío la llegada de la tarde, Yahía, para ofrecer mi hospitalidad a la brisa de la sierra —le reveló llenándole una copa y con una expresión atribulada—. Te he llamado porque el aguijón de la inquietud me aterroriza desde hace días por culpa de un sueño pavoroso, y tú has de interpretarme si me acarrearé pesar o gozo. Me desvelo, no duermo y la angustia se ha apoderado de mi alma.

—¿Un sueño? Revélamelo, señor, y lo investigaremos si fuera necesario con la omnisciencia de las estrellas y los anillos infalibles del atacir astral. Desde ayer nos encontramos en la mansión cósmica de Sarfa, en el qun de la piel que cubre la verga de Leo, la más infausta estrella del firmamento, mi írnán. Salimos del Cisne y el cielo libera los endriagos y las calamidades. Pero confiemos en el Misericordioso.

—Escucha la pesadilla que tanto me acongoja. —Le invitó a sentarse junto a él—. Cuando más plácidamente duermo, sueño que rezo en la mezquita de Sevilla, la recién bendecida de Ben Adabbas. Me postro ante la qibla y entonces contemplo con terror al Profeta yacente con un sudario blanco, y mi corazón se desgarrá, mi buen Yahía...

—¿Mahoma amortajado? —se horrorizó visiblemente—. Prosigue, mi señor.

—Inmediatamente se suceden gritos de violencia y la techumbre se desploma sobre mi cabeza. A continuación avisto apariciones incoherentes, se muestra un ángel liberador que me guía del horror al sosiego, y despierto sobresaltado y empapado de sudor. Después la congoja me apesadumbra hasta el amanecer, llenando de tristeza también a Tarub, que Hora desconsolada junto a mí. ¡ No puedo soportarlo ni un día más, Yahía! Te ruego, mi perseverante amigo y mi más apreciado astrólogo, que me descargues de esta mortificación y adivines el sentido oscuro de esta aparición de las sombras, sea cual fuere su significado.

Nada explicó, sino que se dirigió al mirador del Arrecífe, como si precisara de la claridad para profundizar en el ensueño de su señor, y, ensimismado, oteó la lejanía inclinado sobre el alféizar. Así permaneció largo tiempo ante el silencio respetuoso y la inquietud del monarca. Era innecesario componer el horóscopo, o escrutar los cielos con el astrolabio. Al fin se volvió desolado, y explicó consternado, desplomándose sobre el diván:

—No hay duda, hijo de al-Hakam, y tú lo conoces tanto como yo, pues es una revelación bien conocida para los estudiosos de lo arcano y de los cursos celestes. Según los astrólogos del islam, soñar con Mahoma difunto representa el más funesto de los presagios para un creyente, y muy pronto una tragedia azotará al-Andalus. Sobrevendrá pesar y muerte alrededor de tu trono, y la mezquita de Adabbas, la devota obra levantada con tus limosnas, se cerrará al culto; aunque desconozco la razón. Has de armarte de valor, pues los acontecimientos se sucederán tal, como te predigo y tu compasivo corazón destilará aflicción. Te lo juro por el Corán Sabio, y lo deploro porque tu piedad no lo merece.

Una mueca de pesar cruzó la faz de Abderramán como un mal agüero. Mordió el reverso de su mano en señal de desesperación y sus ojos escrutaron con abatimiento los de su amigo al-Gazal; sabía de su ciencia y estaba seguro de que sus premonitorias palabras se cumplirían.

—Pero no todo será infortunio, protector del islam. El ser alado aparecido en la visión se asocia a Gabriel, el espíritu de la santidad, quien restituirá la adoración a la mezquita y la paz tras el duelo. Ésta es mi honesta interpretación, y que Dios refresque tus ojos ante el sufrimiento, mi piadoso weli protector.

—Los que tomamos al Clemente por amigo nos tenemos por fuertes. Hasta la llegada del oneroso evento, arrinconemos en lo más profundo de nuestro ser tus predicciones, y deseemos que pasen cuanto antes como una agria purga de boticario. No aumentemos la aflicción a mi alrededor.

—Tú, mi imán, que gobiernas a tu pueblo con tanta dulzura y generosidad, pasarás por una prueba horrenda.

—Confiemos en que únicamente sea una probabilidad, Yahía. Dios te guarde.

Y tras besarle las mejillas con ojos contritos, desapareció por entre las cortinas, dejando un denso perfume a alheña y acíbar, mientras al-Gazal inclinaba su testa, pensativo y perturbado por el vaticinio. Mas no le cabía duda alguna, el presagio se cumpliría palabra por palabra. Así lo proclamaban los augures musulmanes y los anales de lo oculto desde la alborada del islam.

Se habían completado siete eternos días cuando las botas de un mensajero retumbaron en los corredores del alcázar. Se detuvieron ante el salón del Olmo, donde se hallaba en consejo Abderramán con sus visíres y eunucos. Avizó su altiva cabeza, mientras una profunda inquietud se

apoderaba de su alma, resignado a la desgracia frecuentada en sus ensoñaciones. «Hoy se cumple el día séptimo después de la interpretación del sueño de al-Gazal», se dijo, y agudizó sus oídos para oír con toda crudeza la auténtica magnitud de la noticia del heraldo.

—¡Un mensaje del gobernador de Lisboa, mi señor! —Se inclinó el correo rodilla en tierra—. Cerca de cien barcos vikingos han aparecido en las costas y se dirigen como la plaga de langosta a la desembocadura del gran río, imán de los creyentes.

—¡Malditos madjus, adoradores del fuego! Esos saqueadores sin alma son capaces de las atrocidades más terribles. ¡Dios los confunda! —se lamentó, pasando las cuentas de la subha de nácar con la mano temblorosa y diciéndose: «Se han mostrado al fin los días de pesar y muerte»—. ¡Proclamad en todo el reino hasta las marcas del norte la guerra santa y la istínfar!

En su rostro moreno se reflejó el espanto. únicamente suplicó al cielo que su fe y el valor de su pueblo no se derrumbaran ante la prueba cruda y devastadora que se avecinaba.

Aquella misma tarde se reunió el consejo del emir en el salón elíptico de los Visires. La tensión se palpaba entre los consejeros. Abderramán, con las piernas cruzadas sobre los cojines, posaba su mirada atribulada sobre los cortesanos y ministros, en tanto se mesaba la barba nerviosamente. Al fin suspiró profundamente y les participó:

—Mañana en el sermón, publicaré solemnemente la chihad. Las tribus ya han sido avisadas para unirse a la oriflama del Profeta en guerra santa, y mi gran chambelán, Naser, junto al general Rastum apresta con diligencia un formidable ejército en la al-musara. Mi corazón me dicta que los piratas normandos no pararán hasta arrasar Córdoba, borrando la herencia de la verdadera fe. Escucho vuestros consejos.

Con gesto de preocupación escuchó el emir uno por uno a los visires, y antes del ocaso una treintena de correos partieron hacia todos los caminos de al-Andalus. La bendita chihad levantaba una vez más el espíritu unificador de los clanes andalusíes.

—¡Me abandono a la Misericordia de Dios! —concluyó entristecido el emir.

Como una siniestra plaga salida de las profundidades del Océano, cincuenta knorr y otros tantos langskip vikingos cubrieron con sus alas rojas la bahía de Cádiz o Karlsar, las «aguas del hombre», como las sagas danesas las denominaban. Las surcaron con temor, admirando desde la lejanía los ciclópeos pilares de las Columnas de Hércules y la colosal estatua del dios, el karlsar, con el manto dorado, la maza y unas llaves descomunales señalando los abismos del fin del mundo, mientras entonaban un ronco canto de batalla. Comparecían como una manada de lobos hambrientos tras saquear sin demasiado éxito Frisia y Galicia, atraídos por las legendarias y hasta ahora respetadas riquezas de al-Andalus.

—¡Ah, ah, ah! —bogaban al unísono los remeros vikingos.

En la proa del navío insignia, cogido a la grasienta humedad del palo mayor, oteaba las corrientes Torkel, Costilla de Hierro, el jefe de más rango de la expedición, un poderoso jarl o noble danés, con su formidable humanidad cubierta de pieles y placas de acero, hosco perfil, largas trenzas rubias y una repulsiva cicatriz en el pómulo, recuerdo de una herida mal restañada. Sobre su coraza se

balanceaban un cuerno de cabra donde bebía cerveza o hidromiel y una terrorífica hacha de doble filo. Su olfato le decía que esta incursión en tierras tan exuberantes y de fragancia tan suave le reportaría fama y caudales cuantiosos. Sólo era cuestión de atacar por sorpresa, actuar sin misericordia y regresar con rapidez. El resto lo harían el miedo, la desolación y la muerte. En el drakar más próximo, arengaba a sus guerreros Gorm el Cuervo, un pelirrojo hercúleo, consejero de su rey y tambiénjarl como Torkel.

—¡Embocad la barra de las arenas a todo remo, por Thor! —gritaba desaforado.

Aquel fragante amanecer se adentraron en la embocadura del Guadalquivir. Sobre las aguas se extendían sutiles bancos de niebla, y los barcos en compacta formación hendían las proas avanzando río arriba. Las armas y los escudos, como aros de colores, brillaban ante el sol tímido, ocultando los torvos rostros del millar de guerreros que gritaban al compás de los animados sonos de guerra y la promesa de rico botín. Con el chapoteo, centenares de garzas, cormoranes y patos malvasía sobrevolaron la flota vikinga, dirigiéndose en medio de ensordecedores graznidos a las marismas y lagunas. Un manto de juncos, enneas y jaras surgía de la floresta, y un aroma a brezos, pinos y madroños llegaba como un bálsamo a las salobres y malolientes cubiertas, donde el hedor a sebo, cerveza y carne corrompida impregnaba los velámenes y aparejos.

—¡Piloto, ganemos el río Betis! vociferó Torkel en medio de un gran griterío—. ¡Y cuidado con los arrastres: las aguas de los ríos son traicioneras!

En dos jornadas de ruda rema, el mediodía de un caluroso jueves del muharrán remontaron la corriente y se presentaron en el bajío fluvial de Captel, donde el río se abre en dos brazos, a escasas leguas de Sevilla, cuyos avisados habitantes habían huido despavoridos a la cercana fortaleza de Carmona. Las bandas de Costilla de Hierro y Gorm, el Cuervo, se adentraron en la isleta sin hallar a uno solo de sus moradores. Aún quedaban humos en las chozas recién desalojadas, calderos colgados en los hogares, cenizas, bestias y fardos abandonados por la precipitada huida de la ciudad, que pronto tomaron los nordomani (En al-Andalus se denominaba a los vikingos madjus o adoradores del fuego, nordomani u hombres del norte y también al-urdumaniyun.) durante horas dedicadas al pillaje. A media tarde sonaron los cuernos de guerra, y todos se reunieron con sus jefes para dirigirse al flanco oeste. Al poco de iniciar la marcha, apareció ante sus ojos una visión providencial que hizo a Torkel y Gorm detenerse y gritar de placer, a lo que siguió el clamor de sus feroces acompañantes. Aquella alucinación no podía ser posible. En una vaguada verde y frondosa, divisaron una manada de al menos cien caballos que pacían apaciblemente y con los que podrían adentrarse en el territorio y asolarlo con más posibilidades de éxito. La señal no podía ser más favorable.

—¡Odín está con nosotros! —los animó Torkel revolcándose en la hierba.

Con una ferocidad inusitada expoliaron la isla, donde repusieron energías y trazaron una estrategia para asaltar el emporio de Sevilla, sopesando un posible asalto a Córdoba y tasando el reparto de botín y esclavos. Por la noche los fuegos, las baladas espantosas y los efluvios repulsivos a leche agria, carne seca y cerveza llegaron hasta las orillas, donde los espías del alcaíde huido seguían sus movimientos.

Al día siguiente, un amanecer sofocante, sonaron las trompas, y la infernal horda se puso en marcha justo cuando los primeros jirones grana aparecieron por levante. Los dos jefes distribuyeron a los jinetes y peones en la orilla derecha del río, y, entre cánticos disonantes, la masa de normandos, enarbolando mazas, hachas y grandes espadas, y calados con yelmos zooformes, avanzó amenazante

protegida por una veintena de navíos a las órdenes de Gorm, que seguirían río arriba según el plan.

Al cabo, tras el recodo de unos altozanos apareció ante sus feroces miradas la luminosa Sevilla, asentada entre un vergel de palmeras, cidros, juncos y limoneros, y lamida por las benignas aguas del río. La población había desertado, y sólo permanecían en ella los monjes guerreros, algunos ancianos y sobre todo gentes llegadas de los campos, obligadas a esconderse en los cobertizos y mezquitas de la medína. Un ramillete de barcas se balanceaba al compás de la marea, y de sus atalayas de yesería carmesí emanaba un fulgor cobrizo que sombreaba de rojo las casitas desperdigadas entre los olivos del Aljarafe y Taryana, en la orilla opuesta.

—¡Thor, Thor, Thor! —jaleaban los vikingos, golpeando sus escudos.

Aquella prodigalidad despertó las ansias de saqueo y un gran alboroto de voces salió de las bocas de los daneses. Sin esperar las órdenes de Torkel, la vociferante turbamulta se precipitó como una exhalación por las abandonadas puertas de Sharish y Chabwa, mientras los jinetes envolvían la ciudad y penetraban tumultuosamente por la arcada de Maqarana. La temible corriente de guerreros, como una marea de espanto, se desplegó por las calles desiertas de la ciudad, derribando puertas y adarves e incendiando silos, colmados y graneros. Sin apenas resistencia, la chusma nórdica sacó de sus escondrijos y sótanos a pacíficos agricultores, a quienes rajaron sin piedad o cargaron de cadenas para arrastrarlos tras ellos, y se entregaron al robo y al asesinato por el desierto laberinto de callejones.

Los vikingos hurgaban en todos los rincones y se afanaban robando los ajuares de las almunias vacías. Encendían en las plazuelas fuegos descontrolados, donde arrojaban los cadáveres ensangrentados y los enseres inservibles. Pronto el hedor acre a putrefacción y carne chamuscada se extendió por todas las esquinas. Corrían de un lugar a otro con las cabezas de los monjes guerreros clavadas en sus bicheros, vociferando como posesos, sucios de sangre y polvo y apestosos como perros, saqueando, quebrando postigos y celosías y amontonando cobres, sedas, cordobanes y tapices. Algunas mujeres con las enaguas sobre sus cabezas, sus entrañas teñidas de sangre y los muslos lívidos, Horaban en los adarves tras haber sido violentadas despiadadamente.

Con el correr de la mañana, las bandas confluyeron en los zocos y en las mezquitas menores, donde se entablaron los primeros combates con los monjes guerreros y los adalides que no habían abandonado la ciudad, que ofrecieron dura resistencia. Lucharon desesperadamente hombre contra hombre en fiera pelea, y pronto se hacinaron los cadáveres de los islamitas, mutilados y muertos por las salvajes oleadas de madjus. Algunos furtivos combatientes eran arrancados de sus casas y les quebrantaban los huesos con las mazas, mientras a otros les sacaban las entrañas en los mismos zaguanes.

Los caballos machacaban las cabezas de los defensores o eran despedazados por las hachas de los vikingos, que hacían tronar el aire con horrisonos gritos de batalla, entregados a la más atroz de las rapiñas y excesos. Algunos de los defensores que aún pretendían huir furtivamente por la puerta de Qarmuna eran apresados o abatidos por los virotos de los arqueros de Torkel, apostados en sus cercanías. Al mediodía, el cielo azul se llenó de humaredas y pavesas cenicientas, y el hedor a carnadura quemada se hacía insoportable; el fuego hacía intransitable la ciudad. En pocas horas, el horror, las matanzas y el asolamiento se enseñorearon de las calles de la ciudad.

—¡Odín, Odín! —se oía el eco por doquier, junto a los lamentos de los moribundos.

Costilla de Hierro, con el rostro ensangrentado y furioso como un leviatán, penetró con sus hombres en la almunia del alcaíde, cercana al zoco de los Especieros, aparentemente abandonada y atraídos por su suntuosidad. Abrieron el portón y un silencio cavernoso los recibió. Se escurrieron cautelosamente y, antes de poderse entregar al pillaje, el relíncho de un caballo los alertó. Descendieron a las cuadras, donde brillaba la oleosa luz de un candil solitario y, tras una hilera de pesebres, vieron a un centenar de niños, eunucos, esclavos y sirvientas, con hatos en las manos, que se apretujaban asustados. Llegados de una quinta de recreo del Aljarafe, no les había dado tiempo a escapar. A rastras fueron conducidos al patio y conminados a tenderse en el suelo, mientras los chiquillos gemían abrazados a las nodrizas. Torkel se despojó del almete dejando al descubierto la faz sudorosa y tiznada, y se paseó ante ellos, señalando con su espada a los más decrepitos, que fueron obligados a incorporarse. El más resuelto inclinó sus rodillas suplicando clemencia y ofreciéndole un collar oculto en los pliegues de su zihara. No tuvo tiempo para acercárselo. El cabecilla vikingo alzó su espada y le hizo un tajo de oreja a oreja, salpicando de sangre paredes y prisioneros.

A un castrado de ojos saltones, entre atroces alaridos, le introdujeron una horca de palo por el ano; decapitaron o cegaron a otros después y amputaron manos, pies y miembros viriles, mientras otros poseían allí mismo, con inusitada ferocidad, a algunas de las mujeres, a las que desnudaban con violencia, provocando los lamentos de los mutilados y la histeria del grupo de muchachos. Inmediatamente después, el desenfreno de violencia se adueñó del palacete, y tras horas de violaciones y saqueos, Torkel ordenó a su lugarteniente:

—Toca cinco veces el cuerno, Thorfinn. Convoca a todos en el templo mayor. Allí deben esconder el oro y los caudales de más valor.

A media tarde, las feroces bandas afluyeron en la plazuela de la mezquita de Ben Adabbas en medio de una confusa algarabía de chillidos, cargas y galopadas. Se arremolinaban en un caótico desbarajuste y mostraban sus rostros tintos en sangre, tambaleándose borrachos. El fragor de la arremetida contra los portones y muros, el sordo crujido de las espadas, los encolerizados juramentos y el gemir de los caídos retumbaban como una tormenta en sus paredes. Torkel y sus hombres sabían que los cadíes, los almuédanos y alguna gente principal se habían confinado dentro, aguardando la ayuda de su emír y la piedad de sus atacantes, creyéndose quizá protegidos por las sacralizadas Piedras de la aljama. Torkel ordenó que cortaran una palmera gigantesca de la ribera para convertirla en un ariete de colosales dimensiones con el que intentaron derribar el portón de bronce, sin conseguir su propósito. Tras vanos intentos, acompasados por el seco jaleo de los atacantes, desistieron de la maniobra.

—Torkel —le dijo Thorfinn—. ¡Mira el techo! Es de madera. Si lo incendiamos, no tardarán en salir o perecerán abrasados. ¡Quemémoslo de una vez!

—Estás en lo cierto, bribón. ¡Traed la estoPa y el fuego! Y confiemos en no perder sus tesoros..., en cuyo caso te rebanaré el gazzate, Thorfinn.

Cuando el sol lamía sesgadamente los tejados de la mezquita, una compacta andanada de flechas incendiarias se elevó silbante sobre la cúpula, iluminando de rojo su armazón de estuco y madera. Primero fueron unos humos y paulatinamente flameantes llamaradas las que se extendieron por el santuario con celeridad espantosa. En unos instantes la mezquita se convirtió en una pira gigantesca, y la techumbre comenzó a hundirse devorada por las llamas, dejando caer ascuas incandescentes en

su interior y levantando una colosal nube vaporosa y cenicienta. No tardaron en oírse lamentos de pánico a los que siguió un inquietante silencio.

—¡Piedad para los creyentes inocentes! —pedía un lamento plañidero.

Los asaltantes cesaron en sus sonos de guerra, y aguardaron atentos, ebríos de sangre, con sádica atención los quejidos salidos de la aljama. De pronto, sonó el crujido de una de las jambas de la puerta al abrirse. Los cerrojos se apartaron, y en medio de la barahúnda apareció la solemne figura del cadí mayor y sus compañeros con los rostros demudados y tiznados, tosiendo y respirando con dificultad. El venerable juez intentaba proteger con sus brazos a un tropel de asustados chiquillos, varones patriarcales y muchachas llegadas de los campos, que se apretujaban tras él. Se adelantó y avanzó hacia Torkel con las manos implorantes y las lágrimas recorriendo sus marchitas mejillas.

—Sahib, en nombre de Dios, no hagáis daño a estos indefensos. Os daremos...

El jarl no le permitió seguir hablando. Con innecesaria crueldad, blandió su espada ensangrentada y la hendió con furia en la cabeza del magistrado. Su turbante se llenó de sangre, y los sesos y dientes, en una amalgama sanguinolenta, se estrellaron contra las escalinatas. Un clamor de triunfo se elevó a los cielos, iniciándose la matanza de los sabios ancianos, que caían decapitados, con los espinazos rotos y abrasados, mientras rezaban versículos del Corán. A un cenete que opuso resistencia lo desnudaron, le seccionaron los testículos y luego vaciaron los ojos, sin conseguir sacar de su boca una sola queja, antes de descoyuntarle los miembros atándole a cuatro caballerías, entre las bestiales algazaras de los guerreros. Otros vikingos asaltaron la mezquita, donde muchos creyentes habían depositado sus pertenencias antes de huir. Durante horas, se entregaron al despojo del lugar sagrado, desnudándolo de todos los objetos más suntuarios y apilando lámparas de bronce y oro, coranes, códices de alquimia, palimpsestos griegos, tapices de Samarcanda, láminas doradas, muebles de cedro, esteras de Zedán y apetitosos tesoros, que luego amontonaron en la plaza.

Llegada la noche, las sanguinarias partidas de Costilla de Hierro, ahítas de sangre, se tumbaron en las escalinatas. Los caballos tenían enrojecidas sus patas y brincaban ante las hogueras, mientras al fondo de la plaza, iluminados por los destellos amarillentos, mujeres y muchachos arracimados y encadenados de pies y manos, algunos con las orejas cortadas, observaban mudos el aquelarre de devastación al que habían sometido a su ciudad aquellos salvajes de atroces instintos y plagados de píjos.

Cuando llegó la noche y las sombras acallaron el horror, Sevilla era una ciudad devastada. Aquellos niños cautivos, de ojos almendrados y espantados, no olvidarían jamás la trágica jornada del 12 de muharrán. ¡No había más horror!

Durante seis días con sus seis noches, los hombres de Costilla de Hierro sembraron el terror en la ciudad y en el fértil alfoz del Aljarafe en una orgía de devastación. Aquel frondoso vergel se había convertido en un paisaje de ruina y destrucción.

Mientras tanto, los bajeles de Gorm el Cuervo, que habían navegado río arriba, hacia Coria y Niebla, regresaban aquella noche con los barcos rebosantes de botín. Y cuando la gran vela blanca del langskip de guerra apareció en la dársena del puerto y su cabeza de dragón asomó entre las brumas, los vítores de los hombres de Torkel atronaron el aire. Jamás habían apiñado tales capturas ni tan abundantes. Hileras de daneses descargaron sobre los arenales del embarcadero animales, fardos, cajas, baúles y talegas atiborradas de despojos.

El encuentro de ambos jefes resultó clamoroso, y celebrado con banquetes y luchas al aire libre que acabaron en orgías con las muchachas esclavizadas, a las que poseían salvajemente sobre los arenales del Guadalquivir. Torkel ofreció aquella misma noche un sacrificio humano al dios del mar, el siempre enojado Njörd, mientras el skalde de la expedición, Gottar el Negro, un poeta esclavo de Gorm, cantaba tonadas de guerra subido en un barril de cerveza.

—¿Dónde está el poder de su rey? —se jactaba Torkel ebrio de hidromiel—. ¿Acaso se esconde en su harén, acobardado como una damisela?

—Esta inmovilidad me alarma, Torkel —le confesó con gesto inquieto el Cuervo—. Llevamos seis días en estas tierras y aún no nos han hecho frente. Deberíamos tomar cuanto hemos saqueado y abandonar este lugar ahora que tenemos el camino franco.

—¿Abandonar cuando hemos encontrado el país de la abundancia y la Audumla? (Nombre de una vaca de la mitología danesa, de cuyas ubres brotaban cuatro fuentes de leche alimentadoras de los dioses. También signo de abundancia sagrada.) No, viejo león; antes me sacaría las tripas. Seguiremos aquí hasta que los hayamos despojado de su última hogaza de pan, Gorm, amigo. Bebamos y sigamos tomando lo que se nos brinda a manos llenas —y le ofreció tambaleante un cuerno de cerveza.

Gorm lo miró receloso. Tarde o temprano llegarían refuerzos, y entonces tal vez sería demasiado tarde. Gottar el Negro, su bardo, un hombre de rostro moreno y cabello ensortijado, esclavo en su juventud del jeque Idrís de Tunicia, donde fue arrebatado por el Cuervo en una de sus incursiones, se llegó al oído de su jefe:

—Señor, la pasión por el oro altera los sentidos de los hombres, haciéndolos ciegos a los consejos.

Gorm movió el vientre, escupió la cerveza, y replicó muy serio:

—No hablo de oro, Ottar. Corriente arriba he avistado movimientos de jinetes. Estos mahometanos están movilizando todo el país y caerán sobre nosotros como un azote en pocos días. Mañana remaremos hacia el norte, donde aguardaremos acontecimientos y escaparemos con los drakar si la ocasión lo precisa, pues esta ciudad carece de barcos de defensa. Corre la voz esta misma noche entre los nuestros. La matanza de ancianos ha sido un error innecesario de Torkel, y puede costarnos caro.

—No me cabe duda, sire; han debido de proclamar la chihad, la movilización general. Es la guerra santa, mi señor. En ella un musulmán es temible, pues desprecia su vida y únicamente desea morir para alcanzar el paraíso. ¡No saldremos vivos de aquí!

Ottar observó bajo la luz de las antorchas los semblantes exangües y aterrorizados de unos niños atados contra el muro, y sin desearlo recordó su propia juventud. Él nunca enterraría sus recuerdos, ni perdonaría a sus captores. Sabía como nadie que para aquellos infortunados, en la sórdida noche de su primer día de cautivos, las únicas medidas para sus almas eran el dolor y la desesperación. Muy pronto serían vendidos en los puertos del norte, si aguantaban el largo viaje y sus penalidades.

Al fin, los brutales cánticos de los guerreros habían cesado, y Gottar el Negro se tendió junto a unos cordajes, sintiendo sobre su rostro una bocanada caliente, pesada como el plomo, y un olor pestilente al sudor de muchos días de navegación y a cerveza mal fermentada. Mientras, las crestas del Guadalquivir alzaban en un manso balanceo las naos vikingas, terroríficas con sus

fantasmagóricos espolones recortados entre las tinieblas y a la luz de las hogueras.

Luego pensó que a la violencia de aquellos rudos vikingos con los que convivía a la fuerza, seguiría inexorablemente la venganza de sus hermanos andalusíes.

CAPÍTULO XVI. Saetas de venganza.

En al-Andalus reinaba la indignación, y sólo la venganza aplacaría el corazón desolado de Abderramán y su pueblo.

El bochorno espesaba la mañana y un cielo granate cubría el Arrecife cuando el emir, jinete sobre un corcel negro, pasaba revista a las tropas en la fahs al-Suradiq, la gran parada militar antes de enfrentarse a los saqueadores vikingos en guerra santa. El retumbar de un colosal atabal y el estruendo de las trompas de guerra acogieron su presencia ante la puerta del Río. Ceñía su cabeza con un casco dorado, mientras su caballo, enjaezado con cordoncillos grana, caracoleaba inquieto. A una señal del general mozárabe Rastum, un oficial pelirrojo de poderosa corpulencia, los abanderados se adelantaron al son de las tubas rindiendo las enseñas, la alwada, el al-alam y el al-satrany, ante el emir, quien solemne las anudó en medio de un impresionante silencio, para entregárselas luego a los alféreces. Éstos, en compacta formación y cogidos unos a otros, desfilaron aclamados por la muchedumbre, en medio de un frenesí de cólera contenida.

—¡Venganza, venganza! —imprecaban—. ¡Caiga su sangre sobre sus cabezas!

Después se hizo el silencio y el emir los arengó levantado sobre sus estribos y mirando al cielo. Tan sólo el rumor del río y el volteo de los alcaduces de las norias quebraban el mutismo de la plebe.

—¡Creyentes del islam! Es llegada la hora marcada para aniquilar a los sacrílegos adoradores del fuego y desagraviar su impiedad por la mezquita injuriada. Combatámoslos con la palabra perfecta de Dios, que abrirá las puertas de la Mansión de la Paz a sus mártires. ¡No hay más Dios que Alá!

—¡Sólo Dios es vencedor! —vocearon los regimientos y la muchedumbre, enardecidos.

Rastum y el eunuco Naser, con su rostro abotargado por la arrogancia, recibieron de Abderramán el estandarte blanco de los omeyas, que el castrado levantó ante el estruendo de las armas de los soldados, clamando con su voz chillona:

—¡Una ralea de perros idólatras ha violentado al-Andalus y sembrado la muerte entre los inocentes! ¡Que Dios los confunda!

—¡Sólo Dios es vencedor! —contestaron los adalides, entre el tronar de los cuernos y las voces de la multitud—. ¡Mueran los madjus nordomani!

Los escuadrones desfilaron ante el emir, entre el tintineo de los arneses y el crujido de los petos de los adalídes. Los penachos de los yelmos se agitaban con la marcha, mientras un ligero vientecillo traía los olores de las bestias y el cuero de los atalajes. El emir los despidió sumido en sombríos pensamientos. No era un hombre impulsivo y detestaba la guerra, pero su piadoso corazón repudiaba el atropello de la mezquita y la muerte violenta de sus súbditos más vulnerables.

El aire abrasador atraía las moscas, mientras las mujeres, aderezadas con peines de plata, agitaban los pañuelos. Los cantos guerreros, el chirriar de ruedas, el batir de armas, junto a los ruidos de los cascos y los resoplidos de las monturas, retumbaban contra la muralla. Al-Gazal, al frente del clan de los Banu Bekkar junto a su hermano Umar y Masrur, cabalgaba en retaguardia con los rasgos

contraídos por el enojo. Al desfilar ante su amigo el emir, éste se sonrió y se llevó la mano a la frente en señal de aliento. Cuando al fin marcharon las unidades, el sultán bajó los ojos, volviendo grupas. Había depositado su destino en manos de Dios, y su espíritu se sosegó.

Paulatinamente, los destellos de los alfanjes y las capas flotando al viento se perdieron entre la polvareda del camino de Sevilla. En dos jornadas de cabalgada satisfacerían su sed de venganza. Al-Gazal alzó su casco sirio y animó a Masrur:

—¡Nuestra recompensa será tan grande como peregrinar a La Meca, hijo!

—Dios es grande, y permitirá un retorno venturoso, padre.

Con el crepúsculo del duodécimo día del muharrán las avanzadillas del general Rastum se unieron a las patrullas sevillanas y recibieron a los mensajeros, que les informaron de los saqueos y correrías de los madjus en toda la comarca. Alzaron el campamento a la vista de las humaredas y las velas vikingas, a dos leguas de la medina. Sevilla aparecía saqueada, la medina en llamas y los campos asolados.

Aquella noche de plenilunio, al-Gazal, ensimismado en la contemplación de las estrellas, tomó un trozo de queso de cabra que le ofrecía Masrur y un pellejo con agua fresca, mas no pronunció una sola palabra, lo que inquietó al muchacho.

—Nunca vi a un hombre que mañana puede jugarse la vida tan sereno como tú.

—El temor, ese guía cruel de los combatientes, se desvanecerá en el fragor del combate —le contestó sin dejar de mirar el cuajado firmamento—. El pánico me oprime, pero pretendo disimularlo. Y antes de tu primera batalla, ¿sientes miedo, Masrur?

—He de confesártelo, tengo la garganta reseca como la estopa pensando en que no regresaré a Córdoba con vida.

—No abrigues ninguna desesperanza, hijo —intentó consolarlo—. El hombre está obligado a combatir por aquello en lo que cree. Hemos de liberar a nuestro pueblo de esos salvajes, o seremos igual que ellos. Para la próxima oración del viernes nos hallaremos en Córdoba saludables y victoriosos.

—La guerra no deja de ser una perversidad que deshonra al género humano,

—Así es. Y ha bastado la profanación de un santuario para convertir a hombres pacíficos, como tú, Firnas o yo mismo, en sanguinarios guerreros. Pero el hombre disfruta de un derecho eterno contra aquel que atropella lo más sagrado. Vivimos en un mundo perverso, Masrur.

—Combatámoslos entonces con la compasión, padre.

A la mañana siguiente, un sol anaranjado iluminó el momento de las oraciones rituales, recortando las siluetas inclinadas de tres mil guerreros andalusíes en el cárdeno horizonte. Los comandantes habían dispuesto minuciosamente el plan de batalla y ocuparon sus posiciones con sus huestes. Se desplegaron rápidamente en tres direcciones para envolver a los adoradores del fuego por sorpresa antes del mediodía, y masacrarlos con la caída del sol antes de que escaparan por el río en los drakar. Los yelmos puntiagudos, las lanzas de astas de plata, las zugariyas repletas de flechas rojas, las adargas de cuero, los escudos y turs de acero y los alamud de doble filo refulgían como luceros

en la lejanía.

Súbitamente, un cuerno de guerra sonó en la quietud y los tambores retumbaron como el trueno. Era la señal convenida para el ataque. Naser enarboló su cimitarra y gritó enardecido:

—¡¡Sólo Dios vencerá!!

Con un brío desenfrenado, los regimientos del gran eunuco se precipitaron como arímanes desatados y al galope, entonando pasajes del Corán. Con las crines de los caballos agitándose al viento, se abrieron en abanico blandiendo alfanjes, picas y mazas, mientras los golpeaban frenéticamente contra los escudos. El estruendo de la embestida estremeció los baluartes de la ciudad, cuya liberación pretendían alcanzar antes del mediodía. Ben Musa, cadí de la Marca del Norte, recibió el mandato de cortar la retirada de unas bandas que habían penetrado hacia el interior, para luego, una vez aniquiladas, reforzar la retaguardia de las mesnadas de Naser y el general Rastun.

Entretanto, los guerreros de las tribus de Jaén, Ronda y Granada, entre ellos la cabila de al-Gazal, bordearon la puerta de Maqarana, antes de cruzar el puente de barcas del Ajarafe y rescatarlo de los saqueadores. Únicamente una quincena de barcos vikingos desplegaron sus velas apresuradamente, y en rápida maniobra de jala y remo consiguieron huir río abajo, arrojando a los prisioneros y el botín más pesado por la borda. Pero el contingente mayor seguía entregado al pillaje, fuera de la ciudad, en las quintas de recreo del Aljarafe.

Los primeros jinetes andalusíes acometieron implacablemente a los sorprendidos vikingos, y rápidamente la sangre y los cuerpos mutilados de los rubicundos hombres de Costilla de Hierro se esparcieron por entre los olivos y palmerales. Los infantes musulmanes, menospreciando la vida, perseguían sin desmayo a los extranjeros de cabellos bermejos y cascos espantosos, que morían valientemente en las riberas, profiriendo alaridos demoníacos. Pronto, el paraje se convirtió en una barahúnda de voces y entrechocar de armas y arneses.

Las invocaciones a Alá y los juramentos a Thor y Odín se confundían con el eco de las galopadas y el batir de los alfanjes islamitas y las hachas vikingas. Pasado el mediodía, en un desordenado tumulto, las partidas sobrevivientes de madjus consiguieron reunirse en torno a Torkel cerca de las praderas de Tablada, hostigados por todos los flancos. El eunuco Naser, tras su impetuoso paseo militar, había liberado la ciudad desierta degollando a la guarnición invasora, y, tras ser aclamado por los liberados, cruzaba la pontana de madera de Taryana en ayuda del general Rastun. Reunidos los dos ejércitos, arremetieron en un estrangulamiento mortal contra los saqueadores daneses, quienes, parapetados en los roquedales de un altozano, se defendían fieramente. Recluidos en aquella angosta defensa, nada podían hacer sino morir o rendirse.

En la primera arremetida colisionaron con tal fuerza, que los jinetes andalusíes de las primeras líneas fueron arrancados de sus monturas y machacadas sus cabezas por las mazas vikingas en una sangrienta maniobra. Pero poco a poco el empuje de la batalla crecía y los caballeros islamitas se hacían dueños de la situación, rompiendo sus defensas. De todos los lugares surgían andalusíes y en lucha encarnizada abrían brechas de muerte en la posición de los vikingos, que con las rodela plagadas de saetas sostenían difícilmente la posición entre juramentos ininteligibles. Corceles rabiosos piafaban y tropezaban con los cadáveres, mientras nubes de flechas arrojadas por los ballesteros de Rastun sembraban la muerte entre los piratas. A media tarde cientos de vikingos con las alabardas quebradas, los caballos destripados y los miembros mutilados yacían sobre la colina.

Los gemidos de los agonizantes, el fragor de los alfanjes y los relinchos de las bestias enloquecidas llenaban atronadoramente el campo de Tablada.

—¡Creyentes, vengamos a nuestros mártires! —gritaba Naser ebrío de revancha.

Sin embargo, los madjus no se daban por vencidos y aguantaban como fieras.

Mientras, a una señal de Rastun, extraños carros tapados con lonas se apostaban a lo largo del río, y los cuernos de guerra convocaron a todos los regimientos al asalto definitivo.

Al-Gazal, que se hallaba con su partida de jiennenses a media legua de la posición de los vikingos, oída la señal de agrupamiento, ordenó la retirada, al tiempo que advertía cómo algunos madjus se ocultaban en unos cercanos olivos intentando acceder a sus naves abarrancadas en los ribazos, mientras arrastraban a una trailla de cautivos. Masrur, sudoroso y decidido, levantó el banderín convocando a la hueste, y los leones dorados de los Banu Bekkar resplandecieron bajo el sol de la tarde. Al-Gazal se levantó de su montura, metió espuelas en los ijares de Amín, y salió como una saeta tras ellos. Para cortarles la retirada. Inferiores en número, los daneses, en una posición difícil de defender, caían de sus monturas con las grupas ensangrentadas y atravesados por las picas de los islamitas.

Inesperadamente, y en el fragor de la lucha, al-Gazal tiró de las bridas y detuvo al impetuoso Amín. Había descubierto a dos vikingos tirando sigilosamente de un asno cargado con dos chiquillos amordazados. Picó espuelas y los siguió en solitario, mientras su hueste lidiaba a un tiro de ballesta de la ribera. No obstante, al arribar al olivar perdió inexplicablemente la pista de los fugitivos. Ni un ruido de cascos, ni crujidos, ni pisadas; sólo el lejano estrépito de la cabalgada. Receloso, aminoró el paso y empuñó su alfanje con crispación. Aquel silencio y la sorprendente desaparición de los vikingos lo alarmaban.

Salvó con inquietud la angosta vereda que lo separaba de la orilla, cuando de improviso se oyó un silbido inconfundible y aterrador. Una saeta surgió súbitamente entre las ramas, clavándose en el pecho de su corcel, que cayó bruscamente, arrastrándolo en la violenta caída y magullándole el hombro. Perdió en los primeros instantes la noción del tiempo y reptó atropellado, entre los relinchos del animal herido de muerte. Una brillante claridad le percutía las sienes mientras un escalofrío le subía por la espalda, descubriendo en su semiinconsciencia que estaba desarmado. Un pavor desconocido le abrasaba las entrañas, y temió por su vida. Intentó incorporarse dolorido, tratando de distinguir unos bultos que brotaban de entre los árboles, mas su debilidad y confusión se lo impedían. Una plegaria le asomó a los labios reseca, mientras trataba de atinar con su lanza, colgada del borne de la silla. Un rugido salvaje, cada vez más próximo y conminatorio, terminó por despabilarlo.

—Dios mio, ampárame —murmuró entre dientes aguardando una muerte inevitable y brutal—. ¡Masrur, Umar, favor, socorredme!

Como rabiosas bestias, dos daneses surgieron de detrás de un tronco y se le acercaron para rematarlo, blandiendo sus hachas y clavas desnudas, con los rostros ocultos bajo yelmos de cuernos retorcidos. Espantado, advirtió cómo uno de ellos, con los cabellos pegados por el sudor, soltaba un regüeldo, cuyo fétido aliento llegó a oler. Cuando lo tuvo frente a él, se contorsionó repentinamente para evitar el mandoble, y esquivó prodigiosamente el primer mazazo. El impacto sonó seco y metálico al colisionar con una piedra, y se dibujó en los ojos del vikingo una chispa de enojada ferocidad. El danés se juramentó maldiciendo a al-Gazal y se revolvió a degollarlo.

—Maldito blamen. (Los vikingos se referían a todos los musulmanes con el nombre genérico de blamen, «hombres negros», pues pensaban que todos ellos tenían la piel de ese color.) ¡Muere de una vez! —bramó enfurecido, levantando de nuevo su hacha de dos filos y abriendo sus piernas para acertar con el golpe.

Pero, de repente, sonó el cercano trote de un corcel, después el chillido de un jinete, «¡Sólo Dios es el vencedor!», y por último el sonido silbante de un venablo cegador que atravesó el cuello del vikingo, que tambaleándose, cayó fulminado junto al caballo de al-Gazal. Con rabiosa saña el jinete se dirigió al otro madjus, quien, ahogando un grito de impotencia, no pudo evitar una cuchillada en el hombro. Pronto los dos vikingos quedaron inermes sobre el polvo, empapando la tierra con su sangre, mientras al-Gazal se incorporaba aturdido.

Se despojó de su yelmo abollado, se dolió del brazo y se alzó hacia su salvador, un exhausto y providencial Masrur, quien descabalgó de Zaytún y corrió en auxilio de su protector, a quien palpó los miembros contusionados, humedeció la cara con agua de su pellejo y colocó su pañuelo en el hombro herido.

—La consigna era atacar siempre juntos. ¡Has podido morir, Yahía! —le increpó enfurecido y en tono reprobador—. ¿Cómo has podido ser tan temerario?

—Dios te bendiga, hijo —dijo al-Gazal en un hilo de voz—. Sin tu oportuna llegada en este preciso instante me hallaría en el Djenet gozando de dulces huríes. Arriesgar la vida por un semejante es el máspreciado rasgo de afecto, Masrur. Hoy tu caballo ha sido la brisa poderosa que cantó Samir. Gracias.

—¿Quién adeuda más a quién? —preguntó aún enfurecido—. Tu vida me es preciosa. He sentido la hiel ascender a mi boca, y únicamente me he reconfortado al saberte ileso.

—Amín se distinguió siempre como corcel de pelea, y así murió —se lamentó Yahía enormemente conmovido, casi sollozando, mientras miraba el cuerpo exánime del bruto—. Ya jamás trotará en el Campo de la Novia luciendo los colores del emir. Amaba a esa noble bestia. Pero vamos, dejémonos de pláticas. Unámonos a la tropa.

Cuando se dirigían al galope a unirse a las mesnadas de Rastum y Naser, hallaron un panorama sobrecogedor. Cuatro centenares de vikingos, reagrupados como un ovillo en una posición perdida, con su jefe al frente, tintos en sangre, extenuados y hombro contra hombro, se defendían como leones, mientras una flota de drakar, atiborrada de botín, bogaba a todo remo intentando alejarse de los embarcaderos.

—¡Mirad, en el río! —prorrumpió Masrur, señalando sus turbulentas aguas.

Un grupo de knorr, drakar y rápidos langskips salidos de los carrizales huía en tumultuosa desbandada por los recodos de las huertas de Maqbarat, animado por la ausencia de barcos de guerra andalusíes. El sol del ocaso doraba el velamen cárdeno de los navíos vikingos, que rompían veloces las aguas del Guadalquivir.

No tardó en sonar un timbal y los artilleros tensaron las ballestas, calculando el tiro de las catapultas con los precisos engranajes ideados por Firnas. Era la señal de la ofensiva. Al-Gazal contuvo la respiración, y observó la línea de las lanzadoras.

—Hoy comprobaremos si los ingenios de Firnas son idóneos en la batalla.

Decenas de teas se encendieron al unísono prendiendo sucesivamente las bolas de hilaza y algodón impregnadas con el líquido inflamatorio preparado por Fírnas, y centenares de puntos de luz, como el fuego chino, iluminaron la orilla. Y, describiendo un círculo perfecto en el cielo, acertaron con precisión en las velas y aparejos de los knorr vikingos. Inmediatamente el fuego devoró los pertrechos y las llamaradas se extendieron de una nave a otra ante la impotencia de los fugitivos, que voceaban espantosos gritos de desesperación. Nubes cárdenas y negras se elevaron al cielo, mientras nuevas andanadas de proyectiles incendiarios cruzaban el río para ir a impactar en las embarcaciones, faltas de timoneles y de gobierno. El aire se tornó denso e irritante, trasladando a las orillas pavesas negras y oleadas de cuero y madera quemados. Tras una hora de destrucción, cuarenta embarcaciones vikingas se hundieron en el Guadalquivir, calcinadas en una fogata colosal. Buscando la salvación, comenzaron a producirse horribles espectáculos. Nordomani convertidos en antorchas vivientes se arrojaban al río entre aterradores alaridos, en tanto que otros, quemados sus cuerpos y entre espasmos de dolor, se daban muerte con sus hachas.

—¡Dios nos ha concedido la victoria! —tronó el campo islamita.

Cuando algunos de los indefensos supervivientes alcanzaban la orilla, empapados y agotados, los soldados de Naser y Muza los degollaban sin piedad en los arenales, y los que perseguían su libertad internándose en los cañizales eran aniquilados por los mercenarios del gran fatá. No hubo prisioneros, sino decenas de cadáveres mutilados y gemidos de horror y matanza por doquier. Los tambores y tubas comenzaron a sonar anunciando a los cuatro vientos la victoria, mientras un abatido Torkel se debatía entre morir con sus hombres aplastados por aquellos tres mil enfurecidos guerreros y capitular y someterse a un improbable perdón.

Una pálida pincelada rosácea apareció por el horizonte anunciando el crepúsculo. Lentamente, el sol galopaba hacia su ocaso tan fatigado como los jinetes andalusíes, y enrojecido como los rostros de los vikingos atrapados en la colina.

—¡Creyentes del Corán! —gritó a sus tropas Rastum—. Aún Dios nos concede la luz suficiente para aniquilar a esos perros. ¡Adelante, acabemos con ellos!

Y a la tenue luz de la oración, los jinetes musulmanes en compacta formación avanzaron en círculo dispuestos a arrasarlo el último reducto vikingo. Se oía nítidamente el bufido de las caballerías y el entrecuchar de las armas con los escudos. Poco a poco, el furor de los atacantes fue creciendo y los timbales de guerra comenzaron a sonar, enardeciendo a los vencedores.

—¡Que sus cuerpos sean pasto de los cuervos! —gritó fuera de sí Naser.

Rastum alzó su espada y todos lo imitaron dispuestos a arremeter a la hueste vikinga, cuando inesperadamente Torkel lanzó un desgarrador grito de rendición. Su tenaz resistencia al fin se había quebrado. Se abrió paso entre sus filas arrojando con violencia las armas contra el suelo, y sus hombres lo imitaron, avanzando silenciosos en señal de rendición, con los brazos caídos, las ropas hechas jirones y los rostros tiznados y ensangrentados.

—¡Detened el ataque! —los conminó Rastum alzando su guantelete.

—Aniquilémoslos como a perros, general. No merecen clemencia —exclamó Naser.

—Se han desarmado voluntariamente —se le enfrentó severo—. ¡Somos soldados, no mataríes!, y aunque se han ganado la más horrenda de las muertes, ahora son rehenes del emir y a su compasiva piedad le corresponde decidir sobre sus vidas.

El eunuco se resistió impiamente a no proseguir la matanza, de modo que se interpuso ante el qaid y le espetó, seguro de desarmarlo con sus argumentos:

—En ese caso, Rastum, asumo a mi cargo a estos nordomani. Como gran chambelán, represento a la casa del emir y cuanto le pertenece. Así se cumplirá la voluntad de nuestro señor Abderramán, a quien Dios enaltezca.

Se miraron fríamente durante unos segundos, y el qaid replicó con indiferencia:

—Pues en ti recae la exclusiva responsabilidad de los vencidos, gran fatá.

—¡Encadenadlos y conducidlos al alcázar! Allí decidiremos su destino.

—¡Victoria, victoria! —se oyó de todos los flancos del ejército.

Una larga hilera de vikingos maniatados que articulaban hoscas lamentaciones fue conducida hacia las mazmorras de la alcazaba. Un tenebroso mañana les aguardaba. Mientras cruzaban el puente, destrozados, cubiertos de heridas y amarrados con cadenas, retumbaron en sus oídos los insultos de los mercenarios del eunuco y de los cautivos liberados, que escupían en sus rostros entre maldiciones. Sus pensamientos se dirigían al viejo Gorm, como única oportunidad de liberación. Los knorr y drakar seguían río arriba, a unas leguas de la ciudad, atentos a los movimientos de los jinetes del emir. Pero ¿llegarían a tiempo sus tardos libertadores para rescatarlos con vida?

Con la llegada de la noche, bandadas de grajos se abatían sobre el yermo campo de batalla, donde los caballos sin jinete erraban desamparados. Adargas y escudos abandonados, enseñas destrozadas, cadáveres flotando en el río, miembros separados del tronco, yelmos partidos, lanzas astilladas, cuerpos exangües y hogueras que quemaban los cadáveres componían un tétrico paisaje, cuyo límite eran las mansas aguas del Guadalquivir. Algunos familiares, a la luz de los candiles, buscaban a los desaparecidos y entonaban oraciones fúnebres por los muertos.

En la ciudad, el largo y ronco cuerno de guerra anunciaba el triunfo, y los guardianes de las atalayas y mariyyas difundían con sus ahumadas anuncios de victoria a todos los vientos. Desde el campamento, varios correos partían veloces hacia Córdoba con un único mensaje, rubricado por Rastum y el castrado:

Con el favor del Oculto, los madjus han sido exterminados. Queda una partida de cien piratas errantes que pronto serán aniquilados. Madínat Isbiliya ha sido rescatada y la mezquita de Ben Adabbas, expurgada de su sacrílega profanación. Pronto las oraciones ascenderán desde su qibla hacia el cielo. Mohamed ben Rastum y Naser te ofrecen la victoria. El oneroso vandalismo de los adoradores del fuego ha concluido. Dios está satisfecho con tu mandato.

A la postre, tras veinte horas de encarnizado combate, el grueso de las tropas vencedoras regresaron al arrabal de puerta Carmona, donde los intendentes habían instalado el real musulmán, que en la noche se asemejaba a una ciudad fantasmagórica con un mar de lonas blancas y millares de teas chispeantes quemando ámbar. La extenuación estremecía a los guerreros andalusíes, desfallecidos, sedientos y sudorosos. Al-Gazal, blanco de polvo, con el sucio vendaje empapado en sangre y vinagre y agotado sobre la montura, se volvió hacia Masrur, que llevaba las armas colgadas a la espalda y los cabellos desparramados sobre el rostro.

—En Córdoba se sabrá de tu generosidad y de tu valor, Masrur.

—No deseo otra recompensa que una estera donde echar mi cabeza, pues los párpados y los brazos me pesan como el plomo —y palpó la viscosa empuñadura de su alfanje—; pero estoy contento por tí, padre. Hoy he perdido la ingenuidad que aún me quedaba.

—Las acciones de un guerrero engrandecen a una tribu y tÚ te has convertido hoy en un yunds venerado por todos los Banu Bekkar, hijo mío.

Tuvieron que esquivar la cuerda de los cautivos vikingos, que eran forzados por los sicarios de Tarafa a golpes y latigazos a penetrar en un portillo del alcázar en medio de una barahúnda de protestas y gemidos. Masrur se lamentó al contemplarlos:

—Podríamos igualarnos a Dios en la piedad, culminando el acto valeroso de la guerra en una magnánima clemencia con los vencidos.

—De unos espíritus ruines jamás se puede aguardar generosidad, aunque esos idólatras no la merezcan. Naser y Tarafa no se ejercitan en la indulgencia. Posiblemente esta misma noche los estrangulen y les descoynten los miembros en los calabozos, y Tarafa se concederá el placer de consumarlo con sus propias manos.

La brisa de la noche traía el olor de las hogueras, el avinagrado rancho de cordero y el fresco bálsamo de los huertos. Al penetrar al-Gazal con su mesnada en el campamento, un mozalbete de tez morena tañía una vihuela y cantaba a la puerta de una tienda una delicada tonada. Sin sospecharlo siquiera, alegró el corazón de aquellos hombres desfallecidos y contagiados con el hedor de la sangre y la muerte: «Sevilla es una novia, cuyo esposo es el alcázar. El Aljarafe es su corona y su esposo es el río». Masrur, consolado por la bella melodía, lo miró agradecido.

Un trazo azul iluminó la madrugada siguiente a la liberación. Los almuecines convocaban nuevamente a la oración en los alminares quemados, y las cúpulas y azoteas blanqueaban la medina con su claridad. Sevilla vivía radiante el primer día de tregua tras la pesadilla del asalto vikingo, y arriadas de gentes regresaban exultantes a sus hogares con los hatos y ajuares salvados de la quema, mientras los combatientes lavaban sus heridas y se reconfortaban con las gachas calientes del rancho.

Repentinamente, un tremendo alboroto infernal los saco de su calma. Algo infrecuente sucedía en la medina. Alarmados por el griterío, al-Gazal, Masrur, Umar y Firnas abandonaron el campo a caballo siguiendo desorientados a la vociferante corriente humana. La calina desfiguraba la lejanía, y Sevilla parecía levitar ante sus ojos difusa como un espejismo. Conforme se acercaban, los gritos se multiplicaban, como si la urbe toda viviera un arrebató delirante. Los centinelas habían abandonado sus puestos de vigilancia y una riada de curiosos y soldados corrían enloquecidos a los arenales del embarcadero. La situación era indudablemente confusa.

—¡Venganza con los nordomani! —oyeron desde lejos—. ¡Venganza!

—Seguro que Naser y Tarafa han preparado una sugestiva función con los prisioneros, mudando el júbilo por el horror —sentenció el diplomático.

Bordearon presurosos las murallas, y al alcanzar la puerta de Jerez se les descubrió una terrible visión que los transportó al más inhumano de los espantos. Ante sus ojos, aún molestos por la claridad, se les ofreció la humillante imagen de un suplicio demoledor. Los hombres de Costilla de Hierro aparecían crucificados en las palmeras que bordeaban el río, rodeados de una muchedumbre que los increpaba con soeces insultos y les arrojaba orines, excrementos y alimentos putrefactos. El estremecedor espectáculo los dejó petrificados y sin habla. Desollados y torturados con hierros

candentes, clamaban en su lenta agonía suplicando la muerte. Muchos apenas podían respirar y miraban a sus verdugos, los «mudos» del granfatá, con odio salvaje, maldiciéndolos en nombre de sus dioses.

—¡Idólatras de Satanás, comeros vuestra propia mierda antes de morir como alimañas! —los increpaban los jurs mientras les escupían y les lanzaban piedras.

Mercenarios de Naser en sus veloces ruanos iban de un crucificado a otro hiriéndolos con precisos tajos, de los que saltaban en el acto borbotones de sangre. Yal instante, enjambres de tábanos y moscas de muladar hacían presa en las heridas, adhiriéndose a la sangre en repugnantes racimos. Los alaridos de los crucificados se elevaban como un canto fúnebre, mientras rogaban al cielo que los librara del tormento:

—¡Padre Odín, envíanos la muerte y llévanos a tu Walhalla! (paraíso o edén vikingo en el que se encontraba la sagrada Mesa de Odín y donde en un convite de abundancia sin fin servido por las valquirias, se reunía con los guerreros muertos en combate.)

—¡Agua, por piedad! ¡Agua! —farfullaban otros en los estertores de la muerte.

Más de un centenar de madjus desnudos, desorejados, con las gargantas secas, las miradas temerosas y lastimeras, y convertidos en puras llagas, entre convulsiones y vómitos, se asfixiaban con las inmundicias que les impactaban en la cara. A algunos les habían sacado los ojos y arrancado la piel, y casi todos mostraban signos de tortura. Otros llevaban colgadas al cuello las manos violáceas de sus víctimas, mientras los almuédanos procesionaban bajo los troncos tocando un tambor y quemando mirra y áloe. Rezaban encolerizados suras del Corán y los maldecían invocando el sacrilegio del saqueo de la mezquita, con lo que esperaban ahuyentar los espíritus de los ajusticiados:

—¡Sirva su carne de alimento a las aves carroñeras! Ay de los sacrílegos... —repetían como plañideras—. No hay más que un Dios, el misericordioso Alá...

A Torkel lo habían despellejado, y mostraba una cicatriz negruzca y deforme en el costado, cosida con un bramante oscuro, motivo tal vez de su apodo de Costilla de Hierro. Arrojava espumarajos por la boca, revelando bravura, y con el cuerpo como una pura llaga, clamaba entre alaridos agónicos por su muerte y la de sus hombres. Se lamentaba de su innoble rendición y de ceder en la defensa del honor vikingo.

—¡Padre Thor, envíame la muerte y apiádate de mí! —vociferaba ronco.

El hedor a putrefacción se adueñó del aire y bandadas de cuervos aguardaban el festín posados entre las hojas de las palmeras. A los pocos instantes, los derrotados vikingos espiraban como animales sacrificados en el matadero, con los ojos fuera de las órbitas. Después, los sayones de Naser y Tarafa les cercenaron las cabezas, que el populacho tomó del suelo como trofeos de guerra. Corrían con ellas y las exponían aún ensangrentadas en los zocos, carnicerías y plazas. Los lúgubres ecos de la orgía de sangre y revancha, propiciada por los eunucos, se adueñó de la ciudad liberada, que jamás había conocido tal horror, primero de pillaje, y después de tan despiadada venganza.

—Se ha iniciado un tiempo en el que las guerras no se miden por el valor, sino por el encarnizamiento y la impiedad —se lamentó al-Gazal volviendo el rostro, mientras oía el ruido de los cráneos de los crucificados golpear en su agonía contra los troncos de las palmeras buscando un desenlace salvador y diligente—. Me siento como si abandonáramos algo indigno de nuestra

humanidad en estos ribazos.

Volvieron grupas asqueados, y al atravesar el embarcadero una impetuosa algarabía les hizo detenerse y dirigir sus sorpresivas miradas al río.

—¿Qué nueva sorpresa nos trae esta infausta mañana? —inquirió el astrónomo.

Arriba, junto al puente de las barcas, apareció majestuosa una embarcación de madjus del grupo de Gorm que había seguido río arriba, hasta las inmediaciones de las fortalezas de Alzhak y Necur en busca de botín. Unos instantes después eran más de doce, con sus quillas fantasmales y las velas blancas y rojas deslizándose como espectros de muerte. Pronto silbaron las primeras lanzas y saetas, y el aire se llenó de gritos. Sin embargo, se acallaron prontamente ante una visión inesperada y desgarradora, y los inconcebibles ruegos en árabe de un extraño vikingo de tez morena y cabello rizado encaramado en una de las bordas.

—¡Que el Oculto me nuble la vista; no puede ser! —exclamó al-Gazal incrédulo con lo que aparecía sobre las aguas espejeadas del Guadalquivir.

CAPÍTULO XVII. En el país de Dane.

Ante sus ojos apareció, y no hubo quien no se indignara con la visión.

Atado a la quilla del knorr de Gorm, el Cuervo, adivinaron la silueta de Ben Salih, el venerable cadí de la aljama, jefe de la cabila de los Banú Salih, y maestro ulema del emir y del mismo al-Gazal, hombre piadoso tenido por santo en al-Andalus y considerado guía espiritual de muchos musulmanes, al que creían muerto. Parecía desmayado, y su patriarcal barba entrecana se desbarataba con el viento, mientras sus pies descalzos rozaban las espumosas aguas del río. Y, como una compañía tétrica y maldita, decenas de musulmanes maniatados, capturados en los alodios, colgaban como racimos de las vergas de los drakar rogando misericordia y favor a grandes voces. Maldiciones e improperios salieron de las bocas de la multitud enfurecida, que desde la orilla arrojaba piedras a las embarcaciones vikingas, mientras los ballesteros tensaban sus arcos, prestos a exterminarlos. Pero aquella voz salida de los labios del singular vikingo los paralizó. Un pagano con la tez semejante a la paja quemada hablaba a grandes voces en árabe, acallando el griterío:

—¡Deseamos negociar con vuestro rey. Podéis matarnos si queréis, pero vuestro cadí morirá con nosotros y degollaremos igualmente a todos los cautivos! —y mostró la cubierta, donde una reata de niños y mujeres sollozaban atados unos a otros.

Un silencio sepulcral se hizo en la rada, mientras gentes y soldados se congregaban expectantes frente a las naves. La inesperada situación y la incertidumbre los atenazó, pues comprendían que aquellos miserables, conocida su rudeza, consumirían sus amenazas sin pestañar antes de cercenarse las venas. Al-Gazal y sus amigos, impresionados por la humillante imagen del viejo juez, observaban los rostros fríos y torvos de los vikingos ocultos tras los escudos. Al poco, unos relinchos de caballos y el retumbo de un timbal anunciaron la llegada de Rastum y Naser, levantando entre la turba un rugido de voces que demandaban reparación.

—¡Quemad las naves, qaíd! —se desgañitaban levantando los puños—. ¡Venganza!

—¿Qué pretendéis? —les demandó el general alzándose en los estribos—. ¡Hablad!

—¡Negociar nuestra retirada!

—¡No os halláis en condiciones de exigir nada, perro renegado! —interrumpió Naser, jaleado por la muchedumbre y recibiendo una mirada airada del oficial.

El qaíd reflexionó unos instantes, y recordó que el cadí pasaba por ser el hombre más influyente de la cabila sevillana y había sido preceptor del emir. Su liberación y la del resto de los cautivos resultaban obligadas para cualquier militar diestro. Ganaría tiempo para ponderar su absurda petición, y siempre habría ocasión de rechazar sus requerimientos, o cargarlos de cadenas. Y si decidían huir, las catapultas incendiarias los aguardaban a media milla.

—¡Desatad al magistrado y a los que penden de los palos, y luego podremos conversar! —ofreció Rastum—. ¡Y guardaos de ocasionarles daño alguno, pues ni el mismo Dios os protegerá entonces de nuestra cólera!

Cuatro marineros de cascos espantosos y cabellos amarillentos soltaron su presa como un saco en

la cubierta. Una fálúa acercó a la orilla al anciano cadí, que, empapado y con las facciones marchitas, entonó un canto a Dios, antes de ser rápidamente recogido por sus hijos, que lloraron abrazados a su esquelética figura. Después Gorm y Gottar aguardaron la respuesta del estratega.

—¡El de más autoridad y cuatro escoltas se acercarán en un jabeque a la orilla; y desarmados! — dictaminó, y una afanosa actividad se observó en el knorr.

Al cabo, una embarcación ligera embocó el malecón donde aguardaban los oficiales del emir, con un hombre corpulento erguido inmóvil en la proa, sobresaliendo entre los remeros. Las miradas de la multitud se concitaban en aquel gigantesco guerrero, un noble jarl consejero del rey danés Harald Klaak, cubierto con una singular pellíza de pelo blanco, de largas trenzas bermejas, rostro colorado y rayado de venillas moradas, ojos vivaces y vientre abultado. Junto a él, un sorprendente vikingo de evidentes rasgos árabes, ataviado con coraza y yelmo normandos, Gottar el Negro, susurraba consejos al oído de su jefe. Al poner ambos pies en tierra se hizo un pasillo de silencio, y custodiados por los adalides del general se adentraron en comitiva hacia el campamento andalusí, insultados por los vecinos que les lanzaban inmundicias sin miramientos.

—¡Muerte a los saqueadores! —les reprendían a su paso—. ¡Incendiarios!

Los retuvieron unas horas en una cerca de caballos anegada de estiércol y barro, y tras la oración del vespertino salat al-Asr, y cuando un sol medroso descendía de la arcada azul del cielo, Rastum convocó en su tienda a los capitanes, a los grandes fatá, al hijo del monarca, Mohamed, y a los jefes de las tribus. Sentó a su lado a al-Gazal, entendido en lenguas y negociaciones, y llamó a los guerreros vikingos a su presencia. Oirían las demandas del estrafalarío cabecilla de los madjus y del extraño islamita, y aquella misma noche conocería el emir sus ignoradas pretensiones.

El campamento andalusí permanecía expectante alrededor de la carpa de seda púrpura.

Compareciendo las primeras sombras de la noche se abrieron las hebillas de la tienda de Rastum y aparecieron los consejeros andalusíes, y tras ellos Gorm, Gottar y tres guerreros temibles que apestaban a cerveza y leche agria. El poeta vikingo conversaba afablemente con al-Gazal sobre su infancia en el norte de Africa, antes de ser raptado por Gorm en las playas de Túnez, su añorada Ifriqyya, y de los jamriyat poéticos que componía en las fiestas de su amo, dedicados al vino y a sus hazañas guerreras. Los soldados andalusíes, que aguardaban una pronta ejecución de los emisarios y el abordaje de las naves que aguardaban en el río, advirtieron con sorpresa cómo eran acompañados por la guardia a la tienda contigua a la del qaid, y no al vallado de las caballerías. Algo realmente insólito debía de haber acaecido durante la conversación. De inmediato, dos correos despachados por Rastum galopaban por la calzada de Córdoba con un mensaje para el emir, mientras una estela de polvo se elevaba sobre el gris azulado del horizonte.

Una hora después, un al-Gazal complacido conversaba en el interior de su tienda con su hermano Umar, con Masrur, ansioso por volver a la almunia familiar, y con Fírnas, feliz de que la campaña llegara a su término.

—No sé si concederéis crédito a mis palabras, pero la petición de esos madjus ha sido realmente insólita, destruyendo mi teoría sobre su feroz zafiedad —les explicaba admirado—. Realmente, además de matar, frecuentan el arte de negociar.

—¿Esos paganos, capaces de elevarse en las sutilezas de la diplomacia, Yahía? No puedo creerlo —declaró pasmado Fírnas.

—Escuchad y mantened en secreto cuanto os manifieste —pidió bajando el tono de su voz—. Esos extranjeros nordomani proponen devolver todo el botín, menos los víveres; liberar de inmediato y sin rescate alguno a todos los prisioneros, que lo son en un número elevado, y obsequiar a nuestro emir con la vida del cadí Salih, su amigo y maestro. Desean igualmente entrevistarse con Abderramán y rubricar un acuerdo firme que los comprometa a influir en su rey para que los navíos vikingos asolen la próxima primavera las costas de Francia y no recalen en ningún puerto de al-Andalus. El rey franco, Carlos el Calvo, resulta ser enemigo declarado de su monarca, como también lo es de nuestro emir, e instigador de las rebeliones en la Marca del norte. Nuestro príncipe se sorprenderá con ese ofrecimiento y tratará de aprovecharlo. La inmejorable oportunidad no debe ser rechazada, por rara que parezca.

—¿Y cómo conocen estos madjus los entresijos de las cortes del sur, tan alejados como están de estos territorios? —se interesó Masrur.

—El islamita que los acompaña como intérprete, un renegado tunecino, poeta, que lo mismo invoca a sus dioses que implora a Alá, nos ha contado que su rey se refugió siendo joven en la corte de los soberanos francos, buscando apoyo por recuperar sus tierras arrebatadas por los nobles. Recobró la corona danesa y, bautizado en Reims, ingresó en la falsa religión de los cristianos, los alteradores de las escrituras. Allí conoció la aversión de los monarcas francos hacia el Islam, pero ahora, desaparecido su protector, es hostigado por su hijo, el nuevo rey de Francia, que intenta a toda costa expulsarlo del trono. La ocasión para golpear a Carlos surge única, y Abderramán no debería desestimarla. No hay que despreciar nunca una puerta que se abre oportuna a la paz; y... a la venganza.

—Vamos, Yahía, te comportas como un ingenuo. Se trata únicamente de una forma sutil de ese viejo vikingo para salvar el pellejo. Cuando escapen al mar, olvidarán sus promesas —sostuvo Umar convencido.

—¡Esos crueles aventureros no me merecen credibilidad alguna! —sentenció Firnas.

—Andáis errados —les reprobó el diplomático—. Su jefe propone a nuestro emir que una legación andalusí parta con él hacia su reino de Dane para sellar el compromiso, del que se ofrece como garante. Y, ¡lo más asombroso!, solicita un salvoconducto para que parte de la tripulación, unos ochenta hombres, queden en estas tierras como rehenes. Asegura que son expertos elaboradores de quesos, y están dispuestos a permanecer aquí hasta el regreso del enviado, e incluso, con el tiempo, a abrazar el islam. Creo que a Abderramán nunca le han elevado una súplica semejante, tan inaudita como insospechada. Y, conocida su agudeza, estoy seguro de que la aplaudirá. Actualmente, los francos representan su única contrariedad allende nuestras fronteras.

—Inconcebible —dijo Masrur—. Ésta es la cara de la guerra que me complace.

—Creedme, amigos: si se nos presenta el adversario con algún favor imprevisto, aceptémoslo. La clemencia siempre resulta más efectiva que crucificar enemigos, algo inconcebible, obviamente, para las mentes de Naser y Tarafa —dictaminó al-Gazal.

—El perdón tiene un gusto delicioso que no posee la venganza —le apoyó Abbas Firnas que, mirando a sus contertulios, propuso—: Salgamos un rato a respirar el aire de la noche, antes de nuestro regreso.

—Y embriaguémonos con la inspiración suprema y el murmullo de las estrellas. A ellas daremos

gracias por habernos conservado la vida —zanjó la cuestión el alquimista.

Dos días después, cuando levantaban el campo y en una atmósfera de euforia por el triunfo, precedido por una aguerrida escolta palatina y un alférez con el estandarte blanco del califa, arribó al campamento andalusí el gran fatá Sadum, instalado en un ostentoso carruaje tirado por seis mulas y cubierto por un monumental parasol de seda bordada con hilos de oro. La tropa contempló el carronato y al pomposo chambelán del alcázar, que portaba en sus manos gordezuelas un pergamino del que pendía una cinta verde reveladora de que aquel papiro contenía la palabra del emir. Fue recibido por Rastum, Mohamed, su estado mayor y los jefes de las cabilas. Acogió con su rostro bondadoso los parabienes del general y la gélida mirada de Naser, que aborrecía a aquel camarada suyo a quien no podía dominar y al que, rabioso por su entereza, vilipendiaba con sospechas infundadas. Sólo el ser el preceptor del príncipe primogénito lo protegía de sus asechanzas. Abrumado por los vítores de la tropa, solicitó un pedestal para leer la misiva del sultán y ser oído por todos los destacamentos, mientras una fanfarria de más de un centenar de trompetas, cuernos de guerra y atabales saludaban el mensaje de su imán. Arrogante, el castrado declamó con su voz aguda:

Alabanza a Dios Misericordioso, que ha hecho felices los tiempos de mi gobierno auxiliando con su espada invencible al islam frente a los paganos. Hemos aniquilado a los nordomani, esparciéndolos con el vendaval de la victoria. Habéis conseguido con vuestro valor que la buena nueva regrese a la mezquita ultrajada, que ya predica la verdad en su alminar. Los abatimos como se abate la mies segada y se doblegaron ante nuestras banderas como se echa un perro sobre un umbral. Por ello os exalto, guerreros de Dios, y dispongo complacido conceder al general Mohamed ben Rastum y al gran chambelán Naser los honores del triunfo y, para ambos, el título de por vida de el Victorioso. Accedemos asimismo en nuestra clemencia a recibir de aquí a siete días al jefe madju en la fortaleza de Écija para escuchar sus proposiciones. Dios nos regala el triunfo y la ayuda. No existe más adorado que Él.

ABD AL-RAHMAN BEN AL-HAKAM

en el día décimo del mes de rabí.

¡Inclinémonos ante la palabra y la voluntad del imán de los musulmanes!, exclamó, para luego plegar el pergamino y recibir de la hueste una prolongada y atronadora ovación, acompañada con el golpeo de las armas contra los escudos:

—¡No hay más Dios que Alá!

Naser, hinchado como un pavo, se paseó por entre las tropas recibiendo forzados parabienes, momento aprovechado por Sadum para acercarse a su amigo al-Gazal y susurrarle unas enigmáticas palabras que lo alarmaron:

—Nuestro señor el emir ha llamado con urgencia a tu amigo Solimán Qasín a Silves... y parece que no es para comerciar. ¿Te sugiere algo tan inesperada orden?

—Qasín suele rendir a nuestro señor servicios de índole secreta. ¿Por qué había de alarmarme, buen Sadum?

—Yo que tú, Yahía, prepararía las bolsas de viaje, y un buen viático. ¿En quién si no puede confiar nuestro amo? —le respondió amistoso e irónico—. Nos volveremos a ver muy pronto, viajero de los dos Orientes.

Al-Gazal, escrutándolo con sus ojos almibarados, contempló su franca sonrisa y mirada bondadosas sin decir palabra. Frunció el ceño sopesando el comentario de Sadum, y sus pensamientos se volvieron tumultuosos. Tras obsequiarle con un saludo cortés, tocándose el pecho y la cabeza, salió de la carpa, dispuesto a desmontar la tienda y regresar aquella misma tarde a Córdoba con los suyos.

Apenas tuvo tiempo al-Gazal para festejar la victoria con sus familiares, parangonar el valor de Masrur y dar gracias en la mezquita iluminada con millares de candelas ofrendadas por los vencedores y las familias de los muertos. No obstante, a pesar de las prohibiciones de los alfaquíes, había escanciado junto a su ahijado y los cofrades de la Piedra Negra dulces vinos en las tabernas del arrabal de Secunda y en las fondas de al-Ranila hasta altas horas de la noche. Pero aquella tarde perfumada de viento húmedo, un correo del emir lo convocó con urgencia a la fortaleza de Écija, donde escuchaba hacía días las inesperadas propuestas de Gorm el Cuervo y Gottar el Negro, junto a sus visires, cadíes y chambelanes. Al amanecer, partió a trote veloz a la llamada de su príncipe, en compañía de Masrur.

jadeantes, envueltos en capas y protegidos sus rostros del polvo con tailasanes de lino, arribaron a media tarde a la alcazaba, donde fueron recibidos por el apacible Sadum, que les sonrió socarronamente. El crepúsculo, dorado como el ámbar, proyectaba sobre ellos las sombras de las almenas cuando pusieron pie en tierra y besaron las mejillas del eunuco, que abrazó con devoción a su amigo al-Gazal. Se liberó de los borzeguies y espuelas, humedeció sus pies, mejillas y manos en un aguamanil de agua aromada, para después penetrar en un salón exornado con panoplias de armas, tapices y sedas e iluminado por hacheros y teas aromatizadas con almizcle.

Un brasero cuajado de brasas crepitaba en el centro de la estancia, alumbrando con su esplendor los divanes, donde resaltaba, engalanada de blanco, la figura hierática y familiar de Abderramán junto a su primer ministro y al laureado general Rastum. A la izquierda, el jactancioso Naser conversaba con sus visires adictos, mientras permanecían en pie los dos vikingos, envueltos en sus burdos atavíos de cuero.

—Tu diligencia a mi convocatoria me congratula, Yahía —lo saludó el emir acariciándose la barba aromada de alheña roja y abriendo su sonrisa.

—Nuestros antepasados sostenían que el emir posee el cetro, pero puede necesitar la ayuda de sus leales para sostenerlo. Poseo la confianza de que dispondrás lo más conveniente —dijo ojeando a Naser, que lo penetraba con su turbia mirada de azufre.

—Pasó nuestro sueño como el vuelo de un pájaro aciago, y el sosiego serenó mí alma, cumpliéndose tu vaticinio —le recordó, y nadie de los allí presentes comprendió la alusión, salvo al-Gazal, que asintió—. Ahora es llegado el momento de precaver, pues unas son las leyes de la guerra y otras distintas las de la paz. Concedámosle una oportunidad a la conciliación, recogiendo su guante tentador.

—La paz, señor, es ventajosa para el vencedor, pero necesaria para el vencido.

—De tregua y acuerdos tratamos —dijo aspirando la brisa de la tarde—. Sé que lo único que anhelas es abandonarte al estudio de tus manuscritos y gozar lánguidamente de los placeres de la astronomía y la alquimia; pero los últimos acontecimientos hacen ineludible un acercamiento a la nación danesa. Nos han golpeado trágicamente por ignorarlos. Hemos de conocer su auténtico poder y tenderles la mano. En consecuencia, hemos aceptado las proposiciones y la invitación del noble Gorm de Haedurn.

—¿Invitación, mi ímán? —inquirió aunque barruntaba sus intenciones.

—Muerto el jefe de la expedición, Gorm nos brinda la oportunidad de acrecentar nuestra política de reputación en el mundo. Trasladarás nuestras cartas al rey Harald Klaak y a la reina Nud. Una productiva alianza con los madjus frente a los francos puede sernos ventajosa para la pacificación definitiva de la Marca del norte, eternamente fustigada por mis enemigos los reyes de Francia. Alégame el corazón con un asentimiento sin evasivas —añadió convincente.

La sala de armas se convirtió en un palenque en calma. Unos y otros se observaban en silencio, mientras al-Gazal se afilaba la barba entrecana y distendía su rostro inescrutable. De nuevo su emir le requería para una misión delicada, y un extraño hechizo, como un grato e inevitable anzuelo, lo conducía a una complacencia a la que por otra parte no podía sustraerse, ni negarse. Levantó la mirada y contestó:

—Mi emir, acierto a pensar que este viaje representa un reto al destino, pero considero un privilegio figurar en tus proyectos más señalados. Y si siete vidas tuviera, las siete las dedicaría a acrecentar la celebridad de mi emir y de la umma de al-Andalus. Portaré tus credenciales al país de los nordomani, aunque por ello me vea obligado a arrinconar dedicaciones apasionantes del espíritu.

—Me llenas de júbilo, Yahía —alegó sonriente—. Solimán Qasín ya navega hacia Silves, donde te recogerá en una de sus galeras. Gorm y Gottar, que te servirán de intérpretes, os conducirán sin riesgo a sus lejanas tierras. Han demostrado ser tan hombres de honor como implacables guerreros, y cien hombres quedan aquí como rehenes aguardando tu regreso. ¿Hemos de aventurarnos a otra tragedia como la padecida en Sevilla? Partiréis en tres semanas, si la predicción se nos ofrece propicia. Que el Misericordioso os proteja y aliente con su soplo poderoso.

Aquella noche una brisa ardiente llegaba del río al palacio del Enamorado. El emir y el qaíd Rastum repasaban, algo ebrios ante una caneca de licor de Siraf, los pormenores de la triunfante campaña. Mientras, Shifa y al-Gazal conversaban en voz baja sobre la reservada plática mantenida tiempo atrás con el junco, el refinado sastre del Pabellón de la Elegancia, y de sus estimaciones tras examinar el al-Thubán.

—¿La fórmula magistral? —apuntó el astrónomo, a una pregunta de la favorita—. Ciertamente, Shífa, no se te oculta secreto, por insignificante que sea. La investigué minuciosamente con cristales chinos, fibulas de diamante y filtros; y desistí, ante una labor improductiva. Creo que su enigma es pura fábula.

—Confirmando tu sospecha. Las únicas palabras evidentes se muestran en la tapadera, la familiar dedicatoria del generoso amante, y nada más.

—La memoricé mientras la exploraba por sí entre sus frases se encubriera el mensaje alquímico, Pero en vano. Es eso, la tópica dedicatoria de un vulgar joyero.

—La evoco a menudo, y me imagino que me la recita mi amado emir. Es un verso exquisito: «Amada mía, tu voz suena en mí como campana de Catay. Eres, Zubaida, el aliento leonado de mis velas abasíes, grato bálsamo de Arabia y crisol de los amores del espíritu. Que el Altísimo muestre en tí su generosidad, salud y perpetuo deleite, gacela mía. Harum al-Rachid. Bagdad».

—No es sino un refinado homenaje de amor, no me cabe duda. Turbador en verdad —dijo, rememorando las palabras del obispo Basilio.

—Que tu viaje a las tierras heladas sea venturoso, amigo del emir.

—Reza por mí en la mezquita, y cuida de tu esposo. Es un león de Arabia, acosado por alimañas sedientas de poder —se despidió.

Los preparativos se llevaron a cabo con premura, pues el invierno se acercaba y necesitaban veinte jornadas de vientos favorables para llegar al país de Dane. Partieron de Silves una perlada mañana de otoño. Los drakar y knorr de Gorm el Cuervo escoltaban la galera de Solímán Qasín, entusiasmado con una navegación que siempre había soñado realizar, pues carecía de mapas y cartulanos de los mares del norte. Masrur, que había insistido en acompañar a su tutor, embriagado con el espectáculo del Océano y asido a la borda, experimentaba una incontrolable agitación por lo desconocido. Al-Gazal, con sus cabellos grisáceos al viento, respiraba la brisa salobre mientras pensaba en sus hijas, en la búsqueda estancada del nombre de Dios, y meditaba en las consignas del emir para tan aventurada delegación.

No se adentraba precisamente en una corte civilizada como las de El Caíro, Aquísgrán, Túnez o Bizancio, sino en un reino desconocido y bárbaro carente de exquisiteces hospitalarias. Aunque tratado con cordialidad, recelaba de aquellos piratas. Portaba oculto en la bodega un tesoro de dos mil libras de oro por el que cualquiera de aquellos vikingos le cortarían el gaznate sin dudarlo un instante. Habían ideado, él y Abderramán, un sugestivo plan con el que esperaban entusiasmar la fogosidad guerrera del rey Harald y desviar los ataques de aquellos demonios en una dirección precisa, conforme a los intereses de Córdoba. Ofrecérselo al rey danés en el momento oportuno y hacerle descubrir su provecho constituía su delicada misión.

—¡Que Njörd nos envíe mar serena y vientos favorables! —exclamó Gorm.

—Naveguemos en nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso —dijo Qasín, y suavemente la expedición se perdió en la verdosa vastedad del Atlántico, entre la algarabía de voces y cuernos y el batir de los remos contra el oleaje.

La singladura no fue propicia. Nieblas turbias e insistentes y ventarrones de costado azotaron la flota, lo que hizo que el agua salitrosa salpicara a menudo las cubiertas y llenara de pavor a los tripulantes del Husán al-Sáhur, no habituados a aguas tan embravecidas. Bogaron con viento de popa legua tras legua, pasando de puerto en puerto sin perder las costas cercanas de Galicia (donde soportaron una ventisca impetuosa), Armórica, Normandía, Zelanda y Frisia. Brumas, oleajes inesperados y frías celliscas mantenían alerta a los marineros islamitas, enfundados en capotes de vellón y atentos a las trompas de los navíos normandos, sus guías y compañeros de boga. Les servían de referencia los escudos colgados al costado de las naves, las terroríficas cabezas de las proas, las velas listadas de cuero rojo, o las tiendas de la cubierta, donde se refugiaban para dormir o cuando las tormentas arreciaban. Al-Gazal masticaba de continuo menta y nébeda para prevenir la afección

de asma, agudizada por el frío y la humedad.

Cada día, antes del ocaso, el navío de Gorm se escoraba hacia la orilla buscando una cala donde pernoctar, y todos seguían su velamen púrpura y el estandarte del Cuervo. Cuando el tiempo mejoraba, saltaban a las playas y comían y bebían juntos huevos de aves marinas, bacalao seco, sopa de sémola y abundantes manzanas, limones y arándanos con los que los vikingos combatían el escorbuto. Al-Gazal y los suyos, abrigados con gruesos capotes, conversaban con Gorm y Gottar el Negro, les ofrecían ambrosías de al-Andalus y carne de cordero, que los vikingos devoraban con ansia, mientras preguntaban por sus costumbres e iban asimilando muchas palabras del lenguaje algarabí.

Descubrieron que aquellos temerarios guerreros de olor repugnante eran hombres libres o baenors (Hombres libres con derecho a asistir a los parlamentos. Se hallaban en la parte intermedia de la escala social danesa, entre los traell, esclavos, y los jarl, señores.) carpinteros, herreros, agricultores o saladores de pescado que en primavera trocaban sus herramientas y azadones por las hachas y mazas. Acuciados por el hambre y la necesidad, surgían de las brumas del norte para asolar las costas sureñas conducidos por ricos jarl como Gorm, los dueños de los barcos.

En las gélidas noches, los tripulantes daneses se mostraban acogedores y altamente generosos con sus huéspedes, con quienes compartían su cena. Más tarde se acurrucaban alrededor de las hogueras, y Gottar, el poeta esclavo de la casa de Gorm, les narraba alguna saga, relatos legendarios de sus héroes que entusiasmaban a la marinería. Los andalusíes no lo entendían, pero observaban sus rostros absortos y candorosos, inmersos en las narraciones donde sus dioses Odín, Thor, Baldur, o Bestla, rodeados de trolls y gigantes, coexistían con los mortales en el cielo o en los infiernos. Y cuando ya no podían sostenerse sobre sus piernas, vencidos por el sueño o la cerveza, armaban bajo una lona la cama de madera de su jefe, único que dormía con ciertas comodidades, antes de echarse a dormir junto a las rocas, enfundados en sus malolientes abrigo de cuero.

Para al-Gazal y Qasín aquella experiencia y el contacto con aquellos hombres rudos y audaces resultaba sorprendente y aleccionadora. Ni el frío inclemente ni el peligro continuado a naufragar los hacía retroceder. Sea como fuere el estado de la mar, todos los amaneceres, tenazmente, partían hacia el puerto siguiente, sentados sobre baúles y remando con fiereza, mientras entonaban canciones de combate. Poseían someras cartas marinas y escalas trazadas en trozos de tela y hule, y calculaban su situación por acantilados reconocidos o por la altura de un sol que les era esquivo la mayoría de los días. A veces, el piloto de Gorm, si el cielo permanecía encapotado, soltaba una pareja de cuervos de una jaula que colgaba de la verga. Tras una prudente espera, y si no regresaban, dirigían el rumbo tras la estela del ave, e invariablemente arribaban a un refugio seguro. Muchas de sus cualidades para orientarse, la estabilidad de aquellos cascarones de espolones monstruosos y el conocimiento de las corrientes y de las aguas, asombraron tanto a Qasín, que, sojuzgado por su sabiduría marinera, los llamaba con frecuencia «lOs cadíes del mar».

Masrur, no obstante, no entraba en aquellas consideraciones. Gran parte del día lo pasaba en la bodega, aterido de frío, insomne y mareado entre barriles, fardos y ratas. Cuando subía al castillete de proa, arrojaba al mar cuanto comía o bebía, por lo que recibía de los marineros las más peregrinas chanzas, que él soportaba estoicamente. Añoraba el mar esmeralda del sur y odiaba aquellos quince días de aguas convulsionadas y balanceos mareantes. Sólo cuando saltaban a la orilla y contemplaba la luna pálida brillar como una senda de plata en el Océano, serenaba su ánimo y olvidaba su tortura y el olor nauseabundo a cordajes mohosos, salitre y vomitonas.

Los días se sucedían monótonos y grises, y cuando aún faltaban algunas jornadas para arribar al País de Dane, el reino de las tierras llanas, como los vikingos lo nombraban, se oyeron a media tarde las trompas del navío de Gorm convocando insistentemente a recalada en el fondeadero más cercano. Desde el mediodía olas amenazantes y nubes negras acompañaban la travesía, y todos deseaban hallarse cuanto antes al abrigo de la borrasca que se avecinaba. Qasín fruncía el ceño, mientras observaba que el viento rolaba a oeste y la vela flameaba con viveza. Con virulencia y rapidez las nubes comenzaron a liberar su cargazón, y las olas, en cascada, como una tropa devastadora, saltaron por la cubierta del Husdn al-Sáhur calando a los tripulantes hasta los huesos. Las ratas brincaban por entre las piernas de la marinería huyendo del bramido de la tormenta. Pronto, las sacudidas de la nave islamita y las tempestuosas rachas hicieron que el pavor cundiera entre los andalusíes, y que Solimán Qasín ordenara que, salvo el piloto y los oficiales, se refugiaran todos en la bodega. Las preces del Corán salían de sus asustados labios, pidiendo no ser tragados por aquella mar enfurecida.

Al-Gazal, mientras se secaba el rostro y los cabellos, se sobresaltó por un oculto presentimiento, y por el reiterado ronquido del cuerno de guerra de Gorm. Aquella insistencia de los avisos de las trompas no era usual. Buscó por entre los armadijos de cuerdas, donde yacían algunos de los marineros, y en los bancos de los remíches y no advirtió a Masrur. Preguntó por él, pero nadie lo había visto. El corazón le golpeó fuertemente y saltó como impelido por un resorte; subió a grandes zancadas por la escala de proa y oteó la cubierta azotado por el aguanieve, pero tan sólo divisó a Qasín fijando el timón. Masrur no se hallaba en el castillete de tajamar ni tampoco en el puente. Reparó en que en el barco de Gorm gritaban desaforadamente, y en que a medida que se acercaban señalaban excitados la popa del Husán o Sable. Al-Gazal miró en aquella dirección, pero con la lluvia menuda que caía sobre sus ojos no descubrió nada. Qasín llegó a su lado y le apretó el brazo rogándole con firmeza que descendiera al pañol con los demás:

—¡Por todos los ifris del infierno, Yahía, te va a arrastrar una ola!

—¡Masrur ha desaparecido, Solimán; no está abajo! —le explicó consternado.

—¡Allí! —gritó el mercader, señalando el mismo lugar indicado por los madjus.

Sobre la barbacana, desvanecido y empapado en agua y vómitos, descubrieron el cuerpo de Masrur peligrosamente desplomado y balanceándose inerte sobre el maderamen y bajo las amarras que sujetaban las poleas del velaje.

—Ha debido de perder el conocimiento por algún golpe, agotado de tanto echar por la boca. Vayamos hacia allí... pero extrememos el cuidado.

Corrieron a auxiliarlo luchando contra la fuerza del aguaviento, cogidos al barandal de estribor y oyendo el crepitar de la arboladura. Cuando, tras muchas dificultades, Solimán, a dos pasos ya de Masrur, trataba de sujetarlo y echarlo sobre sus hombros, un golpe imprevisible de mar desplazó con violencia una de las garruchas, y sacudió con tal fuerza la espalda del infortunado muchacho que lo volteó en el pretíl. A punto estuvo de arrojarlo al vacío, pero quedó colgando de las amarras peligrosamente. Desolados y sin habla, el capitán y al-Gazal se lanzaron sobre la barbacana, con los ojos desorbitados, intentando impedir que se precipitara en las turbulentas aguas.

—¡No, Dios mío! —gritó al-Gazal alargando sus manos crispadas—. ¡Atrapémoslo pronto, o con otro embate se irá al mar, Solimán!

La fuerza del viento les impedía aproximarse, y las poleas se acercaban cada vez más al bulto inerme del muchacho. La nave de Gorm, advirtiendo la contingencia y con una pericia inverosímil, se colocó junto a la galera islamita, por si el infeliz era despedido a las aguas. Solimán pensó que no había otro remedio y, con gran riesgo de su vida y sin pensarlo, dio un salto hasta agarrarse a una de las maromas, colocándose por encima de Masrur. Con osada habilidad la ató alrededor de su cuerpo para impedir que un nuevo encontronazo con las garruchas lo abatiera al enfurecido Océano. El mayor riesgo había pasado, pero al-Gazal temía ahora por la vida de ambos. Respiró con alivio cuando el navegante descendió y el muchacho quedó fuertemente atado. Rápidamente consiguieron atraparlo por los pies y volcarlo en la cubierta, aguantando una embestida de agua y viento que los lanzó violentamente contra un extremo de la galera. Masrur mascullaba vocablos ininteligibles, y entre sus dos salvadores lo condujeron hasta la bodega, donde fue atendido por los marineros y tumbado en un banco de húmedo verdín.

—No me hubiera perdonado jamás si algo aciago le hubiera ocurrido. No sé cómo agradecerte tu arrojo, Solimán.

—Quedándote en la bodega hasta que esto acabe. ¡Y cuidando a tu ahijado!

Trabajosamente, y con riesgo de zozobrar, cubrieron la media milla que los separaba de la costa, donde fondearon uno tras otro los navíos de la expedición. Prontamente se corrió la voz del desgraciado percance y Gorm soportó estoico los aguaceros y el viento en la desierta playa de Frigia, velando inquieto la maniobra de la galera andalusí. La furia del aguacero y el bramido del viento cesaron, y poco a poco el mar fue atrayendo la escasa luz del ocaso, que iluminó fugazmente las naos. Decenas de aves marinas levantaron el vuelo, cuando en las arenosas dunas, unas yardas más abajo, atracaron al fin.

—Lo mismo recupera que pierde la consciencia, y está exhausto —explicó al-Gazal aljarl, mientras lo tendían en una lona rodeado de vikingos.

—Balder el Luminoso (Dios nórdico, hijo de Odín, que, muerto por el demoniaco Loki, regresó resucitado del reino de la Muerte.) nos ha alejado de la mansión de los muertos, y por ahora es suficiente —contestó Gorm, con gesto hosco, moviendo la cabeza preocupado.

Qasín y algunos marineros cubrieron el cuerpo de Masrur con un manto de lana. Su respiración era dificultosa, como un fuelle viejo, y el rostro y las manos, lívidos, le temblaban. Los daneses se miraban entristecidos pensando que aquel muchacho de cabello color de avena podía morir si con las primeras luces no se recuperaba.

—Llévadlo a mi tienda y tendédlo sobre mi cama —dispuso Gorm.

Bajo la lona y a la luz de un candil miserable, el diplomático se estremecía, al comprobar que Masrur no volvía en sí. Llamó a Qasín y le pidió que, aunque fuera noche cerrada, tomara unos fanales de luz y una falúa y le trajera de uno de sus cofres la bolsa de viaje donde guardaba los jarabes, ungüentos y electuarios.

A medianoche, ni el calor del fuego ni los sorbos de cerveza caliente que Gorm inútilmente intentó introducir en su boca consiguieron reavivarlo. Al-Gazal, en un rincón, con sus botas y ropas empapadas, mezclaba y maceraba las extrañas hojas alargadas y bulbos secos traídos por Qasín, que disolvió luego agitándolos en una copa de aguamiel. Con paternal desvelo le introdujo la triaca entre los labios, hasta que el agónico Masrur consumió el vaso. Al cabo de una hora Masrur respiró

jadeante, y con una cavernosa arcada arrojó un chorretón verdoso por la boca, y, como liberado de un freno que le trabara el resuello, su cara recuperó un tono esperanzador, recobrando antes del amanecer la noción de las cosas.

Los normandos presentes admiraron con encandilamiento al embajador, considerándolo desde aquella noche como un mago. Gottar le preguntó sobre el poder de aquella pócima, entusiasmado por sus admirables propiedades.

—A esta medicina se la conoce por el nombre de «elixir de los reyes» y está compuesta de raíces de agóloco de la India, azúcar de caña y un tónico.

—Para estos paganos te has convertido en un gode, un sacerdote o mago a quien temerán y respetarán en lo sucesivo. ¡Aprovéchalo en tu beneficio!

—Tan sólo Dios y la fortaleza de Masrur han obrado el milagro. Mi ahijado ya ha burlado a la muerte en más de una ocasión, como tocado por la mano del Oculto.

Al amanecer, los expedicionarios se concentraron en la playa antes de embarcar. Un frío intenso les cortaba los rostros. Las laderas cubiertas de pinos enanos emergían lentamente de las sombras y una luz amarillenta difuminaba las siluetas de los barcos. Un Masrur aún tambaleante y pálido, casi sin fuerzas y abrigado con una zamarra de piel de oveja, olió el mar y oyó el silbido del viento zumar entre las arboladuras, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Al-Gazal lo sostenía junto a él, atentos a un extraño ceremonial que oficiaba Gorm. En medio de un silencio sagrado, y como agradecimiento a Odín y Njörd por haberlos salvado de la tempestad, extrajo uno de los cuervos de la jaula y trazó en el aire unos círculos misteriosos con su puñal. Seguidamente, entre invocaciones incoherentes, lo hundió en el pecho del animal e impregnó sus manos en la sangre que salía a borbotones de sus entrañas. Dibujó después en la arena con sus dedos ensangrentados unos signos incomprensibles y, cesado el aleteo y los graznidos del ave, la precipitó ritualmente a la hoguera:

—¡Padre Odín, nos has enviado un aviso propicio liberándonos de las manos de Loki, el creador de los demonios, que ha devuelto el aliento al joven blamen. ¡Te ofrendamos la sangre de este sagrado pájaro en señal de agradecimiento!

—¡Odín, Odín, Odín! —vocearon los tripulantes elevando sus lanzas y escudos.

Los acantilados devolvieron el eco de las voces, que estallaron como un trueno. Inmediatamente ordenó levar anclas, y a un Piloto de tez rojiza adelantarse en un ligero drakar para anunciar la llegada de la embajada al rey Harald y avisar a sus gentes de la muerte de Torkel, Costilla de Hierro, y de sus guerreros, la mayoría oriundos de Arhus, Alborg y Nordjyland. La galera andalusí y los knorr, empujados por una brisa del oeste, avanzaron hacia la península de Jutlandia. Las aguas espumeaban y bloques de hielo flotaban sobre las olas. Al-Gazal vigilaba el sueño de Masrur, adormecido con el flamear de las lonas y el suave rozar de las olas con el casco del Husán al-Sáhur. A babor, una costa ondulada y verde se abría tras unos bancos de niebla, mientras las gaviotas y cormoranes sobrevolaban la flotilla.

El penúltimo día de viaje, con la brisa perseverante y la mar serena, los vikingos celebraron una fiesta por su venturoso regreso con cantos horrisonos y danzando alrededor de las hogueras, y de nuevo los andalusíes se sobrecogieron con las prácticas de Gorm. Seguido de una fuerza de hombres con las cabezas descubiertas y sin armas, tomó un anafre de hierro y un odre de vino de Aquitania.

Muy solemne, se dirigió a lo alto de las dunas, donde se alzaban tres túmulos antropomorfos de granito. Allí, rodeado de sus guerreros, colocó carbones en el hornillo y lo tapó con ramas verdes. Al punto se elevó una columna de humo, momento en que el jarl vertió el vino rojo y oró en voz alta y con las manos hacia el este, iniciando el raro ceremonial pagano.

—Tu amo es un hombre en extremo temeroso de sus dioses. ¿Dan gracias a alguna deidad por el regreso? —consultó el embajador a Gottar.

—Sí, efectivamente, Mi amo Gorm es un jarl del Consejo del rey, y por lo tanto un sacerdote del dios del sol, que se venera en un templo más allá de estos arenales. Él posee las máscaras sagradas de gode o ungido, y asiste por derecho propio a sus ritos. Al regreso de todos los viajes, sacrifica una muestra de su botín más apreciado y regala una preciada joya al santuario. El ídolo es en verdad un verraco que sostiene en sus lomos al dios solar, muy venerado desde hace siglos en las tierras de Dane.

—¿Un cerdo impuro, su dios? ¡Curioso en verdad! ¿Y puede un musulmán asistir a las ceremonias de ese santuario?

—Ni como hombre, ni como seguidor del Profeta —corroboró contundente, desilusionando al embajador—. Ese santuario es lugar acotado a las mujeres vikingas. Ante el gran verraco, en los plenilunios de primavera y verano, celebran los rituales de la fertilidad. Yo no me atrevería a pisar ni la senda que conduce a sus inmediaciones. He visto a más de un infortunado colgando de los árboles cercanos, desnudo y castrado.

El embajador quedó pensativo con la revelación del skalde, y confusas conjeturas transitaron por su mente, hasta que regresaron Gorm y los suyos y oyó la voz de Masrur y los gritos estentóreos de Qasín convocándolo al puente. Meditabundo, y sin poder dejar de pensar en las palabras de Gottar, ascendió lentamente por la escala.

Navegaron entre escollos, un barco tras otro, por la sinuosa punta de Skagen, antes de adentrarse en el dédalo de estrechos, hielos a la deriva, islas y estuarios del país de Dane. Avistaron parajes verdísimos, playas ondulantes y dunas moteadas de violetas y arándanos, hasta que, tras varias millas, atracaron en Arhus, un puerto de mar asentado entre verdísimas colinas y praderas, patria de Torkel, Costilla de Hierro. Nubes cenicientas iluminaban el entorno de cabañas de heno y madera, mientras en sus transparentes aguas se mecían mansamente decenas de barcos. Al-Gazal contempló embelesado aquel panorama de tonos esmeralda Y consideró que el sol de aquellos territorios parecía cubierto por un velo azulado, como temeroso de dispensar todo su fulgor. Un prolongado ronquido de cuernos de combate los recibió, mientras centenares de aves marinas revoloteaban sobre los mástiles, inundando con los graznidos los embarcaderos atestados de un gentío inmóvil y silencioso.

Los andalusíes sabían por Gottar que en el langskip de Gorm se trasladaban los restos de Torkel (cuyo cadáver habían rescatado de la cruz y separado los huesos de la encarnadura en agua hirviendo, para así evitar la putrefacción en la larga travesía), conservado en un ataúd de plomo. Aparte, traían cuatro arcones con las cenizas de cuantos guerreros de Torkel pudieron ser rescatados de las orillas del Guadalquivir. Solemnemente, al atracar, cuatro guerreros descendieron del navío del Cuervo portando en unas parihuelas las arquetas, y se dirigieron ceremoniosos a un montículo muy cercano al dique.

A al-Gazal, espectador desde el castillete del Husán o Sable, le atrajo la severidad de la procesión de dolientes. Una gran multitud, la mayoría familiares de los muertos, acompañados por los lamentos de las plañideras, siguieron con paso lento los restos, acompañados por el eco de un timbal y los registros de un quejumbroso canto fúnebre. A Costilla de Hierro, prestigioso Jarl y poseedor de haciendas, ganados y barcos, iba a tributársele un entierro propio de un príncipe. Se había dispuesto en la cumbre del altozano un drakar de reciente fábrica que aún no había sido botado, a modo de un colosal monstruo de madera varado en el montículo con la proa tallada representando un dragón y con el casco asentado sobre enormes troncos. Lo rodeaban monumentales piedras puntiagudas, donde se había grafiado en rojo su nombre, el de los dioses y sus hazañas más célebres.

—Ahora se iniciarán los sacrificios rituales a Thor y Odín —explicó el tunecino—. Pronto comprobarás que este pueblo aún se halla en la oscuridad de la civilización.

—Más que tinieblas, Gottar, es ignorancia. ¡Dios los ilumíne!

Bruscamente resonó el ruido metálico de un gigantesco batintín y ascendieron por la pasarela los portadores del féretro y los baúles con las cenizas, que depositaron bajo la vela púrpura del palo mayor. Cesaron de golpe los sonos fúnebres, los cuernos de guerra y los atabales, e inmediatamente aparecieron de entre la multitud varios siervos y hombres armados que tiraban de un caballo, una ternera, un perro y dos esclavos vacilantes que se resistían a subir emitiendo altisonantes lamentos. Arrastrados a la cubierta sin miramientos, los soldados tomaron a las bestias y a los esclavos, y uno a uno les rebanaron el cuello en una orgía de sangre, gemidos, relinchos y mugidos que exacerbaron el griterío de los daneses. Al poco, el puente del drakar se cubrió de un líquido sanguinolento y de los excrementos de los animales, y una aclamación estruendosa arrasó el silencio imperante en la rada:

—¡Torkel, Torkel, Torkel! —retumbó en el aire—. ¡Odín, Odín, Odín!

Pero todos enmudecieron cuando un gode, histriónicamente, se encaramó al barco ocultando su rostro tras una monstruosa careta de lobo. Rodeó ceremoniosamente los féretros tres veces, arrojándoles brezo y extrañas piedrecillas, y los cubrió con un paño dorado, mientras recitaba:

—Divino Thir, dios de la guerra, conduce a la mesa de Odín a estos valientes guerreros, muertos en el campo de batalla. ¡Thir, Thir, Thir! —le tradujo el renegado.

Concluido el ceremonial, y a una señal de la viuda, los domésticos esparcieron heno seco y aceite de ballena por el drakar y, apartando las grandes cuñas, impulsaron la nave al manso mar. Al instante se convirtió en una tumba marina donde los muertos aguardarían la imperecedera eternidad. Con gran diligencia fue incinerada, y en unos instantes ardió por los cuatro costados transformándose en una marina y formidable pira funeraria. La sepultura flotante se alejaba entre un armadijo de ascuas, tizones y rescoldos, y una cárdena columna de humo se elevó hacia la tersura del aire de Arhus, estremeciendo el ánimo de los presentes. El drakar se fue hundiendo lentamente en las heladas aguas del estuario, dejando una negruzca mancha como único recuerdo.

La comitiva, silenciosa y cabizbaja, enfiló el camino de las empalizadas, siguiendo a los deudos y a la viuda, que caminaba al frente con altivez. De pronto, la matrona, con el pelo suelto y dorado cayéndole en cascada sobre sus hombros, realizó un giro imprevisible, se dirigió hacia el amarradero donde se hallaban los barcos de Gorm y la galera andalusí y se detuvo a unos pasos del estandarte omeya. Los guerreros contemplaron desconcertados desde las cubiertas a la resuelta mujer, cuyo

imprevisto gesto nadie comprendía. Miró hierática hacia la cota donde se hallaban al-Gazal, Gottar, Masrur y Qasín, y dedicándoles una mirada gélida, escupió con asco en su dirección y los imprecó con odio:

—¡Que Thor os maldiga, perros blamens, y a tí te con fundan, Gorm de Haedum. Los muertos colgarán de tu alma eternamente, como yunques de hierro!

Inmediatamente la mujer les dio la espalda despreciativamente y regresó al poblado en medio de un denso y provocador silencio.

Un viento helado sacudió los rostros de los andalusíes, y a al-Gazal le temblaron las entrañas. Atisbó a Gorm con el rabillo del ojo y adivinó en su gesto una mueca de inquietud. La arribada al reino de Dane no había sido precisamente acogedora y generosa, pero tenían plena confianza en su sino.

CAPÍTULO XVIII. Haithabu.

Surgió de entre la niebla, al fondo de una ría de aguas heladas. A ambas orillas se alineaban gigantescas hayas, laderas suaves intensamente verdes y andamios plagados de pescados en salazón, los skrei, aireándose al mar como espantajos. El viento soplaba frío y la hilera de barcos enfiló el puerto defendido por hileras de troncos hundidos en el fondo. La capital de los normandos no era sino un inmenso poblado de madera, adobe y heno envuelto en un halo grisáceo de humos y brumas y protegido por una muralla de empalizadas colosales y por túneles cegados por portones de hierro. Y así emergió la próspera Haithabu, el rico imperio danés y residencia invernal del rey Harald y la reina Nud, bajo cuya lealtad se habían juramentado los poderosos jarl de las islas y de las tierras llanas, convirtiéndose en los dominadores incontestables de los mares Báltico y Norte. Y como muestra de su poder, el danegeld, el tributo danés, lo desembolsaban en señal de sometimiento desde Inglaterra hasta las bocas del Duina ruso, mientras los frisonos y francos, al sur, temían más que al diablo a aquellos indómitos señores del mar.

La flota varó en el fondeadero, entre un enjambre de mástiles, sacas y fardos, con el mar quieto y un ambiente gélido. A la hora tercia, finalizadas las tareas de amarre, Gorm y sus hombres descendieron por la escala y escoltaron a los legados andalusíes, que muy pronto se convirtieron en el centro de atención de miradas y comentarios. Los mozalbetes y muchachas se apiñaron a su alrededor tratando de tocarlos y admirando con sus ojos confiados y azules, sus rostros morenos y sus extravagantes y ricas vestimentas.

Pocos visitantes de semejante catadura habían llegado de tan lejos a cumplimentar al rey, y menos aún agasajados tan obsequiosamente por un jarl como Gorm, por lo que el embarcadero se llenó inmediatamente de una festiva concurrencia. Al-Gazal y sus acompañantes se encontraron con una activa ciudad de piedras sin tapiar, en un armadijo intrincado de callejuelas infestas y cubiertas de barro y heno, donde hozaban los puercos y picoteaban los ansares. Tuvieron que cruzar un río interior que servía de cloaca, y caminar después por una calzada más ancha adoquinada con enormes tablones de madera. A uno y otro lado se abrían las casas, adosadas desordenadamente unas a otras, los cobertizos de mercancías, las cuadras y tenderetes donde se exhibían cuernos de reno, arenques, marfil de morsa y pieles, mientras comerciantes bizantinos, baltos, godos y eslavos discutían ruidosamente sobre el precio de las mercancías.

Seguidos de un tropel de curiosos y de una chíquillería vocinglera, llegaron a una explanada con un pozo central, donde matronas de trenzas rubias despojaban de parásitos las pieles, al frío de la intemperie. Al fondo, y bajo un gigantesco dosel de abetos, se hallaban la residencia real y los albergues de los jarls, entre ellos el de Gorm el Cuervo, una enorme casona de la que entraban y salían decenas de esclavos y sirvientes en un hormigueo continuo, y donde quedaron instalados los embajadores de Córdoba. A los andalusíes les placieron las cálidas habitaciones, recubiertas sus paredes de madera, y encontraron en los baños de vapor su mayor complacencia.

Al-Gazal, Qasín y su ahijado pasaban largas horas aspirando el vaho de las hojas secas y las piedras incandescentes en cubículos diminutos de madera, servidos por esclavas rollizas, traell, prisioneras de guerra, la mayoría concubinas de Gorm, que no despreciaban las caricias y el sensual ardor de los sureños. Tres días permanecieron en el hogar del consejero real, resistiéndose a salir al

frío de las calles. Se calentaban junto a una gran chimenea escuchando los relatos de Gottar y las eddas de los legendarios héroes de Dane, acompañados de la esposa del noble, Aelfgifu, una mujer pelirroja y rolliza, de piel lechosa y sonrisa perenne, y de sus hijos, guerreros como su padre y habilísimos talladores de madera.

Al cuarto día, restablecidos de la mortificante travesía, en una tarde teñida de ocre, fueron convocados con urgencia por el monarca danés, llegado con su séquito aquella misma mañana procedente de la fortaleza de Jelling. Una muchedumbre indiscreta los escoltaba, cautivada por la opulenta indumentaria de los andalusíes, que caminaban solemnes tras un chambelán provisto de un vetusto bastón de haya.

—Noble Gorm, recuerda mi ruego. Vuestro rey no debe comprometernos a postrarnos a sus pies, Nos pondría en un grave aprieto, pues eso es contrario a nuestra religión.

—Todo está previsto. No os atormentéis. En esta corte sobran las exquisiteces.

La residencia palaciega la constituían un conjunto de edificios extremadamente alargados de techos muy bajos cubiertos de heno verde, rodeados por un seto de pinos enanos. junto a la puerta se apostaban guardias armados con hachas descomunales que custodiaban el estandarte de Hugin, el cuervo sagrado de Odín, que siempre acompañaban al rey y su séquito allá donde aposentaba sus reales. Al llegar, una ronca fanfarria de lur, trompetas de bronce larguísimas y retorcidas, ofreció su sonora y ronca bienvenida. Cruzaron varias salas con paredes talladas y decoradas con pieles, astas de alce, calderos de bronce, tablillas esculpidas con runas sagradas y delicados blasones de aliso seco. Centenares de velones, braseros de hierro y lámparillas irradiaban una luz dorada, confiriendo al lugar un aire cálido y acogedor. Al-Gazal caminaba Con SOlemnidad por los salones abigarrados de curiosos cortesanos, tocado con ropajes de gala rematados de oro y el habitual tailasán, que cubría su cabellera sobre la que ya clareaban hebras encanecidas. Qasín y Masrur, tras él, vestían túnicas de satén, gorros con plumas de Mascate y botas rojas y portaban dos cofres con los presentes.

Al aproximarse a la sala de audiencias, el diplomático cordobés se sobresaltó de repente. La entrada al aposento, ya angosta de por sí, había sido decorada de forma harto sospechosa, con tal profusión de guirnaldas y coronas de abedul que la hacían tan sumamente baja y era inevitable inclinar la espalda para penetrar en ella, con lo que debía doblegarse forzosamente ante el rey danés. No obstante, se detuvo irritado, aguardando una explicación. Gorm movió los hombros ajeno al escollo.

—¿No pasáis, dominus? —preguntó el maior domus riendo maliciosamente.

—Por supuesto, pero a mi manera —le contestó abriendo su indulgente sonrisa, para luego dirigirse hacia sus acompañantes—: No me incliné ante el monarca de los francos, ni ante el emperador de Bizancio, y menos aún lo haré ante este bárbaro. Pero todas las cosas, como la vida misma, poseen una doble perspectiva.

Y ante el pasmo general, se sentó en el suelo, y sin descomponer la figura ni doblar el espinazo atravesó el umbral reptando y ayudándose con las manos ante el estupor del auditorio. Inmediatamente se incorporó con dignidad y, sin mostrar desconcierto, avanzó señorial entre los cortesanos, atónitos ante la teatral aparición en escena del embajador de Córdoba. Llegado ante el trono, se expuso a la escrutadora mirada del monarca inclinando levemente su cabeza. Un centenar de jarl, bajo doseles de brezo seco, venidos a la recepción desde Helsihgor, Roskilde, Ribe, Arhus,

Jelling y Fyrkat, rodeaban a su soberano sentados en rústicos bancos de madera. El rey, atusándose la barba, lo observó con mirada inquisitiva, siempre alerta y ajeno a los cuchicheos de la aristocracia. Después de lo ocurrido dudaba si aparecer severo o afable, decidiendo fingir escepticismo y saludarlo sin más.

—Sed bienvenido al país de Dane, embajador de Córdoba. Sois extremadamente sagaz, condición imprescindible para ser embajador. ¡Sentíos como en vuestra casa! —dijo Harald Klaak, un coloso turbador de miembros nervudos, rostro ilegible, larga cabellera rubia recogida tras la nuca, ojos grises y vivarachos, y una cicatriz blanquecina junto a una de sus cejas que le proporcionaba un porte temible.

—Salud y bendición, rey Harald y cuantos aquí os halláis, en mi nombre y en el de mi señor Abderramán, emir de al-Andalus. Que Dios Misericordioso os conceda dilatada gloria y grandeza —lo saludó, y tradujo Gottar, ante la satisfacción del soberano y el respiro del diplomático, que supuso que había salido airoso de la situación.

En seguida, el rey danés recompuso su tupída capa de armiño e incorporándose del sitial presentó a al-Gazal a sus consejeros y a la reina Nud, una sonriente mujer de pechos lujuriantes, caderas rotundas, piel encendida y ojos celestes, como el índigo de Egipto, de un encanto singular y sonrisa de oasis. Cubría su melena dorada con un capacete de plata anudado a la barbilla, y su esbelto cuerpo, con una túnica y manto verdes con remates de marta cibelina. Al-Gazal correspondió con una afable sonrisa. Seguidamente, tomó el pergamino de su faltriquera y se lo ofreció al rey, quien a su vez lo entregó a Gottar, que lo leyó en voz alta, traduciendo ante la curiosidad general las palabras de Abderramán. Los presentes se conmovieron con el sutil lenguaje de la cancillería andalusí, holgada en elogios hacía el rey Harald, y a la osada valentía del pueblo que hacía frente a la muerte de modo tan intrépido. «La muerte —decía el pliego— ha sido para vuestros guerreros el inicio de la dicha y el reposo, y el futuro de nuestros pueblos gozará de la quietud de la paz, asentados en su memoria.»

Un rey desconocido les tendía su mano para un futuro de amistad y colaboración ante el enemigo común, Carlos, el excéntrico rey de los francos al que tanto repudiaban Harald y sus nobles, tras años de humillaciones. Algunos murmuraban entre ellos, unos a favor del acuerdo y otros en contra. Terminada la lectura, Harald la dobló con comedimiento y la introdujo entre su pecho y un pliegue de su túnica en señal de respeto y consideración.

—La carta de tu rey es hermosa, sus argumentos razonables y me honra que un príncipe tan poderoso persiga nuestra amistad desde tierras tan opulentas como lejanas. Pero yo te pregunto, embajador, ¿cómo un rey como yo, que pretende asegurar la supervivencia de sus súbditos y sacarlos de las penurias y hambrunas, puede prohibirles que ejerzan el saqueo allí donde las riquezas sobran? Convéncenos para que los hombres libres de estas tierras no asolen las ciudades de al-Andalus, y sí en cambio surquen los ríos de Francia en busca de botín y esclavos, como tu señor nos propone —dijo, y todas las miradas confluyeron en el embajador, que buscó el gesto de apoyo de Masrur y Qasín.

Al-Gazal temió un ardid del rey y meditó su respuesta. La consideró con prudencia y, sonriendo para obtener la confianza de la audiencia, empezó a hablar con mirada reflexiva, sabiendo que se jugaba en la contestación gran parte del éxito de su legación:

—Os propondré varias razones, señor, y os contestaré sin ambigüedad. Las ciudades de la costa de

al-Andalus están fuertemente defendidas, y vuestros navegantes lo saben. Pues bien; el emir, mi señor, ha ordenado la construcción de fuertes a lo largo del río y el levantamiento de una muralla alrededor de la ciudad de Sevilla, por lo que os será altamente arriesgado intentar un nuevo ataque.

Murmullos de vacilación y extrañeza se oyeron en la sala, pero Gorm los acalló:

—Al abandonar Sevilla, Harald —intervino levantándose de su sitio—, observamos gran actividad de operarios y acopio de mortero, andamios y piedras en los arenales del río. No hay duda: construyen torreones de defensa. El emisario no nos engaña.

—El país de Dane es reducido y parco en riquezas, legado —aseguró el rey—. Una nación de lucha y tribulación, créeme. Los noruegos nos obstruyen el paso de Kattegat en el norte, y los francos ahogan el acceso hacia el sur. ¡Comprenderéis nuestras necesidades y nuestra posición, dominus!

—Tan diáfanas como vuestros mares, magnánimus rex. Sin embargo, las ciudades de Francia pueden ofrecer tanto anheláis —contestó con ojos persuasivos—. Asfixiaremos al rey Carlos y conseguiremos amargar su reinado, como ya ocurrió con el ambicioso Carlomagno. Podemos someterlo a un tenaz bloqueo marítimo, y devolverle con creces sus continuas vejaciones a vos y a mi señor Abderramán.

—¿Y cómo, legado? —inquirió el rey—. Se precisan puntos de apoyo muy poderosos para esa artimaña de bloqueo.

El andalusí se arregló los pliegues de la zihara y, conseguida la atención del rey y de sus consejeros, explicó convincente:

—Mi sultán os propone lo siguiente: él asaltará la costa de Narbona por el sur con los piratas árabes de Sicilia y Baleares, y vos con vuestros barcos, el norte y oeste de Francia. Carlos tiembla ante la posibilidad de que podáis asentáros en sus territorios, y especialmente si ocupáis la estratégica isla de Jeufosse, desde donde podréis dirigir los ataques contra las ciudades más prósperas de Francia.

Una ola de estupor corrió entre los guerreros, a los que por sus ademanes parecía agrandar la estratagema expuesta por el extranjero. Ciertamente, hacía años que intentaban instalar una fortaleza en dicha isla para, desde allí, y con las espaldas cubiertas, asolar los pródigos ríos de Francia. Pero ¿como aquellos blamens conocían ese plan? De todas formas, para concluir la fortificación y dotarla de hombres, armas y máquinas de asalto se necesitaba mucho oro, del que carecían.

—¿Qué conoce vuestro rey de ese secreto proyecto? —preguntó el rey, confundido.

—Abderramán conoce todo cuanto acontece en Oriente y Occidente, señor, y sabe de los problemas que os impiden acabar la fortaleza en esa isla del río Sena. Mi emir os ofrece magnanimamente ayuda para la conclusión de ese fortín, desde donde podéis expoliar el país, desde París a Tours, Orleans, Reims o Chartres, sin tener que navegar largas distancias. El plan merece ser meditado por vos y vuestro noble senado —sentenció.

—En la epístola, vuestro soberano nos comunica que vos nos revelaréis la naturaleza del favor con el que concluiremos el castillo de Jeufosse. ¿Acaso el emir de Córdoba nos envía ladrillos? —ironizó, levantando una carcajada general.

—¡Muy cierto! ¡Que conteste el blamen! —pidió un jarl a grandes voces.

Al-Gazal no se inmutó. Simulando indiferencia, esgrimió una mirada de reto y despegando sus labios, exclamó con sarcasmo tras señalar uno de los cofres:

—¡Ahí están los adobes, sahib! —y todas las miradas se fijaron en una arqueta de marfil, que Masrur abrió y colocó a los pies de los reyes.

De inmediato, la tarima sobre la que se asentaba el trono se alumbró como si mil candelas se hubieran encendido al mismo tiempo. Las dos mil libras de oro de Sudán, en láminas del grosor de una mano y dispuestas una sobre otra en el arcón, atrajeron la atención del auditorio; y en especial del rey Harald y el jarl Ragnar, el más decidido defensor de los asentamientos normandos en Francia. Aquella cantidad no sólo les permitiría concluir las barbacas y torreones de la inacabada fortaleza, sino dotarla de catapultas y pertrechos de guerra con los que atacar los cercanos reductos francos.

—Rey Harald —volvió a tomar la palabra el enviado andalusí, radiante ante la admiración demostrada por el auditorio—, ésta es la aportación de mi señor a un futuro de concordia.

El rey cambió el semblante, reflexionando sobre la oferta, no por sorprendente menos satisfactoria y atractiva. Miró a uno y otro lado y la gran mayoría de los jarl, que murmuraban entre sí, asintieron con la cabeza. El argumento surtía su efecto.

—Vuestro señor es tan excelente como generoso, noble al-Gazal. Mi asamblea de notables y yo adoptaremos las decisiones precisas, aunque puedo aseguraros que nos ponéis ante un incómodo dilema. Dadnos tiempo para que la respuesta sea ventajosa para ambos reinos, y gozad mientras de la recompensa de nuestra hospitalidad hasta que el deshielo os devuelva a vuestras cálidas tierras. Hacednos la merced de ser dichosos en mi reino.

—Tomaos el tiempo necesario, rey Harald, y, mientras, conoceremos vuestro pueblo y vuestros usos. Mi emír también os envía otras finezas elaboradas en las fábricas de sedas de Córdoba, alcanfor, mirra, cordobanes, y este juego de tocador para vuestra esposa —dijo, y le entregó, a una ruborizada reina, un cofrecillo de marfil y ágatas con redomas de cristal azul de perfumes de algalia, almizcle y áloe, con una inscripción que Gottar tradujo y que provocó la admiración de los concurrentes: «En el nombre de Dios, el más delicado cofrecillo para la más bella reina del país de las brumas y las aguas eternas. Hecho por el maestro Ben Zayán en Córdoba, glorifíquelo el Misericordioso».

—Bien, amigos, es llegada la hora de devolver con esplendidez estas dádivas —exclamó el rey, dando unas palmadas—. ¡Que comience el banquete!

Al instante, un tropel de criados y esclavos dispusieron unos tabloncillos delante de los bancos, convirtiendo la vasta sala de recepciones, en un abrir y cerrar de ojos, en un improvisado refectorio. Los islamitas se acomodaron junto al rey y un huraño monje cristiano, que insistía en hablar con el rey Harald sin conseguirlo. Sirvientas entradas en carnes y de largas trenzas rubias atiborraban las mesas de platos, copas y fuentes con pan dulce, migas de sémola, pescados ahumados y asados de todas las carnes conocidas, y colocaron en el centro, junto a los braseros, toneles rebosantes de cerveza de Nidaros y leche agria. En un rincón, unos músicos con panderos, zanfónías y flautas interpretaban alegres folkeviser, baladas que incitaron a los concurrentes a golpear las mesas coreando los estribillos abrazados unos a otros.

Los comensales introducían sus cuernos y jarras en los toneles y bebían sin cesar, trinchaban con los cuchillos la volatería, los kippers, arenques ahumados de Escocia, los quesos sabrosos de Eider

y los hojaldres de urogallo, en medio de una ruidosa algarabía. Al cabo de una hora, los más, con las barbas pringadas de restos de comida y cerveza, borrachos y casi sin sentido, se desplomaban sobre las mesas, manoseando a las esclavas a las que montaban ímpudicamente tras las bancadas, estorbados por los lebreles del rey.

El monje los observaba indignado con sus ojos saltones, y se lamentaba en silencio crispando los puños. Al-Gazal conocía por Gottar que el obispo de Hamburgo, Amsgarius, había bautizado al rey Harald, iniciando personalmente la evangelización junto a aquel irascible monje de cejas enmarañadas que ahora se exasperaba a su lado, al parecer sin demasiado éxito. Aquellos vikingos seguían adorando a sus dioses primitivos, y sus costumbres y credos no diferían de los de sus antepasados jutos, cimbrios o sajones.

—Os queda una ardua tarea para conducir al rebaño del Dios de Abraham a estos bárbaros —ironizó al-Gazal en un latín imperfecto, y el monje benedictino, que se revolvía como una alimaña, lo traspasó con inquisitiva y turbia mirada.

—Muy pronto conocerán la ira de Dios y los rigores del infierno. El Juicio Final se acerca, pero con mis prédicas los rescataremos de la ignorancia y del Maligno.

—Si adoráis a Dios sólo porque os asusta su cólera, sahib abad, igualmente reverenciaríais a Satanás si se presentase aquí, ahora mismo —lo desafió al-Gazal.

—¡Dios es temor, infiel! —replicó el monje, esgrimiendo sus manos sarmentosas.

—Nuestro Profeta afirma que Dios descansa apaciblemente en el corazón de los hombres. No debéis predicar terror, o tarde o temprano se volverá contra vos mismo.

—Realmente, sois un incrédulo infiel y un hereje contumaz, embajador, que no dudáis en pactar con reyes cristianos si con ello propagáis vuestra falsa fe.

—Al parecer, en vuestra alma tan sólo hay lugar para la hiel. Excusadme —y le volvió la espalda para conversar con Qasín, que debido a los efluvios de la cerveza caliente balbuceaba disparatadas palabras, embebido en el acoso de una robusta muchacha.

Aquel fanático fraile podría convertirse en un serio obstáculo para lograr sus propósitos, por lo que decidió no perderlo de vista y mantenerse cauteloso en sus manifestaciones. El festín se convertía gradualmente en una desenfundada orgía. Probó un néctar de hidromiel, y con esmerada cortesía besó la mano de una dama de la reina, a la que elogió apasionadamente, sin que ella entendiera una sola palabra. Pero aquella sonrisa fascinadora la desarmó sin remedio.

A unas semanas de lluvias torrenciales siguieron otras tormentosas de viento gélido con nieve y hielo. Un immaculado manto se extendía desde el mar hasta el horizonte, llenando de fría majestuosidad Haithabu y sus alrededores. Lucía una claridad difusa, y muchos días las brumas se espesaban tan tupidas que las mañanas se confundían con las interminables noches. Al-Gazal, Masrur y Qasín, enfundados en gruesos capotes de piel y lana y acompañados de Gorm y Gottar, visitaban al rey y a la reina Nud en sus estancias privadas, o llenaban las escasas horas de luz acudiendo al mercado, tomando baños de vapor o asistiendo a los banquetes y a los recitales de las sagas a cargo de Gottar y otros skaldes de la corte regia.

Algunos sábados, cuando el tiempo se mostraba más apacible, eran invitados por el monarca al

thing de Haithabu, la asamblea de ancianos que impartía desde una roca una peculiar justicia basada en un antiquísimo código de leyes. Sancionaban los pleitos con prudentes decisiones, e impresionó vivamente a al-Gazal su rectitud y sabiduría, y sobre todo la aceptación sin discrepancia de las sentencias.

El último sábado del mes de las nieves, en una mañana de ambiente crudo, los islamitas se vieron sorprendidos por unos sucesos ingratos. Aún aplaudían al vencedor de una carrera pedestre junto a Gorm, cuando un joven enjuto de cabellos albinos, con una desagradable nariz bulbosa y roja, salió de entre un grupo, atrayendo la atención del tribunal y de los hombres libres. Apeataba a cerveza y salmuera, y de entre la capa de piel de oso colgaban un cuerno y un hacha de doble filo. Resuelto y con el rostro encolerizado, se dirigió hacia el lugar de honor y exclamó con ademanes violentos:

—¡Pido justicia para la memoria de Torkel, Costilla de Hierro! ¡Me llamo Gurgüint, soy un baenor de Arhus y pertenezco a su estirpe! Mi gente cree firmemente que Gormm, el Cuervo, pudo salvarlo de muerte tan humillante a manos de los blámen. ¡Que Nifheim lo maldiga! —exclamó, y todas las miradas se dirigieron a Gorm y sus sorprendidos huéspedes.

Embarazosos rumores se enseñorearon del lugar, mientras todos aguardaban la contestación del jarl, que no salía de su desconcierto.

—¿Te acoges a las viejas leyes o al juicio inapelable de la holmgänga —preguntó con severidad un viejo de profundas arrugas y nivea cabeza.

A las palabras del juez siguió un torvo silencio, cortado por los chillidos de los grajos y las aves marinas. Los murmullos cesaron y los baenor clavaron sus ojos en el retador, El gélido vientecillo les cortaba el aliento, mientras un sudor frío corría por la cara de Gorm, que en modo alguno esperaba aquella extemporánea reclamación de honra, a la que, por otra parte, no podía sustraerse si deseaba seguir siendo un hombre libre y un vikingo de honor. Adelantando su voluminoso cuerpo, proclamó rotundo:

—¡Lo juro por Odín. Torkel murió como un valeroso vikingo, y no fue traicionado por nadie! Él eligió, conforme a nuestro código, permanecer en la ciudad para saquearla, y cuando regresé con mi partida, ya había muerto. Y mis palabras pueden ser probadas por doscientos hombres libres!

—¡Gorm dice la verdad! ¡Infame! —corroboraron voces airadas.

Un temblor nervioso sacudió al heroico provocador, que puso su mano temblorosa en el arma, y gritó colérico:

—¡No te creo, Gorm, ni creo a tus hombres! ¡Solicito al tribunal que repare el honor de Torkel en un duelo a muerte, y sean ellos los jueces de la demanda! —exigió furioso, sin dejar de mirar con ojos vidriosos a Gorm—. ¡Apelo a la sagrada holmgänga!

Grandes gritos, unos de conformidad y otros de discrepancia, se dejaron oír en la nivea estepa, mientras los andalusíes asistían consternados a la disputa. Si algo aciago le ocurría a su valedor, la empresa podía verse perjudicada o incluso fracasar. Aguardarían el desenlace de los acontecimientos. Mientras, el vetusto magistrado se incorporó pausadamente de la roca, provocando de inmediato un silencio abrumador y denso. Con voz apenas audible, sentenció finalmente:

—¡Sea como demandas, y que Thor nos muestre al poseedor de la verdad!

Un clamor de armas golpeando unas contra otras y un griterío atronador de decenas de gargantas

llenó el acantilado de Haithabu, provocando la huida de las gaviotas. Y sin más dilación, todos en tropel se dirigieron hacia los cobertizos de la residencia real tras los dos competidores, que marchaban al frente lanzándose miradas de odio y desafío. A Gorm parecía que la sangre se le hubiera detenido en las venas, y hasta su pelo rojizo y faz sonrosada parecían macilentos. Sus hijos lo rodearon, y todos juntos descendieron hacia el poblado entre cánticos belicosos.

—El desafío se celebrará en un recinto cerrado y será presidido por la imagen sagrada de Midgardr, la serpiente que se enfrentará a Thor llegado el crepúsculo de los dioses —les explicó Gottar—. ¡No me gusta nada este cambio de suerte! Si Gorm muere, mi vida valdrá menos que un copo de nieve. ¡Seguidme y acojámonos bajo el Altísimo!

El barracón del palacio de Harald Klaak era en realidad un inmenso establo de ganado cubierto de bosta de caballerías, sirle de ovejas, excrementos y orines, que fue evacuado inmediatamente por los sirvientes del rey. En pocos instantes se abarrotó de vociferantes baenor, quedando fuera muchos de los que acudieron desde el puerto y el mercado reclamados por el suceso más ansiado y respetado de cuantos existían en Dane. El más longevo de los miembros del senado reclamó silencio, clavando en medio del palenque un extraño varal cuya cabeza representaba a una serpiente, e instó con duras invocaciones a los adversarios a luchar con valor y limpiamente.

Los adversarios se desprendieron de sus capotes y de las tiras de cuero que anudaban sus piernas y se situaron en extremos opuestos, mientras blandían las hachas intimidatoriamente. Gorm, más experto en el manejo de la segur vikinga, doblaba en edad a su contrincante, que sudaba copiosamente. Muchos pensaban que si la pelea se dilataba, Corm vería reducidas sus posibilidades de triunfar. Experiencia y juventud, fuerza y destreza, se enfrentaban en un lance sin piedad donde únicamente la muerte de uno de ellos satisfaría a dioses y hombres.

—¡Comience el combate! —ordenó el rey, de pie como los demás—. ¡Que Thor, con su justa sentencia, se manifieste! —Y un estruendo de voces salvajes retumbó en la sala.

Ambos combatientes se contemplaron con rabia, describiendo círculos pausados y arremetiéndose fieramente en duros y fugaces ataques, hasta que Gorm fue tocado levemente y dobló la rodilla aturdido y sudoroso. Gurgüint, animado, intentó repetir con otra fortísima cuchillada, pero el jarl lo esquivó con agilidad, levantando un clamor de vítores. Pronto una convulsión de alaridos y cargas animó el singular encuentro, en una exhibición formidable y viril de estocadas y rápidos escorzos y fintas. Los asistentes los jaleaban, entonando un rítmico canto de combate, ronco como un tambor de batalla.

El choque de las armas resonaba en la abigarrada estancia como el martillo en un yunque. Poco a poco, la vehemencia del desafío se acrecentó y Gorm atinó con unos mandobles precisos en el escudo de Gurgüint, que se partió en dos; el agraviado recuperó el terreno perdido con un temible hachazo que despojó al rival de la rodela. Pleno de furia, el joven soltaba golpes a diestro y siniestro, trabándose con el jarl, que se defendía agobiado. Una de las estocadas le hirió en el hombro, brotando al punto un chorro de sangre que enfureció aún mas a su oponente y arrancó atroces gritos de entre el público. Qasín y al-Gazal se miraron con preocupación conjeturando que en pocos momentos Podían quedarse sin su favorecedor en la corte danesa. Masrur lo miró con preocupación, e indicó inquieto:

—Temo por la vida de Gorm. Apenas puede sostener ya su arma.

—Su brazo es su honor, hijo —replicó al-Gazal—, y le proporcionará el ánimo necesario.

El sordo crujido de las armas creció y los juramentos y jaleos de los asistentes aumentaron en una algarabía contagiosa y anhelante de sangre. Conforme se sucedían las embestidas, descubrieron a un Gorm fatigado pero tenaz, que difícilmente atacaba ante el frescor del retador, que lo atosigaba sin descanso hasta finalmente tumbarlo en uno de los rincones. Entonces, la enardecida turba se sumió en un mutismo casi sepulcral que amplificó la entrecortada respiración de los rivales. El joven, profiriendo un grito de victoria, se echó hacia atrás, alzó su hacha, y, sin compasión, se dispuso a asestar el golpe mortal. Una ahogada exclamación de angustia sonó en la cuadra.

Pero súbita y sorprendentemente, Gorm, sacando fuerzas de su propio desaliento, rodó sobre sí mismo hasta colocarse justo bajo las piernas de Gurgüint, que abrió los ojos con terror. Con maestría y arrojo, eljarl le hendió limpiamente el hacha en los testículos, esparciendo las tripas y un líquido blancuzco y sanguinolento por la arena del recinto. Gurgüint, con los ojos en blanco, cayó hacia atrás como un fardo. Y, tras unos instantes de desconcierto, un rugido atronante selló la victoria de Gorm.

Al-Gazal y sus amigos respiraron con alivio, juntando sus manos en señal de júbilo, mientras se dirigían a abrazarlo.

—¡Thor ha hablado salvaguardando la reputación de Gorm de Haedum! —exclamó el rey Harald—. ¡Celebrémoslo hasta que nadie quede en pie!

Un grito único convocando al festín corrió por toda la ciudad, lo que provocó el cierre de talleres, tenderetes y todo lo que olía a trabajo. La ciudad se entregó al más colosal y festivo desenfreno contemplado nunca por el embajador de Córdoba.

Durante todo el día, en el palacio, en las tabernas de la ciudad, en las calles y cobijos, se celebró la sagrada resolución del juicio de Thor. Los dioses habían hablado. ¿Acaso se necesitaba otro motivo para demostrar el desenfreno de que eran capaces? Gorm regaló a uno de los hermanos del fallecido una bolsa con jade noruego y treinta monedas de plata, y tras abrazarlos apesadumbrado, recibió la indulgencia de la familia. Corrió a raudales el rancio vino del Rhin y la cerveza de Kobenham, y se sacrificaron a los dioses decenas de terneras y cerdos por cuenta de Gorm, que fue paseado triunfante por las callejas de Haithabu con su enorme humanidad empapada en hidromiel. Al-Gazal, tras los vidrios de la mansión de Gorm, a la caída de la tarde vio a decenas de hombres ebrios y vacilantes tenderse al amparo de los techados, copulando sin el menor pudor a la vista de todos. Grupos de danzantes, en cómplice promiscuidad, invocaban la bravura de Gorm, el Cuervo, atrayendo la atención de las mujeres bañadas en cerveza y licor, que se ofrecían con los vestidos remangados y abriendo sus entrepiernas a los desconocidos.

Al anoecer, cuando la niebla se espesaba acarreando aires de tormenta, una disoluta bacanal se extendía por las calles de Haithabu, iluminadas débilmente por teas y fanales de aceite de ballena. «Estos hombres son unos vitalistas obstinados, que se beben su existencia de un solo trago», se dijo el viajero de los dos Orientes. Luego advirtió desde su observatorio al monje benedictino, con un tosco crucifijo en la mano, deambulando como un grajo solitario por entre los grupos de amantes y embriagados bacantes antes de desaparecer por entre las cuadras. Sin embargo, al poco, un jinete besaba su mano y desaparecía al trote tragado por las sombras. El andalusí se irguió pensativo: «¡Demonio de fraile! ¿Qué maquinará ahora?».

El gélido viento mordía con fiereza, y los copos de nieve brillaban como luciérnagas cerca de las

antorchas. Pronto se borrarían las huellas de aquella frenética jornada, mientras los humos grises escapaban de los hogares. En la lejanía, se oyó el aterrador aullido de una manada de lobos hambrientos.

Un jueves, día de mercado en Haithabu, tres semanas después del duelo, al-Gazal, embozado en un tabardo de marta, no pudo sustraerse al fascinante bullicio. Deambuló por el barro desde primeras horas del día en compañía de Masrur, Qasín y Gottar, el Negro, seguido de un grupo demozalbetes que se asían a sus borlas de seda. El invierno parecía ir despojándose débilmente de su lienzo de nieves, y la luz transformaba el gris ceniciento del cielo en una opalina luminosidad. Con un frío que parecía quebrantarles los huesos, abandonaron la casa del jarl para unirse al gentío. Disfrutaban con los olores nuevos de los salazones, ahumados y pieles curtidas, con el paladeo de la dulce hidromiel, con los chiquillos de ojos azules tirando de la manga de la zihara, y con la extraña confusión de ininteligibles lenguas.

Al descollar el alba, se habían alzado los portones de hierro, y por los túneles, una riada de carros, arrieros, cambistas, saltimbanquis, barberos y compradores, llegados incluso de Birka, en Suecia, se hacían con la vida de la gran ciudad de madera. En los tenderetes se exponían las más raras mercancías llegadas de los puertos del norte, siendo las pieles, los esclavos de origen eslavo, el jade noruego, los cristales de Renania, los paños de Frisia, el ámbar y las tallas de dientes de morsa y reno los géneros más pregonados.

Masrur se detenía absorto ante los bancos de los barberos y sacamuelas, donde, con una pericia encomiable, colocaban dientes y muelas de basalto a los desdentados o efectuaban sangrías, mientras aprovechaban para pregonar las excelencias de sus mágicos jarabes, que cobraban en especies o con diminutos lingotes de plata. Qasín había aprovechado la estancia en Haithabu para comerciar con mercaderes de Novgorod, Vendel, Dorestad y Nidaros, con los que había llegado a un principio de acuerdo, y saturado su bodega de pieles, marfiles de morsa, jade y cristales que pagaba espléndidamente con áureos y dinares de la ceca de Córdoba.

Masrur regateó aquella mañana con unos comerciantes de Jelling a los que sacó, por un dirham de oro, una soberbia colección de figurillas antropomórficas en cristal azul dispuestas sobre un tablero de marfil, para recrearse en pasatiempos de estrategia. La gente y los vendedores circulaban con una tranquilidad desacostumbrada, pues aquel día reinaba desde el amanecer hasta la puesta del sol la implacable «ley del mercado», dictada por el propio rey Harald. Unos instantes antes, los andalusíes habían presenciado cómo un oficial, para escarmiento de la grey, había condenado a recibir veinte latigazos a un calderero de Daneweklo por robar a una mujer y después lo había colgado en un poste, hasta el ocaso. Cercano el mediodía, una ventisca glacial barrió la ciudad, y al-Gazal los animó a guarecerse en la taberna de Biórn, el Gordo, y beber cerveza caliente de Roskilde.

—Sentémonos al rescoldo del fuego. Llevo horas tras un zorro y se acerca inexorable a la trampa—dijo, y sus acompañantes lo miraron sin saber a qué se refería.

Al calor de un brasero de ascuas centelleantes y con la reconfortante quemazón de la bebida caliente, conversaron largamente sobre la decisión del consejo sobre la oferta de Abderramán, hasta que pasada una hora al-Gazal, atento al ir y venir de la multitud, llamó la atención de sus acompañantes señalando un establo contiguo al mesón.

—¿Veís al fraile que merodea por la casa del rey? Fijaos en cómo se mueve con gran reserva y

mira a uno y otro lado con desconfianza.

—Sí, efectivamente. Es fray Nitard, un buitre, amigos —les informó el skalde tunecino—. Cada día posee más ascendiente en la corte, y Harald le profesa más miedo que respeto. Es un enviado del arzobispo de Hamburgo, protector del rey ante el Papa y la cristiandad. Mi amo Gorm lo detesta, pues soporta desde hace años sus desconsideradas vejaciones. Es un hombre irascible, y en más de una ocasión lo han sorprendido provocando violencia con algunos mozalbetes. Pienso que hasta ha llegado a inducirlos al «pecado nefando». Además, es un contumaz defensor del rechazo a la propuesta de vuestro emir y aboga por que os despidan sin más contemplaciones.

—Pues anda con mucho secreto con ese trajinante de mulas —aconsejó al-Gazal.

—¿Quién? —preguntó el tunecino—. Ah, sí. Lo conozco hace años. Es un sajón, de Holstein. ¡Aguardad!

El poeta se enfundó en la capa de pelo de zorro y salió a la calle, confundiéndose entre un grupo de transeúntes y desapareciendo después tras las empalizadas del cobertizo señalado por al-Gazal. Al rato regresó expulsando vaho por la boca y frotándose las manos. Con un gesto de turbación en sus facciones, se sentó en el banco y sorbió un trago de cerveza ante la mirada expectante de los andalusíes.

—No sé, existe algo extraño en la relación de esos dos. El arriero asentía servilmente y besaba la mano del monje con reverencia. Parecía estarle agradecido.

—Cuando ese clérigo se relaciona con su obispo, ¿tiene conocimiento el rey?

—Lo desconozco, al-Gazal, pero sí puedo asegurarte que en esta corte no parte un correo si éste no lleva el lacre del rey o cuenta con su venia —respondió nervioso.

—No es la primera vez que lo he sorprendido conversando con ese yegüero en lugares reservados. Ese monje intercambia correspondencia confidencial con su arzobispo utilizando los servicios del carretero. Tan cierto como que estamos aquí sentados. Comunícaselo a tu amo, y él lo sopesara oportunamente. Es el principal consejero del rey, y en este asunto existen evidencias de que oculta algo sospechoso. Si el mensaje contuviera sólo propósitos religiosos, no se ocultaría de ese modo.

Gottar pareció regocijarse inmensamente con la revelación. Desde hacía mucho tiempo, su amo buscaba una excusa para apartar de la corte a aquel clérigo enredador, y aquella circunstancia, de ser cierta, poseía un valor inestimable. Dejó como pago unos trozos de cobre en la mesa, y se incorporó como impelido por un resorte, tras apurar de un trago la escudilla.

—Os dejo; nos veremos en la cena. ¡He de ver a Gorm inmediatamente!

Cuando los legados de Córdoba salían de la taberna ante la admiración curiosa de los parroquianos, al-Gazal confirmó a sus compatriotas:

—Jugaremos con las mismas armas que ese fraile, o nuestra legación se irá al traste sin conseguir los frutos previstos. Sé que insta al rey para que nos devuelva el óbolo para reconstruir la fortaleza. No lo he perdido de vista ni un instante desde que llegamos, y sé que se cartea con alguien por conducto del tratante sajón. También conozco por la reina que ese fanático insiste ante el rey para que nos expulse con el primer deshielo, e incluso que se nos corte el gaznate.

—Pero ¿y si únicamente se trata de una falsa presunción? —intervino Qasín—. Entonces la

situación no puede sino empeorar...

—Hemos de arriesgarnos. Mas no seremos nosotros quienes lo denunciemos, pues sería una grave intromisión; sino Gorm, ejerciendo como consejero real. No corremos riesgos, pero desbarataremos su doble juego. Ese acemilero es analfabeto y no creo que entregue mensajes de palabra. Debe de portar un documento en la bolsa o entre sus ropas, y, si Gorm es listo, encontrará la respuesta y el pretexto que tanto deseaba. Ambos necesitamos desembarazarnos de un consejero incómodo.

—Talentosa maquinación, Yahía —observó el navarca, riendo.

Un ojeo rápido de al-Gazal le hizo descubrir la perplejidad en que habían quedado Masrur y Qasín. Los tomó del brazo y los animó jovial:

—Busquemos el fuego del hogar de nuestro anfitrión. Mañana hemos de acudir a la cacería con el rey, y nuestra situación se tornará más diáfana. Creedme, ese fraile ha resultado exageradamente necio y previsible.

Amaneció el día crudo pero sin viento, y jirones de niebla envolvían Haithabu, el puerto y los bosques difusos de los alrededores. Los andalusíes, abrigados hasta los ojos, seguían a Gorm y a sus criados al encuentro del rey Harald. Confluyeron en la plaza, en medio de una algarabía ensordecedora de gritos, cascos de las caballerías y ladridos de decenas de perros atados en traillas. Harald apareció imponente, abrigado con un manto de piel de oso, con un venablo en su mano derecha y un halcón en la izquierda, rodeado de sabuesos y podencos. Tras saludar a los nobles por sus nombres e inclinar la cabeza en dirección al embajador, montó un peludo bridón frigio y dio la orden de partida a los perreros y monteros.

Antes de la hora prima debían hallarse en las cercanías del muro de Dannevirke, por lo que hizo sonar un destemplado cuerno de caza, y hombres y bestias se lanzaron al trote, desapareciendo con estruendo por uno de los portones de hierro. Una inmensa llanura helada con una línea de abetos de color azafranado y zarzales blanquecinos en el horizonte se abría ante el tropel de abrigados cazadores.

Aunque en aquellas latitudes era costumbre cazar osos, lobos, alces, rebecos y jabalíes con lanza, galgos y perros lanudos, también usaban halcones, aunque no con la maestría alcanzada en al-Andalus. En las largas tardes de estancia en el palacio, al-Gazal había entusiasmado al rey, cazador empedernido y entusiasta de la cetrería, contándole las técnicas más empleadas en el sur con halcones y azores baharíes y neblíes. El alquimista había enseñado a Harald a bañar a sus halcones con oropimente, un mejunje compuesto con arsénico y azufre que acabó con los parásitos que atosigaban a sus aves rapaces, curando ante sus ojos a su azor predilecto del mal del moquillo. Al-Gazal le administró con paciencia saúco, ajenjo amargo y almáciga calientes, ante el entusiasmo del monarca, que recuperó para la caza a sus matadores predilectos. A instancia suya, las sirvientas confeccionaron capirotos y pihuelas de fieltro para proteger del frío la cabeza y las patas de las aves cazadoras, y le mostró los reflejos que habían de adquirir para el vuelo rasante y el ataque mortal. Harald no sabía cómo agradecer a aquel singular embajador consejos tan apreciados sobre sus halcones.

Pasaron la mañana entre rastreos, galopadas, emboscadas de osos y paciente espera, entre praderas y charcas cubiertas de placas heladas. Al-Gazal aprendió en aquella jornada un nuevo sistema de

caza gracias a Gorm. Empleaban ahumadas, anuncios de presas efectuados por los rastreadores con señales de humo que alertaban de la presencia de jabalíes, osos y gamos, que luego eran perseguidos por las jaurías de alanos y masacrados a lanzazos entre los zarzales. Al mediodía sonaron las trompas de caza y los batidores se reunieron para beber y comer ante el carro real tras amontonar las piezas cobradas alrededor de una inmensa hoguera.

El rey, sudoroso y ensangrentado, acompañado de su partida, se lavó las manos y se introdujo en el carromato regio para aliviar su ardor varonil con unas concubinas que siempre lo acompañaban allá donde iba. Apareció al cabo con un aspecto radiante, invitándoles con su vozarrón de trueno a sentarse sobre las Pieles tendidas por los sirvientes y a degustar los barriles de cerveza de Nidaros, donde todos introdujeron sus Propios cuernos.

—¡Convirtamos este almuerzo en una auténtica walhalla, y comamos como el padre Odín rodeado de sus más temerarios guerreros. —gritó, y todos lo aclamaron.

A mitad del refrigerio, llamó junto a sí a al-Gazal y a Gottar, el Negro, y cuando tuvo a su lado al embajador, le golpeó el hombro amistosamente moviendo su cabellera rubia, mientras devoraba una costilla de jabalí. Luego entresacó del cinturón un trozo de pergamino enrollado, que entregó al andalusí, animándolo a que lo leyera:

—Sabes latín, verdad, embajador?

—Lo suficiente para traducir un texto sencillo.

—Léelo, y te proporcionarás a tí mismo una grata satisfacción.

El legado lo acercó a la luz de la hoguera, abrió el abarquillado pergamino y lo deletreó para sí. Se trataba de un mensaje escrito en letra sajona con rápidos y zigzagueantes trazos rojos y negros. y no necesitó para su interpretación sino leer exclusivamente diez o doce reveladoras palabras:

Iesus Dominus Noster. Sub divina clementia. Rectio:

Serenissimus Episcopus Ansgarius... Legatus Cordubae... insula Jeufosse... Rex francorum Carolus... in mense Junii... Frater Nitardus, ordinis Sancti Benedicti, scripsi.

Facta cartula in...

Jesús Nuestro Señor. Bajo su divina clemencia, Dirección:

Serenísimo Arzobispo Ansgario... El embajador de Córdoba... la isla de jeufosse... el rey Carlos de Francia... el mes de junio... Fray Nitard, de la orden benedictina lo escribió.

Escrita la misiva en...

El diplomático, con ademán sigiloso de triunfo, plegó la vitela y se la tendió con cortesía al rey danés, mientras un rasgo de satisfacción afloraba en sus facciones. Aquel zafio monje de rostro cetrino informaba a su arzobispo de los movimientos de la flota danesa y del ofrecimiento de Abderramán para reiniciar los trabajos de la fortaleza sobre el Sena, un grano tremendamente molesto en el trasero del demonizado y vengativo rey de Francia.

—¿Y qué decisión adoptaréis, señor, sabedor de la traición de ese fraile?

—No puedo colgarlo, evidentemente, pues representa el poder de la Iglesia romana, y si pretendo ser alguien en el concierto de los reinos de la cristiandad, eso supondría una irresponsable temeridad.

—Pero resulta ser un espía encubierto del rey Carlos de Francia, sire.

—No, embajador. Él exclusivamente sirve a su obispo. La santa Iglesia retiene para su beneficio toda la información que le llega de las cortes de Europa, Y Posteriormente la emplea para su propia gloria y beneficio, como y cuando lo precisa. Sois extranjeros y desconocéis este singular juego. El Papa y los obispos aspiran a unir a los príncipes de Occidente en un solo rebaño, convenientemente dirigidos por su báculo paternal, y si Roma necesitara en algún momento presionarnos por un interés especial, esgrimiría esa información tan confidencial. Unen y desunen a los reyes cristianos, juegan con sus coronas según su santa conveniencia, amigo mío.

—Comprendo, señor. Nada podéis hacer entonces —se resignó.

—Sí puedo, y ya está en marcha mi plan. Como no es conveniente mantener a esa rata entre mis piernas, fray Nitard partirá a un viaje singular. Hace tiempo me insistió en evangelizar la isla de Sjaelland y los poblados de Helsingor, Roskilde, Kronbor, así como la isla de Mön. Siempre se lo negué, pues en esas islas persiguen con rudeza a los cristianos. Pero, tras registrar al sajón y hallar la reveladora carta, he cambiado de parecer. De modo que esta misma tarde embarca para Fionia, desconocedor de haber sido descubierto y agradecido al mismo tiempo por mi real permiso. Permanecerá fuera de las cortes de Haithabu y Jelling hasta el verano, cuando nuestra expedición haya partido para Francia..., o bien se convertirá en un mártir de la santa Iglesia. En cualquier caso, y hasta entonces, hablará poco de nuestros planes sobre la fortaleza de Jeufosse. Eso te lo garantizo — y una amplia carcajada tronó desde su boca.

—Nos quitáis un gravoso peso de encima, sire —respiró al-Gazal.

—Te agradezco tu desinteresado desvelo por informarme de la existencia de un delator, por otra parte hace tiempo presentida. ¡Y ahora brindemos por un pacto venturoso! —y todos levantaron sus cuernos y cuencos y reanudaron el festín, en el que el monarca estuvo especialmente amistoso y locuaz con los andalusíes.

A la hora nona las crestas de los abetos comenzaban a enrojecer, cuando avistaron Haithabu. Al llegar a la mansión de Gorm, al-Gazal avistó al monje, con sus largos y grotescos miembros, cabalgando a horcajadas sobre un asnillo inclinado por el peso de una voluminosa bolsa. Experimentó una grata sensación de alivio.

Al adentrarse por uno de los corredores, una esclava le entregó reservadamente un trozo de lino (modo de comunicación personal en aquellas tierras), que el agarero introdujo en su faltriquera sin ni siquiera leerlo. Penetró en el interior de su habitación, extendió su esterilla y oró unos instantes hacia el levante solar. Se despojó de las ropas, tiesas y frías, y se deslizó con placer en un baño de agua ardiendo cubierta de hojas secas de agálico, frente a una chimenea donde crepitaban varios troncos. Degustó sosegadamente un cuenco de sopa de foca y sémola y una escudilla con vino y pan dulce. Después deslió el trozo de tela, y dentro de él descubrió un mensaje cuya naturaleza ya presumía. Dos hojas rojas de arándano cosidas con un hilo dorado, enviadas como otras tantas veces por la insistente reina Nud.

Meditó sobre la grata obstinación de la reina en verlo, y ensimismado, contempló la alucinante danza de las llamas. Todos los cabos de su cometido se hallaban adecuadamente atados. Sonrió con levedad y una perversa delectación lo adormeció en la tibieza de la tina.

CAPÍTULO XIX. El Cuerno de Oro.

El fin del invierno atrajo las finas celliscas, que arremolinaron las escarchas y hielos, descubriendo retazos de un mar verdoso y limpio. El tímido sol ya no regateaba su tibieza, y los cielos encapotados y plomizos se resquebrajaron, dando paso a horizontes granas y rosados. Sentían nostalgia de la calidez de Córdoba, y entre tiritonas y añoranzas, vivían sus últimas semanas en el país de Dane.

Al-Gazal no desaprovechaba la ocasión para profundizar en el conocimiento de las costumbres de aquel pueblo, que luego participaría a Abderramán. Le agradaba mezclarse con aquellas acogedoras familias, deteniéndose ante los hogares de las casas, donde las mujeres vikingas daban de mamar a sus crías con sus rollizos pechos mientras hilaban o molían trigo. Notó que jamás se separaban de sus útiles de coser y tejer, envolvían los alimentos en hojas de abedul para cocinarlos entre las cenizas, o enterrarlos en hoyos cubiertos de hielo y nieve, para extraerlos según la necesidad congelados como témpanos. Cada familia se bastaba a sí misma, y aquellos hombres lo mismo se convertían en ganaderos, agricultores, orfebres o herreros, para luego, en primavera, transformarse en temibles vikingar, «los que luchan en el mar».

Acudía también a la residencia real enfundado en su misha de lana y departía con el rey Harald, Su esposa Nud y los cortesanos, hasta finalmente prescindir de Gottar en sus pláticas. La reina y las concubinas del monarca, que cosían o bordaban machaconamente hora tras hora, se embelesaban boquiabiertas con los relatos deslumbrantes de sus viajes y la descripción de las opulentas cortes de Bizancio, Córdoba o El Caíro. Aprovechaba la oportunidad de las interminables tardes para asombrarlos con los ensalmos, elixires y alquimias que ellos creían nigromancia, hasta maravillarlos una mañana al comparecer en las dependencias reales con los cabellos negros como la noche, cuando todos lo conocían con abundantes canas y sienas plateadas.

—Tan sólo se trata de un minúsculo trozo de malaquita hervida y ungüentos de almizcle y añil. Ésa y no otra es la transformación que estos candorosos amigos creen milagrosa —le relataba a un Gottar tan perplejo como los cortesanos.

Tampoco olvidarían que, una tarde de pertinaz llovizna, caldeó con una llama azulada cobre y aceite castóreo, resultando un líquido ácido que libró del óxido y la herrumbre la armadura de combate del rey Harald ante el asombro de sus guerreros y familiares. Gottar, su inseparable acompañante, alimentó la fama, pregonando su erudición de sabio y astrónomo y consiguiendo que todos en Haithabu lo temieran.

Por su parte, la esposa del rey lo idolatraba, hasta el punto de permitir al andalusí instalarse en su corazón como un vendaval. Se manifestaba ardorosa y atrevida, y no ocultaba su inclinación pasional por al-Gazal. Cuando el islamita comparecía en la residencia ataviado con las ziharas de seda amarfilada, el andar distinguido y aquella sonrisa turbadora, la sangre corría desbocada por sus venas. Él la admiraba por su temperamento decidido, y le gustaba contemplar sus cabellos del color del trigo maduro recogidos en ricas pasamanerías, y posar su mirada en sus ojos melosos. Conocía por experiencia que algunas mujeres cuanto más contrariadas en el amor, más aventuradas se revuelven, confundiendo a veces los sentimientos de sus galanes.

Al-Gazal, aunque percibía las insólitas prerrogativas de las mujeres danesas, libres para casarse, galantear y separarse a su antojo, mostraba una discreta distancia ante Nud a fin de salvaguardar su reputación y el éxito de la misión diplomática. La contentaba con frías excusas mal bosquejadas, torpes pretextos y evasivas, con objeto de apartarla de sí sin enojarla. No obstante, algunos escauceos amorosos con otras damas de la corte habían llegado a los oídos de la reina, que no le perdonaba el desaire, por lo que el diplomático, a instancias de Masrur y Qasín, dejó de frecuentar la corte para evitar así una complicación pasional de imprevisibles consecuencias.

Pero, ante la insistencia de los ardorosos mensajes, una mañana plúmbea y templada cruzó la explanada y se decidió al fin a visitarla, aunque dudaba de obtener una acogida calurosa. La halló sentada en un dosel aterciopelado y ataviada con un vestido azul con bandas amarillas, con el pelo tocado con pequeñísimas trenzas y fibulas de oro que realzaban su piel rosácea y encendidas mejillas. Colgaba de su cinturón un manojito de llaves, como en todas las matronas danesas, y movía con agilidad el punzante huso de una rueca.

—¿Has venido al fin a probarme, embajador? Creí firmemente en tu olvido —le reprochó indulgente—. ¿Acaso mis damas son más codiciables y hermosas que yo?

Al diplomático le faltaron las palabras, pero reaccionó con ternura:

—Tu nombre, mi reina, siempre se ha recostado generoso en mi corazón —le aseguró al-Gazal besándole la mano, con un guiño burlón—. Pero la consideración hacia el rey Harald me separa de tu compañía.

—Me confundes cuando has rehusado verme durante semanas —fingió disgusto.

—Las mujeres de este reino sois de natural impulsivo. Le debes fidelidad y devoción a tu esposo, y yo, un embajador extranjero, he de cuidarme de no enojar a mi anfitrión y mucho menos de calentar sus sábanas —se defendió, con el solo impulso de gozar de sus ojos salvajes.

—Mi madre me enseñó que un hombre celoso es una bestia furiosa con alma de troll. En Dane no conocemos ese enojoso sentimiento, y somos las hembras quienes elegimos y repudiamos a nuestros maridos cuando nos place. Deja a mi señor rey con sus concubinas, y nárrame cómo son las mujeres de tu país.

—En Córdoba, las esposas son como almendras recogidas en la segura cáscara del gineceo, y siempre prestas a destilar para su esposo su dulce ambrosía.

—Tus revelaciones atormentan mi corazón, al-Gazal —declaró seductora—. Sentémonos aquí, aún quedan muchas horas hasta el ocaso. Harald está de caza en los pantanos con su jauría y halcones, y no nos incomodará en todo el día; y aunque nos sorprendiera juntos en mi lecho, nada nos reprocharía, pues respeta mis antojos.

Conversaron largo tiempo, bebiendo hidromiel con pastelillos de mujol, arándanos y salmón, hasta que un violento aguacero los sacó de su arrobamiento. Nud iluminó su rostro de pícara complicidad y le aseguró entre acogedora y pasional:

—Ven, contemplemos la tormenta desde mi aposento. Desde allí divisarás el fiordo y el arco iris reflejado en sus aguas, y te fascinará su belleza.

La reina tiró de él, conduciéndolo a una deliciosa cámara que parecía fabricada para el sosiego, con su lecho adoselado, que olía a pan de trigo y heno perfumado. Él no se resistió, y con delicadeza

la despojó poco a poco de sus vestidos, dejando su opulenta figura al desnudo. Sus formas destacaban rotundas, rosadas como un amanecer y semejantes a las diosas del paraíso vikingo, tantas veces idealizado por Gottar. ¿Llegaba al culmen de la fascinación de Teodora, la augustai? ¿Su atractivo velaba acaso la seductora belleza de Sanae, o la de su esposa? Mientras la contemplaba arrobado veía en ella a una hembra voraz y selvática que pedía exclusivamente un amor tumultuoso. Un profundo suspiro salió de los labios de Nud, que pronto exploró enfebrecida y con avidez todos los recovecos del cuerpo del andalusí, quien tomó su cara en sus manos, tendiéndola en el tálamo, mientras derramaba por su espalda una redoma de perfume de sándalo que se deslizaba como un arroyo sobre su piel. Nud se sentó a horcajadas sobre sus caderas, balanceándose voluptuosamente en lascivo contoneo, mientras el islamita besaba sus turgentes pechos sonrosados.

La reina acarició luego con las puntas de los dedos su piel, los muslos llenos y el terso sexo, y se movió con voluptuosidad probando lentamente entre jadeos los caminos del deleite. Lamió al-Gazal sus pezones túrgidos, mientras ascendían y descendían al ritmo entrecortado de su respiración. Se juntaron, se enroscaron como serpientes y se fundieron voluptuosamente, vagando entre los deleites de un éxtasis irresistible. Después, cada abrazo se convirtió en un huracán de fogosidad y los halagos se sucedieron sin interrupción, hasta alcanzar entre convulsos jadeos el arrebató más febril. Impetuosamente, los dos amantes devoraron el grato almíbar del amor, hasta que el arrebató los inundó con sus mutuos efluvios y quedaron exhaustos sobre el lienzo de las calientes sábanas.

Fuera llovía y las ramas de un olmo golpeaban los cristales de la estancia, donde crepitaban las brasas de una lumbre. Ninguno de los dos había perseguido el amor, y era tan sólo la avidez por experimentar nuevas sensaciones lo que los había conducido a unos momentos de incomparable pasión. Nud, acurrucada a su lado, acarició el mentón de al-Gazal y le confió con los párpados cerrados:

—Nos hemos entregado con el vigor de dos mozos. Tu fogosa virilidad me ha consumido de felicidad —y cubrió su espléndida desnudez con un mantón de armiño, mientras espolvoreaba resina y hierbas aromáticas en la escalfeta.

—Pues aún me restan placeres rezagados, mi reina —dijo, y callaron largo rato, para entregarse de nuevo a un intercambio de arrumacos.

El andalusí la poseyó nuevamente, mientras la mujer gemía dulcemente, entrelazada a la piel morena del sureño. Sus mórbidas carnes y sus pechos dúctiles se volvían dorados con la luz del hogar, abismándose al-Gazal en sus honduras y en su valle venusino. Finalmente, sudorosos, abandonaron el lecho, se vistieron y regresaron a la sala contigua. Nud, con la mirada perdida y tras suspirar profundamente, le susurró con ternura:

—Gorm informó al rey de que tras el próximo plenilunio regresáis al sur.

—Así es, Nud. Siento nostalgia de mis hijas y de mi esposa, de los amigos, de mi príncipe y del aire lozano de Córdoba. El deshielo está próximo, y el rey, tu esposo, y su consejo ya han tomado una decisión sobre la oferta de mi emir; de modo que ya nada me retiene aquí.

—Yo, como todas las esposas, guardo los secretos de mi marido, y puedo garantizarte que, desaparecido ese fraile chismoso, la mayoría de los jarl aprobarán la conclusión de la fortaleza gracias a los espléndidos donativos de tu señor.

—La eliminación del monje cristiano no pudo ser más providencial. Reconozco que tus

informaciones fueron oportunas para atraparle en su falsedad.

—Una reina debe velar por los intereses de la Corona. Ese fanático cruel y sodomíta me tachó de hechicera delante de la corte por presidir los rituales lunares en el santuario del Cuerno de Oro. Ceremonias antiquísimas y sagradas para los daneses.

—Recibió su merecido, y ya no nos perturbará más.

—Entonces, Yahía, ésta puede ser la última oportunidad de conversar en soledad y gozar de tu festiva compañía. —Dibujó una pincelada amarga en su mirada—. Dentro de dos días regresaré a Jelling, y con el plenilunio asistiré como gode a los ritos del sol y de la diosa Freia, protectora de la fertilidad, que se celebrarán en su santuario, cerca de Gallehus, el poblado de mis padres y de mi tribu.

—¿Adoráis al sol, Nud? —preguntó con frivolidad mientras la arrullaba.

—No exactamente —alegó suavemente, tras juzgar con reserva la consulta—. En el templo se venera desde hace muchas generaciones al verraco sagrado, que porta en sus lomos al sol, un antiquísimo anillo de oro que perteneció a los antepasados jutos de Harald, traído como botín de una expedición militar a Roma hace más de tres siglos. Aseguran que está tocado por el aliento de su poderoso Dios. Pero ningún hombre que no sea sacerdote lo puede contemplar con sus ojos, pues es un rito rigurosamente femenino, y la intromisión masculina se paga con la emasculación de los genitales y la muerte por despeñamiento.

—Eficaz método de persuasión, mi reina. Disuade al más osado.

Aquella desconcertante confianza, que escuchaba por segunda vez, lo intrigó, y vagas elucubraciones se sucedieron por su mente, vadeando lo ilusorio e improbable.

—¿Una representación del astro sol?... —Un súbito centelleo surgió en sus ojos.

—Parece como si hubiera pronunciado el nombre de Satanás. ¿Acaso conocías su existencia? —preguntó mientras acariciaba sus cuidadas manos.

—No, mi amada Nud. Pero desde que puse mis pies en estas tierras, muchos me han hablado con temor del inaccesible santuario del Sol. También he de confesarte que me tengo por un obstinado buscador de Dios y sus misterios. Hace tiempo perseguí un tesoro semejante, y para ello hube de navegar hasta el otro lado del mundo, fascinado por un hechizo que quebró para siempre mis esperanzas.

Y Nud, como hundiéndose en sus secretos y recuerdos, le explicó:

—En ese talismán aparecen grabados raros signos, pero yo no puedo ayudarte a interpretarlos, pues me está vedado revelar nada de ese templo y de sus celebraciones..., aunque tal vez el skalde Gottar, tu amigo, sí pueda remediarlo, pues es experto en tradiciones y sagas. También Gorm puede serte útil, pues es un gode y posee las máscaras sagradas del dios —continuó reflexiva.

Al-Gazal se sumió en un dilatado sopor, avivándose paulatinamente en su interior una certeza dormida durante años. Una postrera certidumbre, que yacía en su alma, se recuperaba con irreconocibles bríos, regresando al vórtice de su existencia. Aquella revelación lo desconcertó y le hizo olvidar cuanto lo rodeaba.

Tras el mediodía, al-Gazal estrechó contra su Pecho a la reina, bañada en lágrimas, a quien regaló

uno de sus anillos de ágatas, que él mismo introdujo en su dedo nervioso tras besar su frente con ternura. Después, cabizbajo, abandonó la morada real. Mientras caminaba enfundado en una capa de vellón, no podía pensar en otra cosa que en el enigmático tabernáculo del dios pagano solar referido por Nud. Parecía como si su pertinaz búsqueda del Trono de Dios, ya relegada al olvido, brotara de nuevo en su interior con pujanza inusitada. «No puede ser. Cómo puede hallarse en este lugar perdido del mundo, bárbaro y salvaje, un tesoro del conocimiento de tal magnitud?», se preguntaba escéptico. Pero la leyenda corría de boca en boca entre aquellas gentes y no podía ignorarla, aun pareciendo descabellada. «Hablaré con Gottar y Gorm, y aunque sea lo último que emprenda, visitaré ese misterioso templo. Debo comprobar cualquier posibilidad, por extraña que pueda parecer, y ésta lo es en toda su crudeza. No es sino un capítulo más de la impenetrable lógica de la Providencia.»

Aspiró la brisa profundamente y le trajo el mismo aroma selvático de la piel de Nud. A lo lejos, las aguas del fiordo se ocultaban tras un velo de densa niebla, y el signo de la reconciliación entre Dios y los hombres, un arco iris cromático, se difuminaba por el brumoso fiordo.

El invierno, al fin, aminoró su crudeza, y una vaporosa luz colmó de esperanza sus ánimos, desfallecidos por el tedio, los fríos y la evocación de al-Andalus. El diplomático, luego de madurar y sopesar su audaz proyecto, lo puso en conocimiento de Gorm, que había tomado la embajada de Córdoba como un triunfo personal, y nada podía negarles. Anduvo con el gesto dubitativo durante el coloquio, advirtiendo al legado que incurría en una flagrante irreverencia contra sus dioses. Pero aunque sus convicciones y sentimientos se resistían, su razón le aseguraba que a aquel hombre sabio y conocedor de lo oculto, como lo corroboraban sus actos casi mágicos, únicamente lo guiaban una sana avidez por lo desconocido y el deseo de penetrar en lo divino, mas nunca la blasfemia ni el sacrilegio. Dejó el asunto en manos del skalde Gottar, desentendiéndose del asunto, no sin antes advertirle con grave severidad:

—Amigo al-Gazal, existe una única posibilidad para contemplar al dios: ingresar en el santuario con la sagrada máscara de mi clan. Pero aun con ella, correrás un grave riesgo y de nada te servirá tu inmunidad real. Yo te la proporcionaré, mas nunca admitiré que fui cómplice en esta atrevida locura. Y nadie ha de conocer tu extraña pretensión, pues no saldrías vivo de esa ciudad. ¡Que el verraco te ampare!

Convenció al fin, y no sin algunas promesas pecuniarias, a Gottar el Negro para que los guiase al santuario del Cuerno de Oro. juntos idearon, con precavidos recelos y reservadamente, un plan sencillo y a la vez temerario que consistía en despreciar el camino usual, más concurrido, y acceder por mar al templo, y trepar por un acantilado conocido por el tunecino. Aprovecharían las celebraciones rituales y la confusión de los ceremoniales orgiásticos para penetrar en el santuario, ocultos sus rostros con las grimas, las mascarillas de feroces animales cuya antigüedad se perdía en la noche de los tiempos. El día señalado se escabulleron de Haithabu arropados por las sombras del alba. Al salir el sol de un día ceniciento, el skalde, Masrur y al-Gazal botaron un esquife en las desiertas dunas de la costa oeste sin ser vistos por los pescadores. Un silencio majestuoso los cubría, y una brisa cruda sacudía la vela. Ninguna contrariedad acompañó la navegación del karv, pero, aunque siempre tenían la playa a un tiro de piedra, bogaban temerosos de ser arrastrados mar adentro.

Durante las horas que duró la navegación por el pálido mar, se sucedieron las calas desiertas, las

altas dunas y los bosquecillos de tilos y olmos, y divisaron en la lejanía algunos barcos balleneros que se dirigían a las Islas de las Ovejas y a Islandia, la tierra del fuego y las nieves eternas, mientras a estribor una cortina brumosa ocultaba las verdes isletas de Frisia. Los andalusíes y Gottar el Negro, abrigados con recias capas de vellón, se frotaban entumecidos, y Masrur, inquieto y silencioso, palpaba sin cesar un collar de colmillos de morsa regalado por una muchacha, que, según creencia de aquellas gentes, protegía de males y naufragios. Dos esclavos de la casa de Gorm, malolientes y sucios, remaban incansablemente, hasta que después del mediodía recalaron en una desierta ensenada cubierta de algas, huevos de aves marinas y esqueletos de peces gigantes. Encendieron un fuego en los abrigos y consumieron carne ahumada, moluscos asados entre hojas de arándano y leche agria, aguardando el atardecer para dirigirse al enigmático santuario. Masrur, helado e irritable, elevó una letanía de preguntas a su padre adoptivo, que al-Gazal contestó con medias verdades y una lacónica respuesta para no comprometerlo.

—Algún día te lo aclararé, hijo —dijo simplemente.

Antes del ocaso dejaron a los remeros y la falúa escondidos en un recodo de la playa, y ascendieron trabajosamente por un acantilado de difícil acceso cubierto de maleza. Siguieron luego a grandes zancadas por un bosque cenagoso de helechos, hayas y pinos, aún cubierto de grandes pellas de hielo, hasta que se dieron de bruces con un calvero donde se alzaba una singular edificación de madera de planta circular y techo cónico, rodeada de dólmenes y signos de monstruosas deidades. A una señal de Gottar se escondieron entre la vegetación y ocultaron en un matorral el saco en el que transportaban las máscaras. Del interior del templo escapaban ecos de cánticos, aunque no se advertía una sola alma en los alrededores. Los habitantes de aquellas tierras temían a sus dioses, y más aún a las feroces jaurías de alanos, para enojarlos con su Presencia. Aquella noche de plenilunio en la que descendían del firmamento los dioses hermanos, Fréir y Freia, significaba para ellos la más respetable sacralidad.

—Resulta perturbador este santuario del Cuerno de Oro, sahíb —señaló el poeta.

—Debe de ser la hora del sacrificio, y desconozco si humano o animal —dijo Gottar.

—¿Qué representa aquella efigie frente al templo? —consultó Masrur con los nervios a flor de piel, señalando una estatua de granito que encarnaba a un verraco con una verga de desmedidas proporciones, extendiéndose erecta entre sus pezuñas.

—Es el cerdo sagrado, Gullimborsti, conductor del carro del dios Fréir, divinidad del acto sexual y del amor, y hermano de Freia. Ante él ejecutarán la danza sagrada las mujeres. Aseguran los que lo han contemplado que dentro del templo se alza una imagen del puerco con cerdas de oro puro y ojos de turquesas.

—¡Permaneced quietos, y no mováis un solo músculo. Nos va la vida en ello! ¡Oíd!

Cuando el atardecer enrojecía las copas de los árboles, de repente, el tañido de una campana les traspasó las sienas. La puerta del santuario se abrió de par en par, y se inició entonces una alucinante procesión de mujeres iluminada por la luz crepuscular. Más de una treintena de féminas de todas las edades, con teas y ramas de urce en sus manos, con los cabellos sueltos y envueltas en túnicas pardas, se dirigían coreando extrañas plegarias hacia el gran verraco. Las precedía una muchacha, casi una niña, vestida de blanco y coronada con una diadema de florecillas que caminaba ajena a cuanto sucedía. Cuatro godes o sacerdotes, como trasgos errantes, ataviados con ropas talaras y

ocultas sus facciones con grímas, gritaban como poseídos, arrastrando tres crías de jabalí, cebadas hasta la gordura y atadas con cadenas, que pronto serían sacrificadas ante la erótica estatua de Gullinborsti. Al-Gazal, al amparo de unas matas de arándanos, observó una a una a las mujeres, y tuvo la inesperada convicción de que la comitiva la cerraba la reina Nud, con un estilete en la mano, el cabello dorado caído sobre los hombros desnudos y sus formas sugerentes transparentándose bajo la túnica de lino.

—El rito perpetúa la resurrección de los dioses hermanos, que provoca la milagrosa reproducción de las hembras. Si los sacerdotes advirtieran nuestra presencia, nos despellejarían vivos —explicó susurrante Gottar a sus cautivados acompañantes.

Llegada la comitiva ante la escultura del cebón, invocaron con los brazos alzados a las deidades del cielo nórdico, y los sacerdotes entonaron conjuros mágicos y animaron a las mujeres a practicar libaciones de un brebaje lechoso ante el altar de piedra. Uno de los godes sacrificó con el cuchillo curvo de Nud a los cachorros, uno tras otro, entre gruñidos y estentóreas salmodias. Seguidamente, encendieron una hoguera alrededor del monumento y las hembras se entregaron a danzas frenéticas al son de las zampoñas, entrando en una delirante histeria mística, mientras despedazaban con virulencia a los animales sacrificados, embadurnando de sangre el descomunal miembro del tótem, al que ofrecían sus senos y caderas con gestos obscenos. Una de ellas, una muchacha entrada en carnes, se asió al pene del ídolo y lo lamió con sensual lujuria, recorriéndolo después con sus exuberantes pechos y sus muslos níveos en un lascivo contoneo. Aquellas mujeres parecían sentir sensaciones demoníacas, y danzaban abrazadas, poseídas por el frenesí, alrededor del verraco.

—Realmente la ignorancia y la barbarie no conocen límites —sentenció al-Gazal.

—Estas bárbaras paganías afrentan a Alá —intervino el tunecino conturbado.

Los cobrizos fulgores del crepúsculo iluminaban sus siluetas y la lumbre crepitaba ardiente, mientras las mujeres desnudaban sus torsos y, aun a pesar del frío, se entregaban a todo tipo de excesos lésbicos, en los que también participaban los sacerdotes, quienes, despojados de sus túnicas talares, fornicaban con las doncellas allí mismo sin pudor. Cuando las primeras sombras del ocaso fueron ocultando la bárbara y sensual celebración, una hermosa luna rasgó el tenebroso cielo y, a la luz de la hoguera y las teas, regresaron medio desnudas al santuario, implorando a la diosa la fertilidad para sus entrañas.

—¡Freia —pedían gimiendo como plañideras—, haz que nuestros vientres conciban hijos y nuestros hombres nos deseen con ardor!

—¡Divino Fréir y padre Bhor —suplicaba un sacerdote muy anciano de esqueléticos miembros—, que aparezca tu sol y colme las ubres de tus hijas!

Después se hizo el silencio, y la negritud y crudeza de la noche se apoderó del lugar. A lo lejos las ascuas de la hoguera parecían dar vida al verraco de piedra y su fantasmal efigie intimidó a los islamitas, que se apretaron entre sí ateridos de frío.

—Ahora aguardaremos hasta la medianoche, cuando el exceso y los hipnóticos se hayan apoderado de sus redaños —les contó Gottar—. Entonces habrá llegado el momento propicio para escurrirse en el templo, pues, según mi amo, los godes y las mujeres se hallarán narcotizados por los alucinógenos.

Pasadas unas horas, Gottar sacudió el brazo de al-Gazal. Se incorporaron y se confundieron con la sombría penumbra de la vigilia. Al-Gazal, impaciente, sentía dentro de su cuerpo una sensación

parecida a la percibida en la gruta de los prodigios de Jaén o en la iglesia subterránea del obispo Basilio en Bizancio. Pero no quería añadir una nueva y frustrante desolación a su pertinaz búsqueda. Se cubrieron con los sayos y las grimas de lobo y envolvieron sus rostros con las capuchas. Tenían los miembros entumecidos y apenas si obedecían a sus cerebros. Tan sólo la resinosa emanación de los abetos y brezos y el calor de los rescoldos los hizo reaccionar. Temblaban casi congelados, y sus cejas y barbas se habían cuajado con el rocío de la traspasada. A lo lejos se oían algunos gruñidos de perros, que pronto enmudecieron ahitos con la carne del sacrificio.

Bebieron una reconfortante poción de hidromiel que el tunecino les ofreció, ardorosa como fuego, y, confundidos en la oscuridad, rodearon sigilosamente el santuario hasta deslizarse en las dependencias traseras. Con pasos agrupados y lentos, traspasaron una galería angosta, hasta al fin desembocar en el recinto sacro, una pieza elíptica de madera iluminada por la luz de un centenar de velas y caldeada por un gigantesco brasero de ascuas crepitantes de las que emanaba un oloroso y complaciente vaho. Se detuvieron en la entrada, ocultos tras unas cortinas rugosas de arpillera y, tras escrutarlo detenidamente, quedaron deslumbrados con su contemplación.

—¡Dios de mis padres! —exclamó el embajador pasando sus ojos atónitos por la sala.

Revistaron mudos la gran profusión de exvotos de oro y plata que adornaban sus muros y techo. Láminas con jeroglíficos, máscaras de guerreros y efigies de dioses colgaban de las paredes, despidiendo dorados centelleos. Y sobre unos bancos colocados en círculo se hallaban las mujeres y los sacerdotes entregados a un desenfrenado rito de hierogamia fálica. Uno de ellos, con una máscara de jabalí, y una de las hembras, en un desnudo ritual, representaban junto al altar la unión mística de la diosa Freia y su hermano Frëir entre lujuriosos jadeos, en tanto que el resto de las mujeres, semidesnudas o con sus sayos levantados, introducían rítmicamente en sus genitales falos de hueso o marfil y acariciaban sus senos entregadas a un delirio colectivo de lujuria. Consumían con deleite un líquido como la melaza que corría por sus mejillas y aspiraban los efluvios de los incensarios, transportadas a sensaciones idílicas que las estremecían de placer. Invasas por una rara ingravidez, saltaban de los bancos como alucinadas, postrándose ante las estatuillas ennegrecidas de Freia y Frëir, a las que ofrecían impudicamente sus sexos y senos.

—Aunque saltáramos en la cámara vestidos de rameritas y tocando panderos y tubas no repararían en nosotros —aseguró al-Gazal—. Vagan por otro mundo.

Repararon también en unos cuencos de barro que exhalaban un perfume penetrante e irresistible, que producía una combinación de agitación y éxtasis a los que era difícil sustraerse. Sobre la piedra del ara se erigía la estatua áurea del verraco conduciendo un carro de hierro, sobre el que se asentaba un tabernáculo de bronce oculto tras un paño púrpura. Escoltándolo, colgaba del techo una cascada de cuernos de oro purísimo, pulcramente tallados con raras marcas e imágenes indescifrables, donados al templo por reyes, devotos y hacendados del reino de Dane. Al-Gazal fijó su mirada en el carro y preguntó vehemente a Gottar, ansioso de averiguar lo que guardaba:

—¿Puede levantarse oculto en ese sagrario el Dios del Sol mencionado por la reina Nud?

—Posiblemente. Aunque también puede ser una superchería de estos idólatras. Según sus creencias, los ojos de los humanos no deben examinarlo, pues quedarán ciegos si se atreven, al-Gazal. Olvídate de ese talismán y no pongas en peligro tu vida. Ya has contemplado lo que deseabas. ¡Vámonos!

—Aguarda. Nunca se sabe dónde puede hallarse el tesoro más sorprendente.

—Pero ¿aún crees que ese círculo es el Trono de Dios? —se interesó perplejo—. Rondas la locura, amigo. ¿En este lugar abandonado de Dios y su misericordia va a hallarse su nombre sagrado? Sería un ímpío sacrilegio.

—Deseo creerlo, Gottar, y a unque os parezca fuera de toda razón, lo averiguaré —dijo apartándolo con un extraño fulgor en el rostro—. He hallado fortuitamente una pista, y es mi última oportunidad, pues mi tiempo se va acortando. Confíemos en Alá. He de correr ese riesgo.

En lo más recóndito de su interior se reveló un anhelo incontenible por conocer lo que ocultaba aquel velo. Fuera un dios pagano o el anillo arrebatado al querubín de las doce alas, debía descubrirlo por sí mismo, o no se lo perdonaría nunca. Decididamente avanzó hacia el altar, receloso y espantado, y sumergido en sus pensamientos. Al ascender por el estrado divisó a su pie el cuerpo inerme de la doncella vestida de blanco, y su visión le produjo un frío estremecimiento. No presentaba signos de violencia ni sangre, pero sus facciones tenían la cerúlea rigidez de la muerte. Decidido, alzó su mano temblorosa, vaciló, y descorrió lentamente la cortinilla del tabernáculo. Las argollas chasquearon y un sacerdote, ausente y narcotizado, irguió la cabeza y lo miró fijamente. Le sostuvo la mirada durante unos instantes y, al verificar sus indumentos y la máscara lobuna, se sumió de nuevo en su adormecimiento y prosiguió masturbando a una muchacha de cabellera rojiza echada a su lado. Nud, con el semblante oculto por un velo blanco y el formidable cuerpo desnudo y terso como una valquiria celeste, permanecía sentada en un sítial, en la cima jerárquica, como una sacerdotisa de la Madre Tierra. Lo señaló con el dedo y volvió la cara para no ser partícipe del sacrilegio y de la venganza de los dioses. ¡Qué extraña le parecía aquella noche!

Al-Gazal, envuelto entre la nube de sahumerios, simuló con dolor no haberla visto, y se volvió hacia el tabernáculo, olvidando la turbulenta mirada de la reina. De pronto apareció ante él, entre el vaho de los incensarios, un raro fulgor dorado que lo paralizó. Por su mente pasaron evocaciones imborrables del zoco de los Libreros de Córdoba, de las sesiones de la Piedra Negra, del monasterio de Santa Gliceria; y los rostros de Firas, Habib, Basilio, Jalib y el imán al-Jabalí brotaron nítidos en su memoria. Inesperadamente, su ánimo se colmó de gozo y placidez y un vértigo de satisfacción le golpeó las sienes. El tufo de la invulnerabilidad penetró en sus sentidos, llegándole como un tibio perfume a su corazón. El pasado y el futuro emergieron al mismo tiempo en su mente, mientras una conmoción desconocida lo invadía por completo. Definitivamente, la revelación del misterio más oculto del islam y de la Cábala hebrea se le mostraban en aquel helado confín del mundo, en aquel sórdido templete de barro y heno.

—Al fin contemplo el postrero Nombre de Dios... y rodeado de ídolos paganos. ¡Singular destino del Trono de Dios! Su sabiduría conocerá la causa de tal impiedad.

Allí, sobre su cabeza, refulgente y mágico, apoyado en un trípode de bronce, se encontraba el disco que asiera con sus áureas alas el serafín del Templo de Salomón. Qué extrañas le parecieron en aquel eterno instante las sendas del Misericordioso. En vez de guiar el Trono de Dios hacia alguno de los templarios más santos de Oriente, había permitido que un bárbaro, Thela, hijo de Odoacro, rey de los hérulos y exterminador del Imperio, al repartir entre los asesinos de su padre los tesoros de Roma, reservase para sí el enigmático Disco del Sol para luego cederlo a su aliado Brugger, un antepasado del rey Harald caudillo de los feroces jutos (conocidos adoradores del sol y del fuego) y compañero de sus asoladoras correrías por las provincias de Italia.

Aún conservaba astilladas sus puntas, tras haber sido arrancado de su querubín tutelar, y en su centro, escrito con la fragilidad de un buril diminuto, el mensaje de Salomón, el enigma más buscado por los teólogos de Oriente y Occidente, y clave numerológica esencial para la interpretación de la Cábala. Su corazón ávido y la mente anhelante de saber leyeron el anhelado sobrenombre de Dios, y sus labios, para grabarlo en su cerebro y en sus entrañas, balbucieron trémulos la arcaica voz aramea:

—¡ANY, Yo! —descifró sorprendido—. ¡El nombre definitivo de Dios es «Yo»!

Se resistía a creerlo. «¡Yo!», se decía sin cesar, entregado a la irrealidad. Con sus sentidos excitados por el misterioso nombre y con la zozobra del instante, respiró profundamente el sahumerio y, abandonado a la contemplación, pareció olvidar la conciencia del momento, como atraído por el animal monstruoso que parecía taladrarlo con sus ojos de fuego. Una fuerza irresistible lo detenía en aquel lugar donde, sí era descubierto, lo pagaría con la vida. De pronto comenzó a ahogarse dentro de su máscara, agobiado por el asma y atenazado por la asfixia. En su aturdimiento, las emanaciones hipnóticas lo invadían, desorientando su entendimiento. Aquella masa informe de mujeres y sacerdotes parecía flotar en la lejanía, y no atendía a las voces temerosas y distantes de Masrur y Gottar llamándolo con inquietud desde las cortinas. Del disco dorado emanaba una intensa sensación de calma y un eco lejano, como un repique de campanas o el retumbo de un timbal, que penetraba en su conciencia adormecida: «La palabra se ha posado en tus labios. Atesora ese nombre en lo más profundo de tu alma. Préstale tu vista y tus oídos, mas nunca tu voz. Grábalo en el pergamino carmesí de tu corazón, y jamás lo pregones, mortal». Seguidamente, una ilusión mórbida lo enajenó, y no oyó nada más. Se llevó ahogado las manos a la garganta, y su cabeza restalló. Presa del delirio, se sumió en una ensoñación, perdió la noción de cuanto le rodeaba y se desvaneció en el suelo como un pesado fardo.

Tan sólo recordaba empellones, un infinito agotamiento, arrastres dolorosos por el suelo, una espantosa claridad, un ahogo mortal, el grito escalofriante de una muchacha en el sosiego de la noche, ladridos de jaurías, voces aterradoras y un frío glacial que le calaba hasta los tuétanos. Posteriormente, un precipicio agrietado, arenas pesadas, olores hediondos, valvas de moluscos crujiendo bajo sus pies, el chapoteo de aguas salobres, cangrejos huyendo entre las rocas y olas rumorosas estallando en su cabeza. Finalmente, los chillidos de las gaviotas y un aire purificador con aromas a salitre lo despertaron aterrado. Abrió los ojos y descubrió las facciones lívidas de Gottar y Masrur, y el rostro siniestro de los remeros enmarcados en un cielo blanco e inmenso como una mortaja. Se incorporó espantado:

—¿Dónde estamos, hijo? —preguntó excitado, asiéndolo fuertemente del brazo.

—Camino de Haithabu; y vivos por pura casualidad.

Reflexionó durante unos instantes y, de inmediato, con mirada de excitada ilusión, reaccionó violentamente dando un brínco que casi hizo zozobrar el esquife.

—¡El Nombre de Dios!, claro está. Pero... no lo recuerdo. Lo tuve ante mí. Regresemos ahora mismo. No retuve lo que se me reveló en aquel templo.

—¡Cállate ya, al-Gazal, o nos matarán por profanadores! —rogó airado Gottar.

—Escucha, padre, te lo ruego —intervino Masrur—. Serénate y da gracias a Dios por regresar

sanos y salvos. Pudimos no volver nunca. No debiste inhalar aquel tósigo venenoso del altar. Casi mueres ahogado dentro de la máscara.

Al-Gazal pareció no oír su patético ruego, e insistió mirándolo como un poseso:

—¡Masrur, compréndelo!, se trata de la búsqueda que da sentido a mi vida. La interpretación de la Cábala. Hemos de retornar al santuario —contestó con rabia y locura—. ¿Lo visteis alguno de vosotros? Contestad, os lo ruego.

—Solamente lo contemplaron tus ojos, pero el Misericordioso ha querido que lo entierres en el olvido, al-Gazal —le dijo Gottar del brazo consolándolo—. Bebe un poco de este licor. Olvida ese lugar, lo que viste y lo que oíste, o no verás de nuevo la luz de Córdoba. Es mejor así.

—Soy un pobre miserable que ha dejado escapar entre sus dedos el secreto de los secretos. jamás me lo perdonaré —reconoció como enajenado, y escondió el rostro en su regazo, incrédulo ante la confusión de su memoria—. Qué breve fue la felicidad y qué veneno más agrio me dejó. No logro memorizar una sola de sus letras.

—Padre, piensa en la embajada, en el emir y en los tuyos. Abandona el incidente en el olvido. Te lo ruego, por piedad. Imagínalo que hemos tenido que superar para salvar el pellejo. Y si estamos vivos se lo debemos a la magnanimidad de la sacerdotisa, que detuvo las traillas de perros y a los enfurecidos sacerdotes. ¡No tentemos más al destino!

—Te asiste razón, hijo mío. Debo de estar condenado por el destino a no poseerlo, y he de resignarme —balbució amargamente mordiendo el anverso de su mano.

La niebla envolvía la embarcación, como la amnesia su mente, que rechazaba con rabia ante lo acaecido. A lo lejos se cruzó un barco ballenero, fantasmal como una quimera.

Habían llegado los deshielos y un sol pálido despertaba la vida en el país de los madjus. Aquella mañana el embarcadero de Haithabu estaba repleto de un ruidoso gentío. Un grupo de curiosos había acudido a despedir a la embajada de Córdoba, y a unirse a su rey Harald, que pronto los dejaría, pues una gran flota se preparaba bajo su mando con destino a la isla de Jeufosse. La aurora despertaba apacible y flotantes bancos de niebla cubrían el fiordo. Los hielos se habían disipado con la suavidad de los rayos del sol y escapaban al mar abierto, hacia los bancos de arena y los estrechos.

Al-Gazal, Masrur y Qasín habían abrazado a los amigos, a Gottar y a Gorm, el Cuervo, quien visiblemente satisfecho regaló un valioso cuerno de marfil a Masrur, rogándole con su franca mirada:

—Muchacho, cuando bebas en él las ambrosías de alAndalus, acuérdate de este senil lobo de mar que no olvida aquellas tierras de abundancia.

—Con el vino de al-Andalus volaré hacia tu recuerdo, como el cuervo busca el puerto seguro, señor. Gracias por la vida. —Y abrazó con ternura al guerrero danés, cubierto de hierro y medallones, y con sus trenzas rojizas bailándole sobre la barriga.

El rey Harald Klaak, protegido por la cota de malla y con su casco rematado de grandes cuernos, conversaba con al-Gazal. El gigantesco monarca había tomado un sincero afecto por el embajador, a quien rogó más de una vez que permaneciera para siempre en el país de Dane, donde su sabiduría y

entendidos consejos le reportarían fama e ingentes riquezas.

—Señor, sólo ambiciono el tesoro de mis hijos, mis amigos y mis libros, aunque vos y vuestro reino jamás desapareceréis de mis evocaciones —le dijo sincero.

—Sin embargo, atisbo un sesgo de tristeza en tu siempre incitante mirada.

—Regreso a mi patria sin un documento rubricado por vuestra mano, aunque vuestra palabra sea para mí suficiente compromiso.

—Retornarás con algo mucho más sagrado para un vikingo.

El rey extrajo de la faltriquera un saquito de fieltro y de él dos aretes de hierro negruzco que puso en la mano de un desconcertado al-Gazal, que lo miró sin entender qué significaban. Aparecían entrelazados, y uno de ellos llevaba marcada una «A» latina y el otro una «H». Harald lo penetró con sus ojillos grisáceos, alzó su ceja y la cicatriz se arqueó intimidante. Después declamó en voz alta, para ser oído por sus súbditos, y con la solemnidad que requería el momento:

—¡Mientras vivan Abderramán de Córdoba y Harald Klaak de Dane, representados por estos anillos consagrados al padre Odín, ningún drakar vikingo atacará sus puertos, tomará una sola de sus monedas o esclavizará a uno solo de sus súbditos! ¡Es mi palabra y que así se escriba en las sagas de mi reinado!

Una atronadora salva de vítores ratificó la decisión de Harald, que estrechó ceremoniosamente a al-Gazal, deseándole buenos vientos y propicias corrientes.

—En estas tierras no necesitamos pliegos ni amanuenses, embajador, y lo que respaldo con mi palabra se mantendrá mientras yo pueda sostener una espada. —Seguidamente, con deferente cortesía, le entregó un cofre con regalos para Abderramán, y una caja de plata cincelada, que Gottar abrió en su presencia:

—El rey Harald y la reina Nud son conscientes de tus deseos de conocer todas las presencias de Dios. Estas runas talladas en marfil y reservadas a los iniciados en el conocimiento de nuestros dioses son para ti, al-Gazal. Tómalas en su nombre. Son una compensación por el enigma que perdiste —dijo en voz baja.

—Gracias, amigo del alma. Tu generosidad me abrumba, y no podré olvidarte jamás.

—La reina también te envía este mensaje que, según insiste, comprenderás con sólo escucharlo: «El aliento de la diosa veló por ti. Los godes obedecieron mi decisión, y dejaron escapar a la Gacela. Todo quedó borrado en la memoria de Freia. Sé feliz y que el viento me traiga eternamente tu aroma». ¿Lo entiendes? —rió malicioso.

—Sí, Gottar, y la felicidad de mi corazón destila gratitud. Beso vuestra mano, señor, y la de vuestra reina y esposa, de compasivo y dulce corazón —admitió con una sonrisa que el rey le devolvió—. ¡Que el Oculito vele por ti, Gorm, amigo! Mi gratitud evitará el olvido de mi compañero de las brumas y de los hielos anacarados.

Y sin dar la espalda a la comitiva real, tomó la escala del Husán, alzando su brazo en señal de despedida. Atrás dejaba lazos indelebles de amistad, y regresaba con el conocimiento de un pueblo libre, señor del mar, de sus sendas y su destino a quien sus terribles dioses alentaban con un soplo irresistible.

El cabo del ancla del Husán al-Sáhur se estiraba tenso y los remiches alzaban sus remos en espera de la orden del piloto, mientras un cabrilleo de olas espumosas centelleaba con reflejos verdemar. Al fin sonaron las largas trompas de Haithabu y el tambor del cómitre del Husán, y la galera embocó el fiordo al mando de Qasín, quien transportaba colmadas sus bodegas de pieles, jade noruego y templadas espadas de Islandia, y su mente de nuevas rutas y conocimientos marinos sin precio. El chapoteo de las palas y el crepitar de una bandada de gaviotas acalló el griterío del embarcadero, mientras la nave se perdía en sus aguas dejando tras de sí una estela blanca.

Al doblar la salida de la ría, Masrur, en el castillete de proa, se colocó junto a al-Gazal y le susurró en el oído para no ser oído por nadie:

—Padre, toma. Te ayudará a recuperar el recuerdo. Detesto verte atormentado.

Al-Gazal lo miró con curiosidad y tomó en su mano un minúsculo trozo de papiro plegado sobre sí mismo en incontables dobleces. Notó a su ahijado dubitativo, y lo entreabrió con lentitud. Un gesto de sorpresa se dibujó de inmediato en su rostro, como el rayo rasga el firmamento. Se sobresaltó y el aire y las palabras se le cortaron. No podía creerlo, pero allí, en aquel burdo papel agrietado, escrito con rasgos azulados, surgía de nuevo el perdido principio de la sabiduría, contemplado en el templo del sol.

—¡Bendito seas! Al fin lo recuerdo todo. ¡Any, «Yo»! —exclamó con el rostro transformado por el júbilo al contemplar de nuevo las letras grafiadas en el disco de oro—. ¿Cómo pudiste tenerme tres semanas tan apesadumbrado?

—Gottar, prudentemente, me hizo jurar que no te lo revelaría hasta abandonar Haithabu. Al recogerte desmayado, tuve tiempo de grabarlo en mi mente. Si algún jarl o gode hubieran llegado a intuir que lo conocías, o simplemente te traicionara un sentimiento de sinceridad, los inconvenientes hubieran sido demoledores, y nuestras vidas hubiesen corrido un riesgo innecesario.

—Dudé incluso de mi cordura, Masrur, y pensé que todo fue una vana ilusión fruto de mi obsesión. Mi razón vacilaba, confundida dentro de mi mente. Al fin poseo la llave que nos otorgará la solución del conocimiento cabalístico, y nos convertirá en baalsem concededores de los nombres de Dios —dijo, como si le hubieran restituido la vida.

—Ahora el regreso será más dichoso, padre.

—Gracias a ti —se exculpó—. ¡Y que irremplazable experiencia, hijo mío!

Apretó fuertemente su mano y se imaginó en Córdoba, en su almunia de al-Raqaqín, sentado bajo las parras del huerto escuchando el rabel y la dulce voz de Sanae, mientras componía el horóscopo de algún amigo o llevaba a sus labios un gajo de naranja roja endulzada con miel y canela.

CAPÍTULO XX. Rosa de la Aurora.

Aquel día, al-Gazal deambulaba calmosamente por la terraza, donde Balansí le había preparado un sirope de nébeda y jengibre y un membrillo azucarado con miel. Lo probó como si de un ritual se tratara, y se inclinó hacia el levante solar para orar. Luego se acomodó en el escritorio, cortó la punta del cálamo hábilmente y lo sumergió en el tintero. Con gesto resuelto, rasgó sobre el papiro, y sus trazos ágiles se sucedieron con premura.

En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso: Al ilustre guardián de Hagia Sofia, mi recordado Basilio de Bizancio, orfebre del arte sublime. Que el Eterno os refresque los ojos:

Aprovecho un viaje de Qasín a Salónica para enviaros el relato de los sucesos acaecidos tras la irrupción de los vikingos en mi patria. La legación al reino de Dane resultó a la postre exitosa, pues no hay nada como exhibir un cofre repleto de oro para que la más inexpugnable fortaleza caiga rendida. Han transcurrido desde entonces cuatro años, mis cabellos lucen blancos como la nevisca y un casual evento vino a transformar mi vida. En el fin del mundo, allá donde las aguas se convierten en nieves perpetuas, hallé el disco de oro arrebatado a vuestro querubín del monasterio de Santa Glicería. Los ¡inpredecibles juicios del Oculto. Os aseguro que no puedo describiros la impresión que me causó. Fue, sencillamente, inenarrable. Rávena, como vos me sugeristeis, era la clave del enigma. Allí desapareció, tomando la senda del norte, entre el botín de un vándalo mercenario adorador del sol que había assolado Italia en tiempos de los rumís, llamado Brugger, el Juto, y que hoy recibe la adoración profana, pero al fin y al cabo veneración, de un pueblo bárbaro dueño de su propio destino.

Y, asombraos, dilecto obispo, el nombre definitivo del Altísimo es Any, Yo.

A mi regreso me dispuse a desentrañar la clave numerológica que me condujera a la interpretación de la Cábala. Las palabras no recobran la vida, y la tabla de criptogramas numéricos se me niega una y otra vez. He probado las abstracciones de dígitos de los algebristas de Basora y los jeroglíficos utilizados por las sectas espiritualistas islámicas, mas todo en vano. La respuesta se me resiste, y no se revelan ni signos ni símbolos. Desde aquí os animo a que vos lo intentéis.

¿Y el «sublime cisne» de la fuente de Hagianne? Lamenté profundamente la muerte del emperador Teófilos. Intuí la marca de la muerte en su rostro. La emperatriz gobernará con prudencia y mano firme, ayudada por cortesanos juiciosos como Ignacio de Atalia y vos mismo. Teodora es una mujer sensata y sabia. Besad su mano, y participadle mi rendida admiración y amistad.

Por una parte soy feliz, pues mis hijas se casaron con esclarecidos miembros de mi tribu. Masrur, mi ahijado, duplica los beneficios de mí casa, y el emir, mí señor, a pesar de hallarse enfermo, me cubre con el manto de su amistad. Pero mis cartas astronómicas y astrolabios me señalan desde hace meses la aparición de una época de desdichas. ¿Para mí?, ¿para mi reino? Lo ignoro.

Aletea un inquietante capítulo de mi pasado que no deja de atormentarme y me siento amenazado, pues es un arma decisiva en manos de mis enemigos: un clérigo podrido, dos eunucos afeminados y una favorita, astuta como una víbora. Siempre fui defensor de la proclamación del primogénito del

emir, el piadoso Mohamed, y esa terquedad puede convertirse en mi perdición. Únicamente confío en Dios, el reparador equitativo de los actos de los hombres, y en que la perversidad encuentre la expiación en sí misma. Beso vuestras mejillas. Salam.

Alá os bendiga y os muestre su cara, venerable patriarca de Constantinopla.

YAHÍA BEN AL-HAKAM BEN WAIL

Córdoba.

Secó el papiro con los espesos polvos de la escribanía, lo dobló cuidadosamente y lo ató con un bramante azafranado, lacrándolo después.

La lóbrega noche derramaba sobre Córdoba su limo de tenebrosidad y silencio.

Al amparo de las tinieblas, seis sombras se deslizaron por las callejas de la medina como auténticos rufianes. El farol, como un ojo vacilante, se balanceaba en la mano de la esclava que los precedía, esparciendo ráfagas amarillentas en las negruras de la medianoche y agrandando sus facciones, transformadas por la falsedad. Se habían topado con algunos borrachos y rezagados, pero los evitaron para no ser delatados. Un perro solitario ladraba a la luna en la lejanía.

Uno a uno llegaron a la mezquita de Naser para juramentarse en lugar sagrado y ante el Corán, pues la grave y solemne maniobra así lo requería. Un pesado silencio sellaba sus bocas, aunque no sus conciencias.

Escurriéndose bajo las oscilantes penumbras de los adarves, Naser, el atrabiliario visir Rabbihi, el qaid Ben Husn, el eunuco Suayl y Tarub, la señora, acompañada por una fiel esclava, alcanzaron la cancela de la masyid y penetraron en ella tras cruzar raudamente el patio de las abluciones. Tarafa, sudoroso y malhumorado, compareció el último. Entreabrió el portillo trasero, y el almuédano lo recibió con una reverencia a la que el eunuco correspondió soltando un salivazo en el suelo y algunos dirham en su mano. Luego le ordenó que los dejara solos, pues habían de ayunar y rezar la vigilia del Nairuz junto a personajes principales del alcázar que anhelaban reserva para su piedad.

El modesto y austero oratorio, levantado con las donaciones de Naser, no era mayor que el aposento de una almunia. Columnas de ladrillo, artesonado de taracea de cedro, mosaicos con inscripciones coránicas y dos lámparas colgantes de vidrio con atauriques rodeaban el sagrado nicho del mihrab, labrado en estuco amarfilado. Un lóbrego tragaluz dejaba traspasar una claridad azulada que proyectaba su círculo de luz sobre el centro del enlosado. Avanzaron unos pasos hacia él y el eco de sus sandalias resonó turbador. A Tarub, la favorita del emir, le palpitaba el corazón como un potro embravecido. Los lugares santos y solitarios siempre la habían aterrado.

La esclava se agazapó en la escalera del alminar aguardando amedrentada las órdenes de su señora. Naser, cuyo cerebro albergaba turbios propósitos, y auténtico concertador de la turbulenta junta, arrastró torpe sus piernas y descendió del mihrab un Corán empastado con tapas de nácar y filos de oro. El Victorioso sonrió con un ademán triunfante. Gozaba del máximo crédito ante el sultán, postrado enfermo en su lecho, y nunca un chambelán de palacio había alcanzado favor tan ilimitado. Su nombre lucía esculpido en la puerta de la mezquita aljama, pero su vano y ambicioso corazón codiciaba el poder, y su mente, turbulenta cascada de avaricia, maquinaba aquella noche una

siniestra traición.

Ordenó a Tarafa que encendiera una candela, y un hedor seboso se apoderó del salón. Colocó el valioso libro en el atril, junto a un tintero abierto, unas escudillas y un cálamo para escribir. Cinco semblantes dubitativos lo escrutaban con la respiración contenida. Reunió cerca de la nariz ganchuda sus ojillos penetrantes y, taladrando con su mirada de rata a los cinco cómplices, habló en voz queda y tétrica:

—Amigos. Os he convocado aquí en mi mezquita para sacralizar el secreto de cuanto acordemos. El alcázar no es lugar fiable, y la trascendencia de cuanto he de manifestaros, más el compromiso que os demandaré después, requiere un recinto venerable. ¡El Misericordioso nos absuelva! —dijo con falso fervor.

Aquellos afeminados altaneros se disponían a urdir la más perversa intriga jamás tramada contra un emir de Córdoba. Tarafa, febril y acalorado, transpiraba copiosamente por su cráneo rasurado. Suayl, el esbirro del haren, oídos y ojos del gran fatá, minado de rencor, ansiaba precipitar cuanto antes los acontecimientos y convertirse en el gran chambelán del alcázar, sucediendo a su protector. Se unían a los eunucos, en aquel conciliábulo, el visir Rabbihi, un aristócrata de facciones demacradas y flácidas, quien, caído bajo la siniestra influencia de los castrados, deseaba para sí la dignidad de primer ministro. También hacía causa común el altanero general Ben Husn, un soldado bravucón, frío y brutal, conocido compañero de borracheras del príncipe Abdalá. Cerraba el círculo Tarub, con su hermosísimo rostro oculto por un velo negro cuajado de aljófara, y su mirada felina, carente de escrúpulos; aquella noche sus ojos parecían más encendidos que nunca, prestos a consumir a quien se opusiera a instalar a su hijo en el trono. Intranquila, animó al fatáh a iniciar cuanto antes aquella conjura, emitiendo un prolongado suspiro.

El oratorio era un vórtice de gestos apresurados y ambiciones incontroladas.

—Y al-Layti y Ziriyab, ¿no habían de reunirse con nosotros? —se extrañó el visir.

—Al-Layti apenas si puede moverse de su casa, por sus dolencias, y Ziriyab, al que aterran los compromisos, se muestra neutral. Pero no receléis; se ocupan de algo importante: alejar del emir a toda esa cohorte de poetas y astrónomos, únicos que pueden obstaculizar nuestro intento, ahora que sus dolencias facilitan nuestros planes —aseguró Tarafa concluyente.

—Es sabido que lo más próximo al fuego arde prontamente, y yo, toda mi vida junto al emir, he consumido vanamente mis ilusiones —siquió en tono severo Naser—. Nuestra aspiración de aclamar como heredero al príncipe Abdalá se desvanece, amigos. El emir se muestra obstinadamente reservado en el asunto de la sucesión, y por la influencia del arrogante al-Gazal, de Samir, y del cadí Ben Habib, se muestra decidido a proclamar heredero a ese misántropo de Mohamed en la fiesta de los Sacrificios. Y entonces, creedme, nuestra influencia en la corte se extinguirá, así como nuestros privilegios, y quién sabe si nuestra vida. Hemos pues de mudar el devenir de Córdoba con una conjura definitiva, inflexible y bien calculada.

—Se hace pues inevitable una decisión urgente, y grave —terció Tarafa.

Un alargado mutismo corroboró su discurso, hasta que intervino Husn, vacilante:

—¿Y qué medida... o acción proponéis?

Sin alterar el gesto, Naser paseó su mirada, y con la soberbia de la deslealtad y sus retículas

rojizas relampagueando en la semioscuridad los taladró como una saeta. Les requería la terrible complicidad de la traición, por lo que afirmó tajante:

—Eliminar al emir... y cuanto antes. No existe otra salida.

La estupefacción los turbó. Miradas encontradas de perplejidad se encendieron en los rostros del visir, del general y de la concubina, mientras los eunucos lo aprobaban sin titubear. Se oía amplificado el crepitar de la vela y el jadeo de los conjurados. Naser, notando cierta indecisión y que sus personalísimos planes podían irse al traste, decidió apretar el perfil ruin de sus respectivos provechos, y les habló en un tono conminatorio, observándolos uno a uno con dura fijeza:

—¿Poseemos acaso otra alternativa?, os pregunto. Rotundamente: no. Forzaremos el destino sin que nos tiemble el pulso. Tú, Tarub, contemplarás al hijo de tu sangre sentado en el trono omeya y te alzarás como dueña indiscutible del alcázar. Poseerás el Collar del Dragón, y el serrallo se rendirá a tus pies. ¿No deseas contemplar a Shifa y a ese huraño de Mohamed arrastrándose ante ti implorando misericordia y compasión?

—Pero tal vez exista otra solución menos cruel. Abderramán es mi esposo.

—Créeme, yariya: si Mohamed es anunciado como el sucesor, su primer decreto lo firmará para ordenar la muerte de su hermano, el hijo de tu sangre, y luego tu destierro —replicó con cinismo.

—Entonces, sea como dices —aceptó vacilante—. Pero evita los ensañamientos.

—¿Aún desconoces cómo mueren los príncipes en Córdoba? El veneno de los reyes conduce a una muerte mansa, Tarub —aseguró persuasivo—. ¿Y tú, mi admirado visir? —le preguntó condescendiente de que le debía el cargo.

—Mi apoyo y el de Ben Husn al príncipe Abdalá son suficientemente conocidos. Prefiero un soberano enérgico a Mohamed, un muchacho que sólo parece feliz entre las faldas de su madre Shifa y los ábacos y textos de álgebra. Pero acabar con la vida del imán resultará arriesgado, y no es precisamente una cuestión banal.

—Ascender a gran visir, el hayib de al-Andalus, no es precisamente una fruslería, Rabbihi —argumentó el jalifa, y lo atravesó con su torva mirada.

—Bien, lo acepto. Pero exijo una muerte decorosa. Ni arma, ni soga —rogó.

—¿Y has calculado ya cómo llevar a cabo el plan? —intervino el general, lívido.

—Hasta los detalles más ínfimos —afirmó—. Confíad en mí. A finales del shabán, la víspera del ayuno del emir, la conspiración se habrá consumado con más facilidad de la que imagináis. Suayl y yo controlaremos el alcázar desde dentro, proclamaremos emir a Abdalá y presentaremos a los cadíes un testamento falso en el que su padre lo declaraba antes de morir como único heredero. Tarafa se trasladará mañana mismo al palacio del Afortunado como aposentador real, y llevará a cabo una labor crucial: no perder detalle de los movimientos de Mohamed y Shifa, y las otras favoritas. Vosotros, mientras tanto, en vuestros respectivos círculos de influencia, aguardaréis mis instrucciones.

—¿Y cómo conoceremos que la muerte del emir se ha cumplido felizmente?

—De forma sencilla. Llegado el momento recibiréis un aviso en vuestras casas con estas concisas palabras, que debéis recordar: «Rosa de la Aurora, signo celeste que se percibirá en los cielos la

noche de la liberación». Entonces actuaréis. Tú, Rabbihi, reunirás el Consejo; y tú, general, agruparás a los mercenarios occitanos, los mas difíciles de dominar, pero muy sensibles al oro. El resto me corresponderá a mí, y a un plan eficazmente manejado.

—Ojalá transcurran cuanto antes estas semanas, o mis impulsos me traicionarán.

—Tarub, mi ama, te apoyarán nuestra presencia y la fuerza de un juramento que prometeremos ante el Corán antes de abandonar este oratorio. No flaquees ahora, o nuestros cuerpos penderán de una cruz en el Arrecife.

—Jurar ante el libro de Dios? No consentiré semejante blasfemia, Naser —se negó el visir, confuso.

—Dice el Profeta: «No os castigará Dios por un error en vuestros juramentos, pero sí lo hará si violáis vuestros compromisos» —salió al paso Tarafa.

—«Y juraron ante mí sin ninguna restricción», proclama el Libro santo. No testimoniaremos por él, sino en su presencia. Arriesgamos mucho en este envite y es necesario un juramento de sangre que garantice la lealtad, y nos preserve de cualquier imprevisible mudanza. Una deserción inesperada significaría la pena capital para el resto. Firmaremos un documento que ocultaremos en el Corán, Ese papel nos convertirá en mudos. Pasado el trago, volveremos y lo destruiremos. ¿Cuento entonces con vuestro unánime respaldo al plan? —preguntó mirándolos uno a uno.

—¡Lo secundamos sin vacilaciones, Naser! —dijo el qaid sudando.

Entre el mudo asombro de los conspiradores, Naser entresacó de la bocamanga un crujiente trozo de papiro escrito en negros signos cúficos y leyó con acento taciturno:

Nos hallamos en este santo lugar para ungir emir de al-Andalus al príncipe Abdalá. Somos la espada vengadora, que lleva inscrita en su hoja los nombres de Abderramán, que una calamidad lo aparte de la vida, y de al-Gazal, Firnas y Samir, a quien arrojaremos a la costa árida cubiertos de vituperio, como proclama el Profeta. La Rosa de la Aurora nos alumbre. Lo rubricamos ante el sabio Corán del califa Utmán.

Un pavor sombrío cruzó la mente de Tarub, que se movió espantada como si se dispusieran a convocar a Belcebú. Con patente resolución, tomó el suntuoso Corán que contenía cuatro páginas escritas de puño y letra por el califa Utmán, el recopilador de los mensajes transmitidos por Dios al Profeta, y lo abrió por la sura del Manto. Una atmósfera amedrentadora y tensa, donde parecía que algo sobrenatural podría sobrevenir en cualquier instante, se adueñó de la mezquita, mientras la movediza danza de la llama zigzagueaba en sus rostros.

—Repetid estos versículos selladores de nuestro inviolable compromiso.

Sí, lo juro por la luna,
y por la noche cuando se retira,
y por la mañana cuando se colorea,

que toda alma responda de SUS obras,
y los hombres de sus promesas.

Sobrecogidos, los confabulados reiteraron los ayats coránicos, que resonaron como un sortilegio macabro y satánico. Acto seguido, el eunuco sacó un estilete del cingulo y, ante la atónita mirada de los presentes, se hizo una incisión en la pulpa de la mano y, apretándola, vertió en el tintero varias gotas de sangre. A continuación rogó a los hombres y a Tarub que síguieran su ejemplo, cosa que hicieron decididos salvo la favorita, que pidió asistencia al eunuco para procurarse la hendidura en su delicada piel.

En aquella semioscuridad, sus oblicuos perfiles se reflejaban siniestros en los muros de la mezquita. Tomó después Naser el cálamo en su mano y firmó sin vacilar en el papiro, cediéndolo después al qaíd, y éste al inquieto visir, que rasgaron sus nombres precipitadamente al pie. Suayl tomó luego la caña e imprimió su título con trazos apresurados, y finalmente se adelantó la azorada favorita para inscribir su sello. Pero Naser la detuvo con gestos sumisos, consolándola:

—Tú no, mi señora Tarub: eres mujer y tu firma carece de autenticidad si no firma tu esposo legítimo junto a tí; extremo obviamente imposible...

Tarafa garabateó su firma en el legajo, junto a la de Naser, y lo entregó al gran fatá. Seguidamente, realizó un corte imperceptible en el canto del Libro Sagrado e introdujo el papel doblado entre el cuero y la cubierta y lo selló con una pincelada de resina.

—Nuestro proyecto no resultará estéril, mis aliados, y el éxito culminará nuestra empresa.

Pero, de pronto, brotaron de su herida unas gotas de sangre que se deslizaron diligentes por las anacaradas tapas, y la piel curtida absorbió el líquido rojo y pardusco. Tomó su pañuelo de seda con gesto trémulo para intentar eliminarlas, pero fue en vano. Habían quedado impresas para siempre en el Corán de los omeyas, el santificado por la mano de Utmán y regalo de su señor. A los presentes les corrió un sudor frío por la espalda y consideraron como un mal presagio la sangre vertida en el Corán.

Con un enfurecido espanto, el castrado se tragó su propio desconcierto, y le sobrevino un acceso de cólera.

En su rostro se perfiló una inquietud que deformó su faz hasta la monstruosidad.

—¡Por las riendas de Baruq, maldita sea! —gritó, y todos ahogaron una exclamación de disgusto, al que siguió un incómodo silencio. Pero ya no podían retroceder. La conspiración debía ser consumada. Habían tomado una nefanda e irrevocable decisión y se abstuvieron de lamentarse.

La vela se consumía, aventando su líquido pastoso y ardiente, momento en que Naser dio por finalizada la reunión. Salieron con apresuramiento, sumergidos entre las tinieblas. La oscuridad y las fantasmagóricas siluetas proyectadas por el parpadeo de la candela los atemorizó tanto como la infarnía urdida en sus corazones.

La traición, invisible en las penumbras de la noche, caminaba envuelta en las capas de los seis cortesanos. A Tarub, el sobrecogimiento le había dejado un amargor en los labios que la perturbaba,

y presumía vigiliias de angustiosos sueños. Miró a su esclava y adivinó en su rostro un atroz pavor, como si hubiera presenciado un aquelarre diabólico. Fuera, el relente le helaba la cara, mientras un cielo impoluto escondía el infame secreto en su infinita inmensidad. Un gato maulló cortando la quietud de la noche.

Abderramán dio por concluída la sesión de astronomía, dejando en el estante las lentes, astrolabios y ajados tratados caldeos. Sufría desde hacía unos meses una salud resquebrajada: debilitamientos de ánimo, destemplanzas por las tardes, escalofríos en las madrugadas y una palidez que a todos preocupaba. Aquella tibia noche había acudido con los poetas y astrónomos de su diván al observatorio del palacio del Rustak, y después de escrutar la bóveda celeste se sentía confortado con su compañía.

Cuando accedieron a la terraza, un toldo de lino cubría el emparrado donde los músicos pulsaban sus laúdes sobre cojines de brocado. Sus armonías se fundían con el aroma de los nardos, albahacas y los sahumeros de agáloco. Sobre las mesitas, acompañando a los vinos de Silves, aguardaban cuencos de oro con almojábanas de queso y dátiles fermentados en cilantro y azúcar y pastelillos condimentados con almorí. Se acomodaron, y la melodía cesó al hablar el emir. Todos especulaban si mencionaría la controvertida carta astral que al-Gazal había elaborado para el gran chambelán Naser, pues en el alcázar no se hablaba de otra cosa, y de la indignación del gran eunuco.

—La predicción astrológica sobre Naser lo ha exasperado hasta la histeria, al-Gazal —le recriminó Abderramán atusándose la barba—. Te has mostrado extremadamente duro con su suerte. Yo le he asegurado, calmándolo, que la astronomía no es una ciencia exacta.

—Yo soy sólo un modesto aprendiz del azar cósmico, mi príncipe, y mis tablas, los guarismos de su vida y los principios de la miqat no ocultan el devenir a ningún mortal —explicó midiendo bien sus palabras—. Saturno, el signo de Naser, retrocede hacía Aries, y cuando la luna brille en la Rosa de la Aurora, le sobrevendrá una amarga desgracia. Se lo revelé porque él mismo me lo solicitó, ensoberbecido como se muestra en su posición de privilegio. Lejos de aceptar mi consejo, se ha ofendido y ha vertido sobre mí todo tipo de infundios; incluso me ha tildado de ignorante. Lo lamento en verdad, pero su porvenir está predestinado por sus acciones, mi señor. Que Dios aclare su mente.

—No nos adelantemos a los designios de Dios. Existen asuntos más preocupantes, como esa lamentable cuestión de los monjes blasfemos, la sucesión y...

—Mi señor, permíteme un consejo. Cuídate más que nunca de los cortesanos aduladores, y proclama pronto a tu primogénito Mohamed. Eso garantizaría una paz duradera. Avidos renegados intentan aprovechar tu indecisión para satisfacer sus intereses y alejar al elegido de tu lado.

—Estoy firmemente decidido a proponer el asunto al Consejo de visires. Mohamed se muestra juicioso, conoce los vericuetos de la política, y la ventaja intelectual sobre Abdalá aflora evidente. Determinaremos el día fasto y celebraremos solemnemente la Baiat —replicó regalándole una sonrisa de franca amistad—. Pero este indeciso y cansado corazón te agradece tus consejos, al-Gazal.

—¿Qué sería yo sin la amistad de mi señor y el favor del Misericordioso?

La luna, como un espejo empañado, iluminaba las fuentes cuando el emir, animado por la generosa fidelidad del séquito, le rogó con ademán amistoso:

—¿Qué declamaréis esta noche?, ¿acaso la felicidad de vuestro emir? Os escucho, pero no me aduléis en exceso.

Abderramán se reclinó en su diván. Después se sumió en la languidez de las delicadas inspiraciones de Samir, Fírnas y al-Gazal, que dieron rienda suelta a su ingenio hasta altas horas de la vigilia.

Avanzada la noche, el diplomático abandonó su asiento y paseó solitario entre los arriates de arrayanes. Aspiró profundamente las fragancias y pensó en sus hijas y en su predilecto Masrur. Intuía desde hacía tiempo que el joven bebía los vientos por el corazón generoso de Sanae, la qiyán. ¿Acaso no había advertido cómplices mutismos y veladas alianzas en sus ojos? «He de meditar este asunto y conversar con Masrur —se decía—. Y si ese sentimiento es tan firme como parece, lo alentaré para una unión definitiva.»

De repente descubrió tras las celosías del pabellón Blanco la figura obesa de un eunuco atento a cuanto se dialogaba en la velada. Su rapada cabeza, recortada en la penumbra de la noche, lo delataba. No había duda, era Tarafa, el brutal esbirro de Naser. «¿Quéprepararán estos indeseables? —se preguntó—. Merodean vigilantes, y hasta inusualmente prudentes. No me agrada esa calma alevosa y premeditada.»

Siguió paseando, deleitándose con la impetuosa y sugestiva voz de Fírnas:

—Escoge Abderrarnán la virgen núbil, el corcel desnudo y el sable adornado de pedrerías. ¿Y quién se atreverá contigo, mi emir venerado, si nos amas gozosamente como la dulce pesadez del sueño?

Reparó de nuevo en las rejillas, constatando que el espía había desaparecido.

Una ingrata brisa procedente de la sierra balanceaba los pájaros mecánicos y las ramas de las palmeras del jardín. Abderramán pasó su pañuelo de seda por la frente y limpió las gotas de agua salpicadas por la fuente de las tortugas. Aquel día no lo atormentaba la calentura y se encontraba pletórico y de buen humor. Paseaba como cada mañana con los eunucos entre las rosaledas, consultando a Naser sobre los asuntos de Estado más dispares, y sonreía optimista. Su confianza en el gran fatá era ilimitada.

—Ser feliz es contemplar cuanto nos rodea a la medida de nuestros deseos, Naser, y el Clemente me adelanta la dicha eterna rodeándome de amigos leales.

—La felicidad consiste únicamente en saber burlar las celadas de la vida, señor.

—¡Qué visión más cicatera de la felicidad, chambelán! A propósito, desde hace días no nos acompaña en nuestros paseos Tarafa. ¿Está enfermo, quizá?

—No, mi imán —le informó servil—. Atiende al príncipe Mohamed y a las esposas madre en el palacio del Afortunado. Esa residencia necesitaba una gestión firme, y Tarafa es de total confianza. Últimamente los esclavos se habían entregado a la molicie y el desbarajuste.

—Decididamente, es un mayordomo tenaz, e incluso severo. Lo apruebo.

Conforme avanzaban, Suayl, a quien el plan había sumido en indecibles resquemores, tiró del manto del gran fatá enviándole una mirada irritada de complicidad, pues el recorrido concluía y el

asunto crucial de la conversación no era tratado. Naser asintió y, con una mueca de falsa sonrisa, murmuró al soberano:

—Mi imán, recuerda que hoy es el antepenúltimo día del shabán. Está próxima la vigilia para celebrar juntos, como es nuestra costumbre, el ayuno purificador.

—Ciertamente, pues escrito está: «Os es preceptuado el ayuno. Temed al Misericordioso» — replicó el emir levantando su zihara blanca ante un arroyuelo—. No, no lo he olvidado, Naser. Escruté el cielo con mis estrelleros y adivinamos la cercanía inminente de la Rosa de la Aurora, fecha siempre propicia en mi vida. No tomaremos alimento alguno desde la ocultación del sol, y al día siguiente purgaremos nuestros estómagos y humores, como de costumbre, con un saludable jarabe elaborado por Yurnus, el físico. Luego nos dedicaremos en el oratorio a la plegaria, y a prestar oídos a nuestro espíritu.

—Así se hará, mi amado amo —sentenció grave, aunque espantado al oír del emír el signo astronómico elegido como consigna de la conspiración.

Se recompuso tras un guiño de connivencia con Suayl, y decidió acompañar al emír hasta el salón del Olmo. El primer peldaño de la estratagema se había remontado sin el menor obstáculo. Pero era ineludible asegurar los pasos sucesivos con la mayor precisión posible, y para ello disponían de dos días. Los eunucos adictos a la causa habían sido debidamente instruidos para mantener la normalidad y la monotonía del alcázar, y para eliminar cualquier inconveniencia hostil.

El testamento falseado se atesoraba a buen recaudo en el cubículo de Suayl, los turnos de guardia se habían distribuido con gente incondicional y las favoritas contrarias a Nud eran adecuadamente controladas por Tarafa. Nada imprevisto podía frustrar la sutil trama. Finalmente, consumirían el plan en la soledad de la capilla mientras se entregaban a la santa práctica del ayuno. Inmediatamente ejecutarían el último y esencial capítulo de la perversa traición.

Una sonrisa triunfal, como una mueca macabra, se dibujó en la faz del castrado. Naser dilató sus ojos y, frotándose nerviosamente los nudillos, se dirigió al herbolario del alcázar. Era el eslabón concluyente de la maniobra. Yurnus, el médico, no era especialmente adicto a la llamada «Camarilla del Mal», pero sus venenos no tenían parangón en todo el islam. Una hábil persuasión, sin mencionar el objetivo final de la pócima, y su conocida avaricia estimulada con un cuenco colmado de oro convertirían en viable su propósito. Penetró sin ser visto en una laberíntica estancia sumida en la penumbra, y un aire viciado y empalagoso a hierbas maceradas le hizo carraspear. Repleta de estantes polvorientos, atesoraba un sinnúmero de manuscritos, recipientes de cerámica, escudillas, pucheros atados con juncos y redomas de cristal que contenían los más dispares ungüentos y elixires. Sobre una mesa de mármol se alineaban tarros opacos con granadas ácidas, alfóncigos y electuarios de paloduz en alcanfor, nébeda seca, azufaiifa y almástiga envueltas en algodón y raíces de ajenuz y sandáraca. Un olor penetrante a esencias le llegó hasta la nariz, mas no vio al físico. De repente, cuando ya se marchaba decepcionado y de mal humor, de entre el vapor de un atamor hirviente surgió un anciano desdentado al que le asomaban tres dientecillos negros en las encías. Su rostro apergaminado e ingenuo delató pánico. Al-Harrán ben Yurnus detentaba el ilustre cargo de médico del emir. Lo saludó con su voz pausada, mientras se limpiaba las manos en un delantal de badana parcheada. De inmediato supuso que a aquella fiera sin escrúpulos no le guiaba nada bueno:

—El Clemente me trae la visita del victorioso chambelán. ¿Con qué honor?

El castrado se le acercó conminatorio, aunque con gesto adulador, colocando dos bolsas repletas de monedas de oro ante sus maravillados ojos.

—Hoy acudo a tí para cobrarme los favores que procuré en otro tiempo a tu hijo y a tus familiares de Granada. ¿Estás dispuesto a recibir la dádiva más grande de cuantas te ofrecieron jamás, y gozar de mí aprecio?

—Mi gratitud siempre fue manifiesta, gran chambelán. Te escucho —contestó el físico, consternado y con todos sus sentidos en guardia.

—Necesito de tus reservados servicios, Yurnus —le confió en un tono casi imperceptible—. Has de elaborarme un veneno eficaz y poderoso para un fin reservado del que te exijo total discreción, pues te va la vida en ello. Únicamente será conocido por ti y por mí, y nadie más, por muy alto que se halle. ¿Me entiendes? Tu silencio será recompensado generosamente con estos mil dirham, y si el desenlace es óptimo pregonaré tu fama por todo al-Andalus. Sé que no es la primera vez que los preparas, aunque en esta ocasión debes superarte.

—Nunca elaboré en el alcázar veneno alguno, gran fatá —dijo bajando la voz—. En este lugar existen ojos vigilantes y manos insidiosas dispuestas a usarlos indebidamente. No obstante, puedo disponerlo en la trastienda de mi casa. Allí guardo una onza de cardamomo de Java, de efecto fulminante y mortal. Únicamente con diez o doce gotas diluidas en cualquier jarabe, quien lo ingiera, sea hombre o animal, rico o pobre, morirá sin remisión instantes después.

—¿Posee esa ponzoña algún antídoto, amigo Yurnus? —se aseguró.

—Sí. La triaca de Faruq —informó misterioso—. Un electuario hecho con veneno de víboras hembras, bálsamo de Judea, tierra bolar y amomo; componentes difíciles de encontrar y de disolver adecuadamente. La leche de cabra también retarda sus letales efectos. No obstante, quien ingiera el veneno no tendrá tiempo de tomar su vomitivo, si no se ha compuesto previamente. ¿He de elaborarlo también, Naser?

—No, en modo alguno —ordenó brusco, mirando hacia la puerta—. Solamente el filtro, Yurnus, y lo preciso sin dilación..., de aquí a dos días.

—Lo dispondré tal como sugieres. Pasado mañana, tras la oración, depositaré una redoma de vidrio detrás de estos dos tratados griegos y de la arqueta de escalpelos. Después aguardaré tus noticias en la sala de los intendentes del señor emir.

—No reveles a nadie del alcázar este encargo, ni siquiera al sultán —lo amedrentó en un tono agresivo—, si no quieres ver tu Pellejo colgándote de los pies.

—Alá guíe mi mano y enmudezca mi boca, gran fatá —replicó sumiso.

Yurnus, con gesto dubitativo, abandonó el alcázar, como otros muchos servidores y secretarios, después de la oración de la tarde. Tras la visita del fatá, su cabeza era un crisol donde hervían toda clase de escrúpulos, fidelidades, indecisiones y mil conjeturas inquietantes. «¿Dónde pueden encajar los fragmentos diabólicos de la trama que intuyo? —se preguntaba—. ¿Quizás en los labios del emir?» No había probado bocado en todo el día, e inquieto vagó por el palacio tratando de buscar un indicio revelador de sus temores. Las últimas intrigas del harén a las que no era ajeno y la actitud insolente del chambelán no ofrecían dudas. El objetivo era el emir.

Y además, al cabo de dos días el sultán practicaría su acostumbrado ayuno mensual, junto a ese

bastardo de Naser a quien le guardaba un sordor encor por su crueldad con los esclavos, y por haberlo vejado ante el emir y sus hijos tachándolo de físico incompetente. Y no olvidaba cómo vendió a unos mercaderes sirios a su aprendiz más notable, embolsándose las ganancias de la venta sin hacerlo partícipe. Así que, después de mucho reflexionar, estaba decidido a abortar el plan, sin duda maléfico y contrario al emir. Y si se hallaba en un error y el destinatario era otro hombre, nada se perdía. Trató de franquear algunas puertas del alcázar para descubrir en el gesto de los eunucos la respuesta a sus dudas, pero desistió, pues corría el riesgo de ser delatado por algún castrado. De necesitar ayuda, decidió demandarla fuera de las murallas de la alcazaba.

Conforme caminaba, esquivando a los viandantes y bestias de carga, repasó la relación de cortesanos leales al sultán y su ánimo se reconfortó. El maestro Habíb y los cadíes lo escucharían. Pero lo consideró arriesgado. Luego pensó en Farnas, cuya vivienda se hallaba demasiado alejada de la suya. Inmediatamente acudieron a su mente Samir y al-Gazal, vecinos de su barrio de al-Raqáqín. Debía meditarlo durante la noche y atinar con la persona adecuada. El tiempo acuciaba y había que obrar con diligencia. A Samir lo descartó, pues al permanecer mucho tiempo junto al emir podría estar estrechamente vigilado. Tal vez al-Gazal, el alquimista, fuera la persona más acertada. Últimamente no frecuentaba el alcázar y permanecía sumido en sus estudios. Cavilaría sobre el modo de comunicarse secretamente con él. El emir debía ser avisado aunque pudiera parecer sólo una aventurada conjetura, o su alma vagaría toda la eternidad con aquella horrenda culpa.

Miró hacia atrás y comprobó que nadie lo seguía. El sol anaranjado del ocaso lamía las lonas del zoco de las especias, donde los mercaderes guardaban sus cestos y lebrillos, apilándolos junto a los mulos. Las tiendecitas y almacenes de los perfumistas también echaban sus cortinas. Al cabo de una hora, Córdoba, agotada su vitalidad diaria, caería rendida en la frescura del río y sus riberas.

A la mañana siguiente Yurnus madrugó. Esperó la voz del almuédano convocando a la oración y aguardó a que la ciudad se desperezara. Al cabo, oyó a los panaderos, las azuzadoras llamadas de los arrieros y hortelanos y el zumbido de los tornos de los alfareros. Era el momento. Se escabulló entre las penumbras, y sintió el aliento húmedo de la mañana. Ascendió tras unos muleros el empinado camino de la puerta de Sevilla. Oteó las callejuelas y no advirtió a ningún husmeador de Naser. Al llegar al primer recodo, aceleró el paso y se unió a una recua de asnos de los alfareros de Almodóvar oculto entre el polvo y las albardas cargadas de cántaros. Debía llegar a la casa de al-Gazal antes de que éste saliera en compañía de sus criados al mercado. Ralentizó el paso hasta que advirtió que el mayordomo abría la cancela. Se acercó tímidamente a la puerta y, sin decir palabra, se deslizó como una sombra en el zaguán.

—Quiero ver a tu amo. Llámalo —solicitó al asombrado mayordomo, que lo hizo pasar al interior, ignorante de quién era ese hombre que cubría su rostro con un tailasán pardo.

Al Poco, con paso moroso, aspirando el denso perfume del jardín y envuelto en una zihara azul, apareció el poeta. La alberca, mansa y lisa como una lámina de cobre, reflejaba una luz rosácea. Se adelantó hacia el recién llegado y le saludó acogedor:

—Que el Misericordioso bendiga a quien solicita mi hospitalidad tan de mañana. Salam, hermano.

—Salam alaykum. Sea contigo su Clemencia —replicó retirando su capucha.

—¡Ben Yurnus! —exclamó al verlo—. ¿Qué desea de mí el médico del emir?

—Vayamos a un lugar reservado. He de descargar mi corazón, o reventaré.

El boticario le relató con toda profusión de detalles las últimas maniobras del serrallo, así como el misterioso encargo del gran fatá. Al-Gazal se acarició la barba y se atusó nerviosamente el bigote. Permaneció unos instantes meditabundo y por su rostro pasaron como en un espejo los temores barruntados durante los últimos años. Se mostró preocupado, e incluso desalentado, hasta al fin manifestarle grave y adusto, acuciado por la gravedad del momento:

—Considero extremadamente complejo desbaratar la trama, e indudablemente pienso como tú, como que el sol sale para todos, que el destino de esa pócima no es otro que Abderramán. No me cabe la menor duda. Están cebándolo para la inmoliación.

—Hemos de alertar al emir, y él se ocupará de acabar con esta traición, pero sólo si obramos diligentemente y con astucia. La cuestión es cómo.

—Los eunucos lo tendrán todo controlado, y nadie podrá aproximarse al emir hasta que consumen su execrable crimen. Y a mí, como a todos los poetas del Diván, me está vedado el acceso a sus habitaciones privadas si no soy convocado previamente. Sólo sus esposas están libres de esa vigilante disposición. ¿Cómo entonces infiltrarse en el harén? Embarazoso y aterrador empeño, mi buen Yurnus.

—Abordar al sultán parece imposible —corroboró el médico, desalentado.

Al-Gazal reflexionó durante largo rato, hasta el punto de irritar al físico, que lo miraba absorto. De repente el rostro se le iluminó, y exclamó exultante:

—¡últimamente frecuento la mezquita de al-Hasa, y creo haber encontrado una solución a nuestro problema! Lo avisaremos a través de una tercera persona en un momento en que no lo vigilarán.

—Revélamelo, o estallaré de impaciencia. Mi corazón ya no resiste estas alarmas.

—Escucha atentamente, amigo Yurnus. Mohamed, Shifa y Qalam permanecen alejados en la Arruzafa. Aproximarse a las medinasas en su pabellón del jardín resultaría arriesgado, pero aflora en mi cabeza otra oportunísima posibilidad.

—¿Cuál? —preguntó con los ojos fijos en los labios del alquimista.

—La favorita Fayr; esa princesa bereber llegada hace unos meses, que exhibe su cuerpo tatuado. Es nuestra única oportunidad. Aún no ha sucumbido a las perfidias del harén y no inquieta por tanto a los eunucos. Pasa inadvertida, pero en cambio tiene camino franco hasta la persona del emír, que la distingue ostensiblemente.

—¿Y de qué modo, al-Gazal? Acceder al harén, si no está indispuesta o enferma, me es vedado a mí y a mis físicos intendentes. No es posible, lo lamento.

—Tu ayudante, el herbolario, es un bereber de los Banu Marin, ¿no es así?

—Ciertamente, pero no logro entender qué te propones.

—Resulta sencillo. Esa piadosa mujer se encamina invariablemente todas las mañanas a la mezquita de la plazuela al-Hasa. La separan veinte pasos de la puerta de los jardines del alcázar, y la acompañan dos esclavas de su misma tribu. Tu discípulo comprobará que ningún guardia las sigue; debe abordarla dentro del oratorio, simulando ser un mendigo, un orante, o so pretexto de proveerla de algún fármaco, momento en que le entregará el aviso para el emir. Le detallaremos la traición que se cierne sobre él, recordándole un mensaje que luego te dictaré. Él sabrá interpretarlo. No atisbo

otra solución, y hemos de arriesgarnos. Si no diera el resultado apetecido aún nos resta un día para proyectar algo más audaz.

—Sea, al-Gazal. Esta tarde, cumplida la oración, pasaré ante tu puerta. Si la rebaso sin detenerme, es signo de que tu idea logró el éxito apetecido. De lo contrario, afrontaremos riesgos más aventurados. El Clemente nos guíe.

—Corremos un peligro real, pero todo plan perverso descubre inexcusablemente fisuras insospechadas.

—Nuestra devota acción volverá a Dios más compasivo. Aguarda mi señal.

El médico, acompañado por el alquimista, se deslizó por la puerta del huerto lindante al arrabal del Balat Mugith. Desde allí descendió junto a un tropel de carros y palanquines hacia el alcázar y se confundió con la ruidosa muchedumbre que cruzaba el puente. Accedió al palacio y se aisló en la semipenumbra de la botica con su discípulo predilecto. Luego preparó una bolsita con un dibid de hojas maceradas de rosas, colocando en su fondo una esquila con un preciso mensaje: «Absteneos del rocío que destila el vaso del ayuno en la Rosa de la Aurora». Enseguida se encerró con el muchacho y proyectaron minuciosamente el encuentro con la africana.

Al-Gazal, sospechando ser vigilado por agentes de Naser o Tarafa, siguió con escrupuloso cuidado, aunque con cierta impaciencia, sus hábitos cotidianos. No obstante, en su mente ideaba una junta urgente con los miembros de la Piedra Negra, caso de fallar la tentativa de la yariya Fayr y el atrevido físico.

Al fin, nervioso tras la tensión de un día de espera y atenazado por la angustia, divisó al algebrista en la lejanía. El horizonte acunaba el sol arrebolado del ocaso, lamiendo la figura encorvada y menuda de Ben Yurnus. Como solía hacer, el droguero dobló presuroso la esquina de su almunia, sin detenerse ni esbozar gesto alguno, y desapareció tras el polvo dorado de la tarde. Al-Gazal exhaló un intenso suspiro y un sosiego tranquilizador se apoderó de él. Ya sólo restaba que la belleza de Fez se acercara al emir con algún pretexto, pues Abderramán, si no precisaba asistir a audiencias o celebraciones, gustaba de su compañía. Pero, ¿querría el destino acatar el nefasto horóscopo del chambelán? Si moría el emir, su amigo e imán, años de oscurantismo y opresión se cernían sobre la indulgente Córdoba.

El siguiente amanecer, el día marcado por los conjurados, un sol grácil y azulado ocultó la luna, instalada en la brillante Rosa de la Aurora. La primavera había arrinconado las nubes grises, los braseros y candelas y las coberteras de lana de los lechos. Nuevamente las umbrías perfumadas cubrían el jardín de los Emires, aromando de lozanía y fragancias el alcázar. Ben Yurnus penetró temeroso en el herbolario y comprobó que la pócima había sido retirada del rincón donde la había escondido.

—Justo el día del ayuno. Las sospechas se aclaran concluyentemente. El destinatario es el sultán. ¡Bastardos! —murmuró para sí, y una nota de incredulidad tiñó su mirada.

Ascendió angustiado a las estancias privadas del emir y aguardó en la salita de los intendentes por si sus servicios eran requeridos. A escondidas había preparado el contraveneno por si fuera necesario. Su corazón parecía escapársele por la boca. Si el recado había sido interceptado, aquél sería el último día en que vería el sol. Oyó la voz del almuecín y se postró en tierra para rezar una

atormentada plegaria. Después sus alertados oídos percibieron puertas que se entreabrían y pasos apresurados por el corredor. De un salto se incorporó y, torpemente, entreabrió un palmo la puerta. El emir abandonaba sus habitaciones acompañado de la acostumbrada cohorte de eunucos y chambelanes. Asomó la cabeza y se quedó petrificado. Sus ojos no podían creer lo que veían, y el desánimo y el espanto embargaron su corazón. Resultaba más que evidente. El mensaje no había llegado desgraciadamente a su destino, y el compasivo emír moriría entre espasmos atroces en tan sólo unos instantes.

—¡Que el Clemente nos proteja! —se hundió desesperado.

Naser y Abderramán, conversando amistosamente, se dirigían al suntuoso oratorio para entregarse a la oración y al ayuno, seguidos de un rebaño de ceremoniosos lacayos con vistosas libreas de seda verde y encarnada. Uno de ellos marchaba al lado con una bandeja de plata, y en ella una copa de ágatas conteniendo el purgante habitual del ayuno. Pocos conocían que a su imán, supremo guía de creyentes, lo atraían a una mortal celada, cuyo cebo era aquel brebaje envenenado. Ya poco podía hacer el físico, y si gritaba o se aproximaba a la entrada de la capilla, uno de aquellos jurs lo degollaría de inmediato y sin piedad, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, tomándolo por loco. Impotente, siguió inmóvil en el quicio y aguardó el inevitable y nefasto final, lamentando en lo profundo de su alma no haber podido evitar una muerte que le perseguiría toda la vida como una joroba de maldición y oprobio. Se acomodó en un rincón de la estancia de curas Y, abatido, se conformó con la adversa fatalidad que el hado le había deparado.

—¡Dios mío, saber que mis manos han creado ese mortal veneno!

Reverentemente, el emir y los eunucos se postraron en tierra ante el mihrab, ricamente exornado de marfiles y láminas buriladas con jacintos de bronce dorado, esmaltes y jaspes rojizos. El lucernario despedía un fulgor diáfano, saturando de placidez el oratorio. Tras un prolongado rato de devotos rezos, el soberano se incorporó y besó con religiosidad un Corán fileteado de oro. Luego dio la vuelta y se detuvo en las escalinatas, posando su mirada bondadosa y a la vez inquisitiva en el fatá, al que manifestó con voz autoritaria e intrigante:

—Naser, la pasada noche he padecido un cólico inclemente, y con ese malestar no encuentro aliento para consumir una jornada de abstinencia y rezos. No obstante, te acompañaré unas horas en tu penitencia antes de retirarme a mis aposentos. Puedes tomarte el tónico preparado para mí. Te hará bien y limpiará tus humores.

El castrado crispó los labios, inmovilizado por la implacable conmoción del instante, como si las palabras del emir hubieran penetrado arrasando sus entrañas.

El sultán estudió la reacción del eunuco, y aguardó notar algún gesto humano. Finalmente percibió en sus ojos ambiciosos al auténtico Naser, al que había cubierto de afecto, gloria y riquezas, al perverso traidor que lo había embaucado durante años. Le costó trabajo aceptarlo y reconocer en aquel descastado al niño que rescató de la inmundicia, a su fiel confidente y esclarecido ministro. Y si no hubiera sido por la advertencia de Yurnus y la morena Fayr, ahora mismo se hallaría tan frío e inerme como las losas que pisaba. ¿Qué malvada acción había perpetrado para merecer semejante tributo?

Al granfatá se le heló la sangre. Se resistía a admitir las recomendaciones de su señor, y no sabía cómo escapar airoso del atolladero. Mudó el color de sus facciones, y de su boca lívida no surgían

las palabras. Una flojedad paralizante le subió desde las piernas, y la garganta se le secó por el pánico y la tensión. ¡No podía ser! ¿Lo habían descubierto, era una casualidad, o sólo la veleidad de un destino esquivo? Fingiendo sorpresa, se excusó titubeante ante el sultán, sudando copiosamente:

—Mi amo, yo... esta mañana he ingerido algunos manjares, y probarlo puede ocasionarme algún desarreglo en el vientre... Podemos postergarlo para otro día más propicio, y dejar... —objetó, sintiendo un desbordante temor.

—¡Naser, te noto angustiado y pálido! —insistió cínico, cortándolo y sin concederle un solo pretexto para rehuir su ofrecimiento—. ¿Acaso lo que preparaste para mí no es beneficioso para tí? Me inquietas desagradablemente. ¡Insisto, cátao o lo tomaré como un desaire! Haces que recele y que la duda asome a mi mente.

Los eunucos y sirvientes, consternados, no entendían aquella insólita situación y se miraban inquietos unos a otros. jamás habían percibido a su emir tan terco y desconsiderado con el gran chambelán, por lo que comenzaron a sospechar que algo inconfesable y de naturaleza extraordinaria estaba sucediendo en aquel tenso momento.

El chambelán, no hallando en su mente ningún subterfugio para rechazarla, asió con su temblorosa mano la copa, y con los ojos desencajados y los labios pálidos, tomó unos sorbos temblorosamente, ante el desconcierto de los cortesanos y la mirada entristecida y acuosa del emir. Inmediatamente le sobrevino una sudación fría que le corrió por las vísceras como sí mil cristalinos azogues le corroyeran las tripas. Tambaleándose, intentó asirse a uno de los criados, pero la vista se le nubló y cayó de bruces. Luego, excitado y fuera de sí, gruñó balbuciente:

—Excusadme..., estoy... enfermo... y he... de retirarme.

Al salir, como un espectro, se precipitó torpemente contra la puerta, y en su confusión derribó a uno de los guardias mientras mascullaba expresiones ininteligibles, provocando un revuelo mayúsculo en la galería. Uno de los eunucos fieles intentó ayudarlo y el sultán, abatido y desalentado, aunque con ademán hosco, le ordenó:

—Dejadlo, los buitres siempre se ocultan para agonizar. —Suavizó su decepción con una sonrisa inquietante—. Los designios de Dios aún no se han cumplido.

—¡Dios Misericordioso, ha intentado envenenarte, mi señor amado! —exclamó Sadum, tirándose al suelo abrumado y abrazándole los pies.

—Así de cierto y horrendo, Sadum, y me resulta intolerable, amén de injustificado. Había tejido a mi alrededor una burda conspiración abortada por la Providencia de Dios y el valor certero de dos fieles, Yurnus y la princesa bereber —contestó, y la palidez se adueñó de sus facciones—. Llamad a mis hijos y al primer vísir, y que el Consejo sea convocado inmediatamente. ¡Y que nadie abandone el alcázar!

—La amistad te convirtió en vulnerable, pero Alá no había concluido el libro de tu vida, mi señor. Y ahora, supongo, viviremos tiempos de horror y muerte.

—Reclamo mi derecho a defender mi sangre y mi vida, amigo Sadum.

Naser, mientras tanto, logró incorporarse y, tambaleándose, se dirigió en una desenfrenada carrera hacia la botica de Yurnus, arrojando por la boca espumarajos verdosos. Sus facciones se abotargaban por momentos, tomando un color pardusco, y sus párpados se habían vuelto del revés descubriendo

sus sombrías retinas, Los palaciegos, ajenos al suceso, se apartaban a su paso sin explicarse aquellos alocados y torpes traspiés.

—¡Favor, auxilio! —farfullaba—. ¡Leche de cabra. Quiero leche de cabra!

Cuando, agarrotado y aturdido, se coló en el herbolario, seguido de una veintena de indiscretos servidores y del físico Yurnus, se precipitó como un poseso sobre una de las estanterías y, destapando cuantas redomas encontraba en los estantes, empezó a ingerirlas atropelladamente. Luego emitió un alarido demoniaco y derrumbó uno de los anaqueles, se precipitó sobre su cabeza una cascada viscosa de pócimas y líquidos pringosos. Por último, tras su infructuosa ingesta, cayó fulminado en un ataque desgarrador, encogido y bañado entre sus propios orines y excrementos. Después estiró la lengua espantosamente y lanzó un vómito nauseabundo. Al acercársele el físico, el eunuco, ante un espantado corro de palaciegos, expiraba en medio de horrisonas maldiciones.

—Cuando el Misericordioso consiente algo, lo hace sin piedad —sentenció Yurnus.

—Lo poseyó todo y ahora tendrá únicamente una mortaja y una tumba, como todos —terció un esclavo que escupió antes de desaparecer—. ¡Bastardo castrado!

Inmediatamente, el alcázar, que se cerró a cal y canto por orden del maestro de ceremonias Sadum, se convirtió en un trepidante mentidero de habladurías, idas y venidas, mensajeros corriendo por los pasillos y atropelladas decisiones, todo en medio de una atmósfera de sobresalto, delación, tensión e incertidumbre.

Abderramán, sumido en una dolorosa conmoción, reunió urgentemente a su gran visir, el virtuoso Ben Suhayd, a quien le comisionó una investigación y represalias inmediatas, antes de retirarse abatido al mirador del Arrecife. Sus ojos aguardaban vacilantes y melancólicos una explicación convincente, pero sólo le llegaban noticias de encausados y traiciones. Al poco le testimoniaron que a Suayl y a dos eunucos más los habían hallado ahogados en sus propias defecaciones, las lenguas negras como la pez, junto a un pergamino hecho mil pedazos donde se adivinaban algunos nombres.

Aquella misma tarde, en dos almunias de la Arruzafa, las plañideras lloraban la muerte de dos cortesanos a los que Suhayd había enviado un escueto pero claro mensaje: «O morís con honor, o esta misma tarde seréis juzgados por alta traición». Al qaid Ben Husn y al visír Rabbihi los sorprendieron, a uno echado sin vida sobre su espada, y al otro cerúleo como el mármol, con las venas seccionadas, dentro de su baño. Pero parecía que antiguos y agraviados resentimientos aún sobrevivían en el alcázar, y la muerte y la desgracia no concluirían.

Ben Yurnus, el denunciador de la conjura y providencial salvador de la vida del emir, había sido hallado brutalmente desnucado en su maltrecha botica, con la lengua seccionada, signo inequívoco de haber sido juzgado por los desleales como despreciable delator. Mil conjeturas se sucedieron a su asesinato, y su irremplazable testimonio desapareció con él, dejando sin desvelar oscuros propósitos de la conspiración. El emir lamentó no haberlo protegido, y lloró amargamente, mordiéndose el reverso de la mano en señal de suprema desgracia. Córdoba entera quedó impresionada por los luctuosos hechos, y rezó en las mezquitas por su infortunado sultán, al que amaba.

Aquel mismo mediodía, con un reducido séquito, Abderramán, abatido y sin ánimos, se encerró en las espesuras del palacio de las Aguas Rumorosas. Desde aquella nefasta jornada, el príncipe generoso y compasivo cayó en un profundo abatimiento del que ya no saldría jamás, convirtiéndose

en un misántropo miedoso e introvertido. ¡Aquel halcón impetuoso, transfigurado en la más vulnerable de las palomas!

Cuando un sol escarlata fundía de reflejos cárdenos las aguas del río y los alminares de Córdoba, los familiares de Naser, tachados de asesinos, eran trasladados a empellones a los calabozos de la mutbaq, donde a Billah, el torturador sudanés, le rogarían la muerte como la más deseable de las dichas. Aquel día, el rumor y un regato de denuncias señalaron a Tarafa como culpable, pero algunas esposas testificaron su inocencia en la trama, pues desde hacía semanas se hallaba lejos del alcázar y de los conspiradores. El propio eunuco, arrastrándose ante el cadí, juró y perjuró llorando por el santo Corán que nada tenía que ver con la intriga, e incluso señaló a unos eunucos de tibia fidelidad, que pagaron con su vida. El brazo de la justicia aún no lo había marcado con su índice inapelable. ¡Verdaderamente extraordinaria su capacidad para exculparse!

No lejos de allí, un pregonero de palacio, jinete de un brioso alazán, antes de fijarlo en la mezquita difundió por las abarrotadas plazas y calles, ante la enfurecida multitud, un lacónico bando escrito por su príncipe:

Musulmanes: Que la memoria de Naser sea borrada de los anales de al-Andalus. Que su nombre se suprima de las inscripciones de la aljama y sea desposeído de sus títulos y haciendas. Que la mezquita levantada con sus ímpías limosnas sea cerrada al culto y el Corán de Utmán devuelto a la aljama mayor. Tendió una trampa a Dios y a su humilde imán, y ahora lo cubre la tierra. Dios lo humille en el infierno.

ABD AL-RAHMAN, EL SIERVO DE Dios.

En el último día del shabán a. h. 218.

La noticia corrió por los arrabales, insinuándose en los mentideros como el viento invernal. Al-Gazal examinaba en su biblioteca con Sanae los índices astronómicos de Ben Anas, cuando el mayordomo se lo comunicó alborozado. Un suspiro de alivio salió de sus labios. No hubiera podido soportar un gobierno de despotismo e intolerancia ni la amarga muerte de su amigo y soberano, que en aquellos momentos sería presa de la más desoladora de las desesperanzas. Tan innoble acción le arrebataría años de su vida, y la desconfianza anidaría para siempre en su corazón.

—Lo ha traicionado aquel en quien más confiaba. ¿Puede existir mayor perversidad?

—Querida Sanae, dice un proverbio de estas tierras: «Inclinémonos ante el mono mientras gobierna». Naser simuló fidelidad durante años, hasta que su codicia lo perdió. El emir se hallaba sobradamente confiado en su trono, y se lo advertí. Sin embargo, el asesinato de Yurnus me colma de intranquilidad. ¿Qué pudo suceder, y cómo no se rodeó de la suficiente protección? Lamentable, en verdad.

—¿Vendrás a visitarme esta noche, mi amo? —preguntó con ojos candorosos—. Desde tu regreso del país de los nordomani no has calentado mi lecho con tu pasión.

—Hoy nos reunimos los amigos de la Piedra Negra en casa de Fírnas. El tema de nuestras consideraciones versará sobre estos tristes sucesos.

—Adivino en tu cara un halo de inquietud, mi amo —le confesó.

—La camarilla del mal no está acabada, mi niña, y los tentáculos de la hídra persisten aún. Al-Layti, Tarub y Tarafa aguardarán agazapados el momento preciso, y maquinarán nuevas infamias ahora que el emir estará apartado del gobierno. Presiento tiempos de maldad. Duérmete y guarda tu ternura para un joven de alma risueña muy cercano al corazón de los dos. Mis pulsos se debilitan cada día mas y ya no puedo cruzar contigo emociones ardientes.

Ella le regaló una tierna mirada, y dejó escapar lágrimas de infinita gratitud.

Salió de la almunia, y la luna, como un cayado, acompañaba en el firmamento a una legión de estrellas.

CAPITULO XXI. Zandaka.

Al-Gazal había presentado en la observación de los astros el anuncio de infortunios venideros, y aquella aciaga nota parecía corroborar sus intuiciones.

Leyó una y otra vez la comunicación, y no podía creerlo. Los fantasmas del pasado retornaban con toda su crudeza, y sus viejos recelos se confirmaban irremediablemente. Se temió lo peor, y su calma se quebró como el cristal. ¿Qué pecado había cometido para merecer aquello? La casa se había convertido en un puro lamento. Su esposa, Sanae, Balansí, sus hijas y sirvientas Horaban como plañideras, y los hombres se revolvían recelosos e inquietos.

No debía presentarse ante el cadí Ben Allajmi de la mezquita para responder de la denuncia de un musulmán anónimo, sino ante el inquisitorial tribunal de la Hisba, donde únicamente comparecían los acusados de tibieza en la fe, los apóstatas o los traidores al Estado acusados de lesa majestad. Ya no lo dudaba: el fanático al-Layti y el truculento Tarafa, expertos tahúres del juego traído por Ziriyab, sabían que para rematar al rey era necesario aniquilar previamente a sus baluartes principales. Pero ¿quién había presentado la denuncia? ¿De qué se le acusaba realmente?

Se cita a Yahía ben al-Hakam al tribunal de la Hisba, para responder de la inculpación de un creyente al amparo del sagrado Corán. Comparecerá a la hora tercia del día de mañana en el salón Kamil del alcázar de los Emíres.

La primera reacción fue una borrascosa confusión de angustia. Carreras de indecisión de un lado para otro y los gimoteos y la desazón se adueñaron de una familia donde reinaba el sosiego. Tranquilizó a familiares y amigos y alertó a los miembros de la Piedra Negra. Él había sido el convocado, pero con aquella comparecencia pretendían enjuiciarlos a todos ellos. Al fin esgrimían sin paliativos la prueba tan celosamente guardada. Se acomodó junto a un Masrur derrumbado y aturdido.

—Aprovechan mi indefensión sabiendo que el emir se encuentra imposibilitado.

—Con seguridad, los agentes de Tarafa conocían vuestras tertulias teológicas, y únicamente tratan de sondearte para intimidaros. ¿Por qué no te entrevistas con el emir, padre? Está en deuda contigo. Tal vez no lo sepa, pero tú le salvaste la vida.

—Se halla postrado en su lecho, y me llevaría semanas concertar una audiencia. Lo que verdaderamente temo es el perjurio de esos alfaquíes. La calumnia corre como el viento y muchos soplarán para apresurarla, hijo mío. Cuida de mi casa mientras tanto; y si algo ingrato sucediera, monta el caballo más veloz y marcha con Balansí a Jaén. Mis hermanos velarán por nuestras vidas e intereses.

Sin embargo, una duda le rondaba la cabeza perturbándolo hasta la irritación. ¿Conocería el emir la acusación y la celebración del precipitado juicio? Se sabía amigo perseverante del sultán, ¿y que podía temer entonces?

Después de una vigilia inacabable, en la que no consiguió conciliar el sueño fabricando argumentos, se aseó, oró y, vestido con una zihara inmaculada, apareció en el patio con ademanes imperturbables, alentando a todos. No obstante, la tragedia se palpaba en los miembros de su familia, y su ánimo se conturbó.

—He de irme ya... y lo haré solo —anunció con voz firme.

Antes de abandonar la almunia su alma se sosegó. Acudieron Samir, Habíb y Firnas para acompañarlo, y el zulema le aseguró que no existía encausamiento, sino tan sólo un requerimiento por una censura privada que nadie conocía, salvo el juez.

—¿Todavía te fías de ese cadáver hipócrita y malvado de al-Layti, maestro?

—No se atreverán con un amigo del emir —lo animó.

—¡Vamos, sosiégate!

—Nadie obra con justicia si antes no ejerce la compasión, y al-Layti no conoce ese sentimiento. ¿Y cuántas veces el error y la falsedad vencieron a la verdad? Pocas, maestro.

Abrazó a su esposa con compasión y envió una sonrisa de ternura a Sanae, oculta tras las celosías. Después estrechó entre sus brazos a Masrur, que lo aguardaba con entereza en la verja del zaguán, junto a un sollozante Balansí.

—Padre, rezaremos al Oculto para que ilumine tus labios y esclarezca tu mente. La verdad de un hombre justo es su alma, y la tuya es egregia. En ella confiamos.

—Confíemos sólo en Dios. Aguardadme para la oración de la tarde.

En el salón Kamil se había establecido la audiencia en que se celebraban las sesiones de la Hisba. La noticia había corrido por Córdoba como una saeta, y decenas de ciudadanos y fisgones se agolpaban en sus puertas, deseosos de acechar al elegante amigo del emir y verlo comparecer ante los severos alfaquíes. Desde hacía horas aquel juicio se había convertido en la comidilla de los rastros de Córdoba y todos deseaban conocer el desenlace. Desde la conjura, noticia tan apetitosa no corría por sus mentideros. Lo recibió obsequioso en la puerta de los Visires el secretario, a quien consultó con gesto de ansiedad:

—Mi buen katibiass, ¿se ha informado a nuestro señor de este proceso?

—El emír descansa en la Arruzafa aquejado de un hondo abatimiento, El físico ha prohibido importunarlo. Se le informará cuando su ánimo lo permita, al-Gazal.

Al diplomático se le cortó el aliento. Era necesario actuar con diligencia, por lo que se volvió hacia Ben Habíb y le manifestó excitado, susurrándole al oído:

—Maestro, no me gusta el cariz que toman los acontecimientos. Compromete a nuestras amistades y al mismo príncipe Mohamed si fuera necesario. Abderramán ha de conocer cuanto acontece, o mí cabeza no continuará sobre mis hombros. Te lo ruego, acercaos Samir, Firnas y tú al palacio de las Novedades o al de las Aguas Rumorosas, o será demasiado tarde. Buscan mi infortunio y nada los detendrá.

Penetró solitario en el salón orbital del alcázar, tan frecuentado en audiencias y fastos. El ambiente era frío y formal. Al fondo, en un diván damasquinado, se hallaban los cinco miembros del tribunal

en vigilante actitud, iluminados por un haz de rayos blanquísimos provenientes de las vidrieras que parecía hacerlos levitar. Se tocaban con turbantes negros y cubrían sus túnicas con los preceptivos burnus, albornoces de listados polícromos, firmemente persuadidos de su celo indagador.

«Sobrado ceremonial para una insignificante acusación», pensó consternado. Avanzó observándolos y, sin quererlo, esbozó una mueca de disgusto. Aquellos alfaquíes no le infundían seguridad, y en especial al-Layti, que seguramente lo presentaría como un hereje contumaz. Allí estaba arrellanado en el estrado, comidas sus entrañas por la podredumbre y las pústulas rojizas que le asomaban por el cuello. No dormía, y apenas si ingería alimento alguno, pero había aguardado anhelante este momento por humillarlo, y sacó fuerzas de flaqueza para asistir. El alquimista no era ajeno al «piadoso» celo de aquella hiena de la acusación.

Al-Gazal se inclinó y, tras un intercambio de miradas de mutuo desprecio, fue invitado a sentarse en un entarimado frente a ellos. Un silencio casi místico se hizo en la sala, hasta que la voz quebrada de al-Layti resonó como un rugido:

—Yahía ben al-Hakam ben Wafi, de los yunds de Damasco. Nos consta que no has blasfemado públicamente. que eres compasivo y acatas el Estado lícitamente constituido en al-Andalus, hasta el punto de haber servido a esta comunidad con eminentes servicios, ensalzando nuestra fama por el mundo. Igualmente has cumplido con tres de las más benditas empresas de todo creyente. Participaste innúmeras veces en la chihad, la guerra santa, observaste en tu juventud el precepto de la hachch peregrinando a La Meca y, como conducta excepcional vedada a muchos. has cultivado la talab al-ilm, la búsqueda de la sabiduría en Oriente, convirtiéndote así en un diligente investigador del conocimiento en los dos Orientes.

—Cierto es, al-Layti —respondió con la ingenuidad de una doncella, pero aguardando lo peor—. Y siendo así¿de qué cargo se me acusa entonces? Mi trayectoria y mi religiosidad son sobradamente conocidas en Córdoba. No soy un perturbador del pueblo y no se me conocen actividades contra el emir, quien me tiene por amigo.

—Extraño concepto de la amistad el tuyo. ¡Mientes! —gritó el alfaquí, iracundo, atrayendo sobre sí la mirada sañuda de los otros magistrados—. ¡Este infame libro de tu propiedad lo contradice! —y lo blandió en alto con un rictus triunfal.

A al-Gazal, confundido y sin habla, se le desencajó el gesto y notó que las manos le sudaban copiosamente. Allí, ante sus ojos, brilló el medallón restañado de la estrella de Salomón y los rugosos pergaminos del mutilado Trono de Dios. «Al fin ha aparecido la prueba inculpatoria, y el momento no Podía parecer más propicio, con el emir postrado y él controlando los resortes del poder», pensó para sí. En pocos instantes pasó por su mente la risa embaucadora del librero, la sorpresa de los cofrades, la ascética imagen de al-Jabalí y los semblantes amigos de Basilio de Bizancio y Gottar el Negro. Todos parecían asistir con él a aquel fatídico e inculpador momento. No, no había sido un vulgar ladrón de caminos quien había sustraído aquel ejemplar, sino algún alfaquí o eunuco al servicio de aquellos sectarios. Su arrojo se hundió y comprendió que de allí no saldría sino condenado. Sólo le restaba un resquicio para la salvación, y estaba en manos de Firnas y Habib. No había sido convocado a responder, sino a ser enjuiciado sumarísimamente. No obstante, su corazón le aseguraba que no habían conseguido revelar el contenido del tratado, pues muchas de sus claves eran desconocidas incluso para él. Lo acusaban a ciegas. Luego recordó cómo al-Jabalí había arrancado las hojas más comprometedoras, y respiró.

—Yo no lo he escrito —se defendió retador—. ¿Y cómo puede inculparme un libro indescifrable encontrado casualmente en el zoco de los Libreros? Entonces deberíais acusar a más de cien sabios de Córdoba.

—¿Un alquimista y estudioso de tratados antiguos no se ha mostrado capaz de interpretarlo? —apostilló rojo de ira al-Layti—. Nos tomas por estúpidos, al-Gazal.

—Estaba en su revelación cuando me fue sustraído, al-Layti. Es un galimatías misterioso e impenetrable, salido del cálamo de un autor enajenado.

—Conocemos a quién perteneció —intervino un alfaquí de corta estatura y de amplísimos bigotes que se estiraba con gesto nervioso—: al apóstata Kilab, que mancilló con sus perjurios y herejías la mezquita de Bard.

El cerco acusador se iba cerrando y las pruebas instruidas de antemano iban cayendo sobre al-Gazal, rotundas e inculpadoras.

—¿También desconocías que este compendio constituía el símbolo sagrado de los mutazíes, enemigos de la sangre omeya, el linaje del que tú llamas amigo e imán?

—Nunca he tenido tratos con esa secta, que repruebo tanto como vosotros.

—La rechazas, pero te instruyen sus maestros. ¿No acudiste con este cismático texto a la cora de Jaén antes de partir a Bizancio, para entrevistarte con el zahíd al-Jabalí, el defensor de la libre interpretación del Corán? —inquirió al-Layti.

—Sí, pero... —intentó replicar, pero fue cortado por la voz tortuosa del secretario:

—¡Las sierras de Jaén son nidos de víboras, un reducto rebelde y hostil a los omeyas de Occidente! —retumbó la acusación en los muros del Salón—. Quizá preparabais una rebelión semejante a la tramada en otro tiempo contra Abderramán I.

—Eso es una calumnia sin fundamento, eminentes doctores del Corán —se defendió imperturbable—. Tan sólo me atrajo a aquel ribat la búsqueda de Dios, os lo aseguro. He rendido valiosas prestaciones al Estado, arriesgando incluso la vida. ¿Cómo iba yo a enfrentarme a mi imán, que siempre me regaló su favor? Y puedo asegurarte que nada sospechoso vislumbré en estas páginas.

—¿Estás seguro? —se jactó al-Layti en tono jocosos, entreabriendo el tomo por una de las páginas finales, para luego leerlas ralentizadamente—: «Si se levantaran mil espadas en alto para derribar a Abderramán, la mía sería la primera». Esta frase, redactada en dialecto árabe, nos sorprende por su meridiana claridad. ¿O tampoco examinaste este párrafo? Yahía, debiste entregar este libro al cadí. Ahora te has convertido en sospechoso de debilitar los fundamentos de nuestra umma y del Estado omeya de Córdoba.

Al-Gazal reparó en la sibilina maniobra y en la peligrosa y pérfida argumentación. La angustia, mezclada con la hiel de la ira, recorrió sus venas. No había duda: ignoraban las actividades de la Piedra Negra, desconocían el auténtico significado del texto de Kilab y trataban únicamente de inculparlo con estériles acusaciones sin demostración, pero evidentemente graves y sutilmente manipuladas. Aquellos hombres de religión estaban dispuestos a caer sin piedad sobre él y, con el pretexto de velar por la pureza de la fe, apartarlo de la causa de Abdalá, el auténtico motivo de hallarse allí. Ya no le cabía duda: jamás saldría redimido del juicio, por lo que se decidió a irritarlos y desenmascararlos. No acertaba con otro recurso para defenderse:

—Eso es burlesco y disparatado, y os mueven intereses bastardos. Carecéis de pruebas contra mí y vuestro único propósito es eliminarme para facilitar la sucia maniobra de instalar en el trono a un príncipe diferente al elegido por su padre. Por lo visto, no os bastó el aviso del destino con Naser. Os preocupáis hipócritamente de atiborrar vuestras faltriqueras y vetáis el progreso del espíritu, atrofiados en la rutina del islam.

Al-Layti revolvió su cuerpo como un esperpento, sin dar crédito a lo que oía. El, el fortín de la rectitud, la sólida fortaleza de la tradición y el implacable adalid de la exactitud coránica. Aquellas palabras no podían quedar inmunes. Clavó su mirada en el astrónomo y le espetó, señalándolo con el dedo y con los ojos inyectados en sangre:

—Sé que en conciliábulos privados divulgas graves desviaciones de la fe, confundes con tus opiniones racionalistas a creyentes devotos y buscas en el esoterismo oriental impías vías del Corán. Sólo con esto podríamos inculparte, al-Gazal.

El astrónomo no se inmutó. Antes bien, contestó con gesto sereno:

—Celoso doctor de la integridad, no existe un islam andalusí, o un islam fatimí o bagdalí, sino una única creencia en la que el hombre busca con su razón y corazón limpio a Dios. Yes una falacia rotunda lo que me imputas. Yo persigo el conocimiento del universo huyendo de una fe repetitiva, y eso me basta. Y os digo más: este tribunal ha juzgado hoy un asunto dudoso, y vuestras deliberaciones no han sido conocidas por nuestro imán. Estáis obrando en contra del espíritu del Corán, pues el Sello de los Profetas proclama: «Quienes discuten de Dios sin el código iluminador arderán en el fuego infernal. Él nos ha revelado el Libro y sólo Él» —les recordó enérgicamente.

Los alfaquíes callaron. Revolvieron papeles y legajos y consultaron un deteriorado muwatta, el tratado más citado entre los hombres de leyes de Córdoba, buscando en sus retóricas palabras argumentos contra al-Gazal, por otra parte innecesarios. Murmuraron expresiones teológicas y discutieron en voz baja observándolo de reojo. Luego se incorporó uno de los cadíes, y con calculada minuciosidad suplicó:

—Los miembros de esta audiencia te ruegan nos reveles el contenido de este libro herético, reniegues públicamente de tus opiniones y te retractes de tus errores en la mezquita mayor, donde se quemará públicamente este tratado. Sólo así saldrás libre de cargos de este sagrado recinto.

—Ignoro su mensaje. ¿Y qué he de rectificar? ¿Mi lícita búsqueda del conocimiento? No he blasfemado ni contra la religión ni contra el Profeta, y abjurar en la aljama a voces significaría reconocer desatinos no cometidos. No me deshonraré hasta tal punto, y defenderé hasta la muerte mi independencia.

—¡Eres un hereje obstinado y contumaz, y lo pagarás! —le espetó al-Layti.

—Este juicio no se ha ajustado al derecho coránico, y sólo el odio y el deseo de venganza han presidido vuestras deliberaciones. No pido trato alguno de favor. Quiero justicia, y apelo a la benevolencia del emir.

Los alfaquíes se miraron encorajinados y, tras cuchichear entre ellos, asintieron. Un denso silencio se prolongó como una eternidad. Se oyó entonces el garabateo del secretario rasgando el abarquillado papíro y, al concluir, al-Layti se irguió torpemente y con un rictus triunfal y cínico clavó su turbia mirada en al-Gazal, amparado bajo su espeso manto de orgullo e inocencia.

—No nos dejas otra opción, y conoces tan bien como estos zulemas y yo mismo que no existe recurso de reclamación ante las decisiones de este venerable tribunal ínstituído por el mismo emir. ¡Levántate y oye el veredicto! —sentenció.

Al-Gazal se incorporó lentamente, como un autómatas, con los ojos petrificados. Sentía las piernas entumecidas y su ánimo resignado y sereno. La causa no había podido ser más vertiginosa y discrepante con la jurisprudencia islámica. No se le había permitido la presencia de un cadí defensor que lo salvaguardara de aquella manifiesta arbitrariedad, y la inquietud lo paralizaba. Pero algo lo angustiaba hasta el arrebató: aquel veredicto se presentaba como inapelable, y hasta el mismo emir estaba obligado a acatarlo. Había supuesto una burda precipitación legal, pero era la sagrada Hisba la que se pronunciaba por boca de aquellos abyectos jueces.

Llegó a aquella sala con la seguridad de haber sido convocado para aclarar algún asunto equívoco, o a lo sumo rebatir una disquisición teológica, pero nunca sospechó que aquella causa se convirtiera en un proceso incriminador para su persona. Se sentía indefenso, fracasado y aniquilado ante aquel espectro de piel apergaminada y barba ajada, marchito y cadavérico, con las cejas arqueadas diabólicamente, que se revolvía como una araña gigantesca en el diván de los zulemas. Al fin, con sádica sonrisa, mirando a un sitio lejano como si leyese un epitafio tras el acusado, dictaminó:

—Yahía ben al-Hakam. al-Bekrí: El tribunal de la Hisba de Córdoba, reunido en el alcázar de los Emíres, te acusa de un crimen contra la fe, contrario a la seguridad del Estado y al régimen establecido. Por lo tanto, se te imputa el más execrable de los pecados: la inculpación de zandaka, condenándote por tu conducta sospechosa, y por posesión de proclamas contra el emir, a la pena capital. Entretanto, permanecerás bajo la vigilancia de Ben Salim, el zalmedína de la guardia. Este dictamen se elevará al príncipe de los creyentes, que lo sentenciará con su mano piadosa y justa. Que el Clemente tenga misericordia de ti. Éste es el castigo de los traidores a la fe.

Al-Gazal recibió la contundente condena como si le llegara de otro universo, y una angustia devoradora despedazó sus entrañas. Se sentía víctima de una pérfida conspiración. Alarmado, se esforzó en recuperar su deshecha compostura, mientras en su faz se dibujaba el desamparo, desposeído de la oportunidad de defenderse de los cargos. Su mente se resistía a admitirlo y a articular alegato alguno, apoderándose de él la más desoladora de las confusiones. «¡Inculpado a la pena capital y a morir bajo el filo de la espada del verdugo!», se repetía. Su mente se resistía a aceptar tanta perversidad. No había pecado ni contra la fe ni contra su imán, y se le sentenciaba con la más tiránica y penosa de las sentencias, la muerte. Ya no había duda alguna. Querían de él una muerte ejemplar y aleccionadora.

Él, el amigo del emir, el enviado a las cortes del mundo, su consejero y confidente, irracionalmente acusado con pruebas injustas y manipuladas. Qué fin más deshonoroso para una existencia saturada de experiencias gozosas. Se encontraba tan desamparado como un pobre zagal abandonado en un zoco. Muchos creyentes se rebelarían contra tan flagrante injusticia, pero ¿a quién acudir? ¿No se sabía que muchos visires y cadíes debían su posición a al-Layti? Únicamente los cofrades de la Piedra Negra podían mudar la decisión del emir. Pero ¿qué imaginaría Abderramán de semejante farsa? ¿Creería a sus magistrados, o a su amigo inculpado? Se derrumbó. No poseía fuerzas para evadirse de las miserias humanas. Y sería brutalmente separado de la vida si el destino no daba un vigoroso golpe de timón.

Fuera, un tumulto de voces publicaba la noticia. Salió de su ensimismamiento cuando unos guardias

de la Churta lo conducían sin miramientos a un cuarto contiguo, descolorido y lóbrego, donde había de aguardar la orden de ejecución del emir, su señor y amigo. El secretario del tribunal había recibido órdenes precisas de al-Layti de no conducirlo al depósito penitenciario de la puerta Alcántara, por ser hombre de ciencia y cortesano conocido. Allí, en la oscura soledad del habitáculo, pensó en sus familiares y en su negra suerte, y lloró amargamente. Al fin se habían desembarazado de él. Naser había muerto, pero la conjura parecía persistir, y con manejos tan sutiles como eficaces.

Llegó el atardecer y un esbirro le llevó pan de centeno y un jarro de agua, que tomó ensimismado con los ojos entornados, mas ninguna noticia de sus allegados y familiares. Estaba acabado, y abandonaría aquel oscuro calabozo camino del cadalso sin posibilidad de esclarecer la falsa imputación, y sin tiempo para la venganza. Nunca ningún soberano omeya había tenido clemencia con un creyente convicto del pecado de lesa majestad, la zandaka, aunque fuera de su propia sangre, y él lo sabía. Su futuro se mostraba sombrío e incierto, y su alma torturada se había convertido en un desierto en el que resonaba cruel la voz de la vileza. Aquel ocaso no era sino el preludio de la adversidad para él y su tribu. Iba a morir, y había dejado proyectos primordiales sin concluir que lo atribulaban más aún si cabía. Abandonaría su clan a merced de aquellos deletéreos rivales, Masrur sin esposa y sus investigaciones de la epistemología hebraica, desgraciadamente inconclusas.

La noche se le hizo interminable, eterna, y todos los fantasmas del pesimismo abrumaron al alquimista hasta la desesperación. Pasadas tantas horas, resultaba evidente el fracaso de sus influyentes amigos y familiares, que no habían conseguido el perdón del emir. La duda lo atenazaba, y frente a la próxima comparecencia ante Dios se sentía demasiado viejo, pecador y carente de consuelo. Las sombras lo volvieron temeroso y sólo anhelaba que todo aquello no fuera sino un sueño amargo y pasajero. Sesteó unas horas, hasta que un insoportable dolor en las sienas le hizo quejarse en voz alta. Le Parecía haber vivido en aquella noche diez años incesantes de tormento.

Y su sentencia de muerte había sido pronunciada. No había error.

Al fin comparecieron las primeras luces del amanecer y se escucharon vagos ruidos de pasos y armas, y un pavor frío le corrió por el cuerpo. El patíbulo se hallaba cada vez más cercano y, según recordaba, sólo podría recibir a su esposa e hijos durante una hora antes de ser entregado al verdugo. «Dios mío, me ejecutarán sin haberme concedido la gracia de volver a mi casa y abrazar a los míos. Qué final más despiadado», se decía con el rostro entre las manos, suplicando lastimero una muerte rápida y honrosa.

Tres guardias armados y el severo zalmedina se deslizaron en la celda con faroles encendidos, seguidos de otros hombres ocultos tras la penumbra, y se sobresaltó. Contempló luego aterrado las fantasmales facciones de los carceleros, iluminadas sesgadamente por las candelas, e intentó hacerles frente, pero sus miembros anquilosados y yertos apenas si obedecían a su mente. Se encogió en la pared como un gusano asustado, aguardando el momento de la corroboración del veredicto.

—El zulema Ben Habib ha de hablarte antes de que escuches la sentencia sellada por el emír —le informó el oficial, con sus facciones inmóviles como una efigie.

La figura menuda, encorvada y austeramente vestida de Habíb se adelantó, y a al-Gazal le pareció demasiado cruel enviar a su maestro, el más virtuoso de los cadíes, la palabra infalible de Córdoba, a comunicarle el inevitable fin. El anciano le tomó la mano, la acarició paternalmente y le comunicó con voz trémula:

—Al-Gazal, hijo mío, muchos han sido los que se han levantado contra la despótica condena de al-Layti y han acudido al emir, como una sola voz, solicitando la absolución. Más incluso de los que imaginas, pues ha llegado una petición de clemencia hasta de Zíryab, el cantor. Pero, tratándose de la acusación de zandaka y habiendo una prueba tan palpable, que Abderramán ha leído con sus propios ojos, resultaba difícil para él cambiar la sentencia de la Hisba. Creo que jamás se encontró tan asediado, ni su mano tan convulsa, antes de firmar un decreto.

—Tu presencia había sido como bálsamo de Arabia, y ahora sé que voy a morir.

—El Oculto está contigo —dijo, y el astrónomo abrió los ojos desconcertado.

—¿Que Dios permanece a mi lado? No puedo soportar más crueldades en este oneroso momento, maestro. Venga la muerte, y acabemos con esta pantomima.

—Escucha atentamente: el príncipe Abderramán, el indulgente, enfrentándose por vez primera a los jueces de la Hisba y ejerciendo una excepción que creemos que será irrepetible, ha rectificado la decisión del tribunal conmutándote la pena capital por el destierro. Te exiliarás antes de la celebración de los Sacrificios al país de Oriente que tú elijas, hasta que nuestro señor olvide la inmensa aflicción que le has infligido. Tu imán, has de conocerlo, ha derramado lágrimas por ti. Yo estaba junto a él. Da gracias al Altísimo por tu fortuna y su prodigalidad, amigo mío.

—¡Desterrado de Córdoba! —exclamó entre la alegría y el abatimiento.

—En el emir han prevalecido tus favores al Estado y vuestra amistad sobre su fe inquebrantable en la ley. No ha sido cómodo para él, compréndelo.

—Es el frío argumento de los gobernantes cuando no quieren enfrentarse a los poderosos. Que Dios lo preserve. Soy inocente de todos los cargos imputados, y tú lo sabes. Pero acepto la decisión. Emigraré a Iraq, la tierra de mis ancestros.

—Digno fin para una cuestión mas que espinosa, Yahía, y debes sentirte jubiloso. Sintió un gran desconsuelo al conocer que se había celebrado el juicio sin su conocimiento, y ha pronunciado palabras agrias contra al-Layti. Y ten presente esta verdad: cuantos te queremos, no cejaremos hasta conseguir tu repatriación.

Al-Gazal se apoyó en el hombro de Habib y sollozó, no sabía sí de alegría o de dolor. Mostraba las facciones consumidas por la vigilia. El exilio encerraba promesas y esperanzas, pero su corazón alentaba consternación. Partir lejos era morir cada día, dejando en lejanas tierras jirones de sí mismo. Pensó en el emir y se lamentó de que la falsedad los hubiera separado para siempre, y sin lugar para una aclaración y un abrazo postrero. Se sintió como él mismo, una víctima más de la turbulenta conjura.

—Salgamos de aquí, al-Gazal —lo animó el maestro—. Las cárceles me angustian.

Pudo ser la boda más dichosa de su vida y se convirtió en la más infeliz. No se habían contratado prestidigitadores ni juglares mulhi, ni tan siquiera una orquestina ubedí de albogues, bandolas y laúdes. La novia llegó apresuradamente de casa de Habíb, el padrino, montada en un camello exornado de sedas damasquinadas, bajo un palio de Zedán de hilos de oro. Al convite asistieron únicamente sus yernos e hijas, sus amigos y parentela más cercana. AlGazal amaba a los esposos, y antes de partir al exilio de Bagdad regaló la libertad a Sanae, concediéndosela en matrimonio, por

petición propia, a su fiel y amado Masrur. Balansí, el mayordomo, actuó como casamentero y alGazal pagó la dote de la novia, el tradicional mahr, espléndidamente. Todos sabían de su amor callado durante años, y él fue el último en advertirlo. No se lo perdonaba y se afligía por ello. A ambos les debía mucho, y les dispensó aquello que más apetecían, su libertad. jamás alGazal pudo imaginar a dos amantes más agradecidos y satisfechos que Sanae y Masrur, aquella tarde bajo las parras del huerto, sonrientes y hermosos como dos danzarines bagdalíes. Ni las dulces palabras dedicadas por la antigua qíyán de ojos de aurora:

—Mis ojos se humedecen, al-Gazal, al separarte de la familia, y nuestros corazones miran expectantes el camino de Oriente aguardando tu retorno. Hombre generoso, siempre recordaremos tus favores puros, y seguiremos la huella de tus versos, que hoy se desvanecen con tu partida.

—Me entristeces más con tus estrofas, Sanae. Os ruego que guardéis mi casa, mi biblioteca y mi hacienda, y veléis por mi esposa e hijas —les rogó a los recién casados con lágrimas en los ojos—. Me abandono a vuestra confianza, hijos míos.

—La lealtad posee un alma vigorosa y constante. Cuando regreses conservarás la hacienda y mayores afectos. Nada te faltará, y acudiremos diariamente a los cadíes de la mezquita exigiendo justicia —aseguró Masrur abrazándolo—. Sé que eres fuerte, padre, y la fatalidad pasará de largo de tu tienda. Dios acortará con su favor la larga sogá del exilio.

—Quiera Alá que no olvide las fragancias de Córdoba y vuestro calor —dijo al-Gazal con los ojos enrojecidos—. ¡Y cómo añoraré la felicidad de mi almunia! Que el Misericordioso quede con vosotros... y rezad por mí, y mi retorno. Me decís adiós tan dulcemente que no tendré más remedio que volver —y calmó los ánimos de las mujeres que lloraban como plañideras.

Antes de la oración de la tarde se despidió de todos, besándolos uno a uno en las mejillas. Luego volvió la espalda abatido y se encerró en su biblioteca, donde aguardaría el amanecer para partir. Guardó en una bolsa una veintena de legajos y libros, y la cerró. Luego anudó la llave de sus aposentos y se la colgó del cuello. En un puerto de Murcia lo esperaba Solimán Qasín con su grácil Aldagíl, tantas veces guía de viajes apasionantes y ahora de trágica navegación. Un tiempo concluía y otro amargo y doloroso se despertaría con el alba.

Aquel amanecer el mar caracoleaba inquieto. Al-Gazal, aún en el embarcadero en compañía de Firnas, Masrur y Samir, se sentía como un insignificante extranjero y no deseaba que el sol compareciera por levante. Las sombras del alba parecían vestir de luto los pinares y la naturaleza toda se desgañitaba de desdicha. Sabía que partía hacia un cautiverio de verjas abiertas, de las que tal vez nunca escaparía. Sus cabellos se habían blanqueado aún más con la inminencia del destierro y se mecían alborotados con la brisa. Asió del hombro a Firnas y les dijo con ojos de endurecimiento:

—Pienso que la nave de Solimán es como un ataúd para mí, y la pena por dejaros me duele como una puñalada. A partir de ahora destilaré soledad y añoranza.

—No anuncies desgracias, amigo —le tranquilizó Firnas—, quedamos muchos fieles en Córdoba, y Abderramán conocerá tarde o temprano la verdad de nuestra boca. No desesperes y rodéate de paciencia y silencio. Antes de un año regresarás, te lo juro.

—Existe una prueba irrefutable que me condena, y me ausento sin conocer quién fue el bellaco que la presentó ante el tribunal —reconoció con desesperación—. Han aprovechado impunemente el

vacío de poder para eliminarme.

—Ahora ya nada importa, y solamente debemos preocuparnos por tu regreso. Has pagado por todos nosotros, y eso me angustia —confesó Samir abatido.

—El objetivo siempre fui yo. Me decanté por Mohamed y lo he pagado. Siempre lo presentí de esos bastardos. Quiera Dios que retorne a Córdoba antes de morir y pueda concluir una venganza recta y cabal. Nos dice el Corán: «Al que abandona su patria por causa de Dios, nada le faltará pues estará a su cargo» —se consoló, mientras se escuchaba la sonora trompa de embarque y la voz familiar de Qasín convocándolo a cubierta.

—Llegó el momento, amigos —concluyó con la voz triste y ahogada, y los abrazó largamente—. Todo lo olvidaré, menos nuestros paseos por el grato Guadalquivir, y nuestras veladas junto al sultán. No me arrinconéis en vuestros recuerdos; ellos me sostendrán vivo. Masrur, cuida de Sanae y de mi esposa, y del torpe Balansí. Os llevo en el corazón.

Manióbró el Sable de la Luna como una perezosa caravana. Al-Gazal se sintió un alma errante, sin meta ni rumbo y saturado de incertidumbres, acompañando los gemidos con las olas que se batían con los remos. Cuando al fin la costa era una línea brumosa e imprecisa, las velas impulsaron la nave, veloz como un neblí, rumbo a Oriente. AlGazal probaría la hiel más amarga para un hombre, el desarraigo forzado de su tierra, y quizá la muerte lejos de su patria.

Su espíritu no podía abarcar más infortunio.

EPÍLOGO.

Córdoba.

El retorno.

Se separó de la caravana, desmontó de la yegua con la ayuda de Atiqa y se sentó bajo un olivo cercano al camino a una legua de Córdoba, disgregada como un espejismo entre el polvo. Respiró con ansiedad el aire de la sierra y el aroma de los tomillos, que luego se mezclaron con los efluvios de las bestias, de las especias y con el almizcle de los baños. Oreaba la tarde una brisa densa y caliente como la melaza, tan familiar y deseada que sintió un gozo indescriptible. Poco a poco reconoció los inconfundibles ruidos del alfoz, de las norias del río, de las alfarerías cercanas, de los zocos de Furn-Bírril, y las distantes salmodias de los muecines. Admiró con sus ojos cansados la muralla del suburbio mozárabe y las flameantes oriflamas de las atalayas, que ocultaban la ciudad tras un velo translúcido y cárdeno.

A un tiro de piedra quedaban los cipreses del cementerio de Umm Salama, cobijando ruidosas bandadas de pájaros, y las umbrías de la almunia al-Mugira, abigarradas de arrayanes y adelfas. El rumor del arroyo de al-Ramla, que, atiborrado de naranjos, manaba cercano al río, y el voceo de los hortelanos atrajeron su atención, por lo que miró absorto los cañaverales y huertas donde pacían indiferentes los mulos y acémilas. Había recuperado la memoria, los olores y los sonidos, y se conmovió, murmurando para sus adentros: «¡Al fin Córdoba, añorada, perdida y al fin recuperada. Mi paraíso en la tierra. Qué placidez y dulzura!».

La nostalgia de los casi tres años de destierro le había hecho desear tanto este momento que su pulso se aceleró. Y allí permaneció, hechizado con el bordoneo de las abejas, mientras contemplaba la ciudad levitando entre el polvo dorado del crepúsculo. Luego se enderezó como si se recuperara de una visión ultraterrena.

—Yahía, debemos proseguir —le reclamó Solimán Qasín desde su alazán—. Pronto cerrarán las puertas de la muralla.

—¡Una jornada más sin verlos y sin su calor me parecería un siglo! —exclamó, y recordó las palabras de Solimán en Bagdad, hacía ya cinco meses: «Para la fiesta de la Ruptura del Ayuno nos hallaremos en Córdoba». Y así se había cumplido. Faltaban cinco días.

Con la puesta de sol, toda Córdoba, aletargada con el ayuno del Ramadán, despertó al brillar en el firmamento la luna nueva del shawwal. La ociosidad y languidez del sofocante día de la Ruptura acabó con una espléndida comida en el jardín de la almunia de al-Gazal, donde corrieron prodigios los vinos almizclados de Rayya, Siraf y Palermo, entre la exquisitez de las asidas, las barisas del ternasco de Sammura y las rituales empiñonadas de miel y membrillo. Y con la noche cerrada, se

inició la gran fiesta de la Noche del Poder. La ciudad entera se echó a la calle. Riadas de gente se dirigían a las mezquitas más cercanas. Se encendieron candelas de sebo y cera perfumada en los zaguanes y los faroles de las esquinas. Los comerciantes abrieron sus tiendas y los vendedores de dulces y golosinas, apostados en las plazuelas, pregonaban sus mercancías. Córdoba se había convertido en un ascua de luz en la oscuridad de la noche, bulliciosa, animada y atestada de piadosos ciudadanos que celebraban alborozados el fin del Ramadán.

Cuando al-Gazal llegó al shan, el patio de las abluciones de la mezquita aljama, pródigamente iluminado con tapas de sain almizclado, recibió abrazos y parabienes de amigos y conocidos, gozosos con su regreso. Olió el agua de la fuente tres veces, según la costumbre, y seguido de Solimán, Masrur, Firnas, Samir y las mujeres, penetró en el recinto de oración. Una emoción indescriptible se apoderó de su interior y sus ojos llorosos dejaron escapar unas lágrimas cálidas. Masrur esbozó una sonrisa y le oprimió el hombro con ternura. El tiempo se había detenido para él. Respiró el aroma volatilizado del ámbar y el sándalo, que en más de cuatrocientas onzas se gastaba en aquella noche, y contempló, como si fuera la primera vez, el fastuoso santuario iluminado por centenares de lámparas de cristal y bronce, cuajadas de vasijas de aceite; seiscientas arrobas, se decía, se quemaban en la fiesta, confiriendo a la fantástica geometría de sus columnas, arcos y naves una luminosidad inexpresable, de luces y penumbras opalinas. Admiró los destellos de luz jugando con las ingravidas volutas del incienso, y se traspuso arrobado, recordando cómo en su niñez dejaba volar su fantasía con aquellos hexágonos de luz y sus composiciones caprichosas.

Los arcos superpuestos, blancos y granas, como ruborosas coronas, cobijaban un mar de espaldas prosternadas frente al mihrab, murmurando versículos coránicos en un ronroneo sosegador ante los arabescos y los exóticos cromados de estuco esculpidos con rotundas afirmaciones del Corán. Por un momento, al-Gazal se sintió insignificante ante el mágico marco de piedad y perfección que se respiraba en el lugar de postración de los creyentes de Córdoba.

Pasados unos instantes, se oyó un rumor apagado en la maqsura, la antesala de la mezquita, que se convirtió en un silencio profundo. Había llegado el emir Mohamed, acompañado del diván de cortesanos y familiares para presidir el jubileo, y todos los orantes enmudecieron ante el anuncio del almuecín. Alfaquies, cadies, visires e imanes del templo lo escoltaban, y a su alrededor se apiñaban pomposos sus chambelanes. Piadosas alabanzas recibió su presencia, mientras caminaba por la nave principal cubierto con una lujosa ziara de lino bordada de oro. Un turbante níveo cuajado de aljófár realzaba su párvula cabeza, sus facciones pálidas y la barba tintada de alheña granate. «¡Qué diferencia con el majestuoso rostro de halcón de su padre, estaavecilla miope amiga del álgebra!», pensó al-Gazal.

Sus tímidos ojos no gustaban de la pompa, y más parecían los de un teólogo de academia que los de un guía de pueblos. Al-Gazal sabía que se hallaba más feliz entre ábacos y tratados de geometría que entre aquel tumulto de cortesanos y aduladores, pero no dudaba de que se convertiría en un soberano ecuánime y firme. Avanzaba flotando sobre el enlosado cubierto de tapices, saludando gentil a sus súbditos, y aunque no poseía la cautivante figura de su padre, sí se desenvolvía con dignidad y soltura. Repentinamente se detuvo y miró en dirección del grupo de al-Gazal, dirigiéndose resueltamente hacia él. La muchedumbre, desconcertada, se abrió para dejarle paso franco. El emir tendió los brazos hacia el alquimista, quien se agitó, ahogando cualquier palabra, petrificado por la sorpresa. Mohamed lo contempló afable, y lo saludó con voz apenas audible:

—Salam, al-Gazal, compañero en el gobierno y el consejo de mi abuelo y de mi padre, y también

su providencial salvador. Has envejecido considerablemente —y le besó efusivamente las mejillas tres veces—. He firmado el decreto de tu regreso con inmensa satisfacción. Mi madre y tu carta abrieron nuestros ojos, y muy pronto se cumplirá la justicia, inexorable y recta. Sé bienvenido a Córdoba, y alégranos mañana con tu presencia en la recepción del salón del Olmo. Dios esté contigo.

—La gratitud hacia mi imán es infinita, y mi consuelo, al fin completo. Viéndote en tu majestad, no puedo por menos de recordar a tu padre, y... mi... amigo —aseguró emocionado, al borde del llanto—. Sea tu reinado venturoso, mi señor, y la paz contigo y con los tuyos.

La comitiva siguió hacia el púlpito, deteniéndose junto a los jaspeados peldaños del nimbar. El imán inició la oración, velado por las emanaciones de los candelabros de oro y plata y los incensarios de humeante agáloco. Al-Gazal inclinó la cabeza y plegó sus manos en el pecho. Luego escuchó ensimismado la prédica del orador y los compensadores versículos de la sura cuarta:

Si no estuviese contigo la gracia del Misericordioso, los que habían resuelto extraviarte lo habrían logrado, pero sólo han conseguido perderse a sí mismos. Dios ha hecho descender sobre ti el Libro y la sabiduría, y te ha revelado lo que no conocías. La gracia de Dios ha sido grande para contigo.

Su espíritu flotó merced a tan atinado y casual texto, y se reconfortó. La ambarina iluminación del santuario y los rezos susurrantes del lector lo transportaron a una extraña paz, perdido en un río de recuerdos. Observó a Masrur, a Sanae, a sus hijas, a su esposa y amigos cercanos, y en su espíritu sintió un gozo incommensurable.

Una muchedumbre escandalosa y ávida de venganza se había acomodado en la calzada del Arrecife, frente al alcázar. Los zocos quedaron vacíos y los curiosos buscaban un lugar de privilegio para presenciar la ejecución. Las mujeres, tapados sus rostros con jimares de seda, se acercaban en grupos cuchicheando por entre las callejuelas. Era una oportunidad óptima para abandonar los gineceos, lucir sus ajorcas y collares y hacerse ver en los prolegómenos del ajusticiamiento. Varios mozalbetes osados se acercaron a las macabras cruces intentando palparlas, y fueron echados a patadas por los jurs de palacio. Poco a poco fueron afluyendo a las cercanías del patíbulo gentes de toda condición, dispuestas a presenciar el macabro espectáculo, mientras los barqueros traían a decenas de espectadores en barcazas y esquifes hasta la orilla del puente romano. Faltaban dos horas para el crepúsculo y un color purpúreo, casi ocre, enrojecía las aguas del río y los rugosos maderos de las cruces, manchados de sangre negra y cuajada de anteriores ejecuciones.

De repente se oyó el estrepitoso zumbar de un tambor y una tuba, y la Bad al-Qántara, la ciclópea puerta de bronce, se abrió de par en par y apareció la cohorte de jinetes del zalmedína, armados con lanzas y tocados con yelmos sirios, jinetes de inquietos caballos enjaezados de negro. Y tras ellos, un destartalado carro tirado por dos mulas salió de la penumbra de la sórdida mutbaq. De sus desvencijadas maderas sobresalía un amasijo de carne ensangrentada, coronada por un rostro brutal. El condenado no era otro que el eunuco Tarafa.

Maniatado con cadenas, su grasienta humanidad desnuda, el cráneo erizado de pelillos rojizos, la nariz hundida, la piel ennegrecida y magullada y las facciones desencajadas, hacían de él un despojo más animal que humano. Oteó con sus ojos saltones a la muchedumbre lleno de odio, y fue recibido por la turba con duros improperios, al tiempo que le lanzaban desperdicios y grava del río que impactaba en su vacilante cabeza. junto a él, en el mismo carromato y también atados con sogas de esparto, se debatían un cerdo enorme de pelaje gris y un perro lanudo y sarnoso que, como animales

impuros, serían crucificados junto al castrado en señal de que su crimen era juzgado como el más execrable de cuantos existían. Según creencias antiguas, los ladridos y gruñidos de los animales espantarían a los ángeles del Dejenet y su alma se abocaría sin remisión a los infiernos, vagando por toda la eternidad.

—¿Por qué no llamas a Naser para que te auxilie, medio hombre? —gritaban algunos, airados.

—¡Sodomita, criminal, mujerzuela! —imprecaba la masa.

Después de un juicio sumarísimo ante el cadí de la aljama, el ecuánime al-Asayz, el de la cicatriz, y de un mes de estancia en los calabozos de Billah el Sudanés, con sólo su presencia disuasoria y sin tormento alguno, había confesado por escrito más de media docena de asesinatos de siervos palatínos no adictos a Naser, entre ellos Yurnus, el boticario, otros de desconocidos, la participación en la conjura de Abderramán, la profanación del sagrado Corán de Utmán y finalmente la trama urdida contra al-Gazal con objeto de alejarlo del difunto emir y su consejo. Confesó que algunos alfaquíes y eunucos habían perdido y rastreado los escritos del viejo santón de la mezquita de Bard con objeto de quemarlos, hasta que, consultados todos los libreros de Córdoba, se supo que al-Gazal había comprado el más buscado.

Desde entonces lo habían seguido, persiguiendo una prueba que lo apartara de la amistad del emir. Luego, comprobando que la muestra era mucho más trascendental de lo que imaginaban, él mismo la había guardado entre sus pertenencias para esgrimirla en el momento más oportuno, y así inculparlo ante la Hisba, cosa que hizo aprovechando la enfermedad del sultán y como venganza indiscriminada por la muerte de Naser. Confesó su participación en las conspiraciones para instalar en el trono a Abdalá, príncipe manejable y despreocupado, con el que pensaban enriquecerse y dominar los resortes del poder del emirato.

Corría entre las gentes que, leída el acta del juicio por Mohamed y dado su carácter misericordioso y honesto, habían derramado lágrimas de compasión por su padre, por los asesinados y por el desterrado al-Gazal, ordenando la detención y juicio sumarísimo, y firmando con prontitud la extradición del diplomático, como un edicto de reparación que fue leído por los cadíes en el mihrab de las mezquitas de Córdoba. Cuando la carreta llegó al patíbulo, un verdugo gigantesco de piel negra como la pez y con el torso desnudo pasó un dogal por el cuello del tambaleante eunuco, quien, anegado en sollozos, pedía clemencia con su voz de mujeruca. Lo sacaron a empujones y con brusquedad, y la gente, enardecida, gritó de cólera, acercándose al reo.

—¡Blasfemo! ¡Renegado sin testículos! —vociferaban increpándolo.

—¡Farsante, impío. juraste ante el Libro y arderás! —exclamó un anciano.

La turba, amparada en el anonimato de la muchedumbre, rompió el caudal de sus sentimientos y arremetió, hastiada del poder de los eunucos y la pusilanimidad de los emires entregados a sus caprichos, contra la figura de Tarafa. Luego levantaron la voz contra los alfaquíes y pidieron al nuevo emir dureza contra los cortesanos ambiciosos.

—¡Mohamed, acaba con esta ralea de castrados! —coreaban.

Luego el zalmedína se irguió en su montura, acalló el griterío y levantó la voz. La multitud enmudeció y escuchó la razón de la sentencia:

—Tarafa, eunuco chambelán del palacio, condenado y acusado del más grave pecado contra Dios:

levantar su espada contra la sagrada vida del emir al-muminin Abderramán, segar la vida de inocentes, robar y extorsionar, servirse de la maledicencia para buscar la ruina de un creyente honesto y sabio, y, sobre todos los pecados, el más execrable de los crímenes: perjurar por el Libro Santo, aliándose con Satanás. Sea anatema y su alma arrancada con violencia por Naker y Monkír, los ángeles de la muerte, después de ser crucificado ante la umma entre un cerdo impuro y un perro tiñoso e infecto.

Un griterío ensordecedor coronó sus palabras y centenares de voces y manos se alzaron contra el eunuco, al que no le perdonaban su desprecio por los débiles y la profanación del Corán del califa Utmán, felizmente rescatado.

—¡Que arda en el infierno! —vociferaban los más próximos.

—Alhotama, alhotama, alhotama! —contestaban otros con saña, aludiendo al infierno y sus tormentos—. ¡Unete en el infierno con Naser!

El pueblo de Córdoba también condenaba en aquel acto al aún recordado Naser.

Tarafa comenzó a temblar, con los ojos espantados y contritos, acosado por el gentío. Aquel que había gozado de las riquezas y el favor de su soberano se hallaba desnudo, indefenso y miserable, a merced de aquella vociferante muchedumbre, entre el olor nauseabundo y los alaridos de sus irracionales acompañantes de castigo. Después, uno de los sayones le hizo ingerir una pócima aletargante y, atándole manos y pies, lo izaron lentamente en la cruz, aferrándolo fuertemente al madero. Tarafa sintió un dolor indescriptible en su pecho y creía ahogarse a cada impulso de respiración. Su abultado cuerpo se hundía cada vez más, y se asfixiaba por momentos, increpando a sus verdugos y escupiéndole a la multitud con sus últimas fuerzas. Al poco contempló sobresaltado cómo a ambos lados del patíbulo ensartaban en sendas cruces al cebón y al perro, como dos espetones prestos a ser asados. Una vez crucificados, entre los alaridos de contento del pueblo, se agitaban en los maderos en medio de enloquecedores gruñidos y aullidos, intentando escapar entre defecaciones y babeos. Tarafa los miraba humillado y enloquecido, hasta que un soldado acabó con la algarabía clavando la punta de su lanza en los vientres de los animales. Un chorro de sangre de las moribundas bestezuelas salpicó al castrado en el rostro. Exacerbado, con el rostro abotargado y los ojos vueltos y vidriosos, exclamó con dificultad, dejando al descubierto unos raigones amarillos y ensangrentados:

—¡Malditos seáis, asquerosos emires! ¡Fornicadores, paganos!

La gente daba empujones y se abría paso para contemplar al eunuco expirar, pero la agonía se hizo interminable. Al fin, tras la orden del zalmedina, un jurs de barba rubia le asestó un machetazo en el cuello, sofocando su último alarido. Un acre olor a sangre y excrementos se apoderó del ambiente, y la concurrencia se apartó asqueada contemplando el engendro sanguinolento en que se había convertido el eunuco, junto a las bestias sacrificadas. Sombras rojizas se apoderaron del Arrecife y el tropel de gentes fue desapareciendo entre murmullos, maldiciones e insultos al ajusticiado. Poco a poco, la pesadez de la bochornosa noche y el horror por la ejecución se apoderó de Córdoba. No obstante, muchos pensaban que la ciudad se había liberado al fin de un castrado indeseable, cruel, ruin y perverso.

—«Su recompensa por la maldad será la maldición de Dios y de todos los hombres» —dijo un cadí citando el Corán y contemplando el cuerpo sin vida del emasculado, que quedaría allí colgado

hasta que los buitres y los cuervos lo devoraran.

Cuando se despejó el lugar de ejecución, algunas mujerucas, echando salivazos y murmurando jaculatorias, arrancaron precipitadamente astillas del madero donde pendía el ajusticiado para emplearlo como ensalmo contra el mal de ojo y las asechanzas de los carbunclos. Mientras, la luna zigzagueaba una mueca demoníaca y aterradora en el brutal y sanguinolento perfil de Tarafa, que había quedado en el último estertor con los ojos tétricamente abiertos.

Lejos de allí, en una almunia de al-Raqaqin, al-Gazal oía los ecos y el lejano griterío del ajusticiamiento, presintiendo los gestos, el ronco clamor y la furia de los sedientos espectadores. Se había negado a presenciar la ejecución y, junto a su esposa, Masrur y Sanae, cuidaba aquella tarde de las palomas del columbario. No deseaba añadir más miseria y crueldad a su alma. En el exilio había aprendido que la venganza es un placer de espíritus estrechos, que agrada un solo instante, mientras que la generosidad gratifica toda la vida. Seguía paladeando su dulce condición de exiliado vuelto a su patria, y en esa placidez deseaba permanecer hasta su último suspiro. Había abandonado Córdoba vacío de ilusiones, y regresaba conocedor de valiosos secretos del conocimiento. No deseaba nada más.

El aire oreaba caliente, y de la medína le llegaba una extenuada bonanza. Respiró hondamente, y le gratificó pensar que muy pronto volvería a ver a Shífa.

La Revelación.

Al día siguiente de la recepción en palacio, al-Gazal y Masrur visitaron a la madre del emír, Shífa, en el exuberante Qars al-Surur, la villa de la Alegría. Dignamente ataviados cruzaron los arcos de arrayanes, donde los aguardaba Sadum, el flamante eunuco gran fatá, quien con sus sabias y prudentes actuaciones había abortado las últimas conjuras de Tarub y sus eunucos leales, siendo vital su papel en la elevación al trono del nuevo emír. Ambos se fundieron en un amistoso y prolongado abrazo, hasta que el chambelán recordó con tristeza:

—En los últimos días de nuestro señor Abderramán faltó tu presencia.

—La villanía y la insoportable distancia lo impidieron, Sadum. Y no hay día que transcurra que no recuerde al gran amigo que perdimos.

Un grupo de músicos templó sus pífanos en señal de bienvenida, y atravesaron en animada charla los corredores alfombrados con tapices de Battala, antes de llegar a la terraza donde los aguardaba la yayida alcubrá. Habían pasado tres años y demasiados acontecimientos se habían sucedido desde el último encuentro. Una bugambilla de rojo intenso serpeaba entre las columnas, hurtándole el espacio a los jazmines y los granados safar, pero regalando al mirador un frescor perfumado y una sombra benigna. De pie junto a un diván y una mesita con copas de cristal y fuentes colmadas de tajadas de melón, albaricoques y pasteles de alcorza, se hallaba la gran señora Shífa, como una aparición del Djenet, ataviada de sedas nívicas, con sus inmensos Ojos color de miel y su rostro

sonrosado y exquisito, aguardándolos.

Rodeada de un halo de misterio, grácil como una palmera y adornada con su sonrisa de bondad y delicadeza, los recibió como una aliada. Al-Gazal siempre había amado a aquella inalcanzable mujer, su doliente amor, y, a pesar de haber albergado un pasional sentimiento, jamás lo había insinuado.

—Salam, amigos de mi esposo y del emír, mí hijo. Mis ojos os lloraron a los dos en otro tiempo y se alegran hoy con vuestra presencia —los acogió con voz de arpa, invitándolos a acomodarse en los divanes.

Al-Gazal inclinó la testa y le besó la cinta del vestido, al tiempo que la alababa:

—¿Pertenece al mundo de los ángeles o al de los mortales, Shífa? Los luceros anídan en ti, vivos como brasas, esposa de mi señor perdurable.

—Nadie como tú para halagar el oído de una mujer, al-Gazal. Te veo más encanecido, pero ágil y cimbreante como un junco. Masrur se ha convertido en la imagen espléndida de la madurez.

—Sin embargo, tú te mantienes en una perpetua lozanía. Ambos te adeudamos mucho, Shífa, y ansíamos mostrarte nuestra infinita gratitud. Mi ahijado, su vida; y yo, el regreso del exilio, donde creí morir maldito de mi sangre. Fui víctima de una vergonzante iniquidad, y hoy poseo la certeza de aguardar el juicio de Dios junto a los míos gracias a ti.

—Los tres hemos de sentirnos dañados por la temible maquinación cuyo propósito final era mi esposo. La tragedia rige perennemente nuestro recuerdo.

—El sufrimiento me volvió más compasivo, pero es justo que los perjuros encontraran un escarmiento ejemplar. Les debo haber probado la salmuera del exilio y haber olido el hedor próximo de la muerte. Pero ¿cómo podré pagarte tanto favor?

—Ya lo hiciste en demasía en vida de mi esposo.

—¿Y cómo llegaste a conocer los detalles de la conjura, Shifa?

—Por mor del ineluctable destino, tu vuelta contó con la colaboración casual e inestimable de una esclava fuerte y piadosa. Fue gracias al testimonio de una sierva de Tarub por lo que tú y yo hablamos hoy aquí, pues sin pruebas no se hubiera producido ni juicio, ni venganza, ni reparación posibles.

—Caprichos del azar. Una sierva arrepentida de Tarub, justamente.

—Así fue. Su conciencia atormentada reveló la trama. Esa mujer vino a mi angustiada, en plena agonía de Abderramán, con un secreto que desgarraba su alma. No quería que Dios la convocara a su presencia con tal pesadumbre en su corazón. Vivía angustiada tras el intento del oprobioso asesinato del emir. Al sucederse las detenciones y ejecuciones, la saqaliba fue presa del pánico y, cuando mi esposo se hallaba moribundo, sorteó la estrecha vigilancia de Tarafa y vino a verme para descargar su alma en una noche tormentosa e inclemente.

—El Dios compasivo habló a sus oídos —aseguró el alquimista.

—A Él se lo debemos —siguió ella—. Balbuceante y muy afectada, me narró cuanto había acontecido en la noche del juramento en la mezquita de Naser. Fue testigo de poco, pero escuchó el

diabólico voto desde una escalera donde aguardaba a su ama, como ya te participé. Aún me horrorizo al recordarlo. Ella fue quien nos facilitó la pista del documento donde se juramentaron esos infames, y sin el que poco hubiéramos probado. Esta cautiva de generoso corazón confesó ante el qaid de la aljama, y a instancias mías fue vendida poco después a un qaid de Fez; jamás supe más de ella. Su alma se reconcilió con Dios tras convertirse en la mano del desagravio. Después te lo notifiqué a través de Solimán y lo puse en conocimiento de mi hijo. No podíamos aguardar mejor ocasión para el resarcimiento y la ley. El resto es sabido, y la consecuencia, tenerte entre nosotros de nuevo.

—Felizmente, Shifa —sentenció con su mirada ardiente—. ¡Cómo los cegó la ambición y la arrogancia, habiéndolo recibido todo de Abderramán!

—Mientras ambicionamos lo incierto, perdemos inexplicablemente lo seguro, incluso la vida. Esos eunucos perecieron con violencia, y al-Layti se pudrió entre gusanos aún en vida. Dicen que reventó por dentro, y el momificador se negó a embalsamarlo por el hedor tan fétido que despedía. A Tarub se la confinó en una torre del barrio de los alfareros, gracias a la bondad de mi hijo, que no olvida que amamantó a su hermano. Y sólo Zíryab el músico ha sobrevivido indemne a la tragedia, ya que en verdad permaneció ajeno y no participó en la conjura, pues amó al emir sinceramente.

—Te parecerá inaudito, Shifa, pero Ziryab ha pedido visitarme. En su nota me confiesa su firme voluntad de reconciliarse conmigo. He decidido aceptar su propuesta, arrinconando desavenencias pasadas y mostrándome conciliador. Endurecimos nuestro interior desdeñándonos recíprocamente, y es llegada la hora de olvidar. Abderramán se hubiera sentido dichoso. La ley del talión y la discordia no son precisamente atributos de quienes perseguimos la verdad.

—Qué desconcertante resulta el destino... Háblame de tu estancia en Bagdad, al-Gazal. Solimán nos narra que allí te honraban como una celebridad.

—El intolerable destierro es una brecha en la vida del hombre que puede alterar el juicio, Shifa. No, no acudí nunca a la corte, pero sí a las academias y a la Casa de la Sabiduría, donde frecuenté la compañía de los poetas y astrónomos.

—Siempre tuviste un exceso de ganas de adentrarte en lo arcano.

—Pues precisamente, gran señora, esa perseverancia conmocionó mi vida, pues intímé con un hombre singular, el zulema Tirmidhi, un sufi asceta de la dominación, erudito y de métodos rigurosos. Con él hallé la respuesta a muchos interrogantes.

—¿Sufies? —preguntó la dama interesada.

—En Granada, jaén y Huelva, me consta, se han fundado rábidas donde conviven estos místicos. En Oriente muchos creyentes han emprendido ese camino de perfección. Visten toscas túnicas de lana, las suf, de ahí el nombre de estos santos, que predicán una buena nueva arrasadora.

—Asegurado por tí, esa creencia debe de ser sugestiva —le confió sorprendida.

—Sí, ciertamente. El sufismo es un movimiento místico reservado hasta ahora a muy pocos adeptos —explicó—. Allí, en la medersa, escuché sus enseñanzas y también perfeccioné considerablemente mis conocimientos de alquimia, y ésa es la gran novedad que tanto he anhelado comunicarte desde mi llegada a Córdoba, pues te traigo una revelación que te maravillará.

La yariya fijó sus ojos fascinados en al-Gazal; era el vivo gesto de la alarma.

—¿Qué puede ser, que ya me inquieta?

—Podemos hablar con entera libertad? —preguntó.

—Únicamente se halla Sadum cerca del aposento, y es fiel entre los fieles.

—Lo sé. Pues despeja los oídos y escucha, mi querida Shifa, y tú también, Masrur —advirtió enigmático—. Marché al obligado ostracismo sin más equipaje que dos bolsas de tratados antiguos y varios cálamos, con el firme propósito de, en la soledad de mi casa de Bagdad, instruirme sin descanso, consultar a sabios del Corán y los textos de las academias más antiguas de Oriente, hasta alcanzar la clave de ciertos secretos que nos embelesaron, a mí y a los adeptos de la Piedra Negra, durante años, sin conseguir una solución a nuestras pesquisas. Pues bien, en el alejamiento, y después de una prolongada reflexión de meses en la casa de Tirmidhi, resolvimos uno tras otro, en lógica cascada, inexplicables secretos del conocimiento.

—¿De qué nos estás hablando, padre? —preguntó Masrur impaciente.

—Varias veces te manifesté mi deseo de transcribir los textos de la Cábala y penetrar en lo arcano. Después de conocer los seis últimos nombres del Altísimo, parecía el camino expedito; pero desgraciadamente no fue así. Y hube de marchar a Oriente, exiliado, para iniciarme en la senda de los inexplorados conocimientos y convertirme en zulema de los nombres divinos.

—¿Y cómo lo obtuviste, en un lugar tan ajeno a ti?

—Laboriosamente, Shifa, aunque no me vanaglorio de ello —arguyó—. Reforcé mi débil espíritu y me entregué en cuerpo y alma a aquel cabalista excelso, al que no olvidaré mientras viva. Él me consideró digno de su ciencia, y de su mano me adentré en el mundo de las claves numerológicas utilizadas por los Hermanos de la Pureza de Basora y Samarcanda, y los sabianos de Harrán. Durante semanas combiné números con letras y símbolos, transcribí antiguos códigos, y al fin hallé por mi mismo los fundamentos de la ciencia de la numerología, y con ella los secretos de la Cábala... y otros más del saber antiguo.

—¿Y por qué tu deseo de participármelo a mí, alGazal?

—Pues porque solventamos un misterio envuelto en un manto de hermetismo que te atañe directamente a ti —dijo con reserva—. Fue durante años, recuérdalo, el causante de misteriosas muertes y ambiciones desmedidas en el serrallo, y el regalo más excepcional de tu esposo.

—El al-Thubán, el Collar del Dragón —balbució, llevándose la mano a la boca.

—De él te hablo, mi amada señora —y se clavaron dos pares de ojos en él.

—Había relegado al olvido la controversia de su secreto, que sigo creyendo, firmemente, una falacia de enfebrecidos, como tú mismo sostuviste.

—Pues presta atención y te maravillarás, pues las fantasías de la mente existen y muchas veces cobran vida —aseguró eufórico—. juntos, Tírmidhí y yo escudriñamos el misterioso mensaje que oculta el Collar del Dragón. Me confirmó efectivamente su turbia leyenda, y aunque lo aborrecía, pues conocía su maléfico sino así como la vida del Yazíd, el príncipe alquimista, se ofreció a ayudarme con sus conocimientos si le mostraba la naturaleza de las inscripciones.

—Nada se descubrió jamás en los engarces y pedrerías, y tú lo sabes tan bien como yo.

—Sin embargo, aturdidos por la ignorancia, despreciábamos algo aparentemente banal e insignificante como era la dedicatoria, Shifa, y era cuanto poseía a cientos de leguas de aquí. Así que nos dedicamos con un celo devorador a desentrañarla por si nos sugería alguna pista. Por irrelevante, siempre pasó inadvertida y nadie la había valorado, admitiéndola como una mera gentileza amorosa. Aunque siempre te aseguré que no me encajaban algunas de sus galanterías. Parecían excesivamente rebuscadas.

—Al-Gazal, el poema del estuche no es otra cosa que un halago amoroso..., pero continúa, te lo ruego. No comprendo adónde quieres llegar.

—Es mucho más, Shifa, créeme —y bajó la voz enigmático.

Como impelido por un resorte, se incorporó del diván y se paseó con gesto cómico por el pabellón, intentando sorprender algún oído indiscreto. Luego, ante la extrañeza de la mujer y de Masrur, se sentó de nuevo e inició la más apasionante declaración salida de sus labios en mucho tiempo.

—La ofrenda del califa abasí a su favorita escondía el más alucinante mensaje de alquimia jamás conocido: la buscada mutación de los metales en oro descubierta por el príncipe alquimista Yazid. Tal como oís.

La fuente y el gorjeo de los pájaros parecieron detenerse, y un espeso silencio se hizo en la terraza, apuntando el desconcierto entre sus miradas.

—¿Mi adorado al-Thubán encerraba verdaderamente una fórmula alquímica? —preguntó Shifa con estupor—. Tras tanto empeño, al final habré de admitirlo.

—Créelo ciegamente, Shifa. Y lo que os voy a revelar en este retiro de paz no debe escapar jamás de vuestros labios, o la ambición y la sangre se adueñarán de nuevo del alcázar. Os mantengo fuera de toda sospecha. Tirmidhi juró secreto eterno y vosotros penetraréis en su conocimiento, pues os aprecio tanto como a mí mismo. Después, caiga la losa del secreto eterno sobre mis palabras —imploró grave.

Shifa y Masrur abrieron las puertas de su mente como las páginas de un libro se abren a la mirada ávida del sabio, agitados e impacientes.

—Aquella dedicatoria —siguió narrando con gesto extraño—, tan seductoramente simple, se basaba en el Libro de los equilibrios, de Jabir, tan conocido por Harum al-Rachid y por nuestro emir, tu llorado esposo. ¡Y se mostraba tan evidente que nadie reparó en su mensaje! Las palabras de amor del califa amante constituían todo un tratado sobre símbolos alquímicos, y en él se indicaban progresivamente las sustancias y sus dosis precisas para la obtención del oro.

—¡Dios, quién iba a imaginarlo! —se asombró su ahijado.

Al-Gazal tomó un sorbo del sirope y con gesto de gravedad, explicó:

—Los alquimistas islámicos hemos experimentado mil veces con otras tantas fórmulas alquímicas buscando la clave oculta de la conversión en oro. Uníamos limaduras de plata con mercurio, estaño, sal o sulfuro, y siempre obteníamos, sin éxito, cobre o plomo. Según el mensaje, estas sustancias habían de ser equilibradas debidamente con el elixir púrpura, el transmutador desconocido. El califa enmascaró su secreto ante todos, disimulándolo abiertamente en mensaje tan superfluo como la inscripción de un joyero. El secreto escapaba al fin de su suntuoso abismo.

—Me resisto a creerlo, Yahía —le interrumpió Shífa impresionada.

—Puedes admitirlo sin reservas. El califa dedicó a su favorita este exquisito homenaje y lo plasmó en la tapa del cofre a modo de dedicatoria: «Tu voz suena como campana de Catay. Eres, Zubaida, el aliento leonado de mis velas abasíes, grato bálsamo de Arabia y crisol alado de los amores del espíritu».

—¡Qué piropo más delicioso y qué recuerdos suscita en mi memoria! —exclamó la favorita.

—Atended. Adentrémonos en sus palabras. ¿Qué significado alquímico puede poseer «Tu voz suena como campana de Catay»? —preguntó, y los miró a los ojos—. No se refiere al sonido de un cimbalillo de China o a una de las campanas que exornan sus templos. No. Señala exactamente lo que los sabios orientales denominan «el octavo metal», rara piedra originaria de aquellas latitudes, parecida a la mica, de belleza extraordinaria. De modo que dimos con la identidad del primer componente. Seguidamente, la dedicatoria nos habla del aliento del león, de las velas abasíes y del bálsamo de Arabia. Aparentemente, simple palabrería, aunque ocultadora del Proceso puntual de la transmutación de los metales.

—¿En sólo seis palabras todo un texto de alquimia? —se interesó Masrur.

—Así es, hijo mío. Yo tampoco lo creí en un principio, y así confundió a todos durante años. Pero tras intensas horas de meditación y análisis de libros y códices, la clave que se había escamoteado a muchos se nos abrió como el orto. El «aliento leonado» no es otro que «el león verde», un líquido dimanado del cinabrio y el ajenuz, materia protectora de los metales puros y únicamente conocido por los sabíanos que antes os he mencionado.

—Así que ya poseáis el segundo elemento. ¡Fascinante!

—A este metal se nos había unido el decisivo protector de la aleación —prosiguió—. A las pocas semanas nos enfrentamos con el enunciado «las velas abasíes», que, aunque lo parezca, no representaba precisamente a las enseñas de los califas de Oriente, como el autor hizo creer a cientos de lectores de su poema, sino a lo que los alquimistas llamamos «la vela negra del navío de Teseo», una pócima pardusca de origen griego, mezcla de azufre, hierro y estaño, ya utilizada por los antiguos fundidores de la Hélade. Lo extrajimos de un palimpsesto enterrado entre el polvo y los excrementos de ratas en los anaqueles de la Academia de la Sabiduría de Bagdad.

—Sencillamente extraordinario, al-Gazal —se maravilló la yariya asombrada.

—¿Y el «bálsamo de Arabia»? —se adelantó con misterio Masrur.

—¿Creéis que hacía referencia a un perfume exótico, como siempre se supuso? No, mis dilectos Shífa y Masrur. Se trataba de un elixir ignorado por los alquimistas de Córdoba, pero compañero de mis colegas bagdalíes; una mixtura de acónito, mínío, azogue, cristal del Monte Carmelo, anémona, plomo rojo, alumbre y sal de amoníaco, la respuesta de la transformación, pues amalgama los componentes y provoca la aparición del metal precioso. ¡Al fin poseíamos la naturaleza de todos sus elementos!

—O, lo que es lo mismo, la solución al misterio del elixir púrpura —replicó Shifa.

—La preciada solución, eso es. Pero una vez interpretada la inscripción, nos llegó la confusión: ¿qué debíamos componer en ese punto, una vez conocidos los probables elementos de mutación? La ofrenda poética del príncipe también nos lo indicaba, con su cortés erudición y hermosas rimas; la

solución exacta se nos manifestaba en las palabras: «el crisol alado de los amores del espíritu».

—Tan extraña como exquisita frase —intervino la mujer, con los ojos encendidos.

—Enigmática y sorprendente, diría yo. El califa al-Rachid nos proponía que fundiéramos los componentes citados. Pero ¿con qué emulsión? Pues también nos lo señalaba inobjetable, como un guía del alma nos designa la senda exacta. ¡En mercurio! Un indicio únicamente conocido por los alquimistas, que llamamos al mercurio el «espíritu».

—¿Y las proporciones correctas de la mezcla? No parecen manifestarse en la dedicatoria —se preguntó la favorita interesada.

—Concebimos decenas de ensayos basados en la Tabla Esmeralda, en las marcas que flanquean el vaso filosofal, donde desde antaño aparecen grabadas con diminutos signos las proporciones cabales. Así de complicado, y a la vez así de elemental.

—Ante vosotros debió de abrirse un mundo deslumbrador.

—Nos sentíamos aterrados, hijo. Apenas si dormimos y comimos en los días que duraron los ensayos en el desordenado gabinete del maestro. Nos tacharon de locos mientras duraron nuestras atormentadas disquisiciones, y durante la cuarentena me atacó incluso la calentura de mi fiebre reumática. Pero no renunciamos, y sucumbimos al hechizo de la transformación. Y aunque dudamos del éxito final, un alquimista ha de alimentarse de paciencia si quiere conseguir el éxito. Nos servían la comida a través de un portillo, perdida la noción del tiempo y sumidos horas enteras rebuscando entre filtros, alambiques, morteros, substancias y atanores. Hubimos de aguardar algunos ingredientes que nos suministró la caravana de Zafar. Pero al fin, cuando la resistencia ya flaqueaba, la víspera de la fiesta del Nairuz, un amanecer ardiente, la oculta transformación del Arte Sublime, negada hasta entonces a los alquimistas de Córdoba, se me revelaba a cientos de leguas.

—¿Y cómo se os mostró la codiciada conversión, padre? —interrogó Masrur.

—Constituyó un experimento sorprendente —explicó—. La tintura negra de Teseo, entre los recipientes burbujeantes, bullió atizada por el alef, el fuego alquímico y el agua ardiente, como si el soplo de Dios lo alentara. Apartamos el crisol y lo enfriamos lentamente, nerviosos y excitados. Aquella misma tarde, en el preciso instante en que los muecines de las mezquitas voceaban en los alminares, entre el magma de las impurezas surgió el deslumbrante centelleo de una piedra de oro puro del tamaño de una aceituna. Con una despreciable mezcla de metales innobles, apareció aquella gota dorada que valía al menos mil dinares. Nos abrazamos y lloramos, dando más trascendencia al nuevo conocimiento hallado que a la posibilidad de poseer una fuente fabulosa de riquezas. Conocí el vértigo de lo inexplorado, el más alto éxtasis alquímico, sintiéndome en la cima de la suprema sabiduría.

—Verdaderamente debió de ser indescriptible —se maravilló la mujer.

—Como si un relámpago hubiera cruzado tu mente, padre.

—Lo fue, creedme. Aquel instante de felicidad valió más que toda una vida de notoriedad y placeres. Olvidé la amargura del destierro y la ventura me embargó durante semanas. Nos postramos y dimos gracias al Altísimo. Destruimos las anotaciones en el mismo fuego y nos juramos que no divulgaríamos nuestra experiencia si no era entre alquimistas de noble corazón.

—Cuando luzca el Dragón en mi garganta me sentiré, si no aterrorizada, sí al menos orgullosa de

lucir en mi pecho un secreto extraordinario de la ciencia.

—Debes sentirte muy gozosa de que tu joyero y su contenido fueran el vehículo escogido por unos alquimistas temerosos de Dios para ocultar enigma tan asombroso.

—Le guardo un lugar de privilegio en mi corazón, pues me trae el recuerdo de mi esposo. Entonces, ¿ya no te veremos tan asiduamente en el alcázar?

—Me temo que no, mi dulce amiga. Acojamos a la sabía nueva de al-Andalus. Otros consejeros diferentes han de aleccionar a tu hijo. El Diván Poético y Astrológico de Abderramán se disolvió con su muerte. Recordaré siempre el amargo momento del juicio impío y prefiero no evocar recuerdos ingratos.

—El tiempo de nuestra clepsidra pasa inexorablemente. Degustad los pastelillos; pediré más vino dulce de Rayya. La plática con vosotros me es muy grata.

Al-Gazal no pudo por menos de admirar sus formas escultóricas y fascinantes, que no se alteraban con el tiempo. Aún recordaba cuando Solimán Qasín se la vendió al emir, procedente de una academia de Medina donde había sido convertida, de sirviente de burdel, en una perla exquisita. Muy pocos sabían de su truculento pasado. Quizá tan sólo el navarca y él mismo. El siciliano la había sacado de un prostíbulo de Palermo, en el Barrio de Venus, donde su madre y sus hermanas ejercían la prostitución, envilecidas por los más bajos instintos de los portuarios y marineros del Mediterráneo. Al morir su madre del morbus meretricus, las hermanas fueron ofrecidas al mercader por la despreciable cifra de cincuenta dirham.

Qasín se apiadó de las muchachas y, antes de ofrecerlas a sus hombres o venderlas en el mercado de Alejandría, reparó en la más pequeña, aún virgen por su edad. Entonces mudó su propósito. A las mayores las instaló en los cobertizos de los estibadores para que le guisaran la pitanza, y á aquél ángel de ojos amelados, piel de alabastro y dientes perfectos, aunque extremadamente flacucha, la envió a la ciudad santa, a la institución de Kultum la Nubia, antigua favorita de un príncipe de Qairawán, que hizo de aquella niña una qiyán de cualidades excepcionales, digna de un sultán. Olvidó sus tribulaciones, los borrachos, putañeros, el frío y el hambre del puerto siciliano, y a los quince años fue adquirida por el joven emir de Córdoba. Los cincuenta dirham se habían convertido en diez mil monedas de oro para Qasín.

Abderramán no sólo admitió en su lecho a aquella diosa, sino que depositó en ella su afectuoso corazón, correspondiéndole la muchacha con el mejor regalo que se le pueda hacer a un rey: su primer hijo, el continuador de la estirpe. Pasados algunos años, y aunque siempre tuvo un lugar de privilegio en sus sentimientos, Tarub ocupó su puesto en el tálamo del emir. No obstante, su prudencia y generosidad habían obrado el prodigio, en un mundo cerrado y turbulento, de convertirla en la dueña incuestionable del alcázar, la yariya alcubrá, la gran señora. Era el secreto mejor guardado en el alcázar, y Shifa siempre agradeció a al-Gazal la discreción acerca de su afrentosa infancia.

—¿Y en qué ocuparás tu tiempo, Yahía?

—No tengo prisa por morir y mis antiguos miedos, que son sensaciones persistentes en la vida de los hombres, los he mudado en conformismo y placidez. La alquimia y la Cábala se han convertido en mis exclusivas dedicaciones, por lo que huiré de los bullicios de la corte. Habib, Firnas y yo, tras años de investigación, hemos alcanzado la clave numerológica que interpreta los misterios de la

Cábala hebraica del maestro Ben Masarn, y nos sentimos sobradamente pagados. El saber inmaterial del número y los trascendentales conocimientos, inestimables y aterradores a la vez, me ocupan desde mi regreso.

Una ligera agitación se produjo en la mujer, y nuevos interrogantes afloraron en su mente. Sus ojos lo exploraron curiosos, preguntando con la mirada ávida.

—¿Tan estremecedora es tu sabiduría, al-Gazal?

—Por la trascendencia de lo revelado, así es. Pero no has de temer, pues detrás de nuestras investigaciones emerge Dios mismo y su aliento.

—¿Alá el Misericordioso? Me suena a perjurio.

—No, mi deliciosa Shifa. A la vuelta del país de Dane, regresé casualmente con el mayor de los hallazgos en mi faltriquera. En un templo vikingo, olvidado y pagano, hallé de forma imprevisible el último y venerado nombre del Innombrable, que Masrur recuperó de mi olvido. Y mi destierro, aparte de partirme el corazón en mil pedazos, me aportó el caudal de otras ciencias. El zulema Tirmidhi, a cambio de mi información, que él también perseguía desde antaño, se ofreció para ayudarme a buscar la respuesta del método cabalístico, y nos consagramos en cuerpo y alma a la tarea.

—Recuerdo que se os resistió tenazmente durante años.

—Oriente constituye el germen de la sabiduría. Nos orientamos por los escritos de los alquimistas de Harrán, los sabianos, científicos adoradores de los astros, y atinamos con la respuesta. Aunque son paganos, los califas de Bagdad los toleran por su sabiduría, pululan por sus academias en abierta tolerancia. Ellos, los maestros del arte matemático y hermético, se convirtieron en nuestra medida.

—Padre, el gusto por la alquimia me atrae mas que mis operaciones de álgebra. Te lo aseguro —confesó Masrur entusiasmado.

—Puedes combinar ambas ciencias, hijo. El saber es único y magnánimo, si no es censurado o talado Por el alfaquí, la picota o la rueda —explicó—. Emprendimos el desafío a partir de los seis epítetos de Dios, y los colocamos uno tras otro. Y como el gajo de una naranja al mondarla, se nos manifestó la pulpa del fruto más sabroso: Binhah, la inteligencia; Hesed, el amor; Sebaot, el dios de los ejércitos; Ansof, el sin fin; Ain, el no ser; Any, Yo.

—La suma de sus letras resulta 28, y el fruto de los cuatro últimos nombres cabalísticos, el 97 (Sebaot), el 98 (Ansof), el 99 (Ain) y el 100 (Any), da como resultado 17 letras. Precisamente, ambos dígitos mágicos son los que gobiernan la naturaleza. Conocido esto, sustituimos las veintiocho letras del alfabeto por su correspondiente número cabalístico. Luego elaboramos, tras arduas prácticas, un gnomon, un cuadro hermético, cuyo cometido es reemplazar números por letras en los textos de la Cábala, y el saber universal comenzó a descubrirse resplandeciente día a día. Habíamos hallado al fin el Método.

—¿Y tan sólo mediante una conjunción de números? Qué extraño, padre.

—Una combinación que me ha costado toda una vida. La contemplaréis durante unos instantes —y, ante su sorpresa, vertió sobre la mesa un espeso chorreón de vino rojo de Rayya, dibujando una enigmática tabla que Shifa y Masrur observaron hasta que al poco ésta se diluyó difuminada entre las bandejas y platillos. Y mientras los garabatos ocre y densos se mantuvieron íntegros, sus miradas

atónitas los admiraron así:

4-9-2

3-5-7

8-1-6

—Con esta clave, desconocida por los cabalistas de Damasco, Córdoba, Toledo o Basora, desciframos los rudimentos de los enigmas del entendimiento, como el lenguaje de los pájaros, la formación del universo, el destino del hombre, de los imperios y ciudades y la veracidad de los libros revelados y sus religiones. jamás mi espíritu gozó tanto y se estremeció tan grandemente, pues algunas profecías y dogmas aceptados aterran nuestros corazones. Y si no acompañáramos al estudio de la Cábala con la oración y la perfección del alma, no los podríamos soportar, os lo aseguro, mis dilectos.

—¿Y cómo permutáis las letras por los números? —preguntó Masrur interesado.

—Fácilmente. Aplicamos la numerología del gnomon en cada párrafo de la Cábala, comenzando por la primera palabra en la que aparezca la consonante alif Y así, en una sucesión puramente lógica, transliteramos los textos cabalísticos de Ben Masarn, de forma puramente aritmética, aunque, eso sí, atendiendo únicamente a las consonantes y despreciando las vocales, que luego elucidamos según el sentido del texto. Es su única fragilidad. Cada pliego debe resultar un auténtico amasijo de número tras número. Cada plana en un confuso sumario anárquico de dígitos que luego transformamos en expresiones coherentes, valiéndonos de la luz de los seis nombres esotéricos de Dios.

—He advertido en ti un gesto de abatimiento —intervino preocupada la mujer—. ¿Tan aterradores son los secretos que se os manifiestan?

—Para acceder al feudo de la sabiduría, debemos cruzar desiertos de locura que antes del gozo te conducen inexorablemente a la pesadumbre.

—¿Acaso se os ha revelado alguna desgracia, padre? —palideció Masrur.

—Unas gratas y otras gravosas. Ultimamente hemos destapado predicciones pasmosas, y me cuesta difundirlo. El error puede estar escondido entre las certezas.

—Me asustas, al-Gazal —confesó Shifa—. No nos dejes con la miel en los labios.

—No, no debería, y ¿estáis seguros de que deseáis escucharlos? Los secretos de lo oculto queman los oídos de los no iniciados —balbució—. Bien, hoy parece ser un día de divulgación de misterios. Os manifestaré un enigma asombroso, y en cierto modo escatológico. Guardadlo en vuestros corazones para siempre y no lo reveléis jamás, pues os tacharían de locos o poseídos por un leviatán.

—¿De qué se trata, Yahía? —dijo impaciente Masrur, con los ojos desorbitados.

Al-Gazal alisó los pliegues de su túnica, tragó saliva y les anunció concluyente:

—Del fin de una Córdoba islámica, del ocaso de nuestra civilización.

—¿Desaparecerá la fe de Córdoba? ¿Cuándo ocurrirá esa desgracia?

—Creedlo como que el sol nos alumbra —confirmó severo—. La Cábala mística de Ben Masarn lo pregona de forma terminante. Nos ha legado un documento sobre el fin de nuestra civilización en nuestra madre Córdoba. Os lo transmito con la veneración merecida, y con la reserva de que Dios es el único concededor del destino de los Pueblos. Esta es su estremecedora predicción: «Al esplendor le siguen la decadencia y la desolación, Sabed que la sangre de las tribus ahogará a la madre de las medinas de alAndalus cuando gritos de discordia llamen a los lobos africanos. La luna abandonará Córdoba, que en siete generaciones será convertida en cenizas, y la cruz de los cristianos sustituirá al estandarte de los omeyas, dispersándose los creyentes como el chorro de agua que cae sobre la roca».

La predicción cayó sobre sus oídos como un anatema coránico. Luego siguió un desgarrador silencio, y Shifa y Masrur quedaron atónitos en un mar de dudas.

—Has dejado mudos y desamparados nuestros corazones —balbució la yariya—. Es un aviso desgarrador. Pero ¿es irrefutable, al-Gazal?

—Tenlo por seguro, Shífa. Córdoba y el islam se fragmentarán rotos en mil pedazos y desvanecerán como el polvo, aproximadamente quinientos años después de la Hégira del Profeta. Lo que nunca escruté en los astros, lo encontré en los textos herméticos de Ben Masarn.

—Aterradora predicción. La fe del islam desterrada de este paraíso.

—El cabalista judío nos adelanta que reinarán en Córdoba once emires omeyas, en un al-Andalus unido. Después el islam desaparecerá resquebrajado en minúsculos dominios. Tras tu hijo gobernarán seis príncipes más, y el dominio de Córdoba se agotará como el manantial a la llegada del estío. Y no creáis que el conocer de antemano el devenir conlleva ventaja y satisfacción; muy al contrario, hierde como un doloroso tormento. El taumaturgo hebreo alude a un final con tres califas pacificadores y caritativos. Después arribarán los que él denomina los «Bastardos del Alcázar», con los que concluirá el cielo de Córdoba y su esplendor. Pero no te entristezcas, Shifa; es la ley inexorable de la historia, y tu progenie aún permanecerá durante seis o siete generaciones, y dejará sin duda un rastro de magnificencia en esta tierra bendecida por Alá.

Los tres silenciaron sus bocas, y sus oídos no desearon conocer otros secretos, ni los labios del alquimista revelar mas misterios. Éste abrió su veleidosa sonrisa, esbozando un gesto de resignación que hizo manifestar a la mujer:

—Quiero confiar en que estos oráculos sean sólo la renta de la imaginación de un cabalista excéntrico, y que a la postre no se cumplan. Mientras tanto, olvidemos el devenir y aprovechemos el tiempo que nos ha tocado vivir.

—Alabo esa propuesta.

Y la hilaridad se adueñó del recinto ante la réplica de al-Gazal. Los tres se entregaron animados a la delectación de los manjares y siropes, bajo las gratificantes sombras del pabellón.

—Supongo que a estas alturas ya estarás al corriente de que mi hijo, a instancias del consejo de visíres y de muchos zulemas y nobles de lajassa, ha tomado la irrevocable decisión de recompensarte con el título de sabif al-Dawla, protector del Estado, la más alta dignidad que un emir pueda conceder a un súbdito en Córdoba.

—Algo me adelantó tu hijo, nuestro emir, aunque...

—Yahía, con esta dignidad restituyen tu maltrecho honor. Tu vida al servicio de los omeyas destila bravura y prudencia. Tus hechos y erudición te preceden y se han propagado como el fuego por al-Andalus. Muchos fueron tus servicios, a su abuelo, a su padre y a él mismo. ¿Lo aceptarás, o tu actual indiferencia te hará rehusarlo? —preguntó la mujer, rogándole con la mirada que aceptara el honor.

—Querida Shífa —respondió afable—, he elevado sobre mi alma un túmulo mas persistente que el metal y más grandioso que las pirámides de Egipto. Mi vida errante concluyó, y ya nada me complace tanto como la virtud y la sabiduría; pero es hermoso, cuando ya me encamino a escribir mi epitafio, que las nuevas generaciones me señalen con el dedo por el Arrecife, y digan: «Ése es al-Gazal, amigo de tres emíres, el que viajó por los dos Orientes. ¡Cuántos secretos no conocerá! Eso me basta.

Durante más de tres horas dialogaron sobre los años pasados, entre los delicados arpegios de un laúd y las ráfagas de perfume de los nardos y azucenas, mientras las fuentecillas y estanques, con su cadencioso rumor, lanzaban chorros de agua que se perdían entre los arriates de albahacas, laureles, cídro y hierbabuenas.

Para al-Gazal, aquella mujer aún poseía una poderosa sensualidad. Los años no habían disminuido su lucha sentimental, y su corazón, cuando contemplaba sus ojos amelados, urdía aún ilusiones imposibles.

Al atardecer, cuando el palanquín los dejó cerca del alminar de la aljama, en los bazares y zocos aún trajinaban unos Pocos rezagados y las calles comenzaban a quedar desiertas. Tan sólo una reata de ciegos, haciendo sonar sus escudillas, se encaminaba a la muralla. Mil humos escapaban de las chimeneas de las casas y las golondrinas buscaban cobijo en los tejados, cuando el anciano de aspecto distinguido, con los cabellos blancos caídos sobre sus cargados hombros, se apoyaba en el hombre de rízos rubios y nariz respingona. Cruzaron la calle y caminaron bajo los muros del alcázar.

—¡Qué recuerdos me traen estos muros, Masrur! Y cuántas soledades encierran. Ahora me parece un antro siniestro y desconocido donde únicamente prosperan los engaños y las ambiciones. Y me resulta sorprendente que en él ya no habiten mis mejores amigos, y también mis más enconados adversarios.

—¿Evocaciones agradables, padre? —curioseó ayudándole a caminar.

—No siempre, hijo. Las reminiscencias de ese recinto, lejos de seducirme, hacen más agrios mis recuerdos, y, créeme, en el saco de mis remembranzas ya caben pocas evocaciones. Se halla colmado hasta el borde y a punto de romperse.

—Pero lo realmente diabólico de los recuerdos es que nos persiguen como tábanos enojados y resulta agotador desbaratarlos. Al menos a mí.

—Yo he encanecido con ellos. Y agradezco la capacidad para olvidar, porque si no mi vida no hubiera resultado tolerable. Mi soberbia hizo que me enfrentara a muchos competidores, a los que he perdonado de corazón y con indulgencia. Ahora ya solamente queda perdonarme a mí mismo.

—Cuando vivía en el alcázar, padre, siempre soñé con alcanzar el cometido de halconero, aposentador o secretario real, pero la fortuna me ha hecho convertirme en hijo de al-Gazal, convivir con una esposa hermosa y honesta, hermanas y yernos compasivos y dos hijos inmerecidos. ¿Podría

exigir más al Altísimo?

—Claro que sí, Masrur —se alegró al-Gazal observándolo con su mirada plena de dulzura—. Penetra conmigo en la misteriosa melodía interpretada por Dios en su sabiduría. La jirka de la Piedra Negra necesita nueva savia y miembros jóvenes.

—¿Me lo propones en serio, padre? Desde el día en que, recuperándome de mi enfermedad, os contemplé reunidos en la huerta, siempre deseé pertenecer a aquel grupo de hombres tolerantes, animosos y sabios. ¡Sea así, padre mío! Y, si mi destino me señala ser tu discípulo y seguidor de tu ciencia, mi alma ya se regocija con sólo pensarlo.

—El Clemente y Oculto te regaló un claro juicio y una perspicacia poco común. La jirka te admitirá en breve en el círculo de su hermandad de Maestros del Nombre, y serás partícipe de la revelación de Dios, que te causará sentimientos tan encontrados como el sobresalto, la inquietud, la dicha y el éxtasis.

—Nuestros destinos convergen al fin en un mismo propósito, padre.

El crepúsculo boqueaba hermoso y lozano, y las últimas luces coloreaban de rojo el alminar de la mezquita y el millar de cúpulas de la medina. Los tejados y atalayas parecían arder como llamas rojizas, cuando los almuecines proclamaron la bondad de Dios en una monótona humareda de plegarias. Luego el sol se apagó, y la madre de todas las medinas de al-Andalus se ocultó tras un velo de penumbras azafranadas. Mientras caminaban hacia la almunia del al-Raqaqin, surgieron tantas estrellas que la luna se ocultaba esquivo tras las torres del alcázar de los Emires. Al-Gazal encubrió sus recuerdos, como se arropa de hojas secas un camino en otoño.

Al-Gazal amaba aquella ciudad como a una novia a la que hubiera rasgado el velo en la noche de sus esponsales.

Al-Qúrtuba, 22 del mes del rayab.

Año de la Hégira del Profeta 250.

(855 de la era de Isa ben Mariam)

Yo, Yahía ben al-Hakam, al-Gazal, la Gacela, antes del éxodo de mi espíritu a los mundos superiores, he evocado con mi cálamo las manifestaciones, las palabras y los hechos de mi tiempo, pues poderosas evocaciones encerradas en un tintero de marfil me reclamaron con insistencia desde la cárcel de mí alma.

Tuve la temeridad de hacerlo, y lo hice. Y en lo narrado ha surgido realmente lo que acaeció, no sin que en ello me fuera la reputación e incluso la vida misma. Mis ojos contemplaron el infortunio de algunos hombres y mis oídos se conmocionaron con comprometidas confidencias de reyes y sabios. No obstante, constituyó un privilegio asistir a eventos tan nombrados cerca de emires, reinas y

emperadores, y al radiante germinar de la sabiduría de Occidente. Los días sombríos se eclipsaron apresuradamente de mi memoria y mi espíritu inquieto me condujo de los insólitos dilemas, a la luz y la verdad.

Comienza para mí un tiempo distinto en que todas mis acciones serán calibradas por la cercana muerte que me acecha. Añoro Jaén, la tierra de mis padres, pero en este lugar, en mi Córdoba amada, paraíso de al-Andalus, he alcanzado la quietud y el arcano saber.

YAHÍA BEN AL-HAKAM BEN WAIL AL-BEKRI,
del clan de los Banu Bekkar.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

17/03/2014